



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS

5. CRONICA DE LA GUERRA SUPREMACIA

BRUNNEN

Annotation

Jace es ahora un sirviente del mal, vinculado a Sebastian por toda la eternidad. Sólo un pequeño grupo de cazadores de sombras cree posible su salvación. Para lograrla, deben desafiar al Cónclave, y deben actuar sin Clary. Porque Clary está jugando a un juego muy peligroso por su propia cuenta y riesgo. Si pierde, el precio que deberá pagar no consiste en entregar su vida, sino también el alma de Jace.

- [PROLOGO](#)
- [PRIMERA PARTE](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [TERCERA PARTE](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [EPÍLOGO](#)

- [NOTAS](#)
 - [AGRADECIMIENTOS](#)
 - [notes](#)
 -
-

CASSANDRA CLARE

Cazadores de sombras 5

Ciudad de las almas perdidas

Título original: The mortal instruments book 5: City of lost souls

Editorial Planeta, S.A.

Traducción de: Patricia Nunes

©Cassandra Clare LLC, 2012

ISBN 978-84-08-00812-5

Para Nao, Tim, David y Ben

Ningún hombre elige el mal por ser el mal.
Sólo lo confunde con la felicidad, con el bien que busca.

Mary Wollstonecraft

PROLOGO

Simon miraba aturdido la puerta de su casa.

Nunca había conocido otro hogar. Ahí lo habían llevado sus padres después de nacer. Había crecido entre las paredes de esa casa adosada de Brooklyn. Había jugado en la calle bajo la sombra de los árboles en verano, y había improvisado trineos con las tapas de los cubos de basura en invierno. En esa casa se había sentado su familia durante el shivah, la primera semana de luto, después de la muerte de su padre. Ahí había besado a Clary por primera vez.

Nunca se habría imaginado que un día esa puerta estaría cerrada para él. La última vez que había visto a su madre, ésta lo había llamado monstruo y le había rogado que se marchara. Él le había hecho olvidar que era un vampiro por medio de un glamour, pero no había sabido cuánto duraría ese glamour. Bajo el frío aire otoñal, mirando al frente, supo que no había durado lo suficiente.

La puerta estaba cubierta de símbolos: estrellas de David dibujadas con pintura, un grabado con el símbolo de la vida hebreo, el Chai. Había tiras de pergamino con pasajes de la Biblia atados al picaporte y la aldaba. Una hamsa, la Mano de Dios, cubría la mirilla.

Como ausente, puso la mano sobre la mezuzah de metal pegada al lado derecho del marco. Vio alzarse humo del lugar donde su mano había tocado el objeto sagrado, pero no sintió nada, ningún dolor. Sólo un terrible vacío, que lentamente se convirtió en furia.

Dio una patada a la puerta y oyó el eco en la casa.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá, soy yo!

No hubo respuesta, sólo el ruido de los cerrojos al cerrarse. Su aguzado oído había reconocido los pasos de su madre, su respiración, pero ella no dijo nada. Simon podía oler el acre miedo y el pánico incluso a través de la madera.

— ¡Mamá! — Se le quebró la voz—. ¡Mamá, esto es ridículo! ¡Déjame entrar! ¡Soy yo, Simon!

La puerta se sacudió, como si ella también le hubiera dado una patada.

— ¡Márchate! — Su voz sonaba áspera, irreconocible por el terror—. ¡Asesino!

— No mato a gente. — Simon apoyó la cabeza en la puerta. Sabía que seguramente podría echarla abajo, pero ¿de qué serviría?—. Ya te lo dije. Bebo sangre de animales.

— Tú mataste a mi hijo — replicó ella—. Tú lo mataste y pusiste a un monstruo en su lugar.

— Yo soy tu hijo...

— Llevas su rostro y hablas con su voz, pero ¡no eres él! ¡No eres Simon! — Alzó la voz hasta casi gritar—. ¡Aléjate de mi casa antes de que te mate, monstruo!

— Becky — repuso él. Tenía el rostro húmedo; se lo tocó con las manos y al apartarlas estaban manchadas: sus lágrimas eran de sangre—. ¿Qué le has dicho a Becky?

— ¡No te acerques a tu hermana!

Simon oyó un repiqueteo dentro de la casa, como si algo se hubiera caído.

— Mamá — repitió, pero ahora no le salía la voz. Sólo logró un susurro ronco. La mano le comenzó a palpar—. Tengo que saberlo; ¿está Becky ahí? Mamá, abre la puerta. Por favor...

— ¡No te acerques a Becky! — Se estaba alejando de la puerta; Simon podía oírlo. Luego le llegó el inconfundible chirrido de la puerta de la cocina al abrirse y el crujido del linóleo con sus pasos. El sonido de un cajón que se abría. De repente, se imaginó a su madre cogiendo uno de los cuchillos.

«Antes de que te mate, monstruo.»

Esa idea lo hizo tambalearse. Si ella le atacaba, la Marca actuaría. La destruiría como había hecho con Lilith.

Dejó caer la mano y se apartó lentamente, bajando a tumbos los escalones. Cruzó la acera hasta ir a parar a uno de los grandes árboles que daban sombra a las casas. Se quedó allí, mirando la fachada de su casa, marcada y desfigurada por los símbolos del odio de su madre hacia él.

No, se recordó. Su madre no le odiaba. Le creía muerto. Su odio era hacia algo que no existía.

«No soy lo que ella dice que soy.»

No supo cuánto rato se habría quedado allí mirando si no le hubiera comenzado a sonar el teléfono, haciendo vibrar el bolsillo de su chaqueta.

Instintivamente, lo cogió, mientras se fijaba en que tenía quemado en la mano el dibujo de la mezuzah de la puerta: estrellas de David entrelazadas. Cambió de mano y se llevó el móvil a la oreja.

—¿Sí?

—¿Simon? —Era Clary. Parecía estar sin aliento—. ¿Dónde estás?

—En casa —contestó, y calló un instante—. En la casa de mi madre — corrigió. Su voz le sonó vacía y distante—. ¿Por qué no has regresado al Instituto? ¿Están todos bien?

—De eso se trata —respondió ella—. Justo después de que te marcharas, Maryse bajó del tejado donde se suponía que Jace estaría esperando. No había nadie.

Simon se movió. Sin ser totalmente consciente de que lo estaba haciendo, comenzó a caminar por la calle como un autómatas hacia la estación del metro.

—¿Qué quieres decir con que no había nadie?

—Jace se había ido —explicó Clary, y él notó la tensión en su voz—. Y también Sebastian.

Simon se detuvo bajo la sombra de un árbol desnudo.

—Pero Sebastian estaba muerto. Está muerto, Clary...

—Entonces dime por qué su cuerpo no está allí, porque no lo está — dijo ella, y la voz se le acabó de romper—. Lo único que había allí arriba era un montón de sangre y de vidrios rotos. Ambos se han ido, Simon. Jace se ha ido...

PRIMERA PARTE

Más ángel malo

El amor es un espíritu familiar, el amor es un demonio;
no hay mas ángel malo que el amor.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Trabajos de amor perdidos*

DOS SEMANAS DESPUÉS

1

EL ÚLTIMO CONSEJO

—¿Cuánto crees que tardará el veredicto? —preguntó Clary.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban esperando, pero le parecían horas. No había relojes en el dormitorio negro y rosa intenso de Isabelle, sólo montones de ropa; columnas de libros; pilas de armas, y una cómoda rebosante de maquillaje brillante, pinceles usados y cajones abiertos donde se derramaban braguitas de encaje, medias finas y boas de plumas. Tenía cierto aire a la estética de los bastidores de *La jaula de las locas*, pero durante las dos últimas semanas, Clary había pasado el tiempo suficiente entre aquella reluciente confusión para comenzar a encontrarla reconfortante.

Isabelle, junto a la ventana con *Iglesia* en brazos, acariciaba distraída la cabeza del gato. *Iglesia* la miraba con torvos ojos amarillos. Al otro lado de la ventana, una tormenta de noviembre estaba en pleno apogeo, y la lluvia resbalaba por el vidrio como si fuera barniz.

—No mucho más —contestó Isabelle lentamente. No llevaba maquillaje, lo que la hacía parecer más joven, y sus oscuros ojos más grandes.

Clary, sentada en la cama de Izzy entre un montón de revistas y una repiqueteante pila de cuchillos serafines, tragó saliva con fuerza para sacarse el sabor amargo que le subía por la garganta.

«Vuelvo en seguida. Cinco minutos.»

Eso había sido lo último que le había dicho al chico que amaba más que nada en el mundo. En ese momento pensaba que tal vez fuera lo último que hablaran.

Clary recordaba perfectamente ese momento. El jardín del tejado. La cristalina noche de octubre, con las estrellas ardiendo de un blanco helado en un despejado cielo negro. Las piedras del pavimento marcadas con runas

negras, salpicadas de icor y sangre. La boca de Jace sobre la suya, lo único cálido en un mundo tembloroso de frío. Colgarse el anillo Morgenstern del cuello. «El amor que mueve el sol y todas las otras estrellas.» Volverse para buscarlo con la mirada mientras el ascensor se la llevaba, arrastrándola de nuevo hacia las sombras del edificio. Se había reunido con los otros en el vestíbulo; había abrazado a su madre, a Luke y a Simon, pero parte de ella, como siempre, se había quedado con Jace, flotando sobre la ciudad en aquel tejado, los dos solos en la fría y brillante ciudad eléctrica.

Maryse y Kadir fueron los que entraron en el ascensor para reunirse con Jace en el tejado y ver los restos del ritual de Lilith. Pasaron otros diez minutos antes de que Maryse regresara, sola. Cuando las puertas se abrieron y Clary vio su rostro, blanco, serio y agitado, lo supo.

Lo que había pasado después había sido como un sueño. El grupo de cazadores de sombras del vestíbulo había ido hacia Maryse; Alec se había separado de Magnus, e Isabelle se había puesto en pie de un salto. Ráfagas de luz blanca cortaron la oscuridad como los resplandores de los flashes de las cámaras en una escena del crimen, cuando, uno tras otro, los cuchillos serafines fueron iluminando las sombras. Clary se abrió paso y oyó la historia a trozos: el jardín del tejado estaba vacío; Jace había desaparecido. El ataúd de cristal que había contenido a Sebastian estaba destrozado; había trozos de vidrio por todas partes. Sangre, aún fresca, goteaba del pedestal donde había estado colocado el ataúd.

Al instante, los cazadores de sombras comenzaron a hacer planes, a dispersarse en círculo y registrar el área alrededor del edificio. Magnus estaba allí, con chispas azules en las manos; le preguntó a Clary si tenía algo de Jace con que poder rastrearlo. Como atontada, ella le dio el anillo Morgenstern y se retiró a un rincón para llamar a Simon. Acababa de colgar el teléfono cuando la voz de uno de los cazadores de sombras se oyó sobre las otras.

—¿Rastrearlo? Eso sólo funcionará si aún sigue vivo. Con toda esa sangre no es muy probable...

De alguna manera, eso fue la gota que colmó el vaso. La prolongada hipotermia, el agotamiento y el shock le pasaron factura, y se le doblaron las rodillas. Su madre la cogió antes de que llegara al suelo. Después de eso, todo fue una oscura confusión. Se despertó a la mañana siguiente en su cama en casa de Luke; se incorporó de golpe con el corazón disparado, convencida de que había tenido una pesadilla.

Mientras salía de la cama, los pálidos morados en las piernas y los brazos le contaron una historia diferente, al igual que la falta de su anillo. Se puso unos vaqueros y una sudadera, y se tambaleó hasta el salón donde encontró a Jocelyn, a Luke y a Simon sentados con sombrías expresiones en el rostro. No le hacía falta preguntar, pero de todas formas lo hizo.

—¿Lo han encontrado? ¿Ha vuelto?

Jocelyn se puso en pie.

—Cariño, sigue desaparecido...

—Pero ¿no está muerto? ¿Aún no han encontrado el cuerpo? —Se desplomó en el sofá junto a Simon—. No, no está muerto. Yo lo sabría.

Recordaba a Simon cogiéndola de la mano mientras Luke le explicaba lo que sabían: que Jace seguía desaparecido, y también Sebastian. La mala noticia era que la sangre del pedestal la habían identificado como la de Jace. La buena noticia era que la cantidad era menor de la que habían creído; se había mezclado con el agua del ataúd y por eso habían tenido la impresión de que era más de lo que era en realidad. Por el momento pensaban que era muy posible que hubiera sobrevivido a lo que fuera que hubiese ocurrido.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó Clary.

Luke meneó la cabeza, mirándola con sus azules ojos sombríos.

—Nadie lo sabe, Clary.

Ella sintió como si la sangre se le hubiera transformado en agua helada en las venas.

—Quiero ayudar. Quiero hacer algo. No puedo quedarme aquí sentada mientras Jace está desaparecido.

—Yo no me preocuparía por eso —repuso Jocelyn muy seria—. La Clave quiere verte.

Un hilo invisible se le quebró a Clary en las articulaciones y los tendones mientras se ponía en pie.

—Muy bien. Lo que sea. Les diré cualquier cosa que quieran saber si encuentran a Jace.

—Les dirás lo que quieran saber porque tienen la Espada Mortal. —La voz de Jocelyn sonó desesperada—. Oh, cariño, lo lamento tanto...

Y en ese momento, dos semanas después de repetidos testimonios, después de que llamaran a docenas de testigos, después de que ella hubiera sujetado la Espada Mortal decenas de veces, Clary estaba sentada en el dormitorio de Isabelle y esperaba la decisión del Consejo sobre su futuro.

No podía evitar recordar cómo se había sentido sujetando la Espada Mortal. Era como si tuviera pequeños anzuelos clavados en la piel que le arrancaban la verdad. Se había arrodillado, sujetándola, en medio del círculo de las Estrellas Parlantes, y había oído su voz explicándose todo al Consejo: cómo Valentine había alzado al ángel Raziel, y cómo ella le había arrebatado el poder de controlar al Ángel al borrar su nombre de la arena y escribir el suyo encima. Les había dicho cómo el Ángel le había ofrecido un deseo, y que lo había empleado para levantar a Jace de entre los muertos; les explicó que Lilith había poseído a Jace, y que además había planeado emplear la sangre de Simon para resucitar a Sebastian, el hermano de Clary, a quien Lilith consideraba su hijo. Les contó cómo la Marca de Caín de Simon había acabado con Lilith, y que habían pensado que la vida de Sebastian también había terminado, y ya no era una amenaza.

Clary suspiró y abrió la tapa de su móvil para mirar la hora.

— Ya llevan una hora — dijo —. ¿Es normal? ¿Es una mala señal?

Isabelle dejó caer a *Iglesia*, que soltó un fuerte maullido. Fue a la cama y se sentó junto a Clary. Isabelle parecía más delgada que de costumbre (al igual que Clary, durante las dos últimas semanas había perdido peso), pero seguía tan elegante como siempre, con pantalones de pitillo negros y un ajustado top de terciopelo gris. El rímel se le había corrido alrededor de los ojos, lo que debería hacerla parecer un mapache, pero, en vez de eso, le daba el aspecto de una estrella de cine francesa. Abrió los brazos, y sus brazaletes de electrum con sus talismanes de runas tintinearón armónicamente.

— No, no es una mala señal — contestó —. Sólo significa que tienen mucho de qué hablar. — Se giró el anillo Lightwood que llevaba en el dedo —. No te pasará nada. No violaste la Ley. Eso es lo importante.

Clary suspiró. Incluso el calor del hombro de Isabelle junto al suyo era incapaz de derretir el hielo de sus venas. Sabía que, técnicamente, no había quebrantado ninguna Ley, pero también sabía que la Clave estaba furiosa con ella. Era ilegal que un cazador de sombras alzara a los muertos, pero no que lo hiciera el Ángel; de todas formas, lo que había hecho al pedir que Jace recobrarla la vida era algo tan enorme que el chico y ella habían acordado no decírselo a nadie.

Pero estaba claro que eso había hecho removerse a la Clave. Clary sabía que querían castigarla, aunque sólo fuera porque su elección había tenido consecuencias desastrosas. En cierto sentido, ella deseaba que la

castigaran. Romperle los huesos, arrancarle las uñas, dejar que los Hermanos Silenciosos le rebuscaran en el cerebro con sus afilados pensamientos. Una especie de pacto con el diablo: su dolor a cambio del regreso de Jace sano y salvo. La habría ayudado a superar su culpabilidad por haberlo dejado en aquel tejado, aunque Isabelle y los demás le habían dicho cientos de veces que eso era ridículo, que todos habían pensado que estaba completamente a salvo allí, y que si Clary se hubiera quedado, seguramente también estaría desaparecida.

—Para ya —dijo Isabelle.

Por un momento, Clary no supo si Isabelle le estaba hablando a ella o al gato. *Iglesia* estaba haciendo lo que hacía a menudo cuando lo dejaban caer: tirarse en el suelo con las cuatro patas en alto, fingiendo estar muerto para que sus amos se sintieran culpables. Pero cuando Isabelle se echó el negro cabello hacia un lado y la miró muy fijamente, Clary supo que era a ella a quien estaba riñendo, y no al gato.

—¿Que pare de qué?

—De pensar morbosamente en todas las cosas horribles que te van a pasar, o que desearías que te pasaran porque tú estás viva y Jace está... desaparecido. —La voz de Isabelle dio un salto, como un vinilo al saltarse un surco. Nunca hablaba de Jace como si estuviera muerto o incluso ausente; Alec y ella se negaban a pensar siquiera en esa posibilidad. E Isabelle no le había reprochado ni una sola vez que le hubiera ocultado un secreto tan enorme. Durante todo el proceso, Isabelle había sido su defensora más acérrima. La esperaba todos los días en la puerta de la Sala del Consejo, y la cogía del brazo con firmeza mientras pasaban entre los grupos de cazadores de sombras, que la miraban cuchicheantes. La había esperado durante los inacabables interrogatorios del Consejo, lanzando miradas asesinas a cualquiera que se atreviera a mirar mal a Clary. Ésta se había quedado asombrada. Isabelle y ella nunca habían sido demasiado íntimas, ya que ambas eran la clase de chica que se siente más cómoda entre chicos que con otras compañías femeninas. Pero Isabelle no se apartaba de su lado. Clary estaba tan perpleja como agradecida.

—No puedo evitarlo —repuso Clary—. Si me permitieran salir a patrullar, si me permitieran hacer algo... creo que no sería tan malo.

—No lo sé —dijo Isabelle, cautelosa.

Las dos últimas semanas, Alec y ella habían acabado agotados y con el rostro ceniciento después de patrullar y buscar durante dieciséis horas

diarias. Cuando Clary descubrió que le habían prohibido patrullar o buscar a Jace hasta que el Consejo decidiera qué hacerle por haberlo traído de vuelta de entre los muertos, dio tal patada a la puerta de su habitación que le hizo un agujero.

—A veces da la sensación de que todo es tan fútil —añadió Isabelle.

El hielo se fue quebrando por las venas de Clary.

—¿Significa eso que crees que está muerto?

—No, no lo creo. Lo que quiero decir es que pienso que seguro que ya no están en Nueva York.

—Pero también están patrullando por otras ciudades, ¿verdad? —Clary se llevó la mano al cuello, olvidando que ya no tenía allí el anillo Morgenstern. Magnus seguía tratando de rastrear a Jace, aunque todavía no había tenido ningún éxito.

—Claro que sí. —Isabelle alargó la mano con curiosidad y tocó la delicada campanita de plata que le colgaba a Clary alrededor del cuello, en lugar del anillo—. ¿Qué es esto?

Clary vaciló. La campanita había sido un regalo de la reina seelie. No, eso no era exactamente así. La reina de las hadas no hacía regalos. La campanita era para indicar a la reina seelie que Clary necesitaba su ayuda. Clary había notado que la mano se le iba hacia ella cada vez más a menudo a medida que pasaban los días sin encontrar ningún rastro de Jace. Lo único que la detenía era saber que la reina seelie nunca daba nada sin esperar algo terrible a cambio.

Antes de que Clary pudiera contestar, la puerta se abrió. Ambas chicas se irguieron, tiasas como un palo; Clary aferraba uno de los cojines rosa de Izzy con tanta fuerza que la pedrería que lo cubría se le clavó en la piel de las palmas.

—Hola. —Un chico delgado entró en el cuarto y cerró la puerta. Era Alec, el hermano mayor de Isabelle, vestido con el traje del Consejo: un hábito negro estampado con runas plateadas, que en ese momento llevaba abierto sobre unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga. Tenía el cabello negro y liso como su hermana, pero lo llevaba más corto, justo sobre la altura de la nuca. Apretaba los labios en una fina línea.

A Clary comenzó a latirle el corazón con fuerza. Alec no parecía contento. Fueran cuales fuesen las noticias, no parecían buenas.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Isabelle en voz baja—. ¿Cuál es el veredicto?

Alec se sentó a horcajadas en la silla que había ante el tocador; al revés, para mirarlas sobre el respaldo. En otro momento habría sido cómico: Alec era muy alto, con las piernas largas de un bailarín, y el modo en que se tenía que plegar sobre la silla la hacía parecer un mueble de una casa de muñecas.

—Clary —contestó por fin—. Jia Penhallow ha presentado el veredicto. Se considera que no has cometido ningún delito. No has transgredido ninguna Ley, y Jia cree que ya estás recibiendo suficiente castigo.

Isabelle soltó un suspiro bien sonoro y sonrió. Por un momento, la sensación de alivio atravesó la capa de hielo que cubría las emociones de Clary. No la iban a castigar, a encerrarla en la Ciudad Silenciosa, atrapada en alguna parte donde no podría ayudar a Jace. Luke, que como representante de los licántropos en el Consejo, había estado presente para el veredicto, había prometido llamar a Jocelyn en cuanto acabara la reunión, pero de todas formas, Clary cogió su móvil: la idea de darle a su madre buenas noticias para variar era demasiado tentadora.

—Clary —dijo Alec mientras ella abría la tapa del móvil—. Espera.

Clary lo miró. Su expresión seguía siendo tan seria como la de un enterrador. Un repentino mal presentimiento le hizo volver a dejar el teléfono sobre la cama.

—Alec, ¿qué pasa?

—No ha sido por tu veredicto que el Consejo ha tardado tanto — explicó Alec—. Fue por otro asunto que había que discutir.

El hielo había vuelto. Clary se estremeció.

—¿Jace?

—No exactamente. —Alec se inclinó hacia ella y cerró las manos sobre el respaldo de la silla—. Esta mañana a primera hora ha llegado un informe desde el Instituto de Moscú. Durante el día de ayer, destrozaron las salvaguardas de la isla de Wrangel. Han enviado un equipo de reparación, pero tener unas salvaguardas tan importantes inutilizadas durante tanto tiempo... es una prioridad para el Consejo.

Las salvaguardas servían, según Clary entendía, como una especie de sistema de vallas mágicas, y rodeaban la Tierra; las habían colocado la primera generación de cazadores de sombras. Los demonios las podían traspasar, pero no con facilidad, y mantenían fuera a la gran mayoría de ellos, lo que evitaba que el mundo sufriera una invasión masiva de

demonios. Clary recordaba algo que Jace le había dicho una vez; ahora parecía que hacía una eternidad: «Solía haber sólo pequeñas invasiones de demonios en este mundo, fáciles de contener. Pero cada vez más y más demonios se han ido colando por las salvaguardas».

—Bueno, es una pena —repuso Clary—, pero no entiendo qué tiene que ver con...

—La Clave tiene sus prioridades —la interrumpió Alec—. Buscar a Jace y a Sebastian había sido la principal prioridad durante las últimas dos semanas. Pero lo han registrado todo, y no hay señal de ellos en ningún antro de los subterráneos. Ninguno de los hechizos de rastreo de Magnus ha dado resultado. Elodie, la mujer que crió al verdadero Sebastian Verlac, confirmó que nadie se ha puesto en contacto con ella. De todas formas, eso era bastante improbable. Ningún espía ha informado de actividad inusual entre los miembros conocidos del antiguo Círculo de Valentine. Y los Hermanos Silenciosos no han podido determinar exactamente qué se suponía que debía provocar el ritual que Lilith llevó a cabo, o si tuvo éxito. El consenso general es que Sebastian, aunque le llaman Jonathan cuando hablan de él, raptó a Jace, pero eso no es nada que no supiéramos ya.

—¿Y entonces? —preguntó Isabelle—. ¿Qué significa eso? ¿Más búsquedas? ¿Más patrullas?

Alec negó con la cabeza.

—No están hablando de ampliar la búsqueda —explicó—. Le están restando prioridad. Han pasado dos semanas y no se ha encontrado nada. Los grupos enviados especialmente desde Idris volverán a casa. La situación con la salvaguarda es la prioritaria ahora. Por no hablar de que el Consejo ha estado en medio de delicadas negociaciones, poniendo al día las Leyes para adaptarlas a la nueva composición del Consejo, nombrando un nuevo Cónsul y un nuevo Inquisidor, decidiendo el diferente trato que se les dará a los subterráneos... No quieren perder el hilo de todo eso.

Clary se lo quedó mirando.

—¿No quieren que la desaparición de Jace les haga perder el hilo del cambio de un puñado de estúpidas viejas leyes? ¿Se están dando por vencidos?

—No se dan por vencidos...

—Alec —lo interrumpió Isabelle, cortante.

Alec respiró hondo y se cubrió el rostro con las manos. Tenía los dedos largos, como Jace, y también como Jace, llenos de cicatrices. La Marca del

ojo de los cazadores de sombras le decoraba el dorso de la mano derecha.

—Clary, para ti, para nosotros, lo más importante siempre ha sido buscar a Jace. Para la Clave, se trata de buscar a Sebastian. A Jace también, pero sobre todo a Sebastian. Él es el peligro. Él destruyó las salvaguardas de Alacante. Es un asesino en masa. Jace es...

—Sólo un cazador de sombras más —concluyó Isabelle—. Morimos y desaparecemos constantemente.

—Él tiene un extra por ser un héroe de la Guerra Mortal —explicó Alec—. Pero al final, la Clave fue muy clara: la búsqueda continuará, pero por el momento hay que esperar. Confían que sea Sebastian quien dé el siguiente paso. Mientras tanto, es la tercera prioridad de la Clave. Como mucho. Desean que volvamos a la normalidad.

¿Normalidad? Clary no podía creerlo. ¿Una vida normal sin Jace?

—Eso es lo que nos dijeron después de la muerte de Max —comentó Izzy; no había lágrimas en sus ojos, pero ardían de rabia—. Que superaríamos antes el dolor si volvíamos a hacer vida normal.

—Se supone que es un buen consejo —dijo Alec, murmurándolo entre los dedos.

—Díselo a papá. ¿Acaso ha vuelto de Idris para la reunión?

Alec negó con la cabeza y dejó caer las manos.

—No. Si os sirve de consuelo, hubo mucha gente en la reunión que habló con rabia, y que apoyó seguir la búsqueda de Jace usando todo lo que tenemos. Magnus, claro; Luke; el cónsul Penhallow, incluso el hermano Zachariah. Pero al final no resultó suficiente.

Clary lo miró fijamente.

—Alec —dijo—. ¿No sientes nada?

Alec abrió mucho los ojos; su azul se oscureció, y por un momento, Clary recordó al chico que la había odiado cuando ella llegó por primera vez al Instituto, el chico con las uñas mordidas, agujeros en los suéteres y un resentimiento que parecía inamovible.

—Sé que estás enfadada, Clary —dijo él con voz cortante—, pero si estás sugiriendo que a Iz y a mí nos importa menos Jace que a ti...

—No me refiero a eso —replicó ella—. Estoy hablando de tu conexión de *parabatai*. He estado leyendo sobre la ceremonia en el Códice. Sé que eso os liga. Puedes notar cosas de Jace. Cosas que os ayudan cuando estáis luchando. Así que supongo que lo que quiero decir es... ¿puedes sentir si sigue vivo?

—Clary. —Isabelle parecía preocupada—. Pensaba que no...

—Está vivo —afirmó Alec con cautela—. ¿Crees que yo podría funcionar así si él no estuviera vivo? Hay algo fundamental que no va bien. Eso lo noto. Pero aún respira.

—¿Lo que «no va bien» podría ser que lo retienen prisionero? —preguntó Clary con un hilillo de voz.

Alec miró hacia la ventana, a la lluvia que caía como una cortina.

—Tal vez. No puedo explicarlo. Nunca he sentido nada igual antes.

—Pero está vivo.

Alec la miró directamente.

—De eso estoy seguro.

—Entonces, ¡a la mierda el Consejo! Lo encontraremos nosotros —afirmó Clary.

—Clary... si fuera posible... ¿no crees que ya habríamos...? —comenzó Alec.

—Estábamos haciendo lo que la Clave quería que hiciéramos —dijo Isabelle—. Patrullas. Registros. Hay otras maneras.

—Maneras que van contra la Ley, quieres decir —replicó Alec. Parecía vacilante. Clary esperó que no fuera a repetir el lema de los cazadores de sombras en lo referente a la Ley: Dura lex, sed lex. «La Ley es dura, pero es la ley.» No creía poder resistirlo.

—La reina seelie me ofreció un favor —dijo Clary—. Durante los fuegos artificiales en Idris. —El recuerdo de aquella noche, de lo feliz que había sido, hizo que se le encogiera el corazón, y tuvo que detenerse para recuperar el aliento—. Y un modo de ponerme en contacto con ella.

—La reina de las hadas no hace nada gratis.

—Lo sé. Aceptaré cualquier deuda que me cargue. —Clary recordaba las palabras de la chica hada que le había entregado la campanita: «Harías lo que fuera con tal de salvarle, te cueste lo que te cueste, sea cual sea tu deuda con el Cielo o el Infierno, ¿verdad?»—. Sólo quiero que uno de los dos me acompañe. No se me da muy bien traducir el idioma de las hadas. Al menos, si estáis conmigo, podréis limitar el daño. Pero si hay algo que ella pueda hacer...

—Yo iré contigo —dijo Isabelle al instante.

Alec miró a su hermana, sombrío.

—Ya hemos hablado con las hadas. El Consejo las interrogó a fondo. Y no pueden mentir.

—El Consejo les ha preguntado si sabían dónde estaban Jace y Sebastian —replicó Clary—. No si estaban dispuestas a buscarlos. La reina seelie conocía a mi padre, sabía lo del ángel que invocó y atrapó, y también sabía la verdad sobre mi sangre y la de Jace. Creo que no hay mucho de lo que ocurre en este mundo que ella no sepa.

—Es cierto —admitió Isabelle, un poco más animada—. Ya sabes que hay que hacer la pregunta correcta a las hadas si se quiere conseguir de ellas alguna información útil, Alec. Es muy difícil interrogarlas, aunque tengan que decir la verdad. Sin embargo, un favor es diferente.

—Y tiene un peligro potencial literalmente ilimitado —replicó Alec—. Si Jace supiera que he dejado que Clary vaya a ver a la reina seelie, me...

—No me importa —exclamó Clary—. Él lo haría por mí. Sabes que lo haría. Si yo hubiera desaparecido...

—Arrasaría el mundo entero hasta poder desenterrarte de las cenizas. Lo sé —concluyó Alec, que parecía agotado—. ¿Acaso crees que yo no quiero arrasar el mundo entero en este momento? Sólo trato de ser...

—Un hermano mayor —terminó Isabelle—. Ya lo pillo.

Alec la miró como si estuviera esforzándose por controlarse.

—Si te pasara algo, Isabelle, después de Max y de Jace...

Izzy se puso en pie, cruzó la sala y abrazó a Alec. El cabello oscuro de ambos, exactamente del mismo tono, se mezcló mientras Isabelle le susurraba algo al oído; Clary los observó con no poca envidia. Siempre había querido tener un hermano. Y lo tenía. Sebastian. Era como querer un perrito de mascota y que te dieran un sabueso infernal en su lugar. Observó cómo Alec le acariciaba el pelo a su hermana con cariño, asentía y la soltaba.

—Deberíamos ir todos —dijo él—. Pero tendré que decírselo a Magnus. Sería injusto no hacerlo.

—¿Quieres usar mi teléfono? —preguntó Isabelle, mientras le ofrecía su maltratado móvil rosa.

Alec negó con la cabeza.

—Está esperando abajo con los otros. Y tú también le tendrás que dar a Luke algún tipo de excusa, Clary. Estoy seguro de que espera que vuelvas a casa con él. Y dice que tu madre lo ha estado pasando muy mal con todo este asunto.

—Se culpa de la existencia de Sebastian. —Clary se puso en pie—. Aunque todos estos años pensara que estaba muerto.

—No es culpa suya. —Isabelle descolgó su látigo dorado de la pared y se lo enrolló en la muñeca, para que pareciera un juego de pulseras brillante—. Nadie la culpa.

En silencio, los tres recorrieron los pasillos del Instituto, extrañamente poblados de otros cazadores de sombras, algunos de los cuales eran parte de los grupos especiales enviados desde Idris para ocuparse de la situación. Ninguno de ellos miró a Isabelle, a Alec o a Clary con demasiada curiosidad. Al principio, Clary se había sentido como si la estuvieran observando, y había oído susurrar de «la hija de Valentine» en tantas ocasiones que había comenzado a temer ir al Instituto, pero ya había tenido que estar tantas veces ante el Consejo que la novedad había perdido interés.

Bajaron con el ascensor; la nave del Instituto estaba muy iluminada con luz mágica, además de las antorchas de costumbre, y se hallaba llena de miembros del Consejo y sus familias. Luke y Magnus estaban sentados en un banco, charlando; junto a Luke había una mujer alta de ojos azules que se parecía mucho a él. Se había rizado el cabello y se lo había teñido de un color gris castaño, pero Clary aún la reconocía: la hermana de Luke, Amatis.

Magnus se levantó al ver a Alec y fue a hablar con él; Izzy pareció reconocer a alguien en los bancos de más allá y salió disparada, como solía, sin detenerse a decir adónde iba. Clary fue a saludar a Luke y a Amatis, quien daba unas compasivas palmaditas en el hombro a su hermano; ambos parecían cansados. En cuanto vio a Clary, Luke se puso en pie y la abrazó. Amatis la felicitó por haber sido absuelta por el Consejo, y ella asintió; allí se sentía sólo a medias, la mayor parte de ella estaba como entumecida, y el resto respondía con piloto automático.

Veía a Magnus y a Alec con el rabillo del ojo. Estaban hablando; Alec muy cerca de Magnus, del modo en que las parejas parecían cerrarse el uno en el otro cuando hablaban, en su propio universo. Se alegraba de verlos felices, pero a la vez le dolía. Se preguntó si volvería a tener eso, o incluso si volvería a desearlo. Recordó la voz de Jace: «Nunca quiero querer a nadie que no seas tú».

—La Tierra llamando a Clary —dijo Luke—. ¿No quieres volver a casa? Tu madre se muere por verte, y le encantaría ponerse al día con Amatis antes de que ésta vuelva a Idris mañana. Pensaba que podríamos ir a cenar. Tú eliges el restaurante. —Estaba tratando de que no se le notara la

preocupación en la voz, pero Clary se la notaba. Últimamente no había comido mucho, y la ropa comenzaba a quedarle grande.

—No tengo ganas de celebrarlo —respondió ella—. No después de que el Consejo haya rebajado la prioridad de la búsqueda de Jace.

—Clary, eso no significa que vayan a dejarlo —repuso Luke.

—Lo sé. Pero es que... Es como cuando dicen que una operación de búsqueda y rescate ha pasado a ser una búsqueda de cadáveres. Es así como suena. —Tragó saliva—. De todas formas, estaba pensando en ir a cenar a Taki's con Isabelle y Alec —mintió—. Para... hacer algo normal.

Amatis miró hacia la puerta y entornó los ojos.

—Está lloviendo mucho.

Clary notó que los labios le formaban una sonrisa. Se preguntó si se veía tan falsa como ella creía.

—No me derretiré.

Luke le dio algo de dinero; se le veía claramente aliviado de que Clary fuera a hacer algo tan normal como salir con sus amigos.

—Pero prométeme que comerás algo.

—Vale. —A través de la punzada de culpabilidad, consiguió dirigir una auténtica medio sonrisa a Luke antes de darse la vuelta.

Alec y Magnus ya no estaban donde hacía un momento. Clary miró alrededor y vio el largo cabello negro de Izzy entre la multitud. Se hallaba junto a la enorme puerta doble del Instituto, hablando con alguien a quien Clary no podía ver. Ésta fue hacia allí; al acercarse, se sorprendió un poco al ver que una del grupo era Aline Penhallow. Su brillante cabello negro estaba cortado elegantemente justo sobre los hombros; lo llevaba apartado del rostro, mostrando que tenía las orejas ligeramente puntiagudas. Llevaba el hábito del Consejo, y cuando Clary se acercó, vio que los ojos de la chica eran brillantes y de un tono verde azulado muy poco corriente, un color que hizo que los dedos de Clary ansiaran sujetar sus lápices de colores por primera vez en dos semanas.

—Debe de ser muy raro eso de que tu madre sea la nueva Cónsul —estaba diciendo Isabelle a Aline cuando Clary se unió a ellas—. Aunque Jia sea mucho mejor que... Ey, Clary. Aline, ¿recuerdas a Clary?

Las dos chicas intercambiaron una inclinación de cabeza. Una vez, Clary se había topado con Aline besando a Jace. En aquel momento había sido horrible, pero el recuerdo no le molestaba. Lo cierto era que se habría

sentido muy aliviada si se hubiera topado allí con Jace besando a quien fuera. Al menos significaría que estaba vivo.

—Y ésta es la novia de Aline, Helen Blackthorn —dijo Isabelle con mucho énfasis. Clary le lanzó una mirada asesina. ¿Acaso pensaba que era idiota? Además, recordaba a Aline diciéndole que había besado a Jace sólo como un experimento, para ver si algún chico era su tipo. Al parecer la respuesta había sido negativa—. La familia de Helen dirige el Instituto de Los Ángeles. Helen, te presento a Clary Fray.

—La hija de Valentine —soltó Helen. Parecía sorprendida y un poco impresionada.

Clary hizo una mueca.

—Intento no pensar demasiado en eso.

—Perdón. Entiendo por qué. —Helen se sonrojó. Tenía la piel muy pálida, con un ligero brillo, como una perla—. He votado para que el Consejo siguiera priorizando la búsqueda de Jace, por cierto. Lamento que no hayamos ganado.

—Gracias. —Clary no quería hablar de eso, así que se volvió hacia Aline—. Felicidades por el nombramiento de tu madre. Ser Cónsul debe de ser muy excitante.

Aline se encogió de hombros.

—Ahora tiene mucho más trabajo. —Se volvió hacia Isabelle—. ¿Sabías que tu padre se propuso para el cargo de Inquisidor?

Clary notó que Izzy se quedaba helada a su lado.

—No. No lo sabía.

—Me ha sorprendido —añadió Aline—. Pensaba que estaba muy entregado a la dirección de este Instituto... —Calló de golpe y miró más allá de Clary—. Helen, me parece que tu hermano está intentando hacer el mayor charco de cera fundida del mundo. Tal vez quieras impedirlo.

Helen soltó un exasperado resoplido, murmuró algo sobre los preadolescentes y desapareció entre la gente justo cuando Alec se abrió paso hasta ellos. Abrazó a Aline; a veces, Clary se olvidaba de que los Penhallow y los Lightwood hacía años que se conocían. Alec miró a Helen entre la gente.

—¿Ésa es tu novia?

Aline asintió.

—Helen Blackthorn.

—He oído que en su familia hay algo de sangre de hada —comentó Alec.

«Ah», pensó Clary. Eso explicaba las orejas puntiagudas. La sangre de nefilim era dominante, y el hijo de una hada y de un cazador de sombras sería también un cazador de sombras pero, algunas veces, la sangre de hada se mostraba de formas raras, incluso varias generaciones después.

—Un poco —admitió Aline—. Mira, quería darte las gracias, Alec.

El chico la miró perplejo.

—¿Por qué?

—Por lo que hiciste en la Sala de los Acuerdos —contestó Aline—. Besar así a Magnus. Eso me dio el empujón que necesitaba para decirles a mis padres... para salir del armario. Y de no haberlo hecho, no creo que, cuando conocí a Helen, hubiera tenido el valor de decirle nada.

—Oh. —Alec parecía sorprendido, como si nunca hubiera considerado el impacto que sus acciones podían tener en alguien fuera de su familia cercana—. Y tus padres... ¿lo llevan bien?

Aline puso los ojos en blanco.

—Más bien como si no lo supieran, como si así, si no hablan de ello, fuera a olvidarse —explicó Aline. Clary recordó lo que Isabelle le había contado sobre la actitud de la Clave hacia sus miembros gays: «Si pasa, no hablas de ello»—. Pero podría ser peor.

—Podría ser mucho peor —coincidió Alec, y había un tono sombrío en su voz que hizo que Clary lo mirara fijamente.

Aline puso cara de compadecerlo.

—Lo siento —dijo—. Si tus padres no son...

—No tienen ningún problema con eso —repuso Isabelle, un poco demasiado tajante.

—Bueno, como sea. No debería haber dicho nada ahora. No con Jace desaparecido. Debéis de estar muy preocupados. —Respiró hondo—. Sé que la gente seguramente os habrá soltado todo tipo de estupideces sobre él, como hacen cuando realmente no saben qué decir. Yo sólo... quería contaros algo. —Impaciente, se apartó de uno que pasaba y se acercó más a los Lightwood y a Clary, bajando la voz—. Alec, Izzy, recuerdo una vez que vinisteis a vernos a Idris. Yo tenía trece años y Jace tenía... creo que tenía doce. Quería ver el Bosque de Brocelind, así que un día cogimos prestados unos caballos y fuimos allí. Como era de esperar, nos perdimos. Brocelind es impenetrable. Oscureció, y el bosque parecía cada vez más espeso. Yo

estaba aterrorizada, pensaba que íbamos a morir allí. Pero Jace no tuvo miedo. No dudó ni por un momento de que encontraríamos la salida. Tardamos horas, pero lo logramos. Él nos sacó de allí. Yo le estaba muy agradecida, pero él sólo me miró como si estuviera loca. Como si todo el rato hubiera sido evidente que nos iba a sacar de allí. Fracasar no era una opción. Lo único que digo es que encontrará su camino para volver con vosotros. Lo sé.

Clary no creía haber visto nunca llorar a Izzy, y era evidente que en ese momento estaba tratando de no hacerlo. Pero sus ojos estaban sospechosamente abiertos y brillantes. Alec se miraba los zapatos. Clary notó un chorro de dolor queriendo brotar en su interior, pero lo contuvo; no podía pensar en cuando Jace era un niño, no podía pensar en él perdido en la oscuridad, porque sino pensaría en él en ese momento, perdido en algún lugar, atrapado en alguna parte, necesitado de ayuda, esperando a que ella llegara, y se quebraría.

— ¡Aline! — Era Helen, agarrando firmemente por la muñeca a un niño con las manos cubiertas de cera azul. Debía de haber estado jugando con las velas de los enormes candelabros que decoraban los costados de la nave. Parecía tener unos doce años, con una sonrisa maliciosa y los mismos impresionantes ojos azules de su hermana, aunque el cabello del chico era castaño oscuro—. Ya estamos aquí. Seguramente deberíamos irnos antes de que Jules destruya esto. Por no hablar de que no tengo ni idea de dónde se han metido Tibs y Livvy.

— Están comiendo cera — apuntó el niño, el tal Jules, tratando de ayudar.

— Oh, Dios — gruñó Helen, y luego les lanzó una mirada de disculpa—. No me hagáis caso. Tengo seis hermanos pequeños y uno mayor. Siempre es como un zoo.

Jules miró a Alec y a Isabelle y luego a Clary.

— ¿Cuántos hermanos tienes tú? — le preguntó.

Helen palideció.

— Somos tres — respondió Isabelle en una voz remarcablemente firme.

Jules siguió mirando a Clary.

— No os parecéis.

— No soy de su familia — dijo Clary—. Yo no tengo hermanos.

— ¿Ninguno? — El tono del chico demostraba su incredulidad, como si le hubiera dicho que tenía los pies palmeados—. ¿Es por eso que parece

tan triste?

Clary pensó en Sebastian, con su cabello blanco como el hielo y los ojos negros.

«Si no tuviera un hermano —pensó entonces—, nada de esto habría pasado.»

Una punzada de odio la recorrió, y le calentó la sangre helada.

—Sí —contestó suavemente—. Por eso estoy triste.

2

ESPINAS

Simon estaba esperando a Clary, a Alec y a Isabelle fuera del Instituto, bajo una piedra que sobresalía y lo protegía un poco del grueso de la lluvia. Se volvió hacia ellos al verlos salir por la puerta, y Clary se fijó en que tenía su oscuro cabello pegado a la frente y el cuello. Él se lo echó hacia atrás y la observó con una pregunta en los ojos.

—Estoy absuelta —contestó ella, y cuando él comenzó a sonreír, ella negó con la cabeza—. Pero le han quitado prioridad a la búsqueda de Jace. E... estoy segura de que creen que está muerto.

Simon miró hacia sus empapados vaqueros y camiseta (una arrugada camiseta gris con ribetes de color en la que se leía: «ES EVIDENTE QUE HE TOMADO DECISIONES EQUIVOCADAS»). Meneó la cabeza.

—Lo siento.

—La Clave puede ser así —comentó Isabelle—. Supongo que no deberíamos haber esperado otra cosa.

—Basia coquum —repuso Simon—. O comoquiera que sea su lema.

—Es «Descensus Averno facilis est». «El descenso al infierno es fácil» —explicó Alec—. Tu has dicho: «Besa al cocinero».

—Maldita sea —exclamó Simon—. Sabía que Jace me la estaba pegando. —Su mojado cabello castaño le cayó sobre los ojos; él se lo apartó con tal gesto de impaciencia que Clary alcanzó a ver un destello de plata de la Marca de Caín que tenía en la frente—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora vamos a ver a la reina seelie —contestó Clary. Mientras se tocaba la campanita que llevaba al cuello, le explicó a Simon la visita de Kaelie durante la fiesta de Luke y de Jocelyn, y que le había prometido la ayuda de la reina seelie.

Simon no parecía muy convencido.

—¿Aquella dama pelirroja con muy mala actitud que te hizo besar a Jace? No me gustó nada.

—¿Eso es lo que recuerdas de ella? ¿Que hizo que Clary besara a Jace? —Isabelle parecía enfadada—. La reina seelie es peligrosa. Esa vez sólo estaba jugando. Por lo general, antes de desayunar le gusta volver locos de rabia a unos cuantos humanos, todos los días.

—Yo no soy humano —recordó Simon—. Ya no. —Miró a Isabelle sólo un instante, y volvió a mirar a Clary—. ¿Quieres que vaya contigo?

—Creo que estaría bien tenerte allí. Vampiro diurno, con la Marca de Caín... Algunas cosas deben de impresionar a la reina.

—Yo no apostararía por eso —intervino Alec.

Clary miró más allá de él.

—¿Dónde está Magnus? —preguntó.

—Ha dicho que sería mejor que no fuera. Al parecer, la reina seelie y él tienen algún tipo de historia.

Isabelle arqueó las cejas.

—No ese tipo de «historia» —explicó Alec irritado—. Una enemistad. Aunque —añadió a media voz—, con todo lo que Magnus ha vivido antes de estar conmigo, no me sorprendería que también hubiera algo más.

—¡Alec! —Isabelle se quedó atrás para hablar con su hermano, y Clary abrió el paraguas con un chasquido. Era uno que Simon le había comprado años atrás en el Museo de Historia Natural, y tenía dinosaurios dibujados. Clary vio que Simon ponía una expresión divertida al reconocerlo.

—¿Nos vamos? —preguntó él, y le ofreció el brazo.

La lluvia caía sin parar; creaba pequeñas cascadas en las alcantarillas y los taxis salpicaban agua con sus ruedas al pasar. Era raro, pensó Simon, que aunque no tenía frío, la sensación de notarse mojado y pegajoso aún le resultara molesta. Miró hacia atrás a Alec y a Isabelle; ésta no le había mirado a los ojos desde que había salido del Instituto, y se preguntó qué estaría pensando. Al parecer, quería hablar con su hermano, y cuando se detuvieron en la esquina de Park Avenue, la oyó decir: «Así ¿qué te parece que papá se haya presentado para el puesto de Inquisidor?».

—Me parece que es un trabajo aburrido. No sé por qué lo querrá.

Isabelle sujetaba un paraguas. Era de plástico transparente, decorado con calcomanías de flores de colores. Era una de las cosas más repipis que

Simon había visto nunca, y no culpaba a Alec por salirse de él y probar suerte con la lluvia.

—No me importa si es aburrido —susurró con fuerza Isabelle—. Si se lo dan, estará en Idris todo el tiempo. Y me refiero a todo, todo el tiempo. No puede dirigir el Instituto y ser el Inquisidor. No puede tener dos trabajos al mismo tiempo.

—Por si no lo has notado, Iz, ya está en Idris todo el tiempo.

—Alec... —El resto de lo que le iba a decir se perdió cuando el semáforo cambió y el tráfico avanzó ruidoso, salpicando agua helada sobre la acera. Clary esquivó el géiser que se había formado, y casi se estrelló contra Simon. Él la cogió de la mano para equilibrarla.

—Perdona —dijo ella. Él notó su mano pequeña y fría en la suya—. No estaba prestando atención.

—Lo sé. —Simon trató que no se le notara la preocupación en la voz. Durante las últimas dos semanas, Clary no había estado «prestando atención» a nada. Al principio, había llorado, y luego se había puesto furiosa; furiosa porque no había podido participar en las patrullas que buscaban a Jace, furiosa con el incesante interrogatorio del Consejo, furiosa de que la mantuvieran prácticamente prisionera en casa porque la Clave la consideraba sospechosa. Y sobre todo, furiosa consigo misma por no ser capaz de imaginar una runa que pudiera ayudar. Por las noches, se quedaba sentada en su escritorio durante horas, con la estela cogida con tanta fuerza entre sus dedos emblanquecidos, que Simon temía que la partiera en dos. Había tratado de obligar a su mente a mostrarle un dibujo que le dijera dónde se hallaba Jace. Pero, noche tras noche, no sucedía nada.

Parecía mayor, pensó Simon mientras entraban en el parque por un agujero en el muro de piedra de la Quinta Avenida. Mayor no en el mal sentido, pero sí que era diferente de la chica que había sido cuando habían entrado en el Club Pandemónium la noche que lo había cambiado todo. Había crecido, pero era más que eso. Su expresión era más seria, había más gracia y fuerza en su forma de andar, y los ojos verdes le bailaban menos, se centraban más. Con un sobresalto de sorpresa, pensó que comenzaba a parecerse a Jocelyn.

Clary se detuvo en un círculo de árboles que goteaban; las ramas les protegían bastante de la lluvia, e Isabelle y Clary apoyaron los paraguas en los troncos cercanos. Clary se soltó la cadena que llevaba alrededor del

cuello y dejó que la campanita le cayera en la palma. Los miró a todos muy seria.

—Esto es arriesgado —dijo—, y estoy segura de que si lo hago, no habrá vuelta atrás. Así que si alguno de vosotros no quiere venir conmigo, no pasa nada. Lo entenderé.

Simon se acercó y puso la mano sobre la de ella. No tenía que pensarlo. Adonde iba Clary, iba él. Habían pasado por mucho juntos para que no fuera así. Isabelle fue la siguiente, y al final, Alec; la lluvia le caía de las largas pestañas como si fuera lágrimas, pero su expresión era decidida. Los cuatro se apretaron las manos con fuerza.

Clary hizo sonar la campana.

Tuvo la impresión de que el mundo daba vueltas; no era la misma sensación de cuando atravesaba un Portal, pensó Clary sintiéndose en el centro del remolino, sino más bien como si estuviera en un carrusel que comenzara a girar cada vez más de prisa. Ya se sentía mareada y falta de aliento cuando todo aquello paró de pronto, y de nuevo estaba de pie, con la mano en las de Simon, Alec e Isabelle.

Se soltaron, y Clary miró alrededor. Había estado allí antes, en ese pasillo marrón oscuro y reluciente que parecía como si hubiera sido tallado a partir de una gema ojo de tigre. El suelo era liso, con el desgaste causado por los pies de las hadas durante miles de años. La luz provenía de brillantes pepitas de oro en las paredes, y al final del pasillo había una cortina multicolor que se movía como agitada por el viento, aunque no había viento bajo tierra. Al acercarse a ella, Clary se fijó en que estaba hecha de mariposas cosidas. Algunas de ellas aún seguían vivas, y su esfuerzo por liberarse hacía que la cortina se agitara como si estuviera bajo una fuerte brisa.

Tragó el sabor ácido que le subió a la garganta.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien ahí?

La cortina se fue a un lado, y el caballero hada Meliorn apareció en el pasillo. Llevaba la armadura blanca con la que lo recordaba Clary, pero ahora tenía un sello sobre el pecho izquierdo: las cuatro C que también decoraban la vestimenta de Luke del Consejo, y lo marcaban como miembro. En el rostro de Meliorn también había una cicatriz nueva, justo bajo sus ojos del color de las hojas. Él la miró con frialdad.

—No se saluda a la reina de la corte seelie con un bárbaro «Hola» humano —protestó—, como si estuvieras saludando a un criado. La

fórmula correcta es «Bien hallada».

—Pero aún no la he hallado —repuso Clary—. Ni siquiera sé si está aquí.

Meliorn la miró con desdén.

—Si la reina no estuviera presente y dispuesta a recibirte, tocar la campana no te habría traído aquí. Ahora, ven, sígueme, y trae contigo a tus compañeros.

Clary hizo un gesto a los demás y luego siguió a Meliorn con los hombros encogidos, para que al atravesar la cortina no la tocaran las alas de aquellas mariposas torturadas.

Uno a uno, los cuatro entraron en la estancia de la reina. Clary parpadeó sorprendida. Era totalmente diferente de la última vez que había estado allí. La reina se hallaba reclinada en un diván blanco y dorado, y a su alrededor se extendía un suelo hecho de cuadrados blancos y negros alternados, como un gran tablero de ajedrez. Lianas de espinas con aspecto peligroso colgaban del techo, y en cada espina estaba empalado un fuego fatuo, con su luz, normalmente muy intensa, parpadeando como en agonía. Todo resplandecía con su brillo.

Meliorn se colocó junto a la reina; en la sala no había ningún otro cortesano. La reina se incorporó despacio. Era tan hermosa como siempre, con un diáfano vestido de plata y oro mezclados; el cabello era de cobre rosado, y se lo colocó con cuidado sobre su hombro blanco. Clary se preguntó por qué se molestaría en hacerlo. De los que estaban allí, al único que podía impresionar su belleza era a Simon, y éste la odiaba.

—Bien hallados, nefilim, vampiro diurno —dijo inclinando la cabeza hacia ellos—. Hija de Valentine, ¿qué te trae a mí?

Clary abrió la mano. La campana destelló allí como una acusación.

—Enviasteis a vuestra doncella a decirme que hiciera sonar esto si alguna vez necesitaba ayuda.

—Y tú me dijiste que no querías nada de mí —dijo la reina—. Que tenías todo lo que querías.

Clary pensó desesperada en lo que había dicho Jace en la anterior audiencia que habían tenido con la reina, cómo la había adulado y encandilado. Era como si de repente Jace hubiera adquirido todo un nuevo vocabulario. Clary miró hacia atrás a Isabelle y a Alec, pero Isabelle sólo le hizo un gesto de irritación, indicándole que siguiera.

—Las cosas cambian —respondió Clary.

La reina estiró las piernas voluptuosamente.

—Muy bien. ¿Y qué quieres de mí?

—Deseo que encontréis a Jace Lightwood.

En el silencio que siguió, el sonido de los fuegos fatuos, gimiendo de agonía, se hizo audible.

—Nos debes de considerar muy poderosos —repuso finalmente la reina—, si crees que los seres mágicos pueden triunfar donde la Clave ha fallado.

—La Clave quiere encontrar a Sebastian. A mí no me importa Sebastian. Quiero encontrar a Jace —explicó Clary—. Además, ya sé que vos sabéis más de lo que demostráis. Predijisteis que esto sucedería. Nadie más lo sabía, y no creo que me enviarais esta campanita cuando lo hicisteis, la misma noche en que Jace desapareció, sin saber que algo se estaba preparando.

—Quizá lo hiciera —contestó la reina, admirándose las relucientes uñas de los pies.

—Me he fijado en que los seres mágicos suelen decir «quizá» cuando desean ocultar alguna verdad —dijo Clary—. Les evita tener que dar una respuesta directa.

—Quizá sea así —contestó la reina con una sonrisa divertida.

—«Tal vez» también es una buena expresión —sugirió Alec.

—Y «acaso» —contribuyó Izzy.

—No le veo nada malo a «quizá» —comentó Simon—. Es poco moderna, pero expresa bien la idea.

La reina agitó la mano como si sus palabras fueran abejas molestas que le zumbaban alrededor de la cabeza.

—No confío en ti, hija de Valentine —afirmó—. Hubo un tiempo en que quise un favor tuyo, pero ese tiempo ha pasado. Meliorn tiene su puesto en el Consejo. No estoy segura de que puedas ofrecerme nada más.

—Si creyeráis eso —replicó Clary—, no me habríais enviado la campana.

Por un momento, se miraron a los ojos. La reina era hermosa, pero había algo tras su rostro, algo que hizo pensar a Clary en los huesos de un pequeño animal, blanqueándose al sol.

—Muy bien —repuso la reina finalmente—. Es posible que pueda ayudarte. Pero desearé una recompensa.

—Sorpresa —masculló Simon. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y miraba a la reina con desprecio.

Alec soltó una risita.

Los ojos de la reina destellaron. Un momento después, Alec se tambaleó hacia atrás con un grito. Extendía los brazos, boquiabierto, mientras las manos se le curvaban hacia dentro, torcidas, con la piel arrugada y las articulaciones hinchadas. La espalda se le encorvó, el cabello se le encaneció, y los azules ojos se le apagaron y se hundieron bajo profundas arrugas. Clary ahogó un grito. Donde había estado Alec había ahora un anciano, encorvado, canoso y trémulo.

—Con qué premura se desvanece la hermosura mortal —se burló la reina—. Mírate, Alexander Lightwood. Te ofrezco una visión de ti mismo dentro de unos sesenta años. ¿Qué dirá entonces de tu hermosura tu amante mago?

Alec respiraba pesadamente. Isabelle se puso a su lado y lo cogió del brazo.

—Alec, no es nada, sólo un glamour. —Se volvió hacia la reina—. ¡Sacádselo! ¡Sacádlo!

—Si tú y los tuyos me habláis con el debido respeto, quizá lo reconsidere.

—Lo haremos —afirmó Clary rápidamente—. Os pedimos disculpas por cualquier grosería.

La reina resopló.

—Lo cierto es que añoro a tu Jace —dijo—. De todos vosotros, es el más guapo y el que tiene mejores modales.

—Nosotros también lo añoramos —repuso Clary en voz baja—. No pretendíamos ser groseros. Los humanos podemos resultar difíciles cuando sufrimos por un ser querido.

—Humm —soltó la reina, pero chasqueó los dedos y el glamour desapareció de Alec. Volvió a ser el de siempre, aunque pálido y perplejo. La reina le lanzó una mirada de superioridad, y luego volvió a mirar a Clary.

—Hay unos anillos —explicó la reina—. Pertenecieron a mi padre. Deseo que se me devuelvan esos objetos, porque los hicieron los seres mágicos y atesoran un gran poder. Nos permiten hablar a unos con otros, de pensamiento a pensamiento, como hacen vuestros Hermanos Silenciosos. Actualmente, sé de buena tinta que están expuestos en el Instituto.

—Recuerdo haber visto algo así —afirmó Izzy lentamente—. Dos anillos hechos por los seres mágicos, metidos en una vitrina en el segundo piso de la biblioteca.

—¿Queréis que robe algo del Instituto? —preguntó Clary, sorprendida. De todos los favores que se había imaginado que le podía pedir la reina, ése no había encabezado su lista.

—No es un robo —repuso la reina— devolver un objeto a sus auténticos propietarios.

—Y entonces, ¿encontraréis a Jace? —inquirió Clary—. Y no digáis «quizá». ¿Qué haréis exactamente?

—Te ayudaré a encontrarlo —respondió la reina—. Te doy mi palabra de que mi ayuda te será imprescindible. Te puedo decir, por ejemplo, por qué los hechizos de rastreo no han servido para nada. Te puedo decir en qué ciudad es más probable que se encuentre...

—Pero ¿la Clave os preguntó? —la interrumpió Simon—. ¿Cómo pudisteis mentirle?

—No hicieron las preguntas correctas.

—¿Y por qué mentirles? —inquirió Isabelle—. ¿Dónde queda vuestra alianza en todo esto?

—No tengo ninguna. Jonathan Morgenstern puede ser un poderoso aliado, si no lo convierto primero en mi enemigo. ¿Por qué ponerlo en peligro o granjearme su ira sin obtener ningún beneficio? Los seres mágicos somos un pueblo muy viejo. No tomamos decisiones precipitadas; primero esperamos a ver en qué dirección sopla el viento.

—¿Y esos anillos significan tanto para vos que, si os los entregamos, os arriesgaréis a su furia? —preguntó Alec.

La reina sólo sonrió; una sonrisa lenta, llena de promesas.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo finalmente—. Volved con los anillos y seguiremos hablando.

Clary vaciló, y se volvió para mirar a Alec y luego a Isabelle.

—¿Estáis de acuerdo con esto? ¿Con robar en el Instituto?

—Si eso supone encontrar a Jace... —contestó Isabelle.

Alec asintió.

—Lo que haga falta.

Clary volvió a mirar a la reina, que la observaba con una mirada expectante.

—Entonces, creo que podemos cerrar el trato.

La reina se estiró y esbozó una sonrisa satisfecha.

—Id en buena hora, pequeños cazadores de sombras. Y una palabra de advertencia, aunque no habéis hecho nada para merecerla. Tal vez queráis reconsiderar la conveniencia de buscar a vuestro amigo. Porque con lo que es precioso y está perdido, a menudo sucede que al encontrarlo puede que no sea igual que como fue.

Eran casi las once de la noche cuando Alec llegó a la puerta del apartamento de Magnus en Greenpoint. Isabelle lo había convencido de ir a Taki's a cenar con Clary y Simon y, aunque había protestado, se alegraba de haberlo hecho. Había necesitado unas horas para calmar sus emociones después de lo que había pasado en la corte de la reina seelie. No quería que Magnus viera lo mucho que lo había alterado el glamour de la reina.

Ya no necesitaba llamar al interfono para que Magnus le abriera la puerta. Tenía llave. Algo de lo que se sentía extrañamente orgulloso. Abrió y, mientras se dirigía hacia arriba, pasó ante la puerta del vecino del primero. Aunque Alec no había visto nunca a los ocupantes del loft del primer piso, parecían estar en medio de un tempestuoso romance. Una vez encontró un montón de cosas de alguien tiradas por todo el rellano, con una nota colgada de la solapa de una chaqueta dirigida al «mentiroso que vive aquí». Ahora había un ramo de flores pegado a la puerta con una tarjeta que decía: «Lo siento». Así era Nueva York: uno acababa enterándose de la vida de los vecinos más de lo que le gustaría.

La puerta de Magnus estaba entreabierta, y por ella salía al pasillo una música suave. Era Chaikovski. Alec notó que se le relajaban los hombros cuando la puerta del apartamento se cerró tras él. Nunca podía estar seguro de qué aspecto iba a tener el lugar; en ese momento era minimalista, con sofás blancos, mesas rojas apilables y fotos en blanco y negro de París en las paredes. De todas formas, cada vez le resultaba más familiar, como estar en casa. Olía a lo que él asociaba con Magnus: tinta, colonia, té Lapsang Souchong, y el olor como de azúcar quemado de la magia. Cogió a *Presidente Miau*, que estaba durmiendo en el alféizar, y se dirigió al estudio.

Al oírle entrar, Magnus alzó la vista. El mago vestía lo que para él era un atuendo muy sobrio: vaqueros y una camiseta negra con ribetes en el cuello y los puños. Llevaba el cabello negro suelto, revuelto y enredado, como si se hubiera pasado nervioso las manos muchas veces por él, y sus

ojos de gato tenían un aspecto cansado. Dejó la pluma cuando Alec apareció, y sonrió.

—Al jefe le gustas.

—Le gusta cualquiera que le rasque detrás de las orejas —repuso su novio, y abrazó al gato adormilado, de forma que su ronroneo pareció resonarle a Alec dentro del pecho.

Magnus se recostó en la silla, se desperezó y bostezó. La mesa estaba cubierta de papeles llenos de una escritura pequeña y apiñada, y dibujos; el mismo diseño una y otra vez, variaciones del dibujo que había salpicado en el suelo del tejado del que Jace había desaparecido.

—¿Qué tal con la reina seelie?

—Como siempre.

—Una cabrona loca, ¿no?

—Más o menos. —Alec le hizo a Magnus un resumen de lo ocurrido en la corte de los seres mágicos. Se le daba bien eso: explicar las cosas resumidas, no gastar ni una palabra de más. Nunca había entendido ni a la gente que parloteaba incesantemente ni el gusto de Jace por los complicados juegos de palabras.

—Me preocupa Clary —dijo Magnus—. Me preocupa que intente hacer más de lo que puede.

Alec dejó a *Presidente Miau* sobre la mesa, donde en seguida se hizo un ovillo y volvió a dormirse.

—Quiere encontrar a Jace. ¿Puedes culparla?

La mirada de Magnus se suavizó. Enganchó la cintura de los vaqueros de Alec con un dedo, y lo atrajo hacia sí.

—¿Me estás diciendo que tú harías lo mismo si fuera yo?

Alec volvió el rostro, y miró el papel que el mago acababa de apartar.

—¿Estás otra vez con eso?

Un poco decepcionado, Magnus soltó a Alec.

—Tiene que haber una clave —contestó—. Para descifrarlos. Algún lenguaje que todavía no he mirado. Algo muy antiguo. Esto es vieja magia negra, muy oscura, y no se parece a nada que haya visto antes. —Miró de nuevo el papel con la cabeza inclinada hacia un lado—. ¿Me puedes pasar esa caja de rapé? La plateada que está en el borde de la mesa.

Alec siguió la dirección que indicaba Magnus y vio una pequeña cajita de plata en el lado opuesto de la gran mesa de madera. La cogió. Era como

un cofre en miniatura colocado sobre unos minúsculos pies, con la tapa curvada y las iniciales W. S. dibujadas con diamantes por encima.

«W —pensó Alec—. ¿Will?»

Eso era lo que Magnus le había dicho cuando Alec le preguntó sobre el nombre con el que Camille le había provocado. «Will. Dios santo, de eso hace muchísimo tiempo.»

Alec se mordió el labio.

—¿Qué es?

—Una cajita de rapé —contestó Magnus, sin alzar la vista de sus papeles—. Ya te lo he dicho.

—¿Como el pescado? —Alec lo miró.

Magnus lo miró y se echó a reír.

—Como el tabaco. Fue muy popular durante los siglos XVII y XVIII. Ahora la guardo para meter cositas.

Extendió la mano, y Alec le entregó la caja.

—¿Alguna vez te preguntas...? —comenzó el chico; luego se detuvo y empezó de nuevo—. ¿No te molesta que Camille esté por ahí en alguna parte? ¿Que se haya escapado? —preguntó.

«¿Y que yo tuviera la culpa?», pensó sin decirlo. No era necesario que Magnus lo supiera.

—Siempre ha estado por ahí en alguna parte —contestó el Mago—. Ya sé que la Clave no está muy satisfecha, pero yo estoy acostumbrado a imaginármela viviendo su vida, sin ponerse en contacto conmigo. Si alguna vez me molestó, hace mucho tiempo que no lo hace.

—Pero la amaste. Una vez.

Magnus pasó el dedo por los diamantes incrustados en la cajita de rapé.

—Creía que sí.

—¿Y ella te sigue amando?

—No lo creo —respondió Magnus con sequedad—. No estaba muy contenta la última vez que la vi. Claro que eso pudo ser porque tengo un novio de dieciocho años con una runa de energía, y ella no.

Alec resopló.

—Como la persona de la que se habla como un objeto, me... Protesto ante esa descripción.

—Ella siempre ha sido de las celosas —repuso el brujo con una sonrisa de medio lado. Se le daba muy bien cambiar de tema, pensó Alec.

Magnus había dejado claro que no le gustaba hablar sobre su vida amorosa pasada, pero en algún momento de su conversación, la familiaridad y el confort, la sensación que Alec tenía de estar en casa, había desaparecido. Por muy joven que pareciera Magnus —y en ese momento, descalzo y con el cabello enmarañado, no parecía tener más de dieciocho años—, los separaban océanos de tiempo imposibles de cruzar.

Magnus abrió la caja, sacó unas chinchetas y las empleó para clavar en la mesa el papel que había estado mirando. Cuando alzó la vista y vio la expresión de Alec, se sorprendió.

—¿Estás bien?

En vez de contestar, su novio le cogió las manos y le hizo ponerse en pie. Magnus se lo permitió con una mirada inquisitiva. Antes de que pudiera decir nada, Alec lo acercó a él y lo besó. El brujo hizo un ruidito suave y complacido; agarró la camisa de su chico por detrás y se la levantó. Alec notó sus fríos dedos en la espalda y se inclinó sobre él, inmovilizándolo entre la mesa y su cuerpo. Aunque a Magnus no pareció importarle.

—Vamos —le dijo Alec al oído—. Es tarde. Vamos a acostarnos.

Magnus se mordió el labio y miró hacia atrás, a los papeles que había sobre la mesa, con la vista fija en las antiguas sílabas de lenguas olvidadas.

—¿Por qué no vas yendo tú? —dijo—. Estaré contigo en... cinco minutos.

—Claro. —Alec se incorporó, sabiendo que cuando Magnus se concentraba en sus estudios, cinco minutos podían convertirse en cinco horas—. Te espero allí.

—Shhh.

Clary se llevó un dedo a los labios antes de hacer un gesto a Simon para que entrara delante de ella en casa de Luke. Todas las luces estaban apagadas, y el salón estaba oscuro y en silencio. Hizo ir a Simon hacia su habitación y entró en la cocina para coger un vaso de agua. A mitad de camino se detuvo de golpe.

Se oía la voz de su madre en el pasillo. Clary la notó tensa. Igual que perder a Jace era la peor pesadilla de Clary, sabía que su madre también estaba viviendo la suya. Saber que su hijo estaba vivo y por el mundo, capaz de cualquier cosa, la estaba destrozando por dentro.

—Pero la han absuelto, Jocelyn —oyó Clary responder a Luke, con su voz subiendo y bajando de volumen—. No habrá ningún castigo.

—Todo es por mi culpa. —La voz de Jocelyn sonaba apagada, como si tuviera la cabeza hundida en el hombro de Luke—. Si no hubiera traído a... esa criatura a este mundo, Clary no estaría pasando por lo que está pasando ahora.

—No podías saberlo... —La voz de Luke se convirtió en un susurro, y aunque Clary sabía que él tenía razón, tuvo un breve momento de rabia hacia su madre. Jocelyn debería haber matado a Sebastian en la cuna antes de que éste tuviera la oportunidad de crecer y arruinarles la vida a todos, pensó. Y al instante se horrorizó de sí misma por pensarlo. Se fue hacia el otro extremo de la casa, entró en su cuarto y cerró la puerta tras de sí como si la siguieran.

Simon, que estaba sentado en la cama jugando con su DS, alzó la vista sorprendido.

—¿Va todo bien?

Clary trató de sonreírle. Simon era algo habitual en aquel cuarto; de pequeños, ambos habían dormido a menudo en casa de Luke. Ella había hecho lo que había podido para convertir aquel dormitorio en su cuarto, en vez de ser el cuarto de huéspedes. Las fotos de Simon y de ella, de los Lightwood, de Jace con su familia, estaban colocadas de cualquier manera en el marco del espejo que había sobre la cómoda. Luke le había dado una mesa de dibujo, y sus útiles de dibujo estaban ordenados en una estantería de cajoncitos junto a ella. Había pegado a la pared pósteres de sus animes: Fullmetal Alchemist, Rurouni Kenshin y Bleach.

Las pruebas de su vida de cazadora de sombras también estaban esparcidas por ahí: una gruesa copia del Códice del Cazador de Sombras, con sus notas y garabatos en los márgenes; un estante con libros sobre lo oculto y paranormal; su estela sobre la mesa, y una bola del mundo nueva, que Luke le había regalado, en la que se mostraba Idris, bordeado en dorado, en el centro de Europa.

Y Simon, sentado sobre la cama, con las piernas cruzadas, era una de las pocas cosas que pertenecían tanto a su vida de antes como a la nueva. Él la miró con sus ojos oscuros y su pálido rostro, con el brillo de la Marca de Caín apenas visible en la frente.

—Mi madre —contestó ella, y se apoyó en la puerta—. No está nada bien.

—¿No está aliviada? Me refiero a que te hayan absuelto.

—No consigues pensar en nada que no sea Sebastian. No puedes dejar de culparse.

—No tiene la culpa de que él sea así. La culpa fue de Valentine.

Clary no dijo nada. Estaba recordando las cosas terribles que acababa de pensar: que su madre debería haber matado a Sebastian en cuanto éste nació.

—Las dos —continuó Simon— os culpáis de cosas de las que no sois responsables. Tú te culpas de haber dejado a Jace en el tejado...

Ella alzó la cabeza de golpe y lo miró molesta. No recordaba haber dicho nunca que se culpaba de eso, aunque lo hacía.

—Nunca...

—Te culpas —repuso él—. Pero yo lo dejé, Izzy lo dejó, Alec lo dejó, y Alec es su *parabatai*. No había forma de que pudiéramos saber lo que iba a pasar. Y podría haber sido peor si te hubieras quedado.

—Quizá. —Clary no quería hablar de eso. Sin mirar a Simon, se metió en el cuarto de baño para cepillarse los dientes y ponerse su pijama afelpado. Evitó mirarse en el espejo. No le gustaba ver lo pálida que estaba, las ojeras. Era fuerte; no iba a desmoronarse. Tenía un plan. Incluso si era una locura e implicaba robar en el Instituto.

Se lavó los dientes, y mientras salía del baño recogió el ondulado cabello en una coleta pilló a Simon metiendo en su bolsa de mensajero una botella que casi seguro que era la sangre que había comprado en Taki's.

Se acercó a él y le alborotó el cabello.

—Puedes dejar las botellas en la nevera, ¿sabes? —le dijo—. Si no te gustan a temperatura ambiente.

—La sangre muy fría es peor que a temperatura ambiente, la verdad. Caliente es lo mejor, pero creo que a tu madre no le gustaría nada que la calentara en un cazo.

—¿Le importa a Jordan? —inquirió Clary, preguntándose si el licántropo aún se acordaría de que Simon vivía con él. Simon se había quedado en casa de Luke todos los días de la última semana. Los primeros días después de la desaparición de Jace, ella no había podido dormir. Se había puesto cinco mantas encima, y aun así no había podido entrar en calor. Se había quedado despierta, temblando, imaginando la sangre helada que avanzaba lentamente por sus venas, y los cristales de hielo que tejían una red brillante como el coral alrededor del corazón. Sus sueños estaban

lentos de mares negros, témpanos de hielo, lagos helados, y por Jace, con el rostro siempre oculto entre las sombras, o tras unas nubes, o por su propio cabello brillante, apartándose de ella. Sólo había dormido durante unos minutos seguidos, y siempre se había despertado con una desagradable sensación de ahogo.

El primer día que el Consejo la había interrogado, había vuelto a casa y se había metido en la cama. Se había quedado tumbada despierta hasta que llamaron a su ventana y Simon entró. Inmediatamente después, el chico se había subido a la cama y se había tumbado junto a ella sin decir palabra. Había traído consigo el frío del exterior, y olía al aire de la ciudad y al aire helado del inminente invierno.

Ella se había colocado hombro con hombro con él, y las minúsculas tensiones que le atenazaban el cuerpo como un puño cerrado se habían ido disolviendo. La mano de Simon había sido fría, pero familiar, igual que la textura de su chaqueta de pana contra la piel.

—¿Cuánto te puedes quedar? —había preguntado ella en un susurro a la oscuridad.

—Tanto como quieras.

Clary se había vuelto para mirarlo.

—¿A Izzy no le importará?

—Ella fue quien me dijo que viniera. Dijo que no podías dormir, y que si tenerme contigo te hacía sentirte mejor, podía quedarme. O podría quedarme hasta que te durmieras.

Clary había suspirado aliviada.

—Pasa aquí la noche —le había pedido—. Por favor.

Y él lo había hecho. Y Clary no había tenido pesadillas.

Mientras él estaba allí, ella dormía sin soñar, inmersa en un océano de nada. Un olvido indoloro.

—A Jordan no le importa la sangre —contestó Simon en ese momento—. Todo este asunto es sobre mí sintiéndome cómodo con lo que soy. Conecta con tu vampiro interior, bla, bla, bla...

Clary se tumbó junto a él en la cama y se abrazó a una almohada.

—¿Es tu vampiro interior diferente de... tu vampiro exterior?

—Sin duda. Él quiere llevar camisetas que dejen el ombligo al descubierto y un sombrero fedora. Me estoy resistiendo.

Clary sonrió levemente.

—¿Así que tu vampiro interior es Magnus?

—Espera, eso me recuerda... —Simon rebuscó en su macuto de mensajero y sacó dos cómics manga. Los agitó triunfal antes de pasárselos a Clary—. Magical Love Gentleman, fascículos quince y dieciséis —dijo—. Agotado en todas partes excepto en Midtown Comics.

Ella los cogió y miró las coloridas portada y contraportada. Hubo una vez que habría alzado los brazos en júbilo admirada; en ese momento sólo consiguió sonreír a Simon y agradecersele; pero él lo había hecho por ella, se recordó, en un gesto de buen amigo. Incluso aunque ella no pudiera imaginarse leyéndolos para distraerse.

—Eres increíble —le dijo, empujándolo con el hombro. Se tumbó sobre la almohada con los manga sobre el regazo—. Y gracias por venir conmigo a la corte seelie. Sé que te trae malos recuerdos pero... siempre estoy mejor cuando tú estás ahí.

—Lo hiciste muy bien. Manejaste a la reina como una experta. — Simon se tumbó junto a ella, hombro contra hombro, ambos mirando al techo, a las grietas de siempre, a las viejas estrellas pegadas allí, que habían brillado en la oscuridad, pero ya no daban ninguna luz—. ¿Y qué, vas a hacerlo? ¿Vas a robar los anillos para la reina?

—Sí. —Dejó escapar la respiración que había estado conteniendo—. Mañana. Hay una reunión del Cónclave local al mediodía. Todos estarán allí. Lo haré entonces.

—No me gusta, Clary.

Ella notó que se ponía tenso.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Que tengas que hacer algo para las hadas. Los seres mágicos son unos mentirosos.

—No pueden mentir.

—Ya sabes a lo que me refiero. Pero «los seres mágicos son engañosos» suena tonto.

Ella lo miró, apoyando la barbilla sobre la clavícula de él. Automáticamente, él alzó el brazo, le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí. Simon tenía el cuerpo frío y la camisa aún húmeda por la lluvia. Su cabello, normalmente muy lacio, se había secado formando algunos rizos con el viento.

—Créeme, no me gusta nada liarme con la corte. Pero lo haría por ti —afirmó ella—. Y tú lo harías por mí, ¿no?

—Claro que sí. Pero sigue siendo una mala idea. —Él la miró directamente—. Sé cómo te sientes. Cuando mi padre murió...

Clary se tensó.

—Jace no está muerto.

—Lo sé. No estaba diciendo eso. Sólo que... No hace falta que digas que te sientes mejor cuando estoy ahí. Siempre estoy ahí para ti. El dolor hace que nos sintamos solos, pero no lo estás. Sé que no crees... en la religión... como yo, pero puedes creer que estás rodeada de gente que te quiere, ¿verdad? —Tenía los ojos muy abiertos, esperanzados. Eran del mismo castaño oscuro que siempre habían sido, pero diferentes, como si se hubiera añadido otra capa de color, igual que su piel parecía tanto carente de poros como traslúcida.

«Lo creo —pensó Clary—, pero no estoy segura de que importe.»

Le golpeó suavemente con el hombro.

—¿Te importa si te pregunto algo? Es personal, pero importante.

En su voz se percibió una nota de cansancio.

—¿Qué?

—Con eso de la Marca de Caín, ¿significa que si te pego una patada accidentalmente por la noche, una fuerza invisible me dará siete patadas en la espinilla?

Ella notó que él reía.

—Duérmete, Fray.

3

ÁNGELES MALOS

—Tío, creía que habías olvidado que vives aquí —exclamó Jordan cuando Simon entró en el salón de su pequeño piso, con las llaves aún tintineando en la mano. A Jordan solía encontrársele tirado en el futón, con las largas piernas colgando por el lado y el mando de la Xbox en la mano. Ese día también estaba en el futón, pero sentado, con los amplios hombros encorvados y las manos en los bolsillos de los vaqueros. El mando no se veía por ninguna parte. Parecía aliviado de ver a Simon y, en un momento, el vampiro entendió por qué.

El licántropo no estaba solo. Sentado frente a él en un sillón de terciopelo naranja (ninguno de los muebles de Jordan hacía juego), se hallaba Maia, con el rebelde cabello rizado contenido en dos trenzas. La última vez que Simon la vio, la chica iba vestida con traje de fiesta. Pero en ese momento seguía con su uniforme: vaqueros de bajos gastados, una camiseta de manga larga y una chaqueta de cuero de color caramelo. Parecía tan incómoda como Jordan, con la espalda recta y la mirada perdida hacia la ventana. Al ver a Simon, se puso de pie agradecida y le dio un abrazo.

—Hola —dijo—. Sólo he pasado a ver cómo te iba.

—Estoy bien. Es decir, estoy tan bien como se puede estar con todo lo que está pasando.

—No me refería a todo ese asunto de Jace —repuso ella—. Me refería a ti. ¿Cómo lo llevas?

—¿Yo? —Simon se sorprendió—. Estoy bien. Preocupado por Isabelle y Clary. Ya sabes que la Clave la estaba investigando...

—Y he oído que la han absuelto. Eso está bien. —Maia lo soltó—. Pero estaba pensando en ti. Y en lo que te pasó con tu madre.

—¿Cómo sabes eso? —Simon lanzó una mirada a Jordan, pero éste negó con la cabeza, de forma casi imperceptible. Él no le había dicho nada.

Maia se tiró de una trenza.

—Me encontré con Eric por casualidad. Me dijo lo que te había pasado y que por eso no has ido a los bolos de La Pelusa del Milenio.

—Por cierto, se han cambiado de nombre —informó Jordan—. Ahora son Burrito de Medianoche.

Maia miró irritada a Jordan, y él se hundió un poco en su asiento. Simon se preguntó de qué habrían estado conversando antes de que llegara él.

—¿Has hablado con alguien más de tu familia? —preguntó Maia con suavidad. Sus ojos de color ámbar lo miraban con preocupación.

Simon sabía que era grosero, pero había algo en ser mirado así que no le gustaba. Era como si esa preocupación convirtiera el problema en real, cuando, de otra manera, él podía fingir que no existía.

—Sí —contestó—. Todo va bien en mi familia.

—¿De verdad? Porque te dejaste el teléfono aquí. —Jordan lo cogió de la mesa—. Y tu hermana te ha estado llamando cada cinco minutos durante todo el día. Y ayer también.

Simon sintió que se le helaba el estómago. Cogió el teléfono que le tendía Jordan y miró la pantalla. Diecisiete llamadas perdidas de Rebecca.

—Mierda —exclamó—. Esperaba poder evitar esto.

—Bueno, es tu hermana —repuso Maia—. Tarde o temprano te iba a llamar.

—Lo sé, pero le he estado dando esquinazo; dejando mensajes cuando sé que no estará allí, esa clase de cosas. Supongo... que estaba tratando de evitar lo inevitable.

—¿Y ahora?

Simon dejó el teléfono en el alféizar de la ventana.

—¿Seguir evitándolo?

—No lo hagas. —Jordan sacó la mano del bolsillo—. Deberías hablar con ella.

—¿Y decirle qué? —La pregunta le salió con más aspereza de la que pretendía.

—Tu madre debe de haberle dicho algo —contestó su compañero de piso—. Seguramente estará preocupada.

Simon negó con la cabeza.

—Vendrá para Acción de Gracias, dentro de unas semanas. No quiero meterla a ella en lo que está pasando con mi madre.

—Ya está metida. Es tu familia —replicó Maia—. Además, esto..., lo que está pasando con tu madre, todo eso, es ahora tu vida.

—Entonces, supongo que quiero que ella se quede al margen. —Simon sabía que no estaba siendo razonable, pero se sentía capaz de evitarlo. Rebecca era... especial. Diferente. Pertenecía a una parte de su vida que aún no había tocado toda esa locura. Quizá la única parte.

Maia alzó las manos y se dirigió a Jordan.

—Dile algo. Tú eres su guardia pretoriana.

—Oh, vamos —replicó Simon antes de que su amigo pudiera abrir la boca—. ¿Alguno de vosotros mantiene el contacto con vuestros padres? ¿Con vuestra familia?

Ellos intercambiaron una mirada.

—No —contestó Jordan lentamente—, pero ninguno de nosotros tenía buena relación con ellos antes de...

—Ahí está mi prueba —repuso Simon—. Todos somos huérfanos. Huérfanos de la tormenta.

—No puedes pasar de tu hermana —insistió Maia.

—Mírame.

—¿Y cuando Rebecca vuelva a tu casa, que parece el plató de El exorcista? ¿Y cuando tu madre no pueda explicarle dónde estás? —Jordan se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas—. Tu hermana llamará a la policía, y tu madre acabará en un manicomio.

—Aún no estoy preparado para oír su voz —insistió Simon, pero sabía que había perdido la discusión—. Tengo que volver a salir, pero prometo que le enviaré un mensaje.

—Bien —repuso Jordan. Estaba mirando a Maia, no a Simon, mientras lo decía, como si esperara que ella se fijara en que había hecho reflexionar a su amigo y se mostrara complacida. Simon se preguntó si habrían estado viéndose durante las dos pasadas semanas mientras él había estado casi siempre ausente. Habría imaginado que no, por la tensa manera en que habían estado sentados cuando él había llegado, pero con esos dos, era difícil estar seguro—. Por algo se empieza.

El ascensor dorado se detuvo en el tercer piso del Instituto; Clary respiró hondo y salió al pasillo. Como Alec e Isabelle le habían prometido, el lugar

estaba desierto y en silencio. El tráfico de la avenida York, que discurría por fuera, era un suave murmullo. Clary se imaginó que podía oír el sonido de las motas de polvo al rozar unas contra otras mientras danzaban en la luz que entraba por la ventana. Por la pared se hallaban los ganchos donde los residentes del Instituto colgaban los abrigos al entrar. Una de las chaquetas negras de Jace aún pendía de uno, con las mangas vacías y fantasmales.

Se estremeció mientras comenzaba a recorrer el pasillo. Recordaba la primera vez que Jace la había llevado por aquellos corredores, hablándole con su desenfadada voz de los cazadores de sombras, de Idris, de todo un mundo secreto que ella nunca antes había sabido que existiera. Clary lo había estado observando —con disimulo, había pensado, pero ahora sabía que Jace se enteraba de todo— mientras él hablaba, observando la luz relucir en su pálido cabello, los rápidos movimientos de sus ágiles manos, la flexión de los músculos de los brazos al gesticular.

Llegó a la biblioteca sin encontrarse con ningún cazador de sombras, y abrió la puerta. La sala le produjo el mismo escalofrío que la primera vez que la había visto. La biblioteca, circular porque estaba construida dentro de una torre, tenía una galería en el segundo piso, con balaustrada, a media altura de las paredes, por encima de las filas de estanterías. El escritorio, en el que Clary aún pensaba como el de Hodge, se hallaba en el centro de la estancia, tallado en una única pieza de roble, con el amplio tablero reposando sobre la espalda de dos ángeles arrodillados. Clary casi esperaba que Hodge se levantara al otro lado, con su cuervo, Hugo, posado en el hombro.

Sacudió la cabeza para apartar ese recuerdo y se apresuró a ir hacia la escalera circular del fondo de la sala. Iba vestida con vaqueros y zapatillas de suela de goma; se había dibujado una runa de insonoridad en el tobillo; el silencio era casi inquietante mientras subía los escalones que daban a la galería. Arriba también había libros, pero estaban metidos en estanterías con puertas de vidrio cerradas con llave. Algunos parecían muy viejos, con las cubiertas gastadas y los lomos reducidos a unas cuantas tiras. Otros eran libros de magia peligrosa: Cultos atroces, La viruela demoníaca y Guía práctica para revivir a los muertos.

Entre las estanterías cerradas había vitrinas. Cada una contenía algún objeto artesanal extraño y hermoso: una delicada botella de cristal cuyo tapón era una enorme esmeralda; una corona con un diamante en el centro, que no parecía que pudiera caber en ninguna cabeza humana; un colgante

con forma de ángel con alas hechas de ruedas dentadas y piezas mecánicas y, en la última vitrina, como Isabelle le había prometido, un par de brillantes anillos de oro con forma de hojas curvadas: un trabajo de hadas, tan delicado como el aliento de un bebé.

Como era de esperar, la vitrina estaba cerrada. Clary se mordisqueó el labio mientras dibujaba la runa de la apertura, con cuidado de no hacerla muy potente para que el cristal no reventara y el ruido atrajera a la gente, que hizo saltar el cierre. Muy despacio, abrió la vitrina. Sólo mientras volvía a meterse la estela en el bolsillo comenzó a dudar.

¿Era ella realmente? ¿Robando a la Clave para pagar a la reina de los seres mágicos, cuyas promesas, como Jace le había dicho una vez, eran como escorpiones, con un afilado aguijón en la cola?

Meneó la cabeza para borrar sus dudas, y se quedó helada. La puerta de la biblioteca se estaba abriendo. Oyó crujir la madera, voces apagadas y pasos. Sin pensarlo, se tiró al frío suelo de madera de la galería y se aplastó contra él.

—Tenías razón, Jace —dijo desde abajo una voz, con un frío tono de burla e inquietantemente conocida—. Esto está desierto.

El hielo que Clary tenía en las venas pareció cristalizarse, y la dejó inmóvil y congelada. No podía moverse, ni respirar. No había tenido una impresión tan intensa desde que había visto a su padre atravesarle el pecho a Jace con una espada. Muy despacio, se fue acercando al borde del balcón y miró hacia abajo.

Y se mordió el labio con fuerza para no gritar.

El techo inclinado en lo alto se elevaba hacia el punto donde estaba colocada una claraboya de cristal. La luz del sol caía a través de ésta, iluminando una parte del suelo como un foco en un escenario. Podía ver los trozos de cristal, mármol y piedras semipreciosas que estaban incrustados en el suelo formando un dibujo: el ángel Raziel, la Copa y la Espada. Sobre una de las alas extendidas del Ángel se hallaba Jonathan Christopher Morgenstern.

Sebastian.

Y ése era el aspecto de su hermano. Su verdadero aspecto, vivo, moviéndose, animado. Un rostro pálido, todo ángulos y planos; alto, delgado y vestido de negro. El cabello era plateado, no oscuro como lo había llevado cuando lo había conocido, teñido del color del auténtico Sebastian Verlac. Su propio color pálido le sentaba mejor. Lo ojos eran

negros, y cargados de vida y energía. La última vez que lo había visto, flotando en un ataúd de cristal como Blancanieves, una de sus manos era un muñón vendado. Ahora la tenía de nuevo, con un brazalete de plata brillando en la muñeca, pero con nada visible que mostrara que había sufrido algún daño, o incluso más que daño, que había faltado.

Y junto a él, con el cabello dorado brillando bajo la pálida luz del sol, se hallaba Jace. No Jace como ella se lo había imaginado constantemente durante las dos últimas semanas: magullado o sangrante, o sufriendo, o hambriento, encerrado en alguna celda oscura, gritando de dolor o llamándola. Ése era el Jace que ella recordaba: animado, sano, vibrante y hermoso. Tenía las manos metidas en los pantalones de los vaqueros; sus marcas eran visibles a través de la camiseta blanca. Sobre ella se había puesto una desconocida chaqueta de ante de color marrón claro que resaltaba las tonalidades doradas de su piel. Echó la cabeza hacia atrás, como si estuviera disfrutando de la sensación del sol en la cara.

—Siempre tengo razón, Sebastian —dijo él—. Ya deberías saber eso de mí.

Sebastian lo miró pausadamente y luego sonrió. Clary se lo quedó mirando. Tenía todo el aspecto de ser una sonrisa auténtica. Pero ¿qué iba a saber ella? Sebastian le había sonreído a ella en el pasado, y había resultado ser una gran mentira.

—¿Y dónde están los libros de invocaciones? ¿Hay algún orden en este caos?

—No del todo. No están por orden alfabético. Sigue el sistema especial de Hodge.

—¿No era a él a quien maté? Que inconveniente —repuso Sebastian—. Quizá deberíamos mirar yo arriba y tú abajo.

Fue hacia la escalera que subía a la galería. El corazón de Clary comenzó a acelerarse de miedo. Asociaba a Sebastian con asesinatos, sangre, dolor y terror. Sabía que Jace había luchado contra él una vez, y casi había muerto. Nunca podría vencer a su hermano en una lucha cuerpo a cuerpo. ¿Podría saltar desde la baranda de la galería hasta el suelo sin romperse una pierna? Y de hacerlo, ¿qué pasaría? ¿Qué haría Jace?

Sebastian ya tenía un pie en el primer escalón cuando Jace lo llamó.

—Espera. Aquí están. Ordenados bajo «Magia, No letal».

—¿«No letal»? ¿Y dónde está la gracia entonces? —ronroneó Sebastian, pero sacó el pie del escalón y fue hacia Jace—. ¡Vaya biblioteca!

—exclamó mientras leía los títulos de los libros al pasar—. El cuidado y alimentación de tu duende doméstico, Demonios desvelados. —Cogió ése del estante y soltó una risita larga y grave.

—¿Qué es? —Jace alzó la mirada, esbozando una sonrisa. Clary tenía tantas ganas de correr abajo y tirársele encima que de nuevo se mordió el labio. El dolor fue agudo y ácido.

—Es pornografía —contestó Sebastian—. Mira. Demonios... «desvelados».

Jace se acercó a él por detrás y apoyó una mano en el brazo de Sebastian mientras leía por encima de su hombro. Era como ver a Jace con Alec, alguien con quien se sentía cómodo, que podía tocar sin pensárselo, pero horrible, al revés, del otro lado.

—Vale, ¿cómo puedes saberlo?

Sebastian cerró el libro y con él le dio un ligero golpe a Jace en el hombro.

—Hay cosas de las que sé más que tú. ¿Has cogido los libros?

—Los tengo. —Jace levantó una pila de pesados tomos de una mesa cercana—. ¿Tenemos tiempo de pasar por mi dormitorio? Si pudiera coger algunas de mis cosas...

—¿Qué quieres?

Jace se encogió de hombros.

—Ropa sobre todo, y algunas armas.

Sebastian negó con la cabeza.

—Demasiado peligroso. Tenemos que entrar y salir en seguida. Sólo objetos de urgencia.

—Mi chaqueta favorita es un objeto de urgencia —repuso Jace. Era como oírlo hablar con Alec, con cualquiera de sus amigos—. Al igual que yo, es acogedora y elegante.

—Mira, tenemos todo el dinero que podamos desear —replicó Sebastian—. Compra ropa. Y en unas semanas estarás dirigiendo este sitio. Podrás izar tu chaqueta favorita del mástil para que ondee como una bandera.

Jace rió, con esa tersa risa que Clary tanto amaba.

—Te lo advierto, esa chaqueta es sexi. El Instituto podría arder en llamas sexis.

—Le iría bien. Ahora es demasiado lúgubre. —Sebastian agarró la espalda de la chaqueta que Jace llevaba en ese momento y lo empujó hacia

el lado—. Y ahora nos vamos. Sujeta los libros. —Se miró la mano derecha, donde relucía un delgado anillo de plata; lo hizo girar con el pulgar de la mano que no estaba sujetando a Jace.

—Eh —exclamó éste—. ¿Crees que...? —Se cortó, y por un momento, Clary pensó que era porque había mirado hacia arriba y la había visto, ya que tenía el rostro alzado. Pero mientras tragaba aire, ambos desaparecieron, desvaneciéndose como espejismos en el aire.

Lentamente, Clary apoyó la cabeza en el brazo. Le sangraba el labio donde se lo había mordido; notaba el sabor a sangre en la boca. Sabía que debía levantarse, moverse, huir. No debía estar ahí. Pero el hielo en sus venas se había vuelto tan frío que temía que, si se movía, saltaría hecha añicos.

Alec se despertó con Magnus sacudiéndolo por el hombro.

—Va, garbancito —dijo—. Ya es hora de levantarse y enfrentarse al día.

Alex se desenrolló medio dormido del nido de almohadas y mantas, y sonrió a su novio. Magnus, a pesar de haber dormido muy poco, parecía moleestamente animado. Tenía el cabello mojado, y le goteaba sobre los hombros de la camisa blanca, haciéndola transparente. Llevaba unos vaqueros con agujeros y bajos deshilachados, lo que solía significar que estaba planeando pasar el día sin salir del piso.

—¿«Garbancito»? —preguntó Alec.

—Por probar.

Alec negó con la cabeza.

—No.

Magnus se encogió de hombros.

—Seguiré buscando. —Le tendió un descascarillado tazón de café, preparado como le gustaba a Alec: negro y sin azúcar—. Despierta.

El chico se sentó en la cama, frotándose los ojos, y cogió el tazón. La amargura del primer trago le envió un cosquilleo de energía a los nervios. Recordó que la noche anterior se había quedado despierto, esperando a que Magnus fuera a la cama, pero al final el cansancio le había podido y se había dormido sobre las cinco.

—Hoy me voy a saltar la reunión del Consejo.

—Lo sé, pero se supone que debes encontrarte con tu hermana y los demás en el parque Turtle Pond. Me dijiste que te lo recordara.

Alec sacó las piernas de la cama.

—¿Qué hora es?

Magnus le sacó el tazón de la mano antes de que derramara el café, y lo dejó en la mesilla.

—Vas bien. Tienes una hora. —Se inclinó y besó a Alec en la boca; el cazador de sombras recordó la primera vez que se habían besado, allí en el apartamento, y quiso abrazarlo y estrecharlo contra sí. Pero algo lo retuvo.

Se puso en pie y fue a la cómoda. Tenía un cajón para sus cosas. Un lugar para su cepillo de dientes en el baño. Una llave de la puerta. Una cantidad decente de propiedades para ocupar la vida de alguien, y aun así no podía sacarse el frío temor del estómago.

Magnus se había tumbado de espaldas sobre la cama, con un brazo tras la cabeza, y observaba a Alec.

—Ponte el fular —le dijo, señalando un fular azul de cachemira que pendía de un colgador—. Hace juego con tus ojos.

Alec miró el fular. De repente sintió un odio intenso, hacia el fular, hacia Magnus y sobre todo hacia sí mismo.

—No me lo digas —soltó—. El fular tiene cien años y te lo regaló la reina Victoria justo antes de morir, como recompensa por los servicios especiales que le habías prestado a la Corona, o algo así.

Magnus se sentó.

—¿Qué te pasa?

Alec lo miró molesto.

—¿Soy lo más nuevo de este apartamento?

—Creo que ese honor le corresponde a *Presidente Miau*. Sólo tiene dos años.

—He dicho lo más nuevo, no lo más joven —replicó Alec—. ¿Quién es W. S.? ¿Es Will?

Magnus meneó la cabeza como si tuviera agua en los oídos.

—¿Qué demonios...? ¿Estás hablando de la caja de rapé? W. S. es Woolsey Scott. Fue...

—Fue el fundador de los *Praetor Lupus*, lo sé. —Alec se puso los vaqueros y se subió la cremallera—. Ya lo has mencionado alguna vez, y además es un personaje histórico. Y su caja de rapé está en tu cajón de trastos. ¿Qué más tienes allí? ¿El cortaúñas de Jonathan Cazador de Sombras?

Los ojos de gato de Magnus lo miraban con frialdad.

—¿A qué viene todo esto, Alexander? Yo no te miento. Si quieres saber algo de mí, pregúntamelo.

—Tonterías —repuso Alec con sequedad, mientras se abotonaba la camisa—. Eres amable y divertido, y todas esas grandes cosas, pero lo que no eres es abierto, «garbancito». Puedes pasarte todo el día hablando de los problemas de la gente, pero no hablas de ti ni de tu historia y, cuando te pregunto, te retuerces como un gusano en un anzuelo.

—Quizá porque no puedes preguntarme sobre mi pasado sin que tengamos una discusión sobre cómo yo voy a vivir eternamente y tú no —replicó Magnus—. Tal vez porque la inmortalidad está convirtiéndose en la tercera persona de nuestra relación, Alec.

—Se supone que no debe haber ninguna tercera persona en nuestra relación.

—Justo.

Alec notó que se le formaba un nudo en la garganta. Había mil cosas que quería decir, pero nunca había sido hábil con las palabras, como Jace o Magnus. En vez de eso, cogió el fular azul del colgador y se lo echó al cuello con un gesto desafiante.

—No me esperes levantado —dijo—. Quizá salga de patrulla esta noche.

Mientras salía del apartamento dando un portazo, oyó gritar a Magnus.

—¡Y el fular, para que lo sepas, es de Gap! ¡Lo compré el año pasado!

Alec puso los ojos en blanco y bajó corriendo la escalera hasta el vestíbulo. La única bombilla que solía iluminarlo estaba apagada, y el espacio se hallaba tan en penumbra que no vio la silueta encapuchada que iba hacia él entre las sombras. Cuando por fin la vio, se sorprendió tanto que tiró las llaves, que tintinearón sobre el suelo.

La silueta flotó hacia él. Alec no podía distinguir nada de ella, ni la edad, ni el género, ni siquiera la especie. La voz que salió de la capucha era grave y rota.

—Tengo un mensaje para ti, Alec Lightwood —decía—. De Camille Belcourt.

—¿Quieres que patrullemos juntos esta noche? —preguntó Jordan, un tanto secamente.

Maia lo miró sorprendida. El chico estaba apoyado en la barra de la cocina, con el codo sobre la superficie. Había una despreocupación en su

postura que era demasiado estudiada para ser sincera. Ése era el problema de conocer a alguien tan bien, pensó Maia. Era difícil fingir ante ellos, o pretender no darse cuenta de cuándo estaban fingiendo, incluso aunque eso fuera lo más fácil.

—¿Patrullar juntos? —repitió ella.

Simon estaba en su habitación, cambiándose de ropa; ella le había dicho que lo acompañaría hasta el metro, y en ese momento deseó no haberlo hecho. Sabía que debería haberse puesto en contacto con Jordan después de la última vez que lo había visto, cuando, gran error, lo había besado. Pero Jace había desaparecido después, y el mundo parecía haber saltado en pedazos, lo que le había dado a Maia la excusa que necesitaba para evitar todo aquel asunto.

Claro que no pensar en el ex novio que le había roto el corazón y la había convertido en mujer loba era mucho más fácil cuando no lo tenía delante, vestido con una camisa verde que se le ajustaba al musculoso cuerpo en los mejores sitios y le realzaba el color avellana de los ojos.

—Pensaba que habían cancelado las patrullas para buscar a Jace —contestó ella, sin mirarlo.

—Bueno, no es que las hayan cancelado, sino que las han reducido. Pero soy un *Praetor*, no formo parte de la Clave. Puedo buscar a Jace en mi propio tiempo.

—Bien.

Él jugueteaba con algo sobre la barra, colocándolo y recolocándolo, pero su atención seguía sobre ella.

—¿Quieres...? Ya sabes... Antes querías ir a la Universidad de Stanford. ¿Aún quieres?

Maia sintió que el corazón le daba un brinco.

—No he pensado en la universidad desde... —Carraspeó—. Desde que Cambié.

Él se sonrojó.

—Estabas... Quiero decir, siempre habías querido ir a California. Ibas a estudiar historia, y yo me iba a trasladar allí para surfear. ¿Recuerdas?

Maia se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero. Pensó que debería estar enfadada, pero no era así. Durante mucho tiempo había culpado a Jordan por haber tenido que dejar de soñar con un futuro humano, con la universidad y una casa, e incluso, quizá, algún día, una familia. Pero había otros lobos en la manada de la comisaría de policía que

aún perseguían sus sueños, su arte. Bat, por ejemplo. Detener su vida de golpe había sido sólo decisión de la propia Maia.

—Lo recuerdo —contestó ella.

Jordan se sonrojó aún más.

—Sobre esta noche. Nadie ha buscado en el Patio Naval de Brooklyn, y he pensado..., pero no resulta muy divertido si lo hago solo. Claro que si no quieres...

—No —dijo ella, y oyó su propia voz como si fuera la de otra persona—. Quiero decir... claro. Iré contigo.

—¿De verdad? —Los ojos de color avellana se le iluminaron, y Maia se maldijo por dentro. No debía darle esperanzas, sobre todo no sabiendo muy bien qué sentía ella. Le resultaba muy difícil creer que a él le importara tanto ella.

El medallón de *Praetor Lupus* destelló en el cuello de Jordan cuando éste se inclinó hacia delante, y Maia captó el conocido olor a jabón, y bajo eso, el lobo. Lo miró justo cuando la puerta del cuarto de Simon se abrió, y éste salió poniéndose una sudadera con capucha. Se quedó parado en el umbral, mirando alternativamente a Jordan y a Maia, y alzando lentamente las cejas.

—¿Sabes? puedo llegar al metro yo solito —le dijo a Maia, con una leve sonrisa en la comisura de los labios—. Si quieres quedarte aquí...

—No. —Al instante la chica sacó las manos de los bolsillos, donde las había cerrado en unos nerviosos puños—. No, voy contigo. Jordan, te... te veré luego.

—Esta noche —repuso éste a su espalda, pero ella no se volvió a mirarlo; ya corría tras Simon.

Simon fue subiendo lentamente la suave pendiente de la colina, acompañado de los gritos de los jugadores de frisbee en el Sheep Meadow, a su espalda, como una música distante. Era un claro día de noviembre, fresco y ventoso, con el sol que iluminaba las pocas hojas que quedaban en los árboles, dándoles brillantes tonos escarlata, dorado y ámbar.

La cumbre de la colina estaba sembrada de rocas. Se podía ver cómo el parque se había recortado en lo que antes había sido un bosque de árboles y piedra. Isabelle estaba sentada encima de una de las rocas, con un largo vestido de seda de color verde botella bordado en oro y un abrigo plateado

encima. Contempló a Simon ir hacia ella, mientras se apartaba el largo cabello negro de la cara.

—Pensaba que vendrías con Clary —dijo cuando él estuvo cerca—. ¿Dónde está?

—Saliendo del Instituto —contestó él mientras se sentaba junto a Isabelle en la roca y metías las manos en los bolsillos de su cortavientos—. Me ha enviado un mensaje. Llegará en seguida.

—Alec está de camino... —comenzó a decir Isabelle, pero se cortó cuando el bolsillo de Simon comenzó a vibrar. O mejor dicho, el móvil que tenía en el bolsillo comenzó a hacerlo—. Creo que alguien te ha enviado un mensaje.

Él se encogió de hombros.

—Lo miraré después.

Ella lo miró por debajo de sus largas pestañas.

—Pues, bueno, como te estaba diciendo, Alec también está de camino. Tiene que venir desde Brooklyn, así que...

El móvil de Simon volvió a insistir.

—Muy bien, ya basta. Si no lo miras tú, lo haré yo. —Isabelle se inclinó y, a pesar de las protestas de Simon, le metió la mano en el bolsillo. La coronilla de la chica le rozó la barbilla. Olía a su perfume, a vainilla, y al aroma de su piel. Cuando ella sacó el móvil y se apartó, él se sintió tanto aliviado como decepcionado.

Isabelle miró la pantalla.

—¿Rebecca? ¿Quién es Rebecca?

—Mi hermana.

Isabelle se relajó.

—Quiere verte. Dice que no te ha visto desde...

Simon le sacó el teléfono de la mano y lo cerró antes de volver a metérselo en el bolsillo.

—Lo sé, lo sé.

—¿No quieres verla?

—Más que..., más que a nada en el mundo. Pero no quiero que ella lo sepa. Lo mío. —Simon cogió un palo y lo lanzó—. Mira lo que pasó cuando mi madre se enteró.

—Pues queda con ella en un sitio público, donde no pueda montar un número. Lejos de tu casa.

— Aunque no pueda montar un número, podría mirarme como me miró mi madre — repuso Simon a media voz—. Como si yo fuera un monstruo.

Isabelle le rozó la muñeca.

— Mi madre echó a Jace cuando pensaba que era el hijo de Valentine y su espía, y luego se arrepintió profundamente. Mis padres están comenzando a aceptar que Alec esté con Magnus. Tu madre también acabará por aceptarte. Pon a tu hermana de tu parte. Eso te ayudará. — Inclino la cabeza—. Creo que a veces los hermanos entienden más cosas que los padres. No están cargados de expectativas. Yo nunca, nunca podría cortar la relación con Alec, hiciera lo que hiciera. Nunca. O con Jace. — Le dio un apretón en el brazo y luego dejó caer la mano—. Mi hermano pequeño murió, y no volveré a verlo. No hagas que tu hermana pase por eso.

— ¿Por qué? — Era Alec, que llegaba por la colina dando patadas a las hojas muertas del camino. Llevaba sus vaqueros y su sudadera gastada de siempre, pero alrededor del cuello tenía anudado un fular azul que le hacía juego con los ojos. Eso debía de ser un regalo de Magnus, pensó Simon. Alec nunca habría pensado en comprarse algo así. El concepto de ir a juego parecía escapársele.

Isabelle carraspeó.

— La hermana de Simon...

No llegó más lejos. Una ráfaga de aire frío levantó un torbellino de hojas secas. Isabelle alzó la mano para protegerse el rostro del polvo, y el aire comenzó a resplandecer, con el inconfundible brillo traslucido de un Portal. Clary apareció ante ellos, con la estela en la mano y el rostro mojado de lágrimas.

4

E INMORTALIDAD

—¿Estás totalmente segura de que era Jace? —preguntó Isabelle la que a Clary le pareció la enésima vez.

Clary se mordió el labio, ya dolorido, y contó hasta diez.

—Soy yo, Isabelle —contestó—. ¿De verdad crees que no reconocería a Jace? —Miró a Alec, que estaba junto a ellas, con el fular azul ondeando al viento como un estandarte—. ¿Podrías confundir tú a Magnus con otra persona?

—No. Nunca —contestó él sin la más mínima vacilación—. Pero... Quiero decir, claro que te lo preguntamos, porque no tiene sentido.

—Quizá sea un rehén —sugirió Simon, apoyado contra una roca. El sol de otoño hacía que sus ojos adquirieran el tono de granos de café—. Igual Sebastian lo está amenazando, diciéndole que si Jace no le sigue el juego, él hará daño a sus seres queridos.

Todos miraron a Clary, pero ella negó, frustrada.

—Vosotros no los habéis visto juntos. Nadie actúa así cuando es un rehén. Parecía totalmente feliz de estar con él.

—Entonces, está poseído —repuso Alec—. Como con Lilith.

—Eso fue lo primero que pensé. Pero cuando estaba poseído por Lilith era como un robot. Repetía lo mismo una y otra vez. Pero éste era Jace. Bromeaba y sonreía como él.

—Quizá sufra el síndrome de Estocolmo —aportó Simon—. Ya sabes, cuando te han lavado el cerebro y empiezas a apreciar a quien te ha capturado.

—Se tarda meses en desarrollar el síndrome de Estocolmo —objetó Alec—. ¿Qué aspecto tenía? ¿Herido o enfermo de alguna manera? ¿Los puedes describir?

No era la primera vez que le preguntaba eso. El viento hizo volar hojas muertas entre sus pies mientras Clary les volvía a contar cómo había visto a Jace: animado y sano. A Sebastian también. Habían parecido totalmente tranquilos. La ropa de Jace estaba limpia, y era elegante y corriente. Su hermano llevaba una larga parka negra que parecía cara.

—Como un maldito anuncio de Burberry —soltó Simon cuando ella acabó.

Isabelle lo miró.

—Tal vez Jace tenga un plan —sugirió—. Quizá esté engañando a Sebastian, tratando de ganar su confianza o averiguar cuáles son sus planes.

—Pero si estuviera haciendo eso, habría encontrado la manera de decírnoslo —replicó Alec—. No nos dejaría aquí, temiendo por él. Resulta demasiado cruel.

—A no ser que no pueda arriesgarse a enviar un mensaje. Debe de creer que confiaremos en él. Y confiamos en él. —Isabelle alzó la voz, y se rodeó con los brazos, estremeciéndose.

Los árboles que flanqueaban el camino de gravilla en el que se hallaban entrechocaron las ramas desnudas.

—Quizá deberíamos decírselo a la Clave —sugirió Clary, y oyó su propia voz como si le llegara de lejos—. Esto... No sé cómo podemos ocuparnos de esto nosotros solos.

—No podemos decírselo a la Clave —replicó Isabelle con voz dura.

—¿Por qué no?

—Si creen que Jace está cooperando con Sebastian, la orden será matarlos en cuanto los localicen —explicó Alec—. Es la Ley.

—¿Aunque Isabelle tenga razón? ¿Incluso si Jace sólo le está siguiendo el juego a Sebastian? —preguntó Simon, con una nota de duda en la voz—. ¿Tratando de ganar su confianza para obtener información?

—No hay manera de demostrarlo. Y si dijéramos que eso es lo que está haciendo, y de alguna manera Sebastian se enterase, lo mataría —contestó Alec—. Si Jace está poseído, la Clave lo matará. No podemos decirles nada. —Su voz sonaba dura. Clary lo miró sorprendida; por lo general, Alec era el que siempre quería seguir las normas.

—Estamos hablando de Sebastian —añadió Izzy—. No hay nadie a quien la Clave odie más, excepto Valentine, y está muerto. Pero casi todo el mundo conoce a alguien que murió en la Guerra Mortal, y Sebastian fue quien logró bajar las salvaguardas.

Clary arañó la gravilla del suelo con una de las deportivas. Toda esa situación parecía un sueño, como si fuera a despertarse en cualquier momento.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Hablemos con Magnus, a ver si él tiene alguna información. —Alec tiró de la punta del fular—. No dirá nada al Consejo, no si yo se lo pido.

—Más le vale no hacerlo —replicó Isabelle indignada—. Si no, será el peor de los novios.

—He dicho que no lo hará...

—¿Ahora sirve de algo? —intervino Simon—. Me refiero a lo de ir a ver a la reina seelie. Ya que sabemos que Jace está poseído, o quizá escondido por alguna razón...

—No dejes de asistir a una cita con la reina seelie —afirmó Isabelle con firmeza—. Al menos si valoras tu piel tal y como es.

—Pero sólo se quedará los anillos y no nos dirá nada —replicó Simon—. Ahora ya sabemos más. Y tenemos otras preguntas que hacerle. Pero no las responderá. Sólo responderá a las que ya le hicimos. Así es como funcionan las hadas. No hacen favores. No es como si nos fuera a dejar hablar con Magnus y volver más tarde.

—No importa. —Clary se frotó el rostro con las manos. Estaban secas. En algún momento, las lágrimas habían dejado de caerle, por suerte. No quería enfrentarse a la reina con cara de haber llorado a moco tendido—. No llegué a coger los anillos.

Isabelle parpadeó sorprendida.

—¿Qué?

—Cuando vi a Jace y a Sebastian, me quedé tan hecha polvo que salí corriendo del Instituto y me trasladé en Portal hasta aquí.

—Bueno, entonces no podemos ir a ver a la reina —dijo Alec—. Si no has hecho lo que te había dicho que hicieras, se pondrá furiosa.

—Más que furiosa —añadió Isabelle—. Ya viste lo que le hizo a Alec la última vez que estuvimos en la corte. Y eso sólo fue un glamour. Probablemente te convierta en una langosta o algo así.

—Ella ya lo sabía —aseguro Clary—. Me dijo: «Cuando lo encuentres, puede que no sea exactamente como lo dejaste». —La voz de la reina seelie le resonó en la cabeza. Se estremeció. Comprendía por qué Simon odiaba tanto a las hadas. Éstas siempre decían las palabras justas para que se te quedaran clavadas en la cabeza como una astilla, dolorosa e

imposible de olvidar o extraer—. Sólo está jugando con nosotros. Quiere esos anillos, pero no creo que nos vaya a ayudar de verdad.

—De acuerdo —dijo Isabelle, algo dudosa—. Pero si sabía todo eso, quizá sepa más. ¿Y quién puede ayudarnos sino ella, ya que no podemos acudir a la Clave?

—Magnus —contestó Clary—. Lleva todo este tiempo tratando de descifrar el hechizo de Lilith. Quizá si le cuento lo que vi, eso ayude.

Simon puso los ojos en blanco.

—Pues qué bien que conozcamos a la persona que sale con Magnus —comentó—. Porque si no, tengo la sensación de que nos quedaríamos colgados pensando qué diablos hacer ahora. O tendríamos que conseguir el dinero para pagar a Magnus vendiendo limonada.

Alec sólo pareció un poco irritado por ese comentario.

—La única forma en que podríamos conseguir dinero suficiente para pagarle vendiendo limonada sería si le pusiéramos anfetanas dentro.

—Es una forma de hablar. Todos sabemos muy bien que tu novio es muy caro. Me gustaría que no tuviéramos que recurrir a él siempre que tenemos un problema.

—Él piensa igual —repuso Alec—. Hoy Magnus tiene algo que hacer, pero hablaré con él esta noche, y nos podremos reunir todos con él mañana por la mañana en su piso.

Clary asintió. No podía ni imaginarse levantándose a la mañana siguiente. Sabía que cuanto antes hablaran con el brujo, mejor, pero se sentía agotada y sin fuerzas, como si hubiera derramado litros de su sangre en el suelo de la biblioteca del Instituto.

Isabelle se había acercado a Simon.

—Supongo que eso nos deja libre el resto de la tarde. ¿Vamos a Taki's? Sirven tu sangre.

Simon miró a Clary, preocupado.

—¿Quieres venir?

—No, no pasa nada. Cogeré un taxi para volver a Williamsburg. Debería pasar un rato con mi madre. Todo este lío con Sebastian ya la tiene hecha polvo, y ahora...

El cabello negro de Isabelle voló al viento cuando sacudió la cabeza de un lado al otro.

—No le puedes contar lo que has visto. Luke está en el Consejo. No podría ocultárselo, y no puedes pedirle a ella que no se lo cuente a él.

—Lo sé. —Clary contempló las tres miradas ansiosas clavadas en ella.

«¿Cómo ha pasado esto?», pensó. Ella, que nunca había tenido secretos para Jocelyn, al menos no secretos serios, estaba a punto de ir a casa y ocultar algo muy importante a su madre y a Luke, algo de lo que sólo podía hablar con gente como Alec, Isabelle Lightwood y Magnus Bane; gente que seis meses atrás ni siquiera sabía que existieran. Era bien raro cómo el mundo podía girar en su eje, y todo en lo que habías confiado podía cambiar un instante.

Al menos, aún tenía a Simon. El constante y permanente Simon. Lo besó en la mejilla, se despidió de los otros con la mano y se volvió para marcharse, sabiendo que los tres la observaban preocupados mientras cruzaba el parque, con las últimas hojas muertas crujiendo bajo sus pies como si fueran pequeños huesecillos.

Alec había mentido. No era Magnus el que tenía planes aquella tarde. Era él.

Era consciente de que lo que estaba haciendo era un error, pero no podía evitarlo. Era como una droga: necesitaba saber más. Y en ese momento, ahí estaba, bajo tierra, sujetando su luz mágica y preguntándose qué diablos estaba haciendo.

Como todas las estaciones de metro de Nueva York, aquélla olía a óxido y agua, a metal y descomposición. Pero a diferencia de todas las otras estaciones en las que Alec había estado, aquella resultaba inquietantemente silenciosa. Aparte de las marcas del daño causado por el agua, las paredes y el andén estaban limpios. Techos arqueados de los que colgaba alguna que otra ornada lámpara se cernían sobre él, con diseños de baldosines verdes. Los azulejos que formaban el nombre en la pared decían «CITY HALL» en letras mayúsculas.

La estación de metro de City Hall estaba fuera de servicio desde 1945, aunque la ciudad aún la mantenía como un hito; el tren número 6 pasaba a veces por ella, para cambiar de sentido, pero nunca había nadie en ese andén. Para llegar allí, Alec se había arrastrado por una trampilla rodeada de cerezos silvestres que daba al City Hall Park, y había tenido que saltar una altura que seguramente le habría roto las piernas a una persona normal. Y ahí estaba él, respirando aquel aire cargado de polvo mientras se le aceleraba el corazón.

Ahí era donde le había conducido la carta que el siervo del vampiro le había entregado en el vestíbulo de Magnus. Al principio había decidido que nunca usaría esa información, pero no había sido capaz de tirar la carta. Había hecho una bola con ella y se la había metido en el bolsillo de los vaqueros, pero durante todo el día, incluso en Central Park, le había estado reconcomiendo por dentro.

Era como todo el problema con Magnus. No podía evitar estar preocupado, de la misma forma que alguien se toquetea un diente infectado, sabiendo que sólo empeorará la situación, pero sin ser capaz de parar. Magnus no había hecho nada malo. Él no tenía la culpa de tener cientos de años y haberse enamorado ya antes. De todos modos, eso corroía la tranquilidad de espíritu de Alec. Y en ese momento, sabiendo más, pero también menos, sobre la situación de Jace que el día anterior... era demasiado para él. Tenía que hablar con alguien, ir a alguna parte, hacer algo.

Por eso estaba allí. Y allí estaba también ella, de eso estaba seguro. Recorrió lentamente el andén. El techo arqueado acababa en una claraboya que dejaba entrar la luz del parque, de la que radiaban cuatro líneas de azulejos como las patas de una araña. Al fondo del andén había una corta escalera que se perdía en la oscuridad. Alec pudo detectar un glamour: cualquier mundano vería una pared de cemento, pero él veía una puerta abierta. En silencio, comenzó a subir la escalera.

Llegó a una sala oscura de techo bajo. Una claraboya de vidrio del color amatista dejaba entrar algo de luz. En un rincón oscuro había un elegante sofá de terciopelo con un respaldo arqueado y dorado, y sobre el sofá se encontraba Camille.

Era tan hermosa como Alec la recordaba, aunque la primera vez que la había visto ella no estaba en su mejor momento, sucia y encadenada a una tubería en un edificio en construcción. En esta ocasión llevaba un traje negro con zapatos rojos de tacón, y el cabello le caía sobre los hombros en ondas y rizos. Tenía un libro sobre el regazo: *La Place de l'Étoile*, de Patrick Modiano. Alex sabía suficiente francés para poder traducir el título: «La Plaza de la Estrella».

Camille miró a Alec como si hubiera estado esperándolo.

—Hola, Camille —saludó él.

Ella parpadeó lentamente.

—Alexander Lightwood —dijo ella—. He reconocido tus pasos en la escalera.

Ella se llevó el dorso de la mano a la mejilla y le sonrió. Había algo distante en esa sonrisa. Tenía toda la calidez del polvo.

—Supongo que no tienes ningún mensaje para mí de Magnus.

Alec no contestó.

—No, claro que no —prosiguió ella—. Qué tonta soy. Como si él supiera dónde estás.

—¿Y cómo has sabido que era yo? —preguntó Alec—. En la escalera.

—Eres un Lightwood —contestó ella—. Tu familia no se rinde nunca. Sabía que, después de lo que te dije aquella noche, no podrías dejar de pensar.

—No hace falta que me recuerdes lo que me prometiste. ¿O estabas mintiendo?

—Aquella noche habría dicho cualquier cosa para que me dejaran libre —repuso ella—. Pero no mentía. —Se inclinó hacia delante, con ojos brillantes y oscuros al mismo tiempo—. Eres un nefilim, de la Clave y del Consejo. Mi cabeza tiene un precio por haber asesinado a cazadores de sombras. Pero ya sé que no has venido para entregarme. Quieres respuestas.

—Quiero saber dónde está Jace —replicó Alec.

—Quieres saberlo —dijo Camille—, pero también sabes que no hay ninguna razón para que yo tenga esa respuesta, y no la tengo. Te lo diría si lo supiera. Sé que se lo llevó el hijo de Lilith, y no tengo ningún motivo para sentir ninguna lealtad hacia ella. Ya no está. Sé que ha habido patrullas buscándome, para descubrir lo que puedo saber. Te lo diré ahora: no sé nada. Te diría dónde está tu amigo si lo supiera. No tengo ninguna razón para poner a los nefilim aún más en mi contra. —Se pasó la mano por el espeso cabello rubio—. Pero no estás aquí por eso. Admítelo, Alexander.

Alec notó que se le aceleraba la respiración. Había pensado en ese momento, despierto durante la noche junto a Magnus, escuchando respirar al brujo, oyendo sus propias inhalaciones, contándolas. Cada una más cerca de envejecer y morir. Cada noche acercándolo al final de todo.

—Dijiste que conocías un modo de hacerme inmortal —dijo Alec—. Dijiste que sabías la manera de que Magnus y yo pudiéramos estar juntos para siempre.

—Lo dije, ¿verdad? Qué interesante.

—Quiero que me la digas ahora.

—Y lo haré —repuso ella, mientras dejaba el libro—. Por un precio.

—Sin precio —replicó Alec—. Yo te liberaré. Ahora me dirás lo que quiero saber. O te entregaré a la Clave. Te encadenarán en el tejado del Instituto a esperar el amanecer.

Los ojos de Camille eran duros y secos.

—No me gustan las amenazas.

—Entonces, dame lo que quiero.

Camille se puso en pie y se pasó las manos por la chaqueta para sacarse las arrugas.

—Ven y cógemelo, cazador de sombras.

Fue como si toda la frustración, el pánico y la desesperación de los últimos días estallaran dentro de Alec. Saltó hacia Camille justo cuando ella iba a por él, con los colmillos extendidos.

Alec tuvo el tiempo justo para sacar el cuchillo serafín del cinturón antes de que ella le alcanzara. Alec ya había luchado contra vampiros antes; su velocidad y su fuerza eran impresionantes. Era como luchar contra el vórtice de un tornado. Se tiró hacia un lado, rodó hasta ponerse en pie y, de una patada, le tiró una escalera de mano caída, que la detuvo el instante suficiente para que él alzara el cuchillo.

—Nuriel —susurró.

La luz del cuchillo serafín se alzó como una estrella. Camille vaciló, pero luego volvió a saltar sobre él. Le atacó, rasgándole la mejilla y el hombro con sus largas uñas. Alec notó el calor y la humedad de la sangre. Se volvió en redondo y le lanzó un tajo, pero ella se alzó en el aire y aterrizó fuera de su alcance, riendo y burlándose de él.

Alec corrió por la escalera que daba al andén. Ella corrió tras él; él la esquivó apartándose hacia un lado, se volvió, tomó impulso contra la pared y saltó hacia ella en el momento en que ella caía. Chocaron en el aire, ella gritando y arañándolo; él, agarrándole con fuerza el brazo, incluso cuando se estrellaron contra el suelo y casi se quedó sin aliento. Mantenerla en el suelo era la clave para ganar la pelea, y en silencio le dio gracias a Jace, que le había hecho practicar las volteretas una y otra vez en la sala de entrenamiento hasta que pudo emplear casi cualquier superficie para lanzarse al aire al menos por un instante o dos.

Él trató de alcanzarla con el cuchillo serafín mientras rodaban por el suelo, y ella paró los golpes con facilidad, moviéndose con una rapidez que la desdibujaba. Le golpeó con los tacones de aguja y le clavó las afiladas

puntas en las piernas. Alec hizo una mueca y maldijo, y ella respondió con un impresionante torrente de obscenidades relacionadas con la vida sexual de Alec con Magnus y con su propia vida sexual con Magnus; tal vez habría habido más de no haber alcanzado el centro de la sala, donde la claraboya filtraba desde lo alto un círculo de luz hasta el suelo. Alec cogió a Camille por la muñeca y la obligó a meter la mano bajo la luz.

Camille gritó cuando enormes ampollas comenzaron a aparecerle en la piel. Alec notó el calor que manaba de la mano achicharrada de la chica. Con los dedos entrelazados, él le subió la mano, de nuevo hacia las sombras. Ella rugió y trató de morderle. Alec le dio un codazo en la boca y le partió el labio. Su sangre de vampiro, de un rojo brillante, más brillante que la sangre humana, le goteó desde la comisura.

—¿Tienes bastante? —gruñó Alec—. ¿Quieres más?

Comenzó a bajarle de nuevo la mano hacia la luz. Ya había empezado a sanarle, y la piel roja y ampollada estaba pasando a rosada.

—¡No! —exclamó ella casi sin voz, tosió y comenzó a temblar, con todo el cuerpo sacudiéndosele. Pasado un momento, Alec se dio cuenta de que Camille estaba riendo, riéndose de él a través de la sangre—. Eso me ha hecho sentirme viva, pequeño nefilim. Una buena pelea como ésta; debería darte las gracias.

—Agradécemelo dándome la respuesta a mi pregunta —repuso Alec, jadeando—. O te convertiré en cenizas. Estoy harto de tus juegos.

Ella esbozó una sonrisa. Los cortes ya se le habían curado, aunque aún tenía sangre en la cara.

—No hay ninguna manera de hacerte inmortal. No sin utilizar magia negra o convertirte en un vampiro, y tú has rechazado ambas opciones.

—Pero dijiste... dijiste que había otra forma de que estuviéramos juntos...

—Oh, y la hay. —Los ojos le bailaron—. Quizá no puedas conseguir la inmortalidad, pequeño nefilim, al menos no en términos que te resulten aceptables. Pero puedes quitársela a Magnus.

Clary se hallaba sentada en el dormitorio de casa de Luke, con una pluma en la mano y una hoja de papel sobre el escritorio que tenía delante. El sol se había puesto, y la luz de la mesa estaba encendida, brillando sobre la runa que acababa de comenzar.

Había empezado a verla en el tren hacia casa, mientras miraba al vacío a través de la ventana. No era nada que hubiera existido nunca, y había corrido a casa desde la estación mientras la imagen seguía fresca en su memoria; había esquivado las preguntas de su madre, se había encerrado en su habitación y había cogido lápiz y papel...

Llamaron a la puerta. Clary metió en seguida el papel en el que estaba dibujando bajo una hoja blanca cuando su madre ya entraba en la habitación.

—Lo sé, lo sé —dijo Jocelyn mientras alzaba la mano para detener las protestas de su hija—. Quieres que te dejen sola. Pero Luke ha hecho la cena y deberías comer algo.

Clary echó una mirada a su madre.

—Y tú también —repuso ella.

Jocelyn, al igual que su hija, era dada a perder el apetito cuando estaba preocupada, y el rostro se le hundía. Debería estar preparando su luna de miel, haciendo las maletas para ir a algún lugar hermoso y lejano. En vez de eso, su boda se había pospuesto indefinidamente, y Clary la oía llorar por las noches. La chica conocía ese llanto, nacido de la rabia y la culpa, un llanto que decía: «Todo esto es por mi culpa».

—Comeré si tú lo haces —dijo Jocelyn, obligándose a sonreír—. Luke ha preparado pasta.

Clary se volvió en la silla, inclinando el cuerpo de forma deliberada para que su madre no pudiera ver el escritorio.

—Mamá. Quería preguntarte algo.

—¿Qué?

Clary mordisqueó la punta del lápiz, una mala costumbre que tenía desde que había comenzado a dibujar.

—Cuando estaba en la Ciudad Silenciosa con Jace, los Hermanos me dijeron que cuando nace un cazador de sombras se realiza una ceremonia, para protegerle. Que las Hermanas de Hierro y los Hermanos Silenciosos tienen que realizarla. Y me preguntaba...

—Si realizaron esa ceremonia para ti.

Clary asintió.

Jocelyn suspiró y se pasó las manos por el cabello.

—La hicieron —contestó—. Lo arreglé por medio de Magnus. Un Hermano Silencioso estuvo presente, alguien que había jurado mantenerlo en secreto, y una bruja sustituyó a la Hermana de Hierro. Yo casi no quise

hacerlo. No quería pensar que pudieras correr peligro con lo sobrenatural después de haberte escondido con tanto cuidado. Pero Magnus me convenció, y tenía razón.

Clary la miró con curiosidad.

—¿Quién era la bruja?

—¡Jocelyn! —llamó Luke desde la cocina—. ¡El agua se está derramando!

Jocelyn le dio un rápido beso a Clary en la coronilla.

—Perdona. Una emergencia culinaria. ¿Te veo en cinco minutos?

Clary asintió mientras su madre salía corriendo de la habitación, y luego volvió a sentarse. La runa que había estado creando seguía allí, rondándole por el borde de la conciencia. Comenzó a dibujar de nuevo y completó el dibujo que había empezado. Cuando acabó, se recostó en la silla y miró lo que había hecho. Se parecía un poco a la runa de apertura, pero no era la misma. Era un dibujo tan simple como una cruz y tan nuevo en el mundo como un recién nacido. Contenía una dormida amenaza, la sensación de que había nacido de su ira, culpa y rabia impotente.

Era una runa de gran poder. Pero aunque ella sabía exactamente lo que significaba y cómo podía usarse, no se le ocurría ninguna manera en que pudiera serle útil en la situación en que se encontraba. Era como si a uno se le estropeará el coche en una carretera solitaria, buscara en el maletero y sacara triunfalmente un alargo eléctrico en vez de los cables de la batería.

Se sentía como si el propio poder se estuviera riendo de ella. Maldiciendo, tiró el lápiz sobre la mesa y ocultó el rostro entre las manos.

El interior del viejo hospital había sido cuidadosamente blanqueado, lo que les daba un extraño brillo a todas las superficies. La mayoría de las ventanas estaban tapiadas, pero incluso bajo esa tenue luz, la potente visión de Maia podía captar los detalles: el polvillo del yeso en los suelos desnudos de los pasillos, las marcas donde las luces de trabajo habían estado colocadas, trocitos de cables pegados a las paredes con pegotes de pintura, ratones correteando por los rincones oscuros...

Una voz habló a su espalda.

—He registrado el ala este. Nada. Y tú, ¿qué?

Maia se volvió. Jordan estaba allí, con unos vaqueros negros y un jersey negro con la cremallera a medio subir sobre una camiseta verde. Ella negó con la cabeza.

—Tampoco hay nada en el ala oeste. Algunas escaleras bastante hechas polvo. Detalles arquitectónicos bastante bonitos, si te interesan ese tipo de cosas.

Él negó con la cabeza.

—Entonces, vámonos. Este lugar me pone los pelos de punta.

Maia estuvo de acuerdo, aliviada de no haber sido ella quien lo dijera. Caminó junto a Jordan mientras bajaban una escalera cuya barandilla estaba tan cubierta de yeso caído que parecía de nieve. No estaba segura de por qué había aceptado patrullar con él, pero no podía negar que formaban un buen equipo.

Era fácil estar con Jordan. A pesar de lo que había pasado entre ellos justo antes de la desaparición de Jace, Jordan era respetuoso, y se mantenía a distancia sin hacerla sentir incómoda. La luna brilló sobre ambos cuando salieron del hospital en dirección al espacio que se abría ante él. Era un gran edificio de mármol blanco, cuyas ventanas tapiadas parecían ojos. Un árbol torcido, que perdía sus últimas hojas, se inclinaba ante la puerta principal.

—Bueno, eso ha sido una pérdida de tiempo —comentó Jordan.

Maia lo miró. Él contemplaba el viejo hospital naval, y eso era lo que ella prefería. Le gustaba mirar a Jordan cuando él no la miraba. Así podía contemplarle la nuca, la curva de la clavícula bajo el pico de la camiseta, sin sentirse como si él esperara algo de ella por mirarlo.

Cuando lo conoció era un chico con pinta de moderno, todo ángulos y con largas pestañas, pero ahora parecía mayor, con nudillos con cicatrices y músculos marcados bajo su ajustada camiseta verde, cubierta ahora por el jersey. Aún conservaba la piel olivácea que indicaba su ascendencia italiana, y también los ojos de color avellana que ella recordaba, aunque tenían el anillo dorado alrededor de las pupilas, señal de la licantropía. Las mismas pupilas que veía todas las mañanas cuando se miraba al espejo. Las pupilas que ella tenía por culpa de él.

—¿Maia? —Él la miraba, confundido—. ¿Qué opinas?

—Oh. —Ella parpadeó—. Esto, ah... No, no creo que sirva de nada registrar el hospital. Quiero decir, para ser sinceros, no veo por qué nos han enviado aquí. ¿El Astillero de la Marina en Brooklyn? ¿Por qué iba Jace a estar aquí? Tampoco es como si le encantaran los barcos.

La expresión de Jordan pasó de confundida a algo más sombría.

—Cuando los cadáveres acaban en el East River, muchas veces son arrastrados hasta aquí. Al astillero naval.

—¿Crees que estamos buscando un cadáver?

—No lo sé. —Se encogió de hombros mientras comenzaba a caminar. Las botas hacían ruido sobre la hierba seca y áspera—. Es posible que ahora sólo esté buscando porque no me parece bien rendirme.

Su paso era lento, sin prisas; caminaban hombro con hombro, casi tocándose. Maia mantenía los ojos fijos en la silueta de Manhattan al otro lado del río, una acuarela de brillante luz blanca reflejada en el agua. Al acercarse a bahía Wallabout, de poco calado, el arco del puente de Brooklyn comenzó a verse, junto con el rectángulo iluminado del South Street Seaport, al otro lado del río. Olía la contaminada miasma del agua, la suciedad y el diésel del astillero, así como el olor de los animales que se movían entre la hierba.

—No creo que Jace esté muerto —dijo finalmente—. Creo que no quiere que lo encuentren.

Jordan la miró.

—¿Estás diciendo que no deberíamos buscarlo?

—No. —Maia dudó un instante. Habían llegado al río, cerca de un muro bajo; ella fue pasando la mano por encima mientras caminaban. Entre ellos y el agua había una estrecha franja de asfalto—. Cuando me escapé y vine a Nueva York, no quería que me encontraran. Pero me habría gustado saber que alguien me estaba buscando con tanto interés como el que ponemos todos buscando a Jace.

—¿Te gusta Jace? —La voz de Jordan era neutra.

—¿Gustarme? Bueno, no de esa manera.

Jordan se echó a reír.

—No me refería a eso. Aunque, al parecer, se le considera súper atractivo.

—¿Me vas a soltar el rollo de chico hetero en el que finges que no puedes decir si otros tíos son atractivos o no? ¿Que Jace y el tipo peludo de la tienda de la calle Novena son iguales para ti?

—Bueno, el tipo peludo tiene una verruga, así que creo que Jace sale un poco mejor parado. Si te gusta todo eso de los rasgos marcados, rubio y con aires de superioridad.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Siempre me han gustado los chicos morenos —repuso ella en voz baja.

Jordan miró al río.

—Como Simon.

—Bueno... sí. —Hacía tiempo que Maia no pensaba en Simon de ese modo—. Supongo.

—Y te gustan los músicos. —Jordan arrancó una hoja de una rama baja—. Quiero decir, soy cantante, y Bat era DJ, y Simon...

—Me gusta la música. —Maia se apartó el pelo de la cara.

—¿Qué más te gusta? —Jordan partió la hoja con los dedos. Se detuvo y se sentó sobre el muro bajo, mirándola—. Quiero decir, ¿hay algo que te guste tanto que te apetecería hacerlo para, por ejemplo, ganarte la vida?

Ella lo miró sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas cuando me hice éstos? —Se bajó la cremallera del jersey y se lo sacó. Debajo llevaba una camiseta de manga corta. Rodeando ambos bíceps tenía palabras en sánscrito procedentes de los mantras Shanti. Ella los recordaba bien. Su amiga Valerie se los había hecho gratis en su tienda de tatuajes de Red Bank, después de cerrar. Maia dio un paso hacia él. Con Jordan sentado y ella de pie, estaban casi a la misma altura. Ella le pasó los dedos, vacilantes, sobre las letras del brazo izquierdo. Él cerró los ojos bajo su caricia.

«Condúcenos de lo irreal a lo real —leyó en voz alta—. Condúcenos de la oscuridad a la luz. Condúcenos de la muerte a la inmortalidad.» —Notaba la piel suave bajo los dedos—. De los Upanishads.

—Fue idea tuya. Tú eras la que siempre estaba leyendo. Eras la que lo sabía todo... —Abrió los ojos y la miró. Sus ojos eran varios tonos más claros que el agua que tenía atrás—. Maia, cualquier cosa que quieras hacer..., yo te ayudaré. He ahorrado gran parte de mi salario de *Praetor*. Podría dártelo... Podría cubrir tu matrícula en Stanford. Bueno, la mayor parte. Si aún quieres ir.

—No lo sé —contestó ella, con la cabeza hecha un lío—. Cuando me uní a la manada, pensé que podía ser un licántropo y nada más. Pensaba que se trataba de vivir con la manada, sin tener una auténtica identidad. De ese modo me sentía segura. Pero Luke tiene una vida. Es dueño de una librería. Y tú..., tú estás en los *Praetor*. Supongo que... se puede ser más de una cosa.

—Siempre lo has sido. —La voz de Jordan era baja, gutural—. Ya sabes, lo que has dicho antes, que cuando te escapaste te habría gustado que

alguien te buscara. —Respiró hondo—. Yo te estaba buscando. Nunca dejé de buscarte.

Ella lo miró a los ojos. Él no se movió, pero las manos con las que se agarraba las rodillas tenían los nudillos blancos. Maia se inclinó hacia él, tan cerca que pudo ver la incipiente barba en el mentón y captar su olor: lobo, pasta de dientes y chico. Puso las manos sobre las de él.

—Bueno —dijo—. Pues me has encontrado.

Sólo unos centímetros separaban sus rostros. Maia notó su aliento en los labios antes de que él la besara, y ella se dejó llevar, cerrando los ojos. Su boca era tan suave como la recordaba; el roce de sus labios era tierno, y Maia sintió escalofríos por todo el cuerpo. Alzó los brazos y le rodeó el cuello, hundió los dedos en su rizado cabello y le rozó la piel de la nuca, bordeando el cuello de la gastada camiseta.

Él la acercó más. Estaba temblando. Ella notó el calor de su fuerte cuerpo contra el suyo mientras él le bajaba las manos por la espalda.

—Maia —susurró él. Comenzó a subirle el borde del jersey, sujetándola por la parte baja de la espalda. Movié los labios sobre los de ella—. Te quiero. Nunca he dejado de quererte.

«Eres mía. Siempre serás mía.»

Con el corazón acelerado, ella se apartó de él y se bajó el jersey.

—Jordan... Para.

Él la miró con expresión sorprendida y preocupada.

—Perdona. ¿No ha estado bien? No he besado a nadie excepto a ti, desde... —No acabó la frase.

Ella negó con la cabeza.

—No, es sólo que... no puedo.

—Muy bien —contestó él. Parecía muy vulnerable, sentado allí, con el desánimo marcado en su expresión—. No tenemos que hacer nada...

Ella buscó las palabras.

—Es que es demasiado.

—Sólo ha sido un beso.

—Has dicho que me querías. —Le tembló la voz—. Me has ofrecido tus ahorros. No puedo aceptar eso.

—¿El qué? —preguntó él, con voz dolida—. ¿Mi dinero... o la parte del amor?

—Ninguna. No puedo, ¿vale? No contigo, no ahora. —Comenzó a alejarse. Él se la quedó mirando, con los labios abiertos—. No me sigas, por

favor —dijo ella, y se volvió apresuradamente por donde habían llegado.

5

EL HIJO DE VALENTINE

De nuevo soñaba con paisajes helados. Una áspera tundra que se extendía en todas direcciones, con témpanos de hielo flotando sobre las negras aguas del océano Ártico, montañas nevadas y ciudades talladas en el hielo, cuyas torres relucían como las torres de los demonios de Alacante.

Ante la ciudad helada se hallaba un lago helado. Clary estaba resbalando por una empinada pendiente, tratando de llegar al lago, aunque no estaba segura de por qué. Dos formas negras se encontraban en el centro del agua helada. Al acercarse al lago, deslizándose por la superficie de la pendiente, con las manos ardiendo por el contacto con el hielo y la nieve llenándole los zapatos, vio que uno era un chico con alas negras, que se le abrían desde la espalda como las de un cuervo. Tenía el cabello blanco como el hielo que los rodeaba. Sebastian. Y junto a Sebastian estaba Jace; su cabello dorado era el único color en el helado paisaje que no era ni blanco ni negro.

Cuando Jace se apartó de Sebastian y comenzó a caminar hacia Clary, le surgieron unas alas de la espalda, de un dorado muy blanco y brillante. Clary resbaló los últimos metros hasta llegar a la superficie del lago y se desplomó de rodillas, agotada. Tenía las manos azuladas y sangrantes, los labios cortados, y los pulmones le ardían con cada helada inspiración.

—Jace —susurró.

Y ahí estaba él, poniéndola en pie, rodeándola con sus alas, y ella volvía a notar calor, mientras el cuerpo se le descongelaba desde el corazón a las venas, le devolvía la vida a las manos y los pies en medio de cosquilleos, en parte agradables y en parte dolorosos.

—Clary —dijo él, acariciándole el cabello con ternura—: ¿Me prometes que no gritarás?

Clary abrió los ojos. Por un momento, se sintió tan desorientada que el mundo pareció girar alrededor como si estuviera en un tiovivo. Se encontraba en su dormitorio en casa de Luke, echada en el futón de siempre, el armario con el espejo rajado, la hilera de ventanas que daban al East River, el radiador haciendo ruido. Una tenue luz se colaba por las ventanas, y un brillo rojizo se veía en la alarma de incendios sobre el armario. Clary estaba de costado, bajo un montón de mantas, y notaba la espalda agradablemente caliente. Un brazo le colgaba sobre el costado. Por un momento, en la medio consciencia entre el sueño y la vigila, se preguntó si Simon habría entrado por la ventana mientras ella dormía y se habría tumbado a su lado, como solían hacer de pequeños, durmiendo en la misma cama.

Pero Simon no tenía calor corporal.

El corazón le dio un salto en el pecho. Totalmente despierta, se volvió bajo las mantas. A su lado estaba Jace, tumbado, mirándola con la cabeza apoyada en la mano. La tenue luz de la luna le formaba un halo alrededor del cabello, y los ojos le brillaban dorados como los de un gato. Estaba totalmente vestido, aún con la camiseta blanca de manga corta con la que le había visto antes durante el día, y tenía los brazos desnudos cubiertos de runas como parras trepadoras.

Clary ahogó un grito sobresaltado. Jace, su Jace, nunca la había mirado así. La había mirado con deseo, pero no con esa mirada perezosa, depredadora y absorbente que hizo que el corazón le saltara de forma irregular dentro del pecho.

Abrió la boca, aunque no estaba segura si para decir su nombre o para gritar, nunca lo llegó a descubrir; Jace se movió tan rápido que ni lo vio. En un momento estaba a su lado, y al siguiente estaba sobre ella, tapándole la boca con una mano. Tenía las piernas a horcajadas sobre las caderas de Clary, y ésta pudo notar su musculoso cuerpo contra sí.

—No voy a hacerte daño —dijo él—. Nunca te haría daño. Pero no quiero que grites. Tengo que hablar contigo.

Ella lo miró enfadada.

Para su sorpresa, él se echó a reír. Su conocida risa, apagada en un susurro.

—Puedo interpretar tu expresión, Clary Fray. En cuanto te saque la mano de la boca, vas a gritar. O a emplear tu entrenamiento para romperme

la muñeca. Va, prométeme que no lo harás. Júralo por el Ángel.

Esa vez, ella puso los ojos en blanco.

—Vale, tienes razón —continuó él—. No puedes jurar con mi mano sobre la boca. La voy a sacar. Y si gritas... —Inclinó la cabeza hacia un lado; un mechón rubio pálido le cayó sobre los ojos—. Desapareceré.

Jace apartó la mano. Clary se quedó quieta, respirando pesadamente, con la presión del cuerpo de él sobre el suyo. Sabía que él era más rápido que ella, que no podía hacer ningún movimiento sin que él se le adelantara, pero por el momento, Jace parecía estar tomándose aquella situación como un juego, algo divertido. Él se inclinó más sobre ella, y ella se dio cuenta de que se le había subido el top, y pudo notar los músculos de su abdomen, duro y plano, contra la piel desnuda. Se sonrojó.

A pesar del calor en el rostro, notaba como si tuviera agujas de hielo corriéndole por las venas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él se apartó un poco, con cara de decepción.

—Ésa no es exactamente la respuesta a mi pregunta, ¿sabes? Esperaba más bien un «Coro de Aleluyas». Bueno, no todos los días tu novio regresa de los muertos.

—Ya sabía que no estabas muerto —dijo ella con labios adormecidos—. Te vi en la biblioteca. Con...

—¿El coronel Mustard?

—Sebastian.

Él soltó una risita.

—Sabía que estabas allí. Lo notaba.

Ella se tensó.

—Me has dejado creer que te habías ido —dijo—. Antes de eso. Pensaba que... de verdad que pensé que existía la posibilidad de que estuvieras... —Se cortó; no podía decirlo. «Muerto»—. Es imperdonable. Si te lo hubiera hecho yo...

—Clary. —Él se inclinó de nuevo sobre ella; la chica notó el calor de sus manos en las muñecas, su aliento en la oreja. Podía notar todos los puntos en que se tocaban sus pieles desnudas. Le hacía perder la concentración de una manera horrible—. Tuve que hacerlo. Era demasiado peligroso. Si te lo hubiera dicho, tendrías que haber escogido entre explicarle al Consejo que estaba vivo y dejar que me persiguieran, o guardar un secreto que te convertiría en mi cómplice a sus ojos. Luego,

cuando me viste en la biblioteca, tuve que esperar. Tenía que saber si aún me amabas, si irías al Consejo a explicarle lo que habías visto o no. No lo has hecho. Tenía que saber que yo te importaba más que la Ley. Y así es, ¿no es cierto?

—No lo sé —susurró ella—. No lo sé. ¿Quién eres?

—Sigo siendo Jace —contestó él—. Y aún te amo.

Los ojos de Clary se llenaron de lágrimas ardientes. Parpadeó, y le cayeron por las mejillas. Con ternura, Jace bajó la cabeza y le besó las mejillas y luego en la boca. Clary notó el sabor de sus propias lágrimas, la sal en los labios de él. Jace le abrió la boca con la suya, con cuidado, despacio. El conocido sabor y la sensación de tenerlo cerca la invadió, y por un segundo se apretó contra él, perdiendo todas sus dudas en la ceguera del cuerpo, con un reconocimiento irracional de la necesidad de tenerlo cerca, de tenerlo allí... y entonces la puerta del dormitorio se abrió.

Jace la soltó. Al instante, Clary se apartó de él, y se apresuró a bajarse el top. Jace se movió hasta sentarse con una gracia lenta y perezosa, y sonrió a la persona que estaba en la puerta.

—Bueno, bueno —dijo—. Has elegido el peor momento de la historia desde que Napoleón decidió que el pleno invierno era el momento adecuado para invadir Rusia.

Era Sebastian.

De cerca, Clary vio claramente las diferencias en él desde que lo había conocido en Idris. Tenía el cabello blanco como el papel y los ojos eran túneles negros rodeados de pestañas tan largas como las patas de una araña. Llevaba una camisa blanca arremangada, y Clary le pudo ver una cicatriz roja en la muñeca derecha, como un brazalete acanalado. También tenía una cicatriz en la palma de la mano, que parecía nueva y rabiosa.

—Es a mi hermana a la que estás deshonrando ahí, lo sabes —dijo Sebastian, y pasó su negra mirada a Jace. Su expresión era diversión.

—Lo lamento. —Jace no parecía lamentarlo. Estaba apoyado sobre las mantas, como un gato—. Nos hemos dejado llevar.

Clary tragó saliva. Le pareció un sonido áspero.

—Sal de aquí —le ordenó a Sebastian.

Éste se apoyó en el marco de la puerta, con el codo y la cadera, y Clary se quedó parada por el parecido entre los movimientos de Jace y los de él. No se parecían, pero se movían igual. Como si...

Como si la misma persona los hubiera enseñado a moverse.

—Vamos —soltó él—. ¿Es ésa la manera de hablar a tu hermano?

—Magnus debería haberte dejado convertido en perchero —soltó ella.

—Oh, lo recuerdas, ¿verdad? Pensaba que ese día nos lo habíamos pasado muy bien.

Sonrió un poco, con suficiencia, y Clary recordó, mientras el estómago le daba un vuelco, cómo le había llevado a ver los restos de la casa de su madre, cómo la había besado entre las ruinas, sabiendo todo el rato qué eran realmente el uno del otro, y disfrutando de que ella no lo supiera.

Miró a Jace de reojo. Él sabía perfectamente que Sebastian la había besado. Sebastian se había mofado de él con eso, y Jace casi lo había matado. Pero en ese momento no parecía enfadado, sino divertido, y un poco molesto por la interrupción.

—Deberíamos repetirlo —se burló Sebastian, mirándose las uñas—. Pasar algún tiempo en familia.

—No me importa lo que pienses. No eres mi hermano —replicó Clary—. Eres un asesino.

—No veo que una cosa anule la otra —repuso Sebastian—. No es lo que pensaba nuestro querido padre. —Su mirada se dirigió lentamente hacia Jace—. Por lo general, no querría entrometerme en la vida amorosa de un amigo, pero lo cierto es que no me apetece quedarme en este pasillo indefinidamente. Sobre todo porque no puedo encender la luz. Resulta muy aburrido.

Jace se sentó y se tiró de la camiseta.

—Danos cinco minutos.

Sebastian exhaló un suspiro exagerado y cerró la puerta.

Clary miró a Jace.

—Pero ¿qué c...?

—Ese lenguaje, Fray. —Los ojos de Jace bailaban—. Relájate.

Clary señaló hacia la puerta.

—Ya has oído lo que ha dicho. Sobre el día que me besó. Sabía que yo era su hermana. Jace...

Algo destelló en los ojos de él, oscureciendo su tono dorado, pero cuando volvió a hablar, fue como si las palabras de Clary hubieran chocado contra una superficie de teflón y hubieran rebotado, sin causar ninguna impresión.

La chica se apartó de él.

—Jace, ¿estás escuchando algo de lo que te digo?

—Mira, entiendo que te sientas incómoda con tu hermano esperando en el pasillo. Yo no había planeado besarte. —Sonrió de una manera que, en otro momento, ella habría encontrado adorable—. Pero me dejé llevar.

Clary salió de la cama a toda prisa, mirándolo enfadada. Cogió la bata que colgaba junto a la cama y se la puso. Jace la observó, sin hacer nada para detenerla, aunque los ojos le brillaban en la oscuridad.

—No... no entiendo nada. Primero desapareces, y ahora vuelves con él, y actúas como si yo no debiera ni notarlo, o no tuviera que importarme, o ni siquiera recordar...

—Ya te lo he dicho —repuso él—. Tenía que estar seguro de ti. No quería ponerte en la tesitura de saber dónde me encontraba mientras la Clave aún te estaba investigando. Pensé que te sería difícil...

—¿Me sería difícil? —Casi no podía respirar de lo furiosa que estaba—. Los exámenes son difíciles. Las carreras de obstáculos son difíciles. Que desaparecieras así casi me mata, Jace. ¿Y qué crees que le has hecho a Alec? ¿O a Isabelle? ¿Maryse? ¿Sabes cómo ha sido? ¿Puedes imaginártelo? Sin saber, buscándote...

Aquella expresión curiosa volvió a cruzarle el rostro, como si estuviera oyéndola y no oyéndola al mismo tiempo.

—Oh, sí, te lo iba a preguntar. —Sonrió como un ángel—. ¿Todos están buscándome?

—¿Todos están...? —Clary sacudió la cabeza, y se cerró más la bata. De repente, quería estar cubierta ante él, delante de toda esa familiaridad y esa belleza, delante de esa encantadora sonrisa depredadora que decía que él estaba dispuesto a hacer lo que fuera con ella, a ella, sin importar quién estuviera esperando en el pasillo.

—Estaba esperando que pusieran carteles como hacen con los gatos —bromeó él—. «Perdido chico adolescente asombrosamente atractivo. Responde a los nombres de “Jace” o “Tío bueno”.»

—Haré como si no acabaras de decir eso.

—¿No te gusta lo de «Tío bueno»? ¿Crees que «Tiernas mejillas» sería mejor? ¿O «Pastelito amoroso»? La verdad, ese último es rizar un poco el rizo. Aunque... bien mirado...

—Cállate —le dijo ella con furia—. Y sal de aquí.

—Pero... —Pareció perplejo, y ella recordó lo sorprendido que se había quedado fuera de la Mansión, cuando ella le había apartado—. De

acuerdo, muy bien. Me pondré serio. Clarissa, estoy aquí porque quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—Ven conmigo —insistió, y vaciló un instante—, y con Sebastian. Y te lo explicaré todo.

Por un momento, Clary se quedó helada, con los ojos clavados en los de Jace. La luz plateada de la luna le perfilaba las curvas de la boca, la forma de los pómulos, las sombras de las pestañas, el arco del cuello.

—La última vez que fui contigo a alguna parte, acabé inconsciente y en medio de una ceremonia de magia negra.

—Ése no fui yo. Fue Lilith.

—El Jace Lightwood que conozco no estaría en la misma habitación que Jonathan Morgenstern sin matarle.

—Creo que averiguarás que eso sería luchar contra mí mismo —repuso Jace tranquilamente, mientras se ponía las botas—. Él y yo estamos ligados. Córtale a él y sangro yo.

—¿Ligados? ¿A qué te refieres con «ligados»?

Él se retiró el claro cabello hacia atrás, sin prestar atención a la pregunta.

—Esto es más de lo que puedes comprender, Clary. Tiene un plan. Está dispuesto a trabajar, a sacrificarse. Si me dieras la oportunidad de explicártelo...

—Mató a Max, Jace —le recordó ella—. A tu hermano pequeño.

Él hizo una mueca, y por un momento de loca esperanza, Clary pensó que le había hecho reaccionar, pero su expresión se alisó como al estirar una sábana arrugada.

—Eso fue... fue un accidente. Además, Sebastian también es mi hermano.

—No. —Clary negó con la cabeza—. No es tu hermano. Es el mío. Dios sabe que desearía que no lo fuera. No debería haber nacido nunca...

—¿Cómo puedes decir eso? —quiso saber Jace. Pasó las piernas por el borde de la cama—. ¿Te has parado alguna vez a pensar que igual las cosas no son tan en blanco y negro como crees? —Se agachó para coger el cinturón de las armas y se lo ató—. Hubo una guerra, Clary, y hubo gente que murió, pero... entonces las cosas eran diferentes. Ahora sé que Sebastian nunca haría daño intencionadamente a nadie que yo quiera. Está sirviendo a una gran causa. A veces hay daños colaterales...

—¿Acabas de llamar «daño colateral» a tu propio hermano? —Su voz se alzó en un medio grito de incredulidad. Le costaba respirar.

—Clary, no me estás escuchando. Esto es importante...

—¿Igual que Valentine creía estar haciendo algo importante?

—Valentine se equivocaba —contestó Jace—. Tenía razón en lo de que la Clave era corrupta, pero se equivocaba en cómo arreglar las cosas. Pero Sebastian tiene razón. Si quisieras escucharnos...

—«Escucharnos», en plural —replicó ella—. ¡Dios, Jace...!

Él la contemplaba desde la cama, y aunque Clary sentía que se le estaba rompiendo el corazón, la cabeza le iba a toda velocidad, tratando de recordar dónde había dejado su estela, preguntándose si podría coger el cuchillo X-Acto que estaba en el cajón de la mesilla. Y preguntándose si, en tal caso, sería capaz de usarlo.

—¿Clary? —Jace inclinó la cabeza hacia un lado y le observó el rostro—. Aún... aún me amas, ¿verdad?

—Amo a Jace Lightwood —contestó ella—. No sé quién eres tú.

El rostro de Jace cambió, pero antes de que pudiera decir nada, un grito quebró el silencio. Un grito y el sonido de cristal al romperse.

Clary reconoció la voz al instante. Era su madre.

Sin mirar a Jace, abrió la puerta de golpe y corrió por el pasillo hasta el salón. El salón de la casa de Luke era grande y estaba separado de la cocina por una larga barra. Jocelyn, en pantalones de yoga y una gastada camiseta, con el cabello recogido en un descuidado moño, se hallaba junto a la barra. Era evidente que había ido a la cocina a buscar algo de beber. A sus pies había un vaso hecho añicos, y el agua empapaba la alfombra gris.

Todo el color le había desaparecido del rostro, y se había quedado blanca como la cal. Estaba mirando fijamente al otro lado de la sala, e incluso antes de volver la cabeza, Clary ya supo qué estaba viendo.

A su hijo.

Sebastian estaba apoyado en la pared del salón, cerca de la puerta, sin ninguna expresión en su rostro anguloso. Entrecerró los párpados y miró a Jocelyn a través de las pestañas. Algo en su postura, en su aspecto, podría haber salido de la foto de un Valentine de diecisiete años que Hodge había tenido.

—Jonathan —susurró Jocelyn.

Clary se quedó inmóvil; igual que Jace cuando llegó corriendo por el pasillo, y vio la escena que tenía antes sí y se detuvo de golpe. Jace tenía la

mano izquierda sobre el cinturón de las armas; sus delgados dedos estaban a varios centímetros del mango de una de sus dagas; Clary sabía que tardaría menos de un segundo en desenvainarla.

—Ahora me llaman Sebastian —respondió—. Decidí que no me interesaba conservar el nombre que me disteis mi padre y tú. Ambos me habéis traicionado, así que preferiría no tener relación con vosotros.

El agua caída del vaso roto iba formando un círculo oscuro a los pies de Jocelyn, que dio un paso adelante, mirando el rostro de Sebastian con ojos escrutadores.

—Creía que estabas muerto —susurró—. Muerto. Vi tus huesos convertirse en cenizas.

Sebastian la miró con los negros ojos entrecerrados.

—Si fueras una madre de verdad —replicó—, una buena madre, habrías sabido que estaba vivo. Una vez hubo un hombre que dijo que las madres llevaban con ellas durante toda la vida la llave de nuestras almas. Pero tú tiraste la mía.

Jocelyn hizo un sonido gutural. Se apoyaba en la barra para sujetarse. Clary quiso correr hacia ella, pero tenía los pies clavados al suelo. Fuera lo que fuese lo que estuviera sucediendo entre su hermano y su madre, era algo que no tenía nada que ver con ella.

—No me digas que no te alegras al menos un poco de verme, madre —dijo Sebastian, y aunque había un ruego en sus palabras, su tono era neutro—. ¿No soy todo lo que podrías desear en un hijo? —Abrió los brazos—. Fuerte, apuesto y parecido al querido papá.

Jocelyn sacudió la cabeza; tenía el rostro grisáceo.

—¿Qué quieres, Jonathan?

—Quiero lo mismo que quiere todo el mundo—contestó Sebastian—. Quiero lo que me corresponde. En este caso, el legado Morgenstern.

—El legado Morgenstern es sangre y devastación —repuso Jocelyn—. Aquí no somos Morgenstern. Ni mi hija ni yo. —Se irguió. Aún se agarraba a la barra, pero Clary pudo ver la fuerza regresar al rostro de su madre—. Si te vas ahora, Jonathan, ni siquiera le diré a la Clave que has estado aquí. —Miró un momento a Jace—. O tú. Si supieran que estás colaborando con él, os matarían a los dos.

Clary se puso ante Jace, instintivamente. Él miró más allá de ella, sobre su hombro, en dirección a su madre.

—¿Te importaría si muriera? —preguntó Jace.

—Me importa lo que le harían a mi hija —contestó Jocelyn—. Y la Ley es dura, demasiado dura. Lo que te ha ocurrido, quizá pueda revertirse. —Volvió a mirar a Sebastian—. Pero para ti, mi Jonathan, es demasiado tarde.

Movió hacia delante la mano con la que había estado agarrando la barra; en ella sujetaba el *kindjal* de mango largo de Luke. Las lágrimas le brillaban en los ojos, pero sujetaba el cuchillo con firmeza.

—Me parezco mucho a él, ¿verdad? —comentó Sebastian, sin moverse. No parecía ni haberse fijado en el cuchillo—. A Valentine. Por eso me estás mirando así.

Jocelyn negó con la cabeza.

—Te pareces a lo que siempre te has parecido, desde la primera vez que te vi. Te pareces a un demonio. —Su voz era dolorosamente triste—. Lo lamento mucho.

—¿Lamentas qué?

—No haberte matado cuando naciste —contestó ella, y salió de detrás de la barra, blandiendo el *kindjal*.

Clary se puso tensa, pero Sebastian no se movió. Sus oscuros ojos siguieron a su madre mientras ella iba hacia él.

—¿Es eso lo que quieres? —Abrió los brazos, como si fuera a abrazar a Jocelyn, y dio un paso adelante—. Vamos. Comete un filicidio. No te detendré.

—Sebastian —dijo Jace.

Clary le lanzó una mirada incrédula. ¿De verdad sonaba preocupado?

Jocelyn dio otro paso adelante. El cuchillo era sólo un destello en su mano. Cuando se detuvo, el extremo apuntaba directamente al corazón de Sebastian.

Éste siguió sin moverse.

—Hazlo —la incitó él en voz baja. Inclino la cabeza hacia un lado—. ¿O no puedes hacerlo? Podrías haberme matado cuando nací, pero no lo hiciste. —Bajó la voz—. Quizá sepas que no existe eso del amor incondicional por un niño. Tal vez si me quisieras lo suficiente, podrías salvarme.

Se miraron durante un momento, madre e hijo, los gélidos ojos verdes contra los negros como el carbón. Había unas marcadas arrugas en las comisuras de la boca de Jocelyn que Clary habría jurado que no estaban ahí dos semanas antes.

—Estás fingiendo —repuso ella con voz temblorosa—. No sientes nada, Jonathan. Tu padre te enseñó a fingir las emociones humanas, de la misma manera que se enseña a un loro a repetir palabras, sin entender lo que dice, como tú. Desearía... oh, Dios, cómo desearía que lo entendieras. Pero...

Jocelyn alzó el cuchillo en un rápido y limpio arco. Un ataque perfectamente situado, que habría traspasado las costillas de Sebastian hasta el corazón si éste no se hubiera movido más rápido incluso que Jace; se volvió hacia atrás, y la punta del cuchillo sólo le hizo un fino corte en el pecho.

Junto a Clary, Jace tragó aire. Ella se volvió para mirarlo. Una mancha roja se le extendía por la camisa. Se llevó la mano allí; los dedos se le mancharon de sangre.

«Estamos ligados. Le cortas a él, y yo sangro.»

Sin pensarlo, Clary atravesó la sala y se interpuso entre Jocelyn y Sebastian.

—Mamá. Para.

Jocelyn seguía sujetando el cuchillo, con los ojos clavados en Sebastian.

—Clary, sal de en medio.

Sebastian comenzó a reír.

—Qué tierno, ¿verdad? —dijo—. La hermana pequeña defendiendo a su hermano mayor.

—No te defiende a ti. —Clary no apartó la mirada de su madre—. Lo que le pasa a Jonathan le pasa a Jace. ¿Lo entiendes, mamá? Si lo matas, Jace muere. Ya está sangrando. Por favor, mamá.

Jocelyn seguía agarrando el cuchillo, pero su expresión mostraba incerteza.

—Clary...

—Vaya, qué tensión —observó Sebastian—. Me interesa saber cómo vais a resolver esto. A fin de cuentas, no tengo ninguna razón para marcharme.

—Sí, lo cierto es que la tienes —dijo una voz procedente del pasillo.

Era Luke, descalzo, con vaqueros y un jersey viejo. Tenía el cabello alborotado y parecía extrañamente joven sin las gafas. También llevaba una escopeta de cañones recortados apoyada en el hombro, con el cañón apuntando a Sebastian—. Ésta es la semiautomática Winchester del doce.

La manada la usa para acabar con los lobos renegados —explicó—. Aunque no te mate, puedo volarte una pierna, hijo de Valentine.

Fue como si todos en la sala tragaran aire a la vez, todos excepto Luke... y Sebastian, que, con una sonrisa irónica en el rostro, se volvió y fue hacia Luke, como si no se hubiera fijado en la escopeta.

—Hijo de Valentine —repitió—. ¿Así es como piensas en mí? En otras circunstancias, podrías haber sido mi padrino.

—En otras circunstancias —replicó Luke, poniendo el dedo en el gatillo—, podrías haber sido humano.

Sebastian se detuvo de golpe.

—Lo mismo se podría decir de ti, licántropo.

El mundo parecía ir más despacio. Luke apuntó mirando el cañón del rifle. Sebastian siguió sonriendo.

—Luke —dijo Clary. Era como uno de esos sueños, una pesadilla donde quería gritar, pero todo lo que le salía de la garganta era un susurro—. Luke, no lo hagas.

Su padrastro tensó el dedo en el gatillo; y entonces, Jace hizo un súbito movimiento, y salió disparado desde donde estaba, junto a Clary, dio una voltereta sobre el sofá y se estrelló contra Luke, justo cuando la escopeta se disparaba.

El tiro salió desviado; una de las ventanas saltó hacia fuera hecha pedazos cuando la bala impactó contra ella. Luke, que había perdido el equilibrio, se tambaleó para recobrarlo. Jace le arrancó la escopeta de las manos y la tiró. El arma voló por la ventana rota. Jace se volvió hacia Luke.

—Luke... —empezó.

El hombre lo golpeó.

Incluso sabiendo lo que sabía, Clary se quedó parada al ver a Luke golpear a Jace en la cara. Luke, que había defendido a Jace incontables veces ante su madre, ante Maryse, ante la Clave...; a Luke, que era amable y tranquilo... Fue como si la golpeará a ella. Jace, totalmente desprevenido, se fue contra la pared.

Y Sebastian, que no había mostrado ninguna emoción real, aparte de burla y desdén, rugió... rugió y sacó del cinturón una daga larga y fina. Luke abrió mucho los ojos, y comenzó a apartarse, pero Sebastian era más rápido que él, más rápido que nadie a quien Clary hubiera visto. Incluso más rápido que Jace. Le hundió la daga a Luke en el pecho y la retorció con fuerza antes de arrancarla de nuevo, roja hasta el mango. Luke cayó contra

la pared, y luego se deslizó por ella, dejando una mancha de sangre detrás, mientras Clary lo contemplaba aterrada.

Jocelyn gritó haciendo aún más ruido que el de la bala rompiendo la ventana, aunque Clary lo oyó como si le llegara desde la distancia, o de debajo del agua. Miraba a Luke, que se había desplomado en el suelo, mientras la moqueta se iba tiñendo de rojo.

Sebastian alzó la daga de nuevo y Clary se lanzó sobre él, estrellándose contra su hombro con todas sus fuerzas, tratando de hacerle perder el equilibrio. Casi no consiguió moverlo, pero sí que se le cayó la daga. Sebastian se volvió hacia ella. Sangraba de un corte en el labio. Clary no entendió por qué hasta que Jace entró en su campo de visión y le vio la sangre en la boca, donde Luke le había golpeado.

—¡Basta! —Jace agarró a Sebastian por la chaqueta. Estaba pálido, y no miraba a Luke, ni tampoco a Clary—. Para ya. No hemos venido aquí a esto.

—Suéltame...

—No. —Jace le pasó el brazo por el costado y le cogió la mano. Sus ojos encontraron los de Clary. Sus labios formaron palabras; se vio un destello plateado, el anillo en el dedo de Sebastian. Y de repente, ambos se habían marchado, habían desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Justo entonces, algo metálico cortó el aire donde habían estado y se clavó en la pared.

El *kindjal* de Luke.

Clary se volvió para mirar a su madre, que había lanzado el cuchillo. Pero Jocelyn no la miraba. Estaba corriendo al lado de Luke; se arrodilló sobre la ensangrentada moqueta y lo subió a su regazo. El licántropo tenía los ojos cerrados. Le salía sangre por las comisuras de la boca. La daga plateada de Sebastian, llena de sangre, estaba a dos pasos.

—Mamá —susurró Clary—. ¿Está...?

—La daga era de plata. —A Jocelyn le temblaba la voz—. No sanará tan rápido como debería; no sin un tratamiento especial. —Tocó el rostro de Luke con los dedos. Clary vio, aliviada, que el pecho de Luke subía y bajaba, aunque débilmente. Podía notar las lágrimas en la garganta, y por un momento, le asombró la calma de su madre. Pero ésta era la mujer que había estado sobre las cenizas de su hogar, rodeada de los cuerpos calcinados de su familia, incluidos sus padres y su hijo, y había seguido adelante.

—Trae unas toallas del baño —le dijo su madre—. Tenemos que detener la hemorragia.

Clary se puso en pie, tambaleante, y fue casi a ciegas hasta el pequeño cuarto de baño de Luke. Una toalla gris colgaba detrás de la puerta. La cogió y volvió a la sala. Jocelyn sujetaba a Luke sobre su regazo con una mano; en la otra tenía un móvil. Lo dejó caer y cogió la toalla que le tendía su hija. La dobló por la mitad, la colocó sobre la herida de Luke y presionó con fuerza. Clary la observó mientras los bordes de la toalla gris comenzaban a volverse escarlata por la sangre.

—Luke —susurró Clary. Él no se movió. Su rostro tenía un horrible color gris.

—Acabo de llamar a su manada —explicó Jocelyn. No miró a su hija; Clary se dio cuenta de que Jocelyn no le había hecho ni una sola pregunta sobre Jace y Sebastian ni por qué ella y Jace habían salido de su dormitorio, o qué estaban haciendo ellos allí. Ninguna. Estaba totalmente centrada en Luke—. Tiene algunos miembros patrullando la zona. En cuanto lleguen, deberemos marcharnos. Jace volverá a por ti.

—Eso no lo sabes... —comenzó Clary, con un susurro que le salía de la seca garganta.

—Sí que lo sé —replicó Jocelyn—. Valentine vino a por mí después de quince años. Así son los hombres Morgenstern. No se rinden nunca. Volverá a por ti.

«Jace no es Valentine.»

Pero Clary no llegó a decirlo. Quería arrodillarse y cogerle la mano a Luke, sujetársela con fuerza, decirle que le quería. Pero recordó las manos de Jace en su dormitorio y no lo hizo. Eso era culpa suya. No se merecía consolar a Luke, o a sí misma. Se merecía el dolor y la culpa.

Se oyeron pasos en el porche y el murmullo de voces. Jocelyn alzó la cabeza. La manada.

—Clary, ve a buscar tus cosas —dijo ella—. Coge lo que creas que necesitarás, pero no más de lo que puedas llevar encima. No vamos a volver a esta casa.

6

NINGUNA ARMA DE ESTE MUNDO

Pequeños copos de una nieve temprana habían comenzado a caer como plumas desde un cielo gris acero mientras Clary y su madre se apresuraban por la Greenpoint Avenue, con la cabeza agachada para protegerse del helado viento que llegaba del East River.

Jocelyn no había dicho ni una palabra desde que habían dejado a Luke en la comisaría abandonada que hacía las veces de cuartel general de la manada. Todo estaba envuelto como en una neblina: la manada entrando a salvar a su líder, el botiquín de curas y Clary y su madre tratando de ver a Luke mientras los lobos parecían cerrar filas contra ellas. Sabía que no lo podían llevar a un hospital mundano, pero había sido duro, más que duro, dejarlo allí, en la habitación blanqueada que les servía de enfermería.

No era que Jocelyn y Clary no les gustasen a los lobos. Simplemente era que la prometida de Luke y su hija no pertenecían a la manada. Nunca pertenecerían a ella. Clary estuvo buscando a Maia, para tener una aliada, pero no estaba allí. Al final, Jocelyn envió a su hija a esperar en el pasillo, porque la sala estaba demasiado abarrotada. Clary se sentó en el suelo, con la mochila en el regazo. Eran las dos de la mañana, y nunca se había sentido más sola. Si Luke moría...

Casi ni recordaba su vida sin él. Gracias a él y a su madre, sabía lo que era ser querida de forma incondicional. Luke alzándola para subirla al tronco de un manzano, en su granja al norte del estado, era uno de sus primeros recuerdos.

En la enfermería, Luke respiraba entonces con dolorosos estertores mientras que su tercero al mando, Bat, abría el botiquín. Clary recordó entonces que se suponía que la gente respiraba con estertores cuando iba a morir. No podía recordar lo último que le había dicho a Luke. ¿No se suponía que se recordaba lo último que se le decía a alguien que se moría?

Cuando por fin Jocelyn salió de la enfermería, agotada, le tendió la mano a Clary y la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Está...? —había comenzado Clary.

—Está estable —respondió Jocelyn. Luego miró a un lado y otro del pasillo—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos adónde? —Clary estaba anonadada—. Pensaba que nos quedaríamos aquí, con Luke. No quiero dejarlo.

—Yo tampoco. —Jocelyn lo dijo firme, y eso hizo pensar a Clary en la mujer que había dado la espalda a Idris, a todo lo que había conocido, y se había marchado para comenzar una nueva vida sola—. Pero tampoco podemos permitir que Jace y Sebastian vengan aquí. No es seguro para la manada, ni para Luke. Éste es el primer lugar donde Jace te buscaría.

—Entonces, ¿dónde...? —empezó a decir Clary, pero supo la respuesta incluso antes de acabar la frase, y guardó silencio. ¿Adónde iban últimamente si necesitaban ayuda?

En ese momento, una fina capa blanca cubría el agrietado pavimento de la avenida. Jocelyn se había puesto un abrigo largo antes de dejar la casa, pero debajo aún llevaba la ropa manchada con la sangre de Luke. Su boca era firme, y su mirada no se apartaba de la calle que tenía ante ella. Clary se preguntó si su madre se habría marchado así de Idris, con las botas con cenizas enganchadas, ocultando la Copa Mortal bajo el abrigo.

Clary sacudió la cabeza para aclarársela. Se estaba imaginando cosas que no había presenciado; quizá su mente estuviera vagando para alejarse del horror que acababa de contemplar.

Inesperadamente, la imagen de Sebastian clavándole el cuchillo a Luke la invadió, así como el sonido de la querida voz de Jace diciendo: «Daño colateral».

«Porque a menudo sucede con lo que es precioso y está perdido, que al encontrarlo puede que no sea igual que lo que fue.»

La chica se estremeció y se subió la capucha para cubrirse el cabello. Los blancos copos de nieve ya habían comenzado a mezclarse con los mechones rojos. Aún estaban calladas, y la calle, flanqueada de restaurantes polacos y rusos entre barberías y salones de belleza, estaba desierta en la noche blanca y amarilla. Un recuerdo le destelló tras los párpados: uno real esta vez, no un vuelo de la imaginación. Su madre la hacía apresurarse por una calle negra como la noche entre montones de nieve sucia apilada. Un cielo bajo, gris y plomizo...

Había visto esa imagen antes, la primera vez que los Hermanos Silenciosos habían escarbado en su mente. En ese momento se dio cuenta de qué era. La memoria de una vez que su madre la había llevado a casa de Magnus para que le borrara los recuerdos. Debía de ser en pleno invierno, y en su recuerdo reconocía Greenpoint Avenue.

Ahora, el almacén de ladrillo rojo en el que vivía Magnus se alzaba ante ellas. Jocelyn abrió la puerta de vidrio de la entrada, y ambas entraron, Clary tratando de respirar por la boca mientras su madre pulsaba el timbre del mago, una, dos y tres veces. Al final, la puerta se abrió y ellas se apresuraron a subir la escalera.

La puerta del apartamento de Magnus estaba abierta; el brujo estaba apoyado en el marco de la puerta, esperándolas. Iba vestido con un pijama de color amarillo canario, y en los pies llevaba unas zapatillas verdes con rostros de extraterrestres de los que despuntaban unas esponjosas antenas. Su cabello era una masa negra enredada, rizada y de punta, y sus ojos verde dorado las miraron parpadeando cansados.

—Hogar de San Magnus para los Cazadores de Sombras Descarriados —dijo con una profunda voz—. Bienvenidas. —Hizo un amplio gesto con el brazo—. Las habitaciones de invitados están por ahí. Limpiaos los pies en la alfombra.

Entró en el apartamento y se quedó junto a la puerta para dejarlas pasar antes de cerrarla. Ese día, la casa estaba decorada en una especie de estilo victoriano falso, con sofás de altos respaldos y grandes espejos dorados por todas partes. De las columnas colgaban lámparas con forma de flores.

Había tres habitaciones de invitados en un corto pasillo que salía del salón principal; al azar, Clary escogió una de la derecha. Estaba pintada de naranja, como su antigua habitación en Park Slope, y tenía un sofá cama y una pequeña ventana que daba a las oscuras ventanas de un restaurante cerrado. *Presidente Miau* estaba hecho un ovillo en la cama, con la nariz bajo la cola. Clary se sentó junto a él y le acarició las orejas; al instante notó el ronroneo que hacía vibrar todo el cuerpecito peludo. Mientras lo acariciaba, se fijó en la manga de su jersey. Estaba manchada de sangre seca y oscura. La sangre de Luke.

Se puso en pie y casi se arrancó la prenda. Sacó un pijama limpio y una camiseta térmica negra con cuello en V de la mochila, y se los puso. Se miró un momento en la ventana, que le mostraba un pálido reflejo; el cabello le caía tieso, húmedo de nieve; las pecas le resaltaban como

manchas de pintura. Tampoco importaba su aspecto. Pensó en Jace besándola, parecía como si hiciera meses en vez de sólo unas horas; el estómago le dolió como si se hubiera tragado pequeños cuchillos.

Se agarró al borde de la cama durante un momento, hasta que el dolor se calmó. Luego respiró hondo y volvió al salón.

Su madre estaba sentada en una de las sillas de respaldo dorado, con sus largos dedos de artista rodeando un tazón de agua caliente con limón. Magnus estaba acostado en un sofá de color rosa intenso; tenía los pies sobre la mesita de centro, con las zapatillas verdes puestas.

—La manada lo ha estabilizado —explicaba Jocelyn con voz exhausta—. Pero no saben durante cuánto tiempo. Pensaban que tal vez hubiera habido polvo de plata en la hoja, pero parece ser otra cosa. La punta del cuchillo... —Alzó la mirada, vio a Clary y guardó silencio.

—No pasa nada, mamá, soy lo bastante mayor para saber la verdad.

—Bueno, no saben qué es exactamente —continuó Jocelyn a media voz—. La punta del cuchillo de Sebastian se ha roto contra una de las costillas y se le ha incrustado en el hueso. Pero no se la pueden sacar. Se... mueve.

—¿Se mueve? —Magnus parecía confuso.

—Cuando trataron de extraérsela, se hundió en el hueso y casi lo partió —explicó Jocelyn—. Es un licántropo, y sana en seguida, pero tiene eso ahí dentro, destrozándole los órganos internos e impidiendo que se le cierre la herida.

—Metal demoníaco —afirmó Magnus—. No es plata.

Jocelyn se inclinó hacia él.

—¿Crees que puedes ayudarlo? Cueste lo que cueste, lo pagaré...

El brujo se puso en pie. Sus extravagantes zapatillas y el cabello revuelto de haber dormido parecían totalmente incongruentes con la gravedad de la situación.

—No lo sé —contestó.

—Pero curaste a Alec —replicó Clary—. Cuando el Demonio Mayor lo hirió...

Magnus había comenzado a ir de arriba abajo.

—Sabía lo que le pasaba. No sé qué clase de metal demoníaco es éste. Podría experimentar, probar diferentes hechizos, pero no será la manera más rápida de ayudarlo.

—¿Y cuál es la más rápida? —preguntó Jocelyn.

—Los *Praetor* —contestó Magnus—. La Guardia Lobo. Conocí al hombre que la fundó... Woolsey Scott. Debido a ciertos... incidentes, le fascinaban los detalles sobre cómo los metales y las drogas demoníacos actúan sobre los licántropos, del mismo modo que los Hermanos Silenciosos guardan registros de las maneras de curar a los nefilim. Por desgracia, a lo largo de los años, los *Praetor* se han vuelto muy cerrados y dados a los secretos. Pero un miembro de los *Praetor* podría acceder a esa información.

—Luke no es miembro —repuso Jocelyn—. Y su lista es secreta...

—¡Jordan! —exclamó Clary—. Jordan es uno de sus miembros. Él puede averiguarlo. Lo llamaré...

—Yo lo llamaré —la cortó Magnus—. No puedo entrar en el cuartel de los *Praetor*, pero sí enviar un mensaje que debería tener cierto peso. Volveré. —Fue a la cocina; las antenas de sus zapatillas se agitaban suavemente como algas en la corriente.

Clary se acercó a su madre, que tenía la mirada clavada en su tazón de agua caliente. Era uno de sus reconstituyentes favoritos, aunque Clary nunca había conseguido imaginarse por qué alguien querría beber agua caliente y amarga. Pese a que la nieve le había mojado el cabello, ya se le estaba secando y se le comenzaba a rizar, como le pasaba al de Clary cuando hacía mucha humedad.

—Mamá —dijo Clary, y su madre alzó los ojos—. El cuchillo que tiraste, en casa de Luke, ¿se lo tiraste a Jace?

—A Jonathan —contestó Jocelyn. Ella nunca lo llamaba Sebastian, y Clary lo sabía.

—Es que... —La chica respiró hondo—. Es casi lo mismo. Ya lo viste. Cuando heriste a Sebastian, Jace comenzó a sangrar. Es como si, de alguna manera, fueran el uno el reflejo del otro. Cortas a Sebastian y Jace sangra. Lo matas y Jace muere.

—Clary. —Su madre se frotó los ojos cansados—. ¿Podríamos no hablar de eso ahora?

—Pero has dicho que volvería a por mí. Jace, me refiero. Tengo que saber que no le harás daño...

—Bueno, eso no lo puedes saber. Porque no te lo prometeré, Clary. No puedo. —Su madre la miró con ojos inquebrantables—. Os vi salir del dormitorio a los dos.

Clary se sonrojó.

—No quiero...

—¿No quieres qué? ¿Hablar de eso? Pues lo siento. Tú lo has sacado. Tienes suerte de que yo ya no sea miembro de la Clave, ¿sabes? ¿Cuánto hace que sabes dónde está Jace?

—No sé dónde está. Esta noche he hablado con él por primera vez desde que desapareció. Lo vi en el Instituto con Seba... con Jonathan, ayer. Se lo dije a Alec, a Isabelle y a Simon. Pero no podía decírselo a nadie más. Si la Clave lo atrapa... No puedo permitir que eso ocurra.

Jocelyn alzó sus verdes ojos.

—¿Y por qué no?

—Porque es Jace. Porque lo amo.

—No es él. Así de simple, Clary. Ya no es quien era. ¿No puedes ver que...?

—Claro que lo veo. No soy estúpida. Pero tengo fe. Ya lo he visto poseído antes, y lo vi librarse de la posesión. Creo que Jace sigue ahí dentro de algún modo. Creo que existe una manera de salvarlo.

—¿Y si no la hay?

—Demuéstramelo.

—Eso no puedo hacerlo, Clary. Entiendo que lo ames. Siempre lo has amado, incluso demasiado. ¿Crees que yo no amaba a tu padre? ¿Crees que no le di todas las oportunidades que pude? Y mira lo que pasó. Jonathan. Si no me hubiera quedado con tu padre, él no habría nacido...

—Ni yo —exclamó Clary—. Por si lo has olvidado, yo soy la pequeña. —Miró fijamente a su madre, con dureza—. ¿Estás diciendo que valdría la pena no haberme tenido nunca si hubieras podido librarte de Jonathan?

—No, yo...

Se oyó el chirrido de una llave en una cerradura, y se abrió la puerta del apartamento. Era Alec. Iba vestido con un largo guardapolvo negro abierto sobre un jersey azul, y tenía blancos copos de nieve sobre el cabello negro. Tenías las mejillas rojas como manzanas por el frío, pero aparte de eso, su rostro estaba muy pálido.

—¿Dónde está Magnus? —preguntó. Cuando miró hacia la cocina, Clary le vio un morado en el mentón, bajo la oreja, del tamaño de una yema de dedo.

—¡Alec! —Magnus entró derrapando en el salón y le lanzó un beso a su novio desde el otro lado de la estancia. Se había sacado las zapatillas e iba descalzo. Sus ojos de gato destellaron al mirar a Alec.

Clary conocía aquella mirada. Ésa era ella mirando a Jace. Pero Alec no se la devolvió. Se estaba sacando el abrigo y colgándolo de un gancho en la pared. Estaba visiblemente alterado. Le temblaban las manos y los anchos hombros estaban tensos.

—¿Has recibido mi mensaje? —preguntó Magnus.

—Sí. Sólo estaba a unas cuantas manzanas. —Alec miró a Clary y luego a su madre; la ansiedad y la incerteza se le mezclaron en la expresión. Aunque Alec había sido invitado a la fiesta de compromiso de Jocelyn, y se habían visto varias veces después de eso, no se conocían demasiado—. ¿Es cierto lo que ha dicho Magnus? ¿Has vuelto a ver a Jace?

—Y a Sebastian —contestó Clary.

—Pero Jace... —insistió Alec—. ¿Cómo... quiero decir, qué parecía?

Clary sabía exactamente lo que le estaba preguntado; por una vez, Alec y ella se entendían mejor que nadie más en la sala.

—No está engañando a Sebastian —respondió ella en voz baja—. Ha cambiado de verdad. No es en absoluto como acostumbraba.

—¿Cómo? —quiso saber Alec, con una extraña mezcla de rabia y vulnerabilidad—. ¿En qué es diferente?

Los vaqueros de Clary tenían un agujero en la rodilla; ella lo toqueteó, rascándose la piel de debajo.

—La forma en que habla; cree en Sebastian. Cree en lo que está haciendo, sea lo que sea. Le recordé que Sebastian mató a Max, y ni siquiera pareció importarle. —Se le quebró la voz—. Dijo que Sebastian era tan hermano suyo como Max.

Alec palideció, y las manchas rojas de las mejillas resaltaron como manchas de sangre.

—¿Dijo algo de mí? ¿O de Izzy? ¿Preguntó por nosotros?

Clary negó con la cabeza, casi incapaz de soportar la expresión en el rostro de Alec. Con el rabillo del ojo, vio a Magnus mirando también al chico, con el rostro cargado de tristeza. Se preguntó si aún tendría celos de Jace, o si sólo sufría por su novio.

—¿Por qué fue a tu casa? —Alec meneó la cabeza—. No lo entiendo.

—Quería que me fuera con él. Que me uniera a ellos. Supongo que quieren que su dúo malvado se convierta en un trío malvado. —Clary se encogió de hombros—. Quizá se sienta solo. Sebastian no puede ser una gran compañía.

—Eso no lo sabemos. Podría ser absolutamente fantástico jugando al Scrabble —soltó Magnus.

—Es un asesino psicópata —replico Alec tajante—. Y Jace lo sabe.

—Pero Jace ahora no es Jace... —comenzó el brujo, y se interrumpió al oír sonar el teléfono—. Yo lo cojo. ¿Quién sabe quién más podría estar huyendo de la Clave y necesitar un lugar donde quedarse? Y no es que falten hoteles en esta ciudad. —Fue hacia la cocina.

Alec se tiró sobre el sofá.

—Trabaja demasiado —dijo, y miró preocupado a su novio—. Se pasa las noches en vela tratando de descifrar esas runas.

—¿Lo está haciendo para la Clave? —quiso saber Jocelyn.

—No —contestó Alec lentamente—. Lo hace por mí. Por lo que Jace significa para mí. —Se alzó la manga y le mostró a Jocelyn la runa de *parabatai* en la parte interior del antebrazo.

—Sabías que Jace no estaba muerto —repuso Clary, empezando a atar cabos—. Porque eres su *parabatai*, porque eso os ata. Pero dijiste que notabas algo malo.

—Porque está poseído —concluyó Jocelyn—. Lo ha cambiado. Valentine dijo que cuando Luke se convirtió en un subterráneo, él lo notó. Esa sensación de que ocurre algo malo.

Alec negó con la cabeza.

—Pero cuando Jace estuvo poseído por Lilith, yo no lo noté —explicó—. Ahora noto algo... malo. Algo que no cuadra. —Bajó la mirada—. Puedes notar cuándo muere tu *parabatai*, como si hubiera una cuerda que te atara a algo y se rompiera de pronto, y de repente estás cayendo. —Miró a Clary—. Lo sentí una vez, en Idris, durante la batalla. Pero fue tan breve..., y cuando regresé a Alacante, Jace estaba vivo. Me convencí de que lo había imaginado.

Clary meneó la cabeza, pensando en Jace y en la arena empapada de sangre junto al lago Lyn.

«No te lo imaginaste.»

—Lo que noto ahora es diferente —continuó Alec—. Es como si él estuviera ausente del mundo, pero no muerto. No prisionero... Sólo como que no está ahí.

—Eso es —repuso Clary—. Las dos veces que vi a Sebastian y a él, se desvanecieron en el aire. Ningún Portal, sólo estaban ahí un minuto, y al siguiente ya no.

—Cuando habláis de «allí» o «aquí» —dijo Magnus, que volvía bostezando a la sala—, y de este mundo y de ese mundo, estáis hablando de dimensiones. Sólo hay unos cuantos magos que puedan hacer magia dimensional. Mi viejo amigo Ragnor podía. Las dimensiones no están unas junto a otras, están plegadas unas sobre otras, como el papel. Donde se interceptan, se pueden crear huecos dimensionales que evitan que la magia te pueda localizar. Después de todo, no estás «aquí», estás «allí».

—¿Puede ser ése el motivo por el que no logramos localizarlo? ¿Por lo que Alec puede sentirlo? —preguntó Clary.

—Podría ser. —Magnus parecía casi impresionado—. Significaría que no hay manera de encontrarlos si no quieren ser encontrados. Y si alguien lograra encontrarlos, no tendría forma de comunicárselo a nadie. Es magia complicada y cara. Sebastian debe de tener buenos contactos... —Sonó el timbre de la puerta, y todos pegaron un bote. El brujo puso los ojos en blanco—. Calmaos todos —dijo, y desapareció en la entrada. Volvió al cabo de un momento con un hombre envuelto en un hábito de color pergamino, con la espalda y los costados cubiertos de dibujos de runas de un oscuro color rojo marrón. Aunque llevaba subida la capucha, ocultándole el rostro, parecía estar totalmente seco, como si no le hubiera caído encima ni un solo copo de nieve. Cuando se bajó la capucha, Clary no se sorprendió al ver el rostro del hermano Zachariah.

De pronto, Jocelyn dejó el tazón sobre la mesita de centro. Estaba mirando al Hermano Silencioso. Con la capucha bajada, se le veía el cabello oscuro, pero su rostro estaba tan entre sombras que Clary no podía verle los ojos, sólo los altos pómulos grabados con runas.

—Tú —exclamó Jocelyn, y su voz se fue apagando—. Pero Magnus me dijo que tú nunca...

«Los acontecimientos inesperados requieren medidas inesperadas. — La voz del hermano Zachariah flotó por el interior de la cabeza de Clary; por la expresión de sus rostros supo que los demás también podían oírlo—. No diré nada a la Clave ni al Consejo de lo que pase esta noche. Si se me presenta la oportunidad de salvar al último del linaje Herondale, considero eso de mayor importancia que la lealtad que le debo a la Clave.»

—Entonces, arreglado —dijo Magnus. Hacía una extraña pareja con el Hermano Silencioso; uno pálido y en un hábito gastado, el otro en un brillante pijama amarillo—. ¿Algo nuevo sobre las runas de Lilith?

«He estudiado las runas con detalle y he escuchado todos los testimonios presentados ante el Consejo —explicó el hermano Zachariah—. Creo que su ritual tenía dos aspectos. Primero empleó el mordisco del vampiro diurno para reavivar la consciencia de Jonathan Morgenstern. Su cuerpo seguía débil, pero su mente y su voluntad estaban vivas. Creo que cuando Jace Herondale se quedó solo en el tejado con él, Jonathan empleó el poder de las runas de Lilith y obligó a Jace a entrar en el círculo encantado que le rodeaba. En ese momento, la voluntad de Jace habría quedado sujeta a la suya. Creo que habría empleado la sangre de Jace para ganar la fuerza para levantarse y huir del tejado, llevándose a Jace consigo.»

—Y de alguna manera, ¿todo eso creó una conexión entre ellos? —preguntó Clary—. Porque mi madre apuñaló a Sebastian, y Jace comenzó a sangrar.

«Sí. Lo que Lilith hizo fue una especie de ritual de unión, no muy diferente de nuestra ceremonia de *parabatai*, pero mucho más poderoso y peligroso. Ahora ambos están unidos de una forma inextricable. De morir uno, el otro le seguirá. Ninguna arma de este mundo puede herir sólo a uno de ellos.»

—Cuando dices que están unidos de una forma inextricable —inquirió Alec, inclinándose hacia él—, ¿quieres decir...? Me refiero a que Jace odia a Sebastian. Sebastian asesinó a nuestro hermano.

—Y no veo cómo Sebastian le puede tener cariño a Jace. Toda su vida le ha tenido unos celos horribles. Pensaba que Jace era el favorito de Valentine —añadió Clary.

—Por no hablar de que Jace le mató —indicó Magnus—. Eso molestaría a cualquiera.

—Es como si Jace no recordara nada de eso —dijo Clary, frustrada—. No, no como si no lo recordara, más bien como si no lo creyera.

«Lo recuerda todo. Pero el poder de la unión es tal que el pensamiento de Jace pasa por encima de esos hechos y los rodea, como el agua rodea las rocas en el lecho de un río. Es como el hechizo que Magnus te puso en la mente, Clarissa. Cuando veías partes del Mundo Invisible, tu mente las rechazaba, se alejaba de ellas. No sirve de nada razonar con Jace sobre Jonathan. La verdad no puede romper su conexión.»

Clary pensó en lo que había pasado cuando había recordado a Jace que Sebastian había matado a Max; cómo su rostro se había fruncido durante un

instante, pensando, y luego se había relajado como si hubiera olvidado lo que ella le había dicho en cuanto acabó de decirlo.

«Un pequeño consuelo para vosotros puede ser que Jonathan Morgenstern está tan unido como vuestro Jace. No puede hacerle ningún daño, ni tampoco querría», añadió el hermano Zachariah.

Alec alzó las manos.

—¿Así que ahora se quieren? ¿Son grandes amigos?

El dolor y los celos eran evidentes en su tono.

«No. Ahora uno es el otro. Ven lo que el otro ve. Saben que el otro es, de algún modo, indispensable. Sebastian es el líder, el primario. Lo que él cree, Jace también lo creerá. Lo que quiere, Jace lo querrá.»

—Está poseído —afirmó Alec con sequedad.

«En una posesión, a menudo hay parte de la conciencia original de la persona que continúa intacta. Los que han sido poseídos hablan de ver sus propios actos desde fuera, gritando, pero incapaces de hacerse oír. Pero Jace ocupa totalmente su cuerpo y mente. Se cree cuerdo. Se cree que es eso lo que quiere.»

—Entonces, ¿qué quería de mí? —inquirió Clary con voz temblorosa—. ¿Por qué ha venido a mi habitación esta noche? —Esperaba que no se le sonrojaran las mejillas. Trató de apartar el recuerdo de besarlo, del peso de su cuerpo contra el de ella en la cama.

«Aún te ama —contestó el hermano Zachariah, y su voz era sorprendentemente amable—. Eres el punto central sobre el que gira su mundo. Eso no ha cambiado.»

—Y por eso tenemos que marcharnos —apuntó Jocelyn, escueta—. Volverá a por ella. No podíamos quedarnos en la comisaría de policía. No sé dónde estaremos a salvo...

—Aquí —respondió Magnus—. Puedo poner salvaguardas que mantengan fuera a Jace y a Sebastian.

Clary vio el alivio en los ojos de su madre.

—Gracias —dijo Jocelyn.

Magnus agitó un brazo.

—Es un privilegio. Me encanta rechazar a cazadores de sombras furiosos, especialmente de la variedad poseída.

«No está poseído», les recordó el hermano Zachariah.

—Semántica —repuso Magnus—. La cuestión es: ¿qué pretenden esos dos? ¿Qué están planeando?

—Clary dice que cuando los vio en la biblioteca, Sebastian le dijo a Jace que pronto estaría dirigiendo el Instituto —comentó Alec—. Así que sí que planean algo.

—Seguir con el trabajo de Valentine, seguramente —aportó Magnus—. Abajo con los subterráneos, mata a los cazadores de sombras recalcitrantes, y bla, bla, bla.

—Tal vez. —Clary no estaba tan segura—. Jace dijo algo sobre Sebastian sirviendo a una causa mayor.

—Sólo el Ángel sabe qué querrá decir eso —repuso Jocelyn—. Durante años estuve casada con un fanático. Sé lo que quiere decir «una causa mayor». Significa torturar a inocentes, cometer asesinatos brutales y dar la espalda a tus antiguos amigos, y todo en nombre de algo que crees que es más importante que tú mismo, pero no es más que avaricia e infantilismo disfrazados en un lenguaje elegante.

—¡Mamá! —protestó Clary, preocupada al ver tanta amargura en Jocelyn.

Pero ésta estaba mirando al hermano Zachariah.

—Has dicho que ninguna arma de este mundo puede herir sólo a uno de ellos —recordó—. Ninguna arma que tú conozcas...

De repente, los ojos de Magnus se iluminaron, como los de un gato bajo un rayo de luz.

—Estás pensando...

—Las Hermanas de Hierro —dijo Jocelyn—. Son las expertas en armas y armamento. Podrían tener una respuesta.

Clary sabía que las Hermanas de Hierro eran la secta hermana de los Hermanos Silenciosos; a diferencia de ellos, no tenían ni la boca ni los ojos cosidos, sino que vivían en casi total soledad en paradero desconocido. No eran guerreras, eran creadoras: las manos que daban forma a las armas, las estelas y los cuchillos serafines que mantenían con vida a los cazadores de sombras. Había runas que sólo ellas podían tallar, y sólo ellas sabían moldear la sustancia blanco plateada llamada *adamas* para formar las torres de los demonios, las estelas y las piedras de luz mágica. Rara vez se las veía, no asistían a las reuniones del Consejo ni se aventuraban al interior de Alacante.

«Es posible», contestó el hermano Zachariah después de un largo silencio.

—Si pudiéramos matar a Sebastian..., si existiera una arma que pudiera matarlo sin matar a Jace, ¿significaría eso que Jace quedaría libre de su influencia? —preguntó Clary.

Hubo un silencio aún más largo.

«Sí —respondió el hermano Zachariah—. Ése sería el resultado más probable.»

—Entonces, debemos ir a ver a las Hermanas. —El agotamiento cubría a Clary como una capa, haciendo que le pesaran los ojos y que notara un sabor amargo en la boca. Se frotó los ojos, tratando de eliminarlo—. Ya.

—Yo no puedo ir —indicó Magnus—. Sólo las cazadoras de sombras pueden entrar en la Ciudadela Infracta.

—Tú no vas —dijo Jocelyn a Clary con su tono más firme, con el de «no vas a salir a bailar con Simon después de la medianoche»—. Estás más segura aquí, protegida.

—Isabelle —dijo Alec—. Isabelle puede ir.

—¿Tienes idea de dónde está? —preguntó Clary.

—En casa, imagino —contestó Alec, alzando un hombro—. Puedo llamarla...

—Yo me encargo de eso —lo interrumpió Magnus; sacó el móvil del bolsillo y escribió un mensaje de texto con la habilidad de una larga práctica—. Es tarde, y no hace falta que la despertemos. Necesita descansar. Si tengo que enviar a una de vosotras a las Hermanas de Hierro, será mañana.

—Yo iré con Isabelle —afirmó Jocelyn—. Nadie me busca a mí en concreto, y es mejor que ella no vaya sola. Incluso aunque técnicamente no sea una cazadora de sombras, lo he sido. Sólo hace falta que una de nosotras esté en activo.

—Esto no es justo —protestó Clary.

Su madre ni siquiera la miró.

—Clary...

La chica se puso en pie.

—He sido prácticamente una prisionera durante las últimas dos semanas —indicó con voz temblorosa—. La Clave no me ha dejado buscar a Jace. Y ahora que él ha venido a mí, a mí, ni siquiera me dejás ir contigo a ver a las Hermanas de Hierro.

—Es peligroso. Jace seguramente te está buscando...

Clary perdió la paciencia.

—¡Siempre que tratas de mantenerme a salvo, me acabas destrozando la vida!

—¡No, cuanto más te lías con Jace, más destrozas tu vida! —le soltó su madre—. ¡Todos los riesgos que has corrido, todos los peligros a los que te enfrentas, son por su culpa! Te ha puesto un cuchillo al cuello, Clarissa...

—Ése no era él —replicó Clary con la voz más grave y letal que pudo modular—. ¿Crees que me quedaría ni un momento con el chico que me ha amenazado con un cuchillo, incluso si lo amara? Quizá llevas demasiado tiempo viviendo en el mundo de los mundanos, mamá, pero hay magia. La persona que me amenazó no era Jace. Era un demonio con su rostro. Y la persona que ahora buscamos tampoco es él. Pero si muere...

—No habrá oportunidad de recuperarlo —concluyó Alec.

—Puede que esa oportunidad ya no exista —repuso Jocelyn—. Dios, Clary, mira las pruebas. ¡Pensaste que Jace y tú erais hermanos! ¡Lo sacrificaste todo para salvarle la vida, y un Demonio Mayor le usó contra ti! ¿Cuándo te vas a enfrentar a la verdad de que vosotros dos no estáis hechos para estar juntos?

Clary se echó hacia atrás como si su madre le hubiera pegado. El hermano Zachariah estaba inmóvil como una estatua, como si nadie estuviera gritando. Magnus y Alec miraban; Jocelyn tenía las mejillas encendidas y los ojos le brillaban de rabia. Clary se contuvo y no dijo nada más; se dio la vuelta, fue por el pasillo hacia la habitación de invitados de Magnus, y se encerró dando un fuerte portazo.

—Muy bien, aquí estoy —dijo Simon. Un frío viento azotaba la extensión plana del jardín de la azotea, y él se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. No notaba el frío, pero sentía que debía hacerlo. Alzó la voz—. Ya he aparecido. ¿Dónde estás?

El jardín de la azotea del hotel Greenwich, cerrado y por lo tanto sin gente, estaba diseñado como un jardín inglés, con setos cuidadosamente recortados, mobiliario de ratán y vidrio distribuido con elegancia, y parasoles que se sacudían bajo el viento. Las celosías de las rosas trepadoras, desnudas en el frío, formaban como una telaraña sobre los muros de piedra que rodeaban la azotea, sobre los cuales Simon atisbaba un reluciente panorama del centro de Nueva York.

—Aquí—dijo una voz, y una fina sombra se apartó de un sillón y se levantó—. Había comenzado a preguntarme si aparecerías, vampiro diurno.

—Raphael —repuso Simon con voz resignada. Caminó sobre las planchas de madera que corrían entre los parterres de flores y los estanques artificiales de cuarzo reluciente—. Yo mismo me lo preguntaba.

Al acercarse, vio a Raphael con claridad. Simon tenía una excelente visión nocturna, y sólo la capacidad de Raphael de mimetizarse con las sombras le había impedido verlo antes. El otro vampiro vestía un traje negro, con los puños remangados para mostrar el brillo de unas esposas en forma de cadenas. Aún tenía la cara de un angelito, aunque su mirada, al observar a Simon, era fría.

—Cuando el jefe del clan de vampiros de Manhattan te llama, Lewis, tú vienes.

—¿Y qué harías, si no? ¿Clavarme una estaca? —Simon abrió los brazos—. Inténtalo. Haz lo que quieres conmigo. Deja que se te vaya la olla.

—Dios, qué aburrido eres —exclamó Raphael. A su espalda, junto a la pared, Simon vio el brillo cromado de la moto de vampiro que había llevado a Raphael hasta allí.

Simon bajó los brazos.

—Tú eres quien me pidió que nos viéramos.

—Tengo un trabajo que ofrecerte —informó Raphael.

—¿En serio? ¿Os falta personal en el hotel?

—Necesito un guardaespaldas.

Simon lo miró fijamente.

—¿Has estado viendo El guardaespaldas? Porque no me voy a enamorar de ti ni voy a llevarte por ahí en mis fornidos brazos.

Raphael le lanzó una mirada agria.

—Te pagaría más para que estuvieras callado mientras trabajas.

Simon lo miró.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—No me molestaría en venir a verte si no fuera en serio. Si tuviera ganas de bromear, pasaría el rato con alguien que me caiga bien. —Raphael volvió a sentarse en el sillón—. Camille Belcourt está libre por Nueva York. Los cazadores de sombras están totalmente ocupados con ese estúpido asunto del hijo de Valentine y no se molestarán en perseguirla. Para mí, ella representa un peligro inminente, porque quiere recuperar el control sobre el clan de Manhattan. La mayoría es leal a mí. Matarme sería la manera más rápida de volver a colocarse en lo alto de la jerarquía.

—De acuerdo —repuso lentamente Simon—. Pero ¿por qué yo?

—Tú eres un vampiro diurno. Otros me pueden proteger durante la noche, pero tú me puedes proteger durante el día, cuando la mayoría de los nuestros están indefensos. Y portas la Marca de Caín. Contigo entre ella y yo, no se atreverá a atacarme.

—Todo eso es cierto, pero no voy a hacerlo.

Raphael lo miró incrédulo.

—¿Por qué no?

Simon estalló.

—¿Estás de broma? Porque tú nunca has hecho ni la más mínima cosa por mí desde que me convertí en vampiro. En vez de eso, has hecho todo lo que has podido para fastidiarme la vida y matarme. Así que, si lo quieres en lenguaje de vampiros, me representa un gran placer, mi señor, deciros ahora: y una mierda.

—No te conviene convertirme en tu enemigo, vampiro diurno. Como amigos...

Simon rió incrédulo.

—Espera un segundo. ¿Éramos amigos? ¿Eso era ser amigos?

Los colmillos de Raphael se alargaron. Simon se dio cuenta de que estaba muy enfadado.

—Sé por qué te niegas, vampiro diurno, y no es por ninguna fingida sensación de rechazo. Estás tan involucrado con los cazadores de sombras que crees ser uno de ellos. Te hemos visto con ellos. En vez de pasar las noches cazando, como deberías hacer, las pasas con la hija de Valentine. Vives con un hombre lobo. Eres una desgracia.

—¿Son así todas tus entrevistas de trabajo?

Raphael le mostró los dientes.

—Debes decidir si eres un vampiro o un cazador de sombras, diurno.

—Entonces, elijo ser cazador de sombras. Porque no aguanto la mayoría de las cosas que he visto de los vampiros.

Raphael se puso en pie.

—Estás cometiendo un grave error.

—Ya te he dicho...

El otro vampiro alzó una mano, interrumpiéndolo.

—Se acerca una gran oscuridad. Barrerá la Tierra con fuego y sombras, y cuando desaparezca, tus preciosos cazadores de sombras ya no existirán. Nosotros, los Hijos de la Noche, sobreviviremos, porque vivimos

en la oscuridad. Pero si persistes en negar lo que eres, también serás destruido, y nadie alzaré la mano para ayudarte.

Sin pensarlo, Simon se llevó la mano a la Marca que tenía en la frente.

Raphael rió sin ruido.

—Ah, sí. La Marca del Ángel. En el tiempo de la oscuridad, incluso los ángeles serán destruidos. Su fuerza no te ayudará. Y será mejor que reces, diurno, por no perder esa Marca antes de que comience la guerra. Porque si lo haces, tendrás una cola de enemigos esperando para matarte. Y yo estaré a la cabeza.

Clary llevaba mucho rato tumbada de espaldas sobre el sofá cama de Magnus. Había oído a su madre recorrer el pasillo, entrar en la otra habitación y cerrar la puerta. A través de su puerta podía oír a Magnus y a Alec hablando en voz baja en el salón. Supuso que podría esperar a que se fueran a dormir, pero Alec había dicho que el brujo se pasaba las noches en vela estudiando las runas; aunque el hermano Zachariah parecía haberlas interpretado, no podía confiar en que Magnus y Alec se acostaran pronto.

Se sentó en la cama junto a *Presidente Miau*, que hizo un ruidito de protesta, y rebuscó en su mochila. Sacó una caja de plástico claro y la abrió. Ahí llevaba sus lápices Prismacolor, restos de carboncillo y su estela.

Se puso en pie y se metió la estela en el bolsillo de la chaqueta. Cogió el móvil de la mesa y escribió: «NOS VEMOS EN TAKI'S». Vio como se enviaba el mensaje, luego se guardó el móvil en el bolsillo y respiró hondo.

Sabía que no estaba siendo justa con Magnus. Éste había prometido a su madre que la cuidaría, y eso no incluía escaparse de su apartamento. Pero ella había tenido la boca cerrada. No había prometido nada. Y además, se trataba de Jace.

«Harías lo que fuera con tal de salvarlo, te cueste lo que te cueste, sea cual sea tu deuda con el Cielo o el Infierno, ¿verdad?»

Cogió la estela, colocó la punta sobre la pintura naranja de la pared y comenzó a dibujar un Portal.

Un seco golpeteo despertó a Jordan de un sueño profundo. Al instante saltó de la cama y aterrizó agazapado en el suelo. Años de entrenamiento con los *Praetor* le habían aguzado los reflejos y le habían acostumbrado a dormir ligero. Un rápido rastreo de vista y olfato le dijo que la habitación estaba vacía; sólo la luz de la luna entraba, formando un charco a sus pies.

De nuevo se oyeron golpes, y esta vez los reconoció. Alguien llamaba a la puerta. Normalmente dormía sólo con los bóxers; agarró unos vaqueros y una camiseta, abrió la puerta de su cuarto de una patada y recorrió el pasillo. Si eran un puñado de estudiantes borrachos que se divertían llamando a todas las puertas del edificio, se iban a encontrar con todo un hombre lobo enfadado.

Llegó a la puerta, y se detuvo. De nuevo vio la imagen, como había hecho durante las horas que le había costado dormirse: Maia alejándose corriendo de él en el astillero. La expresión en su rostro cuando se apartó de él. Sabía que la había presionado demasiado, le había pedido mucho, demasiado pronto. Seguramente, lo había fastidiado completamente. A no ser... Quizá ella se lo replanteara. Hubo un tiempo en que su relación se había compuesto de apasionadas discusiones y reconciliaciones igual de apasionadas.

Con el corazón latiéndole con fuerza, abrió la puerta. Y se quedó parado. En el umbral estaba Isabelle Lightwood, con su larga melena negra y brillante cayéndole hasta la cintura. Llevaba botas negras de ante hasta las rodillas, vaqueros ajustados y un top de seda roja con el acostumbrado colgante rojo en el cuello, brillando oscuramente.

—¿Isabelle? —Jordan no pudo disimular la sorpresa en su voz, o, sospechaba, la decepción.

—Sí, bueno, yo tampoco te buscaba a ti —dijo ella, y se metió en el apartamento. Olía a cazadora de sombras, un olor como de vidrio calentado por el sol, y, bajo eso, un perfume de rosas—. Busco a Simon.

Jordan la miró con ojos entrecerrados.

—Son las dos de la madrugada.

Isabelle se encogió de hombros.

—Es un vampiro.

—Pero yo no.

—¡Ohhh! —Se le curvaron las comisuras de los rojos labios—. ¿Te he despertado? —Le movió el primer botón de la bragueta del pantalón, y le rozó el estómago con la punta de la uña. Jordan notó que se le tensaban los músculos. Izzy era espectacular, no se podía negar. También daba un poco de miedo. Se preguntó cómo el sencillo Simon conseguía arreglárselas con ella—. Quizá quieras abrocharte bien. Bonito bóxer, por cierto. —Pasó ante él, hacia el cuarto de Simon. Jordan la siguió, abotonándose los pantalones

y mascullando que no había nada raro en llevar un dibujo de pingüinos bailarines en la ropa interior.

Isabelle metió la cabeza en la habitación de Simon.

—No está. —Cerró la puerta y se apoyó en la pared, mirando a Jordan—. ¿Has dicho que eran las dos?

—Sí. Seguramente estará en casa de Clary. Últimamente duerme allí muchas noches.

Isabelle se mordisqueó el labio.

—De acuerdo. Claro.

Jordan estaba comenzando a notar esa sensación ocasional de estar diciendo algo desafortunado, sin saber exactamente lo que era.

—¿Has venido aquí por algo? Quiero decir, ¿ha ocurrido algo? ¿Algo va mal?

—¿Mal? —Isabelle alzó las manos—. Quieres decir aparte de que mi hermano haya desaparecido y probablemente le haya lavado el cerebro un demonio malvado que asesinó a mi otro hermano, y que mis padres se van a divorciar, y que Simon está con Clary...

Se calló de golpe y pasó ante Jordan al salón. Él corrió tras ella. Cuando la alcanzó, ella ya estaba en la cocina, rebuscando en los estantes del armario.

—¿Tienes algo de beber? ¿Un buen Barolo? ¿Sagrantino?

Jordan la cogió por los hombros y la sacó suavemente de la cocina.

—Siéntate —le dijo—. Te traeré un tequila.

—¿Tequila?

—Es lo que hay. Eso y jarabe para la tos.

Isabelle agitó una mano, displicente, mientras se sentaba en uno de los taburetes ante la barra de la cocina. Él habría esperado que tuviera las uñas largas y pintadas de rojo o rosa, perfectas, que cuadraran con el resto de su persona, pero no... era una cazadora de sombras. Tenía las manos con cicatrices, las uñas cortas y cuadradas. En la mano derecha le brillaba oscura la runa de visión.

—Muy bien.

Jordan cogió la botella de Cuervo, la destapó y le sirvió un chupito. Le acercó el vaso por la barra. Ella lo vació al instante, hizo una mueca y dejó el vaso golpeando la barra.

—No es suficiente —dijo Isabelle; alargó la mano y le quitó la botella. Echó la cabeza atrás y tomó uno, dos, tres tragos. Cuando dejó la botella,

tenía las mejillas rojas.

—¿Dónde has aprendido a beber así? —Jordan no estaba seguro de si debía estar impresionado o asustado.

—En Idris se puede empezar a beber a los quince años. Aunque nadie presta atención. Llevo bebiendo vino mezclado con agua, igual que mis padres, desde que era niña. —Isabelle se encogió de hombros. Al gesto le faltó un poco de su fluida coordinación habitual.

—De acuerdo. Bien, ¿quieres que le pase algún mensaje a Simon o hay algo que pueda decirle o...?

—No. —Eché otro trago de la botella—. Me he hinchado de licor y he venido a hablar con él, y claro, está en casa de Clary. Qué sorpresa.

—Creía que habías sido tú quien le dijo que debería ir allí.

—Sí. —Isabelle jugueteaba con la etiqueta de la botella de tequila—. Lo hice.

—Bien —repuso Jordan, en lo que pensó que era un tono sensato—. Dile que deje de hacerlo.

—No puedo hacer eso. —Parecía agotada—. Se lo debo a Clary.

Jordan se apoyó en la barra de la cocina. Se sentía un poco como un camarero en un programa de la tele, sirviendo sabios consejos.

—¿Qué le debes?

—La vida —contestó Isabelle.

Jordan se quedó parado. Eso iba un poco más allá de ser camarero y de su capacidad para dar consejos.

—¿Te salvó la vida?

—Salvó la vida de Jace. Podría haberle pedido cualquier cosa al ángel Raziel, y salvó a mi hermano. Hay muy poca gente en la que yo haya confiado nunca. Confiar de verdad. Mi madre, Alec, Jace y Max. Ya he perdido a uno de ellos. Clary es lo único que impidió que perdiera a otro.

—¿Crees que alguna vez podrás confiar en alguien que no sea de tu familia?

—Jace no es de mi familia. No realmente. —Isabelle evitó la mirada del chico.

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió éste, echando una significativa mirada hacia el cuarto de Simon.

Izzy frunció el ceño.

—Los cazadores de sombras se rigen por un código de honor, licántropo —soltó, y por un momento fue toda arrogancia de nefilim;

Jordan recordó por qué había tantos subterráneos a los que no les caían bien —. Clary salvó a un Lightwood. Le debo la vida. Si no puedo darle eso, y no sé de qué le iba a servir, puedo darle cualquier cosa que la haga ser menos desgraciada.

—No puedes darle a Simon. Él es una persona, Isabelle. Va a donde quiere.

—Sí —repuso ella—. Bueno, no parece molestarle ir a donde ella está, ¿verdad?

Jordan vaciló. Había algo en lo que decía Isabelle que resultaba raro, pero tampoco estaba totalmente equivocada. Simon tenía con Clary una tranquilidad que no parecía tener con nadie más. Como sólo se había enamorado de una chica en su vida, y como seguía enamorado de ella, Jordan no se consideraba cualificado para ofrecer consejos en ese tema, aunque recordaba a Simon advirtiéndole, con ironía, de que Clary tenía «la bomba nuclear de los novios». Jordan no estaba seguro de si bajo esa ironía se habían ocultado los celos. Tampoco estaba seguro de si alguna vez se podía olvidar totalmente a la primera chica que se había amado. Sobre todo si la tenía delante todos los días.

Isabelle chasqueó los dedos.

—Eh, tú. ¿Me estás escuchando? —Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró con dureza—. ¿Y qué pasa contigo y Maia?

—Nada. —Esa sola palabra decía muchísimo—. No estoy seguro de si alguna vez dejará de odiarme.

—Puede que no —contestó ella—. Tiene razones para hacerlo.

—Gracias.

—Nunca doy falsas esperanzas —repuso Izzy, y apartó la botella de tequila. Los ojos con que miraba a Jordan eran oscuros y animados—. Ven aquí, chico lobo.

Había bajado la voz. Era suave, seductora. Jordan tragó saliva al notarse, de repente, la garganta seca. Recordó haber visto a Isabelle con su vestido rojo en el exterior de la Fundición y haber pensado: «Ésa es la chica con la que Simon estaba engañando a Maia». Ninguna de ellas daba la impresión de ser la clase de chica a la que se podía engañar y seguir viviendo después de ello.

Y tampoco ninguna de ellas era la clase de chica a la que se le decía no. Con cautela, Jordan rodeó la barra hacia Isabelle. Estaba a un par de pasos de ella cuando ésta le agarró por las muñecas y tiró de él hacia sí. Le

subió las manos por los brazos, por la curva de los bíceps y los músculos de los hombros. El corazón de Jordan se aceleró. Notaba el calor que manaba de ella, y olía su perfume y el tequila.

—Estás muy bueno —dijo ella. Le puso las manos planas sobre el pecho—. Ya lo sabes, ¿verdad?

Jordan se preguntó si ella le notaría los latidos del corazón a través de la camisa. Sabía cómo lo miraban las chicas por la calle, y también algunos chicos; sabía lo que veía en el espejo todos los días, pero nunca se había parado a pensar en ello. Había estado centrado en Maia desde hacía tanto que nunca parecía que nada le importara más allá de si ella lo encontraría atractivo si se volvían a ver. Le habían tirado los tejos muchas veces, pero nunca chicas con el aspecto de Isabelle, y nunca de una forma tan directa. Se preguntó si ella lo besaría. Maia era la única persona a la que había besado desde los quince años. Pero la cazadora de sombras lo estaba mirando, y sus ojos eran grandes y oscuros, y sus labios estaban un poco abiertos y eran del color de las fresas. Se preguntó si, en caso de que lo besara, sabrían a fresa.

—Y no me importa —dijo ella.

—Isabelle, no creo que... Espera. ¿Qué?

—Debería importarme —continuó ella—. Quiero decir que hay que pensar en Maia, así que tal vez no te arrancarías la ropa alegremente de todas formas, pero la cuestión es que no quiero. Por lo general, querría.

—Ah —repuso Jordan. Se sintió aliviado, y también con una ligerísima decepción—. Bien... ¿eso es bueno?

—Pienso en él todo el rato —explicó ella—. Es horrible. Nunca me había pasado nada igual.

—¿Te refieres a Simon?

—Cabrón esmirriado y mundano —replicó ella y sacó las manos del pecho de Jordan—. Excepto que no lo es. Esmirriado, ya no. O mundano. Y me gusta pasar el rato con él. Me hace reír. Y me gusta cómo sonrío. ¿Sabes?, un lado de la boca se le sube y el otro... Bueno, vives con él. Debes de haberte fijado.

—No mucho, la verdad —contestó Jordan.

—Lo echo de menos cuando no lo tengo cerca —confesó Isabelle—. Pensaba... No sé, después de lo que pasó aquella noche con Lilith, las cosas cambiaron entre nosotros. Pero ahora está siempre con Clary. Y ni siquiera me puedo enfadar con ella.

—Tú has perdido a tu hermano.

Ella lo miró.

—¿Qué?

—Bueno, está haciendo todo lo que puede para que Clary se sienta mejor porque ella ha perdido a Jace —explicó Jordan—. Pero Jace es tu hermano. ¿No debería Simon estar haciendo todo lo posible para que tú también te sintieras mejor? Quizá no tendrías que enfadarte con ella, pero podrías enfadarte con él.

Isabelle lo miró un buen rato.

—Pero no somos nada —repuso ella—. No es mi novio. Sólo me gusta. —Frunció el ceño—. Mierda. No puedo creer lo que acabo de decir. Debo de estar más borracha de lo que pensaba.

—Ya lo he supuesto por lo que estabas diciendo antes. —Jordan le sonrió.

Ella no le devolvió la sonrisa, pero entornó los ojos mirándolo.

—No estás nada mal —dijo—. Si quieres, le puedo hablar bien de ti a Maia.

—No, gracias —contestó el chico, que no estaba seguro de qué entendería Izzy por hablar bien de alguien y no quería averiguarlo—. ¿Sabes?, cuando pasas por un mal momento, es normal querer estar con la persona que... —iba a decir «amas», se dio cuenta de que ella no había empleado esa palabra y cambió de tercio— te gusta. Pero no creo que Simon sepa lo que sientes por él.

Ella volvió a abrir mucho los ojos.

—¿Habla de mí?

—Cree que eres muy fuerte —contó Jordan—. Y que no le necesitas. Creo que se siente... superfluo en tu vida. Como si pensaras qué puede darte él cuando ya eres perfecta, o por qué ibas a querer a un tío como él. —Parpadeó; no había tenido intención de salir con ésas, y no estaba seguro de cuánto de eso era aplicable a Simon y cuánto a él y a Maia.

—¿Quieres decir que debería contarle lo que siento? —preguntó Isabelle con una vocecita.

—Sí. Sin duda. Dile lo que sientes.

—De acuerdo. —Agarró la botella de tequila y dio otro trago—. Iré ahora mismo a casa de Clary y se lo diré.

Un brote de alarma nació en el pecho de Jordan.

—No puedes. Son casi las tres de la madrugada...

—Si espero, perderé el valor —contestó ella, en ese tono razonable que sólo la gente borracha emplea. Dio otro trago a la botella—. Sólo iré allí, llamaré a la ventana y le diré lo que siento.

—¿Sabes cuál es la ventana de Clary?

Ella cruzó los ojos.

—Nooo.

A Jordan le pasó por la cabeza la horrible imagen de una Isabelle borracha despertando a Jocelyn y a Luke.

—Isabelle, no. —Fue a cogerle la botella de tequila, pero ella se la apartó de las manos.

—Creo que estoy cambiando de opinión sobre ti —dijo ella en un tono medio amenazador, que habría sido mucho más inquietante si Izzy hubiera podido centrar la mirada directamente en él—. Después de todo, no me caes tan bien. —Se puso en pie, se miró los pies con expresión sorprendida... y se fue hacia atrás. Sólo los rápidos reflejos de Jordan le permitieron sujetarla antes de que aterrizara en el suelo.

CAMBIO ANTE EL MAR

Clary ya iba por su tercera taza de café en Taki's cuando por fin apareció Simon. Llevaba vaqueros, una sudadera roja con la cremallera subida (¿para qué molestarse con abrigos de lana cuando no se siente el frío?) y botas de hebillas. La gente se volvía para mirarlo mientras él serpenteaba entre las mesas hacia ella. Simon había mejorado mucho desde que Isabelle se había comenzado a meter con la ropa que usaba, pensó Clary mientras él iba hacia ella. Tenía copos de nieve en el negro cabello, pero mientras que las mejillas de Alec habían estado escarlata del frío, las de Simon seguían pálidas y sin color. Se sentó ante ella y la miró con ojos inquisitivos y brillantes.

—Técnicamente, te he enviado un mensaje de texto. —Le pasó la carta por la mesa y la abrió en la página para vampiros. Ella le echó una mirada, pero la idea de pudín de sangre y batidos de sangre la hizo estremecerse—. Espero no haberte despertado.

—Oh, no —contestó él—. No te creerías dónde he estado... —Su voz se fue apagando al fijarse en la expresión de Clary—. Eh. —Y ya le había puesto los dedos bajo la barbilla, para alzarle el rostro. La diversión había desaparecido de sus ojos, reemplazada por la preocupación—. ¿Qué ha pasado? ¿Más noticias de Jace?

—¿Ya sabéis qué queréis? —Era Kaelie, el hada de ojos azules que le había dado a Clary la campanita de la reina seelie. Miró a la pelirroja y sonrió, una sonrisa de superioridad que hizo que ésta apretara los dientes.

Clary pidió un trozo de tarta de manzana; Simon, una mezcla de chocolate caliente y sangre. Kaelie se llevó las cartas, y Simon miró preocupado a su amiga. Ésta respiró hondo y le explicó lo que había pasado esa noche, con todo detalle: la aparición de Jace, lo que le había pedido, el enfrentamiento en el salón y lo que le había ocurrido a Luke. Le explicó lo

que Magnus había dicho sobre los huecos dimensionales y los otros mundos, y que no había manera de rastrear a alguien oculto en un hueco dimensional o de enviarle un mensaje. Los ojos de Simon se fueron ensombreciendo al oírla y, al final de la historia, tenía la cabeza entre las manos.

—¿Simon? —Clary le tocó el hombro. Kaelie ya había vuelto y se había marchado, dejando la comida, que no tocaban—. ¿Qué pasa? ¿Es por Luke...?

—Es culpa mía. —La miró, con los ojos secos. Los vampiros lloraban lágrimas mezcladas con sangre, pensó ella; lo había leído en alguna parte—. Si no hubiera mordido a Sebastian...

—Lo hiciste por mí. Para que siguiera viviendo —repuso Clary con voz tranquila—. Me salvaste la vida.

—Y tú me la has salvado a mí seis o siete veces. Parecía lo justo. —Se le quebró la voz; ella lo recordó vomitando la sangre negra de Sebastian, de rodillas en el jardín de la azotea.

—Repartirnos las culpas no nos lleva a ninguna parte —afirmó ella—. Y no es por eso por lo que te he hecho venir hasta aquí; no era para contarte lo que ha pasado. Quiero decir, te lo habría dicho de todas formas, pero habría esperado a mañana si no fuera porque...

Él la miró inquieto y dio un trago a su batido.

—¿Si no fuera porque qué?

—Tengo un plan.

—Me lo temía —repuso él con un gruñido.

—Mis planes no son terribles.

—Los planes de Isabelle son terribles. —La apuntó con el dedo—. Los tuyos son suicidas. En el mejor de los casos.

Ella se recostó en el asiento con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Quieres oírlo o no? Tendrás que guardarme el secreto.

—Antes me arrancarían los ojos con un tenedor que contar tus secretos —dijo Simon, y luego la miró con ansiedad—. Espera un momento. ¿Crees que hará falta llegar a eso?

—No lo sé. —Clary se cubrió el rostro con las manos.

—Cuéntamelo y ya está. —Simon parecía resignado.

Con un suspiro, Clary se sacó una bolsita de terciopelo del bolsillo y le dio la vuelta sobre la mesa. Cayeron dos anillos de oro, que repicaron suavemente.

Simon los miró, confuso.

—¿Quieres casarte?

—No seas idiota. —Se inclinó hacia él y bajó la voz—. Simon, éstos son los anillos que quiere la reina seelie.

—Pensaba que habías dicho que no habías llegado a cogerlos... —Se cortó y la miró a los ojos.

—Mentí. Los cogí. Pero después de ver a Jace en la biblioteca, no quería dárselos a la reina. Tenía la sensación de que podríamos acabar necesiéndolos. Y me di cuenta de que ella nunca nos dará ninguna información realmente útil. Los anillos parecían de más ayuda que un segundo asalto con la reina.

Simon los cogió y los ocultó cuando Kaelie pasó cerca.

—Clary, no puedes coger cosas que quiere la reina seelie y quedártelas. Como enemiga, puede ser muy peligrosa.

Ella le lanzó una mirada suplicante.

—¿No podríamos al menos ver si funcionan?

Él suspiró y le pasó uno de los anillos; lo notaba ligero, pero era tan suave como el oro auténtico. Por un momento, Clary pensó preocupada si le cabría, pero en cuanto se lo metió en el índice, pareció amoldársele a la forma del dedo hasta que se le acopló perfectamente al espacio de la falange. Vio que Simon se miraba la mano derecha y se dio cuenta de que a él le había pasado lo mismo.

—Y supongo que ahora nos hablamos —dijo él—. Dime algo. Ya sabes, con la mente.

Clary miró a Simon, y absurdamente se sintió como si le hubiera pedido que actuara en una obra de la que no se supiera el guión.

«¿Simon?»

Simon parpadeó sorprendido.

—Creo que... ¿Puedes volver a hacerlo?

Esa vez, Clary se concentró y trató de centrar la mente en Simon, en cómo era Simon, en su manera de pensar, en la sensación de oír su voz, en su proximidad. Sus susurros, sus secretos, y la forma en que la hacía reír.

«Bien —pensó como charlando—, ahora que estoy en tu cabeza, ¿quieres ver algunas imágenes mentales de Jace desnudo?»

Simon pegó un bote.

—¡Lo he oído! Y no.

A Clary le bulló la excitación en las venas; funcionaba.

—Piensa tú algo.

Le costó menos de un segundo. Oyó a Simon, de la misma manera que había oído al hermano Zachariah, una voz sin sonido dentro de la cabeza.

«¿Lo has visto desnudo?»

«Bueno, no del todo. Pero...»

—Ya basta —dijo él en voz alta, y aunque su tono estaba entre la diversión y la ansiedad, los ojos le brillaban—. Funcionan. Funcionan de verdad.

Clary se inclinó hacia él.

—Entonces, ¿puedo contarte mi idea?

Él tocó el anillo, palpando con los dedos sus delicados trazos, los nervios de las hojas talladas.

—No. En absoluto.

—Simon —insistió ella—. Es un plan perfectamente bueno.

—¿El plan en el que sigues a Jace y a Sebastian a un hueco dimensional desconocido y empleamos los anillos para comunicarnos para que los que estamos aquí, en la dimensión normal de la Tierra, podamos localizarte? ¿Ese plan?

—Sí.

—No —replicó él—. No lo es.

Clary se apoyó en el respaldo del asiento.

—No puedes decir que no.

—¡Ese plan tiene que ver conmigo! ¡Puedo decir que no! ¡No!

—Simon...

El vampiro dio unas palmaditas en el asiento junto a él, como si hubiera alguien sentado.

—Déjame que te presente a mi buen amigo No.

—Quizá podríamos llegar a un compromiso —sugirió ella, mientras le daba un bocado a la tarta.

—No.

—SIMON.

—«No» es una palabra mágica —dijo él—. Funciona así. Tú dices: «Simon, tengo un plan suicida y desquiciado. ¿Te gustaría ayudarme a ponerlo en práctica? y yo digo: «Oh, no».

—Lo haré de todas formas.

Él la miró fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué?

—Lo haré tanto si me ayudas como si no lo haces —afirmó ella—. Aunque no pueda usar los anillos, seguiré a Jace a donde esté y trataré de enviaros algo escapándome, buscando un teléfono o lo que sea. Si es posible, lo haré, Simon. Pero tendré más oportunidades de sobrevivir si me ayudas. Y tú no corres ningún riesgo.

—No me importa correr riesgos —siseó él—. ¡Me importa lo que te pase a ti! Maldita sea, soy prácticamente indestructible. Déjame ir a mí. Tú te quedas aquí.

—Sí —replicó Clary—, y a Jace eso no le parecerá nada raro. Puedes decirle que siempre le has amado en secreto y que no puedes soportar estar lejos de él.

—Le podría decir que lo he pensado y que estoy totalmente de acuerdo con la filosofía de Sebastian y suya, y que he decidido unirme a ellos.

—Ni siquiera sabes cuál es su filosofía.

—Eso es cierto. Tendría más suerte diciéndole que estoy enamorado de él. De todas formas, Jace cree que todo el mundo está enamorado de él.

—Pero yo —insistió Clary— lo estoy de verdad.

Simon la miró durante mucho rato, en silencio.

—Hablas en serio —admitió finalmente—. Lo vas a hacer. Sin mí..., sin ninguna red de seguridad.

—No hay nada que no hiciera por Jace.

Simon echó la cabeza hacia atrás sobre el asiento de plástico. La Marca de Caín le brillaba de un plateado pálido contra la piel.

—No digas eso.

—¿No harías cualquier cosa por la gente que amas?

—Haría casi cualquier cosa por ti —contestó Simon en voz baja—. Moriría por ti. Lo sabes. Pero ¿sería capaz de matar a alguien, a alguien inocente? ¿Y qué pasa con un montón de vidas inocentes? ¿Y todo el mundo? ¿Es realmente amor decirle a alguien que si hay que elegir entre él y todas las otras vidas sobre el planeta, le escogerías? ¿Es ése... no sé... un amor con algún tipo de moral?

—El amor no es moral o inmoral —contestó Clary—. Sólo es.

—Lo sé —repuso Simon—. Pero los actos que cometemos en nombre del amor sí que son morales o inmorales. Y por lo general no suele importar. Por lo general, por mucho que yo piense que Jace es un pesado, él nunca te pediría que hicieras nada que fuera en contra de tu forma de ser. Ni

por él, ni por nadie. Pero él ya no es exactamente Jace, ¿no? Y no sé, Clary. No sé lo que te podría pedir que hicieras.

La chica se acodó en la mesa; de repente se sentía muy cansada.

—Quizá no sea Jace, pero es lo más parecido a Jace que tengo. No se puede recuperar a Jace sin él. —Miró directamente a Simon—. ¿O me estás diciendo que no hay esperanzas?

Se hizo un largo silencio. Clary podía ver la sinceridad innata de Simon luchando contra su deseo de proteger a su mejor amiga.

—No he dicho eso —contestó él finalmente—. Sigo siendo judío, ya sabes, incluso siendo vampiro. En mi corazón, recuerdo y creo, incluso en las palabras que no puedo pronunciar. D... —Se atragantó y tragó saliva—. Él hizo un pacto con nosotros, igual que los cazadores de sombras creen que Raziel hizo un pacto con ellos. Y creemos en sus promesas. Por lo tanto, nunca perdemos la esperanza, *hatikva*, porque si mantienes viva la esperanza, ella te mantiene vivo a ti. —Parecía ligeramente avergonzado—. Mi rabino solía decir eso.

Clary le puso la mano sobre la suya. Muy rara vez hablaba de religión con ella o con nadie, aunque ella sabía que era creyente.

—¿Quiere decir eso que aceptas?

Él gruñó.

—Creo que quiere decir que me has aplastado el espíritu y me has ganado.

—Fantástico.

—Claro que te darás cuenta de que me deja en la posición de ser yo quien se lo diga a los demás: a tu madre, Luke, Alec, Izzy, Magnus...

—Supongo que no debería haber dicho que no correrás ningún riesgo —repuso Clary irónica.

—Es cierto —afirmó Simon—. Cuando tu madre me esté royendo el tobillo como una mamá osa furiosa separada de su cachorro, recuerda que lo hago por ti.

Jordan acababa de dormirse cuando empezaron de nuevo a llamar a la puerta. Se dio la vuelta gruñendo. El reloj marcaba las cuatro de la madrugada, en parpadeantes números amarillos.

Más golpes. El chico se levantó a regañadientes, se puso los vaqueros y salió tambaleante al pasillo. Medio dormido, abrió la puerta.

—Mira...

Las palabras murieron en sus labios. En el pasillo estaba Maia. Iba vestida con vaqueros y una chaqueta de cuero de color caramelo, y se recogía el cabello en la nuca con unos palillos chinos de bronce. Un solitario rizo le caía por la sien. Jordan sintió que los dedos le cosquilleaban con el deseo de metérselo tras la oreja. En vez de eso, prefirió meter las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Bonita camisa —soltó ella, lanzándole una seca mirada al pecho desnudo. Llevaba una mochila al hombro. Por un momento, a él le dio un vuelco el corazón. ¿Se marchaba de la ciudad? ¿Se marchaba para alejarse de él?—. Mira, Jordan...

—¿Quién es? —La voz detrás del chico era ronca, tan revuelta como la cama de la que seguramente acababa de levantarse. Jordan vio a Maia quedarse con la boca abierta, y miró hacia atrás. Vio a Isabelle, sólo con una de las camisetas de Simon, detrás de él, frotándose los ojos.

Maia cerró la boca de golpe.

—Soy yo —respondió en un tono no especialmente amistoso—. ¿Estás... con Simon?

—¿Qué? No. Simon no está —respondió. Jordan quiso matarla: «Cierra el pico, Isabelle»—. Está... —Hizo un gesto vago—. Por ahí.

Maia enrojeció.

—Huele a bar ahí dentro.

—El tequila barato de Jordan —explicó Isabelle gesticulando con la mano—. Ya sabes...

—¿Y ésa es también su camisa? —preguntó Maia.

Isabelle se miró a sí misma, y luego de nuevo a la licántropa. Tarde, pareció darse cuenta de lo que estaba pensando la otra chica.

—Oh, no, Maia...

—Así que primero Simon me engaña contigo, y ahora Jordan y tú...

—Simon —le cortó Isabelle— también me engañó a mí contigo. Además, no pasa nada entre Jordan y yo. He venido a ver a Simon, pero no estaba aquí, así que he decidido quedarme en su cuarto. Y voy a volver ahí ahora.

—No —repuso Maia secamente—. No lo hagas. Olvídate de Simon y de Jordan. Lo que tengo que decir también tienes que oírlo tú.

Isabelle se quedó parada, con una mano en la puerta de la habitación de Simon, mientras su rostro arrebolado de sueño iba palideciendo.

—Jace —dijo—. ¿Por eso estás aquí?

Maia asintió.

Isabelle se desplomó contra la puerta.

—¿Está...? —Se le quebró la voz. Comenzó de nuevo—. ¿Lo han encontrado...?

—Ha vuelto —contestó Maia—. A buscar a Clary. —Calló un momento—. Iba con Sebastian. Hubo una pelea, y Luke resultó herido. Se está muriendo.

Isabelle hizo un ruidito seco con la garganta.

—¿Jace? ¿Jace hirió a Luke?

Maia evitó mirarla a los ojos.

—No sé qué pasó exactamente. Sólo que Jace y Sebastian aparecieron para buscar a Clary y que lucharon. Luke está herido.

—Clary...

—Está bien. Está en casa de Magnus con su madre. —Maia se volvió hacia Jordan—. Magnus me ha llamado y me ha pedido que viniera a verte. Ha tratado de localizarte, pero no ha podido. Quiere que le pongas en contacto con el *Praetor Lupus*.

—Ponerle en contacto con... —Jordan negó con la cabeza—. No puedes llamar a los *Praetor*. No es como marcar un número de teléfono.

Maia se cruzó de brazos.

—Bueno, entonces, ¿cómo te pones en contacto con ellos?

—Tengo un supervisor. Él contacta conmigo cuando quiere, o lo puedo llamar si hay alguna emergencia...

—Esto es una emergencia. —Maia colgó los pulgares en las trabillas de los pantalones—. Luke podría morir, y Magnus dice que los *Praetor* quizá tengan información que pueda ayudarle. —Miró a Jordan con los ojos grandes y oscuros. Él pensó que debería decírselo. Decirle que a los *Praetor* no les gustaba involucrarse en asuntos de la Clave; que se mantenían al margen y se ocupaban de su misión: ayudar a los subterráneos. No había ninguna garantía de que quisieran ayudar, y lo más seguro era que les molestara que se lo pidieran.

Pero Maia se lo estaba pidiendo a él. Eso era algo que podía hacer por ella y que tal vez fuera un paso en el largo camino de resarcirla por lo que le había hecho.

—De acuerdo —contestó—. Entonces iremos a la central y nos presentaremos en persona. Están en el North Fork de Long Island. Bastante lejos de aquí. Podemos coger mi camioneta.

—Bien. —Maia alzó más su mochila—. He pensado que quizá tuviéramos que ir a alguna parte; por eso me he traído mis cosas.

—Maia. —Era Isabelle. Llevaba tanto rato sin decir nada que Jordan casi había olvidado que estaba allí; se volvió y la vio apoyada contra la pared, junto a la puerta del cuarto de Simon. Se rodeaba con los brazos como si tuviera frío—. ¿Está bien?

Maia hizo una mueca de dolor.

—¿Luke? No, no...

—Jace. —La voz de Isabelle era ahogada—. ¿Está bien Jace? ¿Lo han herido, o cogido, o...?

—Está bien —respondió la otra secamente—. Y se ha ido. Ha desaparecido con Sebastian.

—¿Y Simon? —Isabelle miró a Jordan—. Has dicho que estaba con Clary...

Maia negó con la cabeza.

—No estaba. No estuvo allí. —Apretaba la tira de la mochila—. Pero hay algo que sí sabemos, y no os va a gustar. Jace y Sebastian están conectados de algún modo. Si hieres a Jace, hieres a Sebastian. Mata a Jace y Sebastian morirá. Y viceversa. Información directa de Magnus.

—¿Lo sabe la Clave? —preguntó Isabelle al instante—. No se lo han dicho a la Clave, ¿verdad?

—Aún no —contestó Maia.

—Lo descubrirán —repuso Izzy—. Toda la manada lo sabe. Alguien se lo dirá. Y luego habrá una persecución a muerte. Lo matarán sólo para matar a Sebastian. De cualquier forma lo matarán. —Se pasó las manos por el cabello negro—. Quiero ver a Alec.

—Bien, me alegro —dijo Maia—. Porque después de que Magnus me llamara, me ha enviado un mensaje de texto. Decía que le daba la sensación de que estarías aquí, y que tenía un mensaje para ti. Quiere que vayas inmediatamente a su apartamento de Brooklyn.

Estaba helando; hacía tanto frío que hasta la runa *thermis* que se había dibujado y la fina parka que había cogido del armario de Simon no hacían mucho para evitar que Isabelle estuviera temblando cuando abrió la puerta del edificio donde se encontraba el apartamento de Magnus y entró.

Después de que le abrieran la otra puerta, se dirigió hacia arriba, rozando con la mano la astillada barandilla. En parte quería correr escaleras

arriba, sabiendo que Alec estaba allí y que entendería cómo se sentía. Por otro lado, la parte que había ocultado el secreto de sus padres a sus hermanos durante toda la vida, quería acurrucarse en el descansillo y quedarse sola con su desgracia. Ésa era la parte de ella que odiaba confiar en nadie (porque ¿acaso no iban a acabar decepcionándola?), y se sentía orgullosa de decir que Isabelle Lightwood no necesitaba a nadie, y era también la parte que le recordó que estaba allí porque ellos le habían pedido que fuera. Ellos la necesitaban.

A Isabelle no le importaba que la necesitaran. Lo cierto era que le gustaba. Por eso le había costado encariñarse con Jace cuando éste había atravesado por primera vez el Portal desde Idris, un chico delgaducho de diez años con angustiados ojos de un pálido color dorado. Alec se había mostrado encantado con él al instante, pero a Isabelle le había molestado su serenidad. Cuando su madre le había dicho que el padre de Jace había sido asesinado delante de él, ella se lo había imaginado acercándosele lloroso, en busca de consuelo e incluso consejo. Pero él no había parecido necesitar a nadie. Incluso a los diez años ya tenía un ingenio agudo y a la defensiva, y un genio ácido. La verdad era que Isabelle había pensado, decepcionada, que los dos eran iguales.

Al final, su actividad de cazadores de sombras era lo que los había unido; un amor compartido por las armas afiladas, los brillantes cuchillos serafines, el doloroso placer de las Marcas ardientes o la rapidez sin pensamiento de la batalla. Cuando Alec había querido ir a cazar únicamente con Jace, dejando atrás a Izzy, Jace había hablado a su favor: «La necesitamos a nuestro lado; es lo mejor que hay. Aparte de mí, claro».

Lo había querido por eso.

Ya había llegado a la puerta del apartamento de Magnus. La luz manaba por la rendija de abajo, y oyó el murmullo de voces. Empujó la puerta, y una ola de calor la envolvió. Entró agradecida.

El calor procedía de un fuego que bailoteaba en la chimenea, aunque no había tiros de chimenea en el edificio y el fuego tenía el tono azul verdoso de las llamas mágicas. Magnus y Alec se hallaban sentados en uno de los sofás delante del hogar. Cuando ella entró, su hermano alzó la mirada y la vio, entonces se puso de pie a toda prisa y cruzó descalzo la sala para abrazarla. Vestía sólo con unos pantalones de chándal negros y una camiseta blanca con el cuello roto.

Por un momento, ella permaneció entre sus brazos, oyendo sus latidos, mientras él le palmeaba con algo de torpeza la espalda.

—Iz —dijo Alec—. Todo irá bien, Izzy.

Ella se apartó de él, enjugándose los ojos. Dios, cómo odiaba llorar.

—¿Cómo puedes decir eso? —replicó—. ¿Cómo puede ir algo bien después de esto?

—Izzy. —Alec le echó el cabello tras un hombro y se lo estiró suavemente. A ella le recordó los años en que solía llevar el cabello recogido en dos trenzas y Alec le tiraba de ellas, con bastante menos suavidad que en ese momento—. No te hundas. Te necesitamos. —Bajó la voz—. Además, ¿sabes que hueles a tequila?

Isabelle miró a Magnus, que los observaba desde el sofá con sus inescrutables ojos de gato.

—¿Dónde está Clary? —preguntó ella—. ¿Y su madre? Creía que estaban aquí.

—Durmiendo —contestó Alec—. Nos ha parecido que necesitaban descansar.

—¿Y yo no?

—¿Has visto a tu prometido o a tu padrastro a punto de morir delante de ti? —preguntó Magnus con sequedad. Llevaba puesto un pijama de rayas y un batín de seda negra por encima—. Isabelle Lightwood —dijo mientras se inclinaba hacia delante y entrecruzaba las manos—, como Alec ha dicho, te necesitamos.

Isabelle se cuadró de hombros.

—¿Me necesitáis para qué?

—Para ir a ver a las Hermanas de Hierro —respondió Alec—. Necesitamos una arma que pueda separar a Jace de Sebastian y nos permita herirlos por separado... Bueno, ya sabes lo que quiero decir. Para que se pueda matar a Sebastian sin matar a Jace. Y sólo es cuestión de tiempo antes de que la Clave se entere de que Jace no es prisionero de Sebastian, sino que trabaja con él...

—No es Jace —protestó Isabelle.

—Puede que no sea él —replicó Magnus—, pero si muere, tu Jace muere con él.

—Como sabes, las Hermanas de Hierro sólo hablan con mujeres —dijo Alec—. Y Jocelyn no puede ir sola porque ya no es una cazadora de sombras.

—¿Y Clary?

—Aún está entrenándose. No sabrá qué preguntas concretas formularles, ni la forma adecuada de dirigirse a ellas. Pero Jocelyn y tú sí. Y Jocelyn dice que ya ha estado allí antes; puede guiarte cuando crucéis por el Portal hasta donde se hallan las salvaguardas de la Ciudadela Infracta. Ambas partiréis por la mañana.

Isabelle se lo pensó. La idea de tener, por fin, algo que hacer, algo definido, activo e importante, era un alivio. Habría preferido que su tarea tuviera que ver con matar demonios o cortarle las piernas a Sebastian, pero eso era mejor que nada. Las leyendas que rodeaban la Ciudadela Infracta la hacían parecer un lugar distante y sobrecogedor, y a las Hermanas de Hierro aún se las veía menos que a los Hermanos Silenciosos. Isabelle no había visto nunca a ninguna.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó.

Alec sonrió por primera vez desde que ella había llegado, y le alborotó el cabello.

—Ésta es mi Isabelle.

—Para. —Ella se apartó de su alcance y vio a Magnus sonriendo divertido desde el sofá, mientras se incorporaba pasándose la mano por el negro cabello de punta, ya de por sí explosivo.

—Tengo tres habitaciones de más —dijo—. Clary está en una, y su madre en la otra. Te enseñaré la tercera.

Todas las habitaciones daban a un pasillo estrecho y sin ventanas que partía del salón. Dos de las puertas estaban cerradas; Magnus llevó a Isabelle a la tercera, que daba al interior de un dormitorio con las paredes pintadas de rojo intenso. Unas cortinas negras colgaban de barras de plata sobre las ventanas, sujetas con esposas. La colcha tenía un dibujo de corazones rojo oscuro.

Isabelle echó un vistazo alrededor. Se sentía inquieta y nerviosa, y sin ningunas ganas de dormir.

—Bonitas esposas. Ya veo por qué no metiste aquí a Jocelyn.

—Necesitaba algo para sujetar las cortinas. —Magnus se encogió de hombros—. ¿Tienes algo que ponerte para dormir?

Isabelle asintió, sin querer admitir que llevaba con ella la camiseta de Simon que había cogido en su apartamento. Los vampiros no olían a nada, pero la camiseta aún conservaba un leve y consolador aroma a su jabón de ropa.

—Se me hace raro —comentó—. Tú pidiéndome que venga aquí de inmediato, sólo para meterme en la cama y decirme que empezamos mañana.

Magnus se apoyó en la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados, y la miró con sus ojos de gato. A Isabelle le recordó, por un momento, a *Iglesia*, pero menos propenso a morder.

—Amo a tu hermano —repuso él—. Lo sabes, ¿no?

—Si quieres mi permiso para casarte con él, adelante —dijo ella—. Y el otoño es un buen momento. Podrías ponerte un esmoquin naranja.

—Alec no es feliz —continuó Magnus, como si ella no hubiera hablado.

—Claro que no —replicó Isabelle—. Jace...

—Jace —repitió el brujo, y apretó los puños a los costados. Isabelle lo miró. Siempre había pensado que a Magnus no le importaba Jace; que incluso le caía bien, una vez que el asunto del afecto de Alec se había arreglado.

—Pensaba que Jace y tú erais amigos —dijo.

—No es eso —repuso Magnus—. Hay algunas personas a las que el universo parece haber escogido para un destino especial. Favores especiales y tormentos especiales. Dios sabe que a todos nos atrae lo que es hermoso y está roto; a mí me ha pasado. Pero hay gente que no se puede arreglar. O si se puede, sólo es por medio de un amor y un sacrificio tan grandes que destruyen al que se lo da.

Isabelle negó con la cabeza lentamente.

—Me he perdido. Jace es nuestro hermano, pero para Alec... Él también es el *parabatai* de Jace.

—Conozco a los *parabatai* —dijo el mago—. He conocido a *parabatai* tan unidos que eran casi la misma persona. ¿Sabes qué le ocurre, cuando uno de ellos muere, al que le sobrevive...?

—¡Para! —Isabelle se llevó las manos a las orejas, y luego las bajó lentamente—. ¿Cómo te atreves, Magnus Bane? ¿Cómo te atreves a empeorar esto aún más?

—Isabelle. —Magnus relajó las manos; parecía un poco sorprendido, como si sus propias palabras le hubieran asombrado—. Lo siento. Me olvido, a veces... que a pesar de todo tu autocontrol y fuerza, tienes la misma vulnerabilidad que Alec.

—No hay nada débil en mi hermano.

—No —reconoció Magnus—. Amar como elijas, eso requiere fuerza. Pero quería que estuvieras aquí por él. Hay cosas que yo no puedo hacer por Alec, que no le puedo dar. —Por un momento, él pareció extrañamente vulnerable—. Conoces a Jace desde hace tanto tiempo como él. Tú puedes ofrecerle una comprensión que yo no puedo darle. Y él te quiere.

—Claro que me quiere. Soy su hermana.

—La sangre no proporciona amor —sentenció Magnus, con tono amargo—. Si no pregúntaselo a Clary.

Clary se lanzó al Portal como disparada por un rifle y voló hasta el otro lado. Dio una voltereta hacia el suelo y cayó con ambos pies, clavándolos al principio. La pose sólo le duró un instante, antes de que, demasiado mareada por el Portal para concentrarse, perdiera el equilibrio y cayera el suelo con la mochila amortiguando el golpe. Suspiró —algún día tanto entrenamiento tendría que dar sus frutos—, se puso en pie y se sacudió el polvo de los vaqueros.

Se hallaba ante la casa de Luke. El río relucía a su espalda y la ciudad se alzaba detrás de él como un bosque de luces. La casa de Luke estaba igual que la habían dejado horas antes, cerrada y oscura. Clary, en el camino de tierra y gravilla que llevaba a la puerta, tragó saliva con fuerza.

Lentamente, tocó el anillo que llevaba en la mano derecha con los dedos de la izquierda.

«¿Simon?»

La respuesta le llegó al instante.

«¿Sí?»

«¿Dónde estás?»

«Voy hacia el metro. ¿El Portal te ha llevado a casa?»

«A la de Luke. Si Jace viene, como creo que hará, aquí es adonde vendrá.»

Un silencio. Luego...

«Bien, supongo que sabes cómo encontrarme si me necesitas.»

«Supongo que sí. —Clary respiró hondo—. ¿Simon?»

«¿Sí?»

«Te quiero.»

Una pausa.

«Yo también te quiero.»

Y eso fue todo. No hubo ningún clic, como cuando se cuelga un teléfono; Clary sólo notó como un corte en la conexión, como si se hubiera seccionado un cable en su cabeza. Se preguntó si eso era a lo que Alec se refería cuando hablaba de romper el lazo de *parabatai*.

Fue hacia casa de Luke y subió lentamente la escalera. Ésa era su casa. Si Jace iba a volver a por ella, como le había mascullado que haría, ahí sería adonde iría. Se sentó en el último escalón, se puso la mochila sobre las rodillas y esperó.

Simon se hallaba ante la nevera de su apartamento y bebía el último trago de sangre fría mientras el recuerdo de la silenciosa voz de Clary se desvanecía de su mente. Acababa de llegar a su casa, y el apartamento estaba oscuro, se oía mucho el zumbido de la nevera y curiosamente olía a... ¿tequila? Tal vez Jordan hubiera estado bebiendo. De todas maneras, la puerta de su cuarto estaba cerrada, y tampoco le podía parecer raro: eran más de las cuatro de la mañana.

Metió de nuevo la botella en la nevera y fue hacia su habitación. Sería la primera noche que dormiría en su casa en una semana. Se había acostumbrado a tener a alguien con quien compartir la cama, un cuerpo contra el que acurrucarse en mitad de la noche. Le gustaba cómo el de Clary encajaba con el suyo, dormida con la cabeza sobre la mano; y sí, tenía que admitírselo a sí mismo, le gustaba que ella no pudiera dormir si él no estaba. Le hacía sentirse indispensable y necesario; aunque que a Jocelyn no pareciera importarle si dormía o no en la cama de su hija indicaba que la madre de Clary lo consideraba tan sexualmente amenazador como un pececillo dorado.

Claro que Clary y él habían compartido cama a menudo, desde los cinco hasta los doce años. Eso podría tener algo que ver, supuso, mientras abría la puerta de su habitación. La mayoría de aquellas noches las habían pasado ocupados en intensas actividades, como ver quién podía tardar más en comerse un magdalena rellena. O el día que se habían llevado disimuladamente el reproductor portátil de DVD y...

Se quedó parado. Su habitación era la de siempre: paredes desnudas, estantes de plástico apilados donde tenía la ropa, su guitarra colgando de la pared y el colchón en el suelo. Pero sobre la cama había una hoja de papel: un cuadrado blanco contra la gastada manta negra. Conocía la letra. Era de Isabelle.

Cogió la nota y la leyó:

Simon, he tratado de llamarte, pero parece que tienes el móvil apagado. No sé dónde estás en este momento. No sé si Clary ya te ha dicho lo que ha pasado esta noche. Pero yo tengo que ir a casa de Magnus y me gustaría mucho verte allí.

Nunca me asusto, pero tengo miedo por Jace. Tengo miedo por mi hermano. Nunca te he pedido nada, Simon, pero te lo pido ahora. Ven, por favor.

Isabelle

Simon dejó caer la nota. Antes de que ésta llegara al suelo él ya estaba bajando la escalera.

Cuando Simon llegó al apartamento de Magnus, reinaba el silencio. Había un fuego parpadeando en la chimenea, y el brujo estaba sentado ante él en un sofá, con los pies sobre la mesita de centro. Alec dormía, con la cabeza sobre el regazo de su novio, y éste jugueteaba con lo mechones de su cabello. La mirada del brujo, dirigida a las llamas, estaba perdida y distante, como si estuviera mirando hacia el pasado. Simon no pudo evitar recordar lo que Magnus le había dicho una vez sobre vivir para siempre.

«Algún día quedaremos sólo nosotros dos.»

Simon se estremeció, y Magnus alzó la mirada.

—Isabelle te ha llamado, ya lo sé —dijo éste en un tono muy bajo para no despertar a Alec—. Está por el pasillo de allí, la primera puerta a la izquierda.

Simon asintió con la cabeza, saludó a Magnus y fue hacia el pasillo. Se sentía extrañamente nervioso, como si estuviera dirigiéndose a una primera cita. Que recordara, Isabelle nunca le había pedido ni ayuda ni su presencia antes; nunca había reconocido que lo necesitara de ninguna manera.

Abrió la puerta del primer dormitorio a la izquierda y entró. Estaba oscuro, con las luces apagadas: si Simon no hubiera tenido vista de vampiro, seguramente sólo habría visto negrura. Pero sí que podía ver el contorno del armario, las sillas con ropa encima y la cama, con las sábanas apartadas. Isabelle dormía de lado, con el oscuro cabello desparramado sobre la almohada.

Simon la contempló. Nunca había visto dormir a Isabelle. Parecía más joven que despierta, con el rostro relajado y las largas pestañas rozándole el borde de los pómulos. Tenía la boca un poco entreabierta y las piernas encogidas. Sólo llevaba una camiseta, su camiseta, una prenda gastada donde ponía: EL MONSTRUO DEL LAGO NESS. CLUB DE AVENTURA: BUSCANDO RESPUESTAS SIN IMPORTAR LOS HECHOS.

Simon cerró la puerta a su espalda con una sensación de decepción mayor de la que se esperaba. No se le había ocurrido pensar que estaría dormida. Había esperado hablar con ella, oír su voz. Se sacó los zapatos y se tumbó a su lado. Sin duda ocupaba más parte de la cama que Clary. Isabelle era alta, casi de su altura, aunque cuando le puso la mano en el hombro, notó los huesos delicados. Le pasó la mano por el brazo.

—¿Iz? —llamó—. ¿Isabelle?

Ella murmuró algo y hundió el rostro en la almohada. Él se acercó más; olía a alcohol y a perfume de rosas. Bueno, eso explicaba el olor de su casa. Había estado pensando en rodearla con los brazos y besarla suavemente, pero «Simon Lewis, Acosador de Mujeres Inconscientes» no era un epitafio que deseara en su tumba.

Se tumbó de espaldas y miró el techo. Yeso resquebrajado con manchas de humedad. Magnus tendría que hacer que alguien le reparara aquello. Como si notara su presencia, Isabelle se volvió hacia él y apoyó su tierna mejilla sobre el hombro del chico.

—¿Simon? —preguntó medio dormida.

—Sí. —Él le rozó el rostro.

—Has venido. —Le pasó el brazo por el pecho y se acurrucó contra él, apoyando la cabeza en su hombro—. No creía que lo hicieras.

Él le acarició el brazo.

—Claro que he venido.

Las siguientes palabras de Isabelle sonaron amortiguadas contra el cuello de Simon.

—Perdona que esté dormida.

Él sonrió para sí, un poco, en la oscuridad.

—No pasa nada. Incluso si lo único que querías era que viniera y te abrazara mientras duermes, lo habría hecho igual.

Notó que ella se tensaba un momento, y luego volvía a relajarse.

—¿Simon?

—¿Sí?

—¿Puedes contarme un cuento?

Él parpadeó sorprendido.

—¿Qué clase de cuento?

—Uno donde los buenos ganan y los malos pierden y además se mueren.

—Ah, ¿un cuento de hadas? —repuso él. Le dio vueltas a la cabeza. Sólo sabía las versiones Disney de los cuentos de hadas, y la primera imagen que se le ocurrió fue la de Ariel con su sujetador de conchas marinas. A los ocho años se había prendado de ella. Aunque no parecía ser el momento de mencionar eso.

—No. —Isabelle exhaló la palabra con el aliento—. Estudiamos los cuentos de hadas en la escuela. Un montón de esa magia es real, pero bueno. No, quiero algo que no haya oído nunca.

—Muy bien. Tengo uno bueno. —Simon le acarició el cabello; notó las pestañas de ella en el hombro cuando Isabelle cerró los ojos—. Hace mucho tiempo, en una galaxia muy lejana...

Clary no sabía cuánto tiempo llevaba sentada en los escalones de entrada de la casa de Luke cuando el sol comenzó a alzarse. Se levantaba por detrás de la casa; el cielo se volvía de un rosa oscuro, y el río era como una plancha de azul acerado. Estaba temblando, llevaba temblando tanto rato que el cuerpo parecía habersele contraído en un único temblor seco. Había usado dos runas de calor, pero no le habían servido de nada; tenía la sensación de que el temblor era psicológico más que nada.

¿Aparecería Jace? Si por dentro todavía le quedaba tanto de Jace como ella creía, lo haría; cuando él había dicho sin voz que volvería a por ella, Clary había sabido que lo haría lo antes posible. Jace no era paciente. Y no le gustaban los juegos.

Pero ella no podía esperar indefinidamente. Al final, el sol se alzaría. El día comenzaría, y su madre volvería a vigilarla. Tendría que renunciar a Jace, al menos durante otro día, como mínimo.

Cerró los ojos para protegérselos del resplandor del amanecer, y apoyó los codos en el escalón que tenía detrás. Por un momento, se dejó llevar por la fantasía de que todo era como había sido, que nada había cambiado, que se encontraría esa tarde con Jace para practicar, o esa noche para cenar, y él la abrazaría y la haría reír igual que siempre.

Cálidos rayos de sol le acariciaron el rostro. Abrió los ojos a regañadientes.

Y ahí estaba él, subiendo los escalones, tan silencioso como un gato, igual que siempre. Llevaba un jersey azul oscuro que hacía que su cabello pareciera el propio sol. Clary se irguió, con el corazón golpeándole dentro del pecho. Jace parecía recortado por el brillante sol. Clary pensó en aquella noche en Idris, en la forma en que los fuegos artificiales habían cortado el cielo y ella había pensado en ángeles, cayendo envueltos en llamas.

Él llegó hasta ella y le tendió las manos; ella las cogió y se puso en pie. Él le escrutó el rostro con sus pálidos ojos dorados.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

—¿Desde cuándo no has estado seguro de mí?

—Antes estabas muy enfadada. —Le cubrió la mejilla con la mano. Jace tenía una áspera cicatriz en la palma; Clary la notaba contra la piel.

—Y si no hubiera estado aquí, ¿qué habrías hecho?

Él la acercó hacia sí. También estaba temblando, y el viento le alborotaba el cabello, brillante y revuelto.

—¿Cómo está Luke?

Al oír el nombre, Clary se estremeció de nuevo. Jace, pensando que era de frío, la abrazó con más fuerza.

—Se pondrá bien —contestó ella, cautelosa.

«Es tu culpa, tu culpa, tu culpa», pensaba.

—No quería que resultara herido. —Jace la rodeaba con los brazos; los dedos en su espalda le recorrían un lento camino de arriba abajo—. ¿Me crees?

—Jace... —preguntó Clary—. ¿Por qué estás aquí?

—Para pedírtelo de nuevo. Que vengas conmigo.

Ella cerró los ojos.

—¿Y no me dirás adónde?

—Fe —respondió él a media voz—. Debes tener fe. Pero también debes saber algo: si vienes conmigo, no hay vuelta atrás. No durante mucho tiempo.

Ella pensó en el momento en que había entrado en el Java Jones y lo había visto esperándola allí. Su vida había cambiado en ese instante de una manera que jamás podría borrarse.

—Nunca ha habido vuelta atrás —repuso ella—. Contigo no. —Abrió los ojos—. Debemos irnos.

Él sonrió con una sonrisa tan brillante como el sol que se alzaba tras las nubes, y ella notó que se relajaba.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Jace la besó. Mientras ella lo rodeaba con los brazos, notó algo amargo en sus labios; luego la oscuridad cayó como una cortina al final de un acto durante una obra de teatro.

SEGUNDA PARTE

Ciertas cosas oscuras

Te amo como se aman ciertas cosas oscuras.
PABLO NERUDA, "*Soneto XVII*"

EL FUEGO PRUEBA EL ORO

Maia nunca había estado mucho rato en Long Island, pero cuando lo pensaba, siempre lo recordaba como muy parecido a Nueva Jersey; sobre todo las urbanizaciones donde vivía la gente que trabajaba en Nueva York o Filadelfia.

Había dejado su bolsa en la parte trasera de la camioneta de Jordan, tan distinta al viejo Toyota rojo que él tenía cuando salían juntos, que siempre había estado lleno de vasos de café usados y bolsas de comida rápida, con el cenicero lleno de cigarrillos consumidos hasta el filtro. En cambio, la cabina de su camioneta estaba comparativamente limpia, la única basura era un montón de papeles en el asiento del pasajero. Él los apartó sin decir nada cuando ella subió.

No habían hablado mientras salían de Manhattan y cruzaban la autovía de Long Island, y finalmente Maia se había dormido, con la mejilla contra el frío vidrio de la ventanilla. Se había despertado al encontrar un bache, que la lanzó hacia delante. Parpadeó, frotándose los ojos.

—Perdón —se disculpó Jordan—. Iba a dejarte dormir hasta que llegáramos allí.

Ella se incorporó en el asiento y miró alrededor. Iban por una carretera de dos carriles, y el cielo comenzaba a iluminarse. Había campos a ambos lados de la carretera, con alguna que otra granja o silo, y casas de madera al fondo, rodeadas de vallas.

—Es bonito —exclamó ella sorprendida.

—Sí. —Jordan cambió de marcha, y carraspeó—. Ya que estás despierta... Antes de llegar a la Casa *Praetor*, ¿puedo enseñarte algo?

Ella dudó sólo un instante antes de asentir. Y ahí estaban, traqueteando por una carretera sin asfaltar, con árboles a ambos lados. La mayoría carecía de hojas; la carretera estaba embarrada, y Maia bajó la ventanilla para oler

el aire. Árbol, agua de mar, hojas medio podridas y animalillos correteando por la hierba alta. Respiró hondo de nuevo justo cuando salían de aquella carreta a un pequeño espacio circular donde podían dar media vuelta. Frente a ellos estaba la playa, que se extendía hasta el agua, de un oscuro color azul acerado. El cielo era casi lila.

Maia miró a Jordan. Él tenía la mirada clavada al frente.

—Solía venir aquí cuando me estaba formando en la *Casa Praetor* — explicó él—. A veces sólo para mirar el mar y aclararme la cabeza. El amanecer aquí... Cada uno es diferente, pero todos son hermosos.

—Jordan.

Él no la miró.

—¿Sí?

—Lamento lo de antes. Lo de salir corriendo, en el astillero.

—No pasa nada. —Él soltó aire lentamente, pero Maia pudo notar por la rigidez en los hombros y la forma en que agarraba el cambio de marchas que eso no era cierto. Trató de no mirar la forma en que la tensión le acentuaban los músculos del brazo, marcando la curva del bíceps—. Era demasiado para ti; lo entiendo. Sólo que...

—Creo que debemos tomárnoslo con calma. Tratar de ser amigos.

—No quiero que seamos amigos —replicó él.

Ella no pudo ocultar su sorpresa.

—¿No quieres?

Jordan pasó la mano de la palanca de cambios al volante. La calefacción del coche sacaba aire caliente, que se mezclaba con el aire frío que entraba por la ventanilla de Maia.

—No deberíamos hablar de eso ahora.

—Pero quiero hacerlo —insistió ella—. Quiero hablarlo ahora. No quiero estar nerviosa por nosotros mientras estemos en la *Casa Praetor* .

Jordan se recostó en el asiento y se mordisqueó el labio. Su enredado cabello castaño le cayó sobre la frente.

—Maia...

—Si no quieres que seamos amigos, entonces ¿qué somos? ¿Otra vez enemigos?

Él volvió la cabeza y apoyó la mejilla en el respaldo de su asiento. Sus ojos... eran exactamente como Maia los recordaba, de color avellana con puntitos verdes, azules y dorados.

—No quiero que seamos amigos —explicó él—, porque sigo queriéndote. Maia, ¿sabes que ni siquiera he besado a nadie desde que rompimos?

—Isabelle...

—Quería emborracharse y hablar de Simon. —Apartó las manos del volante y estuvo a punto de cogerla, pero las dejó caer en el regazo, con una mirada de derrota—. Sólo te he amado a ti. Pensaba en ti durante toda mi formación. En la idea de que alguna vez pudiera compensarte por lo que te hice. Y lo haré, de cualquier forma que pueda excepto una.

—No serás mi amigo.

—No seré sólo tu amigo. Te amo, Maia. Estoy enamorado de ti. Siempre lo he estado, y siempre lo estaré. Ser sólo tu amigo me mataría.

Ella miró hacia el océano. El borde del sol comenzaba a surgir de entre las aguas, e iluminaba el mar con colores púrpura, dorado y azul.

—Este lugar es muy bonito.

—Por eso venía aquí. No podía dormir, y venía a ver salir el sol.

—¿Ahora puedes dormir? —preguntó ella, mirándolo.

Él cerró los ojos.

—Maia... si vas a decirme que no, que sólo quieres ser mi amiga... dilo de una vez. Arranca la tirita de golpe, ¿vale?

Él parecía como preparado para recibir el puñetazo. Las pestañas le proyectaban sombras sobre los pómulos. Tenía pálidas cicatrices en la piel olivácea del cuello, cicatrices que ella le había hecho. Maia soltó su cinturón de seguridad y se inclinó hacia él. Lo oyó tragar aire, pero Jordan no se movió cuando ella le besó en la mejilla. Maia aspiró su aroma. El mismo jabón, el mismo champú, pero ningún resto de olor a cigarrillos. El mismo chico. Lo fue besando por la mejilla, hasta la comisura del labio, y finalmente, acercándose aún más, puso la boca sobre la de él.

Jordan abrió los labios y emitió un gruñido grave. Los licántropos no eran tiernos unos con otros, pero él la cogió con suavidad para colocarla en su regazo, y la rodeó con los brazos mientras se besaban con más pasión. La sensación de él, el calor de sus brazos cubiertos de pana a su alrededor, el latido de su corazón, el sabor de su boca, la presión de sus labios, diente y lengua, la dejaron sin aliento. Le puso las manos en la nuca, y se fundió con él mientras notaba los espesos y suaves rizos de su cabello, iguales que siempre.

Cuando finalmente se apartaron, él tenía los ojos vidriosos.

—Llevo años esperando esto.

Ella le pasó el dedo por la clavícula. Notaba el latido de su propio corazón. Por unos momentos no habían sido dos licántropos con la misión de hablar con una organización secreta y peligrosa; habían sido sólo dos adolescentes besándose en un coche en la playa.

—¿Ha sido como te esperabas?

—Mucho mejor. —Esbozó una medio sonrisa—. ¿Significa esto que...?

—Bueno —contestó ella—. Esto no es exactamente lo que haces con tus amigos, ¿verdad?

—¿No? Se lo tendré que decir a Simon. Se va a quedar muy decepcionado.

—¡Jordan! —Le dio un golpecito en el hombro, pero sonreía. Y él también. Era una sonrisa poco habitual, amplia y tontorróna, que le cubría todo el rostro. Ella se acercó más a él y le puso la cara contra el cuello, aspirando su aroma junto al de la mañana.

Batallaban sobre el lago congelado, con la ciudad helada brillando como una lámpara en la distancia. El ángel de las alas doradas y el ángel con las alas como fuego negro. Clary se hallaba sobre el hielo mientras a su alrededor caían sangre y plumas. Las plumas doradas le quemaban como fuego donde le tocaban la piel, pero las plumas negras eran frías como el hielo.

Clary se despertó con el corazón desbocado, liada entre las mantas. Se sentó y se destapó hasta la cintura. Estaba en una habitación desconocida. Las paredes eran de yeso blanco, y se hallaba en una cama hecha de madera negra, aún vestida con la ropa que llevaba la noche anterior. Bajó de la cama. Sus pies descalzos tocaron el frío suelo de piedra, y ella miró alrededor buscando su mochila.

La encontró en seguida, apoyada contra una silla de cuero negro. La habitación no tenía ventanas; la única luz procedía de una lámpara de cristal colgada en lo alto, hecha de vidrio negro tallado. Pasó la mano por dentro de la mochila y se dio cuenta, molesta pero sin sorprenderse, de que alguien ya había revisado su contenido. Su caja de pinturas había desaparecido, junto con su estela. Lo único que quedaba era el cepillo de pelo, unos vaqueros de recambio y la ropa interior. Al menos, el anillo de oro seguía en su dedo.

Lo tocó con suavidad y pensó «hacia» Simon.

«Estoy dentro.»

Nada.

«¿Simon?»

No obtuvo respuesta. Se tragó su inquietud. No tenía ni idea de dónde se hallaba, la hora que era o cuánto tiempo había estado inconsciente. Simon podría estar durmiendo. No podía dejarse llevar por el pánico y suponer que los anillos no funcionaban. Tendría que ponerse el piloto automático. Averiguar dónde se encontraba, enterarse de todo lo que pudiera. Probaría de nuevo a comunicarse con Simon más tarde.

Respiró hondo y trató de concentrarse en lo que la rodeaba. Había dos puertas en el dormitorio. Probó la primera y descubrió que daba a un pequeño cuarto de baño de vidrio y cromo, con una bañera de cobre con patas en forma de garras. Tampoco ahí había ventana. Se duchó rápidamente y se secó con una esponjosa toalla blanca; luego se puso los vaqueros limpios y un jersey, antes de volver al dormitorio, coger los zapatos y probar la segunda puerta.

Bingo. Ahí estaba el resto de... ¿la casa?, ¿el apartamento? Estaba en una sala grande, la mitad de la cual la ocupaba una larga mesa de vidrio. Más lámparas de cristal negro tallado colgaban del techo, y enviaban sombras bailarinas contra las paredes. Todo era muy moderno, desde las sillas de cuero negro hasta la gran chimenea, enmarcada de cromo. En ella ardía un hogar. Así que debía de haber alguien más en casa, o al menos lo habría habido hasta hacía muy poco.

La otra mitad de la habitación contenía una gran pantalla de televisión, una pulida mesa de centro sobre la que había esparcidos varios juegos y mandos, y unos sofás bajos de cuero. Una escalera de vidrio subía en espiral. Después de echar una mirada a la sala, Clary comenzó a subir. El vidrio era perfectamente transparente, y le dio la impresión de estar ascendiendo por una escalera invisible hacia el cielo.

El primer piso era muy parecido al anterior: paredes claras, suelo negro y un largo pasillo con puertas. La primera daba a lo que era sin duda el dormitorio principal. Una enorme cama de palisandro, con un dosel de cortinas de gasa blanca, ocupaba la mayor parte del espacio. Ahí sí había ventanas, tintadas de azul oscuro. Clary cruzó el dormitorio para mirar por ellas.

Por un momento, se preguntó si estaría de vuelta en Alacante. Estaba viendo otro edificio al otro lado de un canal, con las ventanas cerradas con persianas verdes. El cielo era gris; el canal, de un oscuro verde azulado, y se veía un puente a la derecha que lo cruzaba. Dos personas se hallaban sobre el puente. Una de ellas sujetaba una cámara ante el rostro y estaba ocupada en tomar fotos. Entonces, no era Alacante. ¿Ámsterdam? ¿Venecia? Miró por todas partes la forma de abrir la ventana, pero no parecía haber ninguna; golpeó el vidrio y gritó, pero los del puente no le prestaron atención. Pasados unos momentos, siguieron caminando.

Clary se volvió hacia el dormitorio, fue a uno de los armarios y lo abrió. Estaba lleno de ropa, ropa de mujer. Bonitos vestidos de encaje y satén, cuentas y flores. En los cajones había camisolas y ropa interior, blusas de algodón y seda, también faldas, pero ningún pantalón. Incluso había, alineados, zapatos de salón y sandalias y también pares de medias dobladas. Por un momento, se lo quedó mirando, preguntándose si habría otra chica viviendo allí, o si a Sebastian le daba por vestirse de mujer. Pero todas las prendas tenían la etiqueta del precio, y todas eran más o menos de su talla. Y no sólo eso; mientras las examinaba se fue dando cuenta de que también eran del color y las formas que le sentarían bien: azules, verdes y amarillas, de una talla pequeña. Al final, cogió una de las blusas más sencillas, verde oscuro, con mangas casquillo y encaje de seda en el frente. Después de dejar su gastado jersey en el suelo, se puso la otra y se miró en el espejo de la puerta del armario.

Le sentaba a la perfección. Sacaba lo mejor de su pequeña complexión, ajustándosele a la cintura y oscureciendo el verde de sus ojos. Arrancó la etiqueta del precio, sin querer ver cuánto había costado, y se apresuró a salir del dormitorio mientras la recorría un escalofrío.

La siguiente habitación era sin duda la de Jace. Lo supo en cuanto entró. Olía a él, a su colonia, su jabón y a su piel. La cama era de madera lacada de negro con sábanas y mantas blancas, hecha a la perfección. La habitación estaba tan ordenada como la que tenía en el Instituto. Junto a la cama había libros apilados, con títulos en italiano, francés y latín. La daga Herondale, con su grabado de pájaros, estaba clavada en la pared de yeso. Al mirar más de cerca, vio que estaba sujetando una fotografía. Una foto de Jace y ella que les había hecho Izzy. La recordaba; un claro día a principios de octubre, Jace sentado en los escalones delanteros del Instituto con un libro en el regazo. Ella estaba sentada un escalón por encima de él, con la

mano en su hombro, inclinada hacia delante para ver qué estaba leyendo. La mano de Jace cubría la suya, casi distraídamente, y él sonreía. Aquel día no le había podido ver la cara, no había sabido que estaba sonriendo de ese modo, no hasta ese momento. Se le hizo un nudo en la garganta, y salió de la habitación, tratando de respirar.

No podía actuar así, se dijo con firmeza. Como si cada visión de Jace como era ahora fuera un puñetazo en el estómago. Tenía que fingir que no le importaba, como si no notara ninguna diferencia. Entró en la siguiente habitación, otro dormitorio muy parecido al anterior, pero éste, desordenado: en la cama, la colcha estaba hecha un revoltijo con las sábanas de seda negra, el escritorio de vidrio y acero estaba cubierto de libros y papeles, y había ropa de chico tirada por todas partes. Vaqueros, chaquetas, camisetas y complementos. Su mirada cayó sobre algo que brillaba como la plata, apoyado en la mesilla de noche junto a la cama. Fue hacia allí, mirando, incapaz de creer lo que veía.

Era la cajita de su madre, la que tenía las iniciales J. C. en la tapa. La que Jocelyn solía sacar una vez al año, todos los años, y llorar sobre ella en silencio, con lágrimas que le caían por el rostro y le salpicaban las manos. Clary sabía lo que había en la caja: un mechón de cabello, tan fino y blanco como un diente de león; trozos de una camisa de niño; un zapatito de bebé tan pequeño como para caberle en la palma de la mano. Cosas de su hermano, un collage del niño que su madre habría querido tener, que había soñado con tener, antes de que Valentine hiciera lo que había hecho para convertir a su propio hijo en un monstruo.

J. C.

Jonathan Christopher.

Se le retorció el estómago, y retrocedió rápidamente para salir de la habitación, y chocó contra una pared de carne viva. Unos brazos la rodearon con fuerza, y ella vio que eran delgados y musculosos, cubiertos de un fino vello pálido, y por un momento pensó que era Jace quien la cogía. Comenzó a relajarse.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —le preguntó Sebastian al oído.

Isabelle había sido entrenada para despertarse siempre temprano por la mañana, lloviera o hiciera sol, y una ligera resaca no fue suficiente para

impedir que eso ocurriera de nuevo. Se incorporó lentamente y parpadeó al ver a Simon.

Nunca había pasado una noche entera en la cama con alguien, a no ser que contara las veces que se había metido en la cama de sus padres a los cuatro años, asustada por alguna tormenta. No pudo evitar mirar a Simon como si perteneciera a alguna especie exótica de animal. Él estaba tumbado de espaldas, con los labios ligeramente entreabiertos y el cabello sobre los ojos. Un cabello castaño corriente y unos ojos marrones corrientes. La camiseta se le había subido un poco. No era musculoso como un cazador de sombras. Tenía un fino vientre plano, pero no abdominales marcados, y aún le quedaba un resto de suavidad en el rostro. ¿Qué tenía él que la fascinara? Era muy mono, pero ella había salido con caballeros hada y despampanantes y sexis cazadores de sombras...

—Isabelle —dijo Simon sin abrir los ojos—. Deja de mirarme.

Ella suspiró irritada y salió de la cama. Revolvió en su mochila buscando sus cosas, las cogió y se fue en busca de un cuarto de baño.

Se hallaba a mitad del pasillo, cuando se abrió una puerta. Alec surgió de una nube de vapor. Llevaba una toalla enrollada en la cintura y otras sobre el hombro, y se frotaba con energía el cabello mojado. Isabelle supuso que no debería sorprenderse de verlo; igual que a ella, también lo habían entrenado para despertarse temprano.

—Hueles a sándalo —dijo ella a modo de saludo. No le gustaba nada el olor a sándalo. Prefería los olores dulces: vainilla, canela, gardenia.

Alec la miró.

—Nos gusta el sándalo.

Isabelle hizo una mueca.

—O bien es un «nos» mayestático o Magnus y tú os estáis volviendo una de esas parejas que creen ser una sola persona. «Nos gusta el sándalo.» «Nos encanta la sinfonía.» «Esperamos que te guste nuestro regalo de Navidad», lo que, si me preguntas, me parece una manera muy ruin de evitarse tener que comprar dos regalos.

Alex parpadeó con sus húmedas pestañas.

—Ya lo entenderás...

—Si me dices que ya lo entenderé cuando me enamore, te ahogaré con esa toalla.

—Y si sigues impidiéndome que vuelva a mi cuarto y me vista, haré que Magnus invoque a los duendecillos para que te aten nudos por toda la

melena.

—Oh, sal de mi camino —dijo Isabelle dándole una patada en el tobillo a Alec, que éste ignoró siguiendo, sin prisa, por el pasillo. Tuvo la sensación de que si se volvía y lo miraba, él le estaría sacando la lengua, así que no miró. En vez de eso, se encerró en el baño y abrió la ducha al máximo. Luego miró el estante de los productos de ducha y soltó una palabra muy poco femenina.

Champú, suavizante y jabón, todo de sándalo. Agg.

Cuando finalmente salió, vestida de uniforme y con el cabello recogido en lo alto, se encontró a Alec, a Magnus y a Jocelyn esperándola en el salón. Había donuts, que ella no quería, y café, que sí quería. Se puso bastante leche en el café y se sentó, mirando a Jocelyn, que iba vestida, para su sorpresa, con el traje de los cazadores de sombras.

Eso era raro, pensó. La gente a menudo le decía que se parecía a su madre, aunque ella no lo veía, pero en ese momento se preguntó si ella se parecería a su madre de la misma manera que Clary se parecía a Jocelyn. El mismo color de pelo, sí, pero también la misma clase de rasgos, la misma inclinación de cabeza, el mismo mentón obstinado. La misma sensación de que esa persona podía parecer una muñeca de porcelana, pero con acero por debajo. Sin embargo, a Isabelle le habría gustado que, de la misma manera que Clary había sacado los ojos verdes de su madre, ella hubiera heredado los ojos azules de la suya. El azul era mucho más interesante que el negro.

—Al igual que con la Ciudad Silenciosa, sólo hay una Ciudadela Infracta, pero hay muchas puertas que se pueden encontrar —explicó Magnus—. La más cercana está en el viejo Monasterio Agustino de Grymes Hill, en Staten Island. Alec y yo iremos a través del Portal con vosotras hasta allí y esperaremos vuestro regreso, pero no podemos acompañaros a la Ciudadela.

—Lo sé —repuso Isabelle—. Porque sois chicos. Piojos.

Alec apuntó a su hermana con el dedo.

—Tómalo en serio, Izzy. Las Hermanas de Hierro no son como los Hermanos Silenciosos. Son mucho menos amables y no les gusta que se les moleste.

—Prometo que me comportaré —contestó Isabelle, y dejó la taza vacía sobre la mesa—. Vamos.

Magnus la miró receloso durante un instante, luego se encogió de hombros. Llevaba el pelo engominado en un millón de puntas, y los ojos

rodeados de negro, lo que les daba un aspecto más gatuno que nunca. Pasó ante ella yendo hacia la pared, ya murmurando en latín; entonces comenzó a materializarse la conocida silueta de un Portal, con su forma de puerta arcana rodeada de símbolos destellantes. Se alzó un viento, frío y cortante que echó hacia atrás los zarcillos sueltos del cabello de Isabelle.

Jocelyn se adelantó y cruzó el Portal. Era como ver a alguien desaparecer por el costado de una ola de mar: una neblina plateada pareció tragársela; el intenso color rojo de su cabello apagándose mientras se desvanecía tras un tenue resplandor.

Isabelle fue la siguiente. Estaba acostumbrada a la sensación de vértigo que producía viajar por un Portal. Oyó un silencioso rugido y notó la falta de aire en los pulmones. Cerró los ojos, y luego los volvió a abrir cuando el torbellino la soltó y cayó sobre unos matojos secos. Se puso en pie, sacudiéndose los pantalones, y vio a Jocelyn mirándola. La madre de Clary abrió la boca, y la volvió a cerrar al aparecer Alec, que cayó en los arbustos al lado de Isabelle, y por último, Magnus. El tenue brillo del Portal se cerró tras él.

Ni siquiera el viaje a través del Portal había estropeado el punzante peinado de Magnus. Se tiró con orgullo de unos afilados mechones.

—Compruébalo —le dijo a Isabelle.

—¿Magia?

—Gomina. Tres con noventa y nueve en Ricky's.

Isabelle puso los ojos en blanco y se volvió para ver dónde estaban. Se hallaban en lo alto de una colina, con la cumbre cubierta de matojos secos y hierba marchita. Más abajo se veían árboles ennegrecidos por el otoño, y en la distancia, la chica vio el cielo despejado y el extremo del Puente Verrazano-Narrows, que conectaba Staten Island con Brooklyn. Al volverse, vio el monasterio que se alzaba entre la triste vegetación. Era un edificio grande de ladrillo rojo, con la mayoría de las ventanas rotas o tapiadas. Aquí y allí se veían grafitis. Buitres cabecirrojos, molestos por la llegada de los viajeros, volaban en círculos alrededor del ruinoso campanario.

Isabelle lo miró con los ojos entrecerrados, preguntándose si habría algún glamour. De haberlo, era uno muy potente. Por mucho que lo intentara, no veía nada diferente del edificio en ruinas que tenía delante.

—No hay ningún glamour —dijo Jocelyn, e Isabelle se sobresaltó—. Lo que ves es lo que hay.

Jocelyn comenzó a ir hacia el convento, haciendo que sus botas aplastasen la vegetación seca. Al cabo de un instante, Magnus se encogió de hombros y la siguió. Isabelle y Alec fueron tras él. No había camino; las ramas crecían enmarañadas, oscuras contra el aire claro, y la seca vegetación crujía bajo sus pies. Al acercarse al edificio, Isabelle vio secciones de hierba quemada donde alguien había pintado con espráis pentagramas y círculos rúnicos.

—Mundanos —informó Magnus, mientras apartaba una rama del camino de Isabelle—. Jugando tontamente con la magia, sin entenderla de verdad. A menudo les atraen los sitios así, los centros de poder, sin saber realmente por qué. Se reúnen aquí, beben y pintan las paredes con espráis, como si se pudiera dejar una marca humana en la magia. No se puede. —Habían llegado a la puerta, cerrada con tablas—. Ya estamos aquí.

Isabelle miró fijamente a la puerta. De nuevo no tuvo ninguna sensación de que la cubriera un glamour, aunque si se concentraba mucho, conseguía ver un leve resplandor, como el del sol bailando en el agua. Jocelyn y Magnus se miraron, y luego Jocelyn se volvió hacia la chica.

—¿Estás lista?

Isabelle asintió, y sin más preámbulos, Jocelyn avanzó y desapareció entre las tablas que cubrían la puerta. Magnus miró a Isabelle, expectante.

Alec se acercó a ella, e Isabelle notó el roce de su mano en el hombro.

—No te preocupes —le dijo—. Lo harás muy bien, Iz.

Ella alzó la barbilla, desafiante.

—Lo sé —replicó, y siguió a Jocelyn a través de la puerta.

Clary tragó aire, pero antes de poder contestar, se oyó un paso en la escalera y Jace apareció al final del pasillo. Al instante, Sebastian la soltó y le hizo dar la vuelta. Con la sonrisa de un lobo, le alborotó el cabello.

—Me alegro de verte, hermanita.

Clary se quedó sin habla. Sin embargo, Jace no; fue hacia ellos sin hacer ruido. Llevaba una chaqueta negra de cuero, una camiseta y vaqueros, e iba descalzo.

—¿Estabas abrazando a Clary? —Miró a Sebastian sorprendido.

El otro se encogió de hombros.

—Es mi hermana. Me alegro de verla.

—Tú no abrazas a la gente —dijo Jace.

—No he tenido tiempo de prepararle un pastel.

—No ha sido nada —repuso Clary, restándole importancia con un gesto—. Me he tropezado. Él sólo me ha cogido para que no me cayera.

Si a Sebastian le sorprendió oír cómo ella lo defendía, no lo demostró. Su expresión era totalmente neutra mientras Clary iba por el pasillo hacia Jace, que la besó en la mejilla, con los dedos fríos sobre la piel de ella.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —preguntó Jace.

—Buscándote. —Clary se encogió de hombros—. Me he despertado y no te encontraba. Pensé que tal vez estuvieras durmiendo.

—Ya veo que has descubierto el alijo de ropa. —Sebastian indicó la camisa con un gesto—. ¿Te gusta?

Jace le lanzó una mirada.

—Hemos salido a buscar comida —explicó a la chica—. Nada especial. Pan y queso. ¿Quieres comer?

Y unos minutos después, Clary se encontró instalada delante de la gran mesa de acero y vidrio. Por los comestibles que había sobre la mesa, entendió que su segunda suposición había sido la correcta. Estaban en Venecia. Había pan, quesos italianos, salami y jamón, uvas, mermelada de higos y botellas de vino italiano. Jace estaba sentado frente a ella y Sebastian en la cabecera de la mesa. A Clary todo aquello le trajo el inquietante recuerdo de la noche que había conocido a Valentine, en Renwick's de Nueva York, en cómo se había puesto entre Jace y ella a la cabecera de la mesa, cómo les había ofrecido vino y les había dicho que eran hermanos.

Entonces lanzó una mirada disimulada a su verdadero hermano. Pensó en cómo se había puesto su madre al verlo. «Valentine.» Pero Sebastian no era una copia idéntica de su padre. Clary había visto fotos de Valentine a esa edad. El rostro de Sebastian suavizaba los duros rasgos de su padre con la hermosura de su madre; él era alto pero no tan ancho, y su aspecto resultaba un poco más ágil y felino. Tenía los pómulos y la boca de Jocelyn, los ojos oscuros de Valentine y su cabello rubio casi blanco.

Entonces, él alzó los ojos y la pilló mirándolo.

—¿Vino? —le ofreció.

Ella asintió, aunque nunca le había gustado demasiado el vino, y desde Renwick's, lo odiaba. Carraspeó mientras Sebastian le llenaba la copa.

—¿Y bien? —comenzó—. ¿Este sitio es tuyo?

—Era de nuestro padre —contestó Sebastian, mientras volvía a dejar la botella sobre la mesa—. De Valentine. Se traslada, entra y sale de los

mundos, del nuestro y de otros. Lo solíamos emplear como un lugar de retiro además de como un medio de transporte. Me trajo aquí unas cuantas veces y me enseñó a entrar y a salir y a hacer que vaya de un sitio a otro.

—No tiene puerta al exterior.

—La hay, si sabes cómo encontrarla —explicó Sebastian—. Papá fue muy listo creando este sitio.

Clary miró a Jace, que negó con la cabeza.

—A mí nunca me lo enseñó. Ni siquiera habría supuesto que existiera.

—Es muy... pisito de soltero —dijo Clary—. Nunca habría pensado en Valentine como alguien con...

—¿Un televisor de pantalla plana? —Jace le sonrió—. Aunque no es que pille los canales, pero puedes ver DVD. En la mansión habíamos tenido una vieja heladera que funcionaba con luz mágica. Aquí se puso una nevera de las más modernas.

—Eso fue por Jocelyn —indicó Sebastian.

—¿Qué? —preguntó Clary, mirándolo.

—Todos los trastos modernos. Los electrodomésticos. Y la ropa. Como la camisa que llevas. Eran para nuestra madre. Por si se decidía a volver. —Los oscuros ojos de Sebastian se encontraron con los suyos. Clary se sintió mareada.

«Éste es mi hermano, y estamos hablando de nuestros padres.»

La cabeza le daba vueltas; estaban pasando demasiadas cosas en muy poco tiempo para poder asimilarlas, procesarlas. Nunca había tenido tiempo de pensar en Sebastian como su hermano vivo. Para cuando había descubierto quién era él realmente, Sebastian ya estaba muerto.

—Perdona que todo esto te resulte raro —dijo Jace disculpándose, mientras señalaba la camisa—. Te podemos comprar otra ropa.

Clary tocó la manga. La tela era sedosa, elegante y cara. Bueno, eso lo explicaba todo: la ropa de su talla, los colores que le sentaban bien. Porque ella se parecía mucho a su madre.

Respiró hondo.

—Ya está bien —contestó—. Sólo que... ¿Qué hacéis exactamente? Viajáis por ahí dentro de este apartamento y...

—¿Vemos mundo? —aportó Jace animado—. Hay cosas peores.

—Pero no podéis hacer eso eternamente.

Sebastian no había comido mucho, pero se había bebido dos copas de vino. Estaba en la tercera, y le brillaban los ojos.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque... porque la Clave os está buscando, y no podéis estar huyendo y ocultándoos eternamente... —La voz de Clary se fue apagando mientras miraba al uno y luego al otro. Compartían una mirada... la mirada de dos personas que saben algo que nadie más sabe. No era una mirada que Jace hubiera compartido con nadie más delante de ella desde hacía mucho tiempo.

—¿Estás formulando una pregunta o haciendo una observación? —preguntó Sebastian en un tono lento y bajo.

—Tiene derecho a conocer nuestros planes —repuso Jace—. Ha venido conmigo sabiendo que no podría volver.

—Un acto de fe —dijo Sebastian, pasando el dedo por el borde de la copa. Clary había visto hacer lo mismo a Valentine—. En ti. Te ama. Por eso está aquí. ¿No es cierto?

—¿Y qué si lo es? —replicó ella. Supuso que podría fingir que existía alguna otra razón, pero los ojos de Sebastian eran penetrantes y oscuros, y Clary dudó que la creyera—. Confío en Jace.

—Pero no en mí —concluyó Sebastian.

Clary escogió sus siguientes palabras con gran cuidado.

—Si Jace confía en ti, entonces quiero confiar en ti —aseguró—. Y eres mi hermano. Eso cuenta para algo. —La mentira le supo amarga—. Pero lo cierto es que no te conozco.

—Entonces, quizá deberías pasar algún tiempo conociéndome —respondió Sebastian—. Y luego te contaremos nuestros planes.

«Contaremos.» «Nuestros» planes. En su mente estaban Jace y él; no había Jace y Clary.

—No me gusta dejarla en ascuas —protestó Jace.

—Se lo diremos dentro de una semana. ¿Qué diferencia puede haber en una semana?

Jace lo miró muy serio.

—Hace dos semanas, tú estabas muerto.

—Bueno, no estaba proponiendo dos semanas —replicó Sebastian—. Eso sería de locos.

Jace hizo una mueca de fastidio con la comisura de la boca.

—Estoy dispuesta a esperar a que confíes en mí —repuso Clary, sabiendo que eso era lo correcto, lo mejor que podía decir. Aunque odiase decirlo—. Por mucho que tardes.

—Una semana —dijo Jace.

—Una semana —aceptó Sebastian—. Y eso significa que se queda aquí, en el apartamento. No se comunicará con nadie. Nada de abrirle la puerta, nada de entrar y salir.

Jace se recostó en la silla.

—¿Y qué pasa si estoy con ella?

Sebastian lo miró durante un largo instante con los ojos entrecerrados. Su mirada era calculadora. Clary se dio cuenta de que estaba decidiendo qué le iba permitir hacer a Jace. Estaba decidiendo cuánta rienda suelta le daba a su «hermano».

—Bien —contestó finalmente, con la voz cargada de condescendencia—. Si tú estás con ella.

Clary miró su copa de vino. Oyó a Jace responder en un murmullo, pero no pudo mirarlo. La idea de un Jace al que se le «permitía» hacer cosas, a Jace, que siempre había hecho lo que había querido, le revolvió el estómago. Tuvo ganas de levantarse y romperle la botella de vino en la cabeza a Sebastian, pero sabía que eso era imposible.

«Hiere a uno, y el otro sangra.»

—¿Qué tal el vino? —Era la voz de Sebastian, con un tonillo de diversión evidente.

Ella vació la copa, soportando su amargo sabor.

—Delicioso.

Isabelle emergió en un paisaje extraño. Una llanura de verde intenso se abría ante ella bajo un pesado cielo gris oscuro. Se subió la capucha y miró alrededor, fascinada. Nunca había visto una extensión de cielo tan amplia, o una llanura tan vasta; despedía un resplandor trémulo, del tono del musgo. Cuando Isabelle dio un paso, vio que sí era musgo, que crecía alrededor y por encima de las rocas negras esparcidas sobre la tierra de color del carbón.

—Es una llanura volcánica —explicó Jocelyn. Se hallaba junto a Isabelle, y el viento le estaba sacando mechones de cabello pelirrojo del apretado moño. Resultaba casi inquietante lo mucho que se parecía a Clary—. Hace mucho, esto eran lechos de lava. Seguramente, toda la zona es volcánica hasta cierto punto. Al trabajar con *adamas*, las Hermanas necesitan un calor increíble para sus forjas.

—Pues pensaba que haría más calor —masculló la chica.

Jocelyn le lanzó una mirada seca, y comenzó a caminar en lo que a Isabelle le pareció una dirección cualquiera. Se apresuró a seguirla.

—A veces te pareces tanto a tu madre que me sorprendes, Isabelle.

—Me tomaré eso como un cumplido. —La chica entrecerró los ojos. Nadie insultaba a su familia.

—No lo he dicho como un insulto.

Isabelle clavó los ojos en el horizonte, donde el oscuro cielo se encontraba con el suelo verde esmeralda.

—¿Conocías bien a mis padres?

Jocelyn la miró de reojo.

—Bastante bien, cuando todos estábamos juntos en Idris. Pero hacía años que no los veía, hasta hace poco.

—¿Los conocías cuando se casaron?

El camino que Jocelyn había tomado comenzaba a subir, así que su respuesta fue un poco jadeante.

—Sí.

—¿Estaban... enamorados?

Jocelyn se detuvo de golpe y miró a la chica.

—Isabelle, ¿de qué va esto?

—¿Del amor? —sugirió la otra después de un corto silencio.

—No sé por qué puedes creer que yo sea una experta en eso.

—Bueno, básicamente has conseguido que Luke se haya pasado toda la vida colgado de ti, antes de acceder a casarte con él. Eso es impresionante. Me gustaría tener tanto poder sobre un tío.

—Lo tienes —repuso Jocelyn—. Sí que lo tienes. Y no es algo que se deba desear. —Se pasó las manos por el cabello, e Isabelle se sobresaltó. Por mucho que Jocelyn se pareciera a su hija, tenía las manos largas, flexibles y delicadas de Sebastian. Izzy recordaba haber cortado una de esas manos, en el valle de Idris; su látigo había penetrado la piel y el hueso—. Tus padres no son perfectos, Isabelle, porque nadie es perfecto. Son gente complicada. Y acaban de perder a un hijo. Así que si esto tiene que ver con que tu padre se quede en Idris...

—Mi padre engañó a mi madre —soltó la chica, y casi se cubrió la boca con la mano. Había guardado ese secreto durante años, y decírselo en voz alta a la madre de Clary le parecía como una traición, a pesar de todo.

El rostro de Jocelyn cambió. Se volvió compasivo.

—Lo sé.

Isabelle inspiró con fuerza.

—¿Lo sabe todo el mundo?

—No. —La mujer negó con la cabeza—. Unos cuantos. Yo estaba... en una situación privilegiada para saberlo. No puedo decirte más.

—¿Con quién fue? —preguntó Isabelle—. ¿Con quién engañó a mi madre?

—Con nadie a quien conozcas, Isabelle...

—¡Tú no sabes a quién conozco! —La chica alzó la voz—. Y deja de decir mi nombre así, como si fuera una niña pequeña.

—No me corresponde a mí decírtelo —replicó Jocelyn tajante, y siguió caminando.

Isabelle corrió tras ella, incluso aunque la pendiente del camino se hizo más pronunciada, como una pared verde alzándose hacia el tormentoso cielo.

—Tengo todo el derecho a saberlo. Son mis padres. Y si no me lo dices, voy...

Se detuvo, ahogando un grito. Habían llegado a lo alto de la colina, y, de alguna manera, ante ellas había surgido una fortaleza del suelo, como una seta. Estaba tallada de *adamas* de color plata claro, y reflejaba el cielo nuboso. Torres culminadas de electrum se elevaban hacia lo alto. La fortaleza estaba rodeada de una muralla alta, también de *adamas*, en la que había una única puerta, compuesta por dos grandes hojas clavadas en el suelo formando ángulo, por lo que parecían unas monstruosas tijeras.

—La Ciudadela Infracta —susurró Jocelyn.

—Gracias —replicó la chica—. Ya lo había supuesto.

Jocelyn hizo un chasquido como el que Isabelle había oído tantas veces a sus propios padres. Estaba bastante segura de que significaba «adolescentes» en lenguaje de padres. Cuando Jocelyn comenzó a bajar la colina hacia la fortaleza, Isabelle, cansada de seguirla, se puso delante de ella. Era más alta que la madre de Clary y tenía las piernas más largas, así que no vio ninguna razón para esperar a Jocelyn si ésta iba a insistir en tratarla como a una niña. Bajó la colina con pasos decididos, aplastando el musgo con las botas, y se agachó para cruzar por la puerta en forma de tijeras...

Y se quedó inmóvil. Se hallaba en un pequeño saliente de roca. Ante ella, se abría un gran abismo, en el fondo del cual hervía un río de lava roja y dorada que rodeaba la fortaleza. Al otro lado del abismo, muy lejos para

poder saltar incluso para un cazador de sombras, se hallaba la única entrada visible a la fortaleza: un puente levadizo.

—Algunas cosas —dijo Jocelyn, apareciendo a su lado— no son tan sencillas como parecen.

Isabelle pegó un brinco, y luego la miró enfadada.

—¡Vaya sitio para pegarle un susto a alguien!

Jocelyn sólo se cruzó de brazos y arqueó las cejas.

—Sin duda Hodge te enseñó el método adecuado para acercarte a la Ciudadela Infracta —replicó ella—. Después de todo, está abierta a todas las cazadoras de sombras que estén bien consideradas por la Clave.

—Claro que lo hizo —repuso Isabelle en tono altivo, mientras trataba de recordarlo. «Sólo aquellas con sangre de nefilim...» Se llevó la mano a la cabeza y cogió uno de los palillos metálicos que llevaba en el pelo. Cuando giró la base, se abrió, chasqueó y se desdobló formando una daga con una runa de coraje en la hoja.

La chica alzó las manos sobre el abismo.

—Ignis aurum probat —recitó, y con la daga se hizo un corte en la palma; sintió un dolor penetrante y rápido, y la sangre manó del corte, un torrente de rubí que cayó al abismo que se abría ante ella. Se vio un destello de luz azul y se oyó un fuerte crujido. El puente comenzó a bajar lentamente.

Isabelle sonrió y se limpió la hoja de la daga en los pantalones. Con otro giro, la daga volvió a ser un palillo de metal. Se lo metió de nuevo entre el cabello.

—¿Sabes lo que significa eso? —preguntó Jocelyn sin apartar los ojos del puente.

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir. El lema de las Hermanas de Hierro.

El puente casi había bajado del todo.

—Significa: «El fuego prueba al oro».

—Correcto —dijo Jocelyn—. No se refiere sólo a las forjas y la metalurgia. Se refiere a que la adversidad prueba la fuerza del carácter. En momentos difíciles, en tiempos oscuros, alguna gente reluce.

—Oh, ¿sí? —replicó Izzy—. Bueno, estoy harta de tiempos difíciles y oscuros. Quizá yo no quiera brillar.

El puente cayó a sus pies.

—Si te pareces en algo a tu madre —advirtió Jocelyn—, no podrás evitarlo.

9

LAS HERMANAS DE HIERRO

Alec alzó la mano con la piedra de la luz mágica y unos rayos brillantes manaron entre sus dedos, iluminando un rincón de la estación de City Hall y luego otro. Pegó un bote cuando un ratón chilló mientras corría por el polvoriento andén. Alec era un cazador de sombras; había estado en muchos lugares oscuros, pero el aire abandonado de aquella estación tenía algo que lo hacía estremecer.

Quizá fuera la desazón de la deslealtad que había sentido al abandonar su puesto de guardia en Staten Island y dirigirse hacia el ferry en cuanto Magnus se había marchado. No había pensado lo que estaba haciendo; simplemente lo había hecho, como si estuviera en piloto automático. Si se daba prisa, seguro que podría estar de vuelta allí antes de que Jocelyn e Isabelle regresaran, antes de que nadie se diera cuenta de que se había marchado.

Alec alzó la voz.

—¡Camille! —llamó—. ¡Camille Belcourt!

Oyó una suave risa, que reverberó en las paredes de la estación. Y luego ella estaba allí, en lo alto de la escalera, mientras el brillo de la luz mágica perfilaba su silueta.

—Alexander Lightwood —dijo ella—. Sube.

Desapareció. Alec siguió su luz mágica escaleras arriba y encontró a Camille donde la vez anterior, en el vestíbulo de la estación. Ella iba vestida a la moda de una época pasada: un largo vestido de terciopelo pinzado en la cintura, el cabello crepado con rizos de rubio pálido, los labios de un rojo oscuro. Alec supuso que era hermosa, aunque él no era el mejor juez del atractivo femenino, y tampoco ayudaba que la odiase.

—¿A qué viene el disfraz? —preguntó él.

Camille sonrió. Su piel era muy fina y blanca, sin líneas oscuras; se había alimentado hacía poco.

—Un baile de disfraces en el centro. He comido muy bien. ¿Por qué estás aquí, Alexander? ¿Hambriento de buena conversación?

Alec pensó que si él fuera Jace, tendría la respuesta perfecta, alguna ironía o comentario sarcástico astutamente camuflado. Alec sólo se mordió el labio.

—Te dije que volvería si me interesaba lo que me ofrecías.

Camille pasó una mano por el respaldo del diván, el único mueble de la estancia.

—Y has decidido que te interesa.

Alec asintió con la cabeza.

Camille soltó una risita.

—¿Entiendes lo que me estás pidiendo?

A Alec el corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Se preguntó si Camille podría oírlo.

—Me dijiste que podía hacer a Magnus mortal. Como yo.

Los carnosos labios de Camille se afinaron.

—Así fue —repuso—. Debo admitir que dudaba que te interesara. Te marchaste con bastante precipitación.

—No juegues conmigo —replicó él—. No tengo tanto interés en lo que me ofreces.

—Mentiroso —dijo ella como si nada—. O no estarías aquí. —Rodeó el diván y se acercó a él, recorriéndole el rostro con la mirada—. Así de cerca, no te parece tanto a Will como pensaba. Tienes su tono de piel, pero la forma del rostro es distinta... Quizá, una ligera debilidad en el mentón...

—Cierra el pico —dijo él. De acuerdo, no era una ironía al nivel de Jace, pero era algo—. No quiero oírte hablar de Will.

—Muy bien. —Camille se estiró perezosamente, como un gato—. Hace muchos años de eso, cuando Magnus y yo éramos amantes. Estábamos juntos en la cama, después de una noche bastante apasionada. —Vio que Alec se tensaba y sonrió—. Ya sabe de qué se habla en la cama. Se confiesan las debilidades. Magnus me habló de la existencia de un hechizo, uno que se podía emplear para arrebatarse la inmortalidad a un brujo.

—¿Y por qué no busco yo qué hechizo es y lo hago? —La voz de Alec se alzó y se quebró—. ¿Para qué te necesito?

—Primero, porque eres un cazador de sombras; no tienes ni idea de cómo realizar un hechizo —contestó ella, muy tranquila—. Segundo, porque si tú lo haces, él sabrá que has sido tú. Si lo hago yo, supondrá que se trata de una venganza. Por despecho. A mí no me importa lo que piense Magnus, pero a ti sí.

Alec la miró fijamente.

—¿Y lo vas a hacer como un favor personal hacia mí?

Ella se rió, haciendo un sonido como de campanillas.

—Claro que no —contestó—. Tú me haces un favor, y yo te hago otro. Así es como se hacen estas cosas.

Alec apretó la mano alrededor de la piedra de luz mágica hasta que los bordes se le clavaron.

—¿Y qué favor quieres que te haga?

—Es muy sencillo —respondió ella—. Quiero que mates a Raphael Santiago.

El puente que cruzaba el abismo hasta la Ciudadela Infracta estaba cubierto de cuchillos. Estaban hundidos, con la punta hacia arriba, a intervalos irregulares a lo largo del puente, por lo que sólo se podía cruzar muy despacio, eligiendo diestramente el camino. A Isabelle le costó poco, pero sorprendía ver la agilidad con la que Jocelyn, que llevaba quince años sin ser una cazadora de sombras en activo, avanzaba.

Para cuando Isabelle había llegado al otro lado del puente, su runa *dexterita* ya se le había borrado de la piel y sólo quedaba una tenue marca blanca. Jocelyn sólo iba un paso por detrás de ella, y por muy irritante que Isabelle encontrase a la madre de Clary, se alegró al momento cuando Jocelyn alzó la mano y una piedra de luz mágica resplandeció, iluminando el espacio en el que se hallaban.

Las paredes estaban talladas en *adamas*, por lo que una tenue luz parecía brillar desde ellas. El suelo también era de piedra demoníaca, y en el centro había un círculo negro. Dentro del círculo estaba grabado el símbolo de las Hermanas de Hierro: un corazón atravesado por un cuchillo.

Unos susurros hicieron a Isabelle apartar la mirada del suelo y alzar los ojos. Una sombra apareció dentro de una de las lisas paredes blancas; una sombra que se fue haciendo más nítida, más cercana. De repente, una parte de la pared se deslizó hacia un lado y salió una mujer.

Llevaba un vestido blanco, largo y holgado, ajustado a las muñecas y bajo los pechos por una atadura plateada clara de cordón demoníaco. Su rostro era al mismo tiempo terso y antiguo. Podría ser de cualquier edad. Llevaba el largo cabello oscuro recogido en una gruesa trenza, que le caía por la espalda. Sobre los ojos y las sienes tenía tatuada una intrincada máscara de florituras del color naranja de las llamas al bailar.

—¿Quién visita a las Hermanas de Hierro? —preguntó—. Decid vuestros nombres.

Isabelle miró a Jocelyn, que le hizo un gesto para que hablara primero. La chica carraspeó.

—Soy Isabelle Lightwood, y ésta es Jocelyn Fr... Fairchild. Hemos venido a pedirnos ayuda.

—Jocelyn Morgenstern —repuso la mujer—. Nacida Fairchild, pero no puedes borrar tan fácilmente la mancha de Valentine de tu pasado. ¿No le volviste la espalda a la Clave?

—Es cierto —contestó Jocelyn—. Soy una renegada. Pero Isabelle es una hija de la Clave. Su madre...

—Dirige el Instituto de Nueva York —concluyó la mujer—. Aquí estamos apartadas, pero no carecemos de fuentes de información; no soy tonta. Mi nombre es hermana Cleophas, y soy una Hacedora. Modelo el *adamas* para que las otras hermanas lo tallen. Reconozco ese látigo que te enrollas tan astutamente en la muñeca. —Señaló a Isabelle—. Y en cuanto al adorno que llevas al cuello...

—Si tanto sabes —la interrumpió Jocelyn, mientras Isabelle se llevaba la mano al rubí que le colgaba del cuello—, entonces ¿sabes por qué estamos aquí? ¿Por qué hemos acudido a vosotras?

La hermana Cleophas entrecerró los ojos y sonrió lentamente.

—A diferencia de nuestros hermanos mudos, en la Fortaleza no podemos leer el pensamiento. Por lo tanto, dependemos de una red de información, por lo general muy eficaz. Supongo que esta visita tiene algo que ver con la situación relacionada con Jace Lightwood, ya que su hermana está aquí, y con tu hijo, Jonathan Morgenstern.

—Tenemos un enigma —repuso Jocelyn—. Jonathan Morgenstern conspira contra la Clave, al igual que hizo su padre. La Clave lo ha condenado a muerte. Pero Jace, es decir, Jonathan Lightwood, es muy querido por su familia, que no han hecho ningún mal, y por mi hija. El

enigma es que Jace y Jonathan están unidos por una magia de sangre muy antigua.

—¿Magia de sangre? ¿Qué clase de magia de sangre?

Jocelyn sacó las notas dobladas de Magnus del bolsillo de su uniforme y se las entregó. Cleophas las revisó con su feroz mirada fija. Isabelle se sorprendió al ver que los dedos de sus manos eran muy largos, no elegantemente largos sino grotescamente, como si los huesos se le hubieran estirado tanto que cada mano parecía una araña albina. Las uñas estaban limadas en punta, cada una acabada con electrum.

La hermana Cleophas meneó la cabeza.

—Las Hermanas tenemos poco que ver con la magia de sangre.

El color de llamas de sus ojos pareció bailotear y luego atenuarse, y un momento después apareció otra sombra desde detrás de la superficie como vidrio empañado de la pared de *adamás*. Esa vez, Isabelle observó más fijamente mientras la segunda Hermana de Hierro salía por el agujero. Era como ver a alguien surgir de una nube de humo blanco.

—Hermana Dolores —dijo Cleophas, y le entregó las notas de Magnus a la recién llegada. Ésta se parecía mucho a Cleophas; la misma constitución alta y estrecha, el mismo vestido blanco, el mismo cabello largo, aunque en su caso era gris y sujeto al final de sus dos trenzas por un hilo de oro. A pesar del cabello gris, su rostro no mostraba ninguna arruga; sus ojos, del color del fuego, eran brillantes—. ¿Puedes entender esto?

Dolores echó un vistazo a las páginas.

—Un hechizo de unión —contestó—. Muy parecido a nuestra propia ceremonia de *parabatai*, pero su adscripción es demoníaca.

—¿Qué lo hace demoníaco? —preguntó Isabelle—. Si el hechizo de *parabatai* es inocuo...

—¿Lo es? —intervino Cleophas, pero Dolores le lanzó una mirada para acallarla.

—El ritual de *parabatai* une a dos individuos pero deja libres sus voluntades independientes —explicó Dolores—. Éste une a dos, pero subordina uno a otro. Lo que crea el primario, el otro lo creará; lo que quiere el primero, el otro lo querrá. Básicamente elimina el libre albedrío del socio secundario del hechizo, y por eso es demoníaco. Porque el libre albedrío es lo que nos convierte en criaturas del Cielo.

—También parece querer decir que cuando se hiere a uno, el otro también resulta herido —dijo Jocelyn—. ¿Podemos presumir lo mismo

respecto a la muerte?

—Sí. Ninguno sobrevive a la muerte del otro. Esto tampoco forma parte de nuestro ritual de *parabatai*, porque es demasiado cruel.

—La pregunta que queremos plantearos es ésta —continuó Jocelyn—. ¿Existe alguna arma forjada, o que podáis crear, que pueda dañar a uno sin dañar al otro? ¿O que pueda separarlos?

La hermana Dolores volvió a mirar las notas, y luego se las devolvió a Jocelyn. Sus manos, como las de su colega, eran largas y delgadas, y tan blancas como la nieve.

—Ninguna arma que hayamos forjado o podamos forjar jamás tiene ese poder.

Isabelle apretó los puños en los costados, clavándose las uñas.

—¿Quieres decir que no hay nada?

—Nada en este mundo —respondió Dolores—. Una hoja del Cielo o del Infierno tal vez lo hiciera. La espada del Arcángel Miguel, con la que Josué luchó en Jericó, porque está insuflada con el fuego celestial. Y hay hojas forjadas en la oscuridad del Pozo que podrían ayudaros, aunque cómo se podría obtener alguna, es algo que desconozco.

—Y la Ley nos impediría decíroslo si lo supiéramos —añadió Cleophas con aspereza—. Comprenderéis, naturalmente, que también tendremos que informar a la Clave de vuestra visita...

—¿Y qué hay de la espada de Josué? —la interrumpió Isabelle—. ¿Podéis conseguirla? ¿O podemos nosotras?

—Sólo un ángel puede donaros esa espada —contestó Dolores—. Y convocar a un ángel representa ser condenado con el fuego celestial.

—Pero Raziel... —comenzó Isabelle.

Los labios de Cleophas se convirtieron en una delgada línea.

—Raziel nos dejó los Instrumentos Mortales para que pudiéramos llamarlo en un momento de gran necesidad. Esa única oportunidad se perdió cuando Valentine lo invocó. Nunca seremos capaces de emplear su poder de nuevo. Fue un crimen emplear los Instrumentos de esa manera. La única razón por la que Clarissa Morgenstern evita la culpabilidad es porque fue su padre quien lo invocó, no ella.

—Mi esposo también invocó a otro ángel —repuso Jocelyn. Habló en voz baja—. El ángel Ithuriel. Lo mantuvo prisionero durante muchos años.

Ambas Hermanas vacilaron antes de que Dolores hablara.

—Hacer caer a un ángel en una trampa es el más negro de los delitos —afirmó—. La Clave no lo aprobaría nunca. Incluso si invocaras a alguno, nunca podrías obligarlo a cumplir tu voluntad. No existe ningún hechizo para eso. Nunca conseguirías que un ángel te diera la espada del Arcángel: Puedes arrebatarse algo a un ángel a la fuerza, pero no hay crimen mayor. Es mejor que tu Jonathan muera antes que mancillar así a un ángel.

Ante eso, Isabelle, que se había ido enfureciendo, estalló.

—Ése es el problema que tenéis vosotros, todos vosotros, las Hermanas de Hierro y los Hermanos Silenciosos. Sea lo que sea que os hagan para cambiaros de cazadores de sombras a lo que sois, os elimina todo sentimiento. Podemos ser en parte ángeles, pero también somos humanos. Vosotros no entendéis el amor, o lo que la gente hace por amor, por la familia...

La llama saltó en los ojos naranja de Dolores.

—Tuve una familia —dijo—. Un esposo e hijos, todos asesinados por los demonios. No me quedó nada. Siempre había sido hábil formando cosas con las manos, así que me convertí en una Hermana de Hierro. La paz que eso me ha proporcionado es una paz que no creo que hubiera hallado en ningún otro lugar. Por esa razón elegí el nombre de Dolores. Así que no quieras decirnos lo que sabemos o no sabemos sobre el dolor, o sobre la humanidad.

—No sabéis nada —soltó Isabelle—. Sois tan duras como la piedra demoníaca. No me sorprende que os rodeéis de ella.

—El fuego temple el oro, Isabelle Lightwood —dijo Cleophas.

—Oh, cierra el pico —replicó Isabelle—. Ambas habéis sido una pésima ayuda.

Se volvió sobre los talones y volvió a cruzar el puente, casi sin fijarse en los cuchillos que convertían el camino en una trampa mortal, dejándose guiar por su entrenamiento. Llegó al otro lado y cruzó la puerta; sólo cuando estuvo fuera se dejó vencer por el pesar. Cayó de rodillas sobre el musgo y las rocas volcánicas, bajo el enorme cielo gris, y tembló en silencio, aunque ninguna lágrima acudió.

Le pareció que pasaban siglos hasta que oyó un suave paso a su lado y Jocelyn se arrodilló junto a ella, rodeándola con los brazos. Curiosamente, Isabelle descubrió que no le importaba. Aunque nunca le había caído muy bien Jocelyn, había algo tan universalmente maternal en ella que Isabelle se dejó llevar, casi contra su voluntad.

—¿Quieres saber qué han dicho después de que te fueras? —le preguntó Jocelyn, cuando Isabelle dejó de temblar.

—Estoy segura de que algo sobre que soy una deshonra para los cazadores de sombras de todas partes, etcétera.

—Lo cierto es que Cleophas ha dicho que serías una excelente Hermana de Hierro, y que si alguna vez estás interesada, se lo hagas saber. —Jocelyn le acarició el cabello.

A pesar de todo, Isabelle contuvo una carcajada. Miró a Jocelyn.

—Dímelo.

La mano de la mujer se detuvo.

—¿Que te diga qué?

—Quién fue. Con quién tuvo mi padre una aventura. No lo entiendes. Siempre que veo a una mujer de la edad de mi madre, me pregunto si fue con ella. La hermana de Luke. La Cónsul. Tú...

Jocelyn suspiró.

—Fue con Annamarie Highsmith. Murió durante el ataque de Valentine a Alacante. Dudo que la hayas conocido.

Isabelle abrió la boca, luego la cerró de nuevo.

—Ni siquiera había oído su nombre nunca.

—Bien. —Jocelyn le sujetó un mechón suelto—. ¿Te sientes mejor, ahora que lo sabes?

—Claro —mintió Izzy, mirando al suelo—. Me siento mucho mejor.

Después de la comida, Clary había vuelto al dormitorio de abajo con la excusa de que estaba muy cansada. Con la puerta bien cerrada, había tratado de conectar con Simon de nuevo, aunque se dio cuenta de que, dada la diferencia horaria entre donde se hallaba, Venecia, y Nueva York, era muy posible que estuviera durmiendo. Al menos, rogó por que estuviera dormido. Era mucho más preferible esperar eso que considerar la posibilidad de que los anillos no funcionaran.

Sólo llevaba una media hora en el dormitorio cuando llamaron a la puerta. Dijo: «Entra», mientras se apoyaba sobre las manos, con los dedos doblados como si así pudiera esconder el anillo.

La puerta se abrió despacio, y Jace la miró desde el umbral. Clary recordó otra noche, el calor de verano y una llamada en la puerta.

«Jace. Limpio, en vaqueros y una camisa gris; el cabello recién lavado, un halo de oro húmedo. Los hematomas de su rostro ya pasando del morado

a un tenue gris, y las manos a la espalda.»

—Hola —saludó él. En esta ocasión tenía las manos a la vista y llevaba un jersey suave del color del bronce que resaltaba el dorado de sus ojos. No tenía morados en el rostro, y las ojeras que casi se había acostumbrado a verle bajo los ojos habían desaparecido.

«¿Él es feliz así? ¿Realmente feliz? Y si lo es, ¿de qué lo estás salvando?»

Clary apartó la vocecita de su cabeza y se obligó a sonreír.

—¿Qué pasa?

Él sonrió. Era una sonrisa pícara, de las que hacían que la sangre se le acelerara a Clary.

—¿Quieres que tengamos una cita?

—¿Una qu... qué? —tartamudeó ella, pillada desprevenida.

—Una cita —repitió Jace—. A menudo «una cosa aburrida que tienes que memorizar en una clase de literatura», pero, en este caso, «una oferta de una noche de romance al rojo vivo con un servidor».

—¿De verdad? —Clary no estaba muy segura de cómo tomárselo—. ¿Al rojo vivo?

—Soy yo —repuso Jace—. Verme jugar al Scrabble es suficiente para que algunas mujeres se desmayen. Así que imagínate si hago un pequeño esfuerzo.

Clary se incorporó y se miró. Vaqueros, blusa de seda verde. Pensó en los cosméticos que había en la especie de santuario que era el dormitorio de arriba. No podía evitarlo; estaba deseando ponerse un poco de pintalabios.

Jace le tendió la mano.

—Estás fabulosa —le dijo—. Vámonos.

Ella le cogió la mano y le dejó que la pusiera en pie.

—No sé...

—Vamos. —La voz de Jace tenía ese tono seductor y como burlándose de sí mismo que ella recordaba de cuando empezaban a conocerse, cuando él la había llevado al invernadero para enseñarle la flor que florecía a medianoche—. Estamos en Italia. Venecia. Una de las ciudades más hermosas del mundo. Sería una vergüenza no verla, ¿no te parece?

Jace tiró de ella, que chocó contra su pecho. La tela de su camisa era suave, y él olía a su jabón y champú de siempre. El corazón de Clary latía fuerte.

—O podríamos quedarnos —propuso él, en un tono ligeramente entrecortado.

—¿Para que me desmaye viéndote hacer una palabra que puntúe triple? —Con un esfuerzo, se apartó de él—. Y evítame los chistes sobre marcarte tantos.

—Maldita sea, me lees el pensamiento —replicó él—. ¿Es que no hay ningún juego de palabras guarro que no puedas prever?

—Es mi magia especial. Cuando tienes malos pensamientos, te los puedo leer.

—O sea, el noventa y cinco por ciento del tiempo.

Ella alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Noventa y cinco por ciento? ¿Y qué pasa con el otro cinco por ciento?

—Oh, ya sabes, lo normal: demonios que tengo que matar, runas que debo aprender, gente que me ha cabreado recientemente, gente que me ha cabreado no tan recientemente, patos.

—¿Patos?

Él le quitó importancia con un gesto.

—Muy bien. Ahora mira eso.

La cogió por los hombros y la hizo volverse para que ambos miraran hacia el mismo lado. Un momento después, y sin que Clary supiera cómo, las paredes de la habitación parecieron deshacerse alrededor de ellos, y se encontró encima de unos adoquines. Soltó un grito ahogado de sorpresa mientras se volvía para mirar hacia atrás, y sólo vio una pared vacía con ventanas en lo alto, de un viejo edificio de grandes carreos. Filas de casas similares se alineaban por el canal junto al que se hallaban. Si inclinaba la cabeza hacia la izquierda, conseguía ver a lo lejos que el canal se abría hacia otro más grande, flanqueado por grandiosos edificios. Por todas partes olía a agua y piedra.

—Guay, ¿eh? —dijo Jace con orgullo.

Ella lo miró.

—¿Patos? —repitió.

Una sonrisa tironeó de los labios de Jace.

—Odio los patos. No sé por qué; siempre los he odiado.

Por la mañana temprano, Maia y Jordan llegaron a la Mansión *Praetor*, el cuartel general del *Praetor Lupus*. La camioneta traqueteó y botó sobre el

largo camino blanco entre jardines recortados hasta dar a una enorme casa que se alzaba en la distancia como la proa de un barco. Tras ella, Maia veía filas de árboles, y más atrás aún, el agua azul del Sound en la distancia.

—¿Fue aquí donde te entrenaste? —preguntó—. Este lugar es maravilloso.

—No te dejes engañar —repuso Jordan sonriendo—. Es un campo de entrenamiento.

Ella lo miró de reojo. Él seguía sonriendo. Lo había estado haciendo, casi sin parar, desde que ella lo había besado junto a la playa al amanecer. En parte, Maia se sentía como si una mano la hubiera lanzado volando al pasado, cuando amaba a Jordan más de lo que se podía imaginar, pero por otra parte se sentía totalmente a la deriva, como si se hubiera despertado en medio de un paraje totalmente desconocido, lejos de la cotidianidad de su vida normal y del calor de la manada.

Resultaba muy peculiar. No malo, pensó. Sólo... peculiar.

Jordan detuvo la camioneta en la plazoleta circular que se abría ante la casa que, de cerca, Maia pudo ver que estaba construida con bloques de piedra dorada, del color de la piel del lobo. Una puerta doble negra se hallaba en lo alto de una enorme escalera de piedra. En el centro de la plazoleta había un gran reloj de sol, y en su esfera vio que eran las siete de la mañana. Alrededor del borde del reloj había unas palabras grabadas: «SÓLO MARCO LAS HORAS QUE BRILLAN».

Maia abrió la puerta y saltó de la cabina justo cuando las puertas de la casa se abrían.

—¡*Praetor* Kyle! —se oyó decir a una voz.

Jordan y Maia alzaron la mirada. Por la escalera descendía un hombre maduro en un traje negro carbón; tenía el rubio cabello mechado de gris. Jordan eliminó toda expresión de su rostro y se dirigió a él.

—*Praetor* Scott —saludó—. Te presento a Maia Roberts, de la manada de Garroway. Maia, éste es *Praetor* Scott. Él dirige el *Praetor Lupus*.

—Desde 1800, los Scott siempre han dirigido el *Praetor* —explicó el hombre, mirando a Maia, que inclinó la cabeza en señal de sumisión—. Jordan, debo admitir que no te esperaba tan pronto de vuelta. La situación con el vampiro diurno en Manhattan...

—Está controlada —se apresuró a decir el chico—. Pero no es por eso que estamos aquí. Esto tiene que ver con algo totalmente diferente.

Praetor Scott arqueó las cejas.

—Ahora me has picado la curiosidad.

—Es un asunto bastante urgente —intervino Maia—. Luke Garroway, el líder de nuestra manada...

Praetor Scott la miró con dureza, silenciándola. Aunque no tuviera manada, era un macho dominante; eso resultaba evidente en todo él. Los ojos, bajo unas espesas cejas, eran gris verdoso; en el cuello, bajo la camisa, destellaba el colgante de bronce de los *Praetor*, con sus marcas de patas de lobo.

—El *Praetor* decide qué asuntos considera urgentes —replicó él—. Y tampoco estamos en un hotel, abierto a huéspedes que no han sido invitados. Jordan ha cometido un atrevimiento al traerte aquí, y de no ser porque es uno de nuestros graduados más prometedores, os podría haber dicho que os fuerais.

Jordan se colgó los pulgares de la cintura de los vaqueros y miró al suelo. Un momento después, *Praetor* Scott le puso la mano en el hombro.

—Pero —continuó éste— eres uno de nuestros graduados más prometedores. Y parecéis agotados; veo que os habéis pasado toda la noche en vela. Entrad, y discutiremos este asunto tranquilamente en mi despacho.

El despacho resultó estar al fondo de un pasillo largo y sinuoso, forrado de elegante madera oscura. En la casa se oían animadas voces, y un letrero, donde ponía REGLAS DE LA CASA, estaba clavado en la pared junto a la escalera.

REGLAS DE LA CASA

- No se permiten transformaciones en los pasillos.
- No se permite aullar.
- No se permite plata.
- Se debe permanecer vestido en todo momento. EN TODO MOMENTO.
- No se permite luchar ni morder.
- Etiquetar toda la comida antes de meterla en el refrigerador comunitario.

El aroma de la preparación del desayuno colgaba en el aire, e hizo que a Maia le rugiera el estómago. *Praetor* Scott pareció divertirse.

—Haré que alguien prepare un plato con algo, si tenéis hambre.

—Gracias —murmuró la chica. Habían llegado al final del pasillo, y *Praetor* Scott abrió una puerta donde ponía «DESPACHO».

El licántropo de más edad frunció el cejo.

—Rufus —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Maia miró más allá de él. El despacho era una sala grande, cómodamente revuelta. Había una ventana rectangular que daba a los amplios jardines, donde un grupo de jóvenes estaban realizando lo que parecían maniobras de entrenamiento, vestidos con ropa de ejercicio. Las paredes de la sala estaban cubiertas de libros sobre licantropía, muchos en latín, aunque Maia pudo reconocer la palabra «*lupus*». El escritorio era una losa de mármol colocada sobre las esculturas de dos lobos rugiendo.

Ante él había dos sillas. Encorvado en una de ellas y con las manos agarradas se hallaba sentado un hombre de buen tamaño, otro licántropo.

—*Praetor* —dijo en una voz chirriante—. Esperaba poder hablar contigo sobre el incidente de Boston.

—¿El incidente en el que le rompiste la pierna al joven de quien debías encargarte? —preguntó el *Praetor* con sequedad—. Ya hablaremos de eso, Rufus, pero no ahora. Algo más urgente me requiere.

—Pero *Praetor* ...

—Eso será todo por ahora, Rufus —dijo Scott en el tono vibrante de un lobo alfa cuyas órdenes son incuestionables—. Recuerda, éste es un lugar de rehabilitación. Parte de ella es aprender a respetar la autoridad.

Mascullando para sí, Rufus se levantó de la silla. Sólo cuando estuvo en pie, Maia se dio cuenta de su enorme tamaño y reaccionó. Rufus se alzaba por encima de Jordan y de ella, con la camiseta negra tirante sobre el pecho, con las mangas a punto de rajarse alrededor del bíceps. Llevaba el cabello cortado al cero; tenía marca de garras cruzándole una mejilla, como surcos en un campo. Les lanzó una fea mirada al pasar ante ellos y salir al pasillo.

—Claro que algunos de nosotros —comentó Jordan— somos más fáciles de rehabilitar que otros.

Cuando los pesados pasos de Rufus dejaron de oírse, Scott se sentó en el sillón detrás del escritorio y apretó el botón de un intercomunicador sorprendentemente moderno. Después de pedir el desayuno con una voz clara, se recostó con las manos tras la cabeza.

—Soy todo oídos —dijo.

Mientras Jordan explicaba la historia y su petición a *Praetor* Scott, Maia no pudo evitar que los ojos y la cabeza se le fueran de un lado a otro. Se preguntó cómo habría sido criarse allí, en esa elegante casa de reglas y normas, en vez de en la comparativa libertad de la manada. En algún momento, un licántropo vestido de negro, que parecía ser el color oficial del *Praetor*, entró con lonchas de asado, queso y bebidas proteínicas en una bandeja de alpaca. Maia miró el desayuno con cierto desánimo. Era cierto que los licántropos necesitaban más proteínas que la gente normal, muchas más, pero ¿asado para desayunar?

—Encontrarás —dijo *Praetor* Scott mientras Maia tomaba su bebida proteínica con cautela— que, en realidad, el azúcar refinado es malo para los licántropos. Si dejas de consumirlo durante un cierto tiempo, dejarás de echarlo en falta. ¿No te ha explicado eso el jefe de tu manada?

Maia trató de imaginarse a Luke, al que le gustaba hacer creps de formas divertidas, echándoles un sermón sobre el azúcar, pero no lo consiguió. Sin embargo, ése no era el momento de mencionarlo.

—Sí, claro que lo ha hecho —contestó ella—. Yo suelo..., ah..., tener un desliz en momentos de tensión.

—Entiendo tu preocupación por tu jefe de manada —repuso Scott. Un Rolex le brilló en la muñeca—. Por lo general, mantenemos una estricta política de no intervención en asuntos que no tengan que ver con subterráneos recientes. En realidad, no damos prioridad a los licántropos sobre otros subterráneos, aunque en el *Praetor* sólo se acepten licántropos.

—Pero por eso es exactamente por lo que necesitamos tu ayuda —explicó Jordan—. Por su carácter, las manadas están siempre en movimiento, son nómadas. No tienen la oportunidad de crear cosas como bibliotecas donde almacenar conocimientos. No estoy diciendo que no tengan saber, pero todo está en forma de tradición oral y cada manada sabe cosas diferentes. Podríamos ir de manada en manada, y quizá alguien supiera cómo curar a Luke, pero no tenemos tiempo. Esto —hizo un gesto hacia los libros que cubrían las paredes— es lo más parecido que tienen los licántropos a, digamos, los archivos de los Hermanos Silenciosos o el Laberinto Espiral de los brujos.

Scott no parecía convencido. Maia dejó su bebida proteínica.

—Y Luke no es sólo un jefe más —añadió—. Es el representante licántropo en el Consejo. Si le ayuda a curarse, el *Praetor* siempre tendrá una voz a su favor en el Consejo.

A Scott le brillaron los ojos.

—Interesante —repuso—. Muy bien. Echaré una ojeada a los libros. Seguramente me llevará unas cuantas horas. Jordan, te sugiero que descanses un poco, si vas a regresar a Manhattan. No nos gustaría que estrellaras tu camioneta contra un árbol.

—Puedo conducir yo... —comenzó Maia.

—Los dos parecéis agotados. Jordan, como sabes, siempre habrá una habitación para ti en la Casa *Praetor*, aunque te hayas graduado. Y Nick está en una misión, así que hay una cama también para Maia. ¿Por qué no descansáis los dos un poco, y os llamo cuando haya acabado? —Se volvió en la silla para examinar los libros de las paredes.

Jordan hizo un gesto a Maia para indicarle que tenían que salir; ésta se puso en pie y se sacudió las migas de los pantalones. Estaba a medio camino de la puerta cuando *Praetor* Scott habló de nuevo.

—Oh, y, Maia Roberts —dijo en una voz que contenía un cierto tono de advertencia—: Espero que entiendas que cuando haces promesas en nombre de otros, es tu responsabilidad asegurarte de que las cumplan.

Al despertar, Simon seguía sintiéndose agotado, y parpadeó en la oscuridad. Las gruesas cortinas sobre las ventanas dejaban pasar muy poca luz, pero su reloj interno le dijo que era de día. Eso y que Isabelle no estuviera; su lado de la cama estaba revuelto y las sábanas apartadas.

Era de día, y no había hablado con Clary desde que ésta se fue. Sacó la mano de debajo de las sábanas y miró el anillo de oro en su mano derecha. Era muy delicado, y estaba grabado con lo que parecían o dibujos o palabras en un alfabeto que él desconocía.

Apretó los dientes, se sentó en la cama y tocó el anillo.

«¿Clary?»

La respuesta fue inmediata y clara. Simon casi se cayó de la cama de alivio.

«Simon. Gracias a Dios.»

«¿Puedes hablar?»

«No —fue la respuesta. Simón notó más que oyó una tensa inquietud en la voz que sonaba en su cabeza—. Me alegro de que me hayas hablado, pero ahora no me va bien. No estoy sola.»

«Pero ¿estás bien?»

«Sí. No ha pasado nada aún. Estoy tratando de reunir información. Te hablaré en cuanto oiga algo.»

«De acuerdo. Cuídate.»

«Tú también.»

Y se fue. Simon pasó las piernas por el borde de la cama, hizo lo que pudo para alisarse el revuelto cabello y fue a ver si alguien más estaba despierto.

Lo estaban. Alec, Magnus, Jocelyn e Isabelle estaban sentados alrededor de la mesa del salón del brujo. Mientras que Alec y Magnus iban en vaqueros, tanto Jocelyn como Isabelle llevaban el uniforme; la chica con el látigo enrollado en el brazo derecho. Alzó la mirada cuando él entró, pero no le sonrió; tenía los hombros tensos y la boca apretada en una fina línea. Todos tenían tazas de café delante.

—Hay una razón para que el ritual de los Instrumento Mortales fuera tan complicado. —Magnus se acercó el azucarero haciéndolo flotar y se echó azúcar en el café—. Los ángeles actúan a instancias de Dios, no de los humanos, ni siquiera de los cazadores de sombras. Invoca a uno, y lo más fácil es que caiga sobre ti la ira divina. La idea del ritual de los Instrumentos Mortales no era permitir a alguien invocar a Raziel. Era proteger al invocador de la ira del Ángel una vez apareciera.

—Valentine... —comenzó Alec.

—Sí, Valentine también invocó a un ángel menor. Y nunca le habló, ¿no? Nunca le dio ninguna ayuda, aunque recolectara su sangre. E incluso así, debía de estar empleando hechizos increíblemente poderosos para retenerlo. Según lo entiendo, enlazó su vida a la mansión Wayland, de forma que cuando el ángel murió, la mansión se convirtió en ruinas. —Tamborileó su taza con una uña pintada de azul—. Y se condenó a sí mismo. Tanto si crees en el Cielo y en el Infierno como si no, seguro que se condenó. Cuando invocó a Raziel, éste lo mató. En parte como venganza por lo que Valentine había hecho a su hermano ángel.

—¿Por qué estáis hablando de invocar a ángeles? —preguntó Simon, sentándose en el extremo de la larga mesa.

—Isabelle y Jocelyn han ido a ver a las Hermanas de Hierro —explicó Alec—. En busca de una arma que se pueda usar contra Sebastian sin que afecte a Jace.

—¿Y no hay ninguna?

—Nada en este mundo —contestó Isabelle—. Una arma celestial podría servir, o algo con una gran adscripción demoníaca. Estábamos considerando la primera opción.

—¿Invocar a un ángel para que os dé una arma?

—Ha pasando antes —dijo Magnus—. Raziel le dio la Espada Mortal a Jonathan Cazador de Sombras. En las viejas historias, la noche antes de la batalla de Jericó apareció un ángel y le dio una espada a Josué.

—Uh —masculló Simon—. Habría pensado que los ángeles se dedicaban a la paz, no a las armas.

Magnus resopló.

—Los ángeles no son sólo mensajeros. Son soldados. Se dice que Miguel levantó ejércitos. Los ángeles no son pacientes. Sobre todo, con las vicisitudes de los seres humanos. Si alguien tratara de invocar a Raziel sin los Instrumentos Mortales para protegerse, seguramente caería muerto al instante. Los demonios son más fáciles de invocar. Hay más, y muchos son débiles. Pero claro, un demonio débil no puede ayudarte mucho...

—No podemos invocar a un demonio —exclamó Jocelyn, horrorizada—. La Clave...

—Creía que hacía años que había dejado de importarte lo que la Clave pensara de ti —replicó Magnus.

—No es lo mismo —repuso Jocelyn—. El resto de vosotros. Luke. Mi hijo. Si la Clave supiera...

—Bueno, pues no lo sabrán, ¿verdad? —dijo Alec, con un cierto tono cortante en su voz, normalmente amable—. A no ser que se lo digas.

Jocelyn pasó la mirada del serio rostro de Isabelle al inquisitivo de Magnus, y luego a los obstinados ojos azules de Alec.

—¿Lo estáis pensando en serio? ¿Invocar a un demonio?

—Bueno, no a cualquier demonio —contestó Magnus—. *Azazel*.

Jocelyn sacó chispas por los ojos.

—¿*Azazel*.? —Miró a todos los otros, como si buscara apoyo, pero Izzy y Alec miraban sus tazas, y Simon sólo se encogió de hombros.

—No sé quién es *Azazel*. —dijo éste—. ¿No es el gato de Los pitufos? —Miró alrededor, pero Isabelle lo miró poniendo los ojos en blanco.

«¿Clary?», pensó.

Su voz le llegó, teñida de alarma.

«¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha descubierto mi madre que no estoy?»

«Aún no —pensó él, respondiendo—. *¿Azazel. es el gato de Los pitufos?»*

Un largo silencio.

«Eso es Azrael, Simon. Y no vuelvas a usar los anillos mágicos para preguntar por Los pitufos.»

Se fue. Simon alzó la mirada de su mano y vio a Magnus mirándolo inquisitivo.

—No es un gato, Silvestre —respondió—. Es un Demonio Mayor. Teniente del Infierno y Forjador de Armas. Era el ángel que enseñó a los humanos a hacer armas, cuando antes había sido un conocimiento que sólo los ángeles poseían. Eso causó su caída, y ahora es un demonio. «Y toda la Tierra se corrompió por las obras que *Azazel.* enseñó. Impútale todo pecado.»

Alec miró asombrado a su novio.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Es amigo mío —contestó Magnus, y al ver sus expresiones, suspiró—. De acuerdo, no es cierto. Pero está en el Libro de Enoc.

—Parece peligroso. —Alec frunció el ceño—. Incluso suena como si fuera más que un Demonio Mayor. Como Lilith.

—Por suerte, ya está sometido —explicó Magnus—. Si lo invocas, su forma espiritual vendrá a ti, pero su yo corpóreo permanecerá atado a las quebradas rocas de Duduael.

—La quebradas rocas de... O, lo que sea —replicó Isabelle, mientras se recogía su larga cabellera en un moño—. Es un demonio de armas. Muy bien. Yo digo que lo intentemos.

—No puedo creer que ni os lo estéis planteando —protestó Jocelyn—. Viendo a mi esposo, aprendí lo que puede pasar si se juega a invocar demonios. Clary... —Se calló de golpe, como si notara la mirada de Simon sobre ella, y se volvió—. Simon, ¿sabes si ya está despierta? La he dejado dormir, pero son casi las once.

Simon vaciló un instante.

—No lo sé. —Eso, razonó, era cierto. Dondequiera que se hallara, Clary podría estar durmiendo. Aunque acababa de hablar con ella.

Jocelyn pareció desconcertada.

—Pero ¿no estabas en la habitación con ella?

—No. Estaba... —Simon se interrumpió, al darse cuenta de que había metido la pata. Había tres habitaciones de invitados. Jocelyn había dormido

en una. Clary en la otra. Por lo tanto, él debía de haber dormido en la tercera con...

—¿Isabelle? —preguntó Alec, alzando las cejas—. ¿Has dormido en el cuarto de mi hermana?

Isabelle agitó una mano.

—No te preocupes, hermano mayor. No ha pasado nada. Por supuesto —añadió mientras Alec relajaba los hombros—. Yo tenía una borrachera de miedo, así que él podría haber hecho lo que quisiera y yo ni me habría despertado.

—Oh, por favor —exclamó Simon—. Lo único que hice fue contarte toda la trama de *La guerra de las galaxias*.

—Pues creo que no la recuerdo —repuso Isabelle, y cogió una galleta del plato que había sobre la mesa.

—Ah, ¿sí? ¿Quién era el mejor amigo de la infancia de Luke Skywalker?

—Biggs Darklighter —contestó Isabelle de inmediato, y luego dio una fuerte palmada en la mesa—. ¡Eso es trampa! —Aun así, le sonrió, con la galleta ya en la boca.

—Ah —repuso Magnus—. Amor friki. Es algo muy hermoso, al mismo tiempo que un objeto de burla e hilaridad para los que somos más sofisticados.

—Muy bien, ya basta. —Jocelyn se puso en pie—. Voy a buscar a Clary. Si vais a invocar a un demonio, no quiero seguir aquí, y tampoco quiero que esté mi hija. —Fue hacia el pasillo.

Simon le cortó el paso.

—No lo hagas —advirtió.

Jocelyn lo miró muy seria.

—Sé que vas a decir que éste es el lugar más seguro para nosotras, Simon, pero si invocan a un demonio, yo...

—No es eso. —El vampiro respiró hondo, lo que no le sirvió de nada, puesto que su sangre ya no procesaba el oxígeno. Se notó ligeramente mareado—. No puedes ir a despertarla porque... porque no está.

La antigua habitación de Jordan en la Casa *Praetor* era igual que el dormitorio de cualquier universidad. Había dos camas de hierro, cada una en una pared. Por la ventana que las separaba se veían los campos verdes tres pisos más abajo. El lado de Jordan estaba bastante vacío; parecía que se había llevado la mayoría de las fotos y los libros a Manhattan con él, pero aún quedaban algunas fotos de playas y del mar clavadas con chinchetas, y una tabla de surf apoyada contra una pared. Maia se sobresaltó un poco al ver que en la mesilla de noche había una foto de Jordan y de ella en un marco dorado, tomada en Ocean City, con el paseo y la playa tras ellos.

Jordan miró la foto y luego a ella, y se sonrojó. Dejó su mochila en la cama y se sacó la chaqueta, de espaldas a la chica.

—¿Cuándo regresará tu compañero de cuarto? —preguntó Maia después de un silencio, repentinamente incómodo. No estaba segura de por qué ambos se sentían violentos. Juntos en la camioneta, no lo habían estado en absoluto, pero allí, en el espacio de Jordan, los años que habían pasado sin hablarse parecían apartarlos.

—¿Quién sabe? Nick está en una misión. Son peligrosas. Podría no volver. —Jordan parecía resignado. Dejó la chaqueta en el respaldo de una silla—. ¿Por qué no te acuestas? Yo me voy a duchar. —Se dirigió al cuarto de baño, el cual, como Maia vio con alivio, estaba adosado a la habitación. No le habría gustado tener que emplear uno de esos baños compartidos situados al final del pasillo.

—Jordan... —comenzó, pero él ya había cerrado la puerta tras de sí.

Maia oyó correr el agua. Suspirando, se sacó los zapatos y se tumbó sobre la cama del ausente Nick. La manta era de cuadros azul oscuro y olía a piñas. Miró hacia arriba y vio que el techo estaba empapelado de fotos. El mismo chico rubio simpático, que aparentaba unos diecisiete años, le

sonreía en todos los retratos. Nick, supuso. Parecía feliz. ¿Habría sido Jordan feliz allí, en la Casa *Praetor* ?

Ella estiró el brazo y volvió hacia sí la foto de ellos dos juntos. Se la habían tomado hacía años, cuando Jordan era delgado, con unos grandes ojos castaños que le dominaban en el rostro. Estaban cogidos, y parecían bronceados y felices. El verano les había oscurecido la piel a ambos y había puesto mechuras en el cabello de Maia; Jordan tenía la cabeza ligeramente vuelta hacia ella, como si fuera a decirle algo o a besarla. Maia no podía recordar qué. Ya no.

Pensó en el chico en cuya cama estaba tumbada, el chico que podría no regresar. Pensó en Luke, muriendo lentamente, y en Alaric, Gretel, Justine, Theo y todos los demás de la manada que habían perdido la vida en la guerra contra Valentine. Pensó en Max y en Jace; dos Lightwood perdidos, porque, tenía que admitirlo aunque sólo fuera para sí, no creía que llegaran a recuperar a Jace. Y al final, curiosamente, pensó en Daniel, el hermano al que nunca había llorado, y para su sorpresa, notó que las lágrimas le ardían en los ojos.

Se sentó de golpe. Notaba como si el mundo estuviera tambaleándose y ella estuviera aferrándose a él impotente, tratando de impedir que se hundiera en un abismo negro. Notaba las sombras cubriéndolo. Con Jace perdido y Sebastian por ahí, las cosas sólo podían empeorar. Sólo habría más pérdidas, más muerte. Tenía que admitir que lo más viva que se había sentido en semanas había sido durante esos momentos del amanecer, besando a Jordan en la camioneta.

Como si fuera un sueño, se encontró poniéndose en pie. Cruzó la habitación y abrió la puerta del cuarto de baño. La ducha era un rectángulo de vidrio empañado; podía distinguir la silueta de Jordan a través de él. Dudó que pudiera oírla bajo el agua, mientras se sacaba el jersey, y dejaba caer los pantalones y la ropa interior. Respiró hondo, atravesó la estancia, abrió la mampara de la ducha y se metió dentro.

Jordan se dio la vuelta, apartándose el cabello mojado de los ojos. La ducha estaba caliente, y él tenía el rostro arrebolado y los ojos brillantes, como si el agua se los hubiera pulido. O tal vez sólo era el agua haciendo que le corriera la sangre bajo la piel mientras la miraba, a toda ella. Maia lo miró fijamente, sin vergüenza, observando la forma en que el medallón de *Praetor Lupus* le relucía en el hueco del cuello y cómo le caía la espuma por los hombros y el pecho mientras él seguía mirándola, parpadeando para

que no le entrara el agua en los ojos. Era hermoso, pero eso ella ya lo había pensado siempre.

—¿Maia? —dijo él inseguro—. ¿Estás...?

—Shhh. —Ella le puso un dedo sobre los labios mientras cerraba la mampara de la ducha con la otra mano. Luego se acercó más a él, lo rodeó con los brazos y dejó que el agua les limpiara a los dos la oscuridad—. No hables. Sólo bésame.

Y él lo hizo.

—En el nombre del Ángel, ¿qué quieres decir con que Clary no está? —exigió saber Jocelyn, pálida—. ¿Cómo lo sabes, si te acabas de despertar? ¿Adónde ha ido?

Simon tragó saliva. Había crecido con Jocelyn siendo como una segunda madre para él. Estaba acostumbrado a que fuera muy protectora con su hija, pero la mujer siempre lo había visto como un aliado en aquello, alguien que se interpondría entre Clary y los peligros del mundo. Sin embargo, en ese momento lo miraba como a un enemigo.

—Me envió un mensaje anoche... —comenzó Simon, pero calló al ver que Magnus le hacía un gesto para que se acercara a la mesa.

—Más vale que te sientes —le dijo. Isabelle y Alec lo miraban asombrados, uno a cada lado del brujo, pero éste no parecía especialmente sorprendido—. Explícanos qué está pasando. Tengo la sensación de que nos va a llevar un rato.

Y así fue, aunque no tanto como Simon habría deseado. Cuando acabó de explicarse, encorvado en la silla y mirando la rascada mesa de Magnus, alzó la cabeza y vio a Jocelyn clavándole una mirada verde más fría que el agua ártica.

—¿Has dejado que mi hija se fuera... con Jace... a algún lugar inidentificable e ilocalizable adonde ninguno de nosotros puede acceder?

Simon se miró las manos.

—Yo puedo contactar con ella —contestó, y alzó la mano derecha con el anillo de oro en el dedo—. Ya te lo he dicho. He hablado con ella esta mañana. Me ha dicho que estaba bien.

—Para empezar, ¡nunca deberías haberla dejado marchar!

—No la dejé. Pero iba a ir de todas maneras. Pensé que sería mejor que tuviera algún tipo de contacto, ya que tampoco podía detenerla.

—Para ser justos —intervino Magnus—, dudo que nadie hubiera podido. Clary hace lo que quiere. —Miró a Jocelyn—. No puedes tenerla en una jaula.

—Confiaba en ti —le replicó Jocelyn—. ¿Y cómo salió de aquí?

—Abrió un Portal.

—Pero me dijiste que había palabras...

—Para impedir que entren las amenazas, no para mantener dentro a los invitados. Jocelyn, tu hija no es estúpida, y hace lo que cree correcto. No puedes detenerla. Nadie puede detenerla. Se parece muchísimo a su madre.

La mujer miró a Magnus durante un momento, con la boca ligeramente entreabierta, y Simon se dio cuenta de que el mago debía de haber conocido a la madre de Clary cuando ésta era joven, cuando había traicionado a Valentine y al Círculo, y casi había muerto en el Levantamiento.

—Sólo es una niña —replicó ella, y se volvió hacia Simon—. ¿Has hablado con ella? ¿Con esos anillos? ¿Desde que se fue?

—Esta mañana —contestó el vampiro—. Ha dicho que estaba bien. Que todo iba bien.

En vez de tranquilizarse, Jocelyn sólo pareció más enfadada.

—Estoy segura de que eso es lo que ella dijo. Simon, no puedo creer que le hayas permitido hacerlo. Deberías haberla retenido...

—¿Cómo, atándola? —replicó el chico sin poder creérselo—. ¿Esposándola a la mesa?

—Si eso era lo que hacía falta. Eres más fuerte que ella. Me has decepcionado...

Isabelle se levantó.

—Bien, ya basta. —Miró enfadada a Jocelyn—. Es total y completamente injusto que le grites a Simon por algo que Clary ha decidido hacer por su cuenta. Y si él la hubiera atado, ¿qué? ¿La ibas a dejar atada eternamente? En algún momento la tendrías que soltar, y entonces, ¿qué? Ya nunca volvería a confiar en Simon, y no confía en ti porque le robaste los recuerdos. Y eso, si no me equivoco, fue porque estabas tratando de protegerla. Quizá si no la hubieras protegido tanto, sabría mejor lo que es peligroso y lo que no, ¡y tampoco se lo callaría todo, ni sería tan temeraria!

Todos se quedaron mirando a Isabelle, y Simon recordó algo que Clary le había dicho una vez: que Izzy soltaba discursos pocas veces, pero que cuando lo hacía, tenían peso. Jocelyn tenía los labios blancos de tan apretados.

—Me voy a la comisaría para estar con Luke —dijo finalmente—. Simon, espero que me informes cada veinticuatro horas de que mi hija está bien. Si no me dices algo todas las noches, acudiré a la Clave.

Salió furiosa del apartamento, dando un portazo tan fuerte que apareció una grieta en el yeso junto a la puerta.

Isabelle volvió a sentarse, esta vez junto a Simon. Él no dijo nada, pero le tendió la mano, y ella se la cogió, entrelazando los dedos.

—¿Y bien? —dijo Magnus finalmente, rompiendo el silencio—. ¿Quién se apunta a invocar a *Azazel*? Porque vamos a necesitar un montón de velas.

Jace y Clary se pasaron el día paseando por las estrechas calles laberínticas que corrían junto a los canales, cuyas aguas iban desde el verde oscuro hasta el azul sucio. Se metieron entre los turistas de la plaza de San Marcos, pasaron por el Puente de los Suspiros y bebieron tacitas de café fuerte en el Café Florian. El confuso laberinto de calles le recordó a Clary un poco a Alacante, aunque Alacante carecía de la sensación de elegante decadencia de Venecia. Ahí no había calzadas ni coches, sólo pequeños callejones retorcidos y puentes que se arqueaban sobre canales con agua tan verde como la malaquita. Mientras el cielo se oscurecía con el profundo azul del ocaso de finales de otoño, las luces comenzaron a encenderse en pequeñas boutiques, en bares y restaurantes que parecían salir de ninguna parte y volver a desaparecer después de que Jace y ella los sobrepasaran, dejando detrás luz y risas.

Cuando Jace preguntó a Clary si quería cenar, ella asintió con firmeza. Empezaba a sentirse culpable porque no había conseguido extraerle ninguna información y, además, lo cierto era que se estaba divirtiendo. Mientras cruzaban el puente hacia el Dorsoduro, una de las zonas más tranquilas de la ciudad, lejos de la multitud de turistas, Clary decidió que esa noche iba a sacarle algo que valiera la pena comunicar a Simon.

Jace le cogía la mano con firmeza mientras pasaban por el último puente y la calle se abría a una gran plaza junto a un enorme canal del tamaño de un río. La cúpula de una basílica se alzaba a la derecha. Al otro lado del canal, otra parte de la ciudad iluminaba la tarde, reflejando los destellos de luz en el agua. Las manos de Clary ansiaban el carboncillo y los lápices, para dibujar la luz mientras se apagaba en el cielo, el agua al oscurecerse, las quebradas siluetas de los edificios, y sus reflejos atenuados

por el canal. Todo parecía lavado con un tono azul acerado. Las campanas de algunas iglesias tocaban.

Tensó la mano que cogía la de Jace. Allí se sentía muy lejos de todo lo que era su vida, distante de una manera que no se había sentido en Idris. Venecia compartía con Alacante la misma sensación de ser un lugar fuera del tiempo, arrancado del pasado, como si hubiera entrado en el dibujo de las páginas de un libro. Pero también era un lugar real, uno del que Clary había oído hablar toda su vida, que había deseado visitar. Miró de reojo a Jace, que estaba contemplando el canal. La luz azul acerada también estaba sobre él, oscureciéndole los ojos, las sombras bajo los pómulos y las líneas de la boca. Cuando él se dio cuenta de que lo miraba, le devolvió la mirada y le sonrió.

Él la guió alrededor de la iglesia y por una escalera de peldaños mohoso hasta un sendero junto al canal. Todo olía a piedra mojada, a agua, a humedad y a años. Mientras el cielo se oscurecía, algo cortó la superficie del agua a unos pasos de Clary. Oyó la salpicadura y miró a tiempo de ver a una mujer de pelo verde alzarse del agua y sonreírle; tenía un rostro hermoso, pero dientes de tiburón y ojos amarillos de pez. Llevaba el cabello entrelazado de perlas. Se volvió a hundir en el agua, sin hacer ninguna onda.

—Sirena —explicó Jace—. Hay varias viejas familias que viven en Venecia desde hace mucho, mucho tiempo. Son un poco raras. Por lo general, viven mejor en el agua limpia, mar adentro, alimentándose de peces en vez de basura. —Miró hacia el sol poniente—. Toda la ciudad apesta —comentó—. Estará bajo el agua en cien años. Imagínate nadar y tocar la punta de la basílica de San Marcos. —Señaló sobre el agua.

Clary sintió un destello de tristeza al pensar en la pérdida de tanta belleza.

—¿No pueden hacer nada?

—¿Para alzar toda la ciudad? ¿O para detener el mar? No mucho —contestó Jace. Habían llegado a unos escalones que subían. El viento soplaba desde el mar y le alzaba el cabello dorado oscuro de la frente y la nuca—. Todo tiende hacia la entropía. El propio universo se expande, las estrellas se separan unas de otras, y sólo Dios sabe lo que cae por las grietas que se abren entre ellas. —Calló un momento—. De acuerdo, eso ha sonado un poco raro.

—Quizá sea todo el vino del almuerzo.

—Aguanto bien el alcohol. —Torcieron una esquina, y un paisaje encantado de luces destelló ante ellos. Clary parpadeó, ajustando la visión. Era un pequeño restaurante con mesas fuera y dentro, con focos de calor rodeados de luces de Navidad como un bosque de árboles mágicos entre las mesas. Jace se soltó de ella el tiempo justo para conseguir una mesa, y en seguida estuvieron sentados junto al canal, oyendo al agua salpicar contra la piedra y el ruido de las barcas cabeceando con la marea.

Clary comenzaba a sentir oleadas de cansancio, semejantes a las del agua rompiendo contra los costados del canal. Le dijo a Jace lo que quería y dejó que él lo pidiera en italiano; se sintió aliviada cuando el camarero se marchó y ella pudo apoyar los codos en la mesa y la cabeza en las manos.

—Creo que tengo jet lag —comentó—. Jet lag interdimensional.

—¿Sabes?, el tiempo es una dimensión —repuso Jace.

—Pedante. —Le lanzó una miga de pan de la cestita que tenía delante.

Él sonrió.

—El otro día estaba tratando de recordar todos los pecados capitales —dijo él—. Avaricia, envidia, gula, ironía, pedantería...

—Estoy segura de que la ironía no es un pecado capital.

—Estoy seguro de que sí.

—Lujuria —dijo ella—. La lujuria es un pecado capital.

—Y azotar.

—Creo que eso forma parte de la lujuria.

—Creo que debería tener su propia categoría —repuso Jace—. Avaricia, envidia, gula, ironía, pedantería, lujuria y azotes. —Las luces navideñas blancas se le reflejaban en los ojos. Estaba más guapo que nunca, pensó Clary, y por lo tanto más distante, más difícil de tocar. Pensó en lo que había dicho sobre que la ciudad se hundía y sobre los espacios entre las estrellas, y recordó la letra de una canción de Leonard Cohen de la que el grupo de Simon solía hacer una versión no demasiado buena. «Hay una grieta en todo / Así es como entra la luz.» Tenía que haber una grieta en la calma de Jace, alguna manera en que ella pudiera acceder al Jace real que creía que aún estaba ahí dentro.

Los ojos ambarinos la observaron. Le tocó la mano, y sólo un momento después, Clary se dio cuenta de que él tenía los dedos sobre el anillo de oro.

—¿Qué es esto? —preguntó—. No recuerdo que tuvieras un anillo hecho por las hadas.

Lo dijo en un tono neutro, pero a Clary el corazón le dio un vuelco. Mentirle a Jace a la cara era algo en lo que no tenía demasiada práctica.

—Era de Isabelle —contestó encogiéndose de hombros—. Estaba tirando todo lo que le había regalado su ex novio hada, Meliorn, y me gustó, así que me dijo que podía quedármelo.

—¿Y el anillo Morgenstern?

Ahí parecía adecuado decir la verdad.

—Se lo di a Magnus para que tratara de localizarte por medio de él.

—Magnus —repitió Jace como si el nombre le resultara desconocido, y exhaló—. ¿Aún sigues creyendo que venir conmigo ha sido la decisión correcta?

—Sí. Me alegro de estar contigo. Y... bueno, siempre he querido visitar Italia. Nunca he viajado mucho. Nunca había salido del país...

—Estuviste en Alacante —le recordó él.

—Sí, vale, aparte de visitar tierras mágicas que nadie más puede ver, no he viajado mucho. Simon y yo teníamos planes. Íbamos a viajar de mochileros por Europa después de graduarnos en el Instituto... —Clary fue bajando la voz—. Ahora parece una tontería.

—No, no lo parece. —Le puso un mechón de pelo tras la oreja—. Quédate conmigo. Podemos ver el mundo entero.

—Estoy contigo. No me voy a ninguna parte.

—¿Hay algún lugar especial que quieras ver? ¿París? ¿Budapest? ¿La torre inclinada de Pisa?

«Sólo si se le cae a Sebastian a la cabeza», pensó Clary.

—¿Podemos ir a Idris? Quiero decir, supongo, ¿puede ir allí el apartamento?

—No puede traspasar las salvaguardas. —Le acarició la mejilla—. ¿Sabes?, te he echado mucho de menos.

—¿Quieres decir que no has salido en citas románticas con Sebastian mientras estabas lejos de mí?

—Lo intenté —contestó Jace—, pero por mucho que lo emborraches, no acaba de colaborar.

Clary cogió su copa de vino. Estaba comenzando a gustarle. Lo notaba ardiéndole por la garganta, calentándole las venas, añadiendo una calidad de sueño a la noche. Estaba en Italia con su guapo novio, en una hermosa noche, comiendo alimentos deliciosos que se le deshacían en la boca. Ésos eran la clase de momentos que se recordaban toda la vida. Pero se sentía

como si sólo consiguiera rozar la felicidad; siempre que miraba a su amado, la felicidad se le volvía a escapar. ¿Cómo podía a la vez ser Jace y no ser Jace? ¿Cómo se podía tener el corazón roto y ser feliz al mismo tiempo?

Yacían en la estrecha cama que era sólo para una persona, abrazados bajo la sábana de franela de Jordan. Maia apoyaba la cabeza en el brazo de él; el sol que entraba por la ventana le calentaba el rostro y los hombros. Jordan estaba apoyado en el codo. Inclinado sobre ella, con la mano libre acariciándole el cabello, estirándole los rizos y dejándolos escapar de nuevo de entre los dedos.

—He echado de menos tu cabello —dijo él, y la besó en la frente.

La risa surgió de algún lugar dentro de Maia, esa clase de risa que da cuando uno se siente atontado por el amor.

—¿Sólo mi cabello?

—No. —Él sonreía, con sus ojos avellana iluminados de verde y su cabello castaño totalmente revuelto—. Tus ojos. —Los besó, uno después de otro—. Tu boca. —La besó también, y ella enganchó los dedos en la cadena que le caía sobre el pecho desnudo y sujetaba el colgante de *Praetor Lupus*—. Todo de ti.

Maia se enredó la cadena en el dedo.

—Jordan... Lamento lo de antes. Molestarme por lo del dinero, y Stanford. Fue todo demasiado para mí.

Los ojos del chico se oscurecieron y agachó la cabeza.

—No es que no me guste lo independiente que eres. Es que... quería hacer algo bueno por ti.

—Lo sé —susurró ella—. Sé que te preocupa que te necesite, pero no debería estar contigo porque te necesite. Debería estar contigo porque te amo.

A Jordan se le iluminaron los ojos, incrédulos y esperanzados.

—¿Quieres... quieres decir que crees que es posible que puedas sentir eso por mí de nuevo?

—Nunca he dejado de amarte, Jordan —contestó ella, y él la besó con tal intensidad que fue casi doloroso. Ella se acercó más a él, y seguramente las cosas habrían ido como en la ducha de no ser por una seca llamada a la puerta.

—¡*Praetor* Kyle! —gritó una voz desde el otro lado de la puerta—. ¡Despierte! *Praetor* Scott desea verlo en su despacho.

Abrazado a Maia, Jordan maldijo por lo bajo. Riendo, ella le pasó lentamente la mano por la espalda y le metió los dedos por el cabello.

—¿Crees que *Praetor* Scott puede esperar? —susurró ella.

—Creo que tiene una llave de esta habitación y que la usará si le parece.

—No pasa nada —repuso ella, rozándole la oreja con los labios—. Tenemos mucho tiempo, ¿verdad? Todo el tiempo que podamos necesitar.

Presidente Miau estaba tumbado en la mesa frente a Simon, profundamente dormido, con las cuatro patas estiradas hacia arriba. Eso, pensó Simon, era una especie de logro. Desde que se había convertido en vampiro, solía no agrandar a los animales; le evitaban si podían, y se erizaban o ladraban si se acercaba demasiado. Para Simon, al que siempre le habían gustado los animales, era una gran pérdida. Pero suponía que si ya eras la mascota de un brujo, quizá no te costaría aceptar a criaturas extrañas en tu vida.

Resultó que Magnus no había estado bromeando sobre las velas. Simon estaba descansando un momento y tomándose un café; lo aceptaba bien y la cafeína le aliviaba el incipiente agujijoneo del hambre. Durante toda la tarde, habían estado ayudando a Magnus a preparar el escenario para invocar a *Azazel*.. Habían recorrido las tiendas de la zona buscando velas calientaplatos y cirios, que habían colocado cuidadosamente formando un círculo. Isabelle y Alec estaban salpicando las planchas del suelo con una mezcla de sal y belladona seca mientras Magnus les daba instrucciones, leyendo en voz alta de Ritos prohibidos. Manual del nigromante del siglo XV.

—¿Qué le has hecho a mi gato? —preguntó el brujo, que volvía al salón cargado con una cafetera y un círculo de tazas flotando alrededor de la cabeza, como un modelo de los planetas alrededor del sol—. Te has bebido su sangre, ¿no? ¡Has dicho que no tenías hambre!

Simon se indignó.

—No me he bebido su sangre. ¡Está bien! —Le apretó el estómago a *Presidente*. El gato bostezó—. Además, me has preguntado si tenía hambre cuando estabas pidiendo pizzas, así que he dicho que no, porque no puedo comer pizza. Estaba siendo educado.

—Eso no te da derecho a comerte a mi gato.

—¡A tu gato no le pasa nada! —Simon fue a coger al gato, que saltó enfadado sobre sus patas y se fue de la mesa—. ¿Lo ves?

—Lo que tú digas. —Magnus se dejó caer sobre la silla a la cabecera de la mesa; las tazas cayeron en sus sitios mientras Alex e Izzy se incorporaban, acabada su tarea. El brujo dio una palmada—. ¡Venid aquí todos! Es hora de reunirnos. Os voy a enseñar a invocar a un demonio.

Praetor Scott los estaba esperando en la biblioteca, aún en la misma silla giratoria, con una pequeña caja de bronce sobre el escritorio, entre ellos. Maia y Jordan se sentaron frente a él. Y Maia no pudo evitar preguntarse si se le notaría en la cara lo que Jordan y ella habían estado haciendo. Aunque tampoco era que el *Praetor* los estuviera mirando con mucho interés.

Éste empujó la caja hacia Jordan.

—Es un ungüento —dijo—. Aplicado sobre la herida de Garroway, debería filtrarle el veneno de la sangre y permitir que el acero demoníaco salga de él. Debería sanar en unos días.

A Maia le dio un brinco el corazón; al fin buenas noticias. Cogió la caja antes que Jordan y la abrió. Estaba llena con un ungüento oscuro y ceroso con un penetrante olor a hierbas, como hojas de laurel chafadas.

—Yo... —comenzó *Praetor* Scott, mirando a Jordan.

—Ella debe cogerlo —dijo el chico—. Es más cercana a Garroway y forma parte de su manada. Confían en ella.

—¿Estás diciendo que no confían en el *Praetor* ?

—La mitad de ellos piensan que el *Praetor* es un cuento de hadas —repuso Maia, y luego añadió—: señor.

Praetor Scott parecía molesto, pero antes de que pudiera decir nada, sonó el teléfono de su mesa. Pareció vacilar, luego se llevó el auricular a la oreja.

—Scott —dijo, y luego, pasado un momento—: Sí..., sí, eso creo. —Colgó; su boca se curvó en una sonrisa no del todo agradable—. *Praetor* Kyle —dijo—. Me alegro de que te hayas pasado por aquí justamente hoy. Espera un momento. En cierto modo, este asunto te concierne.

A Maia le sorprendió esa afirmación, pero no tanto como se sorprendió un momento después, cuando comenzó a verse un resplandor trémulo en el rincón del despacho y lentamente fue apareciendo una silueta (era como ver las imágenes aparecer en la película en un cuarto oscuro) que fue tomando la forma de un joven. Tenía el cabello castaño, corto y liso, y un collar de oro le relucía contra la oscura piel del cuello. Se le veía pequeño y etéreo,

como un niño del coro, pero había algo en sus ojos que le hacía parecer mucho más viejo.

—Raphael —exclamó Maia, al reconocerlo. Por la ligera transparencia se dio cuenta de que era una proyección. Había oído hablar de ellas, pero nunca había visto una de cerca.

Praetor Scott la miró sorprendido.

—¿Conoces al jefe del clan de vampiros de Nueva York?

—Nos vimos una vez, en el bosque de Brocelind —contestó Raphael, mirándola sin demasiado interés—. Es amiga del vampiro diurno no.

—Tu misión —le dijo *Praetor* Scott a Jordan, como si éste pudiera haberlo olvidado.

Jordan frunció el cejo.

—¿Le ha pasado algo a Simon? —preguntó—. ¿Está bien?

—Esto no se refiere a él —respondió Raphael—, sino a la vampira renegada, Maureen Brown.

—¿Maureen? —exclamó Maia—. Pero si sólo tiene... ¿cuántos?, ¿trece años?

—Un vampiro renegado es un vampiro renegado —sentenció Raphael—. Y Maureen ha ido dejando todo un rastro por TriBeCa y el Lower East Side. Múltiples heridos y al menos seis muertos. Hemos conseguido cubrirlo, pero...

—Es la misión de Nick —informó *Praetor* Scott frunciendo el ceño—. Pero ha sido incapaz de localizarla. Quizá tengamos que enviar a alguien con más experiencia.

—Te insto a que lo hagas —repuso Raphael—. Si en este momento los cazadores de sombras no estuvieran tan concentrados en su propia... emergencia, sin duda ya se habrían implicado. Y lo que menos necesita el clan después del asunto con Camille son más críticas de los cazadores de sombras.

—¿Debo suponer que Camille también sigue sin aparecer? —preguntó Jordan—. Simon nos contó todo lo que había pasado la noche que Jace desapareció, y Maureen parecía estar cumpliendo la voluntad de Camille.

—Camille no ha sido creada recientemente, y por lo tanto no es de nuestra incumbencia —dijo Scott.

—Lo sé, pero... encontradla a ella y tal vez encontréis a Maureen, eso es lo único que digo —repuso Jordan.

—Si estuviera con Camille, no estaría matando al ritmo que lo hace —replicó Raphael—. Camille se lo impediría. Es sanguinaria, pero conoce al Cónclave y la Ley. Mantendría a Maureen y sus actividades lejos de su vista. No, el comportamiento de Maureen tiene todas las señales de un vampiro salvaje.

—Entonces, creo que tienes razón. —Jordan se apoyó en el respaldo de la silla—. Nick debería tener refuerzos para ocuparse de ella, o...

—¿O algo podría pasarle a él? En ese caso, quizá eso te ayude a centrarte más en el futuro —dijo *Praetor* Scott—. En tu propia misión.

Jordan se quedó boquiabierto.

—Simon no fue el responsable de transformar a Maureen —replicó—. Te dije...

Praetor Scott lo cortó con un gesto de la mano.

—Sí, ya lo sé, o te habríamos apartado de tu misión, Kyle. Pero tu sujeto la mordió, y durante tu vigilancia. Y fue su relación con el vampiro diurno, por distante que fuera, la que condujo finalmente a su transformación.

—El diurno es peligroso —dijo Raphael, con ojos brillantes—. Eso es lo que llevo diciendo desde siempre.

—No es peligroso —replicó Maia ferozmente—. Tiene buen corazón. —Vio que Jordan la miraba de reojo, pero fue tan rápido que se preguntó si lo habría imaginado.

—Bla, bla, bla —soltó Raphael, desdeñoso—. Vosotros, los licántropos, no podéis centraros en el asunto que nos ocupa. Confiaba en ti, *Praetor*, porque los subterráneos nuevos son tu departamento. Pero permitir que Maureen corra por ahí hace quedar mal a mi clan. Si no la encontráis pronto, llamaré a todos los vampiros de que pueda disponer. A fin de cuentas —sonrió y sus delicados incisivos refulgieron—, nos corresponde a nosotros matarla.

Una vez acabada la cena, Clary y Jace regresaron andando hacia el apartamento a través de una noche cubierta de niebla. Las calles estaban desiertas y el agua del canal brillaba como el cristal. Al torcer una esquina, se encontraron junto a un silencioso canal, flanqueado por casas cerradas. Las barcas cabeceaban suavemente sobre las ondas del agua, una media luna negra cada una.

Jace rió en silencio y avanzó, soltando la mano de la de Clary. Sus ojos se veían grandes y dorados bajo la luz de las farolas. Se arrodilló junto al canal, y ella vio un destello de plata blanca, una estela; una de las barcas se soltó de sus amarras y comenzó a ir hacia el centro del canal. Jace se volvió a guardar la estela en el cinturón, saltó y aterrizó suavemente sobre el asiento de madera en la proa de la barca. Le tendió la mano a Clary.

—Ven.

Ella le miró a él y luego a la barca, y negó con la cabeza. Sólo era un poco mayor que una canoa, pintada de negro, aunque la pintura estaba húmeda y levantada. Parecía tan ligera y frágil como un juguete. Se imaginó volcándola y acabando ambos en el canal.

—No puedo. La volcaré.

Jace meneó la cabeza con impaciencia.

—Sí que puedes —insistió—. Yo te he entrenado. —Para demostrarlo dio un paso atrás. Y se quedó de pie sobre el fino borde de la barca, al lado del soporte del remo. Miró a Clary con una sonrisa de medio lado. Según todas las leyes de la física, pensó ella, la barca, desequilibrada, debería estar volcándose de lado hacia el agua. Pero Jace se equilibraba allí, con la espalda recta, como si estuviera hecho de humo. Tras él estaba el fondo de agua y piedra, canales y puentes, ni un solo edificio moderno a la vista. Con su brillante cabello y su pose, podría haber sido algún príncipe del Renacimiento.

Le volvió a tender la mano.

—Recuerda. Eres tan ligera como quieras serlo.

Ella recordó. Horas de entrenamiento en cómo caer, cómo mantener el equilibrio, cómo aterrizar como había hecho Jace, igual que si fueras un poco de ceniza descendiendo suavemente. Clary tragó aire y saltó; el agua verdosa volaba bajo ella. Cayó sobre la proa de la barca, y se bamboleó un poco sobre el asiento de madera, pero se mantuvo firme.

Soltó el aire con un soplido de alivio y oyó a Jace reír mientras saltaba al fondo plano de la barca. Hacía agua. Una fina capa de agua cubría la madera. Él era como un palmo más alto que ella, y al estar ella sobre el asiento de la proa, sus cabezas estaban al mismo nivel.

Él le puso las manos en la cintura.

—¿Y adónde quieres ir? —le preguntó Jace.

Ella miró alrededor. Se habían alejado del margen del canal.

—¿Estamos robando una barca?

—Robar es una palabra muy fea —repuso él.

—¿Y cómo quieres llamarlo?

Él la alzó y le dio una vuelta antes de bajarla de nuevo.

—Un caso extremo de ir de tiendas.

Él la acercó más, y ella se tensó. Resbaló, y ambos acabaron sobre el fondo de la barca, que era plano y mojado, y olía a agua y madera mojada.

Clary se encontró sobre Jace, con una rodilla a cada lado de sus caderas. El agua empapaba la camisa del chico, pero a él no parecía importarle. Le rodeó el cuello con los brazos, y la camisa se le subió.

—Literalmente me has tumbado con la fuerza de tu pasión —observó él—. Buen trabajo, Fray.

—Sólo te has caído porque has querido. Te conozco —repuso ella. La luna brillaba sobre ellos como un foco, como si fueran las únicas personas bajo su luz—. No resbalas nunca.

Él le acarició el rostro.

—Quizá no resbale, pero caigo.

A Clary, el corazón le saltaba dentro del pecho, y tuvo que tragar antes de poder contestar, como si estuviera bromeando.

—Ésa puede ser tu peor chorrada de todos los tiempos.

—¿Y quién dice que sea una chorrada?

La barca cabeceó, y Clary se inclinó hacia delante, apoyando las manos en el pecho de Jace. Su cadera presionaba contra la de él, y le miró a los ojos, que perdieron su pícaro brillo dorado y se oscurecieron, al tiempo que la pupila se tragaba el iris. Podía verse a sí misma y el cielo nocturno en ellos.

Él se alzó apoyándose en un codo y le puso la otra mano en la nuca. Clary lo notó arquearse contra ella, rozándole los labios con los suyos, pero ella se apartó, sin aceptar el beso. Lo deseaba, lo deseaba tanto que sentía un agujero en su interior, como si el deseo la hubiera consumido por dentro. Por mucho que su cabeza dijera que ése no era Jace, no era su Jace, su cuerpo lo recordaba, su forma y su tacto, el olor de su piel y su cabello, y lo quería recuperar.

Ella sonrió contra la boca de él, como si lo estuviera tentando, y se movió de lado, acurrucándose junto a él sobre el fondo mojado de la barca. Él no protestó. La rodeó con un brazo. El balanceo de la barca bajo ellos era suave y arrullador. Clary tuvo ganas de apoyarle la cabeza en el hombro, pero no lo hizo.

—Vamos a la deriva —dijo.

—Lo sé. Quiero que veas una cosa.

Jace estaba mirando al cielo. La luna era una gran nube blanca, como una vela. El pecho de Jace subía y bajaba acompasadamente; enredó los dedos en el cabello de Clary. Ella estaba a su lado, esperando y observando mientras las estrellas se movían como un reloj astrológico, y se preguntó a qué estarían esperando. Al final lo oyó: un largo y lento ruido fluido, como el agua manando de un dique roto. El cielo se oscureció y se arremolinó mientras unas siluetas lo cruzaban a gran velocidad. Clary casi no podía distinguirlos a través de las nubes y la distancia, pero parecían hombres, con largos cabellos como cirros, montando caballos cuyos cascos relucían con el color de la sangre. El sonido de un cuerno de caza resonó en la noche, las estrellas temblaron y el cielo se plegó sobre sí mismo mientras los hombres se desvanecían tras la luna.

Clary dejó escapar el aliento lentamente.

—¿Qué ha sido eso?

—La Cacería Salvaje —contestó Jace. Su voz parecía distante y soñadora—. Los Sabuesos de Gabriel. La Multitud Furiosa. Tiene muchos nombres. Son hadas que desdeñan las cortes terrenales. Cabalgan por el cielo, en una cacería eterna. Una noche al año, un mortal puede unirse a ellos, pero una vez te has unido a la Cacería, no puedes dejarla.

—¿Y por qué querría alguien hacer eso?

Jace rodó sobre sí y de repente estuvo sobre Clary, presionándola contra el fondo de la barca. Ella casi ni se fijó en la humedad; notaba el calor manando de él en oleadas y vio que le ardían los ojos. Tenía una manera de apoyarse sobre ella que no la aplastaba, pero que al mismo tiempo le permitía notar todas las partes de él contra sí: la forma de las caderas, las costuras de los vaqueros y la marca de las cicatrices.

—Hay algo muy atractivo en esa idea —respondió él—. En perder totalmente el control, ¿no te parece?

Ella abrió la boca para responder, pero él ya la estaba besando. Clary lo había besado muchas veces, con besos suaves, intensos y desesperados, leves roces de labios que decían adiós, y besos que parecían durar horas, y ése no era diferente. De la misma manera que el recuerdo de alguien que ha vivido en una casa puede permanecer después de que esa persona se haya ido, como una especie de huella psíquica, su cuerpo «recordaba» a Jace. Recordaba su sabor, el ángulo de su boca sobre la de ella, las cicatrices de él

bajo sus dedos y la forma del cuerpo bajo sus manos. Ella se olvidó de sus dudas y lo cogió para apretarlo contra sí.

Él rodó hacia un lado, sujetándola, al tiempo que la barca se balanceaba bajo ellos. Clary oía la salpicadura del agua mientras las manos de Jace le bajaban por el costado hasta la cintura y le acariciaba suavemente la sensible piel del final de la espalda. Trascurrieron infinitas eras, y sólo existía la boca de Jace sobre la de ella, el movimiento arrullador de la barca, las manos de él sobre su piel. Finalmente, después de lo que podrían haber sido horas o minutos, ella oyó a alguien gritar, una voz italiana enfadada, alzándose en la noche y cortando el silencio.

Jace se apartó, con una mirada perezosa y pesarosa.

—Será mejor que nos vayamos.

Clary lo miró, despistada.

—¿Por qué?

—Porque ése es el tipo al que le hemos robado la barca. —Jace se sentó y se bajó la camisa—. Y va a llamar a la policía.

11

IMPÚTALE TODO PECADO

Magnus dijo que no se podía utilizar electricidad durante la invocación de *Azazel.*, así que el loft estaba iluminado únicamente con velas. Éstas ardían en un círculo en el centro de la sala, con diferentes alturas y brillos, aunque compartían una llama azul clara similar.

Dentro del círculo, Magnus había dibujado un pentagrama usando un palo de serbal, con el que había quemado triángulos solapados en el suelo. Entre los espacios formados por el pentagrama había símbolos diferentes de todos los que Simon había visto antes; no eran letras exactamente, ni tampoco runas, pero exudaban una fría sensación de amenaza, a pesar del calor de las llamas de las velas.

En el exterior había oscurecido, la clase de oscuridad que producían los atardeceres tempranos del inminente invierno. Isabelle, Alec, Simon y finalmente Magnus, que estaba salmodiando en alto lo que leía en *Ritos prohibidos*, se hallaban cada uno situado en un punto cardinal alrededor del círculo. La voz de Magnus subía y bajaba, y las palabras en latín parecían una plegaria, pero invertida y siniestra.

Las llamas se alzaron y los símbolos tallados en el suelo comenzaron a arder negros. *Presidente Miau*, que había estado observando desde un rincón de la habitación, se erizó y huyó entre las sombras. Las llamas azul claro crecieron, y Simon casi no podía ver a Magnus a través de ellas. La sala se estaba calentando; el brujo salmodiaba más de prisa, el cabello oscuro se le rizaba con el calor húmedo, el sudor le brillaba en los pómulos.

—*Quod tumeraris: per Jehovam, Gehennam, et consecratam aquam quam nunc spargo, signumque crucis quod nunc facio, et per vota nostra, ipse nunc surgat nobis dicatus Azazel!*

Hubo un estallido de fuego en el centro del pentagrama, y se alzó una espesa columna de humo negro, que se fue disipando lentamente por la sala,

haciendo que todos menos Simon tosieran y se atragantaran. Giró como un torbellino, y se fue fusionando lentamente en el centro del pentagrama hasta que adoptó la forma de un hombre.

Simon parpadeó. No estaba seguro de qué se esperaba, pero no era eso. Un hombre alto de cabello de color caoba, ni joven ni viejo; un rostro sin edad, inhumano y frío. De espalda ancha, vestido con un traje negro de buen corte y lustrosos zapatos negros. Alrededor de cada muñeca tenía un surco rojo oscuro, las marcas de algún tipo de sujeción, cuerda o metal, que le había ido mordiendo la piel durante muchos años. En sus ojos danzaban llamas rojas.

Habló.

—¿Quién invoca a *Azazel*? —Y su voz era como de metal que rascase contra metal.

—Yo. —El brujo cerró con firmeza el libro que sujetaba—. Magnus Bane.

Azazel. inclinó lentamente la cabeza hacia él. La cabeza pareció girarle de una forma antinatural sobre el cuello, como la de una serpiente.

—Brujo —dijo—. Sé quién eres.

Magnus arqueó las cejas.

—¿Lo sabes?

—Invocador. Represor. Destructor del demonio Marbas. Hijo de...

—Bueno —lo interrumpió el otro rápidamente—. No hace falta entrar en todo eso.

—Pero ahí está. —*Azazel*. parecía razonable, incluso divertido—. Si lo que requieres es asistencia infernal, ¿por qué no invocas a tu padre?

Alec miró a su novio boquiabierto. Simon se compadeció de él. No creía que ninguno hubiera pensado que Magnus supiera quién era su padre, aparte de que habría sido algún demonio que habría engañado a su madre haciéndole creer que era su esposo. Era evidente que Alec no sabía más de eso que el resto de ellos, lo que, según suponía el vampiro, probablemente era algo que no le hacía mucha gracia.

—Mi padre y yo no nos llevamos muy bien —repuso Magnus—. Preferiría no implicarlo.

Azazel. alzó las manos.

—Como digas, «amo». Me dominas con el sello. ¿Cuál es tu petición?

Magnus no dijo nada, pero por la expresión del rostro de *Azazel*. resultaba evidente que el brujo le estaba hablando en silencio, de mente a

mente. Las llamas saltaban y bailaban en los ojos del demonio, como niños ansiosos escuchando un cuento.

—Muy lista, Lilith —dijo el demonio al final—. Alzar a un chico de la muerte, y asegurar su vida ligándolo a alguien a quien no soportaríais matar. Siempre fue mejor manipulando las emociones humanas que la mayoría de nosotros. Quizá porque una vez fue algo casi humano.

—¿Existe alguna manera? —Magnus parecía impaciente—. ¿Es posible romper el lazo que los une?

Azazel. negó con la cabeza.

—No sin matarlos a los dos.

—Entonces, ¿no hay manera de matar a Sebastian sin matar a Jace? —Era Isabelle, ansiosa; el brujo le lanzó una mirada para que callara.

—No con ninguna arma que yo pueda crear, o que tenga a mi disposición —contestó *Azazel.*—. Sólo puedo fabricar armas cuya adscripción sea demoníaca. Un rayo lanzado por la mano de un ángel tal vez podría quemar la maldad que hay en el hijo de Valentine y, o bien romper su unión, o bien hacer que sea de una carácter más benevolente. Si puedo sugerir algo...

—Oh —dijo Magnus, entrecerrando los ojos—. Hazlo, por favor.

—Se me ocurre una solución más simple que separará a los dos chicos, mantendrá vivo al vuestro y neutralizará el peligro del otro. Y pediré muy poco a cambio.

—Eres mi sirviente —replicó el brujo—. Si deseas abandonar este pentagrama, harás lo que te diga, sin pedir favores a cambio.

Azazel. siseó, y salieron llamas de sus labios.

—Si no estoy atado aquí, estoy atado allí. Para mí hay muy poca diferencia.

—«Porque esto es el Infierno, no he salido de él» —dijo Magnus, con el aire de alguien que citara un viejo proverbio.

Azazel. mostró una sonrisa metálica.

—Quizá no seas tan orgulloso como el viejo Fausto, brujo, pero eres impaciente. Estoy seguro de que mi disposición a permanecer en este pentagrama superará con mucho tu deseo de vigilarme dentro de él.

—Oh, no lo sé —replicó Magnus—. Siempre he sido muy atrevido en lo que se refiere a decoración, y tenerte aquí añade un pequeño toque extra a esta sala.

— ¡Magnus! — soltó Alec, a quien le desagradaba de manera ostensible la idea de que un demonio inmortal se aposentara en el loft de su novio.

— ¿Celos, pequeño cazador de sombras? — *Azazel*. sonrió malicioso—. Tu brujo no es mi tipo, y además, no querría para nada hacer enfadar a su...

— Basta — le cortó Magnus—. Dinos qué «muy poco» pides a cambio de tu plan.

Azazel. juntó las puntas de los dedos, dedos de artesano, del color de la sangre, acabados en uñas negras.

— Un recuerdo feliz — contestó—. Uno de cada uno. Algo para entretenerme mientras estoy atado como Prometeo a su roca.

— ¿Un recuerdo? — exclamó Isabelle perpleja—. ¿Quieres decir que se desvanecerá de nuestras cabezas? ¿Que no lo podremos recordar nunca más?

Azazel. la miró a través de las llamas, entrecerrando los ojos.

— ¿Qué eres, pequeña? ¿Una nefilim? Sí, cogeré vuestro recuerdo y será mío. No seguiréis sabiendo que os ocurrió a vosotros. Aunque, por favor, evitad darme recuerdos de los demonios que habéis masacrado a la luz de la luna. No es la clase de cosa que me guste. No, quiero que esos recuerdos sean... personales. — Sonrió, y sus dientes destellaron como una verja de hierro.

— Soy viejo — dijo Magnus—. Tengo muchos recuerdos. Renunciaré a uno si hace falta. Pero no puedo hablar por vosotros. Nadie debería verse obligado a renunciar a algo así.

— Lo haré — repuso Isabelle al instante—. Por Jace.

— Yo también, claro — indicó Alec.

Y entonces le llegó el turno a Simon. De repente pensó en Jace, cortándose la muñeca para darle su sangre en la pequeña cabina del bote de Valentine. Arriesgando su propia vida por la de Simon. Quizá en el fondo lo hiciera por Clary pero, aun así, estaba en deuda con él.

— Me apunto.

— Bien — dijo Magnus—. Tratad de pensar en recuerdos felices. Deben ser realmente felices. Algo que os guste recordar. — Echó una agria mirada al satisfecho demonio dentro del pentagrama.

— Estoy lista — avisó Isabelle. Tenía los ojos cerrados y la espalda tensa como si se preparara para algo doloroso. Magnus se acercó a ella y le puso los dedos en la frente, murmurando en voz muy baja.

Alec observó a su novio con su hermana, apretando la boca, y luego cerró los ojos. Simon también los cerró, deprisa, y trató de buscar un recuerdo feliz, ¿algo que tuviera que ver con Clary? Pero tantos de sus recuerdos estaban teñidos con su preocupación por su bienestar... ¿Algo de cuando era muy pequeño? Una imagen se le vino a la cabeza: un día caluroso de verano en Coney Island, él sobre los hombros de su padre, Rebecca corriendo tras ellos, con un puñado de globos en la mano. Mirando al cielo, tratando de buscar formas en las nubes, y el sonido de la risa de su madre.

«No —pensó—, eso no. No quiero perder ése...»

Notó un frío tacto en la frente. Abrió los ojos y vio a Magnus bajando la mano. Simon lo miró parpadeando; de repente tenía la mente en blanco.

—Pero no estaba pensando en nada —protestó.

Los ojos de gato de el brujo eran tristes.

—Sí, sí que pensabas.

Simon miró por la sala, un poco mareado. Los otros parecían estar igual, como si acabaran de despertarse de un sueño extraño; su mirada se encontró con la de Isabelle, vio el oscuro parpadeo de sus pestañas, y se preguntó en qué habría pensado ella, a qué alegría habría renunciado.

Un grave retumbo en el centro del pentagrama le hizo apartar la mirada de Izzy. *Azazel*. se hallaba tan cerca del borde del pentagrama como podía, y un lento rugido de ansia le salía del cuello. Magnus se volvió hacia él y lo miró con desprecio. Cerró el puño, y algo pareció brillarle entre los dedos, como si sujetara una piedra de luz mágica. Lo lanzó, rápido y ladeado, hacia el centro del pentagrama. La visión de vampiro de Simon pudo seguirlo. Era una gota de luz que se extendió al volar, y que formó un círculo que contenía múltiples imágenes. Simon vio un trozo de océano azul, el borde de un vestido de satén que se acampanaba al girar quien lo llevaba, un destello del rostro de Magnus, un niño de ojos azules, y luego *Azazel*. abrió los brazos y el círculo de imágenes se desvaneció en su cuerpo, como un resto de basura suelto absorbido por el fuselaje de un jet.

Azazel. ahogó un grito. Sus ojos, que habían estado despidiendo lenguas de llamas rojas, ardieron como hogueras, y su voz crepitó al hablar.

—Ahhhh. Delicioso.

—Ahora tu parte del trato —exigió Magnus con firmeza.

El demonio se lamió los labios.

—La solución a vuestro problema es ésta. Me dejáis libre por el mundo, y me llevo al hijo de Valentine vivo al infierno. No morirá, y por lo tanto vuestro Jace vivirá, pero habrá dejado atrás este mundo, y la conexión irá consumiéndose lentamente. Recuperaréis a vuestro amigo.

—¿Y luego qué? —preguntó Magnus midiendo sus palabras—. Te dejamos libre por el mundo..., ¿y luego vuelves y te dejas atar de nuevo?

Azazel. rió.

—Claro que no, brujo estúpido. El precio por el favor es mi libertad.

—¿Libertad? —exclamó Alec, incrédulo—. ¿Un Príncipe del Infierno libre por el mundo? Ya te hemos dado nuestros recuerdos...

—Los recuerdos eran el precio que habéis pagado por oír mi plan —contestó *Azazel*.—. Mi libertad es lo que pagaréis para que lo lleve a cabo.

—Esto es un engaño, y lo sabes —replicó Magnus—. Pides lo imposible.

—Y tú también —repuso *Azazel*.—. Por derecho, vuestro amigo está perdido para siempre. «Porque cuando un hombre hiciere voto al Señor, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no violará su palabra: hará conforme a todo lo que salió de su boca.» Y según el hechizo de Lilith, sus almas están unidas, y ambos lo aceptaron.

—Jace nunca lo habría aceptado... —comenzó Alec.

—Dijo las palabras —afirmó *Azazel*.—. De propia voluntad o bajo coacción, eso no importa. Me estáis pidiendo que rompa un lazo que sólo el Cielo puede romper. Pero el Cielo no os ayudará; lo sabéis tan bien como yo. Por eso los hombres invocan a los demonios y no a los ángeles, ¿no es cierto? Ése es el precio que pagaréis por mi intervención. Si no queréis pagarlo, entonces debéis aceptar que lo habéis perdido.

El rostro de Magnus estaba pálido y tenso.

—Conversaremos entre nosotros y discutiremos si tu oferta es aceptable. Mientras tanto: Desaparece. —Agitó la mano, y *Azazel*. desapareció, dejando detrás el olor a madera quemada.

Las cuatro personas de la habitación se quedaron mirándose incrédulas.

—Lo que está pidiendo no es posible, ¿verdad? —preguntó Alec por fin.

—En teoría, cualquier cosa es posible —contestó Magnus, mirando al frente como si contemplara el abismo—. Pero soltar a un Demonio Mayor

en el mundo, y no sólo un Demonio Mayor sino un Príncipe del Infierno, sólo por debajo del propio Lucifer... la destrucción que causaría...

—¿No es posible —inquirió Isabelle— que Sebastian pudiera causar una destrucción igual?

—Como ha dicho Magnus —intervino Simon en un tono amargo—, todo es posible.

—No podría haber crimen peor a ojos de la Clave —indicó—. Quien soltara a *Azazel*. por el mundo se convertiría en un criminal buscado.

—Pero si fuera para destruir a Sebastian... —empezó Isabelle.

—No tenemos ninguna prueba de que Sebastian esté planeando nada —repuso Magnus—. Por lo que sabemos, todo lo que quiere es vivir tranquilamente en una casita de campo cerca de Idris.

—¿Con Clary y Jace? —dijo Alec, incrédulo.

Magnus se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que quiere de ellos? Tal vez se sienta solo.

—Es imposible que se llevara a Jace de aquel tejado sólo porque necesita desesperadamente un amigo íntimo —afirmó Isabelle—. Está planeando algo.

Todos miraron a Simon.

—Clary está tratando de averiguar qué. Necesita tiempo, Y no me digáis: «No tenemos tiempo» —añadió—. Ella ya lo sabe.

Alec se pasó una mano por el cabello oscuro.

—Bien, pero hemos perdido todo un día. Un día que no tenemos. Basta de ideas estúpidas. —Su voz era extrañamente cortante.

—Alec —dijo Magnus. Le puso una mano en el hombro; Alec estaba quieto, mirando enfadado al suelo—. ¿Estás bien?

El chico lo miró.

—¿Y quién eres tú?

El brujo lanzó un grito ahogado; parecía realmente nervioso. Simon nunca recordaba haberlo visto así. Sólo duró un momento, pero ahí estaba.

—¡Alexander! —exclamó Magnus.

—Supongo que es demasiado pronto para hacer bromas sobre eso del recuerdo feliz —respondió Alec.

—¿Te parece? —Su novio alzó la voz.

Pero antes de que pudiera decir nada más, la puerta se abrió, y Maia y Jordan entraron. Tenían las mejillas enrojecidas por el frío, y ella llevaba la chaqueta de cuero de él, lo que sorprendió a Simon.

—Venimos directamente de la comisaría —explicó ella excitada—. Luke aún no ha despertado, pero parece que se va a poner bien... —Calló de golpe al ver el pentagrama, aún brillante, las nubes de humo negro y los trozos quemados del suelo—. Vale, ¿qué habéis estado haciendo vosotros?

Con un pequeño glamour y la habilidad de Jace para subirse a un viejo puente curvo con sólo un brazo, Clary y él escaparon corriendo de la policía italiana sin ser arrestados. Cuando se detuvieron, se dejaron caer contra una pared, riendo, hombro con hombro, con las manos entrelazadas. Clary sintió un momento de felicidad pura y simple, y tuvo que ocultar el rostro en el hombro de Jace, recordándose, con su dura vocecilla interna, que «ése no era él», antes de que su risa se transformara en silencio.

Jace pareció interpretar su súbito mutismo como señal de que estaba cansada. Le cogió la mano con suavidad mientras regresaban a la calle desde donde habían comenzado su paseo, con el estrecho canal con puentes a ambos extremos. Entre ellos, Clary reconoció la casa sin ningún rasgo destacable de la que habían salido. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Frío? —Jace la acercó a él y la besó; era mucho más alto que ella, y o bien tenía que inclinarse o bien alzarla; en ese caso hizo esto último, y ella contuvo un grito ahogado cuando él la alzó y la pasó a través de la pared de la casa.

La dejó en el suelo y de una patada cerró la puerta, que había aparecido de repente detrás de ellos, y estaba a punto de sacarse la chaqueta cuando se oyó una risita apagada.

Clary se apartó de Jace mientras se encendían luces alrededor. Sebastian estaba sentado en el sofá, con los pies sobre la mesita de centro. Tenía el cabello revuelto y los ojos de un negro vidrioso. Tampoco estaba solo. Había dos chicas, una a cada lado de él. Una era rubia e iba ligera de ropa, con sólo una falda muy corta y reluciente, y un top cogido al cuello. Tenía la mano abierta sobre el pecho de Sebastian. La otra era más joven, con un aspecto más dulce; el cabello corto y negro, una cinta de terciopelo negro en la cabeza y un vestido negro de encaje.

Clary se puso tensa.

«Vampira», pensó.

No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía; si era por el brillo ceroso de la blanca piel de la chica morena o la infinita profundidad de sus ojos, o quizá

Clary estuviera aprendiendo a notar esas cosas, como se suponía que las notaban los cazadores de sombras. La chica supo que ella lo sabía; Clary lo notó. La chica sonrió, mostrando sus dienteitos puntiagudos, y luego se inclinó para pasárselos a Sebastian por la clavícula. Él parpadeó, con las pestañas claras cubriendo los ojos oscuros. Miró a Clary, sin prestar atención a Jace.

—¿Has disfrutado de tu cita?

Ella deseó poderle replicar con algo grosero, pero sólo asintió con la cabeza.

—Bueno, entonces ¿te gustaría unirte a nosotros? —preguntó, abarcando a las chicas y a él con un gesto—. ¿Para una copa?

La chica morena rió y le preguntó algo a Sebastian en italiano.

—No —contestó éste—. *Lei è mia sorella.*

La chica se recostó en el asiento, decepcionada. Clary tenía la boca seca. De repente, notó la mano de Jace contra la suya, sus callosos dedos.

—Creo que no —contestó él—. Nos vamos arriba. Nos vemos por la mañana.

Sebastian agitó los dedos, y el anillo Morgenstern que llevaba en la mano destelló como una señal de fuego.

—*Ci vediamo.*

Jace condujo a Clary fuera de la sala y por la escalera de vidrio; sólo cuando se hallaron en el pasillo, ella notó que había recuperado el aliento. Ese Jace diferente era una cosa. Sebastian, otra totalmente distinta. La sensación de amenaza que emanaba era como el humo de un fuego.

—¿Qué ha dicho? —preguntó—. ¿En italiano?

—Ha dicho: «No, es mi hermana» —contestó Jace. No dijo lo que la chica le había preguntado a Sebastian.

—¿Hace eso a menudo? —quiso saber ella. Se habían detenido frente a la habitación del chico—. ¿Traer chicas a casa?

Jace le acarició el rostro.

—Hace lo que quiere, y yo no pregunto —explicó—. Podría traer un conejo rosa de dos metros en biquini, si quisiera. No es asunto mío. Pero si me estás preguntando si he traído chicas a casa, la respuesta es que no. No quiero a nadie excepto a ti.

No había sido eso lo que le preguntaba, pero de todas maneras asintió, como si se sintiera tranquilizada.

—No quiero volver abajo.

—Puedes dormir conmigo en mi habitación esta noche. —Sus ojos dorados relucían en la oscuridad—. O puedes dormir en la habitación principal. Ya sabes que nunca te pediría...

—Quiero estar contigo —respondió ella, y se sorprendió a sí misma con su vehemencia. Tal vez fuera que la idea de dormir en aquel dormitorio, donde Valentine había dormido, donde había esperado volver a vivir con su madre, le resultaba demasiado. O quizá fuera que estaba cansada, y que sólo había pasado una noche en la misma cama que Jace, y que habían dormido tocándose sólo las manos, como si una espada desenvainada se interpusiera entre ellos.

—Dame un segundo para arreglar la habitación. Está hecha un lío.

—Sí, cuando entré antes creo que tal vez viera una mota de polvo en el alféizar de la ventana. Tendrías que hacértelo mirar.

Ella le tiró de un rizo y lo dejó escapar entre los dedos.

—No quiero ir en contra de mis intereses, pero ¿quieres ponerte algo para dormir?

Clary pensó en el armario lleno de ropa del dormitorio principal. Tendría que ir acostumbrándose a la idea. Más le valdría comenzar ya.

—Iré a coger un camisón.

Un momento después, ante un cajón abierto, pensó que, claro, la clase de camisón que los hombres compraban porque querían que se los pusieran las mujeres de su vida, no eran necesariamente la clase de prenda que se comprarían ellas. Clary solía dormir con un top y unos pantalones cortos de pijama, pero allí todo era seda, o encaje, o casi no era, o todo eso a la vez. Al final se decidió por uno de seda verde claro que le llegaba a medio muslo. Pensó en la uñas rojas de la chica de abajo, la que tenía la mano sobre el pecho de Sebastian. Sus propias uñas estaban mordidas, y en las de los pies nunca se ponía más que esmalte incoloro. Se preguntó cómo sería ser más como Isabelle, tan consciente de tu poder femenino que lo pudieras emplear como una arma en vez de quedártelo mirando fascinada, como alguien a quien le ofrecen un regalo para la casa y no tiene ni idea de dónde colocarlo.

Se tocó el anillo de oro para que le diera suerte antes de dirigirse al dormitorio de Jace. Él estaba sentado en la cama, con el pecho descubierto y unos pantalones de pijama negros, leyendo un libro bajo el círculo de luz amarilla que formaba la lamparita de la mesilla de noche. Ella se quedó observándolo durante un momento. Pudo ver el delicado juego de los

músculos bajo la piel cuando pasó la página, y pudo ver la Marca de Lilith sobre su corazón. No era como el encaje negro del resto de sus Marcas, sino de un rojo plateado, como sangre tintada con mercurio. No parecía pertenecerle.

La puerta se cerró tras ella con un clic, y Jace alzó los ojos. Clary vio cómo le cambiaba la cara. Quizá ella no fuera una gran admiradora del camisón, pero él seguro que lo era. La expresión del rostro de Jace le produjo un escalofrío.

—¿Tienes frío? —Jace apartó las sábanas; ella se metió en la cama, y él dejó el libro en la mesilla. Se removieron los dos bajo las sábanas hasta quedar cara a cara. Habían estado en la barca por lo que les habían parecido horas, besándose, pero en la cama era diferente. Aquello había sido en público, bajo la mirada de la ciudad y las estrellas. Eso era una intimidad repentina, sólo los dos bajo las sábanas, su aliento y el calor de sus cuerpos mezclándose. Nadie los vigilaba, nadie los pararía, no había razón para detenerse. Cuando él le puso la mano sobre la mejilla, Clary pensó que el rugido de su propia sangre en los oídos hasta podría ensordecerlo a él.

Sus ojos estaban tan cerca que Clary podía ver el entramado de oro y oro más oscuro en los iris de Jace, como un mosaico de ópalo. Había sentido frío durante tanto tiempo, que en ese momento se sentía arder y derretirse a la vez, disolviéndose en él, y eso que casi ni se tocaban. Notó que la mirada se le iba hacia los puntos donde él era más vulnerable: las sienes, los ojos y el pulso en la vena del cuello, y quiso besarlo ahí, sentir sus latidos contra los labios.

La mano derecha de Jace, marcada de cicatrices, le acarició la mejilla, el hombro y el costado, en un único movimiento que acabó en la cadera, con el que Clary se dio cuenta de por qué a los hombres les gustaban tanto los camisones de seda.

—Dime qué quieres —dijo él en un susurro que no disimulaba el deseo en su voz.

—Sólo quiero que me abracés —contestó ella—. Mientras duermo. Eso es todo lo que quiero ahora.

Los dedos de Jace, que le habían estado dibujando círculos en la cadera, se detuvieron.

—¿Eso es todo?

No, no era lo que Clary quería. Lo que quería era besarlo hasta perder la noción del espacio y el tiempo, como le había pasado en la barca; besarle

hasta olvidar quién era ella y por qué estaba allí. Quería emplearlo como una droga.

Pero eso era muy mala idea.

Él la observó, inquieto, y Clary recordó la primera vez que lo había visto y cómo había pensado que parecía letal y hermoso, como un león.

«Es una prueba», pensó. Y tal vez una muy peligrosa.

—Eso es todo —contestó.

El pecho de Jace subía y bajaba. La Marca de Lilith parecía palpitarle contra la piel, justo sobre el corazón. Tensó la mano sobre la cadera de Clary. Ésta podía oír su propia respiración, tan superficial como la marea baja.

Él la atrajo hacia sí y la hizo volverse hasta que quedaron encajados como dos cucharillas, ella de espaldas a él. Ella tragó un grito ahogado. Notó el calor de la piel de Jace, como si tuviera una ligera fiebre. Pero la sensación de los brazos de él al rodearla le resultaba familiar. Los dos encajaban perfectamente, como siempre: la cabeza de ella bajo la barbilla de él, la columna de ella contra los duros músculos del estómago y el pecho de él, y las piernas de ella sobre las de él.

—Muy bien —susurró Jace, y su aliento en la nuca hizo que a Clary se le pusiera la piel de gallina—. Pues vamos a dormir.

Y eso fue todo. Lentamente, Clary se fue relajando, y el golpeteo de su corazón disminuyó. La sensación de los brazos de Jace rodeándola era la de siempre. Cómoda. Puso las manos sobre las de él y cerró los ojos, flotando en el espacio o en la superficie del mar, los dos solos.

Así durmió, con la cabeza bajo la barbilla de Jace, encajada contra él y con las piernas entrelazadas. Y durmió como no había dormido en semanas.

Simon estaba sentado en el borde de la cama en la habitación de invitados de Magnus, mirando una bolsa de lona que tenía en el regazo.

Oía voces provenientes del salón. Magnus estaba explicando a Maia y a Jordan lo que había pasado aquella noche, e Izzy añadía de vez en cuando algún detalle. Jordan decía algo sobre pedir comida china para no morir de hambre; Maia rió y dijo que mientras no fuera de Jade Wolf, estaba bien.

«Morirse de hambre», pensó Simon. Estaba comenzando a tener hambre, tanta hambre como para notarla como un tirón en las venas. Era una hambre diferente del hambre humana. Se sentía como si le rascaran un

hueco vacío en el interior. Pensó que si alguien lo golpeaba, sonaría como una campana.

—Simon. —Se abrió la puerta y entró Isabelle. Llevaba el cabello suelto, casi hasta la cintura—. ¿Estás bien?

—Sí.

La chica vio la bolsa de viaje en su regazo, y se le tensaron los hombros.

—¿Te marchas?

—Bueno, no planeaba quedarme para toda la eternidad —respondió Simon—. Quiero decir, anoche fue... diferente. Me pediste...

—Bien —le cortó ella en un tono inusualmente animado—. Bueno, al menos puede llevarte Jordan. Por cierto, ¿te has fijado en Maia y él?

—¿Fijarme en qué?

Isabelle bajó la voz.

—Sin duda, entre ellos ha pasado algo durante su viajecito. Ahora parecen una pareja.

—Bueno, eso está bien.

—¿Tienes celos?

—¿Celos? —repitió Simon, confuso.

—Bueno, Maia y tú... —Agitó una mano, mirándolo con los ojos entornados—. Eras...

—Oh, no, no, en absoluto. Me alegro por Jordan. Eso le hará muy feliz. —Y lo decía de corazón.

—Bien. —Entonces, Isabelle alzó el rostro, y él vio que tenía las mejillas arrojadas, y no sólo por el frío—. ¿Te quedarás aquí esta noche, Simon?

—¿Contigo?

Ella asintió, sin mirarlo.

—Alec va a ir al Instituto a buscar más ropa. Me ha preguntado si quería ir con él, pero prefiero... prefiero quedarme aquí contigo. —Alzó la barbilla y lo miró directamente—. No quiero dormir sola. Si me quedo aquí, ¿te quedarás conmigo?

Simon notó lo mucho que le molestaba pedirlo.

—Claro —contestó él, dándole toda la poca importancia que pudo, y al mismo tiempo, se sacó la idea del hambre de la cabeza, o al menos lo intentó. La última vez que había tratado de olvidar beber, había acabado con Jordan apartándolo de una Maureen semiinconsciente.

Pero aquello había sido cuando llevaba días sin comer. Esa vez era diferente. Conocía sus límites. Estaba seguro.

—Claro —repitió—. Me encantará.

Camille sonrió sarcástica mirando a Alec desde el diván.

—¿Y dónde cree Magnus que estás ahora?

Alec, que había colocado una tabla de madera sobre dos ladrillos para hacer una especie de banco, estiró las largas piernas y se miró las botas.

—En el Instituto, cogiendo ropa. Iba a ir por Spanish Harlem, pero al final he venido por aquí.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Y por qué?

—Porque no puedo hacerlo. No puedo matar a Raphael.

Camille echó las manos al cielo.

—¿Y por qué no puedes? ¿Acaso tienes algún tipo de lazo personal con él?

—Casi ni lo conozco —contestó Alec—. Pero matarlo es violar deliberadamente la Ley de los Acuerdos. No es que no haya roto Leyes antes, pero hay una diferencia entre romperlas por una buena razón o romperlas por una razón egoísta.

—Oh, Dios santo. —Camille comenzó a ir de un lado a otro—. ¡Líbrame de los nefilim con conciencia!

—Lo siento.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Lo sientes? Ya te daré yo... —Se interrumpió—. Alexander —continuó en una voz más calmada—, ¿y qué hay de Magnus? Si continúas como hasta ahora, lo perderás.

Alec la observó mientras paseaba inquieta, felina y compuesta, con el rostro carente de cualquier expresión excepto de una curiosa compasión.

—¿Dónde nació Magnus?

Camille se echó a reír.

—¿Ni siquiera sabes eso? Dios. En Batavia, si quieres saberlo. —Ella soltó un bufido burlón al ver la cara de incompreensión de Alec—. Indonesia. Claro que entonces eran la Indias Orientales Neerlandesas. Su madre fue una nativa, me parece, y su padre, algún aburrido colono. Bueno, no su auténtico padre. —Los labios se le curvaron en una sonrisa.

—¿Quién era su auténtico padre?

—¿El padre de Magnus? Bueno..., un demonio, claro.

—Sí, pero ¿qué demonio?

—¿Y qué puede importar eso, Alexander?

—Tengo la sensación —continuó Alex, terco—, que es un demonio muy poderoso y de gran rango. Pero Magnus no quiere hablar de él.

Camille se dejó caer en el diván, suspirando.

—Bueno, claro que no. En una relación se debe conservar cierto misterio, Alexander Lightwood. Un libro que aún no se ha leído es siempre más atractivo que uno que te sabes de memoria.

—¿Quieres decir que le explico demasiado? —Alec se abalanzó sobre esa especie de consejo. En algún lugar, dentro de la cáscara fría y hermosa de una mujer, estaba alguien que había compartido una experiencia única con él: la de amar y ser amado por Magnus. Sin duda, ella debía de saber algo, algún secreto, alguna clave que evitaría que él lo fastidiara todo.

—Casi sin duda. Aunque llevas viviendo tan poco tiempo que no puedo imaginar cuánto tendrás para contarle. Sin duda te debes de haber quedado ya sin anécdotas.

—Bueno, a mí me parece que tu política de no contarle nada tampoco funcionó.

—No estaba tan interesada en conservarlo como tú.

—Bueno, si hubieras estado interesada en conservarlo —preguntó Alec, sabiendo que era una mala idea, pero incapaz de evitarlo—, ¿qué habrías hecho diferente?

Camille suspiró con gesto teatral.

—Lo que tú eres demasiado joven para comprender, es que todos ocultamos cosas. Se las ocultamos a nuestros amantes porque queremos mostrarles lo mejor de nosotros mismos, pero también porque si el amor es auténtico, esperamos que nuestro amado lo entienda, sin necesidad de preguntar. En una verdadera pareja, de las que duran años, siempre hay una comunión tácita.

—Pe... pero —tartamudeó Alec—, creía que le gustaría que fuera abierto con él. Quiero decir, me cuesta mucho abrirme con la gente, incluso con las personas a quienes conozco de toda la vida, como Isabelle o Jace...

Camille resopló con desprecio.

—Eso es otra cosa —repuso—. Cuando has encontrado a tu verdadero amor, no necesitas a más gente en tu vida. No me sorprende que Magnus crea que no puede ser abierto contigo, cuando te apoyas tanto en esa otra

gente. Cuando el amor es verdadero, deberías satisfacer todos los deseos del otro, todas sus necesidades... ¿Me estás escuchando, joven Alexander? Porque mi consejo es muy valioso y no lo doy a menudo...

La sala estaba llena de la luz traslúcida del amanecer. Clary se sentó y observó cómo dormía Jace. Él estaba de lado, su cabello se veía de color bronce claro en el aire azulado. Tenía la mejilla sobre la mano, como un niño. La cicatriz en forma de estrella en su hombro estaba al descubierto, y también los dibujos de viejas runas a lo largo de los brazos, la espalda y los costados.

Clary se preguntó si otra gente consideraría esas cicatrices tan hermosas como ella, o si sólo las veía así porque lo amaba y eran parte de él. Cada una contaba la historia de un momento. Algunas hasta le habían salvado la vida.

Él murmuró algo en su sueño y se volvió de espaldas. Tenía mano con la runa de visión clara y negra sobre el dorso abierta sobre el vientre, y por encima de ella se hallaba la única runa que Clary no encontraba hermosa: la runa de Lilith, la que lo había unido a Sebastian.

Parecía latir, como el rubí del collar de Isabelle, como un segundo corazón.

Silenciosa como un gato, Clary se puso de rodillas sobre la cama. Extendió el brazo y cogió la daga Herondale de la pared. La foto de Jace y ella se soltó y revoloteó en el aire antes de caer boca abajo en el suelo.

Clary tragó saliva y volvió a mirar a Jace. Incluso en ese momento, estaba tan vivo, parecía resplandecer desde dentro como iluminado por un fuego interior. La cicatriz del pecho palpitaba con un latido continuo.

Clary alzó el cuchillo.

Clary se despertó sobresaltada, con el corazón golpeándole el pecho. La habitación le dio vueltas como un carrusel; aún era de noche, y el brazo de Jace la rodeaba; notaba su aliento cálido contra su nuca, podía notar los latidos de su corazón contra la espalda. Cerró los ojos y tragó el sabor amargo que notaba en la boca.

Había sido un sueño. Sólo un sueño.

Pero ya no podría volver a dormirse. Se incorporó con cuidado, apartó despacio el brazo de Jace y bajó de la cama.

El suelo estaba helado, y Clary hizo una mueca cuando lo tocó con los pies descalzos. En la media luz, encontró el pomo de la puerta del dormitorio y la abrió. Y se quedó helada.

Aunque no había ventanas en el pasillo, estaba iluminado por arañas colgantes. Charcos de algo que parecía oscuro y pegajoso manchaban el suelo. A lo largo de una de las paredes blancas se veía la clara marca de una mano ensangrentada. La sangre salpicaba la pared a intervalos, dirigiéndose hacia la escalera, donde había una única mancha larga y negra.

Clary miró hacia el dormitorio de Sebastian. Estaba en silencio, con la puerta cerrada, y no se veía ninguna luz por la rendija de abajo. Pensó en la chica rubia con el top cogido al cuello que contemplaba a Sebastian. De nuevo miró la huella de la mano ensangrentada. Era como un mensaje, una mano alzada, que le dijese «Detente».

Y entonces, se abrió la puerta de su hermano.

Él salió del cuarto. Llevaba una camiseta térmica sobre unos pantalones negros, y el cabello, blanco plata, estaba revuelto. Bostezaba; se sobresaltó cuando la vio, y una expresión de auténtica sorpresa le cruzó el rostro.

—¿Qué haces levantada?

Clary tragó aire. Sabía metálico.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estás haciendo tú?

—Ir abajo a buscar unas toallas para limpiar este estropicio —dijo como lo más normal del mundo—. Vampiros y sus juegucitos...

—Esto no parece el resultado de ningún juego —replicó Clary—. Y a la chica, la chica humana que estaba contigo, ¿qué le ha pasado?

—Se asustó un poco al ver los colmillos. A veces pasa. —Al ver la expresión de Clary, se puso a reír—. Vino ella. Quería más. Ahora está durmiendo en mi cama, si quieres comprobar que está viva.

—No... no es necesario. —Clary bajó la mirada. Le gustaría haberse acostado con algo más que con el camisón de seda. Se sentía desnuda—. ¿Y tú qué?

—¿Me estás preguntando si estoy bien? —inquirió Sebastian. No era ésa la intención de Clary, pero él parecía complacido. Se apartó el cuello de la camisa, y Clary vio dos marcas limpias de pinchazos junto a la clavícula—. Me iría bien un *iratzte*.

Clary no dijo nada.

—Ven abajo —repuso él, y mientras pasaba ante ella, descalzo, le hizo un gesto para que lo siguiera por la escalera de vidrio. Al cabo de un instante, ella hizo lo que le pedía. Al pasar, él encendió las luces, y cuando llegaron a la cocina, estaba iluminada por una luz cálida—. ¿Vino? —preguntó él, mientras abría la puerta de la nevera.

Ella se sentó en uno de los taburetes junto a la barra de la cocina, alisándose el camisón.

—Sólo agua.

Lo observó servir dos vasos de agua mineral, uno para ella y otro para él. Su elegante economía de movimientos era igual que la de Jocelyn, pero el control con el que se movía debía de haberle sido inculcado por Valentine. Le recordaba la forma en que se movía Jace, como un bailarín muy bien entrenado.

Él le acercó el agua con una mano y con la otra se llevó el vaso a los labios. Cuando hubo bebido, dejó el vaso sobre la barra con un golpe.

—Probablemente ya lo sabes, pero hacer el tonto con vampiros da mucha sed.

—¿Y por qué voy a saberlo? —La pregunta le salió más seca de lo que pretendía.

Sebastian se encogió de hombros.

—Me imaginaba que habrías jugado un poco a los mordiscos con ese vampiro diurno.

—Simon y yo nunca hemos «jugado a los mordiscos» —replicó ella en un tono gélido—. Lo cierto es que no me puedo imaginar que alguien quiera que un vampiro se alimente de él a propósito. ¿Tú no odias y desprecias a los subterráneos?

—No —contestó él—. No me confundas con Valentine.

—Sí —masculló ella—. Un error difícil de cometer.

—No es culpa mía que yo sea igual que él y tú seas igual que ella. —Curvó la boca en un gesto de desprecio al pensar en Jocelyn. Clary lo miró con el ceño fruncido—. ¿Ves?, ahí estás. Siempre me estás mirando así.

—¿Así, cómo?

—Como si quemara refugios de animales para divertirme y le ofreciera tabaco a los huerfanitos. —Se sirvió otro vaso de agua. Cuando él volvió la cabeza, Clary vio que las marcas de pinchazos en el cuello ya estaban comenzando a sanar.

—Mataste a un niño —dijo ella con sequedad, y al momento de decirlo supo que debería haberse quedado con la boca cerrada y seguir fingiendo que no pensaba que Sebastian era un monstruo. Max estaba vivo en su cabeza como si fuera la primera vez que lo veía, dormido en un sofá del Instituto con un libro en el regazo y las gafas torcidas en su pequeño rostro —. Eso es algo que no podré perdonarte nunca.

Sebastian respiró hondo.

—Así que es eso —repuso—. ¿Pones tan pronto las cartas sobre la mesa, hermanita?

—¿Qué pensabas? —Su voz le sonó débil y cansada incluso a ella misma, pero él se encogió como si ella le hubiera gritado.

—¿Me creerías si te dijera que eso fue un accidente? —preguntó, mientras dejaba el vaso en la barra—. No quería matarlo. Sólo dejarlo inconsciente, para que no pudiera contar...

Clary lo hizo callar con una mirada. Sabía que no podría ocultar el odio en sus ojos; sabía que debía hacerlo; sabía que era imposible.

—Lo digo en serio. Sólo pretendía dejarlo inconsciente, como hice con Isabelle. Juzgué mal mi propia fuerza.

—¿Y Sebastian Verlac? ¿El auténtico? Lo mataste, ¿verdad?

Su hermano se miró las manos como si no se las reconociera: en la muñeca derecha llevaba una cadena de plata que sujetaba una placa plana de metal, como un nomeolvides; ocultaba la cicatriz por donde Isabelle le había cortado la mano.

—Se suponía que no iba a resistirse...

Asqueada, Clary comenzó a bajar del taburete, pero Sebastian la cogió por la muñeca y tiró de ella hacia sí. Le notó la piel, caliente contra la de ella, y recordó, en Idris, la vez que su tacto la había quemado.

—Jonathan Morgenstern mató a Max. Pero ¿y si no soy la misma persona? ¿No has notado que ni uso el mismo nombre?

—Suéltame.

—Crees que Jace es diferente —continuó diciendo Sebastian a media voz—. Crees que no es la misma persona, y que mi sangre lo ha cambiado. ¿No es cierto?

Ella asintió sin hablar.

—Entonces, ¿por qué es tan difícil de creer que pueda pasar al revés? Quizá su sangre me haya cambiado a mí. Tal vez ya no sea la misma persona que era.

—Apuñalaste a Luke —replicó ella—. Alguien que me importa. Alguien a quien quiero...

—Estaba a punto de hacerme pedazos con esa escopeta —respondió Sebastian—. Tú lo quieres, y yo no lo conozco. Estaba salvándome la vida, y la de Jace. ¿De verdad que no lo entiendes?

—Y tal vez sólo estás diciendo lo que crees que tienes que decir para que confíe en ti.

—¿A la persona que yo era antes le importaría que confiaras en mí o no?

—Si quisieras algo...

—Quizá sólo quiera a mi hermana.

Al oír eso, Clary lo miró a los ojos, involuntariamente, con gesto de incredulidad.

—No sabes lo que es la familia —replicó ella—. O qué hacer con una hermana, si tuvieras una.

—Tengo una —dijo él en voz baja. Había manchas de sangre en el cuello de su camisa, donde le rozaba la piel—. Te estoy dando una oportunidad. Para que veas que lo que estamos haciendo Jace y yo es lo correcto. ¿Puedes darme tú una oportunidad?

Ella pensó en el Sebastian que había conocido en Idris. Había sido divertido, amable, distante, irónico, intenso, enfadado. Pero nunca había sido de los que rogaban nada.

—Jace confía en ti —continuó él—. Pero yo no. Cree que lo amas lo suficiente para tirar por la borda todo lo que alguna vez has valorado o en lo que alguna vez has creído para venir y estar con él. Sin importar el qué.

Ella tensó el mentón.

—¿Y cómo sabes tú si no lo haría?

Él se puso a reír.

—Porque eres mi hermana.

—No nos parecemos en nada —espetó ella, y vio la lenta sonrisa que se formaba en el rostro de Sebastian. Se tragó el resto de sus palabras, pero ya era demasiado tarde.

—Eso es lo que yo habría dicho —repuso él—. Pero vamos, Clary. Estás aquí. No puedes regresar. Has apostado por Jace. Más te vale hacerlo de todo corazón. Ser parte de lo que está ocurriendo. Luego puedes decidir lo que opinas... de mí.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza, sin mirarlo a él sino al suelo.

Él le apartó el cabello que le había caído sobre los ojos, y las luces de la cocina destellaron sobre el brazalete que llevaba, el que ella había visto antes, con las letras grabadas. Acheronta movebo. Con osadía, ella lo cogió por la muñeca.

—¿Qué significa?

Él le miró la mano donde le tocaba la plata que llevaba en la muñeca.

—Significa «Así siempre a los tiranos». La llevo para que me recuerde la Clave. Se dice que fue lo que gritaron los romanos que asesinaron a César antes de que pudiera convertirse en un dictador.

—Traidores —dijo Clary, dejando caer la mano.

Los oscuros ojos de Sebastian destellaron.

—O luchadores por la libertad. La historia la escriben los vencedores, hermanita.

—¿Y tú pretendes escribir esta parte?

Él le sonrió de medio lado, con los ojos encendidos.

—Puedes apostar a que sí.

12

LA MATERIA DEL CIELO

Cuando Alec regresó al apartamento de Magnus, todas las luces estaban apagadas, pero el salón relucía con una llama blanquiazul. Tardó unos instantes en darse cuenta de que procedía del pentagrama.

Se sacó los zapatos junto a la puerta y caminó de puntillas haciendo el menos ruido posible hasta el dormitorio principal. La habitación estaba a oscuras, la única iluminación era una tira de luces de Navidad multicolores que reseguía el marco de la ventana. Magnus estaba dormido boca arriba, con las sábanas a la cintura, con la mano plana sobre su abdomen sin ombligo.

Con movimientos rápidos, Alec se quedó en calzoncillos y se metió en la cama, esperando no despertarle. Por desgracia, no había contado con *Presidente Miau*, que se había colado bajo las sábanas. Alec apoyó el codo directamente en la cola del gato, y *Presidente* soltó un maullido y saltó de la cama, lo que hizo que Magnus se incorporara de golpe, parpadeando.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó Alec, maldiciendo mentalmente a todos los gatos—. No podía dormir.

—¿Así que has salido? —El brujo se volvió de lado y le tocó el hombro desnudo—. Tienes la piel fría, y hueles como una pesadilla.

—Estuve caminado por ahí —explicó el otro, y se alegró de que la luz fuera demasiado tenue para que Magnus le viera bien el rostro. Sabía que mentía fatal.

—Por ahí ¿dónde?

«En una relación se debe conservar cierto misterio, Alec Lightwood.»

—Sitios —contestó despreocupadamente—. Ya sabes. Sitios misteriosos.

—¿Sitios misteriosos?

Alec asintió.

Magnus se volvió a dejar caer sobre la almohada.

— Ya veo que has ido a Loquilandia —masculló, y cerró los ojos—. ¿Me has traído algo?

Alec besó a Magnus en la boca.

— Sólo esto —contestó en voz baja, apartándose, pero Magnus, que había comenzado a sonreír, ya lo había cogido por los brazos.

— Bueno, si vas a despertarme —dijo—, al menos puedes hacer que valga la pena. — Y tiró de Alec para que se pusiera sobre él.

Considerando que ya habían pasado una noche en la cama juntos, Simon no se había esperado que su segunda noche con Isabelle fuera tan difícil. Pero claro, esta vez ella estaba sobria, y despierta, y era evidente que esperaba algo de él. El problema era que él no estaba seguro de saber el qué.

Él le había dado una de sus camisas para ponerse, y había mirado educadamente hacia otro lado mientras ella se metía bajo las sábanas y se tiraba hacia la pared, para dejarle mucho espacio.

Él no se había molestado en cambiarse, sólo se había quitado los zapatos y los calcetines y se había metido junto a ella en camiseta y vaqueros. Durante un momento, se quedaron hombro con hombro, y luego Isabelle se volvió hacia él, y le colocó torpemente un brazo sobre el costado. Las rodillas les chocaron. Una de las uñas de Isabelle le arañó en el tobillo. Él fue a moverse, y se dieron en la frente.

— ¡Ay! —exclamó ella indignada—. ¿Esto no debería dársete mejor?

Simon estaba perplejo.

— ¿Por qué?

— Todas esas noches que has pasado en la cama de Clary, envuelto en vuestros hermosos abrazos platónicos —explicó ella, presionando el rostro contra el hombro de él, de modo que su voz sonaba amortiguada—. Me imaginaba...

— Sólo dormíamos —contestó Simon. No quería decir nada sobre lo bien que Clary se ajustaba a él, cómo estar en la cama con ella le resultaba tan natural como respirar, cómo el aroma de su cabello le recordaba su infancia, el sol, la sencillez y la gracia. Le daba la sensación de que no le ayudaría mucho.

— Lo sé. Pero yo no sólo duermo —replicó Isabelle, irritada—. Con nadie. Y ni siquiera suelo quedarme toda la noche. Nunca.

—Dijiste que querías...

—Oh, cierra el pico —dijo ella, y lo besó. Eso estaba un tanto mejor. Ya había besado a Isabelle antes. Le encantaba la textura de sus suaves labios y la sensación de hundirle las manos en el largo y oscuro cabello. Pero mientras ella se apretaba contra él, también notó el calor de su cuerpo, sus largas piernas desnudas contra él, el latido de su sangre... y el chasquido de sus colmillos al extenderse.

Se apartó rápidamente.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No quieres besarme?

—Claro que quiero —trató de decir, pero tenía los colmillos en medio. Isabelle lo miró con los ojos abiertos.

—Oh, tienes hambre —dijo ella—. ¿Cuándo fue la última vez que tomaste sangre?

—Ayer —consiguió decir él, con cierta dificultad.

Ella se tumbó sobre la almohada. Sus ojos eran increíblemente grandes, y negros, y brillantes.

—Quizá deberías alimentarte. Ya sabes qué pasa si no lo haces.

—No dispongo de sangre aquí. Tendría que ir al apartamento —contestó Simon. Los colmillos habían comenzado a esconderse.

Isabelle lo cogió del brazo.

—No tienes por qué beber sangre fría de animal. Yo estoy aquí.

La impresión de esas palabras fue como un pulso de energía atravesándole el cuerpo, erizándole los nervios.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. —Comenzó a desabrocharse la camisa; fue dejando a la vista el cuello, la clavícula, el dibujo de las tenues venas visibles bajo la pálida piel. La camisa quedó abierta. Su sujetador azul cubría más que muchos biquinis, pero aun así, Simon notó que se le secaba la boca. El rubí le destelló como un semáforo rojo bajo la clavícula. «Isabelle.» Como si le leyera el pensamiento, ella se echó el cabello hacia un lado y dejó al descubierto el cuello—. ¿No quieres...?

Él la cogió por la muñeca.

—Izzy, no lo hagas —le pidió con voz urgente—. No puedo controlarme, no puedo controlarlo. Podría hacerte daño, e incluso matarte.

A Isabelle le brillaron los ojos.

—No lo harás. Puedes contenerte. Lo hiciste con Jace.

—Pero Jace no me atrae.

—¿Ni siquiera un poco? —dijo con tono esperanzado—. ¿Un poquito? Porque eso sería como guay. Ah, bueno. ¿Qué le vamos a hacer? Mira, atracción o no, le mordiste cuando estabas hambriento y muriendo, y aun así te contuviste.

—No me contuve con Maureen. Jordan tuvo que apartarme.

—Lo habrías hecho. —Le puso los dedos sobre los labios, y luego se los bajó por el cuello, por el pecho, hasta llegar al punto donde su corazón había latido antes—. Confío en ti.

—Tal vez no deberías.

—Soy una cazadora de sombras. Puedo sacárteme de encima si hace falta.

—Jace no se me sacó de encima.

—Jace está enamorado de la idea de morir —repuso Isabelle—. Yo no.

Ella le colgó una pierna sobre las caderas (era sorprendentemente flexible) y se deslizó hacia él hasta que pudo rozarle los labios con los suyos. Simon quería besarla, lo quería tanto que todo el cuerpo le dolía. Abrió la boca de manera tentadora, le tocó la lengua con la suya, y notó un dolor agudo. Había pasado la lengua por el afilado borde de sus colmillos. Notó el sabor de su propia sangre y se apartó de golpe, volviendo el rostro al otro lado.

—Isabelle, no puedo. —Cerró los ojos. La notaba cálida y suave sobre su regazo, tentadora, torturante. Los colmillos le dolían mucho; notaba todo el cuerpo como si le estuvieran retorciendo afilados alambres por las venas—. No quiero que me veas así.

—Simon. —Isabelle le tocó la mejilla con suavidad, haciéndole volver la cara—. Tú eres así...

Los colmillos se le habían escondido, lentamente, pero aún le dolían. Escondió el rostro tras las manos y habló entre los dedos.

—Es imposible que quieras esto. Es imposible que me quieras a mí. Tu propia madre me echó de la casa. Mordí a Maureen; era sólo una niña. Quiero decir, mírame, mira lo que soy, dónde vivo, y lo que hago. No soy nada.

Isabelle le acarició el cabello. Él la miró a través de los dedos. De cerca, pudo ver que los ojos de la chica no eran negros, sino de un marrón muy oscuro, salpicados de dorado. Estaba seguro de ver lástima en ellos. No sabía lo que esperaba que ella le dijera. Isabelle usaba a los chicos y los

tiraba. Isabelle era hermosa, dura y perfecta, y no necesitaba nada. Y menos aún a un vampiro que ni siquiera sabía muy bien cómo ser vampiro.

Notaba su respiración. Ella olía dulce: a sangre, mortalidad y gardenias.

—No es cierto que seas nada —le dijo ella—. Simon. Por favor. Déjame verte la cara.

A regañadientes, él bajó las manos. Pudo contemplarla con más claridad. Se la veía suave y encantadora bajo la luz de la luna, la piel blanca y cremosa, y el cabello como una cascada negra. Ella le sacó las manos de alrededor del cuello.

—Míralas —dijo, tocando las cicatrices blancas de las Marcas sanadas, que le salpicaban la piel en el cuello, en los brazos y en la curva del pecho—. Feas, ¿verdad?

—Nada de ti es feo, Izzy —respondió Simon, sinceramente sorprendido.

—Se supone que las chicas no deben estar cubiertas de cicatrices —dijo Isabelle como si nada—. Pero a ti no te molestan.

—Son parte de ti... No, claro que no me molestan.

Ella le rozó los labios con los dedos.

—Ser vampiro es parte de ti. No te pedí que vinieras aquí anoche porque no se me ocurría a quién más pedírselo. Quiero estar contigo, Simon. Me da un miedo de muerte, pero así es.

Los ojos de Isabelle resplandecían, y antes de que él pudiera preguntarse más de un segundo si eran lágrimas, ya se había inclinado y la besaba. Esa vez no fue difícil. Esa vez, ella se apoyó en él, y de repente él estaba debajo de ella, y se le subía encima. El largo cabello negro los rodeaba como una cortina. Ella le susurró con suavidad mientras él le acariciaba la espalda. Notaba las cicatrices de ella bajo los dedos, y quiso decirle que para él eran como adornos, testimonios de su valentía que sólo la hacían más hermosa. Pero eso habría significado que dejara de besarla, y no quería hacerlo. Ella gemía y se removía entre sus brazos; ella le metió los dedos en el cabello mientras ambos rodaban hacia un lado, y entonces ella se quedó debajo de él; los brazos de Simon sentían la suavidad y el calor de Isabelle; su boca, el sabor de ella, y el olor de su piel, sal y perfume y... sangre.

Simon se tensó de nuevo, todo él, e Isabelle lo notó. Ella lo cogió por los hombros. En la oscuridad, ella brillaba.

—Hazlo —le susurró. Él le notaba como el corazón le golpeaba dentro del pecho—. Quiero que lo hagas.

Él cerró los ojos, apoyó la frente en la de ella y trató de calmarse. Los colmillos le habían vuelto a salir, apretándole el labio inferior, dolorosamente.

—No.

Las piernas largas y perfectas de Isabelle lo rodeaban, y tenía los pies enganchados por los tobillos, sujetándolo contra ella.

—Quiero que lo hagas. —Los pechos se le aplastaron contra él cuando ella se arqueó alzando el cuello hacia él. El olor de su sangre estaba por todas partes, rodeándolo, y llenaba la habitación.

—¿No tienes miedo? —susurró él.

—Sí. Pero aun así quiero que lo hagas.

—Isabelle... No puedo...

La mordió.

Sus colmillos, afilados como agujas, se hundieron en la vena del cuello de Isabelle como un cuchillo que cortara la piel de una manzana. La sangre estalló en su boca. Nunca había experimentado nada igual. Con Jace, Simon apenas había estado vivo; con Maureen, la culpabilidad lo había destrozado incluso mientras bebía de ella. Lo cierto era que nunca había tenido la sensación de que la persona a la que mordía disfrutara con ello.

Pero Isabelle ahogó un grito, abrió los ojos de golpe y su cuerpo se apretó contra el de él. Ronroneó como un gato; le acarició el cabello, la espalda, con cortos movimientos de las manos que le decían: «No pares, no pares». El calor manaba de ella, entraba en él, iluminando su cuerpo; Simon nunca había sentido, ni imaginado, nada igual. Notaba el fuerte y constante palpitar del corazón de Isabelle, laténdole desde las venas de ella, y en ese momento fue como si estuviera vivo de nuevo, y el corazón se le contrajo de pura euforia...

Se apartó. No estaba seguro de cómo, pero se apartó y se tumbó de espaldas. Clavó los dedos con fuerza en el colchón. Aún se estremecía mientras los colmillos se le escondían. La habitación relucía a su alrededor, de la manera que lo hacía todo durante unos momentos después de beber sangre humana viva.

—Izzy... —susurró. Le daba miedo mirarla, temiendo que ahora que ya no le estaba clavando los colmillos en el cuello, ella lo mirara con repulsión y horror.

—¿Qué?

—No me has hecho parar —repuso él. Era mitad acusación, y mitad esperanza.

—No quería hacerlo.

Simon la miró. Ella estaba boca arriba; el pecho le bajaba y subía acelerado, como si hubiera estado corriendo. Tenía dos marcas de pinchazos en el costado del cuello, y dos hilillos de sangre el caían por el cuello hasta la clavícula. Obedeciendo un instinto que parecía surgir de lo más profundo de su ser, Simon se inclinó hacia ella y le lamió la sangre del cuello; notaba el sabor a sal, a Isabelle. Ella se estremeció, y agitó los dedos en su cabello.

—Simon...

Él se echó hacia atrás. Ella lo miraba con sus grandes ojos oscuros, muy seria, con las mejillas arreboladas.

—Yo...

—¿Qué? —En un momento de locura, Simon pensó que le iba a decir: «Te quiero», pero, en vez de eso, Isabelle meneó la cabeza, bostezó y le enganchó los dedos en una de las trabillas de los vaqueros. Ella le acarició la piel desnuda de la muñeca.

En algún sitio, Simon había oído que bostezar era señal de pérdida de sangre. Sintió pánico.

—¿Estás bien? ¿He bebido demasiado? ¿Te notas cansada? ¿Estás...?

Ella se apretó contra él.

—Estoy bien. Has parado. Y soy una cazadora de sombras. Producimos sangre a un ritmo tres veces mayor que una persona normal.

—¿Te ha...? —Casi ni se atrevía a preguntarlo—. ¿Te ha gustado?

—Sí. —Su voz era ahogada—. Me ha gustado.

—¿De verdad?

Ella soltó una risita.

—¿No lo has notado?

—He pensado que igual estabas fingiendo.

Ella se alzó sobre un hombro y lo miró desde arriba con sus brillantes ojos oscuros; ¿cómo podían unos ojos ser brillantes y oscuros al mismo tiempo?

—Yo no finjo, Simon —afirmó ella—. Y no miento, y no hago ver.

—Eres una rompecorazones, Isabelle Lightwood —dijo él, con tanta normalidad como pudo con su sangre aún corriéndole por las venas como

fuego—. Una vez, Jace le dijo a Clary que me pisotearías con los tacones de tus zapatos de aguja.

—Eso fue entonces. Ahora eres diferente. —Isabelle lo miró fijamente—. No me tienes miedo.

Él le acarició el rostro.

—Y tú no tienes miedo a nada.

—No lo sé. —El cabello le cayó hacia delante—. Quizá tú me rompas el corazón. —Antes de que él llegara a decir nada, ella lo besó, y él se preguntó si ella notaría el sabor de su propia sangre—. Ahora, calla. Quiero dormir —le ordenó ella; se acurrucó contra él y cerró los ojos.

Esa vez, de alguna manera, cupieron donde antes no habían cabido. Nada era torpe, nada se le clavaba, nada le molestaba en la pierna. No era una sensación de infancia, de sol y de suavidad. Era extraño, intenso, excitante, poderoso y... diferente. Simon se quedó despierto, con los ojos clavados en el techo, mientras acariciaba el sedoso cabello negro de Isabelle. Se sentía como si lo hubiera atrapado un tornado y lo hubiera depositado en algún lugar muy lejano, donde todo resultaba desconocido. Al final, volvió la cabeza y besó a Izzy, con mucha suavidad, en la frente; ella se removió y murmuró, pero no abrió los ojos.

Cuando Clary se despertó por la mañana, Jace seguía durmiendo, hecho un ovillo, con el brazo estirado lo justo para tocarle el hombro. Ella lo besó en la mejilla y se levantó. Estaba a punto de entrar en el cuarto de baño para ducharse cuando le pudo la curiosidad. Fue en silencio hasta la puerta del dormitorio, la entreabrió y miró afuera.

La sangre del pasillo había desaparecido; el enlucido estaba intacto. Estaba tan limpio que se preguntó si todo habría sido un sueño: la sangre, la conversación en la cocina con Sebastian, todo aquello. Dio un paso saliendo al corredor; puso la mano en la pared, donde había estado la huella de la mano ensangrentada...

—Buenos días.

Se volvió en redondo. Era su hermano. Había salido de su dormitorio sin hacer ningún ruido y estaba en mitad del pasillo, mirándola con una sonrisa de medio lado. Parecía recién duchado; húmedo, su cabello claro era del color de la plata, casi metálico.

—¿Estás pensando en ir vestida con eso todo el rato? —le preguntó, mirando el camisón.

—No, sólo estaba... —No quería decirle que había salido a comprobar si aún había sangre en el pasillo. Él se la quedó mirando, divertido y superior. Clary retrocedió—. Voy a vestirme.

Él dijo algo a su espalda, pero ella no se detuvo para escucharlo, corrió a la habitación de Jace y cerró la puerta. Al cabo de un instante, oyó voces en el pasillo: Sebastian de nuevo, y una chica, hablando en un italiano musical. La chica de la noche anterior, pensó Clary. La que él había dicho que estaba durmiendo en su cuarto. Sólo en ese momento se dio cuenta de que había estado casi segura de que Sebastian le había mentado.

Pero le había dicho la verdad.

«Te estoy dando una oportunidad —le había dicho él—. ¿No puedes darme tú una oportunidad?»

¿Podía? Era Sebastian. Le dio vueltas febrilmente mientras se duchaba y se vestía con cuidado. La ropa del armario, que había sido elegida para Jocelyn, se apartaba tanto de su estilo habitual que le costó elegir qué ponerse. Encontró unos vaqueros que, por el precio de la etiqueta, debían de ser de diseño, y una camisa de seda estampada con puntos y un lazo en el cuello, que tenía un aspecto vintage que le gustó. Se puso encima su propia chaqueta de terciopelo y volvió a la habitación de Jace, pero él ya no estaba, aunque no le resultó difícil encontrarlo. El ruido de platos, el sonido de risas y el olor de comida flotaban desde el piso de abajo.

Clary bajó los escalones de vidrio de dos en dos, pero se detuvo al pie de la escalera, mirando hacia la cocina. Sebastian estaba apoyado en la nevera con los brazos cruzados, y Jace estaba haciendo algo en una sartén con cebolla y huevos. Iba descalzo, tenía el cabello revuelto y la camisa abrochada de cualquier manera y, al verlo, el corazón de Clary dio un vuelco. Nunca lo había visto así, recién levantado, aún con el aura dorada del sueño rodeándolo, y sintió una penetrante tristeza de que todas esas primeras veces estuvieran sucediendo con un Jace que no era realmente su Jace.

Incluso parecía feliz, sin ojeras, riendo mientras daba la vuelta a los huevos en la sartén y pasaba una tortilla a un plato. Sebastian le dijo algo; Jace miró hacia Clary y sonrió.

—¿Revueltos o fritos?

—Revueltos. No sabía que fueras capaz de preparar huevos. —Se apartó de la escalera y se encaminó hacia la barra de la cocina. El sol entraba a raudales por las ventanas (aunque no había relojes en la casa,

supuso que era alrededor de mediodía) y la cocina relucía de vidrio y cromo.

—¿Y quién no es capaz de preparar huevos? —se preguntó Jace en voz alta.

Clary alzó la mano, y Sebastian lo hizo también, al mismo tiempo. La chica no pudo evitar un cierto sobresalto, y bajó la mano rápidamente, pero no antes de que Sebastian la hubiera visto y le sonriera de medio lado. Siempre estaba sonriendo de medio lado. Clary deseó poder borrarle esa sonrisa de un tortazo.

Apartó la mirada de él y se ocupó en prepararse un plato de desayuno con lo que había en la mesa: pan, mantequilla, mermelada y beicon. También había zumo y té. Pensó que no comían nada mal. Claro que si podía guiarse por Simon, los chicos adolescentes siempre tenían hambre. Miró hacia la ventana y se quedó parada. La vista ya no era de un canal sino de una colina que se alzaba en la distancia, coronada por un castillo.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó.

—Praga —contestó Sebastian—. Jace y yo tenemos que hacer un recado aquí. —Miró por la ventana—. Lo cierto es que deberíamos ir saliendo.

Ella le sonrió con dulzura.

—¿Puedo ir con vosotros?

—No —contestó Sebastian, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —Clary cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Acaso es algún tipo de colegueo de tíos en el que no puedo participar? ¿Os vais a cortar el pelo igual?

Jace le pasó un plato con huevos revueltos, pero estaba mirando a Sebastian.

—Quizá pueda venir —dijo—. Quiero decir..., este recado en concreto... no es peligroso.

Los ojos de Sebastian eran como los bosques del poema de Frost, oscuros y profundos. No revelaban nada.

—Cualquier cosa puede volverse peligrosa.

—Bueno, la decisión es tuya. —Jace se encogió de hombros, cogió una fresa, se la metió en la boca y se lamió el jugo de los dedos. Eso, pensó Clary, sí que era una diferencia clara y absoluta entre ese Jace y el suyo. Su Jace tenía una curiosidad feroz y avasalladora por todo. Nunca se encogería de hombros y aceptaría el plan de otro. Era como el mar, lanzándose

constantemente contra la orilla rocosa, y ese Jace era... un río tranquilo, reluciendo bajo el sol.

«¿Porque es feliz?»

Clary apretó el tenedor con fuerza, y los nudillos se le pusieron blancos. Odiaba esa vocecita en su cabeza. Como la reina seelie, le sembraba dudas donde no debería haberlas y hacía preguntas que no tenían respuesta.

—Voy a buscar mis cosas. —Después de coger otra fresa, Jace se la metió en la boca y subió por la escalera. Clary torció la cabeza hacia arriba. Los escalones transparentes parecían invisibles, y daba la impresión de que Jace estuviera volando, no corriendo.

—¿No te comes los huevos? —dijo Sebastian. Había rodeado la barra sin hacer ningún ruido (maldito fuera), y la miraba con las cejas arqueadas. Tenía un ligerísimo acento, una mezcla del acento de la gente que vivía en Idris y algo más británico. Se preguntó si antes lo habría estado disimulando, o simplemente ella no lo había notado.

—La verdad es que no me gustan los huevos —confesó Clary.

—Pero no has querido decírselo a Jace, porque él parecía encantado de prepararte el desayuno.

Como eso era correcto, ella no dijo nada.

—Curioso, ¿verdad? —comentó Sebastian—. Las mentiras que dice la gente buena. Probablemente te preparará huevos todos los días durante el resto de tu vida, y tendrás que tragártelos porque no puedes decirle que no te gustan.

Clary pensó de nuevo en la reina seelie.

—¿El amor nos hace a todos mentirosos?

—Justo. Aprendes rápido, ¿verdad? —Dio un paso hacia ella, y Clary notó un cosquilleo ansioso que le puso los nervios de punta. Llevaba la misma colonia que Jace. Reconoció el aroma cítrico y de pimienta negra, pero en él olía diferente. Como equivocado, de alguna manera—. Tenemos eso en común —añadió Sebastian, y comenzó a desabrocharse la camisa.

Ella se puso rápidamente en pie.

—¿Qué estás haciendo?

—Tranquila, hermanita. —Se desabrochó el último botón, y la camisa le colgó abierta. Sonrió perezoso—. Tú eres la chica de las runas mágicas, ¿no?

Clary asintió lentamente.

—Quiero una runa de fuerza —explicó él—. Y si tú eres la mejor, quiero que me la hagas tú. No le negarías una runa a tu hermano mayor, ¿verdad? —La recorrió con su oscura mirada—. Además, quieres darme una oportunidad.

—Y tú quieres que te dé una oportunidad —replicó ella—. Así que haré un trato contigo. Te doy la runa de fuerza si me dejas ir con vosotros.

Él acabó de sacarse la camisa y la dejó sobre la barra.

—Trato hecho.

—No tengo estela. —No quería mirarlo, pero resultaba difícil no hacerlo. Parecía estar invadiendo su espacio personal a propósito. Su cuerpo se parecía al de Jace: duro, sin ni un gramo extra de carne en ningún lado y los músculos marcados bajo la piel. También tenía cicatrices como Jace, aunque era tan pálido que las marcas blancas le resaltaban menos de lo que lo hacían sobre la piel dorada de su amado. En su hermano eran como un trazo dorado en un papel blanco.

Él se sacó una estela del cinturón y se la pasó.

—Usa la mía.

—Muy bien —repuso ella—. Date la vuelta.

Él lo hizo. Y ella tuvo que contener una exclamación. Tenía la espalda marcada con profundas cicatrices, una bajo otra, demasiado iguales para ser accidentales.

Marcas de latigazos.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó ella.

—¿A ti qué te parece? Nuestro padre —contestó él—. Usaba un látigo hecho de metal demoníaco, para que ningún *iratze* curara las heridas. Se supone que deben ser para que recuerde.

—¿Recuerdes qué?

—Los peligros de la obediencia.

Clary le tocó una. La notó caliente bajo el dedo, como si fuera reciente, y áspera, cuando la piel de alrededor era suave.

—¿No querrás decir «desobediencia»?

—Quiero decir lo que he dicho.

—¿Te duelen?

—Todo el tiempo. —Impaciente, Sebastian miró hacia atrás—. ¿A qué estás esperando?

—A nada. —Le apoyó la punta de la estela en el omoplato y trató de mantener la mano firme. La cabeza le iba a mil, pensando lo fácil que sería

Marcarlo con algo que le hiciera daño, lo enfermara, le retorciera las entrañas, pero ¿qué le pasaría entonces a Jace? Se sacudió el cabello del rostro, y dibujó con cuidado la runa fortis entre el omoplato y el hombro, justo donde, si fuera un ángel, tendría las alas.

Cuando acabó, él se volvió y le cogió la estela; luego se puso la camisa. Ella no esperaba que le diera las gracias, y no se las dio. Echó los hombros hacia atrás mientras se abrochaba la camisa y sonrió de medio lado.

—Eres buena —dijo, pero eso fue todo.

Al cabo de un momento, los escalones resonaron, y Jace volvió, poniéndose una chaqueta de ante. Se había colgado el cinturón de las armas y llevaba unos mitones oscuros.

Clary le sonrió con una ternura que no sentía.

—Sebastian dice que puedo ir con vosotros.

Jace arqueó las cejas.

—¿Cortes de pelo iguales para todos?

—Espero que no —repuso Sebastian—. Los rizos me sientan fatal.

Clary se miró.

—¿Tengo que ponerme el uniforme?

—La verdad es que no. No es el tipo de recado en el que esperamos tener que luchar. Pero es bueno estar preparado. Te traeré algo de la sala de armas —contestó Sebastian, y se fue arriba.

Ella se maldijo en silencio por no haber encontrado la sala de armas mientras estaba recorriendo la casa. Sin duda, habría algo dentro que quizá le diera alguna pista de lo que estaban planeando...

Jace le acarició la mejilla, y ella pegó un bote. Casi había olvidado que estaba allí.

—¿Estás segura de querer venir?

—Totalmente. Me estoy volviendo loca dentro de esta casa. Además, tú me has enseñado a pelear. Me imagino que quieres que utilice tus enseñanzas.

Jace esbozó una sonrisa maliciosa; le echó el cabello hacia atrás y le murmuró algo en la oreja sobre emplear lo que había aprendido de él. Se apartó cuando Sebastian volvió, con la chaqueta puesta y un cinturón de armas en la mano. De él colgaban una daga y un cuchillo serafín. Se acercó a Clary y le puso el cinturón sobre las caderas con un lazo doble. Ella se quedó demasiado sorprendida para apartarlo, y él acabó antes de que ella

podiera reaccionar; se dio la vuelta y fue hacia la pared, donde había aparecido el contorno de una puerta, que resplandecía como si formara parte de un sueño.

La atravesaron.

Una suave llamada en la puerta de la biblioteca hizo que Maryse alzara la cabeza. A través de las ventanas se veía un día nublado y opaco, y las lámparas de pantalla verde lanzaban pequeños charcos de luz en la sala circular. Maryse no habría podido decir cuánto tiempo llevaba sentada ante el escritorio. Tazas de café vacías cubrían la mesa ante ella.

Se puso en pie.

—Entre.

Se oyó un leve chasquido al abrirse la puerta, pero ningún ruido de pasos. Un momento después, una figura en un hábito de color pergamino se deslizó dentro de la sala, con la capucha alzada, ocultándole el rostro.

«¿Nos has llamado, Maryse Lightwood?»

Maryse echó los hombros hacia atrás. Se notaba entumecida, cansada y vieja.

—Hermano Zachariah. Estaba esperando... Bueno. No importa.

«¿Al hermano Enoch? Él está por encima de mí, pero he pensado que quizá tu llamada tenga algo que ver con la desaparición de tu hijo adoptivo. Tengo un interés particular en su bienestar.»

Ella lo miró con curiosidad. La mayoría de los Hermanos Silenciosos no daban su opinión ni hablaban de sus sentimientos personales, suponiendo que los tuvieran. Mientras se alisaba el cabello revuelto, salió de detrás del escritorio.

—Muy bien. Quiero enseñarte algo.

Nunca se había llegado a acostumbrar a los Hermanos Silenciosos, a la manera en que se movían sin hacer el menor ruido, como si no tocaran el suelo con los pies. Zachariah parecía flotar a su lado mientras lo guiaba por la biblioteca hasta un mapamundi colgado en la pared norte. Era un mapa de cazadores de sombras. Mostraba Idris en el centro de Europa, y la salvaguarda que lo rodeaba era un borde dorado.

En un estante debajo del mapa había dos objetos. Uno era una esquirra de cristal manchada de sangre seca. El otro una gastada muñequera de cuero, decorada con la runa de poder angelical.

—Son...

«La muñequera de Jace Herondale y la sangre de Jonathan Morgenstern. Según tengo entendido, los intentos de rastrearlos no han tenido éxito.»

—No se trata precisamente de rastrearlos. —Maryse cuadró los hombros—. Cuando estaba en el Círculo, había un mecanismo que Valentine usaba y con el cual podía localizarnos a todos. A no ser que estuviéramos en ciertos lugares protegidos, él sabía dónde nos hallábamos en todo momento. He pensado que existe la posibilidad de que hiciera lo mismo con Jace cuando era pequeño. Nunca pareció que le costara encontrarlo.

«¿A qué clase de mecanismo te refieres?»

—Una marca. No una del *Libro Gris*. La teníamos todos. Casi lo había olvidado; después de todo, no había manera de sacársela.

«Si Jace la tuviera, ¿no lo sabría o se ocuparía de evitar que la empleáramos para localizarlo?»

Maryse negó con la cabeza.

—Podría ser tan pequeña como una marca blanca casi invisible bajo el cabello, como es la mía. No sabría que la tiene; Valentine no habría querido decírselo.

El hermano Zachariah se apartó de ella y examinó el mapa.

«¿Cuál ha sido el resultado de tu experimento?»

—Jace la tiene —contestó Maryse, pero no parecía ni complacida ni triunfal—. Le he visto en el mapa. Cuando aparece, el mapa se ilumina, como una chispa de luz, en el lugar donde se halla, y al mismo tiempo se ilumina la muñequera. Por eso sé que es él y no Jonathan Morgenstern. Jonathan no aparece nunca en el mapa.

«¿Y dónde está? ¿Dónde está Jace?»

—Lo he visto aparecer, sólo durante unos segundos cada vez, en Londres, Roma y Shanghái. Hace sólo un momento ha parpadeado en Venecia, y luego ha vuelto a desvanecerse.

«¿Cómo viaja tan rápido entre ciudades?»

—¿A través de un Portal? —Maryse se encogió de hombros—. No lo sé. Sólo sé que cada vez que el mapa parpadea, sé que está vivo... por ahora. Y es como si, por un momento, pudiera volver a respirar. —Cerró la boca con decisión, para que no le salieran más palabras: lo mucho que echaba de menos a Alec y a Isabelle, pero no podía soportar llamarlos para que volvieran al Instituto, donde se esperaba que, al menos Alec, se

responsabilizara de la búsqueda de su propio hermano. Que aún pensaba en Max todos los días, y era como si alguien le hubiera vaciado los pulmones de aire y se llevaba las manos al corazón, temiendo morir. No podía perder a Jace, también.

«Lo entiendo.»

El hermano Zachariah se cogió las manos por delante. Se le veían jóvenes, no huesudas o retorcidas, con los dedos largos. A menudo, Maryse se había preguntado cómo envejecían los Hermanos y cuánto tiempo vivían, pero esa información era un secreto de la orden.

«Hay pocas cosas más poderosas que el amor de la familia. Pero lo que no sé es por qué has decidido enseñarme esto.»

Maryse respiró hondo y entrecortadamente.

—Sé que debería enseñárselo a la Clave —repuso—. Pero la Clave ya conoce el lazo que une a Jace con Jonathan. Los están buscando a los dos. Matarán a Jace si lo encuentran. Y sin embargo, guardarme esta información sin duda es traición. —Agachó la cabeza—. He llegado a la conclusión de que decíroslo a vosotros, los Hermanos, es algo que puedo soportar. Entonces, vosotros decidís si decírselo a la Clave. No... no podría soportar ser yo.

Zachariah guardó silencio durante un buen rato.

«Tu mapa te dice que tu hijo sigue vivo —le dijo después mentalmente, con amabilidad—. Si se lo das a la Clave, no creo que los ayude mucho, aparte de decirles que viaja muy de prisa y es imposible de rastrear. Eso ya lo saben. Conserva el mapa. Por ahora, no hablaré de él.»

Maryse lo miró anonadada.

—Pero... tú sirves a la Clave...

«Una vez fui un cazador de sombras como tú. Viví como tú vives. Y al igual que tú, estaban aquellos a los que amaba lo suficiente para anteponer su bienestar a todo lo demás, a cualquier juramento, a cualquier deuda.»

—¿Tuviste...? —Maryse vaciló un instante—. ¿Alguna vez tuviste hijos?

«No. Ningún hijo.»

—Lo siento.

«No lo hagas. E intenta impedir que el miedo por Jace te devore. Es un Herondale, y son unos supervivientes...»

Algo se quebró dentro de Maryse.

—No es un Herondale. Es un Lightwood. Jace Lightwood. Es mi hijo.

Hubo un largo silencio.

«No trataba de decir lo contrario —dijo al fin el hermano Zachariah. Separó las manos y dio un paso atrás—. Hay algo que debes saber. Si Jace aparece en el mapa durante más de unos segundos cada vez, tendrás que decírselo a la Clave. Debes prepararte para esa posibilidad.»

—No creo que pueda —repuso Maryse—. Enviarán a los cazadores tras él. Le prepararán una trampa. Es sólo un niño.

«Nunca ha sido “sólo” un niño», replicó Zachariah, y se marchó flotando de la sala.

Maryse no lo miró mientras se marchaba. Volvía a contemplar el mapa.

«¿Simon?»

El alivio se le abrió como una flor en el pecho. La voz de Clary, insegura pero familiar, le llenó la cabeza. Miró a un lado. Isabelle seguía durmiendo. La luz del mediodía se colaba por el borde de las cortinas.

«¿Estás despierto?»

Él se puso boca arriba y miró al techo.

«Claro que estoy despierto.»

«Bueno, no estaba segura. Estás ¿a cuánto?, seis o siete horas de diferencia de donde estoy yo. Aquí está atardeciendo.»

«¿Italia?»

«Ahora estamos en Praga. Es muy bonita. Hay un río muy grande y un montón de edificios con torres puntiagudas. Se parece un poco a Idris de lejos. Pero hace frío. Más frío que en casa.»

«De acuerdo, acaba con el informe del tiempo. ¿Estás a salvo? ¿Dónde están Sebastian y Jace?»

«Conmigo. Pero me he apartado un poco. He dicho que quería disfrutar de la vista desde el puente.»

«¿Así que soy la vista desde el puente?»

Ella se echó a reír, o al menos él notó algo como una risa en la cabeza, una risa suave y nerviosa.

«No me puedo entretener mucho. Aunque no sospechan nada. Jace... Jace seguro que no. Sebastian es más difícil de interpretar. Creo que no confía en mí. Ayer registré su habitación, pero no hay nada, absolutamente nada, que indique lo que están planeando. Anoche...»

«¿Anoche?»

«Nada. —Era curioso cómo ella podía estar dentro de su cabeza y él aún podía notar que le estaba ocultando algo—. Sebastian tiene en su cuarto la caja que había sido de mi madre. Con sus cosas de bebé dentro. No se me ocurre por qué.»

«No pierdas el tiempo tratando de averiguar las razones de Sebastian —le sugirió Simon—. No vale la pena. Averigua qué van a hacer.»

«Lo intento. —Parecía irritada—. ¿Sigues en casa de Magnus?»

«Sí. Hemos pasado a la fase dos de nuestro plan.»

«¿Ah, sí? ¿Cuál era la fase uno?»

«La fase uno era estar sentados a la mesa pidiendo pizzas y discutiendo.»

«¿Y cuál es la fase dos? ¿Sentarse alrededor de la mesa bebiendo café y discutiendo?»

«No exactamente. —Simon respiró hondo—. Hemos invocado al demonio *Azazel*...»

«¿*Azazel*? —La voz mental de Clary se alzó; Simon casi se tapó las orejas—. Así que de eso iba tu estúpida pregunta sobre Los pitufos. Dime que estás bromeando.»

«Hablo en serio. Es una larga historia. —Se la resumió lo mejor que pudo, mientras observaba a Isabelle respirar y la luz del exterior aumentaba de brillo—. Pensábamos que nos ayudaría a encontrar una arma que pudiera matar a Sebastian sin hacer daño a Jace.»

—Sí, ya, pero ¿invocar a un demonio? —Clary no parecía convencida—. Y *Azazel*. no es un demonio cualquiera. Yo soy la que está aquí con el Equipo Malo. Vosotros sois el Equipo Bueno. No lo olvidéis.»

«Ya sabes que nada es así de sencillo, Clary.»

Fue como si pudiera notarla suspirar, un aliento que le recorrió la piel y le puso de punta el pelo de la nuca.

«Lo sé.»

Ciudades y ríos, pensó Clary mientras separaba los dedos del anillo de oro que llevaba en la mano derecha y se apartaba de la vista del puente Carlos para volver con Jace y Sebastian. Éstos se hallaban al otro lado del viejo puente de piedra, señalando hacia algo que ella no podía ver. El agua era del color del metal y fluía en silencio alrededor de los viejos puntales del puente; el cielo era del mismo color, y estaba salpicado de nubes negras.

El viento le azotaba el cabello y el abrigo mientras caminaba para unirse a Jace y a Sebastian. Todos siguieron adelante, los dos chicos conversando en voz baja; Clary supuso que se podría haber unido a la conversación si hubiera querido, pero había algo en la tranquila belleza de la ciudad, con sus agujas alzándose entre la niebla en la distancia, que le hacía querer permanecer en silencio, mirar y pensar.

El puente daba a una serpenteante calle adoquinada con tiendas para turistas a ambos lados, que vendían granates rojo sangre y grandes trozos de ámbar polaco dorado, pesado cristal de Bohemia y juguetes de madera. Incluso a esa hora, había tipos fuera de los clubes nocturnos repartiendo pases gratis o tarjetas de descuento en las bebidas; Sebastian los apartaba con un gesto de impaciencia, y replicándoles molesto en checo. La presión de la gente aminoró cuando la calle se abrió a una vieja plaza medieval. A pesar del frío, estaba llena de gente y kioscos donde se vendían salchichas y sidra caliente especiada. Se detuvieron para comer algo junto a una alta mesa destartalada mientras el enorme reloj astronómico del centro de la plaza comenzaba a dar la hora. Empezó a oírse el ruido metálico de la maquinaria y un círculo de muñecos danzantes de madera fueron apareciendo por las puertas a ambos lados del reloj: los doce apóstoles, les explicó Sebastian, mientras los muñecos daban vueltas y vueltas.

—Hay una leyenda —comentó Sebastian, mientras se apoyaba en la mesa con las manos rodeando el tazón de sidra caliente— que dice que el rey hizo que le arrancaran los ojos al relojero cuando acabó el reloj, para que no pudiera volver a hacer nada tan hermoso.

Clary se estremeció y se acercó más a Jace. Éste había estado callado desde que habían salido del puente, como perdido en sus pensamientos. Bastante gente, sobre todo chicas, se paraba para mirarlo al pasar; su cabello rubio y brillante resaltaba entre los colores invernales de la Plaza Vieja.

—Eso es sádico —dijo ella.

Sebastian pasó un dedo por el borde de la taza y luego se lamió la sidra.

—El pasado es otro país.

—Un país extranjero —añadió Jace.

Sebastian lo miró con ojos perezosos.

—¿Qué?

—«El pasado es un país extranjero: allí las cosas se hacen de otra manera» —recitó Jace—. Ésa es toda la cita.

Sebastian se encogió de hombros y apartó la taza. Daban un euro por devolverlas al puesto donde se compraba la sidra, pero Clary sospechaba que su hermano no se molestaría en hacerse pasar por un buen ciudadano a cambio de un triste euro.

—Vámonos.

Clary no se había acabado su sidra, pero de todas formas la dejó y siguió a Sebastian, que los llevó fuera de la plaza, por el laberinto de calles estrechas y retorcidas. Clary pensó que Jace había corregido a Sebastian. Sin duda había sido en algo de muy poca importancia, pero ¿acaso no se suponía que la magia de sangre de Lilith lo unía a su hermano de una manera que le obligaba a pensar que todo lo que Sebastian hacía estaba bien? ¿Podría ser una señal, aunque fuera mínima, de que el hechizo que los conectaba empezaba a perder fuerza?

Era una esperanza estúpida, y lo sabía. Pero a veces, la esperanza era lo único que quedaba.

Las calles se fueron haciendo más estrechas, más oscuras. Las nubes que colgaban en lo alto habían tapado por completo al sol del atardecer, y viejas farolas de gas ardían aquí y allí, iluminando la tenue neblina. Las calles eran de adoquines y las aceras cada vez más estrechas, obligándolos a caminar en fila india, como si estuvieran cruzando un estrecho puente. Ver a otros peatones, que aparecían y desaparecían entre la niebla, era lo único que hacía pensar a Clary que no habían atravesado alguna especie de pliegue temporal hacia una ciudad soñada, salida de su propia imaginación.

Finalmente llegaron a un arco de piedra que daba a una pequeña plaza. La mayoría de las tiendas habían apagado sus luces, aunque frente a ellos una seguía encendida. Ponía «ANTIKVARIAT» en letras doradas, y el escaparate estaba lleno de viejas botellas destinadas a contener diferentes sustancias, con las etiquetas medio levantadas escritas en latín. Clary se sorprendió cuando Sebastian se dirigió hacia la tienda. ¿Para qué iban a querer botellas viejas?

Olvidó esa idea en cuanto cruzaron el umbral. Por dentro, la tienda tenía una iluminación muy tenue y olía a bolas de naftalina, pero estaba atiborrada, hasta el último rincón, con una increíble selección de trastos y no tan trastos. Hermosos planisferios competían por el espacio con saleros y pimenteros con la forma de las imágenes del reloj de la plaza Vieja. Había

pilas de viejas latas de tabaco y puros, sellos enmarcados, viejas cámaras fotográficas de fabricación rusa y de Alemania Oriental, así como un precioso cuenco de cristal tallado de un profundo color esmeralda colocado al lado de un montón de viejos calendarios manchados de humedad. Una bandera checa antigua colgaba de una asta.

Sebastian pasó entre las pilas hacia el mostrador situado al fondo de la tienda, y Clary se dio cuenta de que lo que había tomado por un maniquí era en realidad un anciano con un rostro tan marcado y arrugado como una sábana vieja, que estaba apoyado en el mostrador con los brazos cruzados. El mostrador tenía la parte delantera de vidrio y contenía montones de joyas antiguas, brillantes cuentas de vidrio, pequeños monederos de cadenas con cierres de gemas y filas de gemelos de camisa.

Sebastian le dijo algo en checo, y el anciano asintió y señaló a Clary y a Jace con un gesto de la barbilla y una mirada suspicaz. Clary vio que tenía los ojos de un color rojo oscuro. Entrecerró los ojos, se concentró y comenzó a atravesar el glamour con el que se envolvía el hombre.

No le resultó fácil; parecía que se le pegara como papel engomado. Al final, Clary consiguió apartarlo lo suficiente para vislumbrar destellos de la auténtica criatura que tenía delante: alta y con forma humana; piel gris y ojos de rubí; una boca llena de dientes puntiagudos que le salían hacia todos lados y largos brazos serpenteantes que acababan en cabezas como de anguila: estrecha, de aspecto malvado y llena de dientes.

—Un demonio vetis —le murmuró Jace al oído—. Son como dragones. Les gusta amontonar cosas brillantes. Trastos, joyas, les da lo mismo.

Sebastian miraba hacia atrás a Jace y a Clary.

—Son mi hermano y mi hermana —dijo pasado un instante—. Se puede confiar en ellos plenamente, Mirek.

Un leve escalofrío recorrió a la chica bajo la piel. No le gustaba la idea de pasar por la hermana de Jace, incluso sólo ante un demonio.

—No me gusta esto —replicó el demonio vetis—. Dijiste que trataríamos sólo contigo, Morgenstern. Y aunque sé que Valentine tuvo una hija —su cabeza se agachó hacia Clary—, también sé que sólo tuvo un hijo.

—Es adoptado —repuso Sebastian con tranquilidad, haciendo un gesto hacia Jace.

—¿Adoptado?

—Creo que encontrarás que, en esta época, la definición de la familia moderna cambia a un ritmo impresionante —soltó Jace.

El demonio, Mirek, no pareció impresionado.

—Esto no me gusta —repitió.

—Pero te gustará esto otro —repuso Sebastian, y se sacó una bolsa, atada por arriba, del bolsillo. La volvió boca abajo sobre el mostrador, y cayó una tintineante pila de monedas de cobre, entrechocando mientras rodaban sobre el vidrio—. Peniques de los ojos de cadáveres. Cien. Ahora, ¿tienes lo que convenimos?

Una mano dentada serpenteó sobre el mostrador y mordió una moneda con cuidado. Los rojos ojos del dragón se pasearon por el montón.

—Todo esto está muy bien, pero no es suficiente para comprar lo que buscas. —Hizo un gesto con un brazo ondeante, y en lo alto apareció lo que a Clary le pareció un trozo de cristal de roca, aunque más luminoso, más puro, plateado y hermoso. Se dio cuenta sorprendida de que era el material del que se hacían los cuchillos serafines—. *Adamas* puro —dijo Mirek—. La materia del Cielo. Invaluable.

La furia destelló en el rostro del Sebastian como un rayo, y por un momento Clary vio al malvado muchacho que había debajo, el que se había reído mientras Hodge agonizaba. Luego esa expresión desapareció.

—Pero habíamos acordado un precio.

—También habíamos acordado que vendrías solo —replicó Mirek. Sus ojos regresaron a Clary y a Jace, que no se había movido, pero cuyo aspecto era similar al de un gato controlando la inmovilidad—. Te diré qué más puedes darme —continuó el demonio—. Un rizo del hermoso cabello de tu hermana.

—Bien —contestó ella, dando un paso adelante—. Quieres un trozo de mi cabello...

—¡No! —Jace le cortó el paso—. Es un mago negro, Clary. No tienes ni idea de lo que puede hacer con un mechón de tu cabello o con un poco de sangre.

—Mirek —dijo Sebastian lentamente, sin mirar a Clary. Y en aquel momento, ésta se preguntó que, si su hermano quería cambiar un mechón de su cabello por el *adamas*, ¿qué podría impedirselo? Jace había protestado, pero también estaba obligado a hacer lo que Sebastian le dijera. En ese dilema, ¿qué ganaría? ¿La compulsión o los sentimientos de Jace hacia ella?—. De ninguna de las maneras.

El demonio parpadeó con un lento movimiento de reptil.

—¿De ninguna de las maneras?

—No tocarás ni un pelo de la cabeza de mi hermana —replicó Sebastian—. Ni renegarás de tu trato. Nadie estafa al hijo de Valentine Morgenstern. El precio que acordamos, o...

—¿O qué? —gruñó Mirek—. ¿O te arrepentirás? No eres Valentine, muchachito. Ése sí que era un hombre que inspiraba lealtad...

—No —repuso Sebastian, y el cuchillo serafín pasó del cinturón a su mano—. No soy él. No tengo la intención de tratar con los demonios como hizo Valentine. Si no puedo tener tu lealtad, tendré tu miedo. Entérate de que soy más poderoso de lo que nunca lo fue mi padre, que si no tratas honradamente conmigo, te quitaré la vida y cogeré lo que he venido a buscar. —Alzó el cuchillo que sostenía—. Dumah —susurró, y el cuchillo lanzó lo que parecía una brillante columna de fuego.

El demonio retrocedió, soltando varias palabras en un lenguaje que sonaba como a barro. Jace ya tenía una daga en la mano. Avisó a Clary, pero no lo suficientemente rápido. Algo le dio a ésta con fuerza en el hombro, y ella cayó de bruces al abarrotado suelo. Se dio la vuelta rápidamente, alzó la mirada...

Y gritó. Sobre ella había una gigantesca serpiente, o al menos tenía un grueso cuerpo escamoso y una cabeza ancha como la de una cobra, pero el cuerpo era articulado, como de insecto, con una docena de finas patas que se agitaban y acababan en garras. Clary se llevó la mano al cinturón de armas mientras la criatura se echaba hacia atrás, babeando veneno amarillo por las fauces, y atacaba.

Simon se había vuelto a dormir después de «hablar» con Clary. Cuando se despertó de nuevo, las luces estaban encendidas, e Isabelle se hallaba de rodillas en el borde de la cama, con vaqueros y una gastada camiseta que debía de haberle prestado Alec. Tenía agujeros en las mangas y se estaba soltando el hilo del bajo. Se había apartado la tela del cuello y con la punta de la estela se estaba trazando una runa en la piel del pecho, justo bajo la clavícula.

Simon se alzó apoyado en los codos.

—¿Qué estás haciendo?

—*iratze* —contestó ella—. Por eso. —Se echó el cabello hacia atrás, y él vio las dos marcas de pinchazos que él le había hecho en el cuello.

Cuando ella terminó la runa, las marcas desaparecieron y sólo dejaron unas levísimas marcas blancas.

—¿Estás... bien? —La voz de Simon era un susurro. Suave. Estaba tratando de contener las otras preguntas que le quería hacer: «¿Te hice daño? ¿Ahora crees que soy un monstruo? ¿Ya te he acojonado del todo?».

—Estoy bien. He dormido hasta mucho más tarde de lo que suelo hacer, pero creo que seguramente es bueno. —Al ver su expresión, Isabelle se metió la estela en el cinturón. Avanzó hacia Simon con la gracia de un gato y se quedó sobre él, con él cabello cayendo sobre ambos. Estaban tan cerca que se tocaban la nariz. Ella lo miró sin parpadear—. ¿Por qué estás tan loco? —preguntó, y él notó su aliento en el rostro, tan suave como un susurro.

Él quiso cogerla y besarla, no morderla, sino sólo besarla, pero justo en ese momento sonó el timbre del apartamento. Un segundo después, alguien llamó a la puerta del cuarto; la golpeó con tanta fuerza que la hizo sacudirse en las bisagras.

—Simon. Isabelle. —Era Magnus—. Mira, no me importa si estáis durmiendo o haciéndoos cosas inconfesables el uno al otro. Vestíos y venid al salón. Ahora mismo.

Simon miró a los ojos a Isabelle, que parecía tan desconcertada como él.

—¿Qué pasa?

—Salid de ahí —insistió el brujo, y el sonido de sus pasos al marcharse se oyó muy fuerte.

Isabelle salió de encima de Simon, para decepción de éste, y suspiró.

—¿Qué crees que será?

—Ni idea —contestó Simon—. Reunión de emergencia del Equipo Bueno, supongo. —Había encontrado esa expresión divertida cuando Clary la había usado. Isabelle, sin embargo, sólo meneó la cabeza y suspiró.

—No estoy segura de que haya ningún Equipo Bueno últimamente —replicó.

Cuando la cabeza de la serpiente se lanzó hacia Clary, un fulgor brillante la atravesó, casi cegándola. Un cuchillo serafín, con el brillante borde cortando limpiamente la cabeza del demonio, que se desplomó, rociando veneno e icor; Clary rodó hacia un lado, pero parte de la sustancia tóxica le salpicó el torso. El demonio se desvaneció antes de que las dos mitades llegaran a tocar el suelo. Clary apretó los dientes para no gritar de dolor y fue a ponerse en pie. De repente, una mano entró en su campo de visión; una oferta para ayudarla a levantarse.

«Jace», pensó, pero al alzar los ojos, vio que miraba a su hermano.

—Vamos —la apremió Sebastian, todavía con la mano extendida—.

Hay más.

Ella le cogió la mano y le dejó ponerla en pie. A él también le había salpicado la sangre del demonio: una sustancia verde negruzca que quemaba lo que tocaba, y chamuscaba la ropa. Mientras ella lo miraba, una de las cosas con cabeza de serpiente (demonios elapid, supo ella tardíamente, al recordar la ilustración en un libro) se alzó por detrás de él, con el cuello plano como el de una cobra. Sin pensar, Clary agarró a Sebastian del hombro y lo apartó con fuerza; él se tambaleó hacia atrás mientras el demonio atacaba, y Clary se alzó para frenarlo con la daga que se había sacado del cinturón. Inclino el cuerpo hacia un lado mientras le clavaba la daga a la criatura, evitando sus fauces; el siseo del demonio se convirtió en un borboteo cuando la hoja se hundió y Clary tiró de ella hacia abajo, destripando a la criatura de la misma manera en que se destripa a un pescado. La ardiente sangre del demonio le estalló sobre la mano en un hirviente torrente. Clary gritó, pero no soltó la daga mientras el elapid desaparecía de la existencia.

Se volvió en redondo. Sebastian estaba luchando contra otro elapid junto a la puerta de la tienda; Jace estaba conteniendo a otros dos cerca de un aparador con cerámica antigua. El suelo estaba cubierto de añicos de loza. Clary echó el brazo hacia atrás y lanzó la daga, como le había enseñado Jace. La hoja cortó el aire y se clavó en el costado de una de las criaturas, que se alejó de Jace chillando y sacudiéndose. Éste se volvió y, al ver a Clary, le guiñó un ojo antes de cortarle la cabeza de un tajo al último demonio elapid, cuyo cuerpo se deshizo al desaparecer. Jace, salpicado de sangre negra, sonrió satisfecho.

Clary notó un subidón de algo, una sensación de vibrante euforia. Tanto Jace como Isabelle le habían hablado del subidón de la batalla, pero nunca antes lo había sentido. En ese momento, sí. Se sintió todopoderosa, con las venas vibrándole y la fuerza desenroscándosele desde la base de la columna. Todo parecía ir más despacio a su alrededor. Observó al demonio elapid herido girar y volverse hacia ella; se puso a correr hacia Clary sobre sus patas de insecto, con los labios ya separándose de los dientes. Ella retrocedió, arrancó la bandera antigua de su sujeción en la pared y golpeó con el extremo del asta al elapid en la boca abierta. La barra le atravesó el cráneo a la criatura, y el elapid desapareció, llevándose la bandera con él.

Clary rió a carcajadas. Sebastian, que acababa de terminar con los otros demonios, se volvió al oírla, y abrió mucho los ojos.

—¡Clary! ¡Detenlo! —gritó y, al volverse, ella vio a Mirek, que trataba de abrir una puerta en la parte trasera de la tienda.

Clary echó a correr, al mismo tiempo que se sacaba el cuchillo serafín del cinturón.

—¡Nakir! —gritó; saltó sobre el mostrador y luego saltó sobre él mientras su arma comenzaba a brillar con fuerza. Aterrizó sobre el demonio vetis, tirándolo al suelo. Uno de sus brazos de anguila trató de morderla, y ella lo cortó de un tajo con el cuchillo. Más sangre negra salió disparada. El demonio la miró con ojos rojos y aterrados.

—Para —resolló—. Puedo darte todo lo que quieras...

—Tengo todo lo que quiero —susurró ella, y bajó el cuchillo serafín. Lo hundió en el pecho del demonio, y Mirek desapareció con un grito hueco. Clary se golpeó con las rodillas en el suelo.

Al cabo de un instante, aparecieron dos cabezas por el lado del mostrador, mirándola: una rubia dorada y otra rubia plateada. Jace y Sebastian. Jace parecía asombrado; Sebastian, pálido.

—En nombre del Ángel, Clary —dijo a media voz—. El *adamás*...

—Oh, ¿esa cosa que querías? Está aquí.

La pieza había medio rodado del mostrador. Clary la alzó; era un luminoso pedazo de color plata, manchado donde las manos ensangrentadas de Clary lo habían tocado.

Sebastian maldijo aliviado y le sacó el *adamás* de las manos, mientras Jace saltaba por encima del mostrador y, de un solo movimiento, caía junto a Clary. Se arrodilló y la acercó mientras le pasaba las manos por encima, con los ojos oscuros de preocupación. Ella lo cogió por las muñecas.

—Estoy bien —le aseguró. El corazón le latía con fuerza y la sangre aún le cantaba en las venas. Abrió la boca para decir algo, pero se inclinó hacia él y le puso las manos sobre las mejillas, clavándole las uñas—. Me siento bien.

Lo miró, desarreglado, sudoroso y ensangrentado como estaba, y quiso besarlo. Quiso...

—Muy bien, vosotros dos —interrumpió Sebastian. Clary se apartó de Jace y miró a su hermano. Los miraba sonriendo con ironía, mientras hacía girar perezosamente el trozo de *adamás* en la mano—. Mañana usaremos esto —dijo indicando el metal con la cabeza—. Pero esta noche, en cuanto nos hayamos aseado un poco, vamos a celebrarlo.

Simon entró descalzo en el salón, Isabelle tras él, y se encontraron con un sorprendente panorama. El círculo y el pentagrama en el centro del suelo resplandecían con una brillante luz plateada, como mercurio. Se alzaba humo del centro, una alta columna de un rojo muy oscuro, acabada en blanco. Toda la sala olía a quemado. Magnus y Alec estaban fuera del círculo, y junto a ellos, Jordan y Maia, quienes, a juzgar por los abrigos y gorras que llevaban, debían de acabar de llegar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Isabelle, mientras se estiraba bostezando—. ¿Por qué todo el mundo está viendo el Canal Pentagrama?

—Espera un momento —contestó Alec, sombrío—. Ya lo verás.

Isabelle se encogió de hombros y sumó su observación a la de los demás. Mientras todos miraban, el humo blanco comenzó a girar, cada vez más rápido, un minitornado que recorría el centro del pentagrama y formaba palabras con marcas requemadas.

«¿HABÉIS TOMADO UNA DECISIÓN?»

—Ayyy —exclamó Simon—. ¿Lleva toda la mañana haciendo esto?

Magnus alzó los brazos. Llevaba pantalones de cuero y una camisa con un rayo metálico delante.

— Y toda la noche.

— ¿Y pregunta lo mismo todo el rato?

— No, dice cosas diferentes. A veces, palabrotas. *Azazel*. parece estar pasándolo bien.

— ¿Puede oírnos? — Jordan inclinó la cabeza hacia el lado—. Eh, hola, demonio.

Las letras de fuego fueron apareciendo.

«HOLA, LICÁNTROPO.»

Jordan dio un paso atrás y miró a Magnus.

— ¿Esto es... normal?

Magnus parecía profundamente infeliz.

— Te aseguro que no es normal en absoluto. Nunca había invocado a ningún demonio tan poderoso como *Azazel*., pero incluso así... He revisado los libros, y no he encontrado ningún caso en que esto haya pasado antes. Esto se está descontrolando.

— Hay que enviar de vuelta a *Azazel*. — repuso Alec—. De una forma permanente. — Meneó la cabeza—. Quizá Jocelyn tuviera razón. Nada bueno viene de invocar demonios.

— Estoy seguro de que yo vengo de alguien que invocó a un demonio — indicó Magnus—. Alec, lo he hecho cientos de veces. No sé por qué esta vez tiene que ser diferente.

— *Azazel*. no puede salir, ¿verdad? — preguntó Isabelle—. Del pentagrama, me refiero.

— No — contestó Magnus—, pero tampoco debería ser capaz de hacer las otras cosas que está haciendo.

Jordan se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

— ¿Qué tal es estar en el Infierno, tío? — preguntó—. ¿Caliente o frío? He oído las dos cosas.

No hubo respuesta.

— Por Dios, Jordan — exclamó Maia—. Creo que lo has hecho enfadar.

Jordan tocó con el pie el borde del pentagrama.

— ¿Puede predecir el futuro? ¿Qué, pentagrama, vamos a triunfar con el grupo de música?

— Es un demonio del Infierno, no una bola mágica, Jordan — replicó Magnus irritado—. Y aléjate del borde del pentagrama. Invoca a un

demonio y atrápalo en un pentagrama, y no podrá hacerte daño. Entra en el pentagrama, y te pones a su alcance...

En ese momento, la columna de humo comenzó a condensarse. Magnus alzó la cabeza de golpe, y Alec se puso en pie, casi tirando la silla mientras el humo iba tomando la forma de *Azazel*.. El traje apareció primero, uno de raya diplomática gris y plata, con elegantes gemelos, y luego pareció llenarlo; sus ojos llameantes fueron lo último en aparecer. Miró alrededor con evidente placer.

—Toda la banda está aquí —dijo—. ¿Habéis tomado una decisión?

—Sí —contestó Magnus—. Creo que no requeriremos tus servicios. Gracias de todas formas.

Se hizo el silencio.

—Ahora ya te puedes ir —añadió Magnus, agitando los dedos como despedida—. Va.

—Creo que no —repuso *Azazel*. amablemente; sacó un pañuelo, lo sacudió y se pulió las uñas—. Creo que me quedaré. Me gusta estar aquí.

Magnus suspiró y le dijo algo a Alec, que fue a la mesa y volvió con un libro. Se lo pasó al brujo. Magnus lo abrió y comenzó a leer.

—«Espíritu maldito, aléjate. Regresa al reino del humo y las llamas, de cenizas y...»

—Eso no funciona conmigo —advirtió el demonio con voz cansina—. Pero inténtalo si quieres. Yo seguiré aquí.

Magnus lo miró con los ojos ardiendo de rabia.

—No puedes obligarnos a negociar contigo.

—Puedo intentarlo. No es que tenga nada mejor que hacer...

Azazel. calló cuando una forma familiar entró corriendo en la sala. Era *Presidente Miau*, que perseguía lo que parecía un ratón. Mientras todos lo miraban sorprendidos y horrorizados, el gato cruzó el borde del pentagrama, y Simon, llevado por el instinto en vez de la razón, saltó dentro del pentagrama tras él y lo cogió en brazos.

—¡Simon!

Sin volverse supo que era Isabelle, que había soltado un grito instintivo. Se volvió para mirarla y la vio con la mano sobre la boca y contemplándolo con los ojos desorbitados. Todos lo miraban. Izzy palideció de horror, e incluso Magnus pareció inquieto.

«Invoca a un demonio y atrápalo en un pentagrama, y no podrá hacerte daño. Entra en el pentagrama, y te pones a su alcance.»

Simon notó que le tocaban en el hombro. Dejó caer a *Presidente Miau* mientras se volvía; el gato salió corriendo del pentagrama y fue a esconderse bajo el sofá. Simon alzó la mirada. El enorme rostro de *Azazel*. estaba sobre él. A esa distancia, veía las grietas en la piel del demonio, como grietas en el mármol, y las llamas que ardían en el fondo de los hundidos ojos de *Azazel*.. Cuando el demonio sonrió, Simon vio que cada uno de sus dientes acababa en una aguja de hierro.

Azazel. exhaló. Una nube de sulfuro caliente rodeó a Simon. Éste era vagamente consciente de la voz de Magnus, que subía y bajaba en una salmodia, y de que Isabelle gritaba algo mientras el demonio lo agarraba por los brazos. *Azazel*. alzó a Simon del suelo, dejándolo con los pies colgando... y lo lanzó.

O trató de hacerlo. Las manos le resbalaron de Simon; éste se cayó al suelo hecho un ovillo, mientras *Azazel*. salía disparado hacia atrás y parecía chocar contra una barrera invisible. Se oyó un ruido como de piedra al quebrarse. *Azazel*. cayó de rodillas; luego se levantó penosamente. Lo miró rugiendo, los dientes destellaron y fue a por Simon, quien, al darse cuenta por fin de lo que estaba pasando, alzó una temblorosa mano y se apartó el cabello de la frente.

Azazel. se detuvo en seco. Las manos, con las uñas acabadas con las mismas agujas de hierro que los dientes, se le cerraron a los costados.

—Errante —susurró—. ¿Eres tú?

Simon se quedó parado. Magnus seguía salmodiando suavemente en el fondo, pero todo lo demás estaba en silencio. Simon temía mirar atrás y ver los ojos de cualquiera de sus amigos. Clary y Jace, pensó, ya habían visto lo que hacía la Marca, su fuego. Nadie más. No era de extrañar que se hubieran quedado sin palabras.

—No —repuso *Azazel*., entrecerrando sus ardientes ojos—. No, eres demasiado joven, y el mundo demasiado viejo. Pero ¿quién osaría poner la marca del Cielo en un vampiro? ¿Y por qué?

Simon bajó la mano.

—Tócame de nuevo y descúbrelo —lo retó.

Azazel. hizo un sonido resonante, mitad risa, mitad fastidio.

—Creo que no —contestó—. Si has estado tonteando para torcer la voluntad del Cielo, ni siquiera por mi libertad vale la pena jugarme mi destino aliándolo al tuyo. —Miró por la sala—. Estáis todos locos. Buena suerte, niños humanos. La vais a necesitar.

Y desapareció en medio de una llamarada, dejando detrás un humo negro y el hedor del sulfuro.

—No te muevas —dijo Jace, con la daga Herondale en la mano; con la punta, cortó la camisa de Clary desde el cuello hasta el borde. Cogió ambas partes y se las sacó con cuidado de los hombros, dejándola a ella sentada en el borde del lavabo sólo en pantalones y camisola. La mayoría del veneno y el icor le había caído sobre los vaqueros y el abrigo, pero la frágil seda de la camisa estaba destrozada. Jace la tiró al lavabo, y el agua crepitó; luego le puso la estela en el hombro a Clary y fue trazando una runa curativa.

Ella cerró los ojos, notando el calor de la runa, y luego un intenso alivio del dolor se le extendió por los brazos y la espalda. Era como la novocaína, pero sin atontarla.

—¿Mejor? —preguntó Jace.

Ella abrió los ojos.

—Mucho mejor. —Era perfecto; el *iratze* no tenía demasiado efecto sobre las quemaduras causadas por veneno de demonio, pero éstas tendían a curarse rápido en la piel de los cazadores de sombras. Lo cierto era que ya sólo le picaban un poco, y Clary, aún con el subidón de la pelea, casi ni las notaba—. ¿Tu turno?

Él sonrió y le ofreció la estela. Estaban en la parte trasera de la tienda de antigüedades. Sebastian había ido a cerrar la puerta y bajar las luces de delante, para no atraer la atención de ningún mundano. Le entusiasmaba «celebrarlo» y, cuando los había dejado, había estado dudando sobre si volver al apartamento y cambiarse o ir directos a un club en la Mala Strana.

Si en alguna parte de su fuero interno Clary sentía que no estaba bien celebrar algo, esa sensación se perdía en la vibración de su sangre. Era curioso que hubiera sido justamente luchando al lado de Sebastian que se le hubiera encendido el interruptor que parecía despertar los instintos de cazadora de sombras que tenía dentro. Quería saltar edificios de un solo bote, dar cien volteretas, y aprender a cruzar los cuchillos como una tijera, como hacía Jace. Pero en vez de todo eso, le cogió la estela y le pidió que se quitara la camisa.

Él se la quitó por la cabeza, y ella trató de mostrarse indiferente. Jace tenía un largo corte en el costado, de un rojo púrpura furioso en los bordes, y quemaduras de sangre de demonio en la clavícula y el hombro derecho. Aun así, era la persona más hermosa que Clary había conocido. Piel de

color dorado pálido, anchos hombros, cintura y caderas estrechas, una fina línea de vello dorado que le iba del ombligo hasta perderse bajo la cintura de los pantalones. Apartó los ojos de él y le puso la estela en el hombro, dibujándole en la piel la que debía de ser la enésima runa curativa que él hubiera recibido.

—¿Bien? —preguntó cuando hubo acabado.

—Hum-hum. —Él se inclinó, y Clary pudo notar su olor: sangre y carboncillo, sudor y el jabón barato que habían encontrado en el lavabo—. Me ha gustado —dijo Jace—. ¿A ti no? ¿Luchar juntos así?

—Ha sido... intenso.

Él ya estaba entre sus piernas; se acercó más, enganchándole la cintura del pantalón con los dedos. Ella le puso las manos sobre los hombros y se vio el brillo del anillo de oro con forma de hoja en el dedo. Eso la despejó.

«No te distraigas; no te pierdas en esto. Éste no es Jace, no es Jace, no es Jace.»

Él le rozó la boca con los labios.

—He pensado que era increíble. Tú has estado increíble.

—Jace —susurró ella, y entonces se oyó que golpeaban en la puerta. Jace la soltó sorprendido, y ella se resbaló hacia atrás; sin querer apretó el grifo, que se abrió y los roció a los dos con agua. Ella soltó un gritito de sorpresa y Jace se echó a reír. Fue a abrir la puerta mientras Clary se volvía para cerrar el grifo.

Por supuesto, era Sebastian. Estaba sorprendentemente limpio, si se tenía en cuenta lo que acababan de pasar. Se había cambiado la chaqueta de cuero manchada por una casaca militar antigua, que, sobre su camiseta, le daba el aspecto chic de una tienda de segunda mano. Llevaba algo en las manos, algo negro y brillante.

Sebastian arqueó las cejas.

—¿Hay alguna razón por la que hayas tirado a mi hermana al lavabo?

—La estaba alzando en volandas —contestó Jace; se agachó para recoger la camisa y se la puso. Al igual que Sebastian, su chaqueta era lo que más dañado había resultado, aunque también tenía una raja en el costado de la camisa, donde la garra de un demonio le había arañado.

—Te he traído algo que ponerte —dijo Sebastian, y le pasó la cosa negra brillante a Clary, que había salido del lavabo y estaba de pie, goteando agua con jabón sobre el suelo alicatado—. Es antiguo, y parece de tu talla.

Sorprendida, Clary le devolvió la estela a Jace y cogió la prenda que le ofrecía Sebastian. Era un vestido, casi un viso en realidad, de un negro intenso, con unos elaborados tirantes de cuentas y bajo de encaje. Los tirantes eran ajustables, y la tela se daba lo suficiente para que Sebastian tuviera razón, y seguramente le cupiera. En parte, no le gustaba la idea de ponerse algo que hubiera elegido Sebastian, pero tampoco podía ir a un club nocturno en unos vaqueros empapados y una camisola.

—Gracias —dijo al fin—. Muy bien, salid los dos mientras me cambio.

Los chicos salieron y cerraron la puerta. Ella los oía, chicos hablando en voz alta, y aunque no distinguía las palabras, sabía que estaban bromeando. Cómoda y amistosamente. Qué raro era aquello, pensó mientras se sacaba la ropa y se pasaba el vestido por la cabeza. Jace, que casi nunca se mostraba abierto con nadie, estaba riendo y bromeando con Sebastian.

Se volvió para mirarse en el espejo. El negro le aclaraba el color de la piel, hacía que sus ojos parecieran más grandes y el cabello más rojo; los miembros, largos, finos y pálidos. Las botas que había llevado por dentro de los vaqueros le añadían un toque duro al conjunto. No estaba segura de si estaba guapa, pero seguro que parecía alguien con quien valía la pena no meterse.

Se preguntó si Isabelle lo aprobaría.

Abrió la puerta del lavabo y salió. Estaba en la oscura trastienda, donde todos los trastos que no cabían delante estaban tirados de cualquier manera. Una cortina de terciopelo la separaba del resto del establecimiento. Jace y Sebastian se encontraban al otro lado de la cortina, charlando, aunque ella seguía sin captar las palabras. Apartó la cortina y salió.

Las luces estaban encendidas, aunque la persiana de metal estaba bajada, dejando el interior de la tienda invisible para el transeúnte. Sebastian estaba revisando los trastos de los estantes; los bajaba uno tras otro con sus largos dedos, los examinaba por encima y los volvía a dejar en el estante.

Jace fue el primero en ver a Clary. Ella vio que le chispeaban los ojos y se acordó de la primera vez que él la había visto arreglada, con la ropa de Isabelle, para la fiesta de Magnus. Al igual que entonces, los ojos de Jace fueron subiendo desde la botas, por las piernas, las caderas, la cintura y el pecho, para acabar deteniéndose en el rostro. Él esbozó una lenta sonrisa.

—Podría decir que eso no es un vestido, es ropa interior —dijo él—, pero dudo que eso favorezca mis intereses.

—¿Necesito recordarte que ésa es mi hermana? —preguntó Sebastián.

—La mayoría de los hermanos estarían encantados de ver a un caballero como yo custodiando a su hermana por la ciudad —repuso Jace, mientras cogía una chaqueta militar de una de las perchas y metía los brazos.

—¿Custodiar? —repitió Clary—. Lo siguiente que dirás es que eres un bribón y un perillán.

—Y entonces, acabaremos con un duelo a pistola al amanecer —añadió Sebastian mientras iba hacia la cortina de terciopelo—. Vuelvo en seguida. No me he sacado la sangre del pelo.

—Manías, manías —le soltó Jace, sonriendo, y luego cogió a Clary y la acercó a él. Su voz pasó a ser un susurro—. ¿Recuerdas cuando fuimos a la fiesta de Magnus? Saliste al vestíbulo con Isabelle, y a Simon casi le da una apoplejía.

—Curioso, estaba pensando en lo mismo. —Clary tiró la cabeza hacia atrás para mirarlo—. No recuerdo que tú dijeras nada entonces sobre mi aspecto.

Él metió los dedos bajo los tirantes del vestido; las yemas le rozaron la piel.

—Creía que no te gustaba mucho. Y no creí que una descripción detallada de todo lo que habría querido hacerte, expuesta delante de un público, hubiera servido para que cambiaras de opinión.

—¿Creías que no me gustabas? —Su voz se alzó incrédula—. Jace, ¿cuándo no le has gustado a una chica?

Él se encogió de hombros.

—Sin duda los manicomios de este mundo están llenos de las desafortunadas mujeres que no han sido capaces de ver mis encantos.

Clary tenía una pregunta en la punta de la lengua, una que siempre le había querido hacer pero no le había hecho. Al fin y al cabo, ¿qué importaba lo que hubiera hecho antes de conocerla? Como si él pudiera leerle los pensamientos en la cara, sus dorados ojos se suavizaron un poco.

—Nunca me ha importado lo que las chicas pensarán de mí —dijo—. No antes de ti.

«Antes de ti.»

—Jace, me preguntaba... —La voz de Clary tembló un poco.

—Vuestro precalentamiento verbal es aburrido y molesto —soltó Sebastian, mientras reaparecía por la cortina de terciopelo, con el cabello húmedo y revuelto—. ¿Listos?

Clary se apartó de Jace, sonrojándose.

—Somos nosotros los que te hemos estado esperando —replicó Jace, impertérrito.

—Pues parece que habéis encontrado la manera de entreteneros durante ese terrible rato. Ahora vamos. Ya veréis como os encanta este sitio.

—Quiero recuperar mi depósito —dijo Magnus con tristeza. Estaba sentado sobre la mesa, entre las cajas de pizzas y las tazas de café, observando al resto del Equipo Bueno hacer todo lo que podían para limpiar la destrucción que había ocasionado la aparición de *Azazel*: los agujeros humeantes de las paredes, el moco negro y sulfuroso que goteaba de las tuberías del techo, la ceniza y otras sustancias negras terrosas que cubrían el suelo. *Presidente Miau* estaba tumbado en el regazo del brujo, ronroneando. Magnus se había librado de participar en la limpieza porque había permitido que su apartamento quedara medio destruido; Simon tampoco participaba de la limpieza porque después del incidente del pentagrama nadie sabía muy bien qué hacer con él. Había tratado de hablar con Isabelle, pero ella se había limitado a amenazarlo con la fregona.

—Tengo una idea —dijo Simon. Estaba sentado junto a Magnus, con los codos apoyados en las rodillas—. Pero no os va a gustar.

—Tengo la sensación de que no te equivocas, Sherwin.

—Simon. Me llamo Simon.

—Lo que sea. —Magnus agitó una delgada mano—. ¿Cuál es tu idea?

—Tengo la Marca de Caín —comenzó Simon—. Eso significa que nada puede matarme, ¿cierto?

—Te puedes matar tú —soltó Magnus, sin ayudar nada—. Por lo que sé, los objetos inanimados te pueden matar por accidente. Así que si estabas pensando en aprender la lambada en una plataforma engrasada sobre un foso lleno de cuchillos, yo no lo haría.

—Ya me has fastidiado el sábado.

—Pero nada más puede matarte —continuó Magnus. Había apartado la mirada de Simon, y observaba a Alec, que parecía estar peleándose con la mopa—. ¿Por qué?

—Lo que ha pasado en el pentagrama con *Azazel*. me ha hecho pensar —contestó Simon—. Dices que invocar a ángeles es más peligroso que invocar a demonios, porque pueden aplastarte o hacerte arder con el fuego celestial. Pero si lo hiciera yo... —Dejó la frase colgando—. Bueno, yo no correría peligro, ¿no?

Eso captó de nuevo la atención de Magnus.

—¿Tú? ¿Invocar a un ángel?

—Podrías explicarme cómo hacerlo —continuó Simon—. Ya sé que no soy brujo, pero Valentine lo hizo. Si él pudo, ¿por qué yo no? Quiero decir, hay humanos que hacen magia.

—No podría prometerte que sobrevivieras —repuso Magnus, pero había una chispa de interés en su voz que contrastaba con la advertencia—. La Marca es la protección del Cielo, pero ¿te protegería del mismo Cielo? No sé la respuesta.

—No creía que la supieras. Pero aceptas que, de todos nosotros, yo soy el que tiene más posibilidades, ¿verdad?

Magnus miró a Maia, que estaba salpicando a Jordan con agua sucia y riendo mientras él se retorció, soltando grititos. Maia se echó el rizado cabello hacia atrás, y se dejó una mancha sucia en la frente. Se la veía joven.

—Sí —concedió Magnus a regañadientes—. Probablemente sí.

—¿Quién es tu padre? —preguntó Simon.

Magnus miró instintivamente a Alec. Sus ojos eran de un color verde dorado, tan inescrutables como los ojos del gato que tenía en el regazo.

—No es mi tema favorito, Smedly.

—Simon —replicó Simon—. Y si voy a morir por todos nosotros, lo mínimo que podría hacer es recordar mi nombre.

—No morirás por mí —repuso Magnus—. Si no fuera por Alec, yo estaría...

—¿Dónde estarías?

—Tuve un sueño —contestó Magnus con una mirada distante—. Vi una ciudad de sangre, con torres hechas de huesos, y la sangre corría por las calles como agua. Quizá puedas salvar a Jace, vampiro diurno, pero no puedes salvar el mundo. La oscuridad se acerca. «Una tierra de oscuridad, como la misma oscuridad; y de las sombras de la muerte, sin ningún orden, y donde la luz es como la oscuridad.»

»Si no fuera por Alec, me habría marchado de aquí.

—¿Y adónde irías?

—A esconderme. A esperar que pasara la tormenta. No soy un héroe.

—Magnus cogió a *Presidente Miau* y lo dejó caer al suelo.

—Amas a Alec lo suficiente para quedarte aquí —dijo Simon—. Eso es bastante heroico.

—Tú amabas a Clary lo suficiente para destrozarte la vida por ella —replicó Magnus con una amargura nada característica en él—. Y mira lo que has conseguido. —Alzó la voz—. Muy bien, gente. Venid aquí. Sheldon tiene una idea.

—¿Quién es Sheldon? —preguntó Isabelle.

Las calles de Praga estaban frías y oscuras, y aunque Clary se arrebujaba en su chaqueta con quemaduras de icor, notó que el aire helado le cortaba la vibración exaltada que sentía en las venas, apagando lo que le quedaba del subidón de la pelea. Compró una copa de vino caliente para que la vibración siguiera y la rodeó con las manos para que le diera calor, mientras Jace, Sebastian y ella se perdían en el retorcido laberinto de calles cada vez más estrechas y oscuras. Las calles no tenían placas con nombres y no había otros peatones; lo único constante era la luna, que se movía entre las nubes en lo alto. Finalmente, unos escalones bajos de piedra los llevaron a una pequeña plaza, iluminada por un lado por un reluciente cartel de neón que decía «KOSTI LUSTR». Bajo el cartel había una puerta abierta, un lugar vacío en la pared que recordaba al hueco de un diente perdido.

—¿Qué quiere decir «Kosti Lustr»? —preguntó Clary.

—Significa «La Araña de Hueso». Es el nombre del club —contestó Sebastian mientras avanzaba. Su cabello claro reflejaba las cambiantes luces del neón: rojo intenso, azul frío y dorado metálico—. ¿Venís?

Clary chocó contra un muro de sonido y luz en cuanto entró en el club. Era un espacio grande y abarrotado que parecía haber sido el interior de una iglesia. Aún se veían las vidrieras en lo alto de los muros. Focos estroboscópicos destellaban sobre los felices rostros de los bailarines en la agitada multitud. Había una cabina de disc-jockey en una pared, y música trance rebosaba por los altavoces. La música la sacudía desde lo pies, se le metía en la sangre y le hacía vibrar los huesos. El ambiente estaba cargado de calor humano y de olor a sudor, humo y cerveza.

Estaba a punto de volverse y preguntarle a Jace si quería bailar, cuando notó una mano en la espalda. Era Sebastian. Clary se tensó, pero no se

apartó.

—Vamos —le dijo él al oído—. No nos vamos a quedar aquí con toda la purria.

Su mano era como hierro presionándole la columna. Le dejó que la impulsara hacia delante, entre los que bailaban; la multitud parecía apartarse para dejarlos pasar, la gente alzaba los ojos para mirar a Sebastian, y luego los bajaban, apartándose. El calor aumentó, y a Clary casi le costaba respirar para cuando llegaron al otro lado de la sala. Allí había un arco en el que no se había fijado antes. Unos gastados escalones de piedra conducían hacia abajo, curvándose en la oscuridad.

Clary alzó los ojos cuando Sebastian le sacó la mano de la espalda. Se hizo la luz a su alrededor. Jace había sacado su piedra de luz mágica. Le sonrió; su rostro todo ángulos y sombras bajo la dura luz.

—Fácil es el descenso —comentó.

Clary se estremeció. Sabía el resto de la frase. «Fácil es el descenso al Infierno.»

—Vamos. —Sebastian indicó con la cabeza, y comenzó a bajar, grácil y seguro, sin preocuparse de poder resbalar en las piedras pulidas por el tiempo. Clary lo siguió un poco más despacio. El aire fue enfriándose a medida que descendían, y el sonido de la música se desvaneció. Clary oía sus respiraciones y veía sus sombras, distorsionadas y descoyuntadas, que se proyectaban sobre las paredes.

Oyó una nueva música antes de llegar al final de la escalera. Tenían un ritmo incluso más machacón que la música de arriba; se le metió por los oídos y hasta las venas, y la sacudió por dentro. Cuando llegaron al último escalón, estaba casi mareada; entraron en una gigantesca sala que la dejó sin aliento.

Todo era de piedra; las paredes irregulares y con bultos y el suelo liso bajo los pies. Una enorme estatua de un ángel negro alado se alzaba junto a la pared del fondo, con la cabeza perdida entre las sombras de lo alto; de las alas colgaban tiras de granates que parecían gotas de sangre. Explosiones de color y luz estallaban como petardos por toda la sala, nada parecidas a las luces artificiales de arriba; eran hermosas y chispeantes como fuegos artificiales, y cada vez que estallaba uno, esparcía una lluvia brillante sobre la multitud que bailaba abajo. De grandes fuentes de mármol manaba agua burbujeante; pétalos de rosas negras flotaban en la superficie. Y por encima

de todo, colgando sobre la atestada pista de baile de un largo cable dorado, había una enorme araña de luces hecha de huesos.

Era tan elaborada como macabra. La parte principal de la lámpara estaba formada por columnas vertebrales unidas; fémures y tibias colgaban como decoración de los brazos de la lámpara, que se alzaban para sostener cráneos humanos, cada uno de ellos sujetando un enorme cirio. Cera negra goteaba como sangre de demonio y aunque ninguno de ellos parecía notarlo, salpicaba a los bailarines. Éstos no eran humanos y giraban, se movían y aplaudían.

—Licántropos y vampiros —dijo Sebastian respondiendo a la pregunta que Clary no había llegado a formularle—. En Praga son aliados. Aquí es donde... se relajan. —Una brisa caliente soplaba por la sala, como un viento del desierto; le agitó el cabello plateado y se lo puso sobre los ojos, ocultándole la expresión.

Clary se sacó la chaqueta y la apretó contra el pecho casi como si fuera un escudo. Miró alrededor con ojos muy abiertos. Podía notar que el resto no eran humanos; los vampiros con su palidez y su gracia lánguida y ágil; los licántropos, fieros y rápidos. La mayoría eran jóvenes, y bailaban cerca, y se rozaban de arriba abajo contra el cuerpo de los otros.

—Pero... ¿no les importará que estemos aquí? ¿Nefilim?

—Me conocen —contestó Sebastian—. Y todos saben que estáis conmigo. —Le cogió la chaqueta—. La dejaré en el guardarropa.

—Sebastian...

Pero él ya se había ido.

Clary miró a Jace, que estaba a su lado. Él tenía los pulgares colgando del cinturón y miraba alrededor sin demasiado interés.

—¿Guardarropa vampírico?

—¿Por qué no? —Jace sonrió—. Te habrás fijado en que no se ha ofrecido a llevarse mi chaqueta. La caballerosidad ha muerto, te lo digo yo. —Inclinó la cabeza al ver la expresión confusa de Clary—. Lo que sea. Tal vez aquí haya alguien con quien quiere hablar.

—¿No es sólo por diversión?

—Sebastian nunca hace nada sólo por diversión. —Jace la cogió de las manos y tiró de ella hacia sí—. Pero yo sí.

Nadie mostró ningún entusiasmo con su plan, lo que a Simon no le sorprendió en absoluto. Hubo un fuerte coro de desaprobación, seguido de

un clamor de voces tratando de convencerlo para que no lo hiciera, y preguntas, la mayoría dirigidas a Magnus, sobre la seguridad de todo aquel asunto. Simon apoyó los codos en las rodillas y esperó a que acabaran.

Finalmente, notó que le tocaban suavemente en el brazo. Se volvió, y para su sorpresa, era Isabelle. Ella le hizo un gesto para que la siguiera.

Acabaron entre las sombras de una de las columnas mientras la discusión seguía detrás de ellos. Como Isabelle había sido, al principio, de los que habían protestado con más fuerza, él se preparó para que le gritara. Sin embargo, ella sólo lo miró apretando los labios.

—Vale —dijo él finalmente, harto de su silencio—. Supongo que en este momento no estás nada contenta conmigo.

—¿Supones? Te daría una patada en el culo, vampiro, pero no quiero estropear mis caras botas nuevas.

—Isabelle...

—No soy tu novia.

—De acuerdo —repuso Simon, aunque no pudo evitar una leve sensación de decepción—. Lo sé.

—Y nunca te he reprochado el tiempo que has pasado con Clary. Incluso te animé a hacerlo. Sé lo mucho que la quieres. Y sé lo mucho que te quiere. Pero esto... esto que pretendes hacer es correr un riesgo de locos. ¿Estás seguro?

Simon miró alrededor, al destartado apartamento de Magnus, al pequeño grupo en el rincón, discutiendo sobre su destino.

—No es sólo por Clary.

—Bueno, no será por tu madre, ¿verdad? —replicó Isabelle—. ¿Porque te llamó monstruo? No tienes que demostrar nada, Simon. Es su problema, no el tuyo.

—No es eso. Jace me salvó la vida. Se lo debo.

Isabelle pareció sorprenderse.

—No estás haciendo esto sólo para pagar a Jace, ¿verdad? Porque, por ahora, me parece que todos estamos bastante igualados.

—No, no del todo —contestó él—. Mira, todos conocemos la situación. Sebastian no puede estar suelto por ahí. No es seguro. La Clave tiene razón. Pero si él muere, Jace muere. Y si Jace muere, Clary...

—Ella lo superará —dijo Isabelle, con una voz seca y firme—. Es dura y fuerte.

—Sufrirá. Quizá para siempre. No quiero que sufra así. No quiero que tú sufras así.

Isabelle se cruzó de brazos.

—Claro que no. Pero ¿crees que no sufrirá, Simon, si te pasa algo?

Simon se mordisqueó el labio. Lo cierto era que no había pensado en eso.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué?

—¿Sufrirías si me pasara algo?

Ella se lo quedó mirando, con la espalda muy tiesa y la barbilla firme. Pero le brillaban los ojos.

—Sí.

—Pero quieres que ayude a Jace.

—Sí, también.

—Entonces, tienes que dejarme hacerlo —concluyó él—. No es sólo por Jace, o por ti y Clary, aunque todos sois una gran parte. Es porque creo que la oscuridad se acerca. Creo a Magnus cuando lo dice. Creo que Raphael teme realmente una guerra. Creo que estamos viendo una pequeña parte del plan de Sebastian, pero no creo que sea una coincidencia que se llevara a Jace con él cuando se fue. O que Jace y él estén unidos. Sabe que necesitamos a Jace para ganar una guerra. Sabe lo que Jace es.

Isabelle no lo negó.

—Eres tan valiente como Jace.

—Quizá —repuso Simon—. Pero no soy nefilim. No puedo hacer lo que hace él. Y no significo tanto para tanta gente.

—Destinos especiales y tormentos especiales —susurró Isabelle—. Simon... tú significas mucho para mí.

Él le cubrió la mejilla con la mano.

—Eres una guerrera, Iz. Eso es lo que haces. Es lo que eres. Pero si no puedes luchar contra Sebastian porque herirlo significa herir a Jace, no puedes luchar en esta guerra. Y si tienes que matar a Jace para ganar la guerra, creo que eso destruiría parte de tu alma. Y no quiero que eso ocurra, sobre todo si puedo hacer algo para evitarlo.

Isabelle tragó saliva.

—No es justo —dijo—. Que tengas que ser tú...

—Yo elijo hacerlo. Jace no tiene elección. Si muere, será por algo de lo que él no tiene ninguna culpa, no en realidad.

Isabelle respiró hondo. Descruzó los brazos y lo cogió del codo.

—Muy bien —repuso—. Vamos.

Lo llevó hacia los otros, que dejaron de discutir y la miraron cuando ella carraspeó, como si acabaran de darse cuenta de que ellos dos se habían apartado un momento.

—Ya basta —dijo Isabelle—. Simon ha tomado una decisión, y es él quien elige. Va a invocar a Raziel. Y lo vamos a ayudar en todo lo que podamos.

Bailaron. Clary trató de perderse en el fuerte ritmo de la música mientras la sangre le corría por la venas, igual que había sido capaz de hacerlo aquella vez en el Pandemónium con Simon. Claro que Simon bailaba fatal, y Jace era un bailarín excelente. Supuso que eso tenía sentido. Con todo el entrenamiento de control en la lucha y su gracilidad, no había mucho que no pudiera hacer con el cuerpo. Cuando él echó la cabeza hacia atrás, su cabello estaba oscuro de sudor, pegado a las sienes, y la curva del cuello le brilló bajo la luz de la araña de hueso.

Clary vio cómo lo miraban los otros bailarines: con admiración, especuladores, con ansia depredadora. Sintió por dentro una posesividad a la que no podía poner nombre o controlar. Se acercó más a él, rozándolo con el cuerpo, subiendo y bajando, de la manera que había visto hacer a otras chicas, pero que ella jamás se había atrevido a probar. Siempre había estado convencida de que se enredaría el pelo en la hebilla del cinturón de alguien, pero las cosas ahora eran diferentes. Sus meses de entrenamiento no sólo le servían para luchar, sino siempre que tenía que emplear el cuerpo. Se sentía fluida, manteniendo el control, de una manera en que no se había sentido antes. Se apretó contra Jace.

Él había tenido los ojos cerrados; los abrió justo cuando una explosión de color iluminó la oscuridad en lo alto. Gotas metálicas llovieron sobre ellos; algunas gotitas cayeron sobre el cabello de Jace y relucieron sobre su piel como el mercurio. Él se llevó los dedos a una gota de plata líquida que tenía en la clavícula y se la mostró a ella, con los labios curvados.

—¿Te acuerdas de lo que te dije la última vez en Taki's? ¿Sobre la comida de las hadas?

—Recuerdo que me contaste que habías corrido por Madison Avenue desnudo con astas en la cabeza —contestó Clary, parpadeando para hacer caer las gotas de plata de sus párpados.

—Dudo que alguna vez llegara a probarse que había sido realmente yo. —Sólo Jace podía hablar mientras bailaba y no parecer torpe—. Bueno, esta cosa... —y se sacudió un poco del líquido plateado que se le mezclaba con el cabello y la piel, pintándolo de metal— es como eso. Te da...

—¿Colocón?

Él la observó con ojos oscurecidos.

—Puede ser divertido.

Otra de las cosas como flores flotantes estalló sobre su cabeza; la salpicadura fue de color azul plata, como el agua. Jace lamió una gota que le había caído en la mano, observando a Clary.

«Colocón.» Clary no había tomado drogas nunca, y ni siquiera bebía. Tal vez se podría contar la botella de Kahlúa que Simon y ella habían cogido del armario de las bebidas en casa de la madre de él y se habían bebido cuando tenían trece años. Después se habían encontrado muy mal; Simon hasta había vomitado en un seto. No había valido la pena, pero recordaba la sensación de estar mareada, y de reírse tontamente y sentirse feliz sin razón.

Cuando Jace bajó la mano, tenía la boca manchada de plata. Seguía mirándola, con los ojos dorado oscuro bajo sus largas pestañas.

«Feliz sin razón.»

Clary pensó en cómo habían estado juntos durante el tiempo entre la Guerra Mortal y antes de que Lilith comenzara a poseerlo. Entonces él había sido el Jace de la fotografía que tenía colgada en la pared: feliz. Ambos habían sido felices. Al mirarlo, no la había reconcomido ninguna duda, no había tenido esa sensación como de pequeños cuchillos bajo la piel, corroyendo la intimidad que había entre ellos.

Clary se acercó a él y lo besó, suave y definitivamente, en los labios.

En su boca estalló un sabor agridulce, una mezcla de vino y caramelo. Más líquido plateado llovió sobre ellos mientras Clary se apartaba de Jace, lamiéndose la boca deliberadamente. Jace respiraba pesadamente; fue a cogerla, pero ella se apartó dando una vuelta, riendo.

De repente, Clary se sintió libre y feroz, e increíblemente ligera. Sabía que se suponía que debía estar haciendo algo terriblemente importante, pero no podía recordar qué, o por qué le importaba. Los rostros de los danzantes que la rodeaban ya no le parecían lupinos y algo inquietantes, sino oscuramente hermosos. Se hallaba en una gran caverna resonante, y las sombras alrededor estaban pintadas de colores más bellos y brillantes que

cualquier puesta de sol. La estatua del ángel que se alzaba en lo alto parecía benevolente, mil veces más que Raziel y su fría luz blanca, y una nota aguda manaba de él, pura, clara y perfecta. Clary comenzó a girar, cada vez más de prisa, dejando atrás el pesar, los recuerdos, la pérdida, hasta que se encontró con unos brazos que la rodearon desde atrás y la sujetaron con fuerza. Miró hacia abajo y vio unas manos marcadas rodeándole la cintura, delgados dedos hermosos, la runa de visión. Jace. Se acurrucó contra él, cerrando los ojos, y dejó que la cabeza le cayera sobre la curva de su hombro. Notaba su corazón contra la espalda.

«Ningún otro corazón late como latía el de Jace, ni podría latir así.»

Abrió los ojos de golpe y se volvió rápidamente, extendiendo las manos para apartarlo.

—Sebastian —susurró.

Su hermano le sonrió de medio lado, plata y negro como el anillo Morgenstern.

—Clarissa —dijo él—. Quiero enseñarte algo.

«No.»

La palabra se le ocurrió y se le fue, disolviéndose como azúcar en un líquido. No podía recordar por qué debía decirle que no a él. Era su hermano; debería quererlo. La había llevado a aquel hermoso lugar. Quizá hubiera hecho cosas malas, pero de eso hacía mucho tiempo, y ella ya no podía recordar cuáles habían sido.

—Oigo ángeles cantando —le dijo ella.

Él soltó una risita.

—Ya veo que has descubierto que esa cosa plateada hace algo más que relucir. —Él le acarició el pómulo con el índice; cuando lo apartó era de color plata, como si hubiera cogido una lágrima pintada—. Ven conmigo, chica ángel. —Le tendió la mano.

—¿Y Jace? —protestó ella—. Lo he perdido entre la gente...

—Nos encontrará. —Sebastian la cogió de la mano, su tacto era sorprendentemente cálido y reconfortante. Ella se dejó llevar hacia una de las fuentes en medio de la sala, y la sentó en el ancho borde de mármol para luego sentarse junto a ella, aún cogiéndole la mano—. Mira en el agua —le dijo—. Dime lo que ves.

Ella se inclinó y miró en la lisa superficie oscura de la fuente. Veía su propio reflejo mirándola, con ojos abiertos y enloquecidos, con el maquillaje corrido como si los tuviera morados, y el cabello revuelto. Y

entonces Sebastian también se inclinó, y ella vio el rostro de él junto al suyo. La plata del cabello de Sebastian reflejada en el agua le hizo pensar a Clary en la luna sobre el río. Fue a tocar su brillo, y el agua se onduló, distorsionando sus reflejos y volviéndolos irreconocibles.

—¿Qué ves? —preguntó Sebastian, y había urgencia en su voz.

Clary meneó la cabeza; Sebastian estaba siendo muy tonto.

—Nos veo a ti y a mí —le dijo como si le reprendiera—. ¿Qué más iba a ver?

Él le puso la mano bajo la barbilla y le hizo volver el rostro hacia sí. Sus ojos eran negros, negros como la noche, y sólo un anillo de plata separaba la pupila del iris.

—¿No lo ves? Somos lo mismo, tú y yo.

—¿Lo mismo? —Ella lo miró parpadeando. Había algo en lo que estaba diciendo que no estaba nada bien, pero Clary no acababa de saber qué—. No...

—Eres mi hermana —insistió él—. Tenemos la misma sangre.

—Tú tienes sangre de demonio —replicó ella—. La sangre de Lilith. —Por alguna razón, eso le pareció divertido, y rió como una tonta—. Eres todo oscuro, oscuro, oscuro. Y Jace y yo somos luz.

—Tienes un corazón oscuro dentro de ti, hija de Valentine —dijo él—. Pero no quieres admitirlo. Y si quieres a Jace, será mejor que lo aceptes. Porque ahora, él me pertenece.

—Entonces, ¿a quién perteneces tú?

Sebastian separó los labios, pero no dijo nada. Por primera vez, pensó Clary, parecía que no tuviera nada que decir. Se sorprendió; sus palabras no habían significado mucho para ella, y sólo lo había preguntado por simple curiosidad. Antes de que Clary pudiera decir nada más, se oyó una voz por encima de ellos.

—¿Qué está pasando? —Era Jace. Miró a uno y a otro, con el rostro inescrutable. Le habían caído encima más brillantes gotas plateadas que le colgaban del dorado cabello—. Clary. —Parecía enfadado. Ella se apartó de Sebastian y se puso en pie de un salto.

—Lo siento —se disculpó ella, sin aliento—. Me he perdido entre la gente.

—Ya lo he notado —respondió Jace—. Estaba bailando contigo, y de repente has desaparecido, y un persistente licántropo ha tratado de desabrocharme los botones de los vaqueros.

Sebastian rió.

—¿Licántropo chica o chico?

—No estoy seguro. De cualquier manera, le habría ido bien un afeitado. —Cogió a Clary de la mano, rodeándole la muñeca con los dedos—. ¿Quieres ir a casa? ¿O bailamos un poco más?

—Bailamos más. ¿Está bien?

—Adelante. —Sebastian se echó hacia atrás y apoyó las manos en el borde de la fuente, con una sonrisa como el filo de una navaja—. No me importa mirar.

Algo pasó un instante ante los ojos de Clary: el recuerdo de la huella de una mano ensangrentada. Se fue tan rápido como había aparecido, y ella frunció el ceño. La noche era demasiado hermosa para pensar en cosas feas. Miró a su hermano un instante antes de dejar que Jace la guiara entre la gente hasta el otro lado, cerca de las sombras, donde había menos cuerpos. Otra bola de luz coloreada estalló en lo alto mientras caminaban, repartiendo plata; ella tiró la cabeza hacia atrás y cogió las gotas dulces y saladas con la lengua.

En el centro de la sala, bajo la araña de hueso, Jace se detuvo y ella se acercó a él. Lo rodeó con los brazos y notó el líquido plateado bajándole por la cara como lágrimas. La tela de la camisa de Jace era fina, y Clary podía notar el calor de su piel. Metió la mano por debajo de la ropa y le arañó las costillas con suavidad. Gotas de líquido plateado le salpicaron las pestañas cuando él bajó la mirada hacia ella y se inclinó para hablarle al oído. Él le pasó las manos por los hombros y se las bajó por los brazos. Ya no estaban bailarines: la música hipnótica los rodeaba, así como el remolino de los bailantes, pero Clary apenas lo notaba. Una pareja rió al pasar e hicieron un comentario despectivo en checo; Clary no lo entendió, pero supuso que decían: «¿No tenéis casa?».

Jace hizo un sonido impaciente, y luego se movió entre la gente, arrastrándola tras de sí hacia uno de los oscuro reservados que había adosados a las paredes.

Había docenas de esos reservados circulares, cada uno con un banco de piedra y una cortina de terciopelo, que se podía cerrar para proporcionar cierta intimidad. Jace cerró la cortina de golpe, y se estrellaron el uno contra el otro como el mar contra la orilla. Sus bocas chocaron y se unieron; Jace la levantó para apretarla contra sí, retorciendo la resbaladiza tela del vestido de Clary con los dedos.

Clary notaba el calor y la suavidad, las manos buscando y encontrando, cediendo y presionando. Sus manos estaban bajo la camisa de Jace, sus uñas le arañaban la espalda, salvajemente complacida cuando él ahogó un gemido. Él le mordió el labio inferior, y ella notó sabor a sangre en la boca, salada y caliente. Clary pensó que era como si quisieran abrirse en canal, meterse el uno en el cuerpo del otro y compartir los latidos del corazón, incluso aunque eso los matara.

El reservado estaba oscuro, tanto que Jace sólo era una silueta de sombras y oro. Su cuerpo clavaba a Clary a la pared. Sus manos le bajaban por el cuerpo; llegó al bajo del vestido y se lo fue subiendo por las piernas.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella—. ¿Jace?

Él la miró. La peculiar luz del club convertía sus ojos en una cuadrícula de colores quebrados. Su sonrisa era maliciosa.

—Puedes decirme que pare siempre que quieras —contestó él—. Pero no lo harás.

Sebastian corrió la polvorienta cortina de terciopelo que cerraba el reservado y sonrió.

Había un banco que seguía la pared de la salita circular, y un hombre estaba sentado en él, con los codos apoyados en una mesa de piedra. Llevaba la larga melena negra recogida hacia atrás, tenía una cicatriz o marca con forma de hoja en una mejilla y sus ojos eran verdes como la hierba. Vestía un traje blanco, y un pañuelo con una hoja verde bordada le asomaba en un bolsillo.

—Jonathan Morgenstern —saludó Meliorn.

Sebastian no lo corrigió. Las hadas daban gran importancia a los nombres, y nunca lo llamarían por nada que no fuera el nombre que su padre había elegido para él.

—No estaba seguro de si estarías aquí a la hora acordada, Meliorn.

—¿Debo recordarte que los seres mágicos no mentimos? —replicó el caballero. Alargó la mano y cerró la cortina. La música machacona quedó discretamente amortiguada, aunque no inaudible—. Ven y siéntate. ¿Vino?

Sebastian se sentó en el banco.

—No, nada. —El vino, como el licor de las hadas, sólo le nublaría los pensamientos, y las hadas parecían tener una gran tolerancia al alcohol—. Admito que me llevé una sorpresa cuando recibí el mensaje diciendo que querías verme aquí.

—Tú más que nadie deberías saber que la Señora tiene un interés especial en ti. Conoce todos tus movimientos. —Meliorn bebió un trago de vino—. Ha habido una gran alteración demoníaca en Praga esta noche. La reina estaba preocupada.

Sebastian abrió los brazos.

—Como puedes ver, no estoy herido.

—No me cabe duda de que una alteración tan grande atraerá la atención de los nefilim. De hecho, si no me equivoco, varios de ellos ya se han transportado en.

—¿En qué? —preguntó Sebastián, inocente.

Meliorn tomó otro trago de vino y lo miró fijamente.

—Ah, vale. Siempre olvido la curiosa manera en que hablan las hadas. Quieres decir que hay cazadores de sombras entre la gente de fuera, buscándome. Ya lo sé. Los he visto antes. La reina no me tiene en gran estima si piensa que no puedo ocuparme de los nefilim yo solo.

Sebastian sacó una daga del cinturón y la hizo girar; la poca luz del reservado relució sobre la hoja.

—Le informaré de lo que has dicho —masculló Meliorn—. Debo admitir que no tengo ni idea de qué interés puede tener en ti. Te he tomado la medida y la he hallado corta, pero yo no tengo los gustos de mi señora.

—¿Puesto en la balanza y hallado corto? —Divertido, Sebastian se inclinó hacia él—. Déjame que te diga una cosa, caballero hada. Soy joven. Soy guapo. Y estoy dispuesto a arrasar el mundo entero hasta los cimientos para conseguir lo que quiero. —Con la daga, recorrió una grieta de la piedra—. Como yo, la reina se contenta con un juego a largo plazo. Pero lo que quiero saber es esto: cuando el ocaso de los nefilim llegue, ¿la corte estará conmigo o contra mí?

El rostro de Meliorn era impassible.

—La Señora dice que a tu lado está.

Sebastian esbozó una medio sonrisa.

—Eso es una noticia excelente.

Meliorn soltó un bufido.

—Siempre he supuesto que la raza de los humanos consigo misma acabaría —comentó—. Durante mil años he profetizado que vosotros seríais vuestra propia muerte. Pero no esperaba que el final fuera así.

Sebastian dio vueltas a la daga entre los dedos.

—Nadie lo hace nunca.

—Jace —susurró Clary—. Jace, cualquiera podría entrar y vernos así.

Las manos de Jace no se detuvieron.

—No lo harán.

Le recorrió el cuello a besos, y consiguió que ella perdiera el hilo de sus pensamientos. Era difícil aferrarse a lo que era real, con sus manos sobre ella, la cabeza y sus recuerdos girando en un torbellino, y aferrada con tanta fuerza a la camisa de Jace que pensó que iba a rasgar la tela.

Notaba el frío de la pared de piedra en la espalda, pero Jace la estaba besando en el hombro, y le bajaba el tirante del vestido. Clary tenía calor y frío, y se estremecía. El mundo se había quebrado en trocitos, como las brillantes piezas dentro de un calidoscopio. Se iba a desmontar bajo las manos de él.

—Jace... —Se aferró a su camisa. Estaba pegajosa y viscosa. Se miró las manos y por un momento no comprendió lo que veía. Fluido plateado mezclado con rojo.

Sangre.

Alzó la mirada. Colgado boca abajo del techo, como una macabra piñata, había un cuerpo humano, atado por los tobillos. La sangre le goteaba de un corte en el cuello.

Clary gritó, pero el grito no produjo sonido. Empujó a Jace, que se tambaleó hacia atrás; tenía sangre en el pelo, en la camisa y en la piel desnuda. Ella se subió los tirantes del vestido, fue a trompicones hasta la cortina que ocultaba el reservado y la abrió.

La estatua del ángel ya no era exactamente como de costumbre. Las alas negras eran alas de murciélago; el rostro hermoso y benevolente se había retorcido en una mueca de desprecio. Colgando del techo en sogas retorcidas habían los cuerpos masacrados de hombres, mujeres y animales; los cuellos cortados, la sangre goteando como lluvia. De las fuentes manaba sangre, y lo que flotaba sobre la superficie no eran flores sino manos cortadas. Los que bailaban estaban cubiertos de sangre. Y mientras Clary miraba, una pareja pasó girando ante ella, el hombre alto y pálido y la mujer flácida entre sus brazos, con el cuello abierto, evidentemente muerta. El hombre se lamió los labios y se inclinó para tomar otro bocado, pero antes de hacerlo, miró a Clary y sonrió, y su rostro estaba manchado de sangre y plata. Clary notó la mano de Jace en el hombro, tirando de ella, pero se soltó de él. Estaba mirando los tanques de vidrio alineados contra las

paredes, que había pensado que contenían peces brillantes. El agua no era clara, sino negruzca y espesa, y varios cuerpos humanos ahogados flotaban en ella, con el cabello revolviéndose como filamentos de medusas luminosas. Recordó a Sebastian flotando en su ataúd de cristal. Un grito le subió por la garganta, pero lo ahogó cuando el silencio y la oscuridad pudieron con ella.

14

COMO CENIZAS

Clary volvió en sí lentamente, con la misma sensación de mareo que recordaba de aquella primera mañana en el Instituto, cuando se había despertado sin tener ni idea de dónde se hallaba. Le dolía todo el cuerpo, y notaba la cabeza como si alguien le hubiera golpeado con una barra de hierro. Estaba tumbada de lado, con la cabeza apoyada en algo áspero, y notaba un peso sobre los hombros. Miró hacia abajo y vio una delgada mano puesta protectoramente sobre su esternón. Reconoció las Marcas, las tenues cicatrices blancas, e incluso la forma de las venas del antebrazo. El peso que sentía en el pecho cesó, y se sentó con cuidado, deslizándose de debajo del brazo de Jace.

Se encontraban en su dormitorio. Clary reconoció la increíble pulcritud, la cama perfectamente hecha con la ropa metida en las esquinas como en los hospitales, aún intacta. Jace estaba durmiendo, apoyado en el cabezal, todavía con la ropa que había llevado la noche anterior. Incluso tenía puestos los zapatos. Sin duda se había quedado dormido abrazándola, aunque ella no lo recordaba. Todavía tenía salpicaduras de la sustancia plateada del club.

Se removió levemente, como si notara que ella se había apartado, y se colocó encima el brazo libre. No parecía herido, pensó Clary, sólo agotado; sus largas pestañas doradas reposaban sobre las sombras bajo los ojos. Parecía vulnerable, como un niño pequeño. Podría haber sido su Jace.

Pero no lo era. Clary recordaba el club, las manos de él en la oscuridad, los cadáveres y la sangre. Se le revolvió el estómago y se llevó una mano a la boca, tratando de controlar la náusea. Le asqueó lo que recordaba, y bajo la náusea había algo que la reconcomía, la sensación de que le faltaba algo.

Algo importante.

—Clary.

Se volvió. Jace tenía los ojos medio abiertos; la miraba a través de las pestañas, y el dorado de sus ojos parecía apagado por el cansancio.

—¿Cómo es que estás despierta? —le preguntó él—. Acaba de amanecer.

Clary apretó los puños sobre las mantas.

—Anoche —comenzó, con voz insegura—. Los cadáveres... La sangre.

—¿Los qué?

—Eso fue lo que vi.

—Yo no. —Jace negó con la cabeza—. Drogas de hadas. Sabías...

—Parecía tan real...

—Lo siento. —Cerró los ojos—. Quería divertirme. Se supone que te hace sentir feliz. Ver cosas bonitas. Pensaba que podríamos divertirnos juntos.

—Vi sangre —repuso ella—. Y gente muerta flotando en una especie de peceras.

Jace negó de nuevo; se le cerraban los párpados.

—Nada de eso era real...

—¿Incluso lo que pasó entre tú y yo...? —Clary calló, porque Jace tenía los ojos cerrados, y el pecho le subía y bajaba relajado. Se había dormido.

Clary se levantó sin mirar a Jace y fue al cuarto de baño. Se miró en el espejo mientras un adormecimiento se le extendía por los huesos. Estaba llena de manchas de residuo plateado. Le recordó la vez que un rotulador metalizado se le había roto dentro de la mochila, ensuciando todo lo que tenía dentro. Uno de los tirantes del sujetador se había roto, seguramente por donde Jace había tirado de él la noche anterior. Tenía los ojos rodeados de sombras y rayas negras de rímel, y tanto la piel como el pelo estaban pegajosos por la sustancia plateada.

Con una sensación de debilidad y mareo, se sacó el vestido y la ropa interior; lo tiró todo al cesto de la ropa sucia antes de meterse bajo el agua caliente.

Se lavó el cabello una y otra vez, tratando de sacarse toda la pasta seca de plata. Era como tratar de limpiar una mancha de óleo. Y el olor también se le pegaba, como el agua de un jarrón cuando las flores se han podrido,

leve, dulzón y desagradable sobre la piel. Ninguna cantidad de jabón parecía capaz de librarla de él.

Cuando finalmente se convenció de que estaba tan limpia como conseguiría estarlo, se secó y fue al dormitorio principal a vestirse. Fue un alivio volverse a poner unos tejanos y unas botas, y hundirse en un cómodo jersey de algodón. Sólo entonces, cuando se puso la segunda bota, la sensación de que le faltaba algo la reconcomió de nuevo. Se quedó helada.

El anillo. El anillo de oro que le permitía hablar con Simon.

No lo tenía.

Lo buscó a la desesperada en el cesto de la ropa sucia para ver si se le había enganchado al vestido, y luego registró cada palmo de la habitación de Jace mientras él seguía durmiendo tranquilamente. Revisó la moqueta, la ropa de la cama y los cajones de la mesilla.

Al final se sentó, con el corazón golpeándole dentro del pecho y una sensación de náusea en el estómago.

Había perdido el anillo. En alguna parte, de alguna manera. Trató de recordar la última vez que lo había visto. Sin duda le había destellado en la mano mientras blandía la daga contra los demonios elapid. ¿Se le habría caído en la tienda de trastos? ¿En el club?

Se clavó las uñas en los muslos cubiertos por los vaqueros hasta que el dolor la hizo ahogar un grito.

«Concéntrate — se dijo a sí misma—. Concéntrate.»

Quizá se le hubiera caído por el apartamento. Jace debía de haberla subido a la habitación en algún momento. No era muy probable, pero cualquier posibilidad, por pequeña que fuera, debía explorarse.

Se puso en pie y salió al pasillo tan en silencio como pudo. Fue hacia la habitación de Sebastian, y se detuvo vacilante. No podía imaginarse por qué el anillo podría estar allí, y despertarlo sólo sería contraproducente. Dio media vuelta y bajó la escalera, pisando con cuidado para minimizar el ruido de las botas.

La cabeza le iba a toda velocidad. Si no tenía modo de contactar con Simon, ¿qué iba a hacer? Tenía que contarle lo de la tienda de antigüedades, lo del *adamás*. Debería haber hablado con él antes. Tuvo ganas de dar un puñetazo a la pared, pero se forzó a pensar con calma, a considerar sus opciones. Sebastian y Jace estaban empezando a confiar en ella; si pudiera escapar de ellos durante un momento, en alguna de las ajetreadas calles de la ciudad, podría llamar a Simon desde un teléfono público. Podría meterse

en un café con Internet y enviarle un correo electrónico. Ella sabía más de tecnología mundana que ellos. Perder el anillo no significaba que todo hubiera acabado.

No tenía intención de rendirse.

Estaba tan ocupada pensando qué iba a hacer que al principio no vio a Sebastian. Por suerte, él le daba la espalda. Se hallaba en el salón, de cara a la pared.

Clary ya estaba al final de la escalera, y se quedó inmóvil; luego corrió hasta el muro bajo que separaba la cocina de la sala y se aplastó contra él. Si Sebastian la veía, podría decirle que había bajado a buscar un vaso de agua.

Pero la oportunidad de observarlo sin que él lo supiera era demasiado tentadora. Se volvió un poco y miró por el borde de la barra de la cocina.

Sebastian seguía de espaldas a ella. Se había cambiado de ropa después de estar en el club. Ya no llevaba la casaca militar, sino una camisa y unos vaqueros. Al volverse, se le levantó la camisa, y Clary vio que llevaba el cinturón de armas alrededor de la cintura. Sebastian alzó la mano derecha y Clary pudo ver que sujetaba su estela, y había algo en la manera en que la sostenía, por un momento, con un cuidadoso aire pensativo, que le recordó el modo que su madre sujetaba un pincel.

Clary cerró los ojos. Era como la sensación de una tela al enredarse en un gancho, un tirón dentro del corazón siempre que reconocía algo en Sebastian que le recordaba a su madre o a sí misma. La constatación de que por mucho que su sangre estuviera envenenada, seguía siendo la misma sangre que corría por sus venas.

Abrió los ojos de nuevo, a tiempo de ver una puerta formándose delante de Sebastian. Éste cogió una bufanda que colgaba de una percha en la pared y la atravesó hacia la oscuridad.

Clary tuvo una fracción de segundo para decidirse. Quedarse y registrar las habitaciones, o seguir a Sebastian y ver adónde iba. Sus pies tomaron una decisión antes que su mente. Se apartó de la pared y corrió a través de la oscura abertura de la puerta momentos antes de que se cerrara tras ella.

La habitación donde yacía Luke sólo estaba iluminada por el brillo de las farolas de la calle, que se colaba entre los tablones de la ventana. Jocelyn sabía que debería haber pedido una lámpara, pero lo prefería así. La

oscuridad ocultaba la gravedad de sus heridas, la palidez de su rostro y las profundas ojeras bajo los ojos.

En aquellas tinieblas, Luke se parecía mucho al muchacho que había conocido en Idris antes de la creación del Círculo. Lo recordaba en el patio de la escuela, delgado y castaño, con ojos azules y manos inquietas. Había sido el mejor amigo de Valentine, y por eso nadie se había fijado nunca en él. Ni siquiera ella, o no habría sido tan enormemente ciega como para no ver lo que él sentía por ella.

Recordaba el día de su boda con Valentine, el sol claro y brillante a través del techo de cristal del Salón de los Acuerdos. Valentine tenía veinte años y ella diecinueve; y recordaba lo poco que había agradado a sus padres que decidiera casarse tan joven. Su desaprobación no le había parecido importante; ellos no lo entendían. Estaba segura de que, para ella, nunca habría nadie más que Valentine.

Luke había sido su padrino. Recordaba su rostro mientras ella recorría el pasillo; lo había mirado un instante antes de centrar toda su atención en Valentine. Recordaba haber pensado que él no debía de encontrarse muy bien, que parecía que sintiera algún dolor. Y más tarde, en la Plaza del Ángel, mientras los invitados se entretenían —la mayoría de los miembros del Círculo estaban allí, desde Maryse y Robert Lightwood, ya casados, hasta Jeremy Pontmercy, de apenas quince años—, y ella estaba junto a Luke y Valentine, alguien había hecho una vieja broma sobre que si el novio no se hubiera presentado, la novia tendría que haberse casado con el padrino. Luke iba vestido de etiqueta, con las runas doradas de buena suerte en el matrimonio bordadas, y estaba muy apuesto, pero mientras todos los demás reían la broma, él se había puesto terriblemente pálido. «Debe de odiar la idea de casarse conmigo», había pensado ella en aquel momento. Recordaba haberle tocado el hombro, riendo.

—No pongas esa cara —había bromeado—. Sé que nos conocemos desde siempre, pero ¡te prometo que nunca tendrás que casarte conmigo!

Y entonces Amatis se había acercado, arrastrando con ella a Stephen riendo, y Jocelyn se había olvidado de Luke, y de la manera en que la había mirado, y del extraño modo en que Valentine lo había mirado a él.

En ese momento, miró a Luke y se sobresaltó. Tenía los ojos abiertos, por primera vez en muchos días, y fijos en ella.

—Luke —susurró.

Él parecía confuso.

—¿Cuánto tiempo... he dormido?

Jocelyn quiso tirarse a sus brazos, pero los gruesos vendajes que aún le rodeaban el pecho la contuvieron. Optó por cogerle la mano y llevársela a la mejilla, entrelazando los dedos con los de él. Cerró los ojos, y las lágrimas se le deslizaron bajo los párpados.

—Unos tres días.

—Jocelyn —dijo, y parecía realmente alarmado—, ¿por qué estamos en la comisaría? ¿Dónde está Clary? No recuerdo...

Ella bajó sus manos entrelazadas y con una voz tan serena como pudo, le contó todo lo que había sucedido: lo de Sebastian y Jace, el metal demoníaco clavado en su costado y la ayuda del *Praetor Lupus*.

—Clary —dijo él en cuanto ella hubo acabado—. Tenemos que ir tras ella.

Le soltó la mano a Jocelyn y trató de sentarse en la cama. Incluso en la tenue luz, ella pudo ver que su palidez se intensificaba y hacía una mueca de dolor.

—No es posible. Luke, tumbate, por favor. ¿No crees que si hubiera alguna manera de ir tras ella, habría ido?

Él colgó las piernas del borde de la cama para sentarse; luego, tragando aire, se apoyó hacia atrás sobre las manos. Tenía muy mal aspecto.

—Pero el peligro...

—¿No crees que no he pensado en eso? —Jocelyn le puso las manos sobre los hombros y lo empujó con suavidad para que volviera a tumbarse—. Simon se ha puesto en contacto conmigo todas las noches. Clary está bien. Lo está. Y tú no estás en condiciones de hacer nada al respecto. Matarte no serviría de nada. Por favor, confía en mí, Luke.

—Jocelyn, no puedo quedarme aquí tumbado.

—Sí que puedes —replicó ella, y se puso en pie—. Y lo harás, aunque tenga que sentarme sobre ti. ¿Qué diablos te pasa, Lucian? ¿Te has vuelto loco? Me aterroriza lo que le pueda pasar a Clary, y he estado asustada por ti. Por favor, no lo hagas, no me hagas esto. Si algo te pasara...

Él la miró sorprendido. Ya había una mancha roja en las blancas vendas que le envolvían el pecho, donde se le había abierto la herida al moverse.

—Yo...

—¿Qué?

—No estoy acostumbrado a que me ames —repuso él.

Había una modestia en sus palabras que ella no asociaba a Luke, y por un momento lo miró fijamente.

—Luke. Túmbate, por favor.

Como algo intermedio, él se recostó contra las almohadas. Respiraba pesadamente. Jocelyn fue a la mesita, sirvió un vaso de agua, regresó y se lo puso en la mano.

—Bébetelo —pidió—. Por favor.

Luke cogió el vaso, y sus ojos azules la siguieron mientras ella volvía a sentarse en la silla junto a la cama, de la que casi ni se había movido durante tantas horas que se sorprendió de que ella y la silla no se hubieran convertido en una.

—¿Sabes en qué estaba pensando? —preguntó ella—. ¿Justo antes de que te despertaras?

Él bebió un sorbo de agua.

—Parecías estar muy lejos.

—Estaba pensando en el día que me casé con Valentine.

Luke bajó el vaso.

—El peor día de mi vida.

—¿Peor que el día en que te mordieron? —preguntó ella, cruzándose de piernas.

—Peor.

—No lo sabía. No sabía lo que sentías. Ojalá lo hubiera sabido. Creo que las cosas habrían sido diferentes.

Él la miró con incredulidad.

—¿Cómo?

—No me habría casado con Valentine —respondió ella—. No, si lo hubiera sabido.

—Te habrías casado.

—No —replicó ella, tajante—. Era demasiado estúpida como para darme cuenta de lo que sentías, pero también era demasiado estúpida como para darme cuenta de lo que yo sentía. Siempre te he querido. Aunque no lo supiera. —Se inclinó hacia él y le besó en la frente con cuidado, para no hacerle daño; luego apretó la mejilla contra la de él—. Prométeme que no te pondrás en peligro. Prométemelo.

Jocelyn notó la mano de él en el cabello.

—Te lo prometo.

Ella se recostó en la silla, satisfecha en parte.

—Me gustaría poder retroceder en el tiempo. Arreglarlo todo. Casarme con el chico correcto.

—Pero entonces no tendríamos a Clary —le recordó él. Y a ella le encantó que usara el plural de una forma tan natural, como si no tuviera ninguna duda de que Clary fuera su hija.

—Si hubieras estado más tiempo con nosotras mientras ella crecía... —suspiró Jocelyn—. Tengo la sensación de que lo he hecho todo mal. Estaba tan concentrada en protegerla que creo que la he protegido demasiado. Se lanza de cabeza al peligro sin pensar. Cuando éramos pequeños, vimos a nuestros amigos morir luchando. Ella no. Y no quiero que lo viva, pero a veces me preocupa que ella crea que no puede morir.

—Jocelyn —dijo Luke con voz dulce—. La educaste para ser una buena persona. Alguien con valores, que cree en el bien y en el mal, y trata de ser buena. Como siempre has hecho tú. No puedes educar a un niño para que crea lo contrario de lo que crees tú. No me parece que ella crea que no puede morir. Pienso, como siempre has hecho tú, que Clary piensa que hay cosas por las que vale la pena morir.

Clary siguió a Sebastian por una red de calles estrechas, pegándose a las sombras junto a las paredes de los edificios. Ya no estaban en Praga; eso resultaba evidente al instante. Las calles estaban oscuras, el cielo en lo alto tenía el azul plano de primeras horas de la mañana, y los letreros sobre las tiendas y los negocios estaban en francés. Igual que los nombres de las calles: «RUE DE LA SIENE», «RUE JACOB», «RUE DE L'ABBAYE».

Mientras recorrían la ciudad, la gente se cruzaba con ella como si fueran fantasmas. Pasaba algún que otro coche; los camiones iban marcha atrás hacia las tiendas, con los repartos de primera hora de la mañana. El aire olía a agua de río y basura. Clary estaba bastante segura de dónde se hallaba, pero entonces torcieron por un callejón que los llevó a una amplia avenida, y una señal se alzó entre la neblinosa oscuridad. Flechas apuntando en diferentes direcciones, indicando el camino a la Bastilla, a Notre-Dame y al Barrio Latino.

«París —pensó Clary, mientras se metía detrás de un coche aparcado y Sebastian cruzaba la calle—. Estamos en París.»

Resultaba irónico. Siempre había querido ir a París con alguien que conociera la ciudad. Siempre había querido caminar por sus calles, ver el río, dibujar los edificios. Nunca se había imaginado eso. Nunca se había

imaginado seguir sigilosamente a Sebastian, cruzando el boulevard Saint Germain; más allá del bureau de poste de color amarillo brillante; por una avenida donde los bares estaban cerrados, pero las alcantarillas estaban llenas de botellas de cerveza y colillas de cigarrillos, y luego por una calle estrecha flanqueada de casas. Sebastian se detuvo ante una, y Clary lo hizo también, pegada a la pared.

Lo observó alzar la mano y marcar un código en el teclado junto a la puerta; se fijó en los movimientos de los dedos. Se oyó un clic; la puerta se abrió y él la cruzó. En cuanto la puerta se cerró, ella corrió tras él, se detuvo para teclear el código —X235— y esperó oír el sonido que significaba que la puerta estaba abierta. Cuando lo oyó, no supo si se sentía aliviada o sorprendida.

«No debería ser tan fácil.»

Un momento después se encontró en un patio interior. Era cuadrado, y por todas partes lo rodeaban edificios corrientes. Se veían tres escaleras a través de otras tantas puertas abiertas. Sebastian, sin embargo, había desaparecido.

Así que no iba a ser tan fácil.

Salió al patio, sabiendo que al hacerlo se alejaba de la protección de las sombras y se mostraba donde podían verla. El cielo se iba aclarando más a cada momento. Saber que era visible le produjo un cosquilleo en la nuca, y se metió en las sombras de la primera escalera que encontró.

Era sencilla, con escalones de madera hacia arriba y hacia abajo, y un espejo barato en la pared, en el que pudo ver su pálido rostro. Oía a basura podrida y, por un momento, Clary se preguntó si estaría cerca de donde guardaban los cubos de basura, pero de repente cayó en la cuenta: el hedor indicaba la presencia de demonios.

Los cansados músculos comenzaron a temblarle, pero ella apretó los puños. Era dolorosamente consciente de su carencia de armas. Respiró hondo el apestoso aire y comenzó a descender por la escalera.

El olor se fue haciendo más intenso y el aire más oscuro mientras ella bajaba, y deseó tener una estela y una runa de visión nocturna. Pero no podía hacer nada al respecto. Siguió bajando por la escalera de caracol, y de repente agradeció la falta de luz cuando pisó algo pegajoso. Se agarró a la barandilla y trató de respirar por la boca. La oscuridad se hizo más densa, hasta que empezó a caminar como si fuese ciega, con el corazón latiéndole con tal fuerza que estaba segura de que debía de anunciar su presencia. Las

calles de París, el mundo corriente, parecían estar a años luz. Sólo existían la oscuridad y ella, bajando, bajando, bajando...

Y entonces... una luz relució en la distancia, un pequeño punto, como la cabeza de una cerilla al encenderse. Se acercó más a la barandilla, casi agachándose, mientras la luz aumentaba de tamaño. Ya podía verse la mano, y también el contorno de los escalones bajo ella. Sólo quedaban unos pocos. Llegó al final de la escalera y miró alrededor.

Cualquier parecido con un edificio de pisos corriente había desaparecido. En algún punto del camino, la escalera de madera se había vuelto de piedra, y en ese momento se hallaba en una pequeña sala de paredes de piedra iluminada por una antorcha que producía una luz de un desagradable tono verdoso. El suelo era de roca pulida, y grabado con muchos símbolos extraños. Ella los rodeó mientras cruzaba la sala hacia la única otra salida, un arco de piedra, en cuyo punto más alto había un cráneo humano entre la V formado por dos enormes hachas ornamentales.

Oyó voces a través del arco. Demasiado distantes para entender lo que decían, pero sin duda eran voces.

«Por aquí —parecían decirle—. Síguenos.»

Ella miró el cráneo, y sus ojos vacíos le devolvieron la mirada burlándose. Se preguntó dónde se hallaría; si París seguía sobre ella o si habría entrado en otro mundo totalmente distinto, como pasaba cuando se entraba en la Ciudad Silenciosa. Pensó en Jace, al que había dejado durmiendo en lo que casi le parecía otra vida.

Estaba haciendo aquello por él, se recordó. Para recuperarlo. Cruzó el arco y pasó al corredor, aplastándose instintivamente contra la pared. Avanzó sin hacer ruido; las voces se fueron haciendo más fuertes. Aunque tenue, el corredor no carecía de iluminación. Cada pocos pasos había una antorcha verdosa, que despedía un olor a quemado.

De repente se abrió una puerta en la pared a su izquierda, y las voces se oyeron con mayor claridad.

—... no como su padre —decía una, con palabras tan ásperas como papel de lija—. Valentine nunca trataría con nosotros en absoluto. Él nos esclavizaría. Éste nos está entregando el mundo.

Muy despacio, Clary miró pegada al marco de la puerta. La sala estaba vacía, con las paredes lisas y sin muebles. Dentro había un grupo de demonios. Todos parecidos a reptiles, con piel dura de color marrón verdoso, pero cada uno con seis patas de pulpo que hacían un ruido seco y

rasposo al moverse. Las cabezas eran bulbosas, extrañas, con ojos negros facetados.

Clary tragó bilis. Recordó el rapiñador, que había sido uno de los primeros demonios que había visto. Algo en la grotesca combinación de lagarto, insecto y extraterrestre le revolvió el estómago. Se apretó más contra la pared y escuchó.

—Es decir, si confiamos en él. —Era difícil decir cuál de ellos estaba hablando. Sus patas se enrollaban y extendían al andar, subiendo y bajando por los cuerpos bulbosos. No parecían tener boca, sino racimos de pequeños tentáculos que vibraban al hablar.

—La Gran Madre confiaba en él. Es su hijo.

Sebastian. Era evidente que estaban hablando de Sebastian.

—Pero es un nefilim. Son nuestros mayores enemigos.

—También son sus enemigos. Porta la sangre de Lilith.

—Pero aquel al que llama compañero porta la sangre de nuestros enemigos. Es uno de los ángeles. —El demonio escupió aquella palabra con tal odio que Clary la sintió como un tortazo.

—El hijo de Lilith nos asegura que lo tiene bien dominado y, sin duda, él parece obediente.

Oyó una risa seca, de insecto.

—Vosotros los jóvenes os consumís de preocupación. Los nefilim llevan mucho tiempo protegiendo este mundo de nosotros. Sus riquezas son grandes. Lo beberemos hasta secarlo y lo dejaremos como ceniza. Y en cuanto al muchacho ángel, será el último de su raza en morir. Lo quemaremos en una pira hasta que quede reducido a huesos dorados.

A Clary la invadió la furia. Tragó aire; fue un sonido mínimo, pero un sonido. El demonio más cercano volvió la cabeza. Por un momento, Clary se quedó helada, atrapada por la mirada de sus ojos como espejos.

Luego se volvió y echó a correr. Corrió hacia el arco, la sala y la oscura escalera. Oyó un tumulto tras ella, las criaturas gritando, luego el roce y el correteo que hacían al perseguirla. Echó una mirada hacia atrás y se dio cuenta de que no iba a conseguirlo. A pesar de su ventaja inicial, ya casi estaban sobre ella.

Oía su propia respiración rasgada, de dentro afuera; cuando llegó al arco, se volvió en redondo y saltó para agarrarse de él con ambas manos. Se balanceó hacia delante con toda su fuerza, y hundió las botas en el primero

de los demonios, haciéndolo caer con un agudo chillido. Aún colgando, agarró el mango de una de las hachas cruzadas bajo el cráneo y tiró de ella.

Estaba bien clavada y no se movió.

Clary cerró los ojos, apretó más la mano sobre ella y tiró con toda su fuerza. El hacha saltó de la pared con el sonido de algo arrancado, lanzando trozos de piedra y mortero. Clary perdió el equilibrio y cayó, y aterrizó agazapada, con el hacha ante ella. Era pesada, pero ella casi ni la notaba. Le estaba volviendo a pasar lo que le había ocurrido en la tienda de antigüedades. El tiempo parecía ir más despacio, las sensaciones se intensificaban. Notaba cada susurro del aire sobre la piel y todas las irregularidades del suelo bajo los pies. Se preparó para la llegada del primer demonio, que correteó bajo el arco y se alzó hacia atrás como una tarántula, pateando el aire sobre ella. Bajo los tentáculos de la cara había unas fauces babeantes.

El hacha que tenía Clary en la mano pareció lanzar un tajo por voluntad propia, y se hundió profundamente en el pecho de la criatura. Al instante, Clary recordó a Jace diciéndole que no intentara alcanzarlos en el pecho sino decapitarlos. No todos los demonios tenían corazón. Pero en ese caso tuvo suerte. La criatura se sacudió chillando; la sangre comenzó a burbujear por la herida, y luego el demonio desapareció; ella se fue hacia atrás del impulso, con su arma manchada de icor aún en la mano. La sangre del demonio era negra y apestosa, como la brea.

Cuando el siguiente se lanzó hacia ella, Clary se agachó mientras hacía un arco con el hacha; le cortó varias patas. Aullando, el demonio se fue de lado como una silla rota, pero el siguiente demonio ya pasaba sobre él, pisoteándolo, tratando de llegar hasta ella. Clary asestó otro golpe, y el hacha se hundió en el rostro de la criatura. El icor saltó rociando, y ella se tiró hacia atrás, apretándose contra la pared de la escalera. Si alguno podía colársele por detrás, estaba muerta.

Enloquecido, el demonio al que había abierto el rostro se lanzó de nuevo hacia ella; Clary blandió el hacha y le cortó una pata, pero otra le envolvió la muñeca. Una ardiente agonía le subió por el brazo. Clary gritó y trató de soltarse la mano, pero el demonio la agarraba con demasiada fuerza. Era como si miles de agujas ardientes le atravesaran la piel. Aún gritando, le lanzó un puñetazo con el brazo izquierdo y le dio en la cara, justo donde tenía el tajo del hacha. El demonio lanzó un agudo siseo y aflojó un poco la presión; Clary pudo soltarse la mano y se echó hacia atrás.

Como surgido de la nada, un brillante cuchillo se hundió en el cráneo del demonio. Mientras Clary miraba sorprendida, el demonio se desvaneció, y vio a su hermano, con un cuchillo serafín en la mano y la camisa blanca salpicada de icor. Tras él, la sala estaba vacía excepto por el cuerpo de uno de los demonios, aún sacudiéndose, pero con líquido negro fluyendo de los muñones cortados como aceite de un coche aplastado.

Sebastian. Ella lo miró asombrada. ¿Acababa de salvarle la vida?

—Aléjate de mí, Sebastian —masculló ella entre dientes.

Él no pareció oírla.

—Tu brazo.

Ella se miró la muñeca, que aún le palpitaba de dolor. Una gruesa banda de heridas redondeadas la rodeaba donde las ventosas del demonio se le había enganchado, y se estaba oscureciendo, adquiriendo un asqueroso color azul negruzco.

Clary miró a su hermano. Su cabello blanco lo rodeaba con un halo en la oscuridad. O tal vez fuera que ella estaba perdiendo la vista. La luz también formaba un halo alrededor de la antorcha verde de la pared, y otro halo envolvía la hoja que brillaba en la mano de Sebastian. Él estaba hablando, pero sus palabras le llegaban confusas, indistintas, como si las pronunciara bajo el agua.

—... veneno letal —estaba diciendo él—. ¿En qué diablos estabas pensando, Clarissa? —su voz subía y bajaba. Ella trató de concentrarse—, luchar contra seis demonios dahak con una hacha de adorno...

—Veneno —repitió ella, y por un momento volvió a ver claramente el rostro de Sebastian, las arrugas de tensión alrededor de la boca y los ojos pronunciados e intensos—. Supongo que a fin de cuentas no me has salvado la vida, ¿no?

Tuvo un espasmo en la mano, y el hacha se le cayó, repicando contra el suelo. Notó que se le había enganchado el jersey a la áspera pared mientras comenzaba a bajar lentamente, deseando tan sólo tumbarse en el suelo. Pero Sebastian no quería dejarla descansar. La cogió por las axilas, la alzó y luego la cogió en brazos, con el brazo bueno de Clary rodeándole el cuello. Ella quería apartarse de él, pero carecía de la energía necesaria. Notó un punzante dolor en el codo, una quemazón... el roce de una estela. Un adormecimiento se le extendió por las venas. Lo último que vio antes de cerrar los ojos fue el rostro del cráneo del arco. Habría jurado que las cuencas vacías se reían de ella.

Las náuseas y el dolor iban y venían como un torbellino cada vez más cerrado. Clary sólo podía ver manchas de colores; se daba cuenta de que su hermano la estaba arrastrando, y cada uno de sus pasos se le clavaba a Clary en la cabeza como un picahielos. Se daba cuenta de que se colgaba de él y de que la fuerza de sus brazos la reconfortaba; le resultaba casi grotesco que algo de Sebastian la reconfortara, y que él pareciera ir con cuidado de no sacudirla demasiado al andar. De forma muy distante, supo que le costaba respirar, y oyó a su hermano decir su nombre.

Luego todo se quedó en silencio. Por un momento, Clary pensó que era el final, que había muerto luchando contra demonios, del modo en que morían la mayoría de los cazadores de sombras. Luego notó otro pinchazo ardiente en el interior del brazo, y una ráfaga de algo que parecía hielo recorriéndole las venas. Apretó los ojos para soportar el dolor, pero el frío de lo que fuera que Sebastian le había hecho fue como si le hubiera echado un vaso de agua a la cara. Lentamente, el mundo dejó de rodar; los remolinos de náusea y dolor fueron disminuyendo hasta ser sólo ondas en la marea de su sangre. Podía respirar de nuevo.

Con una exhalación, abrió los ojos.

Cielo azul.

Estaba tumbada de espaldas, mirando a un cielo azul infinito, moteado de nubes de algodón, como el techo pintado de la enfermería del Instituto. Estiró los doloridos brazos. El derecho aún llevaba las marcas de su brazalete de heridas, aunque ya eran sólo de un rosa tenue. En el izquierdo tenía un *iratze*, que estaba volviéndose invisible, y también un mendellin para el dolor en el interior del codo.

Respiró hondo. Olió aire de otoño, mezclado con el olor de las hojas. Veía las copas de los árboles, oía el murmullo del tráfico y...

Sebastian. Clary oyó una risita grave y se dio cuenta de que no sólo estaba tumbada, sino que estaba tumbada apoyada en su hermano. Sebastian, que estaba caliente y respiraba, y en cuyo brazo reposaba su cabeza. El resto de ella estaba estirada sobre un banco ligeramente húmedo.

Se incorporó de golpe. Sebastian volvió a reír; se hallaba sentado en el extremo de un banco con unos elaborados apoyabrazos, en un parque. Tenía la bufanda doblada sobre su regazo, donde ella había estado apoyada, y estiraba el brazo que no la había estado rodeando sobre el respaldo del banco. Se había desbrochado la camisa blanca para ocultar las manchas de icor. Debajo llevaba una camiseta gris lisa. El brazalete plateado brillaba en su muñeca. La contemplaba divertido con sus ojos negros, mientras ella se apartaba de él tanto como podía en el banco.

—Es bueno que seas de baja estatura —dijo él—. Si fueras más alta, cargarte habría sido muy molesto.

—¿Dónde estamos? —Clary tuvo que esforzarse para mantener la voz firme.

—En los jardines de Luxemburgo —contestó él—. Es un parque muy bonito. Tenía que llevarte a algún lugar donde pudieras estirarte, y en medio de la calle no me pareció una buena idea.

—Sí, claro, existe una palabra para dejar a alguien morir en medio de la calle. «Homicidio vehicular.»

—Eso son dos palabras, y creo que, técnicamente, sólo es homicidio vehicular si atropellas a alguien. —Se frotó las manos como para calentárselas—. Y de todas formas, ¿por qué iba a dejarte morir en medio de la calle después de esforzarme tanto en salvarte?

Ella tragó saliva y se miró el brazo. Las heridas eran aún más tenues. Si no hubiera sabido dónde buscarlas, seguramente ni las habría notado.

—¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—Me has salvado la vida.

—Eres mi hermana.

Ella volvió a tragar. Bajo la luz de la mañana, el rostro de Sebastian tenía algo de color. Vio unas leves quemaduras en el cuello, donde el icor del demonio le había salpicado.

—Nunca antes te había importado que fuera tu hermana.

—¿De verdad? —Sus negros ojos la recorrieron de arriba abajo. Clary recordó la vez que Jace había entrado en su casa cuando ella se estaba

muriendo por el veneno del demonio rapiñador contra el que había luchado. Quizá ellos dos se parecían más de lo que nunca había querido pensar, incluso antes del hechizo que los había unido.

—Nuestro padre está muerto —continuó él—. No tenemos más parientes. Tú y yo, somos los últimos. Los últimos Morgenstern. Eres mi única oportunidad de tener a alguien cuya sangre también corra por mis venas. Alguien como yo.

—Sabías que te estaba siguiendo —afirmó Clary.

—Claro que sí.

—Y me has dejado.

—Quería ver cómo te las arreglabas. Y admito que no pensaba que llegaras a seguirme allá abajo. Eres más valiente de lo que pensaba. — Cogió la bufanda del regazo y se la echó al cuello. El parque estaba comenzando a llenarse de turistas con mapas, padres con hijos de la mano, viejos que fumaban en pipa sentados en otros bancos como aquél—. Nunca habrías podido ganar esa pelea.

—Quizá sí.

Él sonrió de medio lado, un instante, como si no pudiera evitarlo.

—Tal vez.

Ella se restregó las botas en la hierba, que estaba mojada de rocío. No iba a darle las gracias a Sebastian. No por nada.

—¿Por qué tratas con demonios? —preguntó—. Los oí hablando de ti. Sé lo que estás haciendo...

—No, no lo sabes. —La sonrisa había desaparecido, y el tono de superioridad estaba de vuelta—. Primero, éstos no eran los demonios con los que estaba tratando. Ésos eran sus guardias. Por eso estaban en otra sala y por eso yo no estaba allí. Los demonios dahak no son muy listos, aunque son crueles, duros y protectores. Así que tampoco es que estuvieran muy informados de lo que pasaba. Sólo repetían comentarios que habían oído a sus amos. Demonios Mayores. Con éstos era con los que me estaba reuniendo.

—¿Y se supone que eso debe tranquilizarme?

Él se inclinó hacia ella sobre el banco.

—No estoy tratando de tranquilizarte. Estoy tratando de decirte la verdad.

—Entonces, no me extraña que parezcas tener un ataque de alergia —replicó ella, aunque eso no era precisamente cierto. Sebastian parecía

molestamente tranquilo, aunque la curva del mentón y el pulso en la sien le dijeron a Clary que aquella calma era fingida—. Los dahak dijeron que ibas a darles este mundo a los demonios.

—Bueno, ¿eso suena a algo que yo fuera a hacer?

Ella sólo lo miró.

—Pensaba que habías dicho que me darías una oportunidad — continuó él—. No soy el mismo que cuando me conociste en Alacante. — Su mirada era clara—. Además, no soy la única persona a la que has conocido que creía en Valentine. Era mi padre. Nuestro padre. No es fácil dudar de las cosas en las que te han enseñado a creer de niño.

Clary se cruzó de brazos; el aire era claro y frío, con un toque invernal.

—Bueno, eso es cierto.

—Valentine se equivocaba —dijo él—. Estaba tan obsesionado con el mal que creía que la Clave le había hecho que lo único que quería era demostrarles quién era. Quería que el Ángel se alzara y les dijera que él era Jonathan Cazador de Sombras reencarnado, que era su líder y que su camino era el camino correcto.

—Eso no fue exactamente lo que pasó.

—Ya sé lo que pasó. Lilith me lo contó —dijo con toda naturalidad, como si todo el mundo tuviera de vez en cuando una conversación con la madre de todos los brujos—. No te engañes pensando que lo que ocurrió fue porque el Ángel tiene una gran compasión, Clary. Los ángeles son fríos como el hielo. Raziel se enfadó porque Valentine había olvidado la misión de todos los cazadores de sombras.

—¿Que es...?

—Matar a demonios. Ésa es nuestra obligación. Sin duda debes de haber oído que, en los últimos años, están entrando cada vez más demonios en nuestro mundo, y que no tenemos ni idea de cómo mantenerlos fuera, ¿no?

Un vago recuerdo le vino a la cabeza, algo que había dicho Jace hacía casi toda una vida, la primera vez que habían ido a la Ciudad Silenciosa.

«Tal vez podamos evitar que entren aquí, pero nadie ha conseguido nunca averiguar cómo hacer eso. De hecho, cada vez llegan más. En el pasado sólo se trataba de pequeñas invasiones demoníacas, que podían contenerse fácilmente. Pero desde que tengo uso de razón, cada vez son más los que se filtran a través de las salvaguardas. La Clave se pasa el

tiempo enviando a cazadores de sombras, y en muchas ocasiones no regresan.»

—Se aproxima una gran guerra contra los demonios, y la preparación de la Clave es absolutamente deplorable —explicó Sebastian—. En eso mi padre tenía razón. Están tan aferrados a sus costumbres que son incapaces de prestar atención a los avisos y cambiar. Yo no deseo la destrucción de los subterráneos, como hacía Valentine, pero me preocupa que la ceguera de la Clave condene el propio mundo que protegen los cazadores de sombras.

—¿Quieres que me crea que te importa que se destruya este mundo?

—Bueno, vivo aquí —contestó Sebastian, más amable de lo que ella se esperaba—. Y a veces, las situaciones extremas exigen medidas extremas. Para destruir al enemigo puede ser necesario comprenderlo, incluso tratar con él. Si logro que esos Demonios Mayores confíen en mí, entonces podré atraerlos aquí, donde pueden ser destruidos, y a sus seguidores también. Eso debería cambiar las cosas. Los demonios sabrían que este mundo no es tan fácil para ellos como se habían pensado.

Clary negó con la cabeza.

—¿Y con qué vas a hacerlo...? ¿Sólo Jace y tú? Sois bastante impresionantes, no me malinterpretes, pero incluso vosotros dos...

Sebastian se puso en pie.

—De verdad no te imaginas que pueda haber pensado esto al detalle, ¿verdad? —La miró; el viento del otoño le revolvía el cabello por el rostro—. Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Clary vaciló un instante.

—Jace...

—Sigue durmiendo. Créeme, lo sé. —Le tendió la mano—. Ven conmigo, Clary. Si no puedo hacerte creer que tengo un plan, quizá pueda demostrártelo.

Ella lo miró fijamente. Le pasaban por la cabeza imágenes como confeti revuelto: la tienda de trastos en Praga, su anillo de oro con forma de hoja cayendo en la oscuridad, Jace cogiéndola en el reservado del club, las peceras de cadáveres. Sebastian con un cuchillo serafín en la mano.

«Demostrártelo.»

Ella lo cogió de la mano y dejó que él la ayudara a ponerse en pie.

Se decidió, aunque no sin mucha discusión, que para hacer la invocación a Raziel, el Equipo Bueno tendría de buscar un lugar bastante escondido.

—No podemos hacer aparecer a un ángel de veinte metros en medio de Central Park —observó Magnus con sequedad—. La gente podría fijarse, incluso en Nueva York.

—¿Raziel mide veinte metros? —preguntó Isabelle. Estaba tirada en un sillón que había acercado a la mesa. Tenía unas ojeras muy oscuras: ella, como Alec, Magnus y Simon, estaba agotada. Llevaban horas despiertos, rebuscando en libros de Magnus, tan viejos que las páginas eran finas como piel de cebolla. Tanto Isabelle como Alec podían leer griego y latín, y Alec conocía mejor los idiomas de los demonios que Izz, pero aún había muchos que sólo Magnus podía comprender. Maia y Jordan, al darse cuenta de que podían ser más útiles en otra parte, se habían ido a la comisaría de policía a ver cómo estaba Luke. Mientras tanto, Simon había tratado de ser útil de otras maneras: les llevaba comida y café, copiaba símbolos siguiendo las instrucciones de Magnus, buscaba más papel y lápices, e incluso dio de comer a *Presidente Miau*, que se lo agradeció vomitando una bola de pelo en el suelo de la cocina de Magnus.

—En realidad sólo mide dieciocho metros, pero le gusta exagerar —contestó Magnus. El cansancio no estaba mejorando su humor. Tenía el cabello de punta y manchas de purpurina en el dorso de las manos, por haberse frotado los ojos—. Es un ángel, Isabelle. ¿Es que nunca has estudiado nada?

Isabelle chasqueó la lengua, molesta.

—Valentine invocó a un ángel en su sótano. No veo por qué necesitas tú todo ese espacio...

—¡Porque Valentine era MUCHO MÁS FORMIDABLE que yo! —replicó Magnus, y dejó caer su pluma—. Mira...

—No le grites a mi hermana —lo reprendió Alec. Lo dijo en voz baja, pero con fuerza en las palabras. Magnus lo miró sorprendido. Alec continuó —: Isabelle, el tamaño de los ángeles, cuando aparecen en la dimensión terrenal, varía dependiendo de su poder. El ángel a quien invocó Valentine era de un rango inferior a Raziel. Y si fuera a invocar a un ángel de un rango superior, como Miguel o Gabriel...

—Yo no podría hacer ningún hechizo que los atara, ni siquiera un momento —aportó Magnus con voz apagada—. En parte, invocamos a Raziel porque esperamos que, como creador de los cazadores de sombras, tenga una compasión especial, o al menos alguna compasión, por vuestra

situación. Un ángel menos poderoso tal vez no podría ayudarnos, pero un ángel más poderoso... Bueno, si algo fuera mal...

—Podría no ser yo el único en morir —concluyó Simon.

Magnus parecía afligido, y Alec miró hacia los papeles que se acumulaban en la mesa. Isabelle puso la mano sobre la de Simon.

—No me puedo creer que realmente estemos sentados aquí hablando de invocar a un ángel —dijo ella—. Durante toda mi vida he jurado por el nombre del Ángel. Sabemos que nuestro poder procede de los ángeles. Pero la idea de ver uno... No me lo puedo ni imaginar. Cuando trato de pensarlo, la idea me resulta demasiado grande.

Se hizo el silencio en la mesa. Había cierta oscuridad en los ojos de Magnus que hizo pensar a Simon si habría visto alguna vez a un ángel. Se le ocurrió que quizá debería preguntárselo, pero el timbre de su móvil le evitó tener que decidir.

—Un segundo —murmuró, y se puso en pie. Abrió la tapa del móvil y se apoyó en una de las columnas del loft. Era un mensaje de texto, varios en realidad, de Maia.

«¡BUENAS NOTICIAS! LUKE ESTÁ DESPIERTO Y HABLANDO. PARECE QUE SE VA A PONER BIEN.»

Simon sintió un gran alivio. Por fin, buenas noticias. Cerró el móvil y se tocó el anillo que llevaba en el dedo.

«¿Clary?»

Nada.

Se tragó los nervios. Seguramente estaría dormida. Alzó los ojos y se encontró a los otros tres mirándolo fijamente.

—¿Quién era? —preguntó Isabelle.

—Maia. Dice que Luke está despierto y hablando. Que se va a poner bien. —Hubo un resonar de voces aliviadas, pero Simon aún seguía mirándose el anillo—. Me ha dado una idea.

Isabelle se había puesto en pie para ir hacia él; al oír aquello, se detuvo, preocupada. Simon supuso que no podía culparla. En los últimos tiempos, sus ideas habían sido suicidas.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—¿Qué necesitamos para invocar a Raziel? ¿Cuánto espacio? —inquirió Simon.

Magnus dejó de mirar el libro.

—Como un par de kilómetros cuadrados, al menos. Estaría bien que hubiera agua, como en el lago Lyn...

—La granja de Luke —sugirió Simon—. A las afueras. Una o dos horas. Ahora debería estar cerrada, pero sé cómo llegar allí. Y hay un lago. No tan grande como el Lyn, pero...

Magnus cerró el libro que tenía en la mano.

—No es mala idea, Seamus.

—¿Unas pocas horas? —dijo Isabelle, mirando el reloj—. Podríamos estar allí a...

—Oh, no —la cortó Magnus. Apartó el libro—. Aunque tu entusiasmo sea impresionante e ilimitado, Isabelle, por ahora estoy demasiado agotado para hacer bien un hechizo de invocación. Y esto no es algo con lo que quiera correr ningún riesgo. Creo que todos estaremos de acuerdo.

—Entonces, ¿cuándo? —preguntó Alec.

—Al menos necesitamos dormir un poco —contestó Magnus—. Propongo que nos marchemos a primera hora de la tarde. Sherlock, perdón, Simon, llama mientras tanto, a ver si Jordan te presta la camioneta. Y ahora... —Apartó el resto de papeles—. Me voy a dormir. Isabelle, Simon, podéis usar de nuevo la habitación, si queréis.

—Habitaciones diferentes sería mejor —murmuró Alec.

Isabelle miró a Simon con ojos oscuros e interrogantes, pero él ya estaba sacando el móvil del bolsillo.

—De acuerdo —dijo—. Volveré al mediodía, pero por ahora tengo algo importante que hacer.

De día, París era una ciudad de calles estrechas y curvas que daban a amplias avenidas, añejos edificios dorados con techos de tejas de colores y un brillante río que la cortaba como la cicatriz de un duelo. Sebastian, a pesar de haber dicho que iba a demostrar a Clary que tenía un plan, no habló demasiado mientras recorrían una calle flanqueada de galerías de arte y tiendas donde vendían libros viejos y polvorientos, hasta llegar al Quai des Grands Augustins, en la orilla del río.

Un viento fresco soplaba desde el Sena, y Clary se estremeció. Sebastian se sacó la bufanda del cuello y se la pasó a Clary. Era de tweed blanco y negro entremezclado, aún caliente de haber estado en su cuello.

—No seas estúpida —dijo él—. Tienes frío. Póntela.

Clary se la enrolló en el cuello.

—Gracias —dijo instintivamente, e hizo una mueca.

Ya estaba. Le había dado las gracias a Sebastian. Esperó que un rayo cayera desde las nubes y la partiera. Pero no pasó nada.

Él le echó una extraña mirada.

—¿Estás bien? Parece que vayas a estornudar.

—Estoy bien. —La bufanda olía a colonia de cítricos y a chico. No estaba segura de a qué había pensado que iba a oler.

Siguieron caminando. Esta vez Sebastian acertó el paso y caminó a su lado, explicándole que los barrios de París iban por números y que estaban cruzando del sexto al quinto, el Barrio Latino, y que el puente que veían en la distancia, era el pont Saint-Michel. Clary se fijó en que se cruzaban con muchos jóvenes; chicas de su edad o un poco mayores, muy elegantes en pantalones ajustados y tacones altos, y cabello largo volando al viento del Sena. Bastantes se detuvieron para mirar a Sebastian con admiración, pero él no pareció notarlo.

Jace lo habría notado, pensó Clary. Sebastian era despampanante, con su cabello blanco como el hielo y los ojos negros. La primera vez que lo había visto ya lo había encontrado atractivo, aunque entonces llevaba el cabello teñido de negro y no le quedaba tan bien, la verdad. Estaba mejor así. La palidez del pelo le daba un poco de color a la piel, le resaltaba los ojos, los altos pómulos y la elegante forma del rostro. Sus pestañas eran increíblemente largas, de un tono más oscuro que el cabello, y se le curvaban ligeramente, igual que las de Jocelyn... era tan injusto. ¿Por qué ella no había heredado las pestañas curvadas de la familia? ¿Y por qué él no tenía ni una sola peca?

—Y bien —dijo ella de repente, cortándole en medio de una frase—, ¿qué somos?

Él la miró con el rabillo del ojo.

—¿Qué quieres decir con «qué somos»?

—Has dicho que éramos los últimos de los Morgenstern. Morgenstern es un nombre alemán —explicó Clary—. Entonces, ¿qué somos? ¿Alemanes? ¿Cuál es la historia? ¿Por qué no queda nadie más que nosotros?

—¿No sabes nada sobre la familia de Valentine? —La incredulidad teñía la voz de Sebastian. Se había detenido ante un muro que corría junto al Sena, al lado de la acera—. ¿Acaso tu madre no te ha contado nunca nada?

—También es tu madre, y no, no me ha contado nada. Valentine no es su tema favorito.

—Los nombres de los cazadores de sombras son compuestos — explicó Sebastian despacio, y se subió a lo alto del muro. Le tendió una mano, y al cabo de un instante, ella le dejó que la ayudara a subir a su lado. El Sena fluía de un color gris verdoso bajo ellos, salpicado de botes turísticos que avanzaban lentamente—. «Fair-child», «Lightwood», «White-law». «Morgenstern» significa «estrella matutina». Es un apellido alemán, pero la familia era suiza.

—¿Era?

—Valentine era hijo único —respondió Sebastian—. A su padre, nuestro abuelo, lo mataron los subterráneos, y nuestro tío abuelo murió en combate. No tenía hijos. Esto —le tocó el cabello— es del lado Fairchild. Ahí está la sangre inglesa. Yo he salido más al lado suizo, como Valentine.

—¿Sabes algo de nuestros abuelos? —preguntó Clary, fascinada a pesar de todo.

Sebastian bajó la mano y saltó del muro. Le tendió la mano, y ella la cogió, equilibrándose al saltar. Por un momento, Clary chocó contra el pecho de Sebastian, duro y cálido bajo la camisa. Una chica que pasaba le lanzó una mirada divertida y celosa, y Clary se apartó rápidamente. Quiso chillarle a la chica que Sebastian era su hermano, y que de todas formas lo odiaba. Pero no lo hizo.

—No sé nada de nuestros abuelos maternos —respondió él—. ¿Cómo iba a saber? —Esbozó una sonrisa torcida—. Vamos. Quiero enseñarte uno de mis lugares favoritos.

Clary se quedó atrás.

—Pensaba que me ibas a demostrar que tenías un plan.

—Todo en su momento. —Sebastian comenzó a caminar, y ella lo siguió al cabo de un instante.

«Para descubrir su plan. Hazte la simpática hasta entonces», pensó ella.

—El padre de Valentine se parecía mucho a él —continuó Sebastian—. Tenía fe en la fuerza. «Somos los guerreros elegidos de Dios.» Eso era lo que creía. El dolor te hace fuerte. La pérdida te hace poderoso. Cuando murió...

—Valentine cambió —concluyó Clary—. Me lo dijo Luke.

—Amaba a su padre, y también lo odiaba. Algo que puedes entender conociendo a Jace. Valentine nos crió como su padre lo había criado a él. Siempre se vuelve a lo que se conoce.

—Pero Jace... —repuso Clary—. Valentine le enseñó más cosas aparte de luchar. Le enseñó idiomas, y a tocar el piano...

—Eso fue la influencia de Jocelyn. —Sebastian dijo ese nombre a regañadientes, como si odiara oírlo—. Ella pensaba que Valentine tenía que poder hablar de libros, arte, música..., no sólo matar cosas. Él le transmitió eso a Jace.

Una verja azul de hierro forjado se alzó a su izquierda a media altura. Sebastian se agachó y pasó por debajo; luego hizo un gesto a Clary para que lo siguiera. Ella no tuvo que agacharse, pero fue tras él, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Y tú, qué? —preguntó ella.

Él alzó las manos. Eran inconfundiblemente las manos de su madre; hábiles, de dedos largos, destinadas a sujetar un pincel o una pluma.

—Yo aprendí a tocar los instrumentos de la guerra —contestó él—, y a pintar con sangre. No soy como Jace.

Había un estrecho callejón entre dos filas de edificios hechos de la misma piedra dorada que muchos otros edificios de París, con los techos reluciendo de color verde cobre bajo el sol. La calle tenía adoquines, y no pasaban coches ni motos. A la izquierda había un café; un cartel de madera colgado de una barra de hierro forjado era la única indicación de que había un negocio en aquella sinuosa calleja.

—Me gusta esto —dijo Sebastian, siguiendo la mirada de Clary—, porque es como si tú y yo estuviéramos en el siglo pasado. No hay ruido de coches, ni luces de neón. Sólo... calma.

Clary lo miró.

«Está mintiendo —pensó—. Sebastian no piensa así. A Sebastian, que trató de quemar Alacante hasta reducirla a cenizas, no le gusta la “calma”.»

Entonces pensó en dónde había crecido él. Nunca lo había visto, pero Jace se lo había descrito. Una casita, un cabaña en realidad, en un valle a las afueras de Alacante. Las noches habrían sido silenciosas allí y el cielo, lleno de estrellas por la noche. Pero ¿lo echaría de menos? ¿Podía? ¿Era la clase de emoción que se podía tener cuando no se era ni siquiera realmente humano?

«¿No te molesta? —quiso decirle—. ¿Estar en el lugar donde el auténtico Sebastian Verlac creció y vivió hasta que tú acabaste con su vida? ¿Recorrer estas calles, llevando su nombre, sabiendo que, en alguna parte, su tía le llora? ¿Y qué querías decir cuando dijiste que se suponía que no iba a defenderse?»

Los ojos negros de Sebastian la miraron pensativos. Ella sabía que tenía sentido del humor; tenía una vena mordaz que a veces no era muy diferente de la de Jace. Pero no sonreía.

—Vamos —dijo él entonces, y Clary volvió a la realidad—. Este sitio tiene el mejor chocolate caliente de todo París.

Clary no estaba segura de cómo iba a saber si eso era cierto o no, dado que era la primera vez que estaba en la ciudad, pero cuando se sentaron, tuvo que admitir que el chocolate era excelente. Lo preparaban en la mesa (que era pequeña y de madera, al igual que las sillas, antiguas y de respaldo alto), en un pote de cerámica azul, usando nata, chocolate en polvo y azúcar. El resultado era un chocolate deshecho tan espeso que la cuchara se quedaba derecha en él. También pidieron cruasanes y los mojaron en el chocolate.

—¿Sabes?, si quieres otro cruasán, te lo traerán —informó Sebastian, recostándose en la silla. Eran los más jóvenes del local por décadas—. Estás atacando éste como un lobezno.

—Tengo hambre. —Clary se encogió de hombros—. Mira, si quieres hablarme, háblame. Convénceme.

Él se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Ella recordó haberlo mirado a los ojos la noche anterior, haber notado el anillo de plata alrededor del iris de los ojos.

—Estaba pensando en lo que dijiste anoche.

—Anoche estaba alucinando. No recuerdo lo que te dije.

—Me preguntaste a quién pertenecía —respondió Sebastian.

Clary se detuvo con la taza de chocolate a medio camino de la boca.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Él le escrutó el rostro—. Y no tengo la respuesta.

Clary dejó la taza; de repente se sentía muy incómoda.

—No tienes que pertenecer a nadie —repuso—. Es sólo una manera de hablar.

—Bueno, déjame que te pregunte algo —dijo Sebastian—. ¿Crees que puedes perdonarme? Quiero decir, ¿crees que el perdón es posible para

alguien como yo?

—No lo sé. —Clary agarró el borde de la mesa—. Qui..., quiero decir, no sé mucho sobre el perdón como concepto religioso, sólo del tipo normal de perdonar a la gente. —Respiró hondo, sabiendo que estaba farfullando. Había algo en la fija mirada de Sebastian sobre ella, como si esperara que Clary le diera la respuesta a preguntas que nadie más podía responder—. Sé que tienes que hacer cosas, ganarte el perdón. Cambiar. Confesarte, arrepentirte y... compensar.

—Compensar —repitió Sebastian.

—Compensar lo que has hecho. —Miró su taza. No había manera de compensar las cosas que Sebastian había hecho, al menos no de una manera que tuviera sentido.

—Ave atque vale —dijo Sebastian, mirando también su taza.

Clary reconoció las palabras tradicionales que los cazadores de sombras decían sobre sus muertos.

—¿Por qué dices eso? No me estoy muriendo.

—Sabes que es de un poema —explicó él—. De Catulo. «Frater, ave atque vale.» «Saludos y adiós, hermano.» Habla de cenizas, de los ritos de los muertos y de su propio dolor por su hermano. Tuve que aprenderme el poema cuando era pequeño, pero no lo sentía; ni su dolor ni su pérdida, o incluso la cuestión de cómo sería morir y no tener a nadie que te lllore. —La miró fijamente—. ¿Cómo crees que habrían sido las cosas si Valentine te hubiera criado conmigo? ¿Me habrías querido?

Clary se alegró de haber dejado la taza, porque si no se le habría caído de la mano. Sebastian no la estaba mirando con la timidez o la incomodidad natural que suele acompañar a una pregunta tan rara, sino como si ella fuera una forma de vida extraña, curiosa.

—Bueno —contestó ella—. Eres mi hermano. Te habría querido. Tendría que... haberlo hecho.

Él la siguió mirando con los mismos ojos fijos e intensos. A Clary se le ocurrió pensar que quizá debería preguntarle si él creía que eso significaba que él también la habría querido. Como hermana. Pero le daba la sensación de que él no tendría ni idea de lo que quería decir eso.

—Pero Valentine no me crió —añadió ella—. Y yo lo maté.

No estaba segura de por qué había dicho eso. Quizá quisiera ver si era posible ponerle nervioso. Después de todo, Jace le había dicho una vez que

pensaba que Valentine podía haber sido lo único por lo que Sebastian había sentido cariño en toda su vida.

Pero él no reaccionó.

—La verdad —repuso el chico— es que fue el Ángel quien lo mató. Aunque fue debido a ti. —Trazaba dibujos con los dedos sobre la mesa gastada—. ¿Sabes?, cuando te conocí, en Idris, tuve esperanzas; pensé que te caería bien. Y cuando vi que no te parecías en nada a mí, te odié. Pero luego, cuando me trajeron de vuelta, y Jace me contó lo que habías hecho, me di cuenta de que me había equivocado. Eres como yo.

—Ya lo dijiste anoche —replicó Clary—. Pero no soy...

—Mataste a nuestro padre —la cortó él. Su voz era tranquila—. Y no te importa. Ni has vuelto a pensar en ello, ¿verdad? Valentine le dio unas palizas de muerte a Jace durante los primeros diez años de su vida, y Jace aún lo echa de menos. Sufrió por su pérdida, aunque no comparten la sangre. Pero él era tu padre y tú lo mataste, y no has perdido ni una sola noche de sueño por ello.

Clary se lo quedó mirando boquiabierta. No era justo. No era nada justo. Valentine nunca había sido un padre para ella, no la había querido, había sido un monstruo que tenía que morir. Lo había matado porque no tenía elección.

Sin quererlo, se le apareció la imagen de Valentine, clavándole la daga en el pecho a Jace y luego cogiéndolo ya muerto. Valentine había llorado por el hijo al que había asesinado. Pero ella nunca había llorado por su padre. Ni siquiera lo había pensado.

—Tengo razón, ¿verdad? —dijo Sebastian—. Dime que me equivoco. Dime que no te caigo bien.

Clary siguió mirando su taza de chocolate, ya frío. Se sentía como si se le hubiera desatado un remolino en la cabeza que estuviera tragándose las ideas y las palabras.

—Creía que pensabas que Jace era como tú —repuso finalmente con voz ahogada—. Pensaba que por eso lo querías tener contigo.

—Necesito a Jace —afirmó Sebastian—. Pero en su corazón no es como yo. Tú sí. —Se puso en pie. Debía de haber pagado la cuenta en algún momento; Clary no podía recordarlo—. Ven conmigo.

Le tendió la mano. Ella se puso en pie sin cogérsela y volvió a ponerse la bufanda, sin pensarlo; el chocolate que había bebido era como ácido

retorciéndosele en el estómago. Siguió a Sebastian fuera del café y al callejón, donde él estaba mirando al cielo azul.

—No soy como Valentine —insistió Clary, que se detuvo a su lado—. Nuestra madre...

—Tu madre —replicó Sebastian— me odiaba. Me odia. Ya la viste. Trató de matarme. Quieres decirme que has salido a tu madre; pues muy bien. Jocelyn Fairchild es despiadada. Siempre lo ha sido. Durante meses, quizá años, fingió amar a nuestro padre para poder reunir información y traicionarlo. Ella ideó el Alzamiento y vio cómo masacraban a todos los amigos de su marido. Te robó los recuerdos. ¿La has perdonado? Y cuando huyó de Idris, ¿de verdad crees que alguna vez pensó en llevarme con ella? Debió de quedarse muy aliviada al creer que yo había muerto...

—¡No es cierto! —exclamó Clary—. Tenía una caja con cosas de cuando eras bebé. Solía sacarla y llorar sobre ella. Todos los años por tu cumpleaños. Y sé que tú la tienes ahora en tu habitación.

Sebastian retorció sus labios elegantes y finos. Se apartó de ella y comenzó a caminar por el callejón.

—¡Sebastian! —lo llamó Clary—. Sebastian, ¡espera! —No estaba segura de por qué quería que él regresara. Era cierto que no tenía ni idea de dónde se encontraba o de cómo volver al apartamento, pero era más que eso. Quería quedarse y pelear, probarle que ella no era como él decía. Alzó la voz en un grito—: ¡Jonathan Christopher Morgenstern!

Él se detuvo y se volvió lentamente, ladeando la cabeza para mirarla.

Ella fue hacia él, y él la observó caminar con los negros ojos entrecerrados.

—Apuesto a que ni siquiera sabes cuál es mi segundo nombre —lo desafió ella.

—Adele. —Lo dijo de una forma musical, con una familiaridad que a Clary le resultó incómoda—. Clarissa Adele.

Ella llegó junto a él.

—¿Por qué Adele? No lo he sabido nunca.

—Ni yo tampoco —respondió él—. Sé que Valentine no quería llamarte Clarissa Adele. Quería llamarte Seraphina, como su madre. Nuestra abuela. —Se volvió y siguió caminando; en esta ocasión ella se mantuvo a su lado—. Murió de un ataque al corazón después de que mataran a nuestro abuelo. Valentine siempre decía que había muerto de pena.

Clary pensó en Amatis, que nunca había olvidado a su primer amor, Stephen; pensó en el padre de Stephen, que había muerto de pena; en la Inquisidora, toda su vida dedicada a la venganza; en la madre de Jace, que se cortó las muñecas cuando su marido murió.

—Antes de conocer a los nefilim, habría dicho que era imposible morir de pena.

Sebastian soltó una risita seca.

—Nuestro cariño no es como el que se profesan los mundanos —repuso él—. Bueno, a veces sí, claro. No todo el mundo es igual. Pero los lazos entre nosotros tienden a ser muy intensos e irrompibles. Por eso nos cuesta tanto relacionarnos con los que no son como nosotros. Subterráneos, mundanos...

—Mi madre se va a casar con un subterráneo —replicó Clary, dolida. Se habían detenido delante de un edificio de piedra con contraventanas pintadas de azul, casi al final del callejón.

—Una vez, él fue nefilim —repuso Sebastian—. Y mira a nuestro padre. Tu madre lo traicionó y lo dejó, y él aún se pasó el resto de su vida esperando volver a encontrarla y convencerla de que regresara con él. Ese armario lleno de ropa... —Meneó la cabeza.

—Pero Valentine le dijo a Jace que el amor es una debilidad —dijo Clary—. Que te destruye.

—¿No pensarías eso si te pasaras media vida buscando a una mujer aunque te odie a muerte, porque no puedes olvidarla? ¿Si tuvieras que recordar que la persona que más has amado en el mundo te acuchilló por la espalda y retorció el cuchillo? —Se inclinó hacia ella un momento, mientras hablaba, y su aliento agitó el cabello de Clary—. Quizá tú seas más como tu madre que como nuestro padre. Pero ¿y qué importa? Tienes la crueldad en los huesos y hielo en el corazón, Clarissa. No me digas que no.

Él se apartó antes de que ella pudiera contestarle, y subió el escalón delantero de la casa de contraventanas azules. Había una fila de timbres en la pared junto a la puerta, cada uno con un nombre escrito a mano en una plaquita al costado. Apretó el timbre junto al nombre de Magdalena, y esperó. Al cabo de un momento, una voz rasposa se oyó en el interfono.

—Qui est là?

—C'est le fils et la fille de Valentine —contestó él—. Nous avons rendez-vous.

Hubo un silencio y luego se oyó el zumbido de la puerta al abrirse. Sebastian la empujó y la sujetó abierta, educadamente, para que Clary pasara ante él. La escalera era de madera, tan gastada y pulida como el costado de un barco. Subieron en silencio hasta el último piso, donde la puerta estaba entreabierta. Sebastian entró primero, y Clary lo siguió.

Se encontró en un espacio grande e iluminado por la luz del exterior. Las paredes eran blancas, igual que las cortinas. Por una de las ventanas pudo ver la calle de abajo, flanqueada de restaurantes y boutiques. Pasaban coches, pero su sonido no parecía penetrar en el apartamento. El suelo era de madera pulida; los muebles, de madera pintada de blanco y los sofás tapizados cubiertos de almohadones de colores. Una sección del apartamento estaba montada como una especie de estudio. La luz caía por las claraboyas sobre una larga mesa de madera. Había caballetes, con trapos encima para ocultar su contenido. Un mono manchado de pintura colgaba de un gancho de la pared.

Junto a la mesa había una mujer. Clary habría supuesto que tendría más o menos la edad de Jocelyn, si no fuera porque varios factores enmascaraban su edad. Llevaba un mono negro sin forma que le ocultaba el cuerpo; sólo estaban al descubierto las blancas manos, el rostro y el cuello. En ambas mejillas tenía tatuada una gruesa runa negra, que le iba desde el rabillo del ojo hasta los labios. Clary nunca había visto esas runas, pero notó su significado: poder, habilidad, capacidad manual. La mujer tenía un espeso cabello rojizo oscuro, que le caía ondulado hasta la cintura, y los ojos, cuando los alzó, eran de un peculiar color naranja plano, como una llama agonizante.

La mujer juntó las manos ante sí.

—Tu dois être Jonathan Morgenstern. Et elle, c'est ta sœur? Je pensáis que...

—Soy Jonathan Morgenstern —afirmó Sebastian—. Y ésta es mi hermana, sí, Clarissa. Por favor, no hables en francés delante de ella, no lo entiende.

La mujer carraspeó.

—Mi inglés está muy oxidado. No lo he usado en años.

—A mí me parece lo bastante bueno. Clarissa, ésta es la hermana Magdalena. De las Hermanas de Hierro.

Clary se quedó sin palabras de la sorpresa.

—Pero creía que las Hermanas de Hierro nunca dejaban su fortaleza...

—No la dejan —repuso Sebastian—. A no ser que hayan caído en desgracia porque se descubriera su participación en el Alzamiento. ¿Quién crees que armó al Círculo? —Sonrió a Magdalena sin ninguna alegría—. Las Hermanas de Hierro son hacedoras, no luchadoras. Pero Magdalena escapó de la fortaleza antes de que se descubriera su participación en el Alzamiento.

—En quince años no había vuelto a saber nada de los nefilim, hasta que tu hermano se puso en contacto conmigo —explicó Magdalena. Era difícil decir a quién miraba al hablar; sus ojos inexpresivos parecían no parar de moverse, pero resultaba evidente que no era ciega—. ¿Es cierto? ¿Tienes el... material?

Sebastian metió la mano en una bolsa que le colgaba del cinturón de las armas y sacó un trozo de lo que parecía cuarzo. Lo dejó sobre la larga mesa, y un rayo perdido de sol, al pasar por la claraboya, pareció encenderlo desde dentro. Clary tragó aire. Era el *adamas* de la tienda de trastos en Praga.

Magdalena soltó una exhalación siseante.

La Hermana de Hierro rodeó la mesa y puso las manos sobre el *adamas*. Éstas, también con las cicatrices de múltiples runas, le temblaban.

—*Adamas pur* —susurró—. Han pasado años desde la última vez que toqué el material santo.

—Es todo tuyo para trabajar —dijo Sebastian—. Cuando acabes, te pagaré con más de él. Eso es, si crees que puedes crear lo que te pedí.

Magdalena se cuadró los hombros.

—¿Acaso no soy una Hermana de Hierro? ¿Acaso no hice los votos? ¿Acaso mis manos no moldean la materia del Cielo? Puedo entregarte lo que te prometí, hijo de Valentine. Nunca lo dudes.

—Me alegro de oírlo. —Había un deje de humor en la voz de Sebastian—. Entonces, regresaré esta noche. Ya sabes cómo llamarme si es necesario.

Magdalena asintió con la cabeza. Toda su atención estaba concentrada en la sustancia traslúcida. La acarició con los dedos.

—Sí. Puedes irte.

Sebastian asintió y dio un paso atrás. Clary vaciló. Quería agarrar a la mujer, preguntarle qué le había pedido Sebastian que hiciera y por qué había violado la Ley de los Acuerdos para trabajar junto a Valentine. Magdalena, como si notara su vacilación, la miró y sonrió levemente.

—Los dos —dijo, y por un momento, Clary pensó que Magdalena iba a decir que no entendía por qué estaban juntos, que la hija de Jocelyn era una cazadora de sombras, mientras que el hijo de Valentine era un criminal. Pero la mujer sólo meneó la cabeza—. Mon Dieu —exclamó—, sois clavados a vuestros padres.

Cuando Clary y Sebastian regresaron al apartamento, el salón estaba vacío, pero había platos en el fregadero, que antes estaba vacío.

—Creía que me habías dicho que Jace estaba durmiendo —le reprochó ella a Sebastian.

Éste se encogió de hombros.

—Lo estaba cuando te lo dije. —Había cierta burla en su voz, pero no grosería. Habían vuelto desde casa de Magdalena en silencio, pero no en un silencio tenso. Clary había dejado vagar la mente, sólo volviendo a la realidad de vez en cuando al darse cuenta de que era Sebastian quien tenía al lado—. Estoy bastante seguro de saber dónde está.

—¿En su habitación? —Clary se dirigió a la escalera.

—No. —Sebastian se puso ante ella—. Ven, te lo enseñaré.

Subió la escalera con paso rápido y entró en el dormitorio principal, con Clary pisándole los talones. Mientras ella lo miraba confusa, él dio unos golpecitos en el costado del armario. Éste se deslizó y dejó al descubierto una escalera. Sebastian le lanzó una mirada pícaro mientras ella subía tras él.

—Estás de broma —exclamó ella—. ¿Escalera secreta?

—No me digas que es lo más extraño que has visto hoy. —Él la subió de dos en dos, y Clary, aunque agotada, lo siguió. La escalera se iba curvando y daba a una amplia sala de suelo de madera pulida y altos muros. Todo tipo de armas colgaban de las paredes, igual que en la sala de entrenamiento del Instituto: *kindjals* y *chakhrams*; mazas, espadas y dagas; ballestas y puños americanos; estrellas arrojadas, hachas y espadas de samurái.

Sobre el suelo había dibujados círculos de entrenamiento. En el centro de ellos se hallaba Jace, de espaldas a la puerta. Iba sin camisa y descalzo,

con pantalones de gimnasia, y un cuchillo en cada mano. A Clary se le pasó una imagen por la cabeza: la espalda desnuda de Sebastian marcada por inconfundibles latigazos. La de Jace era lisa, dorada piel pálida sobre músculo, marcada sólo por las típicas cicatrices de un cazador de sombras..., y los arañazos que le había hecho ella la noche anterior. Clary notó que se sonrojaba, pero en su cabeza seguía preguntándose: ¿por qué Valentine habría azotado a un chico y no al otro?

—Jace —llamó ella.

Él se volvió. Estaba limpio. El fluido plateado ya no estaba, y su cabello dorado era casi oscuro como el bronce, y lo llevaba húmedo y pegado a la cabeza. La piel le brillaba de sudor. La expresión de su rostro era reservada.

—¿Dónde estabais?

Sebastian fue a la pared y comenzó a examinar las armas que había allí, pasando las manos desnudas por las hojas.

—Pensé que a Clary le gustaría ver París.

—Podrías haberme dejado una nota —protestó Jace—. No es que nuestra situación sea la más segura, Jonathan. Preferiría no tenerme que preocupar por Clary...

—Lo seguí —dijo ella.

Jace se volvió y la miró, y por un momento, ella captó en sus ojos un destello del chico de Idris que le había gritado por haber estropeado sus cuidadosos planes para mantenerla a salvo. Pero este Jace era diferente. Las manos no le temblaban al mirarla y el pulso en el cuello se le mantuvo constante.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Jace.

—He seguido a Sebastian —contestó ella—. Estaba despierta y quería ver adónde iba. —Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y lo miró desafiante. Él la contempló de arriba abajo, desde el cabello revuelto por el viento hasta las botas, y ella notó que la sangre le subía al rostro. El sudor le brilló en la clavícula y en los marcados músculos del abdomen. Sus pantalones de entrenamiento estaban doblados por la cintura, y mostraban la V de las caderas. Clary recordó cómo había sido estar rodeada por sus brazos, estar tan apretada a él que podía notar cada detalle de sus huesos y músculos contra su cuerpo...

La recorrió una oleada de vergüenza tan intensa que casi se mareó. Lo que lo hizo peor fue que Jace no parecía incómodo en absoluto, ni que la

noche anterior le hubiera afectado a él tanto como a ella. Sólo parecía... molesto. Molesto, sudoroso y sexy.

—Sí, bueno —dijo él—. La próxima vez que decidas escaparte de nuestro apartamento con salvaguardas mágicas por una puerta que no debería existir, déjame una nota.

—¿Estás siendo sarcástico? —preguntó ella, arqueando las cejas.

Él lanzó uno de los cuchillos al aire y lo cogió.

—Tal vez.

—He llevado a Clary a ver a Magdalena —explicó Sebastian. Había cogido una estrella arrojadiza de la pared y la estaba inspeccionando—. Le hemos llevado el *adamas*.

Jace había tirado el segundo cuchillo al aire; esta vez falló al cogerlo, y la punta de la hoja se clavó en el suelo.

—¿De verdad?

—Sí —contestó Sebastian—. Y le he explicado el plan a Clary. Le he dicho que estamos planeando atraer aquí a los Demonios Mayores para poder destruirlos.

—Pero no me has dicho cómo esperas conseguirlo —repuso la chica—. No me has explicado esa parte.

—He pensado que sería mejor decírtelo con Jace aquí —explicó Sebastian. Con un golpe seco de muñeca, la estrella salió volando hacia Jace, que la bloqueó con un rápido movimiento del cuchillo. La estrella repicó en el suelo. Sebastian silbó.

—Rápido —comentó.

Clary se volvió como un torbellino hacia su hermano.

—Podrías haberle hecho daño...

—Todo lo que le daña a él me daña a mí —le recordó Sebastian—. Te estaba mostrando lo mucho que confío en él. Ahora quiero que tú confíes en nosotros. —Le clavó sus ojos negros—. *Adamas* —continuó él—. El material que he llevado hoy a la Hermana de Hierro. ¿Sabes qué se hace con eso?

—Claro. Los cuchillos serafines. La torres de demonios de Alacante. Estelas...

—Y la Copa Mortal.

Clary negó con la cabeza.

—La Copa Mortal es de oro. La he visto.

—*Adamas* bañado en oro. Y la Espada Mortal también tiene el mango de ese material. Dicen que es el material del que están contruidos los palacios del Cielo. Y no es fácil conseguirlo. Sólo las Hermanas de Hierro pueden trabajarlo, y se supone que sólo ellas tienen acceso a él.

—Entonces, ¿por qué le has dado un trozo a Magdalena?

—Para que haga una segunda Copa —respondió Jace.

—¿Una segunda Copa Mortal? —Clary miró de uno a otro, incrédula—. Pero no se puede hacer eso. Crear otra Copa Mortal. Si se pudiera, la Clave no se habría asustado tanto cuando desapareció la Copa Mortal original. Valentine no la habría necesitado de esa manera...

—Es una copa —repuso Jace—. Está hecha como está hecha, seguirá siendo sólo una copa hasta que el Ángel vierta voluntariamente su sangre a propósito en ella. Eso es lo que la hace ser lo que es.

—¿Y creéis que podéis hacer que Raziél vierta su sangre a propósito en una segunda copa para vosotros? —Clary no podía evitar el tono cortante de incredulidad de su voz—. Buena suerte.

—Es un truco, Clary —explicó Sebastian—. ¿Sabes que todo tiene una adscripción? ¿Seráfica o demoníaca? Lo que los demonios creen es que queremos el equivalente demoníaco a Raziél. Un demonio de gran poder que mezclará su sangre con la nuestra y creará una nueva raza de cazadores de sombras. Una que no esté sujeta por la Ley, o la Alianza, o las reglas de la Clave.

—¿Les has dicho que quieres crear... cazadores de sombras al revés?

—Algo así. —Sebastian rió mientras se pasaba los dedos por el cabello—. Jace, ¿quieres ayudarme a explicárselo?

—Valentine era un fanático —dijo Jace—. Se equivocaba en un montón de cosas. Se equivocaba al pensar en matar a cazadores de sombras. Se equivocaba con los subterráneos. Pero no se equivocaba respecto a la Clave y el Consejo. Todos los Inquisidores que hemos tenido han sido corruptos. Las Leyes que nos entregó el Ángel son arbitrarias y carecen de sentido, y sus castigos son peores. «La Ley es dura, pero es la Ley.» ¿Cuántas veces has oído eso? ¿Cuántas veces hemos tenido que esquivar a la Clave y sus Leyes aunque estábamos tratando de salvarlos? ¿Quién me metió en prisión? La Inquisidora. ¿Quién metió a Simon en prisión? La Clave. ¿Quién le habría dejado arder?

El corazón de Clary comenzó a golpearle dentro del pecho. La voz de Jace, tan familiar, diciendo eso, le hacía sentir los huesos como de

mantequilla. Tenía razón y se equivocaba. Igual que Valentine. Pero a él quería creerle de una manera que nunca había querido creer a Valentine.

—Muy bien —replicó—. Entiendo que la Clave es corrupta. Pero no veo qué tiene eso que ver con hacer tratos con los demonios.

—Nuestra misión es destruir a demonios —dijo Sebastian—. Pero la Clave ha estado poniendo todas sus energías en otras cosas. Las salvaguardas se han ido debilitando, y cada vez más demonios se han ido colando en la Tierra. Pero la Clave no quiere verlo. Nosotros hemos abierto una puerta en el norte, en la isla Wrangel, y atraeremos a los demonios con la promesa de esta Copa. Sólo que, cuando ellos viertan su sangre en ella, serán destruidos. He hecho tratos como éste con varios Demonios Mayores. Cuando Jace y yo los hayamos matado, la Clave verá que somos un poder con el que hay que contar. Tendrán que escucharnos.

Clary se lo quedó mirando.

—Matar a Demonios Mayores no es tan fácil.

—Lo he hecho esta mañana —replicó Sebastian—. Que, por cierto, es por lo que ninguno de nosotros va a tener problemas por haber matado a todos aquellos demonios guardaespaldas. He matado a su amo.

Clary fue mirando de Jace a Sebastian. Los ojos de Jace estaban tranquilos, interesados; la mirada de Sebastian era más intensa. Era como si estuviera tratando ver dentro de la cabeza de Clary.

—Bueno —repuso ella lentamente—. Eso es mucho que asimilar. Y no me gusta la idea de que corráis todo ese peligro. Pero me alegra que confíes en mí lo suficiente para contármelo.

—Ya te lo dije —exclamó Jace—. Te dije que lo entendería.

—Nunca he dicho que no lo fuera hacer. —Sebastian no apartaba los ojos del rostro de Clary.

Ésta tragó con fuerza.

—Anoche no dormí mucho —dijo—. Necesito descansar.

—Una pena —repuso Sebastian—. Iba a preguntarte si querías subir a la Torre Eiffel. —Sus ojos eran oscuros, inescrutables; Clary no sabía si bromeaba o no. Pero antes de que pudiera responder nada, Jace la cogió de la mano.

—Voy contigo —dijo—. Yo tampoco he dormido muy bien. —Hizo una inclinación a Sebastian—. Te veo para cenar.

Sebastian no dijo nada. Estaban ya en la escalera cuando Sebastian la llamó.

—Clary.

Ella se volvió, soltándose de la mano de Jace.

—¿Qué?

—Mi bufanda. —Le tendió la mano.

—Oh. Claro. —Mientras daba unos pasos hacia él, tiró con dedos nerviosos de la bufanda que llevaba anudada al cuello. Sebastian la miró un momento, hizo un ruidito de impaciencia y cruzó la sala hasta ella; sus largas piernas cubrieron el espacio en seguida. Ella se tensó cuando él le puso la mano al cuello y deshizo el nudo con destreza, en un par de movimientos, y luego le desenrolló la bufanda. Por un instante, Clary pensó que él se entretenía antes de desenrollársela del todo, rozándole el cuello con los dedos...

Lo recordó besándola en la colina junto a las ruinas chamuscadas de la mansión Fairchild, y que se había sentido como si estuviera cayendo hacia un lugar oscuro y abandonado, perdida y aterrorizada. Retrocedió de prisa y la bufanda le cayó del cuello al volverse.

—Gracias por prestármela —dijo, y se apresuró a seguir a Jace por la escalera, sin mirar atrás para ver a su hermano observándola marchar, con la bufanda en la mano y una expresión burlona en el rostro.

Simon se detuvo entre las hojas muertas y miró el camino; una vez más le asaltó el impulso humano de respirar hondo. Estaba en Central Park, cerca del jardín Shakespeare. Los árboles habían perdido el resto de su lustre otoñal; el dorado, el verde y el rojo se habían convertido en marrón y negro. La mayoría de las ramas estaban desnudas.

Tocó el anillo que llevaba en el dedo otra vez.

«¿Clary?»

De nuevo no hubo respuesta. Notaba los músculos tan tensos como cuerdas afinadas. Había pasado mucho tiempo desde que había podido hablar con ella usando el anillo. Se había dicho una y otra vez que quizá estaba dormida, pero nada podía desatar el terrible nudo de tensión que tenía en el estómago. El anillo era su única conexión con ella, y en ese momento no lo notaba como nada más que un trozo de metal muerto.

Dejó caer las manos y avanzó por el camino; pasó ante las estatuas y los bancos grabados con versos de las obras de Shakespeare. El sendero se curvó hacia la derecha y, de repente, la vio, sentada más allá en un banco,

mirando hacia el otro lado, con el oscuro cabello recogido en una larga trenza a la espalda. Estaba muy quieta, esperando. Esperándolo a él.

Simon cuadró los hombros y caminó hacia ella, aunque cada paso le costaba como si tuviera plomo en las piernas.

Ella lo oyó acercarse y se volvió; su rostro palideció aún más cuando él se sentó a su lado.

—Simon —dijo ella en un suspiro—. No estaba segura de que vinieras.

—Hola, Rebecca.

Ella le tendió la mano y él se la cogió, agradeciendo en silencio la previsión de haberse puesto guantes esa mañana, porque así, al tocarla, ella no sentiría el helor de su piel. No hacía tanto tiempo que no se habían visto, quizá unos cuatro meses, pero ella ya le parecía la fotografía de alguien a quien había conocido hacía mucho, aunque todo en ella le resultaba familiar: el cabello oscuro; los ojos castaños, del mismo tono y forma que los suyos, y las pecas en la nariz. Rebecca llevaba vaqueros, una parka de color amarillo brillante y una bufanda verde con grandes flores amarillas de algodón. Clary llamaba «hippie-chic» al estilo de Becky; la mitad de su ropa provenía de tiendas de ropa usada, y la otra mitad se la cosía ella misma.

Cuando él le apretó la mano, los oscuros ojos de su hermana se llenaron de lágrimas.

—Sí —dijo ella; lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza. Él la dejó, dándole torpes palmaditas en la espalda y en los brazos. Ella se apartó, enjugándose los ojos, y frunció el ceño.

—Dios, tienes la cara muy fría —dijo—. Deberías llevar bufanda. — Lo miró acusadora—. Bueno, ¿y dónde has estado?

—Ya te lo dije —contestó él—. Vivo con un amigo.

Ella soltó una breve carcajada.

—Vale, Simon, eso no dice nada —repuso—. ¿Qué diablos está ocurriendo?

—Becks...

—Llamé a casa para preguntar sobre Acción de Gracias —explicó Rebecca, mirando directamente a los árboles—. Ya sabes, qué tren debía coger y esas cosas. ¿Y sabes qué me dijo mamá? Me dijo que no fuera a casa, que no iba a haber ninguna Acción de Gracias. Así que te llamé a ti. No lo cogiste. Llamé a mamá para saber dónde estabas. Me colgó el

teléfono. Sencillamente... me colgó. Así que fui a casa. Entonces vi todas esas cosas raras religiosas en la puerta. Me puse como loca con mamá, y ella me dijo que estabas muerto. Muerto. Mi propio hermano. Me dijo que estabas muerto, y que en tu lugar había un monstruo.

—¿Y qué hiciste?

—Me largué a toda leche —contestó Rebecca. Simon veía que estaba tratando de parecer dura, pero en su voz había un deje frágil y asustado—. Era evidente que a mamá se le había ido la cabeza.

—Oh —repuso Simon. Rebecca y su madre siempre habían mantenido una relación tirante. A Rebecca le gustaba referirse a su madre como «chalada» o «la señora loca». Pero era la primera vez que él tenía la sensación de que lo decía en serio.

—Totalmente de acuerdo: «Oh» —replicó Rebecca—. Me puse de los nervios. Te envié mensajes cada cinco minutos. Finalmente recibí ese estúpido mensaje de que estabas viviendo con un amigo. Ahora quieres verme aquí. ¿Qué diablos pasa, Simon? ¿Cuánto tiempo hace que dura esto?

—¿Cuánto tiempo hace que dura qué?

—¿A ti qué te parece, Simon? Lo de que mamá esté como una cabra. —Los pequeños dedos de Rebecca toquetearon la bufanda—. Tenemos que hacer algo. Hablar con alguien. Médicos. Conseguirle medicinas o lo que sea. No sabía qué hacer. No sin ti. Eres mi hermano.

—No puedo —repuso Simon—. Me refiero a que no puedo ayudarte.

—Sé que es una mierda —dijo ella con voz más suave—, y sólo estás en el instituto, Simon, pero tenemos que tomar estas decisiones juntos.

—Me refiero a que no puedo ayudarte a conseguirle medicación —explicó Simon—. O a llevarla al médico. Porque tiene razón: soy un monstruo.

Rebecca se quedó boquiabierta.

—¿Te ha lavado el cerebro?

—No...

—¿Sabes? —continuó ella con voz temblorosa—, pensaba que quizá te habría hecho daño, por la manera en que hablaba..., pero luego pensé: «No, ella nunca haría eso, pasara lo que pasase». Pero si te lo hizo, si te puso un dedo encima, Simon, te juro...

Simon no pudo resistirlo más. Se sacó el guante y le tendió la mano a su hermana. A su hermana, que le había cogido la mano en la playa cuando él era demasiado pequeño para entrar en el agua sin ayuda. Que le había

limpiado la sangre después del entrenamiento de fútbol, y las lágrimas después de que su padre muriera y su madre se volviera una zombi tirada en la cama mirando al techo. Que le había leído en su cama en forma de coche de carreras cuando aún llevaba pijamas con pies. «Soy el Lorax. Hablo por los árboles.» Que una vez, por accidente, le había encogido toda la ropa en la colada y se la había dejado de la talla de una muñeca, cuando trataba de ser hacendosa. Que le había preparado la comida para el colegio cuando su madre no tenía tiempo.

«Rebecca», pensó. La última atadura que tenía que cortar.

Ella le cogió la mano y se estremeció.

—Estás muy frío. ¿Has estado enfermo?

—Podrías decirlo así. —La miró, deseando que ella notara algo extraño en él, algo realmente extraño, pero ella sólo lo miró con ojos confiados. Él contuvo una oleada de impaciencia. No era culpa de ella. Ella no sabía—. Tómame el pulso.

—No sé cómo tomar el pulso a nadie, Simon. Soy graduada en historia del arte.

Él le cogió la mano y le puso los dedos sobre su muñeca.

—Aprieta. ¿Notas algo?

Ella se quedó quieta durante un momento, con el flequillo ondeándole sobre la frente.

—No. ¿Debería?

—Becky... —Él apartó la muñeca, frustrado. No le quedaba otra opción. Sólo había una manera—. Mírame —dijo él, y cuando ella lo hizo, él extendió los colmillos.

Ella gritó.

Gritó, y se cayó del banco sobre la tierra y las hojas. Varios paseantes los miraron con curiosidad, pero era Nueva York, y no se pararon ni se los quedaron mirando, sólo siguieron andando.

Simon se sintió fatal. Eso era lo que había querido, pero resultaba diferente verla agazapada allí, tan pálida que las pecas le resaltaban como manchas de tinta. Recordó decirle a Clary que no había peor sensación que no confiar en la gente que querías; se había equivocado. Era peor que la gente que querías te tuviera miedo.

—Rebecca —dijo, y se le quebró la voz—. Becky...

Ella negó con la cabeza, con la mano aún sobre la boca. Estaba sentada en la tierra, con la bufanda sobre las hojas. En otras circunstancias, habría

sido divertido.

Simon se arrodilló a su lado. Los colmillos habían desaparecido, pero ella lo estaba mirando como si siguieran allí. Con mucho cuidado, él extendió la mano y le tocó el hombro.

—Becks —dijo—. Yo no te haría daño nunca. Ni tampoco se lo haría a mamá. Sólo quería verte por última vez para decirte que me marché y que no tendrás que volver a verme. Os dejó solas a las dos. Podéis celebrar Acción de Gracias. No iré. No intentaré mantenerme en contacto. No...

—Simon. —Ella lo agarró del brazo, y luego tiró de él hacia ella, como un pez en el sedal. Él medio cayó sobre ella, y ella lo abrazó con fuerza; la última vez que le había abrazado así había sido en el funeral de su padre, cuando él había llorado de esa manera que se llora cuando parece que no se va a acabar de llorar nunca—. No quiero no volver a verte.

—Oh —soltó Simon. Se sentó en el suelo, tan sorprendido que la mente se le había quedado en blanco. Rebecca lo abrazó de nuevo, y él se permitió apoyarse en ella, aunque era más bajita que él. Ella lo había cogido cuando eran niños, y podía hacerlo de nuevo—. Pensaba que no querías.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Soy un vampiro —contestó él. Era extraño oírlo así, en voz alta.

—¿Así que hay vampiros?

—Y hombres lobo. Y otras cosas raras. Eso... ocurrió. Quiero decir, me atacaron. No lo elegí, pero no importa. Ahora es lo que soy.

—¿Y tú... —Rebecca vaciló, y Simon notó que ésa era la gran pregunta, la que realmente importaba— muerdes a gente?

Pensó en Isabelle, y luego apartó rápidamente esa imagen.

«Y mordí a una niña de trece años. Y a un tipo. No es tan raro como parece.»

No. Algunas cosas no eran asunto de su hermana.

—Bebo sangre de botella. Sangre animal. No hago daño a la gente.

—Vale. —Rebecca respiró hondo—. Vale.

—¿De verdad? ¿De verdad no pasa nada?

—Sí. Te quiero —dijo ella. Y le frotó la espalda con torpeza. Él notó algo húmedo en la mano y miró hacia abajo. Rebecca estaba llorando. Una de las lágrimas le había caído en los dedos. Otra la siguió, y él cerró la mano alrededor. Estaba temblando, pero no de frío; aun así, ella se sacó la bufanda y los cubrió a los dos.

—Ya lo arreglaremos —dijo ella—. Eres mi hermano pequeño, tontorrón. Te quiero pase lo que pase.

Se quedaron sentados juntos, hombro con hombro, mirando los espacios sombreados entre los árboles.

Había mucha luz en el dormitorio de Jace; el sol del mediodía se colaba por la ventana abierta. En cuanto Clary entró, con los tacones de las botas repicando contra la madera, Jace cerró la puerta y echó la llave. Se oyó un ruido metálico cuando dejó los cuchillos sobre la mesita de noche. Clary comenzó a volverse, para preguntarle si estaba bien, cuando él la cogió por la cintura y la estrechó contra sí.

Las botas hacían crecer a Clary, pero aun así él tuvo que inclinarse para besarla. La alzó cogida por la cintura; un segundo después, la boca de él estaba sobre la de ella, y Clary olvidó todos lo referente a la altura y la incomodidad. Jace sabía a sal y fuego. Clary trató de dejarlo todo atrás excepto la sensación: el familiar olor de su piel y de sudor, el frescor del cabello húmedo contra su mejilla, la forma de los hombros y la espalda de Jace bajo sus manos, y el modo en que su cuerpo se acoplaba al de él.

Él le sacó el jersey por la cabeza. Clary llevaba debajo una camiseta de manga corta, y notó en la piel el calor que manaba de Jace. Los labios de él entreabrieron los de ella, y Clary notó que se deshacía cuando él puso la mano sobre el primer botón de los vaqueros.

Necesitó de todo su autocontrol para cogerle la muñeca y detenerlo.

—Jace —dijo—. No.

Él se apartó, lo suficiente para que ella le viera el rostro. Los ojos estaban vidriosos, desenfocados. El corazón le latía contra ella.

—¿Por qué?

Clary cerró los ojos con fuerza.

—Anoche..., si no hubiéramos... si no me hubiera desmayado, no sé lo que habría pasado, y estábamos en medio de una sala llena de gente. ¿De verdad crees que quiero que mi primera vez contigo, o cualquier otra vez contigo, sea delante de un montón de extraños?

—Nosotros no tuvimos la culpa —protestó él, y le hundió los dedos suavemente en el cabello. La áspera palma de la mano le rascó ligeramente la mejilla—. Esa cosa plateada era droga de hadas, te lo dije. Estábamos colocados. Pero ahora estoy sereno, y tú también...

—Y Sebastian está arriba, y yo estoy agotada, y... —«Y ésa sería una idea terrible, terrible, que ambos lamentaríamos»—. Y no me apetece —mintió ella.

—¿No te apetece? —preguntó él con evidente incredulidad en la voz.

—Lo siento si nadie te ha dicho esto antes, Jace, pero no. No me apetece. —Le miró fijamente la mano, que seguía en la cintura de los pantalones—. Y ahora, menos aún.

Él arqueó las cejas, pero en vez de decir algo, simplemente la soltó.

—Jace...

—Me voy a dar una ducha fría —dijo él, mientras se apartaba de ella. Su rostro era neutro, inescrutable. Cuando oyó el portazo del baño, Clary fue a la cama, perfectamente hecha y sin ningún residuo plateado sobre la colcha, y se dejó caer, con la cabeza entre las manos. Tampoco era que Jace y ella se pelearan; siempre había pensado que discutían más o menos como cualquier pareja normal, por lo general sin mal humor, y sus enfados nunca duraban mucho. Pero había algo en la frialdad de los ojos de Jace que la había impresionado, algo lejano e inalcanzable, que le hizo mucho más difícil apartar la pregunta que siempre le rondaba por la cabeza: «¿Sigue ahí algo del Jace real? ¿Queda algo que salvar?».

Ésta es la Ley de la Selva,
como el cielo vieja y cierta,
y el Lobo que la guarda verá prosperidad.
Mas el que la rompe, perecerá.
Como la enredadera en el árbol,
la Ley va hacia delante y atrás:
Porque la fuerza de la Manada es el Lobo,
y la Manada, la fuerza del Lobo es.

Jordan miró sin ver el poema que tenía colgado en la pared de su dormitorio. Era un antiguo grabado que había encontrado en una tienda de libros de viejo, las palabras rodeadas por un elaborado borde de hojas. El poema era de Rudyard Kipling, y resumía tan bien las reglas por las que vivían los hombres lobo, la Ley que limitaba sus acciones, que se preguntó si el propio Kipling habría sido un subterráneo, o al menos tendría conocimiento de los Acuerdos. Jordan se había sentido obligado a comprar

el grabado y colgarlo de la pared, aunque nunca le había interesado la poesía.

Llevaba dando vueltas por su apartamento durante una hora; varias veces, entre ataques de abrir la nevera y mirar dentro para ver si algo apetitoso había aparecido, había cogido el móvil para ver si Maia le había enviado un mensaje. No era así, pero no quería salir en busca de comida por si acaso ella iba al piso mientras él estaba fuera. También se dio una ducha, limpió la cocina, trató de ver la tele y fracasó, y comenzó el proceso de organizar todos sus DVD por colores.

Estaba inquieto. Inquieto de la manera que a veces lo estaba durante la luna llena, cuando sabía que el Cambio se acercaba y notaba el tirón de las mareas en la sangre. Pero la luna estaba decreciendo, no creciendo, y no era el Cambio lo que le hacía sentir como si tuviera algo corriéndole por la piel. Era Maia. Era estar sin ella, después de casi dos días enteros en su compañía, nunca a más de unos pasos de distancia.

Ella había ido sin él a la comisaría de policía, diciendo que no era el momento de alterar a la manada con alguien que no era miembro, aunque Luke estaba sanando. No hacía falta que Jordan la acompañara, dijo ella, porque lo único que tenía que hacer era preguntar a Luke si no le importaba que Simon y Magnus fueran a su granja al día siguiente, y luego llamaría por teléfono a la granja y diría a los que pudieran estar por allí que salieran de la propiedad. Tenía razón, y Jordan lo sabía. No había ningún motivo para que él fuera con ella, pero en cuanto se fue, la inquietud se apoderó de él. ¿Se iba porque estaba harta de estar con él? ¿Y qué había entre ellos? ¿Estaban saliendo?

«Quizá deberías habérselo preguntado antes de acostaros, genio», se dijo a sí mismo, y se dio cuenta de que volvía a estar delante de la nevera. El contenido no había cambiado: botellas de sangre, una libra de carne picada de ternera descongelándose y una manzana tocada.

La llave giró en la puerta principal y él se alejó de la nevera de un bote, volviéndose al mismo tiempo. Se miró. Iba descalzo, en vaqueros y con una camiseta vieja. ¿Por qué no se había molestado, mientras ella estaba fuera, en afeitarse, arreglarse y ponerse colonia, o algo? Se pasó las manos por el cabello rápidamente mientras Maia entraba en el salón y dejaba las llaves de repuesto en la mesita de centro. Se había cambiado de ropa: un jersey rosa suave y unos vaqueros. Tenía las mejillas sonrosadas

del frío; los labios, rojos; los ojos, brillantes. Jordan tenía tantas ganas de besarla que casi le dolía.

En vez de eso, tragó saliva.

—Bueno..., ¿cómo te ha ido?

—Bien. Magnus puede usar la granja. Ya le he enviado un mensaje. — Fue junto a él y apoyó los codos en la barra de la cocina—. También le he dicho a Luke lo que Raphael dijo de Maureen. Espero que esté bien.

Jordan la miró, confundido.

—¿Por qué crees que debía saberlo?

Maia pareció desanimarse.

—Oh, Dios. No me digas que se suponía que era un secreto.

—No... pero me preguntaba...

—Bueno, si de verdad hay un vampiro renegado haciendo de las suyas en Lower Manhattan, la manada debe saberlo. Es su territorio. Además, quería que me aconsejara si debemos decírselo a Simon o no.

—¿Y qué hay de mi consejo? —Jugaba a parecer dolido, pero en realidad lo estaba muy poco. Lo habían discutido antes; si Jordan debía decir a su misión que Maureen estaba por ahí matando, o si sólo sería otra carga añadida a todo lo que Simon ya tenía entre manos. Jordan había opinado que era mejor no decírselo, porque ¿qué podría hacer él de todos modos?, pero Maia no había estado tan segura.

Ella se sentó de un salto sobre la barra y se volvió para mirarlo. Incluso sentada, era más alta que él, y sus ojos castaños relucían sobre los de él.

—Quería el consejo de un adulto.

Él le agarró las piernas, que ella balanceaba, y le pasó las manos por las costuras de los vaqueros.

—Tengo dieciocho años, ¿no soy lo suficientemente adulto para ti?

Ella le puso las manos sobre los hombros y los flexionó, como comprobando sus músculos.

—Bueno, sin duda has crecido...

Jordan la cogió por la cintura, la bajó de la barra y la besó. Un chisporroteante fuego le recorrió las venas cuando ella le devolvió el beso; su cuerpo se derretía contra el de él. El chico le hundió las manos en el cabello, le sacó la gorra de punto y dejó que los rizos le cayeran sueltos. Le besó el cuello mientras ella le sacaba la camisa por la cabeza y le acariciaba los hombros, la espalda y los brazos, ronroneando como un gato. Él se

sintió como un globo de helio, flotando por besarla y ligero de alivio. Así que, después de todo, ella no se había cansado de él.

—Jordy —dijo ella—. Espera.

Ella casi nunca lo llamaba así, a no ser que fuera algo serio. El corazón de Jordan, ya desbocado, se aceleró aún más.

—¿Pasa algo?

—Es sólo que... cada vez que nos vemos, acabamos en la cama... y ya sé que empecé yo, no te culpo de nada..., pero tal vez deberíamos hablar.

Él la miró fijamente, a sus grandes ojos oscuros, el pulso del cuello, el rubor de las mejillas.

—Muy bien —dijo, haciendo un esfuerzo para hablar normal—. ¿De qué quieres hablar?

Ella lo miró. Después de un momento negó con la cabeza.

—De nada. —Le puso las manos tras la cabeza y lo acercó a ella; lo besó con fuerza, apretándose contra él—. De nada.

Clary no sabía cuánto tiempo había pasado hasta que Jace salió del cuarto de baño, secándose el cabello con la toalla. Lo miró desde el borde de la cama, donde aún seguía. Él se estaba poniendo una camiseta sobre la lisa piel dorada, marcada con blancas cicatrices.

Ella apartó la mirada cuando él cruzó el cuarto y se sentó a su lado en la cama, oliendo a jabón.

—Lo siento —dijo él.

Entonces, Clary sí que lo miró, sorprendida. Se había preguntado si en su estado actual él sería capaz de lamentar algo. La expresión de Jace era seria, un poco curiosa, pero no carente de sinceridad.

—Guau —exclamó ella—. Esa ducha fría debe de haber sido brutal.

Él ladeó los labios, pero su expresión volvió a ser seria casi inmediatamente. Le puso la mano bajo la barbilla.

—No debería haberte presionado. Es que... hace sólo diez semanas, el mero hecho de abrazarnos ya era impensable.

—Lo sé.

Él le tomó el rostro entre las manos, sus largos dedos fríos contra la mejilla de ella, inclinando la cara. La estaba mirando, y todo en él resultaba tan familiar: el iris de sus ojos, de un dorado pálido, la cicatriz en la mejilla, el carnoso labio inferior, la pequeña mella en un diente, que conseguía que su aspecto no fuera tan perfecto que hasta molestara; sin embargo, de

alguna manera era como volver a una casa donde hubiera vivido de niña, sabiendo que el exterior seguía igual, pero que dentro vivía una familia diferente.

—No me ha importado nunca —dijo él—. Te quería de todas formas. Siempre te he querido. Nada me ha importado excepto tú. Nunca.

Clary tragó saliva. El estómago se le retorció, y no sólo con la acostumbrada sensación que notaba cerca de Jace, sino con auténtica inquietud.

—Pero Jace... Eso no es cierto. Te importaba tu familia. Y siempre he pensado que estabas orgulloso de ser nefilim. Uno de los ángeles.

—¿Orgulloso? —repitió él—. Ser medio ángel, medio humano... Siempre eres consciente de tu propia insuficiencia. No eres un ángel. El Cielo no te ama. A Raziel no le importamos. Ni siquiera podemos rezarle. No rezamos a nada. No rezamos por nada. ¿Recuerdas cuando te dije que pensaba que tenía sangre de demonio porque eso explicaría el modo en que me sentía por lo que hacía? Pensar eso fue un alivio, en cierto sentido. Nunca he sido un ángel, ni de cerca. Bueno —añadió—, tal vez de los caídos.

—Los ángeles caídos son demonios.

—No quiero ser nefilim —continuó Jace—. Quiero ser otra cosa. Más fuerte, más rápido, mejor que un humano. Pero diferente. No sometido a las Leyes de un ángel al que no podríamos importarle menos. Libre. —Pasó la mano por un rizo de Clary—. Ahora soy feliz, Clary. ¿Acaso eso no importa?

—Creía que éramos felices juntos —repuso ella.

—Siempre he sido feliz contigo —dijo él—. Pero nunca he pensado que me lo mereciera.

—¿Y ahora sí?

—Ahora esa sensación ha desaparecido —contestó él—. Todo lo que sé es que te amo. Y, por primera vez, me basta con eso.

Ella cerró los ojos. Un momento después, él volvía a besarla, muy suavemente esta vez, trazándole la boca con los labios. Clary notó que se dejaba llevar por sus manos. Sintió cuando la respiración de Jace se aceleró y su propio pulso se sacudió. Él la fue acariciando por el cabello, por la espalda, hasta la cintura. Sus caricias eran reconfortantes, el latido de su corazón contra el de ella como una música conocida, y si el tono era un poco diferente, con los ojos cerrados, ella no lo apreciaba. Su sangre era la

misma, bajo la piel, pensó ella, como había dicho la reina seelie; su corazón se aceleraba con el de él, casi se había detenido cuando el de Jace lo había hecho. Si tuviera que hacerlo todo de nuevo, bajo la fría mirada de Raziel, haría exactamente lo mismo.

Esta vez fue él quien se apartó, dejando los dedos sobre su mejilla y sus labios.

—Quiero lo que tú quieres —dijo él—. Sea lo que sea que quieras.

Clary sintió que la recorría un escalofrío. Las palabras eran sencillas, pero había una invitación peligrosa y seductora en la entonación de su voz: «Lo que quieras, cuando lo quieras». De nuevo, él le pasó la mano por el cabello, por la espalda, entreteniéndose en la cintura. Ella tragó saliva. Lo que podía aguantar tenía un límite.

—Léeme —dijo de repente.

Él la miró parpadeando sorprendido.

—¿Qué?

Ella miraba hacia los libros en su mesilla.

—Hay muchas cosas que asimilar —explicó ella—. Lo que dijo Sebastian, lo que pasó anoche, todo. Necesito dormir, pero estoy demasiado nerviosa. Cuando era pequeña y no podía dormir, mi madre me leía para que me relajara.

—¿Y ahora te recuerdo a tu madre? Tendré que buscar una colonia más masculina.

—No, pero... he pensado que estaría bien.

Él se tiró sobre las almohadas y tendió la mano hacia la pila de libros que tenía junto a la cama.

—¿Quieres que te lea algo en concreto? —Con una floritura cogió el primer libro del montón. Parecía viejo, encuadernado en cuero, con el título estampado en letras doradas sobre la cubierta. *Historia de dos ciudades*—. Dickens siempre es prometedor...

—Ése lo he leído. En la escuela —recordó Clary. Se apoyó en la almohada junto a Jace—. Pero no me acuerdo de nada, así que no me importaría oírlo de nuevo.

—Excelente. Me han dicho que tengo una voz melódica y encantadora para la lectura. —Abrió el libro por la primera página, donde se hallaba el título en unas letras muy elaboradas. Sobre él, había una larga dedicatoria, en tinta muy descolorida y casi ilegible, aunque Clary pudo descifrar la firma: «Finalmente con esperanza. William Herondale».

—Algún antepasado tuyo —comentó Clary, rozando la página con el dedo.

—Sí. Qué raro que Valentine lo tuviera. Mi padre debió de dárselo. — Jace abrió por una página cualquiera y comenzó a leer:

Su rostro se aclaró al cabo de poco, y habló con calma.

—No tenga miedo de oírme. No se acobarde ante nada de lo que yo diga. Soy como alguien que ha muerto joven. Toda mi vida puede haber pasado.

—No, señor Carton. Estoy segura de que la mejor parte de su vida aún puede ser; estoy segura de que puede llegar a ser mucho más digno de usted.

—Oh, ahora recuerdo la historia —exclamó Clary—. Un triángulo amoroso. Ella elige al tipo soso.

Jace rió por lo bajo.

—Soso para ti. ¿Quién puede decir lo que ponía calientes a las damas victorianas bajo sus enaguas?

—Es cierto, ¿sabes?

—¿Qué?, ¿lo de las enaguas?

—No. Que lees con una voz encantadora. —Clary volvió el rostro hacia él. En momentos como ése, más que cuando la estaba besando, era cuando dolía; momentos en que podría haber sido Jace. Mientras ella mantuviera los ojos cerrados.

—Todo eso, y abdominales de hierro —repuso Jace, mientras volvía la página—. ¿Qué más puedes pedir?

Paseando por el muelle del río
ya a las postrimerías del día
oí decir a una bonita dama:
«Qué pena, no tengo con quién jugar».
Oyó su cuita un mozo juglar
y rápido fue a brindarle su mano...

—¿Tenemos que escuchar esta música? —quiso saber Isabelle, tamborileando en el salpicadero de la camioneta de Jordan.

—Resulta que me gusta esta música agónica, mi niña, y como yo conduzco, yo elijo —contestó Magnus dándose aires. Sí que conducía él. A Simon le había sorprendido que supiera hacerlo, aunque no estaba seguro de por qué. Magnus llevaba siglos vivo. Sin duda habría encontrado algún momento para sacarse el carnet. Aunque Simon se preguntaba qué fecha de nacimiento pondría en él.

Isabelle puso los ojos en blanco, seguramente porque no había espacio en la camioneta para hacer mucho más, con los cuatro apiñados en el único y largo asiento. Simon no había esperado que ella fuera con ellos. No había imaginado que nadie fuera a la granja con él excepto Magnus, aunque Alec había insistido en acompañarlos (lo que había molestado a Magnus, que consideraba todo esa empresa «demasiado peligrosa»), y luego, mientras Magnus estaba arrancando la camioneta, Isabelle había bajado la escalera del apartamento a toda prisa y se había metido dentro, jadeando y sin aliento.

—Yo también voy —había anunciado.

Y eso hizo. Nadie había podido hacerle cambiar de opinión o disuadirla. Isabelle no había sido capaz de mirar a Simon mientras insistía,

o explicaba por qué quería ir con ellos, pero ahí estaba. Vestía unos vaqueros y una camisa de ante púrpura que debía de haber robado del armario de Magnus. El cinturón de armas le colgaba de la cintura. Estaba aplastada contra Simon, quien iba apretado contra la puerta.

—Y de todas formas, ¿qué es esto? —preguntó Alec, mirando el reproductor de CD, donde no había ningún CD. Magnus sólo había tocado el sistema de sonido con un dedo que destellaba azul, y éste había comenzado a sonar—. ¿Algún grupo de hadas?

Magnus no contestó, pero la música subió de volumen.

Directa corrió hacia el espejo
y su oscuro cabello arregló sin complejo.
Y por su vestido mucho pagó;
luego caminando fue por la calle
y encontró a un muchacho de buen talle.
Y al amanecer en sus pies dolor sintió,
mas a todos los chicos alegró.

Isabelle soltó un bufido.

—Todos los chicos divertidos... ¿son gays?¹ Al menos en esta camioneta... así parece. Bueno, tú no, Simon.

—Te has fijado —repuso él.

—Yo me considero un bisexual librepensador y espontáneo —añadió Magnus.

—Por favor, no digas eso nunca delante de mis padres —rogó Alec—. Sobre todo de mi padre.

—Pensaba que tus padres no tenían ningún problema con que... ya sabes... salieras del armario —dijo Simon, inclinándose más allá de Isabelle para mirar a Alec, que estaba, como hacía con frecuencia, frunciendo el ceño y apartándose el cabello de los ojos. Aparte de algunos intercambios casuales, en realidad Simon nunca hablaba mucho con Alec. El chico no era una persona fácil de conocer. Y Simon admitía para sí mismo que su reciente distanciamiento de su propia madre le hacía sentir más curiosidad por la respuesta que pudiera darle Alec de la que habría sentido antes.

—Mi madre parece haberlo aceptado —contestó Alec—. Pero mi padre..., la verdad es que no. Una vez me preguntó qué creía que me había hecho volverme gay.

Simon notó a Isabelle tensarse a su lado.

—¿Volverte gay? —preguntó ella con tono de incredulidad—. Alec, no me lo habías contado.

—Espero que le contestaras que te había mordido una araña gay —bromeó Simon.

Magnus soltó una risotada; Isabelle pareció confusa.

—He leído el alijo de cómics de Magnus —le replicó Alex a Simon—, así que sé de qué estás hablando. —Una leve sonrisa le jugueteó en los labios—. ¿Y eso crees que me daría la homosexualidad proporcional de una araña?

—Sólo si fuera una araña muy gay —contestó Magnus, y soltó un grito cuando Alec le pegó en el brazo—. Ay, vale, la verdad es que no importa.

—Bueno, lo que sea —repuso Isabelle, claramente molesta por no pillar el chiste—. Tampoco es que papá vaya a volver nunca de Idris.

Alec suspiró.

—Perdón por destrozar tu imagen de familia feliz. Sé que quieres pensar que a papá no le importa que yo sea gay, pero no es así.

—Pero si no me lo cuentas cuando la gente te dice cosas así, o hace cosas que te hieren, entonces ¿cómo voy a poder ayudarte? —insistió Isabelle, y Simon notó su agitación vibrándole por el cuerpo—. ¿Cómo puedo...?

—Iz —la interrumpió Alec con tono cansado—. No es que sea una gran cosa mala. Son un montón de cositas casi invisibles. Cuando estábamos viajando y yo llamaba desde algún sitio, papá nunca me preguntaba cómo estaba. Cuando me levanto para hablar en las reuniones de la Clave, nadie me escucha, y no sé si es porque soy joven o por lo otro. Vi a mamá hablando con una amiga sobre sus nietos y, en cuanto entré en la sala, se callaron. Irina Cartwright me dijo que era una pena que nadie fuera a heredar mis ojos azules. —Se encogió de hombros y miró a Magnus, que apartó la mano del volante un momento y la puso sobre la de Alec—. No es como una puñalada de la que me puedas proteger. Es un millón de cortes con papel diariamente.

—Alec —comenzó Isabelle, pero antes de que pudiera decir nada más, apareció la señal que les indicaba el desvío; una madera con forma de flecha con las palabras GRANJA TRES FLECHAS pintadas en mayúsculas. Simon recordó a Luke arrodillado sobre el suelo de la granja, dibujando

cuidadosamente las letras con pintura negra, mientras Clary añadía el dibujo de flores por abajo, ya gastado por el tiempo y casi invisible.

—Gira a la izquierda —dijo, estirando el brazo hacia ese lado y casi golpeando a Alec—. Magnus, ya hemos llegado.

Hicieron falta varios capítulos de Dickens antes de que Clary sucumbiera finalmente al cansancio y se durmiera apoyada en el hombro de Jace. Medio soñando, medio despierta, supo que él la llevaba abajo y la tumbaba en la cama en la que se había despertado el primer día. Jace había corrido las cortinas y cerrado la puerta después de salir, por lo que la habitación había quedado a oscuras, y Clary se había acabado de dormir oyendo su voz en el pasillo, llamando a Sebastian.

De nuevo, soñó con el lago helado, y con Simon llamándola a gritos, y con una ciudad como Alacante, pero donde las torres de los demonios estaban hechas con huesos humanos y fluía sangre por los canales. Se despertó enredada en las sábanas, con el cabello convertido en una maraña de nudos y el exterior iluminado por la luz del ocaso. Al principio pensó que las voces al otro lado de su puerta eran parte del sueño, pero cuando subieron de volumen, alzó la cabeza para escuchar, aún atontada y medio enredada en la telaraña del sueño.

—Eh, hermanito. —Era la voz de Sebastian, flotando bajo su puerta desde el salón—. ¿Está hecho?

Hubo un largo silencio. Luego se oyó la voz de Jace, extrañamente plana y sin color.

—Está hecho.

Sebastian tragó aire con fuerza.

—Y la anciana, ¿ha hecho lo que le pedimos? ¿Ha creado la Copa?

—Sí.

—Enséñamela.

Un ruido de roce. Luego silencio.

—Mira; cógela, si quieres —dijo Jace.

—No. —Había un curioso tono pensativo en la voz de Sebastian—. Guárdala tú de momento. Después de todo, tú te has encargado de traerla de vuelta. ¿Verdad?

—Pero el plan era tuyo. —Había algo en la voz de Jace, algo que hizo a Clary incorporarse y pegar la oreja a la pared, desesperada de repente por oír más—. Y yo lo ejecuté, como tú querías. Ahora, si no te importa...

—Me importa. —Se oyó otro roce. Clary imaginó a Sebastian de pie, mirando a Jace desde el par de centímetros que los separaban en altura—. Hay algo que no va bien. Lo noto. Puedo verlo en ti, ya sabes.

—Estoy cansado. Y ha habido mucha sangre. Mira, sólo necesito lavarme, y dormir. Y... —La voz de Jace se apagó.

— ... y ver a mi hermana.

—Me gustaría verla, sí.

—Está durmiendo. Lleva horas.

—¿Necesito tu permiso? —Había un deje cortante en la voz de Jace, algo que le recordó a Clary la manera en que una vez le había hablado a Valentine. Algo que no le había oído en el modo que hablaba a Sebastian en mucho tiempo.

—No. —Sebastian sonó sorprendido, como pillado por sorpresa—. Supongo que si quieres irrumpir y contemplar melancólico su rostro dormido, adelante. Nunca entenderé por qué...

—No —replicó Jace—. Tú no lo entenderás nunca.

Se hizo el silencio. Clary podía imaginarse tan perfectamente a Sebastian mirando fijamente a Jace, con una expresión desconcertada, que tardó un momento en darse cuenta de que Jace debía de estar yendo hacia aquella habitación. Sólo tuvo tiempo de estirarse en la cama y cerrar los ojos antes de que se abriera la puerta, permitiendo la entrada a una luz azul amarillenta, que por un momento la cegó. Hizo lo que esperaba que fuera un sonido realista de despertarse y se dio la vuelta, con la mano sobre el rostro.

—¿Qué...?

La puerta se cerró. El dormitorio volvió a sumirse en la oscuridad. Veía a Jace sólo como una forma que se movía lentamente hacia la cama, hasta que estuvo sobre ella, y no pudo evitar recordar otra noche, cuando él había entrado en su habitación mientras ella dormía.

Jace junto a la cabecera de la cama, aún con el traje blanco de luto, y no había nada poco ligero, sarcástico o distante en la manera en que la estaba mirando. «Llevo dando vueltas toda la noche; no podía dormir, y me encuentro caminando hacia aquí. Hacia ti.»

En ese instante, Jace sólo era una silueta, una silueta con un cabello brillante que relucía bajo la tenue luz que se filtraba por debajo de la puerta.

—Clary —susurró él. Se oyó un golpe, y ella se dio cuenta de que él se había dejado caer de rodillas junto a la cama. Clary no se movió, pero se le

tenso el cuerpo. La voz de Jace era un susurro—. Clary, soy yo. Yo.

Ella abrió los ojos y sus miradas se encontraron. Estaba mirando a Jace. Arrodillado junto a la cama, con los ojos a la misma altura que los de ella. Llevaba un abrigo de lana oscuro y largo, abotonado hasta el cuello, donde le vio las Marcas negras: Insonoridad, Agilidad, Precisión, como una especie de collar en la piel. Los ojos de él eran dorados y estaban muy abiertos, y como si ella pudiera ver por ellos, vio a Jace, su Jace. El Jace que la había cogido en brazos cuando estaba muriendo por el veneno del rapiñador. El Jace que la había visto sujetar a Simon para taponarle la luz del amanecer en el East River. El Jace que le había contado la historia de un niño y del halcón que su padre había matado. El Jace que ella amaba.

El corazón pareció detenérselo. Ni siquiera pudo ahogar un grito.

Los ojos de Jace estaban cargados de urgencia y dolor.

—Por favor— murmuró—. Por favor, créeme.

Ella le creía. Llevaban la misma sangre, amaban de la misma manera; ése era su Jace, tanto como sus manos eran sus propias manos, su corazón su propio corazón. Pero... ¿cómo?

—Clary, shh...

Ella comenzó a incorporarse, pero él la cogió del hombro y la empujó hacia abajo.

—Ahora no podemos hablar. Tengo que irme.

Ella lo agarró por la manga y lo notó encogerse.

—No me dejes.

Él bajó la cabeza un instante; luego cuando volvió a alzarla, tenía los ojos secos, pero su expresión la silenció.

—Espera un poco cuando salga— le susurró él—. Luego sal con cuidado y sube a mi habitación. Sebastian no puede saber que estamos juntos. Esta noche no. —Se puso en pie lentamente, con ojos suplicantes—. No permitas que te oiga.

Ella se sentó en la cama.

—Tu estela. Déjame tu estela.

La duda destelló en los ojos de Jace; ella lo miró fijamente y luego extendió la mano. Al cabo de un instante, él sacó el instrumento, que brillaba apagado, y se lo puso en la mano. Por un segundo, sus pieles se tocaron, y ella se estremeció; sólo un roce de la mano de aquel Jace era casi tan potente como todos los besos y manoseos que se habían dado en el club la otra noche. Clary supo que él también lo había notado, porque retiró la

mano bruscamente y comenzó a retroceder hacia la puerta. Clary lo oía respirar, de modo irregular y rápido. Él buscó el pomo a la espalda y salió, sin apartar los ojos del rostro de Clary hasta el último momento, cuando la puerta se cerró entre ellos con un firme chasquido.

Clary se quedó en la oscuridad, perpleja. Notaba como si la sangre se le hubiera espesado en las venas y el corazón tuviera que trabajarle el doble para seguir latiendo.

«Jace. Mi Jace.»

Apretó la estela en la mano. Algo en ella, su fría dureza, pareció centrar y agudizar su mente. Se miró. Llevaba un top corto y short de pijama; tenía la piel de gallina en los brazos, pero no porque tuviera frío. Se colocó la punta de la estela en la parte interior del brazo y se la pasó lentamente por la piel; observó cómo la runa de insonoridad se iba formando sobre su pálida piel.

Abrió la puerta un centímetro. Sebastian no estaba, seguramente se habría ido a dormir. Del televisor salía una tenue música; algo clásico, la clase de música de piano que le gustaba a Jace. Se preguntó si a Sebastian le gustaría la música, o alguna clase de arte. Parecía una capacidad tan humana...

A pesar de su preocupación por adónde habría ido Sebastian, sus pies la estaban llevando por el pasillo que daba a la cocina, y luego cruzó el salón y corrió por los escalones de vidrio, sin emitir ningún sonido; al llegar arriba corrió por el pasillo hacia la habitación de Jace. Luego ya estaba abriendo la puerta y colándose dentro; la puerta se cerró tras ella.

Las ventanas estaban abiertas, y por ellas veía los tejados y un trozo curvado de luna; una noche parisina perfecta. La piedra de luz mágica de Jace se hallaba en la mesilla, junto a la cama. Brillaba con una energía apagada que iluminaba aún más el dormitorio. Había luz suficiente para que Clary viera a Jace, de pie entre las dos largas ventanas. Se había sacado el largo abrigo negro, que estaba arrugado a sus pies. Al instante, Clary se dio cuenta de por qué no se lo había sacado al entrar en la casa, por qué se lo había dejado abrochado hasta el cuello. Porque bajo él sólo llevaba una camisa gris y vaqueros, y ambos estaban pegajosos y empapados de sangre. La camisa estaba hecha jirones en partes, como si la hubieran cortado con un cuchillo muy afilado. Tenía arremangada la manga izquierda, y un vendaje blanco le envolvía el antebrazo; seguramente acababa de ponérselo, aunque ya estaba oscureciéndose de sangre en las puntas. Estaba descalzo,

con los zapatos tirados, y el suelo tenía salpicaduras de sangre donde él se hallaba, como lágrimas escarlata. Ella dejó la estela en la mesilla de noche.

—Jace —dijo en voz baja.

Y, de repente, pareció una locura que hubiera tanto espacio entre ellos, que ella estuviera al otro lado de la habitación y que no se estuvieran tocando. Fue hacia él, pero Jace alzó una mano para detenerla.

—No. —La voz se le quebró. Luego comenzó a desabrocharse los botones de la camisa, uno a uno. Se quitó la prenda ensangrentada y la dejó caer al suelo.

Clary se lo quedó mirando. La runa de Lilith seguía en su lugar, sobre el corazón de Jace, pero en vez de resplandecer de un color rojo plateado, parecía como si la punta ardiente de un atizador le hubiera quemado la piel. De forma involuntaria, Clary se llevó la mano a su propio pecho, con los dedos extendidos sobre el corazón. Notaba sus latidos, fuertes y rápidos.

—Oh —exclamó.

—Sí, oh —repuso Jace con voz neutra—. No durará, Clary. Me refiero a mí siendo yo mismo. Sólo mientras esto no sane.

—M... me preguntaba —tartamudeó Clary—. Antes, mientras dormía, he pensado en cortarte sobre la runa, como hicimos cuando luchamos contra Lilith. Pero me daba miedo que Sebastian lo notara.

—Lo habría notado. —Los ojos dorados de Jace eran tan neutros como su voz—. No ha notado esto porque lo ha hecho un *pugio*, una daga fraguada en sangre de ángel. Son increíblemente raras; sólo había visto una de verdad antes. —Se pasó los dedos por el cabello—. La hoja se convirtió en cenizas ardientes cuando me tocó, pero causó el daño que pretendía hacer.

—Estabas peleando. ¿Con un demonio? ¿Por qué Sebastian ni siquiera ha ido...?

—Clary. —La voz de Jace era un susurro—. Esto... tardará más en curarse que un corte ordinario... pero no eternamente. Y entonces, volveré a ser él.

—¿Cuánto tiempo? ¿Antes de que vuelvas a ser lo que eras?

—No lo sé. No tengo ni idea. Pero quería... necesitaba estar contigo, así, como yo mismo, tanto tiempo como pudiera. —Le tendió una mano tensa, como si no estuviera seguro de ser correspondido—. ¿Crees que podrías...?

Ella ya corría cruzando la habitación. Le echó los brazos al cuello. Él la cogió, y giraron juntos, mientras ella le hundía el rostro en la curva del cuello. Lo aspiró como el aire. Olía a sangre, sudor, cenizas y Marcas.

—Eres tú —susurró Clary—. Realmente tú.

Jace la apartó para mirarla. Con la mano libre le acarició el pómulo con ternura. Eso era lo que ella había echado de menos, su ternura. Era uno de los detalles que la habían hecho enamorarse de él en primer lugar: el darse cuenta que aquel chico marcado y sarcástico podía ser tierno con lo que amaba.

—Te he echado de menos —dijo ella—. Te he echado tanto de menos...

Él cerró los ojos como si le hirieran sus palabras. Ella le puso la mano en la mejilla. Él apoyó la cabeza en la palma, el cabello de Jace le cosquilleaba a Clary en los nudillos, y ella se dio cuenta de que él también tenía el rostro húmedo.

«El niño nunca volvió a llorar.»

—Tú no tienes la culpa —dijo ella. Lo besó en la mejilla con la misma ternura que él le mostraba. Notó sabor a sal, sangre y lágrimas. Jace aún no había dicho nada, pero Clary notaba los salvajes latidos del corazón de él contra su pecho. La abrazaba con fuerza, como si no quisiera dejarla marchar nunca. Clary le besó la mejilla, el mentón y finalmente la boca, en una ligera presión de labios sobre labios.

No hubo nada del frenesí del club. Era un beso pensado para consolar, para decir todo lo que no había tiempo de decir. Él le devolvió el beso, vacilante al principio, y luego con mayor intensidad; le hundió la mano en el cabello, retorciendo los rizos entre los dedos. Lentamente, sus besos se fueron haciendo más profundos, y la intensidad fue creciendo entre ellos, como una llama que comienza con una sola cerilla y se convierte en una hoguera.

Clary sabía lo fuerte que era Jace, pero aún se sorprendió cuando él la llevó a la cama, la tumbó con cuidado entre las almohadas revueltas y se puso sobre ella, de un solo gesto que le recordó a ella para qué eran las Marcas que él tenía en el cuerpo: Fuerza. Gracilidad. Suavidad manual. Aspiró el aliento de él mientras se besaban, cada beso largo, exploratorio. Ella le pasó las manos por los hombros, los músculos de los brazos y la espalda. Su piel desnuda era como seda ardiente bajo sus manos.

Cuando él llegó al borde del top, ella estiró los brazos y arqueó la espalda, deseando que desaparecieran todas las barreras entre ellos. En cuanto el top ya no estuvo, ella lo apretó contra sí, con besos más feroces, como si estuvieran tratando de llegar a algún lugar oculto en el interior del otro. Clary no habría creído que pudieran estar aún más unidos, pero de alguna manera, mientras se besaban, se fueron atando el uno al otro como con un intrincado hilo, cada beso más ansioso y más profundo que el anterior.

Se acariciaron de prisa, y luego más despacio, descubriéndose sin prisa. Ella le clavó las uñas en el hombro cuando él le besó el cuello, las clavículas y la mancha con forma de estrella que tenía en el hombro. Ella también le rozó la cicatriz, con el dorso de la mano, y le besó la herida Marca que Lilith le había hecho en el pecho. Lo notó estremecerse, deseándola, y ella supo que estaba al borde de llegar a donde no había marcha atrás, y no le importó. Sabía lo que era perderlo. Sabía los días vacíos y negros que seguirían. Y supo que si lo volvía a perder, quería tener eso para recordar. Para aferrarse. Que había estado tan cerca de él una vez cómo era posible estar cerca de alguien. Enlazó los tobillos alrededor de la cintura de Jace, y él gimió en su boca, con un sonido grave, suave y desesperado, mientras le hundía los dedos en las caderas.

—Clary. —Jace se apartó. Estaba temblando—. No puedo... Si no paramos ahora, no seremos capaces de hacerlo.

—¿No quieres? —Clary lo miró sorprendida. Él estaba arrebolado, desarreglado, y tenía el cabello de un dorado más oscuro donde el sudor se lo había pegado a las sienes y la frente. Ella podía notarle el corazón sacudiéndose dentro del pecho.

—Sí, pero es que nunca...

—¿No? —Estaba sorprendida—. ¿No lo has hecho antes?

Él respiró hondo.

—Lo he hecho. —Le escrutó el rostro, como si estuviera buscando un juicio, desaprobación e incluso desagrado. Clary lo miró sin alterarse. Siempre había supuesto que lo había hecho—. Pero no cuando importaba. —Le acarició la mejilla muy suavemente—. Ni siquiera sé...

Clary rió por lo bajo.

—Creo que acabamos de establecer que sí sabes.

—No quiero decir eso. —Le cogió la mano y se la llevó a su propio rostro—. Te deseo —dijo—, más de lo que he deseado nada en mi vida.

Pero yo... —Tragó saliva—. En nombre del Ángel, sé que me voy a dar de tortas por eso.

—No me digas que me estás protegiendo —replicó ella con fuerza—. Porque yo...

—No es eso —contestó él—. No me estoy sacrificando. Estoy... celoso.

—¿Estás... celoso? ¿De quién?

—De mí mismo. —Hizo una mueca—. Odio la idea de que él esté contigo. Él. El otro yo. El que Sebastian controla.

Ella comenzó a notar que le ardía el rostro.

—Anoche... en el club...

Él dejó caer la cabeza sobre el hombro de ella. Un poco asombrada, ella le acarició la espalda, y notó los arañazos que le había hecho en el club. Ese recuerdo concreto la hizo sonrojarse aún más. Como lo hizo el saber que él se podía haber curado los arañazos con un *iratze* si hubiera querido. Pero no lo había hecho.

—Lo recuerdo todo de anoche —admitió él—. Y me enfurece, porque era yo pero no lo era. Cuando estamos juntos, quiero que seas la auténtica tú. Y el auténtico yo.

—¿No es eso lo que somos ahora?

—Sí. —Alzó la cabeza y la besó en la boca—. Pero ¿hasta cuándo? Puedo cambiar en cualquier momento. No puedo hacerte esto. No puedo hacérselo a los dos. —Su tono de voz era amargo—. Ni siquiera sé cómo puedes soportarlo, estar cerca de esa cosa que no soy yo mismo...

—Incluso si volvieras a ser eso dentro de cinco minutos —repuso ella—, valdría la pena, sólo por estar de nuevo contigo así. Que no acabara en aquel tejado. Porque éste eres tú, e incluso ese otro tú... Hay restos del auténtico tú en él. Es como si te mirara a través de un espejo empañado, pero no es el auténtico tú. Al menos ahora lo sé.

—¿Qué quieres decir? —Su mano le agarró el hombro con más fuerza—. ¿Qué quieres decir con que al menos lo sabes?

Clary respiró hondo.

—Jace, la primera vez que estuvimos juntos, juntos de verdad, estuviste tan feliz durante ese primer mes. Y todo lo que hacíamos juntos era divertido, alegre e increíble. Y luego fue como si te fueran arrancando toda esa felicidad. No querías estar conmigo, ni siquiera mirarme...

—Tenía miedo de hacerte daño. Pensaba que me estaba volviendo loco.

—No sonreías, ni reías, ni bromeabas. Y no te estoy culpando. Lilith se estaba metiendo en tu mente, controlándote. Cambiándote. Pero tienes que recordar, y sé lo estúpido que suena esto, porque nunca he tenido un novio antes. Pensaba que tal vez fuera normal. Que quizá te estuvieras cansando de mí.

—No podría...

—No te pido que me asegures nada —replicó ella—. Sólo te lo estoy contando. Cuando estás... como estás, controlado... parece feliz. Vine aquí porque quería salvarte. —Bajó la voz—. Pero comencé a preguntarme de qué te estaba salvando. ¿Cómo podía devolverte a una vida con la que parecías tan infeliz?

—¿Infeliz? —Jace negó con la cabeza—. Era afortunado. Tan, tan afortunado. Y no me daba cuenta. —La miró a los ojos—. Te amo —dijo—. Y tú me haces más feliz de lo que jamás creí poder ser. Y ahora que sé lo que es ser otro, perderme a mí mismo, quiero recuperar mi vida. Mi familia. A ti. Todo eso. —Los ojos se le oscurecieron—. Lo quiero de vuelta.

Jace le cubrió la boca con la suya, con una presión casi dolorosa, los labios abiertos, ardientes y ansiosos, y la cogió por la cintura, y luego las sábanas que tenía a los lados, casi rasgándolas. Se apartó, jadeante.

—No podemos...

—Entonces, ¡para de besarme! —exhaló ella—. La verdad... —Salió de debajo de él y agarró su top—. Vuelvo en seguida.

Pasó junto a él, corrió al cuarto de baño y cerró la puerta con pestillo. Encendió la luz y se miró en el espejo. Tenía los ojos enloquecidos, el cabello revuelto y los labios hinchados por los besos. Se sonrojó y volvió a ponerse el top; se echó agua fría a la cara y se recogió el cabello en un nudo. Cuando estuvo convencida de que ya no parecía una doncella mancillada de la cubierta de alguna novela rosa, cogió una de las toallas de manos, que no tenían nada de romántico, la humedeció y le puso jabón.

Volvió al dormitorio. Jace estaba sentado en el borde de la cama, en vaqueros y una camisa limpia sin abotonar, con el cabello revuelto silueteado por la luz de la luna. Parecía la estatua de un ángel. Sólo que, por lo general, los ángeles no estaban manchados de sangre.

Clary se puso frente a él.

—Muy bien —le dijo—. Quítate la camisa.

Jace arqueó las cejas.

—No voy a atacarte —repuso ella, impaciente—. Puedo soportar ver tu pecho desnudo sin desmayarme.

—¿Estás segura? —preguntó él, mientras se sacaba obedientemente la camisa—. Porque ver mi pecho desnudo ha causado que muchas mujeres sufrieran graves heridas al salir en estampida para cogerme.

—Sí, bueno, no veo a nadie más que a mí aquí. Y sólo quiero limpiarte la sangre.

Él se apoyó, obediente, en las manos. La sangre le había atravesado la camisa que había llevado y le había manchado el pecho y el plano abdomen, pero mientras ella le palpaba con los dedos cuidadosamente, notó que la mayoría de cortes eran superficiales. El *iratze* que él se había puesto antes ya estaba haciendo que se cerraran.

Él volvió el rostro hacia ella, con los ojos cerrados, mientras Clary le pasaba la toalla mojada por la piel, y la sangre teñía de rosa el algodón. Ella le frotó las manchas secas del cuello, escurrió la toalla, hundió la punta en el vaso de agua de la mesilla y fue a por el pecho. Él estaba sentado con la cabeza hacia atrás, observándola mientras la toalla le recorría los músculos de los hombros, la suave línea de los brazos y antebrazos, el duro pecho marcado de líneas blancas y el negro de las Marcas permanentes.

—Clary —dijo él, con voz seria.

—¿Sí?

—No recordaré esto —contestó él—. Cuando vuelva a estar como estaba, bajo su control, no recordaré haber sido yo. No recordaré haber estado contigo, o hablarte así. Así que dime... ¿están bien? ¿Mi familia? ¿Saben qué...?

—¿Lo que te ocurrió? Un poco. Y no, no están bien. —Cerró los ojos—. Podría mentirte —continuó ella—. Pero lo sabrías. Te quieren mucho, y quieren que vuelvas.

—Así no.

Ella le tocó el hombro.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? ¿De dónde has sacado esos cortes?

Él respiró hondo, y la cicatriz de su pecho resaltó, lívida y oscura.

—He matado a alguien.

Clary notó el impacto de esas palabras en el cuerpo como el retroceso de una escopeta. Dejó caer la toalla ensangrentada, y luego se agachó a

recogerla. Cuando alzó los ojos, él la miraba. Bajo la luz de la luna, las líneas de su rostro eran delicadas, agudas y tristes.

—¿A quién? —preguntó ella.

—La has conocido —continuó Jace, y cada palabra era como un peso—. La mujer que fuiste a visitar con Sebastian. La Hermana de Hierro. Magdalena. —Se volvió hacia atrás y buscó algo que estaba entre las revueltas sábanas de la cama. Los músculos de los brazos y la espalda se le ondularon bajo la piel cuando lo cogió y se volvió hacia Clary con el objeto brillándole en la mano.

Era un cáliz claro y traslúcido: una réplica exacta de la Copa Mortal, excepto que en vez de ser de oro estaba tallada en el blanco plateado *adamas*.

—Sebastian me envió... lo envió a él... a buscar esto —explicó Jace—. Y también me ordenó que la matara. No se lo esperaba. No esperaba ninguna violencia, sólo el pago y el intercambio. Creía que estábamos del mismo lado. Dejé que me diera la Copa, y luego saqué la daga y... —Tragó aire con fuerza, como si el recuerdo le hiciera daño—. La apuñalé. Quería que fuera en el corazón, pero ella se movió y fallé por unos centímetros. Ella se tambaleó hacia atrás, agarró algo en su mesa de trabajo, donde había polvillo de *adamas*, y me lo tiró. Creo que quería cegarme. Pero torcí la cabeza, y cuando volví a mirar ella tenía un *aegis* en la mano. Creo que supe lo que era. La luz que manaba de él me quemaba los ojos. Grité cuando ella me lo hundió en el pecho; noté un dolor muy intenso en la Marca, y luego la hoja se destrozó. —Jace bajó la mirada y soltó una carcajada seca—. Lo divertido es que, si hubiera llevado el uniforme, esto no habría pasado. No me lo puse porque pensé que no valía la pena. No pensaba que pudiera herirme. Pero el *aegis* quemó la Marca, la Marca de Lilith, y de repente volvía a ser yo, de pie sobre una mujer muerta, con una daga ensangrentada en una mano y la Copa en la otra.

—No lo entiendo. ¿Por qué te dijo Sebastian que la mataras? Ella te estaba dando la Copa. Se la daba a Sebastian. Ella dijo...

Jace exhaló un aliento quebrado.

—¿Recuerdas lo que dijo Sebastian sobre el reloj de la plaza Vieja? ¿En Praga?

—Que el rey hizo que le arrancaran los ojos al relojero después de acabarlo, para que no pudiera volver a hacer algo tan hermoso —contestó Clary—. Pero no veo...

—Sebastian quería que ella muriese para que nunca más pudiera hacer algo así —le contó Jace—. Para que no pudiera contarlo.

—¿Contar qué? —Alzó la mano, cogió a Jace por la barbilla y le alzó el rostro para que la mirara—. Jace, ¿qué está planeando realmente Sebastian? La historia que contó en la sala de entrenamiento, sobre querer invocar a demonios para destruirlos...

—Sebastian quiere invocar a demonios, sin duda. —La voz de Jace era torva—. Un demonio en particular: Lilith.

—Pero Lilith está muerta. Simon la destruyó.

—Los Demonios Mayores no mueren. No del todo. Los Demonios Mayores habitan los espacios entre los mundos, el gran Vacío, la nada. Lo que Simon hizo fue destruir su poder, enviarla a pedazos a la nada de la que había venido. Pero allí se irá volviendo a formar lentamente. Renacerá. Puede tardar siglos, pero no si Sebastian la ayuda.

Clary notaba una sensación fría que le iba invadiendo el estómago.

—La ayuda... ¿cómo?

—Llamándola de nuevo a este mundo. Quiere mezclar la sangre de Lilith y la suya en la copa y crear un ejército de nefilim oscuros. Quiere ser Jonathan Cazador de Sombras reencarnado, pero del lado de los demonios, no del de los ángeles.

—¿Un ejército de nefilim oscuros? Los dos sois duros, pero no sois exactamente un ejército.

—Hay unos cuarenta o cincuenta nefilim que o fueron fieles a Valentine, u odian la actual dirección de la Clave y están abiertos a escuchar lo que Sebastian tiene que decirles. Ya ha estado en contacto con ellos. Cuando invoque a Lilith, ellos estarán allí. —Jace respiró hondo—. Y ¿después de eso? ¿Con el poder de Lilith tras ellos? ¿Quién sabe quién más se unirá a su causa? Sebastian quiere la guerra. Está convencido de que ganará, y yo no estoy seguro de que no lo haga. Por cada nefilim oscuro que cree, su poder crecerá. Añade a eso los demonios que ya se han aliado con él, y no sé si la Clave está preparada para resistirle.

Clary dejó caer la mano.

—Sebastian no ha cambiado. Tu sangre no lo ha cambiado. Es exactamente igual que era. —Sus ojos fueron hacia los de Jace—. Pero tú... tú también me mentiste.

—Él te mintió.

Los pensamientos de Clary eran un remolino.

—Lo sé. Sé que Jace no eres tú...

—Él cree que es por tu bien, y que al final serás más feliz, pero te mintió. Yo nunca lo haría.

—El *aegis* —exclamó Clary—. Si te puede herir sin que lo sienta Sebastian, ¿podría matarlo sin herirte a ti?

Jace negó con la cabeza.

—No creo. Si tuviera un *aegis*, estaría dispuesto a probarlo, pero... no. Nuestras fuerzas vitales están ligadas. Una herida es una cosa. Pero si muriera... —La voz se le endureció—. Ya sabes la manera más fácil de acabar con todo esto. Atraviésame el corazón con una daga. Me sorprende que no lo hayas hecho mientras dormía.

—¿Podrías tú? ¿En mi lugar? —Le temblaba la voz—. Creo que hay una manera de solucionar esto. Aún lo creo. Dame tu estela y haré un Portal.

—No puedes crear ningún Portal aquí dentro —explicó Jace—. No funcionará. La única manera de salir de este apartamento y entrar es a través de la pared de abajo, junto a la cocina. Y también es el único lugar desde donde se puede mover el apartamento.

—¿Puedes trasladarnos a la Ciudad Silenciosa? Si volvemos, los Hermanos Silenciosos pueden encontrar una manera de separarte de Sebastian. Le contaremos su plan a la Clave, para que estén preparados...

—Podría trasladarnos a una de las entradas —repuso Jace—. Y lo haré. Iré. Iremos juntos. Pero sólo para que no haya más falsedades entre nosotros, Clary, tendrás que saber que ellos me matarán. Después de que les diga lo que sé, me matarán.

—¿Matarte? —No, no lo harían...

—Clary. —Su voz era tierna—. Como buen cazador de sombras, debo morir voluntariamente para detener lo que Sebastian pretende hacer. Como buen cazador de sombras, lo haría.

—Pero nada de esto es culpa tuya. —Alzó la voz, pero se obligó a bajarla de nuevo, porque no quería que Sebastian, abajo, la oyera—. No puedes evitar lo que te han hecho. Eres una víctima. No eres tú, Jace; es otra persona, alguien que usa tu cara. No deberías ser castigado...

—No es una cuestión de castigo. Es ser prácticos. Si me matan, Sebastian muere. No es diferente de sacrificarme en una batalla. Y lo que soy ahora, yo mismo, desaparecerá dentro de poco. Y, Clary, sé que no tiene sentido, pero lo recuerdo, lo recuerdo todo. Recuerdo haber caminado

contigo por Venecia, y la noche en el club, y haber dormido en esta cama contigo, y... ¿No lo entiendes? Lo quería. Esto es todo lo que siempre he querido, vivir contigo así, estar contigo así. ¿Qué se supone que debería pensar, cuando lo peor que me ha ocurrido me da exactamente lo que deseo? Tal vez Jace Lightwood puede ver las muchas maneras en que esto está mal y no es correcto, pero a Jace Wayland, el hijo de Valentine... le encanta esta vida. —La miraba con ojos muy abiertos y dorados, y a ella le recordó a Raziel, a su mirada, que parecía contener toda la sabiduría y toda la tristeza del mundo—. Y es por eso que tengo que ir —concluyó—. Antes de que esto se agote. Antes de que vuelva a ser él.

—¿Ir adónde?

—A la Ciudad Silenciosa. Tengo que entregarme, y entregar la Copa también.

TERCERA PARTE

Todo cambiado

Todo cambiado, cambiado del todo:
Una terrible belleza ha nacido
WILLIAM BUTLER YEATS, "*Pascua 1916*"

«¿Clary?»

Simon se hallaba sentado en los escalones del porche trasero de la casa de la granja, mirando hacia el camino que atravesaba el manzanar y llevaba al lago. Isabelle y Magnus estaba en el sendero; Magnus miraba hacia el lago y luego hacia las colinas que rodeaban la zona. Estaba tomando notas con una pluma cuya punta brillaba de un chisporroteante verde azul. Alec estaba un poco más lejos, mirando los árboles que bordeaban la cresta de las colinas que separaban la granja de la carretera. Parecía querer estar lo más lejos de Magnus, pero manteniéndose a una distancia que le permitiera oírlos. A Simon le parecía, aunque era el primero en admitir que no resultaba ser un gran observador en esos temas, que a pesar de las bromas en el coche, desde hacía poco existía una perceptible distancia entre Alec y Magnus; era algo que no podía explicar, pero que sabía que estaba ahí.

La mano derecha de Simon estaba apoyada en la izquierda, y los dedos sobre el anillo de oro.

«Clary, por favor.»

Había tratado de contactar con ella cada hora desde que recibió el mensaje de Maia sobre Luke. No había conseguido nada. Ni la más leve sensación de respuesta.

«Clary. Estoy en la granja. Me acuerdo de ti aquí, conmigo.»

Era un día sorprendentemente cálido para la estación, y un leve viento removía las últimas hojas en las ramas de los árboles. Después de pasar mucho rato preguntándose qué ropa debía ponerse para un encuentro con los ángeles (un traje le parecía excesivo, aunque tuviera uno de la fiesta de compromiso de Jocelyn y Luke), iba en vaqueros y camiseta, con los brazos al aire bajo la luz del sol. Tenía tantos recuerdos felices en aquel lugar, en aquella casa. Clary y él habían ido allí con Jocelyn casi todos los veranos

desde que podía recordar. Se bañaban en el lago. Simon se bronceaba, y la pálida piel de Clary se quemaba una y otra vez. Le salían un millón más de pecas en los hombros y los brazos. Jugaban al «béisbol manzana» en el manzanar, que era pringoso y divertido, y al Scrabble y al póquer en la casa, y Luke siempre ganaba.

«Clary, estoy a punto de hacer algo estúpido, peligroso y quizá suicida. ¿Tan malo es que quiera hablar contigo por última vez? Hago esto para que estés a salvo, y ni siquiera sé si sigues viva para ayudarte. Pero si estás muerta lo sabría, ¿verdad? Lo sentiría.»

—Muy bien. Vamos —dijo Magnus, que apareció al pie de los escalones. Miró el anillo que Simon llevaba en el dedo, pero no hizo ningún comentario.

Simon se puso en pie y se sacudió los vaqueros; luego fue en cabeza por el serpenteante camino a través del manzanar. El lago relucía por delante como una fría moneda azul. Al acercarse, Simon vio el viejo muelle que se metía en el agua, donde en un tiempo se ataban kayaks, antes de que un gran trozo del muelle se rompiera y se fuera a la deriva. Pensó que casi podía oír el perezoso zumbido de las abejas y notar el peso del verano en los hombros. Cuando llegaron a la orilla del lago, se volvió y miró la casa, de listones pintados de blanco con contraventanas verdes y un viejo porche cubierto con cansados muebles de mimbre blanco.

—Te gusta esto, ¿eh? —comentó Isabelle. Su cabello negro ondeaba como una bandera bajo la brisa del lago.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu expresión —contestó ella—. Como si estuvieras recordando algo bueno.

—Fue bueno —afirmó Simon. Se fue a subir las gafas por la nariz, recordó que ya no las llevaba y bajó la mano—. Fui muy afortunado.

Isabelle miró el lago. Llevaba unos pequeños pendientes dorados de aro; en uno se le había enredado un poco de pelo, y Simon tuvo ganas de soltárselo y de tocarle el rostro con los dedos.

—¿Y ahora ya no?

Simon se encogió de hombros. Estaba observando a Magnus, que sujetaba lo que parecía una vara larga y flexible, y estaba dibujando en la arena mojada al borde del lago. Tenía abierto un libro de hechizos y salmodiaba mientras tanto. Alec lo contemplaba, con la expresión de alguien que mira a un desconocido.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Isabelle, mientras se acercaba a Simon.

Él notó el calor del brazo de ella contra el suyo.

—No lo sé. Gran parte de estar asustado consiste en la sensación física. El corazón se acelera, sudas y el pulso late con fuerza. No tengo nada de eso.

—Es una pena —murmuró Isabelle, mirando al agua—. Los tíos sudados son sexis.

Él le dedicó una media sonrisa; era más difícil de lo que había pensado que sería. Quizá sí estuviera asustado.

—Ya basta de tu descaro e impertinencia, señorita.

A Isabelle le tembló el labio como si fuera a sonreír. Luego suspiró.

—¿Sabes lo que nunca se me pasó por la cabeza que pudiera querer? —preguntó—. Un tío que me hiciera reír.

Simon se volvió hacia ella y le cogió la mano, sin importarle en ese momento que su hermano los estuviera mirando.

—Izz...

—Muy bien —exclamó Magnus—. Ya he acabado. Simon, ven aquí.

Se volvieron. Magnus estaba dentro del círculo, que relucía con una leve luz blanca. En realidad eran dos círculos concéntricos, uno un poco más pequeño dentro del mayor, y en el espacio entre ellos, había docenas de símbolos dibujados. Éstos también relucían, de un color azul blanquecino acerado, como el reflejo del lago.

Simon oyó inspirar a Isabelle, y se alejó procurando no mirarla. Eso sólo lo haría todo más difícil. Avanzó, cruzó el borde del círculo y se situó en el centro, junto a Magnus. Mirar hacia fuera desde el centro del círculo era como mirar a través de agua. El resto del mundo resultaba confuso y parecía agitarse.

—Toma. —Magnus le puso el libro en las manos. El papel era fino, cubierto con runas dibujadas, pero Magnus había pegado una copia impresa de las palabras, tal y como se pronunciaban, sobre el propio encantamiento—. Limítate a decir esto —masculló—. Debería funcionar.

Simon sujetó el libro contra el pecho, se sacó el anillo de oro que lo conectaba con Clary y se lo pasó a Magnus.

—Si no... —dijo, preguntándose de dónde le venía esa extraña tranquilidad—, alguien debe tener esto. Es nuestra única conexión con Clary y con lo que sabe.

Magnus asintió y se puso el anillo en el dedo.

—¿Preparado, Simon?

—¡Eh! —exclamó éste—. Te has acordado de mi nombre.

Magnus le lanzó una mirada indescifrable desde sus ojos verde dorado, y salió del círculo. Al instante, él también fue una mancha confusa. Alec se puso a un lado de él e Isabelle al otro; ésta se cogía por los codos y, aun a través del ondulante aire, Simon vio lo triste que parecía.

Simon carraspeó para aclararse la garganta.

—Supongo que será mejor que os marchéis, chicos.

Pero no se movieron. Parecían estar esperando a que él dijera algo más.

—Gracias por venir aquí conmigo —añadió finalmente, después de haberse estrujado el cerebro para decir algo trascendente; parecían estar esperándolo. No era de los que hacían grandes discursos de despedida o decían adiós de una manera dramática. Primero miró a Alec.

»Hum, Alec. Siempre me has caído mejor que Jace. —Se volvió hacia Magnus—. Magnus, me gustaría tener el valor de ponerme pantalones como los que tú llevas.

Y la última, Izzy. La podía ver observándolo a través de aquella especie de bruma, con los ojos tan negros como la obsidiana.

—Isabelle —comenzó Simon. La miró. Vio la pregunta en sus ojos, pero no parecía haber nada que pudiera decir delante de Alec y Magnus, nada que pudiera expresar todo lo que sentía. Retrocedió hacia el centro del círculo, inclinando la cabeza—. Adiós, supongo.

Le pareció que le contestaban, pero la ondulante neblina entre ellos apagó sus palabras. Les observó volverse, retroceder por el camino cruzando el manzanar e ir hacia la casa, hasta que se convirtieron en motitas oscuras. Hasta que no pudo verlos más.

No acababa de aceptar no hablar con Clary una última vez antes de morir; ni siquiera podía recordar las últimas palabras que se habían dicho. Y sin embargo, si cerraba los ojos, podía oír su risa flotando sobre el manzanar; recordaba cómo había sido entonces, antes de que crecieran y todo cambiara. Si moría ahí, quizá resultara apropiado. Algunos de sus mejores recuerdos estaban en ese lugar, a fin de cuentas. Si el Ángel lo abatía con fuego, sus cenizas se esparcirían por el manzanar y sobre el lago. Algo en esa idea le resultó tranquilizador.

Pensó en Isabelle. Luego en su familia: su madre, su padre y Becky.

«Clary —pensó por último—. Dondequiera que estés, eres mi mejor amiga. Siempre serás mi mejor amiga.»

Alzó el libro de hechizos y comenzó a recitar.

—¡No! —Clary se puso en pie, y dejó caer la toalla mojada—. Jace, no puedes hacerlo. Te matarán.

Él cogió la camisa limpia y se la puso sin mirarla, mientras se abrochaba los botones.

—Primero tratarán de separarme de Sebastian —dijo él, aunque no parecía creerlo realmente—. Pero si eso no funciona, entonces me matarán.

—No me vale. —Fue a cogerle, pero él se apartó y se puso las botas. Cuando se volvió hacia ella, su expresión era sombría.

—No tengo elección, Clary. Es lo que debo hacer.

—Es una locura. Aquí estás seguro. No puedes tirar tu vida por...

—Salvarme es traición. Es poner una arma en manos del enemigo.

—¿A quién le importa la traición? ¿O la Ley? —quiso saber Clary—. A mí me importas tú. Solucionaremos esto juntos...

—Nosotros no podemos solucionarlo. —Jace se metió en el bolsillo la estela que estaba en la mesilla, y luego cogió la Copa Mortal—. Porque yo sólo voy a ser yo un rato más. Te amo, Clary. —Inclinó el rostro y le dio un prolongado beso—. Hazlo por mí —le susurró.

—Ni hablar —replicó ella—. No voy a ayudarte a que hagas que te maten.

Pero él ya estaba yendo hacia la puerta. La arrastró con él, y juntos avanzaron a trompicones por el pasillo, hablando en susurros.

—Esto es una locura —siseó Clary—. Ponerte así en peligro...

Él soltó un resoplido exasperado.

—Como si tú no lo hicieras.

—Vale, y a ti te pone furioso —le susurró ella mientras corría tras él por la escalera—. Recuerda lo que me dijiste en Alacante...

Habían llegado a la cocina. Él dejó la Copa sobre la barra y sacó la estela.

—No tenía ningún derecho a decirte aquello —le aseguró—. Clary, esto es lo que somos. Somos cazadores de sombras. Esto es lo que hacemos. Corremos riesgos que no son sólo los inherentes a la lucha.

Clary negó con la cabeza, y lo agarró por ambas muñecas.

—No te lo permitiré.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Jace.

—Clarissa...

Ella respiró hondo, casi incapaz de creer lo que estaba a punto de hacer. Pero en su cabeza estaba la imagen de la morgue de la Ciudad Silenciosa, los cadáveres de los cazadores de sombras sobre losas de mármol, y no pudo soportar que Jace fuera uno de ellos. Todo lo que había hecho: ir ahí, aguantar todo lo que había soportado, había sido para salvarle la vida, y no sólo para sí. Pensó en Alec e Isabelle, que la habían ayudado, y en Maryse, que lo quería y, casi sin saber lo que estaba a punto de hacer, alzó la voz y llamó:

—¡Jonathan! —gritó—. ¡Jonathan Cristopher Morgenstern!

Los ojos de Jace se abrieron como esferas.

—Clary... —comenzó, pero ya era demasiado tarde. Ella lo había soltado y estaba retrocediendo. Sebastian podría estar llegando; no había manera de decirle a Jace que no era que ella confiara en Sebastian, sino que Sebastian era la única arma de la que disponía que podía lograr que se quedara.

Hubo un destello de movimiento, y Sebastian apareció allí. No se molestó en bajar corriendo la escalera saltó por el lado y aterrizó entre ellos. Tenía el cabello desordenado por haber estado durmiendo; llevaba una camiseta oscura y pantalones negros, y Clary se preguntó sin pensar si habría estado durmiendo vestido. Él miró a su hermana y luego a Jace, mientras sus ojos negros valoraban la situación.

—¿Una pelea de amantes? —preguntó. Algo le brilló en la mano. ¿Un cuchillo?

—Su runa está dañada —dijo Clary con voz trémula. Le puso la mano sobre el corazón a Jace—. Está tratando de volver, para entregarse a la Clave...

Como un rayo, Sebastian le arrebató a Jace la Copa de la mano. La dejó con fuerza sobre la barra de la cocina. Jace, aún blanco por la sorpresa, lo observó; no movió ni un músculo cuando Sebastian se acercó a él y lo agarró por la pechera de la camisa. Los botones altos saltaron, y el cuello le quedó al descubierto; Sebastian pasó el punto a su estela por él, grabándole un *iratze* en la piel. Jace se mordió el labio, con los ojos cargados de odio mientras Sebastian lo soltaba y daba un paso atrás, estela en mano.

—La verdad, Jace —dijo Sebastian—. Me sorprende que llegaras a pensar que podrías conseguirlo.

Jace apretó los puños mientras el *iratze*, negro como el carbón, comenzó a hundírsele en la piel. Las palabras le fueron saliendo con gran esfuerzo, sin aliento.

—La próxima vez... que quieras sorprenderte... me encantará ayudarte. Quizá con un ladrillo.

Sebastian chasqueó la lengua.

—Más tarde me lo agradecerás. Incluso tú tienes que admitir que ese deseo de suicidarte es un poco exagerado.

Clary esperaba que Jace le replicara de nuevo. Pero no lo hizo. Su mirada recorrió el rostro de Sebastian. Por un momento, estuvieron los dos solos en la habitación, y cuando Jace habló, las palabras le salieron claras y frías.

—Más tarde no recordaré esto —repuso—. Pero tú sí. Esa persona que actúa como si fuera tu amigo... —Dio un paso adelante y cubrió el espacio que lo separaba de Sebastian—. Esa persona que actúa como si tú le gustaras... Esa persona no es real. Esto es real. Esto soy yo. Y te odio. Te odiaré siempre. Y no hay magia ni hechizos en este mundo, ni en ningún otro, que pueda cambiar eso.

Por un momento, la sonrisita de suficiencia de Sebastian se desdibujó. Jace, sin embargo, seguía impertérrito. Apartó la mirada de Sebastian y miró a Clary.

—Necesito que sepas la verdad —le explicó—: No te la he dicho toda.

—La verdad es peligrosa —intervino Sebastian, con la estela sujeta ante él como un cuchillo—. Ten cuidado con lo que dices.

Jace hizo una mueca de dolor. El pecho le subía y bajaba con rapidez; era evidente que la curación de la runa del pecho le estaba causando dolor.

—El plan... —consiguió decir—. Invocar a Lilith, hacer una nueva Copa, crear un ejército oscuro... no se le ocurrió a Sebastian. Se me ocurrió a mí.

Clary se quedó helada.

—¿Qué?

—Sebastian sabía lo que quería —contestó Jace—. Pero yo ideé cómo hacerlo. Una nueva Copa Mortal. Yo le di la idea. —Se sacudió de dolor; Clary podía imaginar lo que estaba ocurriendo bajo la tela de la camisa: la carne uniéndosele, sanando, la runa de Lilith entera y brillante una vez más—. ¿O debería decir que se la dio él? ¿Esa cosa que es como yo pero no soy yo? Él arrasará el mundo con fuego si Sebastian quiere que lo haga, y se

reirá mientras lo hace. Eso es lo que estás salvando, Clary. Eso. ¿No lo entiendes? Preferiría estar muerto...

Se le estranguló la voz mientras se doblaba por la mitad. Los músculos de los hombros se le tensaron mientras ondas de lo que parecía dolor lo recorrían. Clary recordó la vez que lo había sujetado en la Ciudad Silenciosa mientras los Hermanos le rebuscaban respuestas en la mente... Y, de repente, Jace alzó los ojos, con una expresión de sorpresa.

Sus ojos fueron primero hacia Sebastian, no hacia ella. Clary sintió que el corazón se le caía a los pies, aunque sabía que ella se lo había buscado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jace.

Sebastian le sonrió.

—Bienvenido a casa.

Jace parpadeó, confuso por un momento; y luego su mirada pareció ir hacia dentro, como lo hacía siempre que Clary sacaba algún tema que él no podía procesar: el asesinato de Max, la guerra en Alacante, o el dolor que estaba causando a su familia.

—¿Es la hora? —preguntó.

Sebastian se miró el reloj de forma exagerada.

—Casi. ¿Por qué no vas delante y nosotros te seguimos? Puedes comenzar a prepararlo todo.

Jace miró alrededor.

—La Copa... ¿Dónde está?

Sebastian la cogió de la barra.

—Aquí. Estás un poco despistado.

La boca de Jace se curvó en la comisura y cogió la Copa. Con buen humor. No había ni rastro del chico que había estado ante Sebastian unos minutos antes y le había dicho que lo odiaba.

—Muy bien. Nos veremos allí. —Se volvió hacia Clary, que seguía parada por la impresión, y la besó en la mejilla—. Y a ti también.

Jace se apartó y le guiñó el ojo. Había cariño en su mirada, pero no importaba. Ése no era su Jace, en absoluto su Jace, y lo observó como atontada mientras cruzaba la sala. Su estela destelló, y una puerta se abrió en la pared; Clary captó un vistazo de cielo y una planicie rocosa, y luego él cruzó la puerta y desapareció.

Ella se clavó las uñas en las palmas.

«¿Esa cosa que es como yo pero no soy yo? Él arrasará el mundo con fuego si Sebastian quiere que lo haga, y se reirá mientras lo hace. Eso es lo

que estás salvando, Clary. Eso. ¿No lo entiendes? Preferiría estar muerto.»

Las lágrimas le quemaban en la garganta, e hizo todo lo que pudo por contenerlas mientras su hermano se volvía hacia ella, con ojos muy brillantes.

—Me has llamado —dijo.

—Quería entregarse a la Clave —susurró, sin saber muy bien ante quién se estaba justificando. Había hecho lo que tenía que hacer, había usado la única arma que tenía disponible, aunque fuera una que despreciaba—. Lo habrían matado.

—Me has llamado a mí —repitió él, y dio un paso hacia ella. Tendió la mano, le apartó un largo rizo del rostro y se lo puso tras la oreja—. Entonces, ¿te lo ha contado? ¿El plan? ¿Entero?

Ella contuvo un escalofrío de asco.

—No todo. No sé qué va a ocurrir esta noche. ¿Qué quería decir Jace con «Es la hora»?

Él se inclinó y le besó la frente; ella notó que le quemaba el beso, como una marca de fuego entre los ojos.

—Ya lo verás —contestó él—. Te has ganado el derecho a estar ahí, Clarissa. Puedes verlo desde tu lugar a mi lado, esta noche, en el Séptimo Sitio Sagrado. Los dos hijos de Valentine, juntos... por fin.

Simon mantuvo los ojos sobre el papel, repitiendo las palabras que Magnus había escrito para él. Tenían un ritmo que era como música, ligero, aguado, fino. Le recordó a cuando leía en voz alta su parte de haftará durante su bar mitzvá, aunque entonces había sabido lo que significaban las palabras, y en ese momento no.

Mientras proseguía con el cántico, notó una tensión a su alrededor, como si el aire se estuviera volviendo más denso y pesado. Le presionaba el pecho y los hombros. Cada vez se sentía más sofisticado. De haber sido humano, el calor en aumento le habría resultado insoportable. Pero tal como era, podía notar el ardor en la piel, cómo le chamuscaba las pestañas y la camisa. Siguió con los ojos fijos en el papel que tenía ante sí mientras una gota de sangre le resbalaba por el nacimiento del pelo y caía sobre el libro.

Y entonces acabó. La última palabra, «Raziel», fue pronunciada, y Simon alzó la cabeza. Notaba que le corría sangre por la cara. La niebla alrededor había aclarado y delante de sí vio el agua del lago, azul y brillante, tan plana como un cristal.

Y entonces estalló.

El centro del lago se volvió dorado, y luego negro. El agua se apartó de él, vertiéndose hacia las orillas, derramándose a los lados y volando por el aire, hasta que Simon quedó mirando a un anillo de agua, como un círculo de cascadas continuas, todas brillando y vertiendo agua de arriba abajo, un efecto raro y extrañamente hermoso. Gotitas de agua se estremecían sobre él y le enfriaban la piel ardiente. Echó la cabeza hacia atrás, justo cuando el cielo se oscurecía; todo el azul se había ido, tragado por un súbito impacto de oscuridad y grises nubes clamorosas. El agua volvió a caer al lago, y de su centro, de la mayor densidad de su plata, se alzó una figura de oro.

A Simon se le secó la boca. Había visto incontables cuadros de ángeles, creía en ellos, había oído la advertencia de Magnus. Y aun así, se sintió como si lo hubiera atravesado una lanza cuando un par de alas se desplegaron ante él. Parecían cubrir todo el cielo. Eran enormes, blancas, doradas y plateadas; las plumas con ardientes ojos dorados, que lo miraron con desprecio. Luego las alas se agitaron, deshaciendo las nubes, y se volvieron a plegar; un hombre, o mejor, una forma humana, de varios pisos de alto, se desplegó sobre sí mismo y se alzó.

A Simon le habían comenzado a castañetear los dientes. No estaba seguro de por qué. Pero oleadas de poder, y de algo más que poder, de las fuerzas elementales del universo, parecían manar del Ángel cuando éste se alzó en toda su altura. El primer pensamiento de Simon, algo extravagante, fue que parecía como si alguien hubiera cogido a Jace y lo hubiera ampliado al tamaño de una valla publicitaria. Sólo que no se parecía en nada a Jace. Era dorado por todas partes: las alas, la piel y los ojos, que no tenían blanco, sino sólo un brillo de oro, como una membrana. Su cabello era oro y parecía hecho de piezas de metal cortado que se curvaban como hierro forjado. Era ajeno y terrorífico. «Demasiado de cualquier cosa puede acabar contigo», pensó Simon. Demasiada oscuridad podría matar, pero demasiada luz podría cegar.

«¿Quién osa invocarme?», dijo el Ángel sobre la cabeza de Simon, con una voz que era como de grandes campanas repicando.

«Pregunta complicada», pensó Simon. Si fuera Jace, diría: «Uno de los nefilim», y si fuera Magnus, podría decir que era uno de los hijos de Lilith y Gran Mago. Clary y el Ángel ya se conocían, así que supuso que se

tutearían. Pero él era Simon, sin ningún título que unir a su nombres o grandes gestas en el pasado.

—Simon Lewis —contestó finalmente, mientras dejaba el libro en el suelo y se erguía—. Hijo de la Noche y... tu sirviente.

«¿Mi sirviente? —La voz de Raziel estaba cargada de helada desaprobación—. ¿Me haces acudir como a un perro y osas llamarte mi sirviente? Serás borrado de este mundo, y tu destino servirá de advertencia para otros que pretendan hacer lo mismo. Está prohibido que mis propios nefilim me invoquen. ¿Por qué iba a ser diferente contigo, vampiro diurno?»

Simon supuso que no debía sorprenderle que el Ángel supiera quién era él, pero de todas formas era asombroso, tan asombroso como el tamaño del Ángel. De alguna manera, había pensado que Raziel sería más humano.

—Yo...

«¿Crees que por el hecho de llevar la sangre de uno de mis descendientes debo mostrarte piedad? En tal caso, has jugado y has perdido. La misericordia del Cielo es para quien la merece. No para aquellos que violan nuestras Leyes de Alianza.»

El Ángel alzó la mano, y apuntó a Simon directamente con un dedo.

Simon se preparó. Esa vez no trató de decir las palabras, sólo las pensó.

«¡Escucha, oh, Israel! El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno...»

«¿Qué Marca es ésta? —Raziel sonaba confundido—. En tu frente, criatura.»

—Es la Marca —tartamudeó Simon—. La primera Marca. La Marca de Caín.

El gran brazo de Raziel descendió lentamente.

«Te mataría, pero la Marca me lo impide. Esa Marca debería haber sido colocada en tu ceño por la mano del Cielo, mas sé que no es así. ¿Cómo es posible?»

La evidente perplejidad del Ángel envalentonó a Simon.

—Una de tus hijos, los nefilim —contestó—. Una con un don especial. Ella la puso ahí para protegerme. —Dio un paso hacia el borde del círculo—. Raziel, he venido a pedirte un favor, en nombre de esos nefilim. Se enfrentan a un grave peligro. Uno de ellos ha... ha sido vuelto hacia la oscuridad y amenaza al resto. Necesitan tu ayuda.

«Yo no intervengo.»

—Pero sí interviniste —replicó Simon—. Cuando Jace estaba muerto, lo volviste a la vida. No es que no te lo agradezcamos, pero si no lo hubieras hecho, nada de esto habría ocurrido. Así que, en cierto modo, te toca a ti arreglarlo.

«Quizá no pueda matarte —planteó Raziel—, pero no hay ninguna razón por la que deba prestarte la ayuda que me pides.»

—Ni siquiera he dicho lo que pido —indicó Simon.

«Quieres una arma. Algo que pueda separar a Jonathan Morgenstern de Jonathan Herondale. Matarías a uno y preservarías la vida del otro. El modo más fácil es matarlos a los dos. Jonathan estuvo muerto, y quizá la muerte aún lo ansía, y él a ella. ¿Se te ha pasado por la cabeza?»

—No —contestó Simon—. Sé que no somos mucho comparado contigo, pero no matamos a nuestros amigos. Intentamos salvarlos. Si el Cielo no lo quiere así, nunca debería habernos dado la capacidad de amar. —Se echó el pelo hacia atrás para dejar al descubierto toda la Marca—. No, no tienes por qué ayudarme. Pero si no lo haces, nada me impide llamarte una y otra vez, ahora que sé que no puedes matarme. Piensa en mí apoyado en tu puerta celestial... por toda la eternidad.

Por increíble que pareciera, Raziel pareció reír por lo bajo.

«Eres obstinado —afirmó—. Un auténtico guerrero de tu gente, como aquel cuyo nombre llevas, Simón Macabeo. Y al igual que él lo dio todo por su hermano Jonathan, todo lo darás tú por tu Jonathan. ¿O acaso no estás dispuesto?»

—No es sólo por él —respondió Simon, un poco sorprendido—. Pero sí, lo que quieras. Te lo daré.

«Si te doy lo que quieres, ¿me juras también que no volverás a molestarme?»

—No creo que eso vaya a ser ningún problema —contestó Simon.

—Muy bien —repuso el Ángel—. Te diré lo que deseo. Deseo esa Marca blasfema de tu frente. Te borraré la Marca de Caín, porque nunca fuiste quién para llevarla.

—Pero... si me sacas la Marca, entonces puedes matarme —replicó Simon—. ¿No es lo único que se interpone entre mí y tu furia divina?

El Ángel se lo pensó un momento.

«Juraré no herirte. Tanto si llevas la Marca como si no.»

Simon vaciló. La expresión del Ángel se volvió tormentosa.

«El juramento de un Ángel del Cielo es lo más sagrado que existe. ¿Te atreves a no fiarte de mí, subterráneo?»

—Yo... —Simon calló durante un penoso momento. Ante sus ojos tenía el recuerdo de Clary de puntillas, con la estela sobre su frente; la primera vez que había visto funcionar a la Marca, cuando se había sentido como el conductor de un rayo, energía pura atravesándolo con una fuerza letal. Era una maldición, una que lo había aterrorizado y lo había convertido en objeto de deseo y de miedo. La odiaba. Y sin embargo, en ese momento, ante la idea de renunciar a ella, a lo que le hacía especial...

Respiró hondo.

—Bien. Sí, acepto.

El Ángel sonrió, y su sonrisa fue terrible, como mirar directamente al sol.

«Entonces, juro que no te haré ningún daño, Simón Macabeo.»

—Lewis —corrigió Simon—. Mi apellido es Lewis.

«Pero eras de la sangre y la fe de los Macabeos. Algunos dicen que los Macabeos fueron marcados por la mano de Dios. En cualquier caso, eres un guerrero del Cielo, vampiro diurno, te guste o no.»

El Ángel se movió. A Simon se le humedecieron los ojos, porque Raziel parecía llevar el cielo consigo como una capa, en remolinos negros, plateados y blancos como nubes. El aire alrededor se estremeció. Algo destelló en lo alto como el reflejo de la luz sobre el metal, y un objeto cayó sobre la arena y las rocas junto a Simon, con un ruido metálico.

Era una espada; nada muy llamativo a simple vista: sólo una gastada espada de hierro viejo con un mango ennegrecido. Los bordes estaban dentados, como comidos por ácido, aunque la punta era afilada. Parecía algo que un arqueólogo podría haber desenterrado y aún no hubiera acabado de limpiar.

El Ángel habló.

«En una ocasión, cuando Josué estaba cerca de Jericó, alzó la mirada y vio a un hombre ante él con una espada desenvainada en la mano. Josué fue a él y le dijo: “¿Eres uno de los nuestros, o uno de nuestros adversarios?” Él contestó: “Ninguno, sino un comandante del ejército del Señor, y he venido ahora”.»

Simon miró el modesto objeto que tenía a los pies.

—¿Y ésta es esa espada?

—Es la espada del Arcángel Miguel, comandante de los ejércitos del Cielo. Posee el poder del fuego celestial. Hiere a tu enemigo con esta arma y le quemará la maldad. Si es más malo que bueno, más del Infierno que del Cielo, también le quemará la vida. Sin duda cortará el lazo de tu amigo, y sólo puede herir a cada uno por separado.

Simon se agachó y recogió la espada. Ésta pareció enviarle una descarga por la mano, por el brazo, hasta su inmóvil corazón. Instintivamente, la alzó, y las nubes en lo alto parecieron abrirse durante un instante, y un rayo de luz cayó sobre el apagado metal de la espada y la hizo cantar.

El Ángel lo miró con ojos fríos.

«El nombre de la espada no puede ser pronunciado por tu lengua humana. Puedes llamarla *Gloriosa*.

—Te... —comenzó Simon—. Te doy las gracias.

«No me lo agradezcas. Yo te habría matado, vampiro diurno, pero tu Marca, y ahora mi voto, me lo impiden. La Marca de Caín era para que Dios la impusiera, y no fue así. Te la borraré de la frente y su protección desaparecerá. Y si me llamas de nuevo, no te ayudaré.»

Al instante, el rayo de luz que caía entre las nubes se intensificó, cayó sobre la espada como un látigo de fuego y rodeó a Simon en una jaula de luz brillante y calor. La espada ardía; Simon gritó y cayó al suelo, mientras el dolor le atravesaba la cabeza. Era como si alguien le estuviera clavando un hierro al rojo vivo entre los ojos. Se cubrió el rostro, ocultó la cabeza entre los brazos, y dejó que le traspasara el dolor. Era la peor agonía que había sentido desde la noche en que murió.

El dolor fue cediendo lentamente, y se alejó como la marea. Simon se volvió para ponerse de espaldas, mirando a lo alto, con la cabeza aún dolorida. Las nubes negras comenzaban a deshacerse, y cada vez se veía más azul; el Ángel había desaparecido; el lago se hinchaba bajo la creciente luz como si el agua hirviera.

Simon comenzó a sentarse lentamente, y guiñó los ojos dolorosamente para protegerlos del sol. Vio a alguien que corría por el camino que llevaba de la casa al lago. Alguien con largo cabello negro y una chaqueta púrpura que se le abría hacia atrás como las alas. Llegó al final del camino y saltó a la orilla del lago, levantando arena con las botas tras ella. Llegó a él y se tiró al suelo, rodeándolo con los brazos.

—Simon —susurró.

Éste notó el fuerte y firme latido del corazón de Isabelle.

—Pensaba que estabas muerto —continuó ella—. Te vi caer, y... pensaba que habías muerto.

Simon la dejó abrazarlo mientras se incorporaba apoyado en las manos. Se dio cuenta de que se escoraba como un barco con un agujero en el casco, y trató de no moverse. Temía que si lo hacía, se caería.

—Ya estoy muerto.

—Lo sé —replicó Izzy—. Me refería a más muerto de lo normal.

—Iz. —Alzó el rostro hacia ella. Isabelle estaba arrodillada sobre él, con una pierna a cada lado, y le rodeaba el cuello con los brazos. Parecía una posición incómoda. Él se dejó caer de nuevo sobre la arena, llevándola consigo. Cayó sobre la espada en la fría arena con ella encima y miró a sus negros ojos. Parecía ocupar todo el cielo.

Ella le tocó la frente, maravillada.

—Tu Marca ya no está.

—Raziel me la ha quitado. A cambio de la espada. —Hizo un gesto hacia el arma. En la casa, vio dos manchas negras de pie en el porche, observándolos. Alec y Magnus—. Es la espada del Arcángel Miguel. Se llama *Gloriosa*..

—Simon... —Isabelle le besó en la mejilla—. Lo has logrado. Has visto al Ángel. Has conseguido la espada.

Magnus y Alec habían comenzado a recorrer el camino hacia el lago. Simon cerró los ojos, agotado. Isabelle se inclinó sobre él, con el cabello rozándole las mejillas.

—No hables. —Isabelle olía a lágrimas—. Ya no estás maldito —susurró—. No estás maldito.

Simon entrelazó los dedos con los de ella. Se sentía como si estuviera flotando en un río negro, con las sombras cerrándose sobre él. Sólo la mano de Isabelle lo anclaba a la tierra.

—Lo sé.

Metódica y cuidadosamente, Clary estaba registrando de arriba abajo la habitación de Jace. Aún llevaba el top, pero se había puesto unos vaqueros; se había recogido el cabello en un moño hecho de cualquier manera, y las uñas se le habían llenado de polvo. Había buscado bajo la cama y el escritorio, en todos los cajones y armarios, y en los bolsillos de todas las prendas en busca de una segunda estela, pero no había encontrado nada.

Le había dicho a Sebastian que estaba exhausta, que necesitaba ir arriba y tumbarse un rato; él había parecido despistado y la había despedido con un gesto de la mano. No paraban de pasarle imágenes de Jace ante los ojos en cuanto los cerraba: la forma en que la había mirado traicionado, como si ya no la conociera.

Pero era inútil darle vueltas. Podía quedarse sentada en la cama y llorar todo lo que quisiera, pensando en lo que había hecho, pero no serviría de nada. Tenía que hacer algo; se lo debía a Jace, y a sí misma. Si encontrara una estela...

Estaba levantando el colchón, rebuscando en el espacio que quedaba entre los muelles, cuando llamaron a la puerta.

Dejó caer el colchón, aunque no antes de ver que no había nada debajo. Apretó los puños, respiró hondo, fue hasta la puerta y la abrió.

Sebastian estaba en el umbral. Por primera vez iba vestido con algo que no fuera blanco o negro. Los mismos pantalones y botas, sí, pero también una túnica escarlata de cuero con intrincados adornos de runas en plata y oro sujeta por delante con una fila de cierres de metal. En ambas muñecas lucía brazaletes de plata repujados y llevaba el anillo Morgenstern.

Ella parpadeó al mirarlo.

—¿Rojo?

—Ceremonial —repuso él—. Los colores tienen significados diferentes para los cazadores de sombras que para los humanos. —Dijo la palabra «humanos» con desprecio—. Conoces el viejo verso infantil nefilim, ¿no?

Para cazar en la noche es el negro
Para la muerte y el dolor, el blanco.
En un vestido de novia, oro,
Y los encantamiento, en rojo.

—¿Los cazadores de sombras se casan de oro? —preguntó Clary. No le importaba especialmente, pero estaba tratando de meterse en el espacio entre la puerta y el marco, para que él no pudiera ver el lío que había organizado en la habitación de Jace, normalmente tan ordenada.

—Lamento chafarte el sueño de una boda en blanco. —Le sonrió—. Y hablando de eso, te he traído algo para que te pongas.

Sacó la mano de la espalda. Llevaba una prenda doblada. Clary la cogió y la desplegó. Era una larga columna de tela escarlata con un tono dorado, como el borde de una llama. Los tirantes eran dorados.

—Nuestra madre solía llevar esto en las ceremonias del Círculo antes de traicionar a nuestro padre —explicó Sebastian—. Póntelo. Quiero que lo luzcas esta noche.

—¿Esta noche?

—Bueno, no puedes ir a la ceremonia tal como vas vestida. —La recorrió con la mirada, desde los pies descalzos hasta el top, que se le había pegado al cuerpo por el sudor, y los pantalones polvorientos—. Tu aspecto esta noche, la impresión que puedas causar a nuestros nuevos acólitos, es importante. Póntelo.

Clary le estaba dando vueltas a la cabeza. «La ceremonia es esta noche. Nuestros nuevos acólitos.»

—¿De cuánto rato dispongo para... arreglarme? —preguntó.

—Como una hora —contestó él—. Debemos estar en el lugar sagrado a medianoche. Los otros ya se estarán reuniendo allí. No querría llegar tarde.

«Una hora.»

Con el corazón golpeándole dentro del pecho, Clary tiró el vestido sobre la cama, donde destelló como una cota de mallas. Cuando se volvió,

él seguía en la puerta, con una medio sonrisa en el rostro, como si pretendiera esperar mientras ella se cambiaba.

Clary fue a cerrar la puerta. Él la agarró por la muñeca.

—Esta noche me llamarás Jonathan. Jonathan Morgenstern. Tu hermano.

Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo, y bajó la mirada, esperando que él no pudiera verle el odio en los ojos.

—Lo que tú digas.

En cuanto él se fue, ella cogió una de las chaquetas de cuero de Jace. Se la puso, reconfortada por el calor y por el olor a él. Se calzó las botas y salió sigilosamente al pasillo, deseando una estela y una nueva runa de insonoridad. Oyó como el agua corría abajo, y a Sebastian, silbando desafinado, pero sus propios pasos aún le sonaban como cañonazos. Avanzó en silencio, contra la pared, hasta que llegó a la habitación de Sebastian y se metió dentro.

Había poca luz; la única iluminación procedía de las luces de la ciudad que entraban por la ventana, que tenía las cortinas corridas. La habitación era un caos, igual que la primera vez que la había visto. Comenzó por el armario, lleno de ropa cara: camisas de seda, chaquetas de cuero, trajes de Armani, zapatos de Bruno Magli. En el suelo del armario había una camisa blanca, hecha un lío y manchada con sangre, sangre tan vieja como para haberse vuelto marrón. Clary la miró durante un largo instante y luego cerró la puerta.

Después fue a por el escritorio, sacando cajones y revolviendo papeles. Prefería encontrar algo simple, como un papel arrancado de una libreta con «MI MALVADO PLAN» escrito como título, pero no tuvo suerte. Había docenas de papeles con complicados cálculos numéricos y alquímicos, e incluso un papel que comenzaba con «Mi hermosa», en la apiñada letra de Sebastian. Gastó un momento en pensar quién sería la «hermosa» de Sebastian; nunca había pensado en él como alguien capaz de tener sentimientos románticos hacia nada. Luego pasó a registrar la mesilla junto a la cama.

Abrió un cajón. Dentro había una pila de notas. Sobre ellas, algo brilló. Algo metálico y circular.

El anillo de las hadas.

Isabelle rodeaba a Simon con los brazos mientras regresaban a Brooklyn en la camioneta. Él estaba agotado, le dolía la cabeza y sentía todo el cuerpo magullado. Aunque Magnus le había devuelto el anillo en el lago, no había podido contactar con Clary a través de él. Y lo peor: tenía hambre. Le gustaba lo cerca que Isabelle estaba de él, la manera en que le apoyaba una mano sobre el interior del codo, acariciándolo con los dedos, a veces bajándose los hasta la muñeca. Pero el olor de ella, a perfume y sangre, le hacía rugir el estómago.

Estaba oscureciendo; el ocaso de finales de otoño seguía de cerca al día, y reducía la iluminación del interior de la cabina. Las voces de Alec y de Magnus eran murmullos en la oscuridad. Simon dejó que se le cerraran los ojos; veía al Ángel contra los párpados, una explosión de luz blanca.

«¡Simon! —La voz de Clary estalló dentro de su cabeza, despertándolo al instante—. ¿Dónde estás?»

Un grito ahogado se le escapó de entre los labios.

«¿Clary? Estaba tan preocupado...»

«Sebastian me quitó el anillo. Simon, no tenemos mucho tiempo. Tengo que contártelo. Tienen una segunda Copa Mortal. Planean invocar a Lilith y crear un ejército de cazadores de sombras oscuros, con los mismos poderes de los nefilim, pero aliados con el mundo de los demonios.»

—Estás de broma —exclamó Simon. Tardó un instante en darse cuenta de que había hablado en voz alta; Isabelle se movió a su lado, y Magnus lo miró con curiosidad.

—¿Te encuentras bien, vampiro?

—Es Clary —contestó Simon. Los tres lo miraron con idéntica expresión de sorpresa—. Está hablándome. —Se cubrió las orejas con las manos, se arrellanó en el asiento e intentó concentrarse en las palabras de Clary.

«¿Cuándo lo van a hacer?»

«Esta noche. Pronto. No sé dónde exactamente..., pero aquí son como las diez de la noche.»

«Entonces nos sacas unas cinco horas. ¿Estás en Europa?»

«No tengo ni idea. Sebastian mencionó algo llamado el Séptimo Sitio Sagrado. No sé lo que es, pero he encontrado unas notas y, al parecer, es una tumba antigua. Parece una especie de puerta, y se puede invocar a los demonios a través de ella.»

«Clary, nunca había oído hablar de nada de eso...»

«Pero Magnus o los otros igual sí. Por favor, Simon. Díselo en cuanto puedas. Sebastian va a resucitar a Lilith. Quiere la guerra. La guerra total contra los cazadores de sombras. Tiene unos cuarenta o cincuenta nefilim dispuestos a seguirle. Todos estarán allí. Simon, quiere arrasar el mundo. Tenemos que hacer todo lo que podamos para detenerlo.»

«Si las cosas están tan mal, necesitas salir de ahí.»

Clary sonó cansada.

«Lo estoy intentando. Pero puede que sea demasiado tarde.»

Simon era vagamente consciente de que todos en la camioneta lo estaban mirando con cara de preocupación. No le importó. La voz de Clary en su cabeza era como una cuerda tendida sobre un abismo, y si podía agarrar el extremo en ese lado, quizá pudiera tirar de ella y ponerla a salvo, o al menos evitar que siguiera cayendo.

«Clary, escucha. No te puedo decir cómo, es una larga historia, pero tenemos una arma. Se puede usar con Jace o con Sebastian sin que hiera al otro, y según... la persona que nos la ha dado, puede que corte su conexión.»

«¿Cortar su conexión? ¿Cómo?»

«Dijo que quemaría la maldad del que la recibiera. Si la empleamos con Sebastian, supongo que quemará el lazo que lo une a Jace, porque ese lazo es maligno. —Simon sintió como si le palpitara la cabeza y esperó sonar más seguro de lo que lo estaba—. No estoy seguro. De todas formas, es muy poderosa. Se llama *Gloriosa*..»

«¿Y la quieres emplear contra Sebastian? ¿Quemaría su unión sin matarlos?»

«Bueno, ésa es la idea. Quiero decir, puede que quizá acabe con Sebastian. Depende de cuánto bien quede dentro de él. “Si más del Infierno que del Cielo.” Creo que eso es lo que dijo el Ángel...»

«¿El Ángel? —Su alarma era palpable—. Simon, ¿qué has...?»

Su voz se cortó de repente, y Simon notó un clamor de emociones: sorpresa, furia, terror. Dolor. Gritó, y se incorporó de golpe.

«¿Clary?»

Pero sólo silencio, resonándole en la cabeza.

«¡Clary!», gritó, y luego exclamó en voz alta:

—Mierda. Se ha vuelto a ir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Isabelle—. ¿Está bien? ¿Qué está ocurriendo?

—Creo que tenemos mucho menos tiempo del que pensábamos —dijo Simon en una voz mucho más tranquila de lo que se sentía—. Magnus, para el coche. Tenemos que hablar.

—Bien —dijo Sebastian, llenando el hueco de la puerta con su presencia mientras miraba a Clary—, ¿sería un déjà vu si te preguntara qué estás haciendo en mi dormitorio, hermanita?

Clary tragó saliva que casi se le atoró en la garganta, repentinamente seca. La luz del pasillo brillaba detrás de Sebastian y lo transformaba en una silueta. No podía verle la expresión del rostro.

—¿Buscarte? —aventuró Clary.

—Estás sentada en mi cama —repuso él—. ¿Pensabas que me escondía debajo?

—Yo...

Sebastian entró en la habitación, con una curiosa tranquilidad, como si supiera algo que ella ignoraba. Algo que nadie más sabía.

—Y ¿por qué me estás buscando? ¿Y por qué no te has cambiado para la ceremonia?

—El vestido —repuso ella—. No me cabe.

—Claro que te cabe —replicó él, mientras se sentaba a su lado en la cama. Se apoyó en el cabezal y volvió el rostro hacia Clary—. Toda la otra ropa te cabe. El vestido debería ser de tu talla.

—Es de seda y chiffon; no se da.

—Eres una cosita delgaducha. No tendrías que tener problema. —Le cogió la muñeca, y ella cerró los dedos, tratando desesperadamente de ocultar el anillo—. Mira, te puedo rodear la muñeca con los dedos.

Notó la piel de él caliente contra la suya; se le erizó la piel. Recordó que, en Idris, su contacto la había quemado como ácido.

—El Séptimo Sitio Sagrado —dijo, sin mirarlo—. ¿Es ahí adonde ha ido Jace?

—Sí. Lo he enviado por delante. Está preparando las cosas para nuestra llegada. Nos reuniremos con él allí.

El corazón le dio un vuelco.

—¿No va a volver?

—No antes de la ceremonia —contestó él. Y ella captó el asomo de la sonrisa de Sebastian—. Lo que ya está bien, porque se decepcionará mucho cuando le hable de esto. —De un rápido gesto le cubrió la mano con la suya

y le abrió los dedos. El anillo dorado le relució en la palma, como una señal de fuego—. ¿Creíste que no reconocería el trabajo de las hadas? ¿Crees que la reina es tan tonta que te enviaría a recuperar esos anillos sin saber que te los quedarías? Ella quería que lo trajeras aquí, donde yo lo encontraría. — Le sacó el anillo del dedo con una sonrisita de suficiencia.

—¿Has estado en contacto con la reina? —preguntó Clary—. ¿Cómo?

—Con el anillo —ronroneó Sebastian, y Clary recordó a la reina diciendo en su voz dulce y aguda: «Jonathan Morgenstern puede ser un poderoso aliado. Los seres mágicos son gente vieja; no tomamos decisiones precipitadas, sino que esperamos primero a ver en qué dirección sopla el viento.»—. ¿De verdad te creías que la reina te iba a dejar poner las manos sobre algo que te permitiera comunicarte con tus amiguitos sin poder escuchar ella? Desde que te lo cogí, he hablado con ella y ella ha hablado conmigo. Has sido una tonta al confiar en ella, hermanita. A la reina seelie le gusta estar del lado del vencedor. Y ese lado será el nuestro, Clary. El nuestro. —Su voz era baja y suave—. Olvida a tus amigos cazadores de sombras. Tu lugar está con nosotros. Conmigo. Tu sangre ansía poder, al igual que la mía. Sea lo que sea que tu madre haya hecho para lavarte el cerebro, sabes bien quién eres. —La volvió a coger por la muñeca y tiró de ella hacia sí—. Jocelyn se equivocó en todas sus decisiones. Se puso del lado de la Clave y contra su familia. Ésta es tu oportunidad de rectificar su error.

Clary trató de zafarse de él.

—Suéltame, Sebastian. Lo digo en serio.

Él le subió la mano y la cogió por el brazo.

—Eres una cosita muy menudita. ¿Quién iba a pensar que serías tan fogosa? Sobre todo en la cama...

Ella se puso en pie de un bote y se soltó de él.

—¿Qué has dicho?

Él también se levantó, y las comisuras de la boca se le curvaron en una sonrisa irónica. Era mucho más alto que ella, casi tan alto como Jace. Él se inclinó sobre ella al hablar, y su voz era grave y áspera.

—Todo lo que marca a Jace, me marca a mí —dijo él—. Hasta tus uñas. —Sonreía burlón—. Ocho arañazos paralelos en mi espalda, hermanita. ¿No me vas a decir que no me los hiciste tú?

Clary sintió una suave explosión en la cabeza, como un apagado petardo de rabia. Miró el sonriente rostro de Sebastian y pensó en Jace, y en

Simon, y en las palabras que habían intercambiado. Si la reina realmente podía oír su conversación, entonces ya sabría que tenían a *Gloriosa*.. Pero Sebastian no lo sabía. No podía saberlo.

Clary le arrebató el anillo y lo tiró al suelo. Lo oyó gritar, pero ella ya lo estaba pisoteando; notó que cedía, y el oro se convirtió en polvo.

Él la miró incrédulo mientras ella apartaba el pie.

—Tú...

Ella echó hacia atrás la mano derecha, la más fuerte, y le dio un puñetazo en el estómago.

Él era más alto, más ancho y más fuerte que ella, pero Clary contaba con el elemento sorpresa. Él se dobló en dos, sin aire, y ella le arrancó la estela del cinturón de armas. Luego echó a correr.

Magnus dio un volantazo con tal rapidez que las ruedas chirriaron. Isabelle chilló. Traquetearon hasta el arcén, bajo la sombra de un bosquecillo de árboles parcialmente desnudos.

Antes de que Simon se diera cuenta, las puertas estaban abiertas y los demás estaban saltando al asfalto. El sol se estaba poniendo, y los faros de la camioneta estaban encendidos, iluminándolos con un tenebroso resplandor.

—Muy bien, chico vampiro —dijo Magnus, meneando la cabeza con fuerza suficiente para repartir purpurina—. ¿Qué diablos está pasando?

Alec se apoyó en la camioneta mientras Simon se explicaba, y repetía la conversación con Clary con tanta exactitud cómo podía antes de que todo se le fuera de la cabeza.

—¿Ha dicho algo sobre salir de ahí con Jace? —preguntó Isabelle cuando Simon acabó, pálida bajo el resplandor amarillento de los faros.

—No —contestó Simon—. E Iz... No creo que Jace quiera salir. Quiere estar donde esté ella.

Isabelle se cruzó de brazos y miró hacia el suelo; el negro cabello le cayó sobre la cara.

—¿Qué es el Séptimo Sitio Sagrado? —preguntó Alec—. Conozco las siete maravillas del mundo, pero ¿siete sitios sagrados?

—Son más interesantes para los brujos que para los nefilim —contestó Magnus—. Cada uno es un lugar donde las antiguas líneas de fuerza convergen y forman una matriz, una especie de red dentro de la cual los hechizos mágicos resultan amplificadas. El séptimo es una tumba de piedra

en Irlanda, en Poll nam Brón; el nombre significa «la cueva de las penas». Se halla en una zona muy árida y deshabitada llamada el Burren. Un buen lugar para invocar a un demonio, si es grande. —Se tiró de una de las puntas del cabello—. Eso es malo. Muy malo.

—¿Crees que puede hacerlo? ¿Crear... cazadores de sombras oscuros? —preguntó Simon.

—Todo tiene una adscripción, Simon. La adscripción de los nefilim es seráfica, pero si fuera demoníaca, aún serían tan fuertes y poderosos como ahora. Pero se dedicarían a la erradicación de la humanidad en vez de a su salvación.

—Tenemos que ir allí —apremió Isabelle—. Debemos detenerlos.

—«Lo», quieres decir —le corrigió Alec—. Debemos detenerlo. A Sebastian.

—Ahora Jace es su aliado. Tienes que aceptarlo, Alec —dijo Magnus. Una fina llovizna había comenzado a caer. Las gotas relucían como oro bajo el brillo de los faros.

—Irlanda va con cinco horas de adelanto. Van a realizar la ceremonia a medianoche. Aquí son las cinco. Tenemos una hora y media, quizá dos como mucho, para detenerlos.

—Entonces, no deberíamos esperar. Debemos irnos —dijo Isabelle, con un tono de pánico en la voz—. Si vamos a detenerlo...

—Iz, sólo somos cuatro —indicó Alec—. Ni siquiera sabemos a qué cantidades nos enfrentamos...

Simon miró a Magnus, quien observaba la discusión de ambos hermanos con una expresión de desapego.

—Magnus —comenzó—. ¿Por qué no fuimos a la granja a través de un Portal? Tú trasladaste así a medio Idris a la llanura de Brocelind.

—Quería darte tiempo suficiente para que cambiaras de opinión —contestó el brujo, sin quitarle la vista de encima a su novio.

—Pero puedes usar un Portal desde aquí —repuso Simon—. Quiero decir..., puedes hacerlo por nosotros.

—Sí —respondió Magnus—. Pero, como dice Alec, no sabemos a qué número nos enfrentamos. Soy un mago bastante pacífico, pero Jonathan Morgenstern no es un cazador de sombras cualquiera, ni tampoco Jace, pensándolo bien. Y si consiguen invocar a Lilith... será mucho más débil de lo que era, pero sigue siendo Lilith.

—Pero está muerta —exclamó Isabelle—. Simon la mató.

—Los Demonios Mayores no mueren —replicó Magnus—. Simon... la repartió entre los mundos. Le llevaría mucho tiempo recuperar una forma y sería débil durante años. A no ser que Sebastian la llame de nuevo. —Se pasó la mano por el cabello mojado y en punta.

—Tenemos la espada —le recordó Isabelle—. Podemos derrotar a Sebastian. Te tenemos a ti, y a Simon...

—Ni siquiera sabemos si la espada funcionará —replicó Alec—. Y no nos servirá de nada si no podemos coger a Sebastian. Y Simon ya no es el señor Indestructible. Puede morir como el resto de nosotros.

Todos miraron al vampiro.

—Tenemos que intentarlo —afirmó él—. Mirad... no, no sabemos cuántos van a estar allí; pero tenemos algo de tiempo. No mucho, pero si usamos un Portal, es el suficiente para conseguir refuerzos.

—¿Refuerzos de dónde? —quiso saber Isabelle.

—Yo iré a hablar con Maia y Jordan en el apartamento —respondió Simon, pensando rápidamente las posibilidades—. A ver si Jordan consigue ayuda del *Praetor Lupus*. Magnus, ve a la comisaría de policía e intenta enrolar a cualquier miembro de la manada que esté por ahí. Isabelle y Alec...

—¿Nos estás separando? —preguntó Isabelle, alzando la voz—. ¿Y si usamos mensajes de fuego o...?

—Nadie va a confiar en un mensaje de fuego sobre algo como esto —respondió Magnus—. Además, los mensajes de fuego son para los cazadores de sombras. ¿De verdad quieres comunicar esta información a la Clave con un mensaje de fuego en vez de ir en persona al Instituto?

—Muy bien. —Isabelle se fue al otro lado de la camioneta. Abrió la puerta de golpe, pero no entró: en vez de eso, metió la mano y sacó a *Gloriosa*.. Ésta brillaba bajo la tenue luz como un rayo oscuro, y las palabras grabadas en la hoja destellaron bajo los faros. «*Quis ut Deus?*»

A Isabelle, la lluvia estaba comenzando a pegarle el cabello a la nuca. Tenía un aspecto imponente cuando fue a reunirse con el grupo.

—Entonces, dejamos el coche aquí. Nos separamos, pero nos volveremos a encontrar en el Instituto en una hora. Luego nos marcharemos, tengamos a quien tengamos con nosotros. —Miró a sus compañeros a los ojos, uno a uno, retándolos a que se atrevieran a desafiarla —. Simon, coge esto.

Le tendió a *Gloriosa*, con la empuñadura por delante.

—¿Yo? —Simon se quedó sorprendido—. Pero yo no... nunca he usado espadas antes.

—Tú la invocaste —replico Isabelle—. El Ángel te la dio a ti, Simon, y tú serás el que la portará.

Clary se lanzó por el pasillo y bajó los escalones haciendo mucho ruido, corrió hacia abajo y hacia el punto de la pared que Jace le había dicho que era la única entrada y salida del apartamento.

No se hacía ilusiones sobre poder escapar. Sólo necesitaba unos instantes para hacer lo que debía hacer. Oyó las botas de Sebastian resonando en la escalera de vidrio, y se dio más prisa, casi estrellándose contra la pared. Clavó la estela y comenzó a dibujar muy rápido: «un dibujo tan simple como una cruz y tan nuevo en el mundo...».

Sebastian la agarró por la espalda de la chaqueta y tiró de ella hacia atrás; la estela salió volando. Clary ahogó un grito cuando él la alzó del suelo y la tiró contra la pared, dejándola sin respiración. Sebastian miró la Marca que ella había hecho en la pared, y sus labios se curvaron en una sonrisa despectiva.

—¿La runa de apertura? —preguntó. Se inclinó hacia delante y le siseó en la oreja—: Y no la has acabado. Aunque no importa. ¿De verdad crees que existe algún lugar en este mundo donde yo no pueda encontrarte?

Clary le respondió con un epíteto que habría conseguido que la echaran de clase en una universidad privada. Cuando él comenzó a reír, ella le cruzó la cara con una bofetada tan fuerte que le dolió la mano. Sorprendido, él relajó la fuerza con la que la agarraba y ella se soltó de él, saltó por encima de la mesa y corrió hacia el dormitorio de abajo, que al menos tenía un pestillo en la puerta...

Y él estaba ante ella; la agarró por las solapas de la chaqueta y la volteó. Ella perdió pie, y se habría caído si él no la hubiera aplastado contra la pared con su cuerpo, un brazo a cada lado, creando una jaula alrededor de ella.

La sonrisa de Sebastian era diabólica. El elegante chico que había paseado por el Sena con ella, había bebido chocolate caliente y le había hablado sobre sus orígenes había desaparecido. Sus ojos eran totalmente negros, sin pupilas, como túneles.

—¿Qué te pasa, hermanita? Pareces preocupada.

Ella casi no podía respirar.

—Me... he... estropeado... la laca de uñas... al cruzarte... tu asquerosa cara. ¿Lo ves? —Ella le mostró el dedo, sólo uno.

—Muy mono —bufó él—. ¿Sabes por qué supe que nos traicionarías? ¿Cómo supe que no podrías evitarlo? Porque eres exactamente como yo.

Él la apretó con más fuerza contra la pared. Clary notaba el pecho de Sebastian hinchándose y vaciándose contra el suyo. Sus ojos estaban a la altura de la recta línea de su clavícula. Su cuerpo era como una prisión alrededor de ella, inmovilizándola.

—No soy para nada como tú. Suéltame...

—Eres como yo en todo —le gruñó a la oreja—. Te infiltraste entre nosotros. Fingiste amistad, fingiste cariño.

—Nunca he tenido que fingir cariño con Jace.

Ella vio que algo destellaba en los ojos de Sebastian, unos celos negros, y ella no estuvo segura de quién estaba celoso. Le puso los labios en la mejilla, tan cerca que ella los notó moverse contra su piel cuando él habló.

—Nos has jodido —murmuró. Le apretaba el brazo izquierdo con fuerza; lentamente comenzó a bajarlo—. Lo más probable es que jodieras literalmente a Jace...

Ella no pudo evitar una mueca. Lo notó aspirar con fuerza.

—Lo hiciste —dijo él—. Te acostaste con él. —Sonaba como si se sintiera traicionado.

—Eso no asunto tuyo.

Él le cogió el rostro y se lo volvió para que lo mirara, clavándole los dedos en la mejilla.

—No puedes joder a alguien para hacerlo bueno. Un agradable truco cruel, debo reconocerlo. —Su bonita boca se curvó en una fría sonrisa—. Sabes que no recuerda nada, ¿verdad? ¿Te lo hizo pasar bien, al menos? Porque yo sí lo habría hecho.

Ella notó el sabor a bilis en el cuello.

—Eres mi hermano.

—Esas palabras no significan nada para nosotros. No somos humanos. Sus reglas no se nos aplican. Leyes estúpidas sobre qué ADN puede mezclarse con cuál. Muy hipócritas, la verdad, si se piensa bien. Nosotros ya somos experimentos. Los faraones del antiguo Egipto solían casarse con sus hermanas. Cleopatra se casó con su hermano. Refuerza la línea de sangre.

Ella lo miró con desprecio.

—Sabía que estabas loco —dijo—. Pero no me había dado cuenta de que habías perdido la cabeza de una forma tan absoluta y espectacular.

—Oh, yo no creo que haya nada de locura en eso. ¿A quién pertenecemos sino el uno al otro?

—Jace —replicó ella—. Yo pertenezco a Jace.

Él hizo un sonido de menosprecio.

—Puedes quedarte con él.

—Pensaba que lo necesitabas.

—Es cierto. Pero no para lo que lo necesitas tú. —De repente, le puso las manos en la cintura—. Podemos compartirlo. No me importa lo que hagas. Mientras sepas que me perteneces a mí.

Ella alzó las manos con la intención de apartarlo de un empujón.

—No te pertenezco. Me pertenezco a mí.

La mirada en los ojos de Sebastian la dejó helada.

—Creo que eres más lista que todo eso —replicó él, y puso la boca sobre la de ella, con fuerza.

Por un momento, Clary se halló de vuelta en Idris, delante de las ruinas quemadas de la mansión Fairchild; Sebastian estaba besándola y ella se sentía como si estuviera cayendo hacia la oscuridad, por un túnel infinito. En aquel momento había pensado que algo no iba bien en ella. Que no podía besar a nadie más que a Jace. Que estaba averiada.

Pero ya sabía la verdad. Sebastian movió la boca sobre la de ella, tan dura y fría como un navajazo en la oscuridad; ella se puso de puntillas y le mordió los labios con fuerza.

Él gritó y se apartó de ella, mientras se llevaba la mano a la boca. Clary notó el sabor de su sangre, a cobre amargo; le caía por la barbilla mientras la miraba incrédulo.

—Tú...

Ella giró y le dio una patada en el estómago, con fuerza, esperando que aún lo tuviera resentido del puñetazo de antes. Cuando él se dobló en dos, ella salió corriendo hacia la escalera. Estaba a medio camino cuando notó que la cogía por detrás del cuello de la chaqueta. Él la movió en un arco como si fuera un bate de béisbol y la lanzó contra la pared. Se golpeó con fuerza y cayó de rodillas, sin aliento.

Sebastian fue hacia ella, flexionando los puños a los costados, mientras los ojos relucían negros como los de un tiburón. Era terrorífico; Clary sabía

que debería estar asustada, pero un distanciamiento frío y vidrioso se apoderó de ella. El tiempo parecía ir más despacio. Recordó luchar en la tienda de Praga, cómo se había perdido en su propio mundo donde cada movimiento era tan preciso como el de un reloj. Sebastian se agachó hacia ella, y Clary se apoyó en el suelo, tomó impulsó y lanzó las piernas de lado; le golpeó en las pantorrillas y le hizo perder el equilibrio.

Sebastian cayó hacia delante; ella rodó sobre sí misma, se apartó y se puso en pie de un salto. Esta vez no se molestó en correr, sino que cogió un jarrón de porcelana de la mesa y, cuando Sebastian se levantaba, se lo estrelló en la cabeza. El jarrón se hizo añicos, salpicando agua y hojas, y Sebastian se tambaleó hacia atrás, mientras la sangre comenzaba a mancharle el cabello blanco plateado.

Él rugió y saltó sobre ella. Fue como ser golpeada por una bola de demolición. Clary voló de espaldas, se estrelló contra el tablero de la mesa, lo atravesó y golpeó el suelo en un estallido de vidrios rotos y dolor. Gritó cuando Sebastian aterrizó sobre ella, empujándole el cuerpo contra los añicos de vidrio, con los labios contraídos en un rugido. Él le cruzó la cara de un guantazo. La sangre la cegó; se atragantó con su sabor en la boca, y la sal le picó en los ojos. Clary alzó la rodilla y le dio en el estómago, pero era como golpear una pared. Él le agarró las manos y se las inmovilizó a los lados.

—Clary, Clary, Clary —dijo él. Jadeaba. Al menos lo había dejado sin aliento. La sangre le caía en un lento hilillo del corte que tenía a un lado de la cabeza, y le teñía el cabello de rojo—. No está mal. En Idris no eras una gran luchadora.

—Sal de encima...

Él acercó el rostro al de ella. Sacó la lengua. Ella trató de apartarse, pero no se movió con suficiente rapidez. Él le lamió la sangre que ella tenía en el rostro y sonrió. La sonrisa le partió el labio, y por la barbilla le cayó más sangre.

—Me preguntaste a quién pertenecía yo —susurró él—. Te pertenezco a ti. Tu sangre es mi sangre; tus huesos, mis huesos. La primera vez que me viste, te resulté conocido, ¿verdad? Igual que tú me resultaste familiar a mí.

Ella lo miró con ojos muy abiertos.

—Estás como una regadera.

—Está en la Biblia —continuó él—. El Cantar de los Cantares. «Me has robado el corazón, hermana y novia mía, me has robado el corazón, con

una sola mirada, con una vuelta de tu collar.» —Le rozó el cuello con los dedos, enredándolos en la cadena que llevaba ahí, la cadena de la que había colgado el anillo de los Morgenstern. Clary se preguntó si le aplastaría la tráquea—. «Yo dormía, velaba mi corazón. ¡La voz de mi amado que llama!: “¡Ábreme, mi hermana, mi amor!”» —La sangre de él le goteaba en la cara a Clary. Se quedó quieta, con el cuerpo vibrándole por el esfuerzo, mientras él le bajaba la mano del cuello, por el costado, hasta la cintura. Metió los dedos en la cintura del pantalón. Tenía la piel ardiendo; Clary notaba que él la deseaba.

—Tú no me amas —dijo ella. Su voz era un hilillo; él le estaba chafando los pulmones. Recordó lo que su madre había dicho: que cualquier emoción que mostraba Sebastian era fingida. Clary tenía la cabeza clara como el cristal; en silencio, agradeció a la euforia de la pelea por mantenerla concentrada mientras Sebastian la asqueaba con sus caricias.

—Y a ti no te importa que sea tu hermano —repuso él—. Sé lo que sentías por Jace, incluso cuando pensabas que era tu hermano. A mí no puedes mentirme.

—Jace es mejor que tú.

—Nadie es mejor que yo. —Sonrió con superioridad, todo él dientes blancos y sangre—. «Un jardín escondido es mi hermana. Arroyo cerrado, fuente sellada.» Pero ya no, ¿verdad? Jace se encargó de eso. —Él trató de desabrochar el botón de los vaqueros, y ella aprovechó su distracción para agarrar un trozo de vidrio triangular de buen tamaño del suelo y clavarle la quebrada punta en el hombro.

El vidrio se le resbaló por los dedos y le hizo un corte. Él lanzó un alarido y se echó hacia atrás, pero más por la sorpresa que por el dolor; el uniforme lo protegía. Clary le volvió a clavar el vidrio, esta vez con más fuerza y en el muslo, y cuando él se echó hacia atrás, le golpeó con el otro codo en el cuello. Sebastian se fue de lado, ahogándose, y ella rodó sobre él mientras le arrancaba el vidrio ensangrentado de la pierna. Bajó el vidrio hacia la vena que le palpitaba a Sebastian en el cuello, y se detuvo.

Él reía. Estaba bajo ella, y reía; y su risa le hacía vibrar todo el cuerpo a Clary. La piel de Sebastian estaba salpicada de sangre; de la sangre de Clary, que le goteaba encima; de su propia sangre allí donde ella lo había golpeado, con el blanco cabello pegado con ella. Sebastian dejó caer los brazos a ambos lados, abiertos como alas, como un ángel roto, caído del cielo.

—Mátame, hermanita —la desafió—. Mátame y matarás también a Jace.

Ella bajó el trozo de vidrio.

Clary gritó de pura frustración mientras el trozo de vidrio se hundía en el suelo de madera, a unos centímetros del cuello de Sebastian.

Lo notó reír debajo de ella.

—No puedes hacerlo —dijo él—. No puedes matarme.

—Vete a la mierda —gruñó ella—. No puedo matar a Jace.

—Es lo mismo —repuso él, y se sentó a tal velocidad que ella casi ni lo vio moverse; la golpeó en la cara con tal fuerza que la envió deslizándose por el suelo lleno de vidrios. Su viaje terminó cuando se topó contra la pared, tuvo arcadas y tosió sangre. Hundió la cabeza en el antebrazo; el sabor y el olor metálicos de su propia sangre estaban por todas partes, le provocaban náuseas. Un momento después, Sebastian la agarró por la chaqueta y la puso en pie.

Ella no se resistió. ¿Qué sentido tendría? ¿Por qué luchar contra alguien que estaba dispuesto a matarte y sabía que tú no estabas dispuesto a matarlo a él, o incluso a herirlo de gravedad? Se quedó quieta mientras él la examinaba.

—Podría ser peor —comentó él—. Parece que la chaqueta te ha protegido de daños mayores.

¿Daños mayores? Clary se sentía como si la hubieran cortado por todas partes con finos cuchillos. Lo miró con ojos entrecerrados y furiosa, mientras él la cogía en brazos. Era como había sido en París, cuando él la alejó de los demonios dahak, pero entonces ella había estado... si no agradecida, al menos confusa; pero en ese momento estaba ardiendo de odio. Ella mantuvo el cuerpo tenso mientras él la llevaba arriba. Clary estaba tratando de no pensar que era él quien la tocaba, que no era su brazo el que tenía bajo los muslos, sus manos posesivas en la espalda.

«Lo mataré —pensó—. Encontraré la manera, y lo mataré.»

Sebastian entró en la habitación de Jace y la dejó en el suelo sin contemplaciones. Ella se tambaleó dando un paso hacia atrás. Él la cogió y le arrancó la chaqueta. Debajo, ella sólo llevaba una camiseta. Estaba hecha jirones, como si se hubiera pasado un rallador por encima, y manchada de sangre por todas partes.

Sebastian soltó un silbido.

—Estás hecha un asco, hermanita —dijo—. Será mejor que te metas en el cuarto de baño y te limpies esa sangre.

—No —replicó ella—. Déjalos que me vean así. Déjalos que vean lo que has tenido que hacerme para que vaya contigo.

Él la agarró por la barbilla y la obligó a alzar el rostro. Sus caras quedaron sólo a unos centímetros. Ella quiso cerrar los ojos, pero se negó a darle esa satisfacción. Le devolvió la mirada, a los lazos de plata de sus ojos negros; la sangre en el labio, donde ella le había mordido.

—Me pertenesces —repitió él—. Y te tendré a mi lado, tenga lo que tenga que hacer para que estés allí.

—¿Por qué? —preguntó ella, notando la rabia tan amarga en la lengua como el sabor de la sangre—. ¿Y qué te importa? Sé que no puedes matar a Jace, pero podrías matarme a mí. ¿Por qué no lo haces?

Por un instante, los ojos de Sebastian se volvieron distantes, vidriosos, como si estuviera viendo algo que a ella le resultaba invisible.

—Este mundo será consumido por el fuego —contestó—. Pero, si haces lo que te digo, yo os llevaré a Jace y a ti entre las llamas sin que os ocurra nada malo. Es una gracia que no le concedo a nadie más. ¿No ves lo tonta que eres al rechazarla?

—Jonathan —repuso Clary—. ¿No ves lo estúpido que resulta pedirme que luche a tu lado cuando lo que quieres es reducir el mundo a cenizas?

Él enfocó de nuevo los ojos y la miró.

—Pero ¿por qué? —Era casi un ruego—. ¿Qué le ves de valioso a este mundo? Sabes que hay otros. —Su sangre destacaba muy roja contra su pálida piel—. Dime que me amas. Dime que me amas y que lucharás conmigo.

—No te amaré nunca. Te equivocas cuando dices que tenemos la misma sangre. Tu sangre es veneno. Veneno de demonio. —Escupió las últimas palabras.

Él se limitó a sonreír, con los ojos reluciéndole sombríos. Ella notó que algo le quemaba en el brazo, y pegó un bote antes de darse cuenta de que

era una estela; Sebastian le estaba trazando un *iratze* en la piel. Le odió incluso cuando el dolor desapareció. El brazalete le resonó sobre la muñeca cuando movió la mano ágilmente, acabando la runa.

—Sabía que mentías —le dijo ella de repente.

—Digo muchas mentiras, cariño —repuso él—. ¿Cuál en concreto?

—Tu brazalete —contestó ella—. «Acheronta movebo.» No significa «Así siempre a los tiranos»: eso es «Sic semper tyrannis». Esto es de Virgilio. «Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo.» «Si no puedo convencer al Cielo, moveré a los Infiernos.»

—Tu latín es mejor de lo que pensaba.

—Aprendo rápido.

—No lo suficiente. —Le soltó la barbilla—. Y ahora, métete en el baño y límpiate —le ordenó a empujones. Cogió el vestido de ceremonias de su madre de la cama y se lo puso en los brazos—. Queda poco tiempo, y mi paciencia se agota. Si no sales en diez minutos, iré a buscarte. Y te aseguro que no te gustará.

—Me muero de hambre —dijo Maia—. Parece como si hiciera días que no cómo. —Abrió la puerta de la nevera y miró—. Oh, aj.

Jordan la apartó, la rodeó con los brazos y le rozó la nuca con los labios.

—Podemos pedir algo. Pizza, tailandés, mexicano..., lo que prefieras. Mientras no cueste más de veinte dólares.

Ella se volvió entre sus brazos, riendo. Llevaba una de las camisas de Jordan; a él le iba un poco grande, y a ella le llegaba casi a las rodillas. Se había recogido el pelo en un moño en la nuca.

—Derrochador —bromeó ella.

—Por ti, lo que sea. —La alzó por la cintura y la sentó en uno de los taburetes de la barra de la cocina—. Puedes comerte un taco. —La besó. Los labios de Jordan eran dulces, con un leve sabor a menta de la pasta de dientes. Ella notó la excitación que le provocaba tocarlo, que le comenzaba en la base de la columna y se le extendía por todos los nervios.

Rió en la boca de él, echándole los brazos al cuello. Un seco timbre atravesó el zumbido de su sangre, mientras Jordan se apartaba, frunciendo el ceño.

—Mi móvil. —Sin soltarla, palpó la barra con la otra mano hasta que encontró el teléfono. Había dejado de sonar, pero de todas formas lo abrió,

y frunció el ceño—. Es el *Praetor* .

El *Praetor* no llamaba nunca, o al menos lo hacía muy rara vez. Sólo cuando algo era de una importancia vital. Maia suspiró y se apartó de él.

—Cógelo.

Él asintió, mientras ya se llevaba el móvil a la oreja. Su voz se convirtió en un suave murmullo en el fondo de la conciencia de Maia mientras saltaba de la barra e iba a la nevera, donde estaban enganchados los menús de la comida a domicilio. Los fue mirando hasta que encontró el del restaurante tailandés cercano que a ella le gustaba; se volvió con el papel en la mano.

Jordan estaba de pie en medio del salón, pálido, con el teléfono olvidado en la mano. Maia podía oír una vocecita distante que salía de él, llamándolo.

Maia dejó caer el menú y corrió hacia él. Le cogió el teléfono de la mano, cortó la llamada y lo dejó en la barra.

—¿Jordan? ¿Qué ha pasado?

—Mi compañero de cuarto, Nick, ¿recuerdas? —contestó él, con la incredulidad marcada en sus ojos de color avellana—. No lo llegaste a conocer, pero...

—Vi fotos tuyas —repuso ella—. ¿Le ha pasado algo?

—Está muerto.

—¿Cómo?

—El cuello abierto, y toda la sangre desaparecida. Creen que localizó a su misión y ella lo mató.

—¿Maureen? —Maia estaba sorprendida—. Pero si sólo es una niña.

—Ahora es una vampira. —Tragó aire—. Maia...

Ella se lo quedó mirando. Tenía los ojos vidriosos y el cabello revuelto. Un pánico inesperado se despertó en su interior. Besarse, acariciarse y practicar sexo era una cosa. Consolar a Jordan afectado por la muerte de alguien era algo muy diferente. Significaba compromiso. Significaba cariño. Significaba querer aliviar el dolor y, al mismo tiempo, dar gracias porque lo malo que hubiera pasado, no les hubiera pasado a ellos.

—Jordan —dijo con suavidad, se puso de puntillas y lo abrazó—. Lo siento.

Notó el corazón del chico latiendo con fuerza contra el de ella.

—Nick sólo tenía diecisiete años.

—Pero era un *Praetor* , como tú —repuso ella en voz baja—. Sabía que era peligroso. Tú sólo tienes dieciocho. —Él la abrazó con más fuerza, pero no dijo nada—. Jordan —continuó ella—. Te amo. Te amo y lo siento.

Notó que él se quedaba parado. Era la primera vez que decía esas palabras desde unas semanas antes de que la mordiera. Él parecía estar aguantando la respiración. Finalmente soltó un pequeño grito ahogado.

—Maia —dijo con voz quebrada. Y luego, increíblemente, antes de que él pudiera decir nada más... sonó el móvil de ella.

—No importa —dijo ella—. No lo cojo.

Él la soltó, mirándola con ternura; su rostro estaba desconcertado de pena y sorpresa.

—No —repuso él—. No, podría ser importante. Cógelo.

Maia suspiró y fue a la barra. Cuando llegó, el móvil había dejado de sonar, pero había un mensaje de texto parpadeando en la pantalla. Notó que se le tensaban los músculos del estómago.

—¿Quién es? —preguntó Jordan, como si hubiera notado la repentina tensión de Maia. Tal vez así fuera.

—El 911. Una emergencia. —Se volvió hacia él, sujetando el móvil—. Una llamada a la lucha. Han avisado a todos los de la manada. De Luke... y Magnus. Tenemos que marcharnos inmediatamente.

Clary se hallaba sentada en el suelo del cuarto de baño de Jace, con la espalda contra la bañera y las piernas estiradas al frente. Se había lavado la sangre de la cara y el cuerpo, y se había enjuagado el cabello en el lavabo. Llevaba el vestido de ceremonias de su madre remangado hasta los muslos y notaba las losetas del suelo frías contra las pantorrillas y los pies descalzos.

Se miró las manos. Pensó que deberían ser diferentes. Pero eran las mismas manos que siempre había tenido, con dedos delgados, uñas cuadradas (una artista no quería tener uñas largas) y pecas en los nudillos. Su rostro también era el mismo. Toda su cuerpo seguía siendo igual, pero ella no. Esos últimos días la habían cambiado de maneras que ni ella misma llegaba a entender del todo.

Se levantó y se miró en el espejo. Estaba pálida, en contraste con los intensos colores de su cabello y del vestido. Tenía el cuello y los hombros decorados con morados.

—¿Admirándote?

No había oído abrir la puerta a Sebastian, pero ahí estaba, apoyado en el marco. Llevaba un tipo de traje de cazador de sombras que ella no había visto nunca: el material duro de siempre, pero del color escarlata de la sangre fresca. También había añadido un accesorio a su indumentaria: una ballesta curvada. La sostenía tranquilamente en una mano, aunque debía de ser pesada.

—Estás encantadora, hermana. Una compañera adecuada para mí.

Clary se tragó lo que le iba a contestar, acompañado del sabor a sangre que aún le permanecía en la boca, y fue hacia él. Sebastian la cogió por el brazo cuando ella trató de pasar entre él y la puerta. Le pasó la mano por el hombro desnudo.

—Bien —dijo él—. No estás Marcada aquí. No me gusta que las mujeres destrocen su piel con cicatrices. Ponte Marcas sólo en los brazos y las piernas.

—Preferiría que no me tocaras.

Él soltó un bufido y alzó la ballesta. Tenía el dardo colocado, listo para ser disparado.

—Camina —le ordenó—. Estaré detrás de ti.

Clary tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apartarse de él. Se volvió y fue hacia la puerta, notando un ardor entre los omoplatos, en el punto donde suponía que le apuntaba la ballesta. Bajaron así la escalera de vidrio y atravesaron la cocina y el salón. Sebastian gruñó al ver la runa que Clary había trazado en la pared, pasó la mano ante ella y apareció una puerta. La hoja de la puerta se abrió a un cuadrado de oscuridad.

La ballesta empujó con fuerza a Clary por la espalda.

—Camina.

Clary respiró hondo y avanzó hacia las sombras.

Alec golpeó el botón de la pequeña jaula del ascensor, y se apoyó en la pared.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Isabelle miró la pantalla de su móvil.

—Unos cuarenta minutos.

El ascensor comenzó a subir. Isabelle miró de reojo a su hermano. Parecía cansado, tenía grandes ojeras. A pesar de su fuerza y su altura, Alec, con sus ojos azules y su suave cabello negro hasta los hombros, parecía más frágil de lo que era.

—Estoy bien —repuso él, contestando la silenciosa pregunta de Isabelle—. Tú eres la que se va a meter en un lío por pasar las noches fuera de casa. Yo tengo dieciocho años. Puedo hacer lo que quiera.

—Le he enviado mensajes a mamá todas las noches que me he quedado contigo y con Magnus —dijo Isabelle mientras el ascensor paraba—. Tampoco es que ella no supiera dónde estaba yo. Y hablando de Magnus...

Alec pasó ante ella y abrió la puerta del ascensor.

—¿Qué?

—¿Estáis bien? Me refiero a si os va bien juntos.

Alec le lanzó una mirada incrédula mientras salía del ascensor.

—¿Todo se está yendo a la porra y tú quieres saber cómo va mi relación con Magnus?

—Siempre me ha sorprendido esa expresión —repuso Isabelle pensativa, mientras corría detrás de su hermano por el pasillo. Alec tenía unas piernas muy, muy largas y, aunque ella era rápida, era difícil seguirle el paso cuando él lo quería—. ¿Por qué una porra? ¿Qué es una porra, y qué tiene de especial para que haya que ir allí?

—Magnus y yo estamos bien, supongo —contestó Alec, que había sido el *parabatai* de Jace durante el tiempo suficiente para aprender a prescindir de las tangentes en la conversación.

—Uy, uy —repuso Isabelle—. ¿Bien, supones? Ya sé lo que significa cuando dices eso. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

Alec toqueteaba la pared con los dedos mientras corrían, una señal segura de que estaba incómodo.

—Deja de meterte en mi vida amorosa, Iz. Y tú ¿qué? ¿Por qué Simon y tú no sois novios? Es evidente que te gusta.

Isabelle soltó un graznido.

—No es tan evidente.

—Lo es, la verdad —replicó Alec, que parecía como si eso también le sorprendiera—. Lo miras con ojos de cordero degollado. La forma en que te pusiste cuando el Ángel apareció en el lago...

—¿Creí que Simon estaba muerto!

—¿Qué?, ¿más muerto? —replicó Alec sin ninguna compasión. Al ver la expresión en el rostro de su hermana, se encogió de hombros—. Mira, si te gusta, está bien. Pero no veo por qué no estáis saliendo.

—Porque yo no le gusto.

—Claro que le gustas. Les gustas a todos los chicos.

—Perdóname si pienso que tu opinión es parcial.

—Isabelle —dijo Alec, y en ese momento sí había cariño en su voz, un tono que ella asociaba con su hermano: amor y exasperación mezclados—. Sabes que eres muy hermosa. Los tíos te han ido detrás desde... siempre. ¿Por qué iba a ser Simon diferente?

Isabelle se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero lo es. Supongo que la pelota está en su tejado. Sabe lo que siento. Pero no parece que esté corriendo para hacer nada al respecto.

—Para ser justos, tiene otras cosas en que pensar.

—Lo sé, pero... siempre ha sido así. Clary...

—¿Crees que sigue enamorado de Clary?

Isabelle se mordisqueó el labio.

—Esto... No exactamente. Creo que ella es lo único que conserva de su vida humana, y no puede dejarla ir. Y mientras no la deje ir, no sé si habrá espacio para mí.

Casi habían llegado a la biblioteca. Alec miró de reojo a su hermana a través de las pestañas.

—Pero si sólo son amigos...

—Alec. —Isabelle alzó una mano para indicarle que se callara. Se oían voces procedentes de la biblioteca; la primera, estridente, y la reconocieron inmediatamente como la de su madre.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—Nadie la ha visto en los últimos dos días —dijo otra voz, suave, femenina y con un ligero tono de disculpa—. Vive sola, así que la gente no estaba segura; pero pensamos que ya que conoces a su hermano...

Sin detenerse, Alec abrió de golpe la puerta de la biblioteca. Isabelle pasó ante él y vio a su madre sentada detrás del enorme escritorio de caoba situado en el centro de la sala. Frente a ella había dos personas conocidas: Aline Penhallow, vestida de uniforme, y junto a ella, Helen Blackthorn, con su rizado cabello revuelto. Ambas se volvieron, sorprendidas, cuando la puerta se abrió. Helen estaba pálida bajo las pecas; también iba de uniforme, lo que aún la hacía más pálida.

—Isabelle —exclamó Maryse mientras se ponía en pie—. Alexander. ¿Qué ha ocurrido?

Aline le cogió la mano a Helen. Anillos de plata destellaron en ambas manos. El anillo Penhallow, con su dibujo de montañas, brillaba en el dedo

de Helen, mientras que el dibujo de espinos entrelazados del anillo de la familia Blackthorn adornaba el de Aline. Isabelle notó que se le alzaban las cejas: intercambiar anillos era un asunto serio.

—Si estamos interrumpiendo, podemos irnos... —comenzó Aline.

—No, quedaos —repuso Isabelle dirigiéndose hacia ellos—. Podemos necesitaros.

Maryse volvió a sentarse.

—Bien —dijo—. Mis hijos me honran con su presencia. ¿Dónde habéis estado?

—Ya te lo dije —contestó Isabelle—. En casa de Magnus.

—¿Por qué? —preguntó Maryse—. Y no te lo pregunto a ti, Alec. Se lo pregunto a mi hija.

—Porque la Clave dejó de buscar a Jace —respondió Isabelle—. Pero nosotros no.

—Y Magnus ha querido ayudarnos —añadió Alec—. Se ha pasado las noches en vela, rebuscando en libros de hechizos, tratando de averiguar dónde podría estar Jace. Incluso invocó a...

—No. —Maryse alzó la mano para silenciarlo—. No me lo digas. No quiero saberlo. —El teléfono negro de su escritorio comenzó a sonar. Todos lo miraron. Una llamada por el teléfono negro era una llamada de Idris. Nadie fue a contestar, y al cabo de un momento dejó de sonar—. ¿Por qué estáis aquí? —preguntó Maryse, volviendo la atención hacia sus hijos.

—Estábamos buscando a Jace... —comenzó Isabelle de nuevo.

—Eso es trabajo de la Clave —replicó Maryse. Isabelle notó que parecía cansada, con la piel tirante bajo los ojos. Unas arrugas en los extremos de la boca le tensaban los labios. Estaba tan delgada que los huesos de las muñecas le sobresalían—. No el vuestro.

Alec dio una palmada en la mesa, tan fuerte que los cajones repicaron.

—¿Quieres escucharnos? La Clave no ha encontrado a Jace, pero nosotros sí. Y a Sebastian con él. Y ahora sabemos qué están planeando, y tenemos... —miró hacia el reloj de la pared— casi nada de tiempo para detenerlos. ¿Vas a ayudarnos o no?

El teléfono negro sonó de nuevo. Y de nuevo Maryse no contestó. Miraba a Alec, pálida por la impresión.

—¿Que habéis hecho qué?

—Sabemos dónde está Jace, mamá —contestó Isabelle—. O, al menos, dónde va a estar. Y lo que va a hacer. Conocemos el plan de Sebastian, y

hay que detenerlo. Oh, y sabemos cómo matar a Sebastian y no a Jace...

—Para. —Maryse negó con la cabeza—. Alexander, explícate. Conciso y sin histeria. Gracias.

Alec explicó la historia, omitiendo, en opinión de Isabelle, todo lo mejor, aunque así consiguió resumir las cosas adecuadamente. Y pese a que su versión fuera abreviada, tanto Aline como Helen estaban boquiabiertas al final. Maryse permanecía muy quieta, con los rasgos inmóviles.

—¿Por qué habéis hecho todo eso? —preguntó ella cuando Alec acabó, en una voz apagada.

Su hijo parecía perplejo.

—Por Jace —contestó Isabelle—. Para recuperarlo.

—¿Os dais cuenta de que, al ponerme en esta posición, no me dais más elección que notificarlo a la Clave? —preguntó Maryse con la mano sobre el teléfono negro—. Ojalá no hubierais venido aquí.

A Isabelle se le secó la boca.

—¿Estás muy enfadada porque al final te hemos explicado qué está pasando?

—Si informo a la Clave, enviarán refuerzos. Jia no tendrá más remedio que ordenar que maten a Jace en cuanto lo vean. ¿Tenéis idea de cuántos cazadores de sombras siguen al hijo de Valentine?

Alec negó con la cabeza.

—Parece que unos cuarenta.

—Digamos que llevamos el doble. Podremos estar bastante seguros de derrotar a sus fuerzas, pero ¿qué posibilidades tendrá Jace? No tenemos ninguna certeza de que acabe vivo. Lo matarán sólo para asegurarse.

—Entonces no podemos decírselo —repuso Isabelle—. Iremos nosotros. Tendremos que hacerlo sin la Clave.

Pero Maryse, mirándola, ya negaba con la cabeza.

—La Ley dice que tenemos que informar.

—A la porra con la Ley... —comenzó Isabelle enfadada. Se fijó en que Aline la estaba mirando y cerró la boca.

—No te preocupes —dijo Aline—. No voy a decirle nada a mi madre. Os lo debo. Sobre todo a ti, Isabelle. —Alzó el mentón, e Isabelle recordó la oscuridad bajo un puente en Idris, y su látigo clavándose en un demonio, cuyas garras se cerraban sobre Aline—. Además, Sebastian mató a mi primo. El auténtico Sebastian Verlac. Tengo mis propias razones para odiarle.

—De todas formas —repuso Maryse—, si no se lo decimos, estaremos violando la Ley. Nos podrían sancionar, o algo peor.

—¿Algo peor? —preguntó Alec—. ¿De qué estamos hablando? ¿Exilio?

—No lo sé, Alexander —respondió su madre—. Corresponderá a Jia Penhallow, y a quien consiga el cargo de Inquisidor, decidir el castigo.

—Tal vez será papá —mascullo Izzy—. Quizá no sea muy duro con nosotros.

—Si no le informamos de esta situación, Isabelle, tu padre no tendrá ninguna posibilidad de conseguir el puesto de Inquisidor. Ninguna —afirmó Maryse.

Isabelle respiró hondo.

—¿Podrían quitarnos las Marcas? —inquirió—. ¿Podríamos... perder el Instituto?

—Isabelle —respondió Maryse—. Podríamos perderlo todo.

Clary parpadeó mientras los ojos se le iban adaptando a la oscuridad. Se hallaba en una planicie pedregosa, azotada por el viento, sin nada que rompiera la fuerza del vendaval. Parches de hierba crecían entre losas de piedra negra. En la distancia, colinas calizas, erosionadas, pedregosas y sombrías, se recortaban, de negro y hierro, contra el cielo nocturno. Había luces más adelante. Clary reconoció el resplandor blanco e irregular de la luz mágica. La puerta del apartamento se cerró tras ellos.

Se oyó una explosión apagada. Clary se volvió y vio que la puerta había desaparecido; había un pedazo de tierra y hierba chamuscado, aún humeante, donde ella había estado. Sebastian lo miraba con total perplejidad.

—¿Qué...?

Clary rió. Sintió una oscura alegría al ver la expresión del rostro de su hermano. Nunca lo había visto tan sorprendido; toda su seguridad se había desvanecido, tenía la expresión descarnada y horrorizada.

Volvió a alzar la ballesta, a centímetros del corazón de Clary. Si disparaba a esa distancia, el dardo le atravesaría el corazón y la mataría al instante.

—¿Qué has hecho?

Clary lo miró con una sombría expresión de triunfo.

—Aquella runa. La que pensaste que era una runa de apertura sin acabar. No lo era. Era algo que no habías visto nunca. Una runa que yo he creado.

—¿Una runa de qué?

Clary recordó haber puesto la estela contra la pared, la forma de la runa que había inventado la noche que Jace había ido a por ella a casa de Luke.

—Para destruir el apartamento en cuanto alguien abriera la puerta. El apartamento ya no está. No puedes volver a usarlo. Nadie puede.

—¿No está? —La ballesta tembló; a Sebastian se le tensaban nerviosos los labios y tenía los ojos enloquecidos—. Zorra. Maldita...

—Mátame —lo retó ella—. Va, mátame. Y explícaselo después a Jace. Te desafío.

Él la miró, respirando agitado, con los dedos temblando sobre el disparador. Lentamente apartó la mano de él. Tenía los ojos entrecerrados y furiosos.

—Hay cosas peores que morir —afirmó—. Y te las haré todas, hermanita, después de que hayas bebido de la Copa. Y te gustarán.

Ella le escupió. Él le golpeó con fuerza en el pecho con la punta de la ballesta.

—Date la vuelta —rugió, y ella lo hizo, mareada por una mezcla de terror y triunfo, mientras Sebastian la empujaba por una subida rocosa. Clary llevaba unos zapatos finos, y notaba cada piedra y grieta de las rocas. A medida que se acercaban a la luz mágica, Clary fue viendo el panorama que se abría ante ella.

Por delante, el suelo se alzaba formando una colina baja. En lo alto, mirando al norte, se hallaba un enorme túmulo de piedra. Le recordó un poco a Stonehenge: había dos estrechos menhires que sujetaban una piedra plana; el conjunto parecía una puerta. Frente a la tumba, una losa, como el suelo de un escenario, se extendía sobre la pizarra y la hierba. Agrupados ante la losa había un semicírculo de unos cuarenta nefilim, con túnicas rojas, portando antorchas de luz mágica. En medio del semicírculo, contra el oscuro fondo, relucía un pentagrama azul y blanco.

Sobre la losa se hallaba Jace. Llevaba un uniforme escarlata como el de Sebastian; nunca se habían parecido tanto.

Clary veía el brillo de su cabello incluso en la distancia. Iba de un lado a otro sobre el borde de la losa, y a medida que se fueron acercando, Clary,

empujada por Sebastian, que la seguía, consiguió oír lo que decía.

—... gratitud por vuestra lealtad, incluso en estos últimos años tan difíciles, y también os agradezco vuestra lealtad hacia nuestro padre, y ahora hacia sus hijos. Y su hija.

Un murmullo se extendió por la plaza. Sebastian volvió a empujar a Clary hacia delante; avanzaron entre las sombras y luego subieron a la piedra por detrás de Jace. Éste los vio e inclinó la cabeza antes de volverse hacia su público; sonreía.

—Sois aquellos que se salvarán —dijo—. Hace mil años, un ángel nos dio su sangre para hacernos especiales, para hacernos guerreros. Pero no fue suficiente. Han pasado mil años, y aún nos escondemos entre las sombras. Protegemos a mundanos a quienes no amamos de fuerzas cuya existencia ellos siguen ignorando, y una Ley antigua y anquilosada nos impide mostrarnos a ellos como sus salvadores. Morimos a cientos, sin recibir ningún agradecimiento, sin que nos lloren más que los nuestros y sin poder recurrir al ángel que nos creó. —Se acercó más al borde de la plataforma de roca. Su cabello parecía fuego pálido—. Sí. Me atrevo a decirlo. El ángel que nos creó no nos ayudará, y estamos solos. Más solos que los mundanos, porque como dijo uno de sus grandes científicos, ellos son como niños jugando con guijarros en la orilla, mientras que a su alrededor, el gran océano de la verdad permanece sin descubrir. Pero nosotros sabemos la verdad. Somos los salvadores de esta tierra, y nosotros deberíamos gobernarla.

Con una especie de dolor en el corazón, Clary pensó que Jace era un buen orador, como lo había sido Valentine. Sebastian y ella ya estaban detrás de él, ante la llanura y la multitud concentrada ahí; Clary notó que los cazadores de sombras reunidos los miraban.

—Sí. Gobernarlo. —Jace sonrió, una bonita sonrisa llena de encanto, bordeada de tinieblas—. Raziel es cruel e indiferente a nuestros sufrimientos. Es hora de volvernos contra él. Volvernos hacia Lilith, la Gran Madre, que nos dará poder sin castigo, liderazgo sin la Ley. Nuestro derecho de nacimiento es el poder. Es hora de reclamarlo. —Miró de reojo, sonriendo a Sebastian cuando se ponía junto a él.

»Y ahora, os dejaré oír el resto de boca de Jonathan, de quien es este sueño —dijo Jace, y retrocedió, dejando que Sebastian tomara su puesto. Dio otro paso atrás y se quedó junto a Clary; su mano se enlazó en la de ella.

— Buen discurso — masculló la chica. Sebastian estaba hablando; pero ella sólo prestó atención a Jace — . Muy convincente.

— ¿Eso crees? Iba a empezar con «Amigos, romanos, malhechores...», pero no creo que le hubieran visto la gracia.

— ¿Crees que son malhechores?

Jace se encogió de hombros.

— La Clave lo creería. — Apartó la vista de Sebastian y la miró a ella — . Estás muy hermosa — le dijo, pero su voz era extrañamente plana — . ¿Qué ha ocurrido?

Pilló por sorpresa a Clary.

— ¿Qué quieres decir?

Se abrió la chaqueta. Debajo llevaba una camisa blanca. El costado y la manga estaban manchados de sangre. Clary notó que llevaba cuidado de dar la espalda a la gente mientras le enseñaba la sangre — . Siento lo que él siente. ¿O lo habías olvidado? He tenido que ponerme un *iratze* sin que nadie lo notara. Era como si alguien me estuviera rajando la piel con una navaja.

Clary lo miró a los ojos. No servía de nada mentir. No había vuelta atrás, tanto figurativa como literalmente.

— Sebastian y yo nos hemos peleado.

Él le escrutó el rostro con los ojos.

— Bueno — dijo, y dejó que se le cerrara la chaqueta — . Espero que lo hayáis solucionado, fuera lo que fuese.

— Jace... — comenzó Clary, pero él ya estaba pendiente de Sebastian. Su perfil se dibujaba, frío y claro, bajo la luz de la luna como una silueta recortada en papel oscuro. Delante de ellos estaba Sebastian, que había dejado la ballesta y alzaba los brazos.

— ¡¿Estáis conmigo?! — gritó.

Un murmullo recorrió la plaza, y Clary se tensó. Uno de los del grupo de nefilim, un anciano, se echó la capucha atrás y lo miró con el ceño fruncido.

— Tu padre nos hizo promesas. Ninguna se cumplió. ¿Por qué debemos confiar en ti?

— Porque yo os traeré el cumplimiento de mis promesas ahora. Esta noche — respondió Sebastian, y sacó la imitación de la Copa Mortal, que relució suavemente bajo la luna.

El murmullo ganó intensidad.

—Espero que esto no se complique —dijo Jace, bajo la cobertura del murmullo—. Me parece que anoche no pude dormir nada.

El chico estaba mirando hacia la multitud y el pentagrama, con una expresión de profundo interés en el rostro. Sus rasgos eran delicadamente angulares bajo la luz mágica. Clary le veía la cicatriz de la mejilla, los hoyuelos de la sien y la bonita forma de la boca.

«No recordaré esto —había dicho él—. Cuando vuelva a estar como estaba, bajo su control, no recordaré haber sido yo.»

Y era cierto. Había olvidado hasta el último detalle. De algún modo, aunque ella había sabido que pasaría y le había visto olvidar, el dolor de la realidad le resultaba muy intenso.

Sebastian bajó de la losa y fue hacia el pentagrama. En el borde comenzó a salmodiar:

—*Abyssum invoco. Lilith invoco. Mater mea, invoco.*

Se sacó una fina daga del cinturón. Se colocó la Copa bajo la curva del brazo, y con la hoja se hizo un corte en la palma de la mano. Corrió la sangre, negra bajo la luz de la luna. Volvió a meterse el cuchillo en el cinturón y colocó la mano sangrante sobre la copa, aún recitando en latín.

Era entonces o nunca.

—Jace —susurró Clary—. Sé que éste no eres tú en realidad. Sé que hay una parte de ti que no puede estar de acuerdo con esto. Intenta recordar quién eres, Jace Lightwood.

Él volvió la cabeza de golpe y la miró atónito.

—¿De qué estás hablando?

—Por favor, Jace, trata de recordar. Te amo. Tú me amas...

—Sí que te amo, Clary —dijo él con la voz tensa—. Pero dijiste que lo entendías. Esto es la culminación de todo por lo que hemos trabajado.

Sebastian lanzó el contenido de la Copa al centro del pentagrama.

—*Hic est enim calix sanguinis mei.*

—No «hemos» —susurró Clary—. Yo no soy parte de esto. Ni tú tampoco...

Jace aspiró secamente. Por un momento, Clary pensó que era por lo que le había dicho; que tal vez, de alguna manera, estaba llegando a él, pero siguió su mirada y vio que en el centro del pentagrama había aparecido una bola rodante de fuego. Era del tamaño de una pelota de béisbol, pero mientras la miraba, comenzó a crecer, alargándose y formándose, hasta que se convirtió en la silueta de una mujer, hecha de llamas.

—Lilith —dijo Sebastian en una voz resonante—. Como tú me invocaste, te invoco yo. Como tú me diste vida, así te doy vida yo.

Lentamente, las llamas se fueron oscureciendo. Ella estaba ante ellos ahora, Lilith, de la mitad de la altura que un humano corriente, desnuda, con el cabello negro cayéndole por la espalda hasta los tobillos. Su cuerpo era gris como la ceniza, agrietado, con líneas negras como lava volcánica. Miró a Sebastian, y sus ojos eran unas serpientes negras que se removían.

—Mi hijo —susurró.

Sebastian parecía relucir como la propia luz mágica: piel pálida, cabello pálido y su ropa que parecía negra bajo la luz de la luna.

—Madre, te he llamado como deseabas de mí. Esta noche, no sólo serás mi madre sino la madre de una nueva raza. —Señaló a los cazadores de sombras reunidos, que estaban inmóviles, seguramente por la impresión. Una cosa era saber que se iba a invocar a un Demonio Mayor, y otra verlo ahí—. La Copa —continuó Sebastian, y se la tendió a ella, con el blanco borde manchado de sangre.

Lilith rió por lo bajo. Sonó como unas enormes piedras que rascasen la una contra la otra. Cogió la Copa y, con toda la naturalidad con que alguien puede coger un insecto de una hoja, con los dientes se abrió una brecha en la cenicienta muñeca. Muy lentamente, una sangre negra y espesa fue manando, y salpicó la Copa, que pareció cambiar y oscurecerse bajo su mano, mientras su limpio traslucimiento se convertía en barro.

—Al igual que la Copa Mortal ha sido para los cazadores de sombras tanto un talismán como un medio de transformación, así será esta Copa Infernal para ti —dijo ella con su voz quemada y perdida en el viento. Se arrodilló y tendió la Copa a Sebastian—. Toma mi sangre y bebe.

Sebastian cogió la Copa de sus manos. Se había vuelto negra, un negro brillante como la hematites.

—Como crece tu ejército, igual hará mi fuerza —siseó Lilith—. Pronto tendré la fuerza suficiente para regresar de verdad, y compartiremos el fuego del poder, hijo mío.

Sebastian inclinó la cabeza.

—Te proclamamos Muerte, madre mía, y manifestamos tu resurrección.

Lilith rió mientras alzaba los brazos. El fuego le lamió el cuerpo; ella se lanzó al aire y estalló en docenas de partículas de luz giratorias que se fueron apagando como las brasas de un fuego muerto. Cuando hubieron

desaparecido por completo, Sebastian rompió la continuidad del pentagrama con el pie, y alzó la cabeza. Había una horrible sonrisa en su rostro.

—Cartwright —dijo—. Haz avanzar al primero.

El gentío se apartó, y un hombre dio un paso adelante, con una mujer tambaleándose a su lado. Una cadena la ligaba al brazo del hombre, y el cabello largo y enredado le ocultaba el rostro. Clary se puso tensa.

—Jace, ¿qué es esto? ¿Qué está pasando?

—Nada —contestó él, mirando al frente concentrado—. No van a hacer daño a nadie. Sólo Cambiarán. Mira.

Cartwright, cuyo nombre Clary recordaba vagamente de su estancia en Idris, puso la mano en la cabeza de su prisionera y la obligó a arrodillarse. Luego se inclinó, la agarró por el pelo y le hizo alzar la cabeza. Ella miró a Sebastian, parpadeando de terror y desafío, con el rostro claramente iluminado por la luna.

Clary tragó aire.

«Amatis.»

21

AL INFIERNO

La hermana de Luke alzó la mirada. Sus ojos azules, tan parecidos a los de Luke, se clavaron en Clary. Parecía mareada y aturdida, y su expresión estaba un poco descentrada, como si la hubieran drogado. Trató de ponerse en pie, pero Cartwright la sujetó de nuevo. Sebastian los miró, con la copa en la mano.

Clary intentó avanzar, pero Jace la cogió por el brazo y tiró de ella hacia atrás. Ella le dio una patada, pero él ya la había cogido en brazos y le tapaba la boca con la mano. Sebastian estaba hablando a Amatis con un tono de voz grave e hipnótico. Ésta sacudía la cabeza violentamente, pero Cartwright la cogió por el largo cabello y le tiró la cabeza hacia atrás. Clary la oyó gritar; fue un sonido agudo sobre el viento.

Clary pensó en la noche que se había quedado despierta viendo a Jace dormir tranquilamente, pensando en cómo podría acabar con todo aquello con una simple cuchillada. Pero «todo aquello» no había tenido ninguna cara, ninguna voz, ningún plan. Sin embargo, en ese momento en que tenía la cara de la hermana de Luke, en ese momento en que Clary sabía el plan, ya era demasiado tarde.

Sebastian agarraba a Amatis por el pelo y le metía la Copa contra la boca. Mientras la obligaba a beber, ella sufría arcadas y tosía, y un líquido negro le caía por la barbilla.

Sebastian apartó la Copa de golpe, pero ya había hecho su trabajo. Amatis hizo un horrible sonido áspero y seco, y su cuerpo se irguió de golpe. Los ojos le sobresalían, tan negros como los de Sebastian. Se golpeó el rostro con las manos, mientras un agudo gemido se le escapaba, y Clary vio atónita que la runa de visión le iba palideciendo en la mano y luego desaparecía.

Amatis bajó las manos. Su expresión se había suavizado, y sus ojos volvían a ser azules. Los clavó en Sebastian.

—Suéltala —le dijo el hermano de Clary a Cartwright, mirando a Amatis—. Déjala que venga conmigo.

Cartwright abrió la cadena que lo unía a Amatis y dio un paso atrás, con una curiosa mezcla de aprensión y fascinación en el rostro.

Amatis permaneció inmóvil durante un momento, balanceando las manos a los costados. Luego se puso en pie y fue hacia Sebastian. Se postró ante él, con el cabello rozando el suelo.

—Señor —dijo—. ¿Cómo puedo servirlos?

—Levántate —contestó Sebastian, y Amatis se levantó ágilmente del suelo. De repente, parecía moverse de una manera diferente. Todos los cazadores de sombras eran ágiles, pero ella se movía con una gracilidad silenciosa que Clary encontró extrañamente escalofriante. Amatis se quedó de pie ante Sebastian. Por primera vez, Clary vio que lo que había tomado por un largo vestido blanco era un camisón, como si la hubieran despertado y se la hubieran llevado de la cama. Qué pesadilla, despertarse allí, entre aquellas siluetas encapuchadas, en aquel lugar amargo y abandonado.

—Ven aquí conmigo —la llamó Sebastian, y Amatis avanzó hacia él. Era, al menos, una cabeza más baja que él, y tuvo que echar la cabeza hacia atrás mientras él le susurraba algo. Una fría sonrisa se dibujó en el rostro de Amatis.

Sebastian alzó la mano.

—¿Te gustaría luchar contra Cartwright?

Cartwright tiró la cadena que había estado sujetando y se llevó la mano al cinturón de las armas a través de una abertura en la capa. Era un hombre joven, con el cabello claro y un rostro ancho y cuadrado.

—Pero yo...

—Sin duda sería adecuada una demostración de su poder —repuso Sebastian—. Vamos, Cartwright, es una mujer, y mayor que tú. ¿Tienes miedo?

Cartwright parecía perplejo, pero sacó una larga daga de su cinturón.

—Jonathan...

Los ojos de Sebastian destellaron.

—Lucha contra él, Amatis.

Ella curvó los labios.

—Estaré encantada —repuso, y se lanzó. Su velocidad era increíble. Dio un salto en el aire, lanzó el pie hacia delante y le sacó la daga de las manos a Cartwright. Clary la observó atónita mientras Amatis le subía por el cuerpo y le clavaba una rodilla en el estómago. Él se tambaleó hacia atrás, y ella le golpeó en la cabeza con la suya; luego se le puso a la espalda y lo agarró con fuerza por la parte de atrás de la túnica, tirándolo al suelo. Él cayó a sus pies con un desagradable crujido, y gimió de dolor.

—Y esto es por sacarme de la cama en medio de la noche —dijo Amatis, y le dio un tortazo de revés en la boca, que ya le sangraba ligeramente.

Un leve murmullo de risas contenidas recorrió la muchedumbre.

—Y ya lo veis —dijo Sebastian—. Incluso un cazador de sombras sin grandes habilidades ni fuerza, con perdón, Amatis, se puede volver más fuerte y más rápido que su homólogo con adscripción seráfica. —Se dio con el puño en la palma de la otra mano—. Poder. Auténtico poder. ¿Quién está preparado para tenerlo?

Hubo un momento de vacilación, y luego Cartwright se puso trabajosamente en pie.

—Yo —contestó, mientras le lanzaba una venenosa mirada a Amatis, que tan sólo sonrió.

Sebastian alzó la Copa Infernal.

—Entonces, acércate.

Cartwright fue hacia Sebastian y, mientras lo hacía, los otros cazadores de sombras rompieron la formación, fueron hacia donde se hallaba Sebastian y formaron una cola irregular. Amatis se quedó tranquilamente a un lado, con las manos cogidas. Era la hermana de Luke. Si las cosas hubieran ido según lo planeado, en ese momento habría sido la tía de Clary.

Amatis. Clary pensó en su casita del canal en Idris, en lo amable que había sido con ella, lo mucho que había amado al padre de Jace.

«Por favor, mírame —pensó—. Por favor, muéstrame que sigues siendo tú.»

Como si Amatis hubiera oído su silencioso ruego, alzó la cabeza y miró directamente a Clary.

Y sonrió. No era una sonrisa tranquilizadora, sino oscura, fría y ligeramente burlona. Era la sonrisa de alguien que mira cómo te ahogas, pensó Clary, y no levanta un dedo para ayudarte. No era la sonrisa de Amatis. No era Amatis en absoluto. Amatis ya no estaba.

Jace le había sacado la mano de la boca, pero Clary no sintió ningún deseo de gritar. Nadie allí la ayudaría, y la persona que la rodeaba con los brazos, aprisionándola con su cuerpo, no era Jace. Del mismo modo que las ropas retenían la forma de su dueño aunque éste no las hubiera llevado durante años, o que una almohada conservaba el contorno de la cabeza de quien había dormido sobre ella incluso si hacía tiempo que había muerto, Jace conservaba su exterior. Pero eso era todo lo que había, una cáscara vacía que ella había llenado con sus deseos, su amor y sus sueños.

Y al hacerlo, le había causado un gran daño al auténtico Jace. En su intento de salvarlo, casi había olvidado a quién estaba salvando. Y recordó lo que él había dicho durante aquellos breves momentos en que había sido él mismo: «Odio la idea de que él esté contigo». Él. «Ese otro Jace.» Jace había sabido que eran dos personas diferentes, y que él, con su alma borrada, no era él en absoluto.

Había tratado de entregarse a la Clave, y ella no le había dejado. No había prestado atención a lo que él quería. Había decidido por él, sin darse cuenta de que su Jace preferiría morir que estar así, y que en realidad no le había salvado la vida sino que lo había condenado a una existencia que él despreciaría.

Ella se dejó caer sobre él, y Jace, que tomó ese repentino cambio como una señal de que ella había dejado de luchar, aflojó la fuerza con que la sujetaba. El último de los cazadores de sombras estaba ante Sebastian, esperando ansioso la Copa Infernal que éste le tendía.

—Clary... —comenzó Jace.

Ella nunca supo lo que él le habría dicho. Se oyó un grito, y el cazador de sombras que esperaba la Copa se tambaleó hacia atrás, con una flecha en el cuello. Sin poder creérselo, Clary volvió la cabeza y vio, en lo alto del dolmen, a Alec, uniformado, sujetando su arco. Éste sonrió satisfecho y se llevó la mano a la espalda para coger otra flecha.

Y entonces, detrás de él, el resto de ellos fueron apareciendo sobre la llanura. Una manada de lobos, corriendo cerca del suelo, con el moteado pelaje brillando bajo la luz cambiante. Clary supuso que Maia y Jordan estarían entre ellos. Detrás caminaban varios cazadores de sombras en una línea continua, todos conocidos suyos: Isabelle y Maryse Lightwood, Helen Blackthorn y Aline Penhallow, y Jocelyn, con su cabello rojo visible incluso a esa distancia. Con ellos se hallaba Simon, con la empuñadura de una

espada plateada sobresaliéndole del hombro, y Magnus, con un fuego azul crepitándole en las manos.

El corazón le saltó en el pecho.

— ¡Estoy aquí! — gritó hacia ellos—. ¡Estoy aquí!

— ¿La ves? — preguntó Jocelyn—. ¿Está ahí?

Simon trató de centrar la vista en la moviente oscuridad que tenía delante; sus sentidos vampíricos se aguzaron al notar el claro olor de la sangre, diferentes tipos de sangre mezclada: sangre de cazador de sombras, sangre de demonio y el amargor de la sangre de Sebastian.

— La veo — exclamó—. Jace la está sujetando. La está arrastrando detrás de esa fila de cazadores de sombras de allí.

— Si son leales a Jonathan como el Círculo lo era a Valentine, harán un muro de cuerpos para protegerlos, y a Clary y a Jace junto con él. — Jocelyn era toda una fría furia maternal; sus ojos verdes ardían—. Tendremos que atravesarlo para llegar a ellos.

— Lo que necesitamos es llegar a Sebastian — dijo Isabelle—. Simon, nosotros te abriremos paso. Tú ve hasta Sebastian y atraviésalo con *Gloriosa*.. Cuando él caiga...

— Es posible que los otros se dispersen — concluyó Magnus—. O, dependiendo de lo unidos que estén a Sebastian, puede que mueran o caigan con él. Al menos, podemos albergar esa esperanza. — Echó la cabeza atrás—. Y hablando de esperanza, ¿habéis visto el disparo de Alec con su arco? ¡Ése es mi novio! — Sonrió de oreja a oreja y agitó los dedos; chispas azules le salieron de ellos. Todo él brillaba. Sólo Magnus, pensó Simon con resignación, podría tener acceso a una armadura de combate de lentejuelas.

Isabelle se desenrolló el látigo de la cintura. Lo hizo restallar ante ella en una lengua de fuego dorado.

— Muy bien, Simon. — Preguntó—: ¿Estás preparado?

A Simon se le tensaron los hombros. Aún los separaba cierta distancia de la línea del ejército contrario (no sabía de qué otra manera pensar en ellos), que mantenía su posición con túnicas rojas y uniformes, con las manos erizadas de armas. Algunos de ellos se exclamaban en voz alta, confusos. Simon no pudo contener una sonrisa.

— En el nombre del Ángel, Simon — exclamó Izzy—. ¿Por qué estás sonriendo?

—Sus cuchillos serafines ya no les funcionan —contestó Simon—. Están tratando de averiguar por qué. Sebastian acaba de gritarles que usen otras armas.

Se oyó un grito en la línea cuando otra flecha descendió desde la tumba y se hundió en la espalda de un corpulento cazador de sombras, que se desplomó hacia delante. La línea se movió y se abrió ligeramente, como una grieta en una pared. Simon, viendo una oportunidad, corrió hacia delante, y los otros le siguieron.

Era como lanzarse a un océano negro en la noche, un océano lleno de tiburones y criaturas de grandes dientes chocando unos contra otros. No era la primera batalla en la que Simon participaba, pero durante la Guerra Mortal acababa de recibir la Marca de Caín. Aún no había comenzado a funcionar, pero muchos demonios se habían echado atrás con sólo verla. Simon nunca había pensado que llegaría a echarla de menos, pero en ese momento, mientras trataba de avanzar entre los apiñados cazadores de sombras, que lo atacaban con sus cuchillos, lo hacía. Tenía a Isabelle a un lado y a Magnus al otro, protegiéndolo, protegiendo a *Gloriosa*.. El látigo de Isabelle estallaba certero y fuerte, y las manos de Magnus escupían fuego rojo, verde y azul. Látigos de fuego coloreado golpeaban a los nefilim oscuros, abrasándolos allí mismo. Otros cazadores de sombras gritaron cuando los lobos de Luke se metieron entre ellos, mordiendo y arañando, saltándoles al cuello.

Una daga cortó el aire con una velocidad increíble, y rasgó a Simon en el costado. Éste gritó pero continuó avanzando, sabiendo que la herida se le cerraría en segundos. Siguió adelante...

Y se quedó helado. Un rostro conocido estaba ante él. La hermana de Luke. Amatis. Cuando ella lo vio, Simon notó que lo reconocía. ¿Qué estaba haciendo ella allí? ¿Había ido a luchar con ellos? Pero...

Ella se lanzó contra él, con una daga destellando oscura en la mano. Era rápida, pero no tanto como para que sus reflejos de vampiro no lo salvaran, si no hubiera estado demasiado atónito para moverse. Amatis era la hermana de Luke, la conocía, y ese momento de incredulidad bien podría haber sido su perdición si Magnus no hubiera saltado frente a él y lo hubiera empujado hacia atrás. De la mano de Magnus salió fuego azul, pero Amatis fue más rápida que el brujo. Esquivó la llama y pasó bajo el brazo de Magnus, y Simon captó el destello de luna de la hoja de su cuchillo. Magnus abrió los ojos de sorpresa cuando la hoja negra bajó sobre él,

traspasándole la armadura. Ella la arrancó de golpe, con la hoja pegajosa de sangre reflectante, e Isabelle gritó mientras Magnus caía de rodillas. Simon trató de ir hacia él, pero el impulso y la presión de los guerreros lo estaban alejando. Gritó el nombre de Magnus mientras Amatis se inclinaba sobre el brujo caído y alzaba la daga por segunda vez, buscándole el corazón.

—¡Suéltame! —gritó Clary, forcejeando y lanzando patadas para tratar de liberarse del abrazo de Jace. Casi no podía ver nada por encima de la marea de cazadores de sombras vestidos de rojo que se hallaban ante ella, Jace y Sebastian, bloqueando el paso a su familia y amigos. Los tres se encontraban a unos cuantos pasos de la línea de batalla. Jace la agarraba con fuerza mientras ella se debatía, y Sebastian, junto a ellos, observaba cómo se desarrollaban los acontecimientos con una expresión de sombría furia en el rostro. Movía los labios. Clary no podía decir si estaba maldiciendo, rezando o salmodiando las palabras de algún hechizo—. Suéltame, cab...

Sebastian se volvió, con una expresión pavorosa en el rostro, algo entre una sonrisa y una mueca de furia.

—Hazla callar, Jace.

—¿Nos vamos a quedar aquí —preguntó Jace, aún sujetando a Clary— dejando que nos protejan? —indicó con la barbilla la línea de cazadores de sombras.

—Sí —contestó Sebastian—. Tú y yo somos demasiado importantes como para arriesgarnos a que nos hieran.

Jace negó con la cabeza.

—No me gusta. Hay muchos del otro lado. —Estiró el cuello para mirar por encima del gentío—. ¿Y qué hay de Lilith? ¿No la puedes volver a llamar, hacer que nos ayude?

—¿Dónde?, ¿aquí? —Había desprecio en la voz de Sebastian—. No. Además, está demasiado débil para ser de gran ayuda. Hubo un tiempo en que podría haber aplastado a un ejército, pero esa mierda de subterráneo con su Marca de Caín esparció su esencia por los vacíos entre los mundos. Ya ha hecho mucho consiguiendo aparecer y dándonos su sangre.

—Cobarde —le escupió Clary—. Has convertido a esa gente en esclavos, y ni siquiera piensas luchar para protegerlos...

Sebastian alzó la mano como si fuera a abofetearla. Clary deseó que lo hiciera, deseó que Jace pudiera verlo si lo hacía, pero una sonrisa malévola

se dibujó en el rostro de su hermano. Bajó la mano.

—Y si Jace te soltara, ¿debo suponer que lucharías?

—Claro que sí...

—¿De qué lado? —Sebastian dio un rápido paso hacia ella y alzó la Copa Infernal. Clary pudo ver lo que había dentro. Aunque muchos habían bebido de ella, la sangre permanecía al mismo nivel—. Levántale la cabeza, Jace.

—¡No! —Clary redobló sus esfuerzos por soltarse. Jace le puso la mano bajo la barbilla, aunque ella creyó notar cierta vacilación en su acción.

—Sebastian —dijo Jace—. No...

—Ahora —ordenó Sebastian—. No tenemos por qué seguir aquí. Nosotros somos los importantes, no esa carne de cañón. Ya hemos comprobado que la Copa Infernal funciona. Eso es lo que importa. —Agarró a Clary por el vestido—. Será mucho más fácil escapar —continuó— sin ésta pateando, gritando y pegándote a cada paso que demos.

—Podemos hacer que beba después...

—No —rugió Sebastian—. Sujétala. —Alzó la copa y se la metió a Clary en los labios, tratando de abrirla la boca. Ella se resistió, apretando los dientes—. Bebe —le ordenó Sebastian en un susurro maligno, tan bajo que ella dudó de que Jace lo hubiera oído—. Ya te dije que al final de esta noche harías lo que yo quisiera. —Los ojos se le oscurecieron, y le apretó más la Copa, cortándole el labio inferior.

Clary notó sabor a sangre mientras echaba las manos hacia atrás, agarraba a Jace por los hombros y se apoyaba en él para lanzar una patada con ambas piernas. Notó que se le rompía la costura del vestido por el lado, y sus pies se estrellaron con fuerza contra las costillas de Sebastian. Él se tambaleó hacia atrás sin aliento, justo cuando ella echaba la cabeza hacia atrás y golpeaba a Jace en el rostro con el cráneo. Él gritó y aflojó su abrazo lo suficiente para que ella consiguiera soltarse. Se apartó de él y se lanzó a la batalla sin mirar atrás.

Maia corrió por el suelo rocoso, con la luz de las estrellas arañándole con sus fríos dedos el pelaje, y los intensos olores de la batalla asaltando su sensible nariz: sangre, sudor y el hedor a goma quemada de la magia negra.

La manada se había desplegado por el campo, saltando y matando con dientes y garras letales. Maia se mantenía al lado de Jordan, no porque

necesitara su protección, sino porque acababa de descubrir que juntos luchaban mejor y con más eficacia. Sólo había estado en una batalla antes, en la llanura de Brocelind, y aquello había sido un caótico remolino de demonios y subterráneos. Había muchos menos combatientes ahí, en el Burren, pero los cazadores de sombras oscuros eran formidables, y blandían sus espadas y dagas con una fuerza veloz y terrible. Maia había visto a un hombre delgado usar una daga corta para segar la cabeza a un lobo a medio salto; lo que había caído al suelo había sido un cuerpo humano sin cabeza, ensangrentado e irreconocible.

Mientras pensaba en eso, un nefflim en túnica roja se alzó ante ellos, con una espada de doble filo agarrada con ambas manos. La hoja estaba manchada de rojo oscuro. Junto a Maia, Jordan rugió, pero fue ella la que se lanzó contra el hombre. Éste la esquivó y blandió la espada. Maia notó un agudo pinchazo en el hombro y cayó al suelo sobre las cuatro patas, mientras el dolor se le clavaba por todo el cuerpo. Se oyó un repiqueteo metálico y supo que le había sacado al hombre la espada de la mano. Gruñó de satisfacción y se dio la vuelta, pero Jordan ya estaba saltando hacia el cuello del hombre...

Y el hombre lo agarró en pleno salto, como si sujetara a un cachorro rebelde.

—Escoria subterránea —espetó, y aunque no era la primera vez que Maia había oído esos insultos, algo en el gélido odio del tono la hizo estremecerse—. Deberías ser un abrigo. Debería estar llevándote.

Maia le clavó los dientes en la pierna. Su sangre cobriza le estalló en la boca mientras el hombre gritaba de dolor y se tambaleaba hacia atrás, lanzándole una patada y soltando a Jordan. Maia siguió apretando los dientes con fuerza mientras Jordan saltaba de nuevo, y esa vez el grito de rabia del cazador de sombras se cortó de golpe cuando las garras del licántropo le destrozaron el cuello.

Amatis bajaba el cuchillo hacia el corazón de Magnus justo cuando una flecha silbó cortando el aire y se le clavó en el hombro, haciéndola caer de lado con tal fuerza que le hizo dar media vuelta y acabar boca abajo sobre el suelo rocoso. Ella gritó, pero el sonido pronto quedó apagado por el entrecocar de armas a su alrededor. Isabelle se arrodilló junto a Magnus; Simon alzó los ojos y vio a Alec sobre la tumba de piedra, inmóvil con el arco en la mano. Seguramente estaba demasiado lejos como para ver a

Magnus con claridad; Isabel tenía las manos sobre el pecho del brujo, pero Magnus, Magnus, siempre en movimiento, siempre cargado de energía, estaba totalmente inmóvil. Isabelle alzó los ojos y vio a Simon mirándolos; ella tenía las manos rojas de sangre, pero agitó la cabeza violentamente en su dirección.

—¡Sigue! —le gritó—. ¡Encuentra a Sebastian!

Simon se volvió y se lanzó de nuevo a la lucha. La apretada línea de cazadores de sombras vestidos de rojo había comenzado a deshacerse. Los lobos atacaban aquí y allí, separando a los cazadores de sombras. Jocelyn estaba espada contra espada con un hombre que rugía y por cuyo brazo libre manaba la sangre, y Simon se dio cuenta de algo muy extraño mientras avanzaba, colándose por los estrechos espacios entre los duelos: ninguno de los nefilim vestidos de rojo estaba Marcado. Su piel estaba libre de toda decoración.

Y mientras con el rabillo del ojo veía a un cazador de sombras enemigo ir a por Aline con una maza, y a Helen destriparlo, también se dio cuenta de que eran mucho más rápidos que cualquier nefilim que hubiera visto antes, excepto Jace y Sebastian. Se movían con la rapidez de los vampiros, pensó, mientras uno de ellos lanzaba un tajo a un lobo que saltaba hacia él y le abría la barriga de arriba abajo. El licántropo muerto se estrelló contra el suelo, transformado en el cadáver de un hombre corpulento con cabello claro rizado.

«Ni Maia ni Jordan», pensó aliviado, y luego se sintió culpable; avanzó dando traspiés, con el olor a sangre cubriéndolo todo, y de nuevo echó en falta la Marca de Caín. Si aún la portara, podría haber hecho arder a todos esos nefilim enemigos ahí mismo...

Uno de los nefilim oscuros se plantó frente a él blandiendo una espada ancha de un solo filo. Simon la esquivó, pero no le habría hecho falta. Cuando el hombre estaba a punto de atacarlo, una flecha se le clavó en el cuello y cayó, borbotando sangre. Simon alzó la cabeza y vio a Alec, aún sobre la tumba; su rostro era una máscara pétrea, y estaba disparando flechas con la precisión de una máquina; echaba atrás la mano para coger una, la ponía en el arco y la dejaba volar. Cada una daba en el blanco, pero Alec casi no parecía notarlos. Mientras una flecha volaba, ya estaba cogiendo otra. Simon oyó otro silbido pasar ante él y otra flecha atravesar un cuerpo. Se lanzó hacia delante, hacia una parte abierta del campo de batalla...

Se quedó helado. Ahí estaba Clary, una pequeña figura que se abría paso entre los luchadores con las manos desnudas, pegando patadas y empujando. Llevaba un vestido roto, y el cabello era una masa revuelta. Cuando lo vio, una mirada de incrédula sorpresa le cruzó el rostro. Formó el nombre de Simon con los labios.

Justo detrás estaba Jace. Tenía el rostro ensangrentado. La gente se apartaba mientras él avanzaba, dejándolo pasar. Tras de sí, en el espacio que dejaba al pasar, Simon vio un destello de rojo y plata; una silueta conocida, coronada por cabello blanco dorado como el de Valentine.

Sebastian. Aún escondido detrás de la última línea de defensa de los cazadores de sombras oscuros. Al verlo, Simon se llevó la mano al hombro y sacó a *Gloriosa* de su vaina. Un momento después, el oleaje de la multitud empujó a Clary hacia él. Ésta tenía los ojos casi negros de adrenalina, pero era evidente su alegría al verlo. Simon sintió que el alivio le recorría el cuerpo, y se dio cuenta de que se había estado preguntando si ella seguiría siendo ella o habría Cambiado, como Amatis.

— ¡Dame la espada! — gritó ella, y su voz casi apagó el estruendo del metal contra metal. Ella alargó el brazo para cogerla, y en ese momento ya no era Clary, su amiga de la infancia, sino una cazadora de sombras, un ángel vengador al que correspondía blandir esa espada.

Él se la tendió por el mango.

La batalla era como un remolino, pensó Jocelyn, mientras se abría paso a tajos a través de los enemigos, blandiendo el *kindjal* de Luke hacia cada punto rojo que veía. Todo se acercaba y luego se alejaba con tal velocidad que sólo se podía ser consciente de una sensación de peligro incontrolable, de la lucha por mantenerse a flote y no ahogarse.

Sus ojos iban de un lado a otro entre la masa de luchadores, buscando a su hija, buscando un destello de cabello rojo, o incluso a Jace, porque donde estuviera él, también estaría Clary. Había grandes rocas que salpicaban la planicie, como icebergs en un mar inmóvil. Se subió a una, tratando de tener una visión mejor del campo de batalla, pero sólo pudo distinguir cuerpos apiñados, el destello de las armas y las oscuras siluetas de los lobos que corrían entre los guerreros.

Se volvió para bajar de la roca...

Y se encontró con alguien esperándola abajo. Jocelyn se quedó parada, mirándolo.

Llevaba una túnica escarlata y tenía una pálida cicatriz en una de las mejillas, un recuerdo de alguna batalla que ella desconocía. Tenía el rostro chupado y ya no era joven, pero resultaba inconfundible.

—Jeremy —dijo ella lentamente, con la voz casi inaudible entre el clamor de la batalla—. Jeremy Pontmercy.

El hombre que fuera el miembro más joven del Círculo la miró con ojos inyectados en sangre.

—Jocelyn Morgenstern. ¿Has venido a unirme a nosotros?

—¿Unirme a vosotros? Jeremy, no...

—Una vez formaste parte del Círculo —dijo él y se acercó más a ella. Un larga daga con un filo tan afilado como una navaja de afeitar le colgaba de la mano derecha—. Fuiste una de los nuestros. Y ahora seguimos a tu hijo.

—Rompí con vosotros cuando seguisteis a mi esposo —replicó Jocelyn—. ¿Por qué crees que os seguiré ahora que os manda mi hijo?

—O estás con nosotros o contra nosotros, Jocelyn. —Su rostro se endureció—. No puedes luchar contra tu propio hijo.

—Jonathan —repuso ella lentamente— es el mayor mal que jamás cometió Valentine. Nunca podría estar con él. Al final, dejé a Valentine. Por lo tanto, ¿qué esperanza tienes de convencerme ahora?

Él negó con la cabeza.

—Me malinterpretas —afirmó—. Me refiero que no puedes luchar contra él. Contra nosotros. La Clave no puede. No están preparados. No para lo que podemos hacer. Lo que estamos dispuestos a hacer. La sangre correrá en las calles de todas las ciudades. El mundo arderá. Todo lo que conoces será destruido. Y nosotros nos alzaremos de las cenizas de vuestra derrota, como un fénix triunfal. Ésta es tu única oportunidad. Dudo que tu hijo te dé otra.

—Jeremy —dijo Jocelyn—, eras muy joven cuando Valentine te reclutó. Podrías volver, incluso regresar a la Clave. Serían clementes...

—Nunca podré volver a la Clave —dijo con satisfacción—. ¿No lo entiendes? Aquellos de nosotros que estamos con tu hijo ya no somos nefilim.

«Ya no somos nefilim.» Jocelyn iba a responderle, pero antes de que pudiera decir nada, él comenzó a sacar sangre por la boca. Se desplomó y, mientras lo hacía, Jocelyn vio, tras él y armada con una espada ancha, a Maryse.

Las dos mujeres se miraron durante un momento sobre el cadáver de Jeremy. Luego Maryse se dio la vuelta y regresó a la batalla.

En cuanto Clary aferró la empuñadura, la espada estalló con una luz dorada. El fuego ardió por la hoja desde la punta, iluminó las palabras que estaban grabadas en la hoja: «*Quis ut Deus?*», e hizo brillar la empuñadura como si contuviera la luz del sol. Clary casi la dejó caer, pensando que se le había prendido fuego, pero la llama parecía contenida dentro de la espada, y el metal estaba frío bajo sus manos.

Después de eso, todo pareció ocurrir muy despacio. Se volvió, con la espada ardiendo en su mano. Buscó desesperadamente a Sebastian entre la gente. No pudo verlo, pero sabía que estaba detrás del estrecho nudo de cazadores de sombras que ella había tenido que apartar para llegar allí. Agarró la espada con fuerza y fue hacia ellos, pero se encontró el camino bloqueado.

Por Jace.

—Clary —dijo éste. Parecía imposible que pudiera oírlo; el ruido alrededor era ensordecedor: gritos y rugidos, y el estruendo del metal contra metal. Pero la marea de luchadores parecía haberse abierto a ambos lados, como el mar Rojo, y dejaba un espacio vacío alrededor de Jace y de ella.

La espada ardía, resbaladiza en su mano.

—Jace. Apártate de mi camino.

Clary oyó a Simon gritar algo a su espalda; Jace estaba negando con la cabeza. Sus ojos dorados eran neutros, inescrutables. Tenía la cara ensangrentada por el cabezazo que ella le había dado en el pómulo, y la piel se le estaba hinchando y amoratando.

—Dame esa espada, Clary.

—No. —Ella negó con la cabeza y retrocedió un paso. *Gloriosa* iluminaba el espacio en el que se hallaban, iluminaba la hierba pisoteada y manchada de sangre que la rodeaba e iluminaba el rostro de Jace mientras se acercaba a ella—. Jace. Puedo separarte de Sebastian. Puedo matarlo sin matarte a ti.

Él hizo una mueca. Sus ojos eran del mismo color que el fuego de la espada, o lo estaban reflejando, Clary no estaba segura de qué, pero cuando lo miró se dio cuenta de que no importaba. Estaba viendo a Jace y no a Jace; sus recuerdos de él, el guapo muchacho que había conocido, temerario consigo mismo y con los demás, aprendiendo a ser cuidadoso y a pensar en

la gente. Recordó la noche que habían pasado juntos en Idris, con las manos cogidas en la estrecha cama, y el chico cubierto de sangre que la había mirado con ojos angustiados y le había confesado que era un asesino en París.

—¿Matarlo? —preguntó Jace que no era Jace—. ¿Estás loca?

Y también recordó la noche en el lago Lyn, Valentine atravesándolo con la espada, y el modo en que la propia vida de Clary pareció desangrarse junto con la sangre de él.

Y lo había visto morir, allí en la orilla del lago en Idris. Y después, cuando lo había vuelto a la vida, él se había arrastrado hasta ella y la había mirado con aquellos ojos que ardían como la Espada, como la sangre incandescente de un ángel.

«Estaba perdido en la oscuridad —había dicho él—. No había nada excepto sombras, y yo era una sombra. Y entonces oí tu voz.»

Pero esa voz se mezcló con otra, más reciente: Jace frente a Sebastian en el salón del apartamento de Valentine, diciéndole que preferiría morir que vivir de aquella manera. Lo oía perfectamente en ese momento, hablando, diciéndole a ella que le diera la espada y que, si no, se la arrebataría. Su voz era dura, impaciente, la voz de alguien hablándole a un niño. Y supo que, en ese momento, igual que él no era Jace, la Clary que él amaba no era ella. Era sólo un recuerdo de ella, desvaído y distorsionado: la imagen de alguien dócil y obediente, alguien que no entendía que el amor dado sin libre albedrío o sinceridad no era amor en absoluto.

—Dame la espada. —Él tenía la mano extendida, la barbilla alzada y el tono imperioso—. Dámela, Clary.

—¿La quieres?

Alzó *Gloriosa*, de la forma en que él le había enseñado a hacerlo, equilibrando su peso, aunque la notaba pesada en la mano. La llama se hizo más brillante, hasta que pareció llegar a lo alto y tocar las estrellas. Jace estaba sólo a la distancia de la espada, con los ojos dorados mirándola incrédulos. Incluso en ese momento, él no creía que ella fuera a hacerle daño, daño de verdad. Incluso en ese momento.

Ella inspiró hondo.

—Tómala.

Clary vio que los ojos de Jace se encendían de la misma manera que lo habían hecho el día del lago, y entonces lo atravesó con la espada, de la misma forma que lo había hecho Valentine. En ese momento entendió que

así era como debía ser. Él había muerto así, y ella se lo había arrancado a la muerte. Pero ésta había vuelto de nuevo.

«No puedes engañar a la muerte. Al final, tendrá lo que es suyo.»

Gloriosa se le hundió en el pecho, y Clary notó que la mano ensangrentada le resbalaba en la empuñadura cuando la hoja chocó contra las costillas y se fue hundiendo hasta que el puño de Clary chocó con el cuerpo de él y se quedó inmóvil. Él no se había movido, y ella estaba pegada a él, aferrando *Gloriosa* mientras la sangre comenzaba a manar de la herida del pecho.

Se oyó un grito, un alarido de furia, dolor y terror: el sonido de alguien a quien estaban despedazando brutalmente.

«Sebastian», pensó Clary. Sebastian gritando al cortarse el lazo que lo unía a Jace.

Pero Jace no. Jace no hizo ningún ruido. A pesar de todo, su rostro estaba aclamado y tranquilo, como el rostro de una estatua. Miró a Clary, y los ojos le brillaron, como si estuvieran llenos de luz.

Y entonces, Jace comenzó a arder.

Alec no recordaba haber bajado de lo alto de la piedra de la tumba, o abrirse paso por la planicie rocosa entre los cuerpos caídos: cazadores de sombras oscuros, licántropos muertos y heridos. Sus ojos buscaban sólo a una persona. Tropezó y casi cayó; cuando alzó la mirada y barrió el campo que tenía delante, vio a Isabelle, arrodillada junto a Magnus sobre el suelo pedregoso.

Alec se sintió como si no tuviera aire en los pulmones. Nunca había visto a Magnus tan pálido, tan quieto. Había sangre en el cuero de su armadura, y también en el suelo bajo él. Pero era imposible, Magnus hacía tanto tiempo que vivía... Era permanente. Un hito. Magnus no moría antes que él en ningún mundo que la imaginación de Alec pudiera concebir.

—Alec. —Era la voz de Izzy, que nadaba hacia él como si estuviera en el agua—. Alec, Magnus respira.

Alec dejó escapar el aliento en una especie de suspiro tembloroso. Le tendió la mano a su hermana.

—Daga.

Ella se la pasó en silencio. Nunca había prestado tanta atención como él a las clases de primeros auxilios; siempre había dicho que las runas ya harían el trabajo. Alec abrió por delante la armadura de cuero de Magnus, y

luego la camisa que llevaba debajo, apretando los dientes. Podría ser que la armadura fuera lo que lo estaba manteniendo vivo.

Luego apartó los lados con sumo cuidado, sorprendido ante la firmeza de sus propias manos. Había mucha sangre, y una amplia herida de cuchillo bajo el lado derecho de las costillas de Magnus. Pero por el ritmo con que respiraba, era evidente que no le había perforado el pulmón. Alec se sacó la chaqueta, la enrolló y la presionó sobre la herida, que aún sangraba.

Magnus abrió los ojos con dificultad.

—Au —dijo con voz débil—. Deja de apoyarte en mí.

—¡Por Raziel! —exclamó Alec, agradecido—. Estás bien. —Pasó la mano libre bajo la cabeza de Magnus, acariciándole la mejilla con el pulgar—. Pensab...

Miró a su hermana antes de decir algo demasiado embarazoso, pero ella se había alejado en silencio.

—Te vi caer —dijo Alec en voz baja. Se inclinó y le dio un ligero beso en la boca, no queriendo hacerle daño—. Pensaba que habías muerto.

Magnus sonrió de medio lado.

—¿Qué? ¿de un arañazo? —Miró a la chaqueta de Alec, que se iba enrojeciendo bajo la mano—. Vale, un arañazo profundo. Como de un gato muy, muy grande.

—¿Estás delirando? —preguntó Alec.

—No. —Magnus juntó las cejas—. Amatis buscaba el corazón, pero no me ha alcanzado en ningún punto vital. El problema es que la pérdida de sangre me está quitando la energía y mi capacidad para curarme a mí mismo. —Respiró hondo y acabó tosiendo—. Ven, dame la mano—. Alzó la mano y Alec entrelazó sus dedos con los de él, la palma de Magnus dura contra la suya—. ¿Recuerdas la noche de la batalla en el barco de Valentine, cuando necesité parte de tu fuerza?

—¿La necesitas de nuevo? —preguntó Alec—. Porque puedes tenerla.

—Siempre necesito tu fuerza, Alec —repuso Magnus, y cerró los ojos mientras sus dedos unidos comenzaban a brillar, como si entre ambos sujetaran una estrella.

El fuego estalló a través de la empuñadura y por la hoja de la espada del Ángel. La llama lanzó a Clary una especie de descarga eléctrica que la tiró al suelo. El calor del rayo le ardió corriéndole por la venas, y ella se retorció

de dolor, agarrándose como si así pudiera evitar que el cuerpo le estallara en pedazos.

Jace cayó de rodillas. Aún tenía clavada la espada, pero ésta ardía con una llama blanco dorada, y el fuego le llenaba el cuerpo como agua coloreada llenando una jarra de cristal. Llamas doradas lo recorrían y le volvían la piel traslúcida. Su cabello era de bronce; sus huesos eran yesca dura y brillante, visibles bajo la piel. La propia *Gloriosa* estaba quemándose, se disolvía en gotas líquidas como el oro fundiéndose en un crisol. Jace tenía la cabeza echada hacia atrás y el cuerpo tirante formando un arco, mientras el incendio seguía en su interior. Clary trató de acercarse a él por el suelo pedregoso, pero el calor que salía del cuerpo de Jace era excesivo. Él se apretaba las manos contra el pecho, y un río de sangre dorada se le derramaba entre los dedos. La piedra en la que se arrodillaba se estaba ennegreciendo, quebrándose, convirtiéndose en cenizas. Y luego *Gloriosa* se consumió como el final de una hoguera, soltando una lluvia de chispas, y Jace se desplomó hacia delante sobre la piedra.

Clary trató de ponerse en pie, pero las piernas no le aguantaron. Aún sentía las venas como si el fuego las estuviera atravesando, y el dolor se le disparaba por la superficie de la piel como si fueran atizadores ardientes. Se arrastró hacia delante, ensangrentándose los dedos y oyendo como se le rajaba el vestido de ceremonias, hasta que llegó a donde estaba Jace.

Éste yacía de lado con la cabeza apoyada en un brazo, y el otro extendido. Ella se desplomó junto a él. El calor manaba del cuerpo de Jace como si fuera un lecho de ascuas, pero a ella no le importó. Podía verle la raja en la espalda del uniforme, donde *Gloriosa* lo había atravesado. Había cenizas de las rocas quemadas mezcladas con su cabello dorado, y sangre.

Despacio, con cada movimiento doliéndole como si fuera muy anciana, como si hubiera envejecido un año por cada segundo que Jace había estado ardiendo, Clary tiró de él, y acabó poniéndolo de espaldas sobre la piedra manchada de sangre y ennegrecida. Le miró el rostro, ya no de oro, pero aún hermoso.

Clary le puso la mano en la mejilla, donde el rojo de la sangre de él contrastaba con el rojo más oscuro de su vestimenta. Ella había notado los filos de la espada rasgarle los huesos de las costillas. Había visto la sangre derramársele entre los dedos, tanta sangre que había manchado las rocas bajo él de negro y le había endurecido las puntas del cabello.

Y sin embargo...

«No, si en él hay más Cielo que Infierno.»

—Jace —susurró ella. Por todas partes a su alrededor había pies que corrían. Los destrozados restos del pequeño ejército de Sebastian estaban huyendo por el Burren, dejando caer las armas mientras escapaban. Clary no les prestó atención—. Jace.

Él no se movió. Su rostro estaba inmóvil, en paz bajo la luz de la luna. Las pestañas parecían finas sombras de telaraña sobre lo alto de los pómulos.

—Por favor —rogó ella, y le pareció que la voz le rasgaba el cuello al salir. Cuando respiró, los pulmones le ardieron—. Mírame.

Clary cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, su madre estaba arrodillada junto a ella, tocándole el hombro. Las lágrimas caían por el rostro de Jocelyn. Pero eso no podía ser... ¿Por qué iba a estar llorando su madre?

—Clary —susurró Jocelyn—. Suéltalo. Está muerto.

En la distancia, Clary vio a Alec junto a Magnus.

—No —contestó—. La espada... quema la maldad. Aún podría estar vivo..

Su madre le pasó una mano por la espalda, y los dedos se le engancharon en los sucios rizos de Clary.

—Clary, no...

«Jace —pensó ésta con fiereza, apretándole los brazos con las manos—. Eres más fuerte que todo esto. Si eres tú, realmente tú, abrirás los ojos y me mirarás.»

De repente, Simon estaba allí, arrodillado al otro lado de Jace, con el rostro manchado de sangre y suciedad. Fue a coger a Clary. Ella movió la cabeza secamente para mirarlo, a él y a su madre, y vio a Isabelle acercándose tras ellos, con los ojos muy abiertos, caminando despacio. La parte delantera de su traje estaba manchada de sangre. Incapaz de enfrentarse a Izzy, Clary torció la cabeza y clavó los ojos en el cabello dorado de Jace.

—Sebastian —exclamó Clary, o trató de exclamar. La voz le salió como un graznido—. Alguien debería buscarlo.

«Y dejarme en paz.»

«...y»

—Ya lo están buscando. —Su madre se inclinó hacia ella, con ojos abiertos y ansiosos—. Clary, suéltalo. Clary, cariño...

—Déjala —oyó Clary que decía, cortante, Isabelle. Oyó también la protesta de su madre, pero todo lo que hacían parecía suceder a una gran distancia, como si Clary estuviera contemplando una obra de teatro desde la última fila. Nada importaba excepto Jace. Jace ardiendo. Las lágrimas le abrasaron los ojos.

—Jace, maldita sea —exclamó con una voz que le salía a trompicones—. No estás muerto.

—Clary —repuso Simon con suavidad—. Si hubiera una oportunidad...

«Apártate de él.» Eso era lo que le estaba pidiendo Simon, pero ella no podía. No pensaba hacerlo.

—Jace —susurró. Era como un mantra, de la misma forma que una vez él la había abrazado en Renwick y había repetido su nombre una y otra vez—. Jace Lightwood...

Se quedó helada. Allí. Un movimiento tan minúsculo que casi no era movimiento. La agitación de una pestaña. Se inclinó sobre él, casi perdiendo el equilibrio, y le apretó con la mano la rajada tela escarlata que le cubría el pecho, como si pudiera sanarle la herida que ella le había abierto. En vez de eso, notó bajo los dedos, y tan maravilloso que por un momento no pareció tener sentido, que era imposible que fuera, el ritmo del corazón de Jace.

EPÍLOGO

Al principio, Jace no era consciente de nada. Luego hubo oscuridad y, en la oscuridad, un dolor ardiente. Era como si hubiera tragado fuego, y lo ahogara y le quemara la garganta. Trató desesperadamente de tragar aire, un aliento que le refrescara, y abrió los ojos.

Vio sombras y oscuridad; una habitación poco iluminada, conocida y desconocida, con filas de camas y una ventana que dejaba entrar una luz azul sin fuerza, y él estaba en una de las camas, con las mantas y las sábanas enredadas en su cuerpo como cuerdas. El pecho le dolía tanto como si tuviera un peso muerto encima, y con la mano fue palpando para averiguar qué era. Sólo encontró un grueso vendaje que le envolvía la piel desnuda. Tragó aire de nuevo, otro aliento refrescante.

—Jace. —La voz le resultaba tan conocida como la suya propia, y entonces notó una mano que lo cogía, unos dedos entrelazados con los suyos. Con un reflejo nacido de años de amor y familiaridad, él los apretó.

—Alec —dijo, y casi le sorprendió el sonido de su propia voz. No había cambiado. Se sentía como si se hubiera quemado, derretido y recreado, como oro en un crisol, pero ¿como qué? ¿Podría volver a ser sí mismo? Miró a los ansiosos ojos azules de Alec, y supo dónde estaba. La enfermería de Instituto. En casa—. Lo siento...

Una mano delgada y callosa le acarició la mejilla, y oyó una segunda voz conocida.

—No te disculpes. No tienes nada de lo que disculparte.

Jace entrecerró los ojos. El peso en su pecho seguía ahí: medio herida, medio culpa.

—Izzy.

Ella tragó aire antes de preguntar:

—Eres tú de verdad, ¿no?

—Isabelle —comenzó Alec, como si fuera a advertirle de que no alterara a Jace, pero éste le tocó la mano. Podía ver los oscuros ojos de Izzy brillando en la luz del amanecer, su rostro cargado de esperanza. Ésa era la Izzy a quien sólo su familia conocía, cariñosa y preocupada.

—Soy yo —contestó Jace, y se aclaró la garganta—. Podría entender que no me creyeras, pero te lo juro por el Ángel, Iz: soy yo.

Alec no dijo nada, pero apretó con más fuerza la mano de Jace.

—No hace falta que lo jures —repuso, y con su mano libre se tocó la runa de *parabatai* junto a la clavícula—. Lo sé. Lo noto. Ya no me siento como si me faltara una parte.

—Yo también lo sentía. —A Jace le costaba respirar—. Que me faltaba algo. Lo notaba, incluso con Sebastian, pero no sabía qué era. Eras tú. Mi *parabatai*. —Miró a Izzy—. Y tú. Mi hermana. Y... —De repente, los párpados le escocieron con una fuerte luz: la herida del pecho le palpitó, y vio «su» rostro, iluminado por las llamas de la espada. Un extraño ardor se le extendió por la venas, como fuego blanco—. Clary. Por favor, decidme...

—Se encuentra perfectamente —se apresuró a contestar Isabelle. Había algo más en su voz: sorpresa e inquietud.

—Júrame que no me lo estás diciendo sólo porque no quieres preocuparme.

—Ella te atravesó con la espada —indicó Isabelle.

Jace soltó una ahogada carcajada; le dolió.

—Me salvó.

—Lo hizo —afirmó Alec.

—¿Cuándo puedo verla? —Jace trató de no parecer muy ansioso.

—Realmente eres tú —repuso Isabelle, con voz divertida.

—Los Hermanos Silenciosos han estado entrando y saliendo, comprobando cómo estabas —le contó Alec. Tocó el vendaje del pecho de Jace—, y para ver si te habías despertado. Cuando sepan que lo estás, seguramente querrán hablar contigo antes de permitirte ver a Clary.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos dos días —contestó Alec—. Desde que te trajimos del Burren y estuvimos bastante seguros de que no ibas a morir. Resulta que no es tan fácil que la herida de una espada de un arcángel se cure por completo.

—Lo que estás diciendo es que me va a quedar una cicatriz.

—Y una bien grande y fea —dijo Isabelle—. Por todo el pecho.

—Bueno, mierda —soltó Jace—. Y yo que contaba con el dinero de ese desfile para hacer de modelo de ropa interior... —Hablabas con ironía, pero pensaba que, en cierto modo, era bueno que le quedara una cicatriz: debía estar marcado por lo que le había ocurrido, tanto física como mentalmente. Casi había perdido el alma, y la cicatriz le serviría para recordarle cuán frágil era la voluntad, y cuán difícil la bondad.

Y cosas más tenebrosas. Lo que había por delante, y lo que no podría permitir que pasara. Estaba recuperando la fuerza; lo notaba, y la pondría toda contra Sebastian. Pensar en eso le hizo sentirse mejor, como si parte del peso se le hubiera quitado del pecho. Volvió la cabeza, lo suficiente para mirar a Alec a los ojos.

—Nunca pensé que lucharía en el bando opuesto a ti en una batalla —dijo con voz ronca—. Nunca.

—Y nunca más lo harás —repuso Alec, muy serio.

—Jace —comenzó Isabelle—. Trata de mantener la calma, ¿vale? Es que...

—¿Hay alguna otra cosa mala?

—Bueno, brillas un poco —contestó Isabelle—. Quiero decir, sólo un pelín. De brillo.

—¿Brillo?

Alec alzó la mano con que sujetaba la de Jace. Éste lo vio, en la oscuridad, un leve resplandor en su antebrazo que parecía trazarle las líneas de las venas como un mapa.

—Creemos que es un efecto residual de la espada del arcángel —explicó Alec—. Probablemente desaparezca pronto, pero los Hermanos Silenciosos sienten curiosidad. Claro.

Jace suspiró y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Estaba demasiado agotado para sentir mucho interés por su nuevo estado de iluminación.

—¿Significa eso que tenéis que ir a buscar a los Hermanos? —preguntó—. ¿Tenéis que ir a buscar a los Hermanos?

—Nos dijeron que los llamáramos en cuanto te despertaras —respondió Alec, pero negaba con la cabeza incluso mientras lo decía—. Pero no si no quieres que lo hagamos.

—Me siento muy cansado —confesó Jace—. Si pudiera dormir unas cuantas horas más...

—Claro. Claro que sí. —Isabelle le echó el cabello hacia atrás, y se lo apartó de los ojos. Su tono era firme, absoluto, feroz como una madre osa protegiendo a su oseño.

Jace comenzó a cerrar los ojos.

—¿Y no me dejaréis solo?

—No —contestó Alec—. No, no te dejaremos solo. Ya lo sabes.

—Nunca. —Isabelle le cogió la mano libre, y se la apretó con fuerza —. Lightwood, juntos —susurró.

De repente, la mano de Jace estaba húmeda por donde se la cogía, y éste se dio cuenta de que Isabelle estaba llorando, y sus lágrimas le salpicaban. Lloraba por él, porque lo quería; incluso después de todo lo que había sucedido, aún lo quería.

Ambos lo querían.

Se quedó dormido así, con Isabelle a un lado y Alec al otro, mientras el sol se alzaba con el alba.

—¿Qué quieres decir con que aún no puedo verlo? —quiso saber Clary. Estaba sentada en el borde del sofá en el salón de Luke; tenía el cordón del teléfono enrollado tan apretado en los dedos que las yemas se le estaban poniendo blancas.

—Sólo han pasado tres días, y ha estado inconsciente dos —contestó Isabelle. Había voces tras ella, y Clary aguzó el oído para saber quién estaba hablando. Pensó que distinguía la voz de Maryse, pero ¿estaría hablando con Jace? ¿Alec?—. Los Hermanos Silenciosos siguen examinándolo. Dicen que aún no debe tener visitas.

—¡Jódete... con los Hermanos Silenciosos!

—No, gracias. Una cosa son los tíos fuertes y silenciosos, y otra, que seas un friki.

—¡Isabelle! —Clary se dejó caer contra los blandos cojines. Era un brillante día de otoño, y el sol entraba a raudales por las ventanas de la sala, aunque eso no servía de nada para ponerla de buen humor—. Sólo quiero saber si está bien. Que no tiene ninguna lesión permanente, que no se ha hinchado como un melón...

—Claro que no se ha hinchado como un melón, no seas ridícula.

—¡Y yo qué sé! No lo sé porque nadie me cuenta nada.

—Se encuentra bien —explicó Isabelle, aunque había un deje en su voz que le dijo a Clary que se estaba guardando algo—. Alec ha estado

durmiendo en la cama junto a la suya, y mamá y yo hemos hecho turnos para estar todo el día con él. Los Hermanos Silenciosos no lo están torturando. Sólo tienen que averiguar lo que sabe. Sobre Sebastian, el apartamento..., todo eso.

—Pero no me puedo creer que Jace no me haya llamado. A no ser que no quiera verme.

—Igual no quiere —repuso Isabelle—. Puede haber sido todo eso de que le clavaras una espada.

—Isabelle...

—Sólo estaba bromeando, lo creas o no. En el nombre del Ángel, Clary, ¿por qué no tienes un poco de paciencia? —Isabelle suspiró—. No importa. Me olvido de con quién estoy hablando. Mira, Jace dijo..., aunque se supone que no debo repetir esto, tenlo en cuenta; dijo que necesitaba hablar contigo en persona. Si pudieras esperar...

—Eso es todo lo que he estado haciendo —replicó Clary—. Esperar.

Era cierto. Se había pasado las dos últimas noches tumbada en su habitación de la casa de Luke, esperando noticias sobre Jace y reviviendo la última semana de su vida una y otra vez, con doloroso detalle. La Cacería Salvaje; la tienda de anticuarios de Praga; peceras llenas de sangre; los túneles que eran los ojos de Sebastian; el cuerpo de Jace contra el suyo; Sebastian pegándole la Copa Infernal a los labios, tratando de que los abriera, y el hedor amargo del icor de demonio. *Gloriosa* ardiendo en su mano, atravesando a Jace como un rayo de fuego, y el calor del corazón de Jace bajo sus dedos. Ni siquiera había abierto los ojos, pero Clary había gritado que estaba vivo, que le latía el corazón, y su familia se lanzó sobre ellos, incluso Alec, que había estado sujetando a medias a un Magnus excepcionalmente pálido.

—No paro de darle vueltas a la cabeza. Me estoy volviendo loca.

—Y en eso estamos todos de acuerdo. ¿Sabes qué, Clary?

—¿Qué?

Hubo un silencio.

—No necesitas mi permiso para venir a ver a Jace —contestó Isabelle—. No necesitas el permiso de nadie para hacer nada. Eres Clary Fray. Te lanzas a la carga en toda situación sin saber qué diablos va a pasar, y luego la superas por puras narices y locura.

—No en lo que se refiere a mi vida personal, Iz.

—Hum —masculló Isabelle—. Bueno, pues quizá deberías. —Y colgó el teléfono.

Clary se quedó mirando el auricular, oyendo el distante pitido de marcar. Luego, con un suspiro, colgó y se fue a su dormitorio.

Simon estaba tumbado en la cama, con los pies sobre los cojines y la barbilla apoyada en las manos. Su portátil estaba abierto a los pies de la cama, detenido en una escena de *Matrix*. Alzó la mirada cuando Clary entró.

—¿Ha habido suerte?

—No exactamente. —Clary fue al armario. Ya se había vestido para la posibilidad de ir a ver a Jace ese día, con vaqueros y un suave jersey azul que le gustaba a él. Se puso una chaqueta de pana y se sentó en la cama junto a Simon; luego se puso las botas—. Isabelle no me dice nada. Los Hermanos Silenciosos no quieren que Jace reciba visitas, pero me da igual. Voy a ir de todos modos.

Simon cerró el portátil y rodó hasta ponerse de espaldas.

—Ésa es mi valiente acosadora.

—Cierra el pico —replicó ella—. ¿Quieres venir conmigo? ¿Ver a Isabelle?

—Voy a ver a Becky —contestó él—. En el apartamento.

—Bien. Dale un beso de mi parte. —Acabó de abrocharse los cordones de las botas y se inclinó para apartarle a Simon el flequillo de la frente—. Primero tuve que acostumbrarme a que tuvieras la Marca. Ahora tendré que acostumbrarme a que no la tengas.

Él le recorrió el rostro con sus oscuros ojos.

—Con o sin ella, sigo siendo yo.

—Simon, ¿recuerdas qué había escrito en la hoja de la espada? ¿De *Gloriosa*?

—«*Quis ut Deus?*»

—Es latín —dijo ella—. Lo he buscado. Significa: «¿Quién es como Dios?». Es una pregunta con trampa. La respuesta es que nadie: nadie es como Dios. ¿No lo ves?

Él la miró.

—¿Ver qué?

—Lo has dicho. *Deus*. Dios.

Simon abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

—Yo...

—Y sé que Camille te dijo que ella podía decir el nombre de Dios porque no creía en Dios, pero me parece que tiene que ver lo que crees sobre ti mismo. Si crees que estás maldito, entonces lo estás. Pero si no lo crees...

Le tocó la mano; él le apretó los dedos brevemente y se los soltó, preocupado.

—Necesito tiempo para pensar en esto.

—Lo que necesites. Pero aquí estoy si necesitas hablar.

—Y yo aquí, si lo necesitas tú. Lo que fuera que pasó entre Jace y tú en el Instituto... Sabes que puedes venir a casa si quieres hablar.

—¿Cómo está Jordan?

—Bastante bien —contestó Simon—. Maia y él están saliendo juntos. Están en esa fase babosa en la que creo que debo dejarles espacio todo el tiempo. —Arrugó la nariz—. Cuando ella no está, él no para de darle vueltas a que se siente inseguro, porque ella ha salido con un puñado de tíos, y él se ha pasado los últimos tres años entrenando al estilo militar para el *Praetor*, y tratando de creer que era asexual.

—Oh, vamos. Dudo mucho que a ella le importe eso.

—Ya sabes cómo somos los hombres. Tenemos el ego muy delicado.

—No describiría el ego de Jace como delicado.

—No, Jace es una especie de tanque de artillería antiaérea de los egos masculinos —admitió Simon. Estaba estirado con la mano derecha sobre el estómago, y el anillo de oro de las hadas relucía en su dedo. Como el otro había sido destruido, ya no parecía tener ningún poder, pero de todas maneras, Simon lo llevaba. Clary se inclinó de manera impulsiva, y lo besó en la frente.

—Eres el mejor amigo que nadie podría tener, ¿lo sabes?

—Lo sabía, pero siempre es agradable volver a oírlo.

Clary se echó a reír y se puso en pie.

—Bueno, será mejor que vayamos juntos hasta el metro. A no ser que quieras quedarte por aquí con mis padres en vez de estar en tu pisito de soltero del centro.

—Bien. Con mi compañero enamorado y mi hermana. —Se levantó de la cama y la siguió al salón—. ¿No vas a usar ningún Portal?

Clary se encogió de hombros.

—No sé. Parece... un gasto inútil. —Cruzó el pasillo, y después de llamar, metió la cabeza en el cuarto principal—. ¿Luke?

—Pasa.

Clary entró, con Simon a su lado. Luke estaba sentado en la cama. El bulto del vendaje que le cubría el pecho se notaba bajo la camisa de franela. Había una pila de revistas en la cama frente a él. Simon cogió una.

—*Brilla como una Princesa del Hielo: La novia de invierno* —leyó en voz alta—. No sé, tío. No sé si una tiara de copos de nieve te quedaría muy bien.

Luke miró la cama y suspiró.

—Jocelyn pensó que planear la boda nos sentaría bien. Volver a la normalidad y todo eso. —Tenía bolsas bajo los ojos. Jocelyn había sido la encargada de informarle sobre Amatis, mientras él aún estaba en la comisaría. Aunque Clary lo había recibido con un abrazo cuando volvió a casa, él no había mencionado ni una vez a su hermana, y ella tampoco—. Si por mí fuera, me escaparía a Las Vegas y tendríamos una boda temática de piratas por quince dólares con Elvis presidiendo.

—Y yo podría ser la buscona de honor —sugirió Clary. Miró a Simon expectante—. Y tú podrías ser...

—Oh, no —repuso él—. Soy moderno. Soy demasiado guay para bodas temáticas.

—Juegas a *Dragones y Mazmorras*. Eres un friki —le corrigió Clary con cariño.

—Ser friki mola —afirmó Simon—. A las damas les encantan los frikis.

Luke carraspeó.

—Supongo que habéis entrado para decirme algo, ¿no?

—Me voy al Instituto a ver a Jace —dijo Clary—. ¿Quieres que te traiga algo?

Él negó con la cabeza.

—Tu madre está en la tienda, cargando. —Se inclinó para alborotarle el cabello e hizo una mueca de dolor. Se estaba curando, pero poco a poco—. Que te diviertas.

Clary pensó en lo que seguramente le esperaba en el Instituto: una Maryse enfadada, una Isabelle cansada, un Alec despistado y un Jace que no quería verla; suspiró.

—¿Qué te apuestas?

El túnel del metro olía al invierno que por fin había llegado a la ciudad: metal frío, humedad, suciedad mojada y un ligero toque de humo. Alec, caminando por las vías, vio que el aliento se le condensaba ante el rostro formando nubecillas blancas, y se metió la mano libre en el bolsillo del chaquetón marinero para mantenerla caliente. La luz mágica que sujetaba con la otra mano iluminaba el túnel: azulejos verdes y crema, descoloridos por el tiempo, y cables sueltos, que colgaban de la pared como telarañas. Ese túnel llevaba mucho sin ver ningún tren en movimiento.

Alec se había levantado antes de que Magnus se despertara, de nuevo. Esos últimos días, Magnus había estado durmiendo hasta tarde; estaba descansando de la batalla en el Burren. Había empleado una gran cantidad de energía para curarse, pero aún no estaba del todo bien. Los brujos eran inmortales, pero no invulnerables, y «un par de centímetros más arriba, y todo se habría acabado para mí», como había dicho Magnus, compungido, mientras examinaba la herida de cuchillo. «Me habría parado el corazón.»

Había habido unos instantes, incluso minutos, en los que Alec había creído realmente que Magnus había muerto. Y después de perder tanto tiempo preocupándose de que envejecería y moriría antes de Magnus. ¡Qué amarga ironía habría sido! La clase de cosa que merecía reflexionar seriamente, aunque fuera por un segundo, en la oferta que le había hecho Camille.

Veía luz más adelante: la estación de City Hall, iluminada por arañas y claraboyas. Estaba a punto de apagar su luz mágica cuando oyó tras él una voz que conocía.

—Alec —oyó—. Alexander Gideon Lightwood.

Alec notó que el corazón le daba un brinco. Se volvió lentamente.

—¿Magnus?

Magnus entró en el círculo iluminado que creaba la luz mágica de Alec. Parecía sombrío, algo poco habitual en él, con los ojos oscurecidos. Las puntas de su cabello estaban revueltas. Sólo llevaba una americana sobre una camiseta, y Alec no pudo evitar pensar si tendría frío.

—Magnus —repitió Alec—. Pensaba que estabas dormido.

—Evidentemente —replicó Magnus.

Alec tragó con fuerza. Nunca había visto a Magnus enfadado, no de verdad. No así. Los ojos de gato del brujo miraban remotos, imposibles de descifrar.

—¿Me has seguido? —preguntó Alec.

—Podría decirlo así. Aunque me ha ayudado saber adónde ibas. —Con un rápido movimiento, Magnus sacó un papel doblado del bolsillo. Bajo la tenue luz, Alec vio que estaba cubierto por una escritura minuciosa y elegante—. ¿Sabes?, cuando me dijo dónde habías estado y me habló del trato que había hecho contigo, no la creí. No quería creerla, pero aquí estás.

—Camille te ha dicho...

Magnus alzó una mano para que callara.

—Mejor para ella —dijo con tono cansado—. Claro que me lo ha dicho. Te advertí que era una maestra de la manipulación y las intrigas, pero no quisiste escucharme. ¿A quién crees que prefiere tener a su lado? ¿a ti o a mí? Tú tienes dieciocho años, Alexander. No eres exactamente un aliado de gran poder.

—Ya se lo dije —repuso Alec—. No iba a matar a Raphael. Vine y le dije que no había trato, que no podría hacerlo...

—¿Y tuviste que venir hasta aquí, a esta estación de metro abandonada, para darle ese mensaje? —Magnus alzó las cejas—. ¿No crees que podrías haberle dado básicamente el mismo mensaje si tan sólo, quizá, te hubieras mantenido alejado de ella?

—Era...

—Y aunque hubieras venido aquí, que no era necesario, para decirle que no había trato —siguió Magnus con una calma letal—, ¿por qué estás aquí ahora? ¿Una visita de compromiso? ¿Te iba de camino? Explícame, Alexander, si hay algo que se me esté escapando.

Alec tragó saliva. Sin duda debía de haber alguna manera de explicárselo. Había estado yendo ahí abajo, a visitar a Camille, porque era la única persona con la que podía hablar de Magnus. La única persona que conocía a Magnus, como él, no sólo como el Gran Mago de Brooklyn, sino como a alguien que podía amar y ser amado, que tenía fragilidades humanas, peculiaridades y diferentes humores, extraños e irregulares, que Alec no sabía cómo manejar sin consejo.

—Magnus... —Alec dio un paso hacia su novio, y por primera vez (que recordara), Magnus se apartó de él. Su postura era erguida y hostil. Miraba a Alec como si estuviera mirando a un desconocido, a alguien que no le cayera muy bien—. Lo siento mucho —continuó Alec. Su voz le sonó rasposa e insegura—. Nunca pretendí...

—Basta con pensar en ello, ¿sabes? —repuso Magnus—. Eso explica en parte por qué quería el Libro de lo Blanco. La inmortalidad puede ser

una carga. Piensas en los días que se extienden ante ti, cuando ya has estado en todas partes y lo has visto todo. Lo único que no he vivido ha sido envejecer con alguien, con alguien a quien amara. Pensé que quizá podrías ser tú. Pero eso no te da derecho a decidir por mí la extensión de mi vida.

—Lo sé. —El corazón de Alec latía desbocado—. Lo sé, y no iba a hacerlo...

—Estaré fuera todo el día —dijo Magnus—. Ve y recoge tus cosas del apartamento. Deja la llave en la mesa del comedor. —Sus ojos escrutaron el rostro de Alec—. Se ha acabado. No quiero volver a verte, Alec. Ni a ti, ni a ninguno de tus amigos. Estoy harto de ser un brujo mascota.

A Alec le habían comenzado a temblar las manos, con tal fuerza que se le había caído la luz mágica. La luz se apagó, y él cayó de rodillas, palpando el suelo entre la basura y la porquería. Al final, algo se iluminó delante de él, y al levantarse vio a Magnus ante sí, con la luz mágica en la mano. Brillaba y parpadeaba con una luz de un extraño color.

—No debería encenderse así —dijo Alec, automáticamente—. Para nadie excepto para un cazador de sombras.

Magnus la alzó. El corazón de la piedra de luz mágica brillaba de un color rojo oscuro, como el carbón en el fuego.

—¿Es por tu padre? —preguntó Alec.

Magnus no respondió. Se limitó a ponerle la piedra mágica a Alec en la palma. Cuando sus manos se tocaron, el rostro de Magnus cambió.

—Estás helado.

—¿Sí?

—Alexander... —Magnus lo acercó a sí, y la luz mágica parpadeó entre ellos, cambiando de color rápidamente. Alec nunca había visto una piedra de luz mágica hacer eso. Puso la cabeza en el hombro de Magnus y le dejó que lo cogiera. El corazón de Magnus no latía como un corazón humano. Latía más lento, pero con mayor firmeza. A veces, Alec pensaba que era la cosa más firme que había en su vida.

—Bésame —pidió Alec.

Magnus le puso la mano en el costado del rostro y con ternura, casi perdido en sus pensamientos, le acarició la mejilla con el pulgar. Cuando se inclinó para besarlo, olía a madera de sándalo. Alec agarró la manga de la chaqueta de Magnus, y la luz mágica, entre sus cuerpos, lanzó colores rosa, azul y verde.

Fue un beso lento y triste. Cuando Magnus se separó, Alec encontró que, de algún modo, sólo él sujetaba la luz mágica.

—Alu cinta kamu —dijo Magnus en voz baja.

—¿Qué quiere decir?

Magnus se soltó del abrazo de Alec.

—Quiere decir que te amo. Pero eso no cambia nada.

—Pero si me amas...

—Claro que te amo. Más de lo que pensé que podría. Pero aun así hemos acabado —repuso Magnus—. No cambia lo que has hecho.

—Pero fue sólo un error —susurró Alec—. Un error...

Magnus rió secamente.

—¿Un error? Eso es como decir que el viaje del Titanic fue un pequeño accidente en un bote. Alec, trataste de acortarme la vida.

—Era que... Ella me lo ofreció, pero lo pensé y no pude hacerlo... No podía hacerte eso.

—Pero tuviste que pensártelo. Y nunca me lo mencionaste. —Magnus meneó la cabeza—. No confiabas en mí. Nunca lo has hecho.

—Sí que confío —replicó Alec—. Lo haré... Lo intentaré. Dame otra oportunidad...

—No —contestó Magnus—. Y si te puedo dar un consejo, evita a Camille. Hay una guerra en ciernes, Alexander, y no quieres que se cuestione tu lealtad, ¿cierto?

Se volvió y se alejó lentamente, con las manos en los bolsillos, caminando despacio, como si estuviera herido, y no sólo por el corte del costado. Pero se alejaba de todos modos. Alec lo observó hasta que traspasó el brillo de la luz mágica y se perdió de vista.

Dentro del Instituto la temperatura había sido fresca durante el verano, pero en ese momento, con el invierno ya encima, Clary pensó que se estaba bastante caliente. La nave brillaba con filas de candelabros, y las vidrieras coloreadas refulgían suavemente. Dejó que la puerta principal se cerrara tras ella y fue hacia el ascensor. Estaba a mitad del pasillo principal cuando oyó reír a alguien.

Se volvió. Isabelle estaba sentada en uno de los viejos bancos de iglesia, con las largas piernas apoyadas en el respaldo del banco que tenía enfrente. Llevaba botas que le llegaban a medio muslo, vaqueros ajustados y un jersey rojo que le dejaba un hombro al descubierto. En la piel tenía

dibujos negros; Clary recordó que Sebastian había dicho que no le gustaba que las mujeres se desfiguraran la piel con las Marcas, y se estremeció por dentro.

—¿No me has oído llamarte? —preguntó Izzy—. La verdad es que puedes ser increíblemente obcecada.

Clary se detuvo y se apoyó en un banco.

—No he pasado de ti a propósito.

Isabelle bajó las piernas y se puso en pie. Los tacones de las botas eran altos, y hacían que le pasara un buen trozo a Clary.

—Oh, ya lo sé. Por eso no he dicho «grosera» sino «obcecada».

—¿Estás aquí para decirme que me vaya? —A Clary le complació que no le temblara la voz. Quería ver a Jace. Quería verlo más que nada en el mundo. Pero después de todo por lo que había pasado ese mes, sabía que lo que importaba era que estuviera vivo, y que fuera él mismo. Todo lo demás era secundario.

—No —contestó Izzy, y comenzó a caminar hacia el ascensor. Clary fue con ella—. Creo que todo esto es ridículo. Le salvaste la vida.

Clary tragó para sacarse la sensación fría que tenía en la garganta.

—Antes has dicho que había cosas que yo no entendía.

—Y las hay. —Isabelle apretó el botón del ascensor—. Jace podrá explicártelas. He bajado porque creo que hay otras cosas que debes saber.

Clary escuchó esperando los familiares crujidos, gruñidos y traqueteos del viejo ascensor.

—¿Como cuáles?

—Mi padre ha vuelto —contestó Isabelle, sin mirarla a los ojos.

—¿De visita o para quedarse?

—Para quedarse. —Isabelle parecía calmada, pero Clary recordaba lo dolida que se había sentido Isabelle al descubrir que Robert se había presentado para el cargo de Inquisidor—. Básicamente, Aline y Helen nos salvaron de meternos en un auténtico lío por lo que pasó en Irlanda. Cuando fuimos a ayudarte, lo hicimos sin decírselo a la Clave. Mi madre estaba segura de que, si se lo decíamos, enviarían guerreros para matar a Jace. No podía hacerlo. Me refiero a que ésta es nuestra familia.

El ascensor se paró con un repiqueteo y un golpe antes de que Clary pudiera decir nada. Siguió adentro a la otra chica, mientras contenía el extraño impulso de abrazar a Isabelle. Dudaba que a Izzy le gustara.

—Así que Aline le explicó a la Cónsul, ya que a fin de cuentas es su madre, que no había habido tiempo de avisar a la Clave, que a ella la habíamos dejado aquí con órdenes estrictas de avisar a Jia, pero que había pasado algo con los teléfonos y no habían funcionado. Básicamente, mintió todo lo que pudo. De todas formas, ésa es nuestra historia y nos mantenemos en ella. No creo que Jia la creyera, pero no importa; tampoco es que Jia fuera a castigar a mamá. Pero tenía que tener alguna explicación a la que aferrarse para no tener que sancionarnos. Después de todo, la operación no fue ningún desastre. Fuimos, recuperamos a Jace, matamos a la mayoría de los nefilim oscuros e hicimos huir a Sebastian.

El ascensor dejó de subir y se paró con una buena sacudida.

—Hicimos huir a Sebastian —repitió Clary—. Así que no tenemos ni idea de dónde está, ¿verdad? Pensé que, como destruí el apartamento, el agujero dimensional, lo podríais localizar.

—Lo hemos intentado —explicó Isabelle—. Dondequiera que esté, sigue hallándose más allá de nuestras capacidades de rastreo. Y según los Hermanos Silenciosos, la magia que hizo Lilith... Bueno, Sebastian es fuerte, Clary. Muy fuerte. Tenemos que suponer que está por ahí, con la Copa Infernal, planeando su siguiente paso. —Abrió la puerta del ascensor y salió—. ¿Crees que volverá a por ti, o Jace?

Clary pensó un momento.

—No ahora mismo —contestó por fin—. Para él éramos las últimas piezas de un puzle. Primero querrá tenerlo todo organizado. Querrá un ejército. Querrá estar preparado. Nosotros somos... como los premios que puede ganar. Para no tener que estar solo.

—La verdad es que debe de sentirse muy solo —dijo Isabelle. No había compasión en su voz; era únicamente una observación.

Clary pensó en él, en el rostro que había tratado de olvidar, que le perseguía en sus pesadillas nocturnas y sus ensoñaciones diurnas.

«Me preguntaste a quién pertenecía yo.»

—No tienes ni idea.

Llegaron a la escalera que daba a la enfermería. Isabelle se detuvo, con la mano en el cuello. Clary vio la silueta cuadrada de su colgante con el rubí bajo el jersey.

—Clary...

De repente, Clary se sintió incómoda. Se enderezó, sin querer mirar a Isabelle.

—¿Cómo es? —preguntó Isabelle de repente.

—¿Cómo es qué?

—Estar enamorada —contestó Isabelle—. ¿Cómo sabes si lo estás? ¿Y cómo sabes si la otra persona te ama?

—Hum...

—Como Simon —añadió Isabelle—. ¿Cómo viste que estaba enamorado de ti?

—Bueno —respondió Clary—. Eso me dijo.

—Eso te dijo.

Clary se encogió de hombros.

—Y antes de eso, ¿no tenías ni idea?

—No, la verdad es que no —contestó Clary, recordando el momento—. Izzy... Si sientes algo por Simon, o si quieres saber si él siente algo por ti... quizá deberías decírselo.

Isabelle jugueteó con un inexistente hilillo en el puño del jersey.

—¿Decirle qué?

—Lo que sientes por él.

Isabelle pareció rebelarse.

—No debería tener que hacerlo.

Clary meneó la cabeza.

—¡Dios! ¡Alec y tú os parecéis mucho!

Isabelle la miró abriendo mucho los ojos.

—¡No es cierto! Somos totalmente diferentes. Yo salgo con diferentes chicos, y él nunca había salido con nadie antes de Magnus. Él es celoso, y yo no.

—Todo el mundo es celoso —sentenció Clary—. Y ambos sois muy estoicos. Es amor, no la batalla de las Termópilas. No tenéis por qué tomároslo todo como si fuera el último bastión. No tenéis que guardároslo todo dentro.

Isabelle alzó las manos.

—Y de repente, tú eres la experta, ¿no?

—No soy experta —replicó Clary—. Pero conozco a Simon. Si no le dices nada, él supondrá que no estás interesada, y se dará por vencido. Te necesita, Iz, y tú a él. Sólo que él también necesita que seas tú quien lo diga.

Isabelle suspiró y comenzó a subir la escalera. Clary la oía mascullar mientras avanzaban.

—Es culpa tuya, ¿sabes? Si no le hubieras roto el corazón...

— ¡Isabelle!

— Bueno, se lo rompiste.

— Sí, y me parece recordar que cuando se convirtió en rata fuiste tú quien sugirió que lo dejáramos en forma de rata, permanentemente.

— No lo hice.

— Sí que lo hiciste... — Clary se calló de golpe. Habían llegado al piso siguiente, donde un largo pasillo se abría en ambos sentidos. Ante la puerta doble de la enfermería se hallaba un Hermano Silencioso, en su hábito de color pergamino, con las manos juntas y la cabeza gacha como en una postura meditativa.

Isabelle lo señaló con un gesto exagerado.

— Aquí estás — dijo —. Buena suerte. Te hará falta para pasar ante él y ver a Jace.

Y se fue por el pasillo, con los tacones repiqueteando sobre el suelo de madera.

Clary suspiró por dentro y se sacó la estela del cinturón. Dudaba que existiera alguna runa de glamour que pudiera engañar a un Hermano Silencioso pero, quizá, si podía acercarse lo suficiente para marcarle una runa de sueño sobre la piel...

«Clary Fray.» La voz que sonó en su cabeza era divertida, y también conocida. No tenía sonido, pero Clary reconoció la forma de los pensamientos, igual que se puede reconocer a alguien por el modo en que ríe o respira.

— Hermano Zachariah. — Resignada, volvió a guardar la estela y se acercó a él, deseando que Isabelle se hubiera quedado con ella.

«Supongo que estás aquí para ver a Jonathan — dijo él alzando la cabeza de su postura de meditación. Su rostro seguía bajo las sombras de la capucha, aunque Clary le alcanzaba a ver el contorno anguloso del pómulo —. A pesar de las órdenes de la Hermandad.»

— Por favor, llámalo Jace. De otro modo resulta muy confuso.

«Jonathan es un buen nombre para un cazador de sombras; fue el primer nombre. Los Herondale siempre han mantenido los nombres en la familia...»

— No fue un Herondale quien le puso ese nombre — indicó Clary —. Aunque tiene una daga de su padre. Pone S. W. H. en la hoja.

«Stephen William Herondale.»

Clary dio otro paso hacia la puerta, y hacia Zachariah.

—Sabes mucho de los Herondale —comentó—. Y de todos los Hermanos Silenciosos, pareces el más humano. La mayoría de ellos no muestran ninguna emoción. Son como estatuas. Pero tú pareces sentir las cosas. Recuerdas tu vida.

«Ser un Hermano Silencioso es mi vida, Clary Fray. Pero si te refieres a mi vida antes de la Hermandad, es cierto.»

Clary respiró hondo.

—¿Alguna vez estuviste enamorado? ¿Antes de la Hermandad? ¿Hubo alguna vez alguien por quien habrías muerto?

Sobrevino un largo silencio.

«Dos personas —contestó el hermano Zachariah finalmente—. Son recuerdos que el tiempo no borra, Clarissa. Pregunta a tu amigo Magnus Bane, si no me crees. La eternidad no hace que se olvide la pérdida, sólo la hace soportable.»

—Bueno, yo no tengo una eternidad —repuso Clary en voz baja—. Por favor, déjame ver a Jace.

El hermano Zachariah no se movió. Clary seguía sin poder verle el rostro, sólo sombras y planos bajo la capucha de su hábito. Sólo las manos, cogidas ante sí.

—Por favor —rogó Clary.

Alec saltó al andén de la estación de metro de City Hall y fue hacia la escalera. Había bloqueado en su mente la imagen de Magnus marchándose de él con un pensamiento y sólo uno: iba a matar a Camille Belcourt.

Subió la escalera mientras sacaba un cuchillo serafín del cinturón. La luz era tenue y vacilante; llegó a vestíbulo bajo el City Hall Park, donde unas claraboyas tintadas permitían el paso a la luz invernal. Se metió la piedra de luz mágica en el bolsillo y alzó el cuchillo serafín.

—Amriel —susurró, y la hoja se encendió como un rayo en sus manos. Alzó la barbilla y pasó la mirada por todo el vestíbulo. El sofá de respaldo alto estaba allí, pero Camille no se hallaba en él. Le había enviado un mensaje diciéndole que iría, así que no debía sorprenderle que ella no se hubiera quedado a esperarlo. Furioso, cruzó el vestíbulo y le dio una patada al sofá, con fuerza. Éste se volcó con un crujido de madera y una nube de polvo; una de las patas se quebró.

Desde un rincón de la estancia le llegó una tintineante risita plateada.

Alec se volvió en redondo, con el cuchillo serafín ardiéndole en la mano. Las sombras de los rincones eran profundas y densas; incluso la luz de Amriel no podía penetrarlas.

—¿Camille? —llamó, con una voz peligrosamente tranquila—. Camille Belcourt. Ven aquí ahora.

Otra risita, y una forma salió de la oscuridad. Pero no era Camille.

Era una niña, seguramente de no más de doce o trece años, muy delgada, con un par de vaqueros gastados y una camiseta rosa de manga corta con un brillante unicornio. También llevaba una larga bufanda rosa, con los extremos manchados de sangre. La sangre le cubría la parte inferior del rostro y le manchaba el cuello de la camiseta. Miró a Alec con ojos muy abiertos y alegres.

—Te conozco —susurró ella, y cuando habló, Alec vio un destello de sus afilados incisivos. Vampira—. Alec Lightwood. Eres amigo de Simon. Te he visto en los conciertos.

Él se la quedó mirando. ¿La había visto antes? Quizá; el paso de un rostro entre las sombras de un bar, una de esas actuaciones a las que Isabelle lo arrastraba. No estaba seguro. Pero eso no significaba que no supiera quién era.

—Maureen —dijo—. Eres la Maureen de Simon.

Ella se miró las manos, que estaban enguantadas en sangre, como si las hubiera hundido en un charco de ella. Y tampoco era sangre humana, pensó Alec. Era la sangre oscura, roja como un rubí, de un vampiro.

—Estás buscando a Camille —dijo en un sonsonete—. Pero ella ya no está aquí. Oh, no. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —preguntó Alec—. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

Maureen soltó una risita.

—Ya sabes cómo funcionan las leyes de los vampiros, ¿no? Quien mata al jefe del clan se convierte en su jefe. Y Camille era la jefa del clan de Nueva York. Oh, sí, era.

—¿Al... alguien la ha matado?

Maureen se puso a reír alegremente.

—No alguien, tonto —repuso ella—. He sido yo.

El techo arqueado de la enfermería estaba pintado de azul, con un dibujo rococó de querubines extendiendo cintas de oro, y nubes blancas al viento.

Filas de camas de metal se alineaban contra las paredes de la izquierda y la derecha, dejando un pasillo en medio. Dos altas claraboyas permitían pasar la luz del sol invernal, aunque eso de poco servía para calentar la fría habitación.

Jace se hallaba sentado en una de las camas, apoyado en un montón de almohadas que había cogido de las otras camas. Llevaba unos vaqueros con los bajos deshilachados y una camiseta gris. Tenía un libro sobre las rodillas. Alzó la mirada cuando Clary entró en la sala, pero no dijo nada mientras ésta se acercaba a la cama.

El corazón de Clary había comenzado a latirle con fuerza. El silencio era casi opresivo; Jace la siguió con la mirada mientras ella llegaba a los pies de la cama y se detenía allí, con las manos en el metal de la estructura. Ella le observó el rostro. En muchas ocasiones había tratado de dibujarlo, había tratado de capturar aquella inefable cualidad que hacía que Jace fuera Jace, pero sus dedos nunca habían sido capaces de plasmar en el papel lo que ella veía. Ahí estaba ahora, donde no había estado cuando él se hallaba bajo el control de Sebastian, o como quisieran llamarlo, alma o espíritu, mirándola desde sus ojos.

Ella apretó la mano en la cama.

—Jace...

Él se puso un mechón de cabello tras la oreja.

—Es... ¿Te han dicho los Hermanos Silenciosos que puedes estar aquí?

—No exactamente.

La comisura de la boca de Jace le tironeó.

—¿Así que los has noqueado con un leño y te has colado? La Clave no ve nada bien esa clase de cosas, ¿sabes?

—Guau. De verdad que no me dejas pasar ni una, ¿no? —Se sentó en la cama junto a él, en parte para estar a la misma altura, y en parte para disimular que le temblaban las rodillas.

—He aprendido a no hacerlo —repuso él, y dejó el libro a un lado.

Clary sintió como si la hubiera abofeteado.

—No quería hacerte daño —dijo en una voz que le salió casi como un susurro—. Lo siento.

Él se irguió y pasó las piernas sobre el borde de la cama. No estaban muy apartados, compartiendo la cama, pero él se retenía; Clary lo veía. Podía ver que había secretos tras sus ojos, notaba su vacilación. Deseaba tenderle la mano, pero se mantuvo inmóvil y con la voz tranquila.

—Nunca he tratado de hacerte daño. Y no me refiero sólo en el Burren. Me refiero al momento en que tú, el auténtico tú, me dijiste lo que querías. Debería haberte escuchado, pero en lo único que pensaba era en salvarte, en sacarte de allí. No te escuché cuando dijiste que querías entregarte a la Clave y, por eso, ambos casi acabamos como Sebastian. Y cuando hice lo que hice con *Gloriosa*... Alec e Isabelle deben de haberte explicado que la espada estaba destinada a Sebastian. Pero no pude llegar a él en medio de la batalla. No pude. Y pensé en lo que me habías dicho, en que preferías morir que vivir bajo el influjo de Sebastian. —Se le cortó la voz—. El auténtico tú, me refiero. No podía preguntártelo. Tuve que suponerlo. Tienes que saber que fue terrible herirte así. Saber que podrías haber muerto y que habría sido mi mano la que había sostenido la espada que te mató, pero arriesgué tu vida porque pensaba que era lo que me habrías pedido y, después de traicionarte una vez, pensé que te lo debía. Pero si me equivoqué... —Se calló, pero él siguió en silencio. El estómago se le retorció de inquietud—. Entonces, lo lamento. No puedo hacer nada para compensarte. Pero quería que supieras que lo siento.

Se calló de nuevo, y esta vez el silencio se alargó más y más, como un hilo tensado al máximo.

—Ya puedes hablar —soltó ella finalmente—. La verdad es que sería magnífico que lo hicieras.

Jace la miraba incrédulo.

—Déjame ver si lo he entendido bien —comenzó—. ¿Has venido aquí a disculparte conmigo?

Ella se sorprendió.

—Claro que sí.

—¡Clary, me salvaste la vida!

—Te apuñalé. Con una enorme espada. Te pusiste a arder.

Los labios de Jace se curvaron de manera casi imperceptible.

—De acuerdo —dijo él—. Quizá nuestros problemas no sean como los de las otras parejas. —Alzó una mano como si fuera a acariciarle el rostro, pero la bajó rápidamente—. Te oí, ¿sabes? —continuó más bajo—. Diciéndome que no estaba muerto. Pidiéndome que abriera los ojos.

Se miraron el uno al otro en medio de un silencio que seguramente sólo durara unos instantes, pero que a Clary le parecieron horas. Se alegraba tanto de verlo así, completamente él, que casi olvidó el miedo de que todo iba a ir fatal en los próximos minutos.

—¿Por qué crees que me enamoré de ti? —preguntó Jace finalmente. Eso era lo que ella menos esperaba que le preguntara.

—No lo sé... Ésa no es una pregunta justa.

—A mí me lo parece —replicó él—. ¿Crees que no te conozco, Clary? ¿La chica que entró en un hotel lleno de vampiros porque su mejor amigo estaba allí y necesitaba que lo salvaran? ¿Que abrió un Portal y se transportó a Idris porque no soportaba la idea de no participar en la acción?

—Me gritaste por eso...

—Me estaba gritando a mí —repuso él—. Nos parecemos mucho en algunos aspectos. Somos temerarios. No pensamos antes de actuar. Hacemos lo que sea por la gente a la que queremos. Y nunca pensé lo que eso asustaba a la gente que me quería hasta que lo vi en ti y me aterrorizó. ¿Cómo podía protegerte si no me dejabas? —Se inclinó hacia ella—. Eso, por cierto, es una pregunta retórica.

—Bien. Porque no necesito que me protejan.

—Sabía que dirías eso. Pero la cuestión es que, a veces, sí. Y, a veces, yo también. Se supone que debemos protegernos el uno al otro, pero no de todo. No de la verdad. Eso es lo que significa amar a alguien pero dejar que sea quien es.

Clary se miró las manos. Deseaba tanto tocarlo. Era como visitar a alguien en prisión, donde se podía ver al otro claramente, pero había un cristal irrompible de separación.

—Me enamoré de ti —continuó él— porque eras una de las personas más valientes a quienes había conocido. Entonces, ¿cómo podía pedirte que dejaras de ser valiente sólo porque te amaba? —Se pasó las manos por el cabello, que le quedó revuelto y de punta con rizos que Clary ansiaba alisar—. Viniste a buscarme. Me salvaste cuando casi todos los demás se habían rendido, e incluso los que no se habían rendido no sabían qué hacer. ¿Crees que no sé por lo que pasaste? —Se le velaron los ojos—. ¿Cómo puedes creer que podría estar enfadado contigo?

—Entonces, ¿por qué no has querido verme?

—Porque... —Jace sacó aire—. Muy bien, buena observación, pero hay algo que no sabes. La espada que empleaste, la que Raziel le dio a Simon...

—*Gloriosa* —repuso Clary—. La espada del Arcángel Miguel. Se destruyó.

—No se destruyó. Volvió a su lugar de procedencia una vez que el fuego celestial la consumió. —Jace sonrió levemente—. De otro modo, nuestro Ángel habría tenido que dar muchas explicaciones cuando Miguel se enterara de que su colega Raziel había prestado su espada favorita a un puñado de humanos descuidados. Pero me voy por las ramas. La espada..., la forma en que ardía... no era fuego normal.

—Eso ya lo supuse. —Clary deseaba que Jace la rodeara con los brazos y la apretara contra sí. Pero él parecía querer mantener el espacio entre ellos, así que se quedó donde estaba. Era como un dolor físico, estar tan cerca de él y no poder tocarlo.

—Ojalá no te hubieras puesto ese jersey —murmuró Jace.

—¿Qué? —Ella se miró—. Creía que te gustaba.

—Y me gusta —respondió él, y sacudió la cabeza—. No importa. Ese fuego... era fuego celestial. El matorral ardiente, el fuego y el azufre, la columna de fuego que guió a los hijos de Israel... ése es el fuego del que estamos hablando. «Porque un fuego se ha encendido en mi ira, y arderá hasta las profundidades del Infierno; devorará la tierra y sus frutos, y abrásaré las bases de los montes.» Ése es el fuego que abrasó lo que Lilith me había hecho. —Cogió el borde de la camiseta y se la levantó. Clary tragó aire, porque sobre el corazón, en la fina piel del pecho, ya no había Marca, sólo una cicatriz blanca cerrada donde la espada le había penetrado.

Clary extendió la mano, queriendo tocarlo, pero él se apartó, negando con la cabeza. Ella notó la expresión dolida apareciendo en su rostro antes de poder esconderla. Él se bajó la camiseta.

—Clary, ese fuego... aún está dentro de mí.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Jace respiró hondo y tendió las manos, con las palmas arriba. Ella las miró, delgadas y conocidas, con la runa de visión en su mano derecha desdibujada y cicatrices blancas sobre ella. Mientras ambos las miraban, las manos comenzaron a temblarle ligeramente, y luego, bajo la mirada incrédula de Clary, se fueron volviendo transparentes. Como si la hoja de *Gloriosa* hubiera comenzado a arder, la piel de Jace pareció volverse de cristal, cristal que contenía en su interior un oro que se movía, se oscurecía y ardía. Clary vio el contorno de su esqueleto a través de la piel transparente, huesos dorados conectados a tendones de fuego.

Lo oyó tragar aire secamente. Entonces, él alzó la cabeza y la miró a los ojos. Los de él eran dorados. Siempre habían sido dorados, pero Clary podría jurar que ese dorado también vivía y ardía. Jace respiraba pesadamente, y el sudor le relucía sobre las mejillas y la clavícula.

—Tienes razón —dijo Clary—. Nuestros problemas no son como los de las otras parejas.

Jace la miró incrédulo. Lentamente, cerró los puños, y el fuego se desvaneció, dejando sólo sus manos de siempre, intactas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó él, medio ahogado por la risa.

—No, tengo mucho más que decir. ¿Qué está pasando? ¿Ahora tus manos son armas? ¿Eres la Antorcha Humana? ¿Qué diablos...?

—No sé qué es la Antorcha Humana, pero... Muy bien, mira, los Hermanos Silenciosos me han dicho que ahora porto dentro el fuego celestial. En mis venas. En mi alma. Cuando me desperté, sentí como si respirara fuego. Alec e Isabelle pensaron que sería un efecto temporal de la espada, pero al ver que no desaparecía, llamaron a los Hermanos Silenciosos. El hermano Zachariah me dijo que no sabría cuán temporal sería. Y lo quemé; me estaba tocando con la mano cuando lo dijo, y sentí una descarga de energía pasando a través de mí.

—¿Una quemadura grave?

—No. Menor, pero aun así...

—Por eso no quieres tocarme. —Clary se dio cuenta de repente—. Tienes miedo de quemarme.

Él asintió.

—Nadie ha visto nunca nada igual, Clary. Ni antes, ni nunca. La espada no me mató. Pero me dejó esto..., esta parte de algo letal dentro de mí. A veces es tan fuerte que probablemente mataría a un humano corriente, quizá incluso a un cazador de sombras. —Exhaló un profundo suspiro—. Los Hermanos Silenciosos están trabajando para ver cómo podría controlarlo, o librarme de ello. Pero como puedes imaginar, no soy su principal prioridad.

—Porque lo es Sebastian. Has oído que destruí el apartamento. Sé que tiene otras maneras de ir por ahí, pero...

—¡Ésa es mi chica! Pero tiene reservas. Otros escondites. No sé cuáles son. No me lo dijo nunca. —Se inclinó hacia ella, tan cerca que Clary pudo ver los colores cambiantes de sus ojos—. Desde que desperté, los Hermanos

Silenciosos no han dejado de acompañarme. Tuvieron que realizar de nuevo la ceremonia, la que les hacen a los cazadores de sombras al nacer para mantenerlos a salvo. Y luego se me metieron en la cabeza. Buscando, tratando de sacar el más mínimo detalle de información sobre Sebastian, cualquier cosa que yo haya podido saber pero que no recuerdo. Pero... — Jace movió la cabeza, frustrado—. No hay nada. Conocía sus planes hasta la ceremonia en el Burren. Más allá de eso, no tengo ni idea de lo que va a hacer ahora. Dónde puede atacar. Saben que ha estado trabajando con demonios, así que están reforzando las salvaguardas, sobre todo alrededor de Idris. Pero me siento como si nos hubiéramos olvidado de algo importante en todo este asunto, algún conocimiento secreto que yo tengo..., y ni siquiera tenemos eso.

—Pero si supieras algo, Jace, él cambiaría sus planes —objetó Clary—. Sabe que te ha perdido. Los dos estabais atados. Oí un grito terrible cuando te clavé la espada. —Se estremeció—. Era un terrible sonido de pérdida. De algún modo extraño, sí que le importabas, creo. Y aunque todo fuera horroroso, ambos sacamos algo que puede resultar útil.

—¿Que es...?

—Lo entendemos. Quiero decir, tanto como alguien pueda llegar a entenderlo. Y eso no se puede borrar con un cambio de planes.

Jace asintió lentamente.

—¿Sabes a quién creo que entiendo ahora también? A mi padre.

—Valen... No —dijo Clary, observando su expresión—. Te refieres a Stephen.

—He estado leyendo sus cartas. Las cosas de la caja que me dio Amatis. Escribió una carta para mí, ¿sabes?, que pretendía que leyera después de su muerte. Me dijo que fuera un hombre mejor de lo que él había sido.

—Lo eres —repuso Clary—. Es esos momentos, en el apartamento, cuando eras tú, te importaba más hacer lo que debías hacer que tu propia vida.

—Lo sé —dijo Jace, mirándose los marcados nudillos—. Eso es lo raro. Lo sé. Tenía muchas dudas sobre mí mismo, siempre, pero ahora entiendo la diferencia entre Sebastian y yo. Entre Valentine y yo. Incluso la diferencia entre ellos dos. Valentine creía de verdad que estaba haciendo lo correcto. Odiaba a los demonios. Pero para Sebastian, la criatura que considera su madre es uno. Gobernaría contento sobre una raza de

cazadores de sombras oscuros que obedecieran a los demonios, mientras éstos masacraran a su voluntad a los humanos corrientes de este mundo. Valentine aún creía que la misión de los cazadores de sombras era proteger a los seres humanos; Sebastian los considera cucarachas. Y no quiere proteger a nadie. Sólo quiere lo que quiere en el momento en que lo quiere. Y lo único que siente es enfado cuando se frustra.

Clary no estaba tan segura. Había visto a Sebastian mirar a Jace, incluso a sí misma, y sabía que había algo en él tan solitario como el más oscuro vacío del espacio. La soledad lo guiaba tanto como el deseo de poder; la soledad y la necesidad de ser amado sin tener la comprensión correspondiente de que el amor era algo que uno se ganaba. Sin embargo, se calló esas ideas.

—Bueno, entonces vamos a frustrarlo —dijo en su lugar.

Una sonrisa asomó en el rostro de Jace.

—Sabes que te quiero rogar que te quedes al margen de esto, ¿verdad? Va a ser una batalla despiadada. Más despiadada de lo que creo que la Clave ni siquiera comienza a comprender.

—Pero no vas a hacerlo —repuso Clary—. Porque eso te convertiría en un idiota.

—¿Te refieres a que necesitamos tu poder con las runas?

—Bueno, eso y... ¿Has escuchado algo de lo que acabas de decir? ¿Todo eso de protegernos el uno al otro?

—Te informo de que he practicado ese discurso. Delante del espejo, antes de que llegaras.

—¿Y qué crees que significa?

—No estoy seguro —admitió Jace—, pero sé que he quedado de lo mejor soltándotelo.

—Dios, había olvidado lo irritante que eres cuando no estás poseído —masculló Clary—. ¿Necesito recordarte que has dicho que tienes que aceptar que no me puedes proteger de todo? La única manera en que podemos protegernos es si estamos juntos. Si nos enfrentamos juntos a lo que sea. Si confiamos el uno en el otro. —Lo miró directamente a los ojos—. No debería haberte impedido que fueras a la Clave llamando a Sebastian. Debería haber respetado tu decisión. Y tú debes respetar la mía. Porque vamos a estar juntos mucho tiempo, y ésta es la única manera de que funcione.

Él acercó la mano hacia ella sobre la manta.

—Estar bajo la influencia de Sebastian... —dijo él con voz ronca—. Ahora me parece una pesadilla. Aquel lugar de locos, aquellos armarios llenos de ropa para tu madre...

—Así que lo recuerdas —susurró ella.

Jace le rozó las yemas de los dedos con las suyas, y Clary casi dio un bote. Ambos contuvieron el aliento mientras él la acariciaba; ella no se movió, pues observaba cómo a Jace poco a poco se le iban relajando los hombros y desaparecía la mirada ansiosa de su rostro.

—Lo recuerdo todo —contestó él—. Recuerdo el bote en Venecia, el club en Praga. Aquella noche en París, cuando era yo.

Clary notó que la sangre se le aceleraba bajo la piel, y le ardió la cara.

—En cierto sentido, hemos pasado por algo que nadie más puede entender —continuó él—. Y me ha hecho darme cuenta de algo. Siempre hemos estado absolutamente mejor juntos. Alzó el rostro hacia ella. Estaba pálido, y el fuego le destellaba en los ojos—. Voy a matar a Sebastian. Voy a matarlo por lo que me hizo, por lo que te hizo a ti, y por lo que le hizo a Max. Voy a matarlo por lo que ha hecho y por lo que hará. La Clave lo quiere muerto, y ellos lo perseguirán. Pero quiero que sea mi mano la que acabe con él.

Entonces ella tendió la mano y se la puso en la mejilla. Él se estremeció y entrecerró los ojos. Clary se esperaba que tuviera la piel caliente, pero la notó fría bajo la mano.

—¿Y si soy yo quien lo mata?

—Mi corazón es tu corazón —contestó él—. Mis manos son tus manos.

Sus ojos eran del color de la miel y se deslizaron tan lentamente como la miel sobre el cuerpo de Clary cuando él la miró de arriba abajo por primera vez desde que ella había entrado en la enfermería, desde el cabello alborotado hasta las botas de los pies. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, Clary tenía la boca seca.

—¿Recuerdas —preguntó él— cuando nos conocimos y te dije que estaba seguro, al noventa por ciento, de que dibujarte la runa no te mataría, y tú me diste una bofetada y me dijiste que era por el otro diez por ciento?

Clary asintió con la cabeza.

—Siempre había supuesto que me mataría algún demonio —prosiguió Jace—. Un subterráneo renegado. Una batalla. Pero entonces me di cuenta de que podía morirme si no lograba besarte, y pronto.

Clary chasqueó los secos labios.

—Bueno, lo hiciste —dijo ella—. Lo de besarme, me refiero.

Él le cogió un rizo entre los dedos. Estaba tan cerca como para que ella notara el calor de su cuerpo, el olor a jabón, piel y cabello.

—No lo suficiente —replicó él, mientras dejaba que el rizo se le escapara de la mano—. Si te besara todo el día durante todos los días que me quedan de vida, no sería suficiente.

Él inclinó la cabeza. Ella no pudo evitar inclinar también la suya. Los recuerdos de París le llenaban la cabeza: abrazarlo como si fuera a ser la última vez que lo abrazaba; y casi lo había sido. Su sabor, su respiración, sus caricias. Lo oyó respirar. Las pestañas de Jace le cosquillearon la mejilla. Sólo unos milímetros separaban sus labios, y luego ya no fueron ni milímetros; se rozaron levemente primero, y luego con mayor presión. Se acercaron el uno al otro...

Y Clary notó una chispa; no dolorosa, sino más bien como una ligera sacudida de electricidad estática. Pasó entre ellos, y Jace se apartó rápidamente. Estaba sonrojado.

—Quizá tengamos que trabajar esto un poco.

A Clary aún le daba vueltas la cabeza.

—De acuerdo.

Él miraba hacia delante, aún jadeante.

—Quiero darte una cosa.

—Ya me lo imagino.

Él la miro de golpe y, casi sin querer, sonrió.

—Eso no. —Se metió la mano por el cuello de la camiseta y sacó el anillo Morgenstern con la cadena. Se lo sacó por la cabeza y se lo puso en la mano a Clary. Conservaba el calor de su piel.

—Alec se lo pidió a Magnus para mí. ¿Volverás a llevarlo?

Ella cerró el puño sobre el anillo.

—Siempre.

Su sonrisa irónica se suavizó. Ella se atrevió a ponerle la mano en el hombro. Notó que él contenía el aliento, pero permaneció inmóvil. Al principio Jace se tensó, pero el cuerpo se le fue relajando lentamente, y se quedaron así. Era duro y caliente, pero dulce y amigable.

Jace carraspeó.

—¿Sabes que esto significa que lo que hicimos..., lo que casi hicimos en París...?

—¿Subir a la Torre Eiffel?

Él le puso un mechón tras la oreja.

—No me dejas pasar ni una, ¿verdad? No importa. Eso es una de las cosas que me gustan de ti. Bueno, pues la otra cosa que casi hicimos en París..., seguramente eso quede aparcado durante un tiempo. A no ser que quieras que ese rollo de «me consumo de pasión y ardo en deseos por ti» se convierta en algo literal de un modo bastante desagradable.

—¿Nada de besos?

—Bueno..., besos, quizá. Pero el resto...

Ella rozó la mejilla contra la de él.

—Me parece bien si te lo parece a ti.

—Claro que no me parece bien. Soy un adolescente. Por lo que a mí respecta, es lo peor que ha pasado desde que descubrí por qué Magnus tiene prohibida la entrada en Perú. —Los ojos se le suavizaron—. Pero eso no cambia lo que somos el uno para el otro. Es como si siempre me faltara un trozo de alma, y está dentro de ti, Clary. Sé que una vez te dije que tanto si Dios existe como si no, estamos solos. Pero cuando estoy contigo, no estoy solo.

Ella cerró los ojos para que él no le viera las lágrimas; lagrimas de alegría por primera vez en mucho tiempo. A pesar de todo, a pesar de que las manos de Jace seguían en su regazo, Clary sintió un alivio tan intenso que apagó todo lo demás: la inquietud por dónde estaría Sebastian, y el miedo al futuro incierto pasaron a un segundo plano. Nada importaba. Estaban juntos, y Jace volvía a ser él. Notó que él volvía el rostro y la besaba suavemente en la cabeza.

—De verdad me gustaría que no te hubieras puesto ese jersey —le susurró al oído.

—Es para que practiques —replicó ella, moviendo los labios contra la piel de él—. Mañana, medias de rejilla.

A su lado, cálido y reconfortante, Clary lo notó reír.

—Hermano Enoch —saludó Maryse mientras se levantaba detrás del escritorio—. Gracias por reunirte con el hermano Zachariah y conmigo habiéndote avisado con tan poco tiempo.

«¿Tiene esto que ver con Jace? —preguntó Zachariah y, si Maryse no hubiera sabido que era imposible, le habría parecido que había un toque de

ansiedad en su voz mental—. Lo he visitado varias veces hoy. Su estado no ha variado.»

Enoch se removió bajo su hábito.

«Y yo he estado revisando los archivos y los documentos antiguos relativos al fuego celestial. Hay alguna información sobre el modo en que puede liberarse, pero debes ser paciente. No hay motivo para llamarnos. Si tenemos alguna novedad, nosotros te llamaremos.»

—No es sobre Jace —repuso Maryse, y salió de detrás del escritorio, con los tacones resonando sobre el suelo de piedra de la biblioteca—. Es sobre algo totalmente diferente. —Miró hacia abajo. Habían colocado una alfombra de cualquier manera en el suelo, donde no solía haber ninguna alfombra. Cubría en parte el delicado dibujo hecho con losetas que formaba la silueta de la Copa, la Espada y el Ángel. Se agachó, cogió una punta de la alfombra y estiró.

Los Hermanos Silenciosos no ahogaron un grito, claro; no podían emitir ningún sonido. Pero una cacofonía llenó la cabeza de Maryse, el eco psíquico de su impresión y su horror. El hermano Enoch retrocedió un paso, mientras que el hermano Zachariah alzó una mano de largos dedos para cubrirse el rostro, como si pudiera impedir que sus ojos vieran lo que tenían delante.

—No estaba aquí esta mañana —explicó Maryse—. Pero cuando volví esta tarde, estaba esperándome.

Al primer vistazo había pensado que era algún pájaro grande que había encontrado la manera de colarse en la biblioteca y había muerto ahí, quizá al romperse el cuello contra uno de los altos ventanales. No dijo nada de la desesperación visceral que la había traspasado como una flecha, ni de la manera en que había llegado tambaleándose a la ventana y había vomitado por ella en cuanto se había dado cuenta de lo que estaba viendo.

Un par de alas blancas; no blancas del todo, sino una amalgama de colores que se movían y parpadeaban al mirarlas: plata claro, reflejos violeta, azul oscuro, ambas alas delineadas en oro. Y luego, en la raíz, un feo corte que había mutilado hueso y tendón. Alas de ángel: las alas seccionadas de un ángel vivo. Icor de angélico, del color del oro líquido, manchaba el suelo.

Sobre las alas, un trozo de papel doblado, dirigido al Instituto de Nueva York. Después de echarse agua en la cara, Maryse había cogido la nota y la había leído. Era corta: una única frase, y estaba firmada con un

nombre en una escritura que le resultaba extrañamente familiar, porque era un eco de la cursiva de Valentine: las florituras de las letras, la mano fuerte y firme. Pero no era el nombre de Valentine. Era el nombre de su hijo.

Jonathan Christopher Morgenstern.

Le pasó la nota al hermano Zachariah. Él la cogió y la abrió; leyó, al igual que ella, la única palabra de griego clásico trazada en una complicada escritura en lo alto de la página.

Erchomai, decía.

Voy de camino.

NOTAS

La invocación en latín que usa Magnus en la página 227 para invocar a Azazel, que comienza con «Quod tumeraris; per Jehovam, Gehennam,...» está sacada de *La trágica historia del doctor Faustus*, de Christopher Marlowe.

Los trozos de la balada que Magnus escucha en el coche en las páginas 370 y 371 están tomadas, con permiso, de *Alack, for I Can Get No Play*, de Elka Cloke. elkacloke.com.

El lema de la camiseta «ES EVIDENTE QUE HE TOMADO MALAS DECISIONES» está inspirado en el cómic de mi amigo Jeph Jacques en questionablecontent.net. Las camisetas pueden comprarse en topatoco.com. *Magical Love Gentleman también es suya*.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, debo dar las gracias a mi familia: mi esposo, Josh; mis padres, y también a Jim Hill y a Kate Connor; Melanie, Jonathan y Helen Lewis; Florence y Joyce. Muchas gracias a los primeros lectores y críticos Holly Black, Sarah Ress Brennan, Delia Sherman, Gavin Grant, Kelly Link, Ellen Kushner y Sarah Smith. Debo dar un crédito especial a Holly, Sarah, Maureen Johnson, Robin Wasserman, Cristi Jacques y Paolo Bacigalupi, por ayudarme a descartar escenas. Maureen, Robin, Holly y Sarah, siempre estáis ahí para aguantar mis protestas, sois unas estrellas. Gracias a Martange por ayudarme con el francés, y a mis fans indonesios por la declaración de Magnus a Alec. Wayne Miller, como siempre, me ayudó con las traducciones de latín, y Aspasia Diafa y Rachel Kary me echaron una mano con el griego clásico. Recibí una ayuda impagable de mi agente, Barry Goldblatt, mi editora, Karen Wojtyla, y de su cómplice, Emily Fabre. Gracias a Cliff Nielson y a Russell Gordon, por la bonita portada, y al equipo de Simon and Schuster y Walker Books por realizar el resto de la magia.

Ciudad de las almas perdidas fue escrita con el programa Scrivener, en la ciudad francesa de Goult.

notes

Notas a pie de página

¹ 1. «But all the boys were gay.» Isabelle juega con los dos significados de «gay»; el más antiguo: «contento, alegre», y el más extendido en la actualidad: «homosexual». (N. de T.).